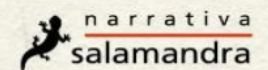
EL LAZO ROTO

JIN YONG

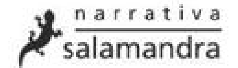


Jin Yong

EL LAZO ROTO

Leyendas de los Héroes Cóndor, II

Traducción del inglés de
Andrea M. Cusset



1

Humo del pasado

1

—¡He ganado! —Huang Loto rió y se dirigió a las puertas con aire triunfal.

—Eres discípula de Viento Oscuro Doblemente Infame. —Peng el Tigre saltó para impedirle el paso—. No quiero crearte problemas, pero no puedes irte hasta que nos hayas contado por qué te han enviado tus *shifus*.

—Me has prometido que me dejarías marchar si no averiguabas la escuela de mi kung-fu con diez movimientos. Estoy segura de que un maestro marcial como tú no faltará a su palabra... —Loto sonrió con dulzura.

—Tu último movimiento, Pasos de Tortuga Sagrada, forma parte del repertorio de Viento Oscuro Doblemente Infame. ¿Quién si no iba a enseñarte eso? —le espetó Peng el Tigre.

—¿De verdad crees que sus irrisorias técnicas merecen mi atención? Nunca me he cruzado con Viento Oscuro Doblemente Infame...

—¡A nosotros no nos engañas con tus mentiras!

—Pero los conozco por su reputación —continuó Loto, haciendo caso omiso de la interrupción—. Sé que no vacilan a la hora de cometer ruindades. Sé que no le guardan lealtad a su maestro. Sé que son crueles y salvajes en todos sus tratos. Sé que son los personajes más depravados de todo el *wulin*. ¿Cómo puede pensar el maestro Peng que tengo alguna relación con semejantes alimañas?

Peng el Tigre echó un vistazo a sus compañeros. Advirtió que ellos también estaban convencidos de que Loto había aprendido kung-fu de Viento Oscuro Doblemente Infame. Sin embargo, ningún alumno de

artes marciales proferiría tales insultos sobre su maestro. Constituiría una irreparable transgresión de todos los códigos morales.

—Esta vez has ganado, jovencita. Me has dejado muy impresionado con tu destreza. —Se hizo a un lado—. ¿Puedo preguntar cómo te llamas?

—Vaya, gracias. Me llamo Loto.

—¿Y cuál es tu nombre de familia?

—Digamos tan sólo que no es Peng.

De los cinco hombres instruidos en artes marciales que se hallaban presentes en el salón de banquetes, Huang Loto había vencido a tres: Hou el Intimidante, el Dragón de Tres Cuernos; su hermano marcial Hector Sha, el Rey Dragón de la secta del Demonio; y por último a su amigo Peng el Tigre, el Forajido, el Carnicero de las Mil Manos. El cuarto maestro, el lama Sabiduría Suprema, había resultado herido la noche anterior mientras combatía contra el monje taoísta Wang Chuyi, Sol de Jade, y en ese momento se hallaba confinado en su asiento.

Todos los ojos estaban ahora puestos en el último que quedaba, Ouyang el Galante. Éste constituía su única esperanza de averiguar por qué esa muchacha había irrumpido en el palacio del sexto príncipe del Imperio jin y por qué los espiaba.

Vestido de la cabeza a los pies con la indumentaria de sabio, de un blanco inmaculado, tenía un aspecto apuesto entre aquellos hombres corpulentos y belicosos. Esbozó su sonrisa más encantadora y dio un paso al frente.

—Desearía poner a prueba algunos de los movimientos de kung-fu de mi señora.

Conocido como el Maestro del Monte del Camello Blanco, se preciaba de ser un entendido en belleza además de en artes marciales. Junto con su tío, Víbora Ouyang, uno de los maestros marciales más grandes de la época, era un personaje temible en las Regiones Occidentales. A lo largo de los años había reclutado —a menudo por la fuerza— a numerosas muchachas hermosas para que le sirvieran como concubinas y les había enseñado kung-fu en su tiempo libre. Tenía por costumbre llevarlas consigo en sus viajes. En su visita a las Llanuras Centrales como invitado del sexto príncipe, Wanyan Hongli,

lo habían acompañado veinticuatro de esas concubinas, aunque cuatro habían perecido en el trayecto. Las mujeres montaban en camello e iban disfrazadas de muchachos, ataviadas con blancas túnicas.

Loto lo miró de arriba abajo.

—Las mujeres de blanco que esperan fuera han venido contigo, ¿verdad?

—La suma de su hermosura no llega ni a la mitad de tu encanto —la aduló Ouyang el Galante.

El cumplido tiñó de rosa las mejillas de Loto.

—Pareces más razonable que los viejos tíos aquí presentes.

Ouyang el Galante estaba seguro de que su cohorte de beldades podía competir con los harenes imperiales de los jin o los song. Aun así, la belleza excepcional de aquella intrusa adolescente eclipsaba a todas sus concubinas, que ahora le parecían corrientes y repulsivas en comparación con la muchacha. A pesar de la tierna edad de la chica, Ouyang el Galante había quedado prendado de ella desde el instante en que la vio. Y en ese momento, cuando volvió los ojos hacia él y le habló con aquella voz dulce y suave, sintió que la necesidad urgente de poseerla debilitaba todo su ser y su elocuencia habitual se desvanecía sin dejar rastro.

—Me voy —le dijo Loto a Ouyang el Galante—. Si intentan detenerme de nuevo, me ayudarás, ¿verdad?

—Por supuesto, pero a cambio debes llamarme *shifu* y quedarte conmigo para siempre. —Al fin había recuperado la voz.

—Para siempre, ¿en serio?

—Mis discípulos no son como los demás. No sólo son mujeres en su totalidad, sino que también están siempre a mi lado y acuden de inmediato cuando las llamo.

—No te creo.

Ouyang el Galante silbó y se produjo un revoloteo de túnicas blancas. Una veintena de mujeres entraron en fila y ocuparon sus posiciones en una hilera detrás de su *shifu*. Algunas eran altas, otras bajas; algunas, delgadas, y otras, entradas en carnes. Todas vestían igual, pero cada una resultaba deslumbrante a su manera. Habían permanecido atentas en las inmediaciones del Salón de la Nieve

Perfumada desde que comenzara el banquete, por si su maestro las necesitaba.

Era la primera vez que Peng el Tigre y los demás veían a las mujeres de Ouyang el Galante y se volvieron locos de envidia al instante.

Loto esperaba que la entrada de las mujeres constituyera suficiente distracción para poder escapar, pero Ouyang el Galante era demasiado rápido para ella y se plantó en la puerta.

Agitando su abanico plegable de caballero con aire ocioso, el dandi posó su mirada lasciva en Loto mientras sus concubinas se reagrupaban. Lo flanquearon de forma protectora, bloqueando la salida como dos pantallas. Mantenían los ojos clavados en Loto con tristeza y celos. Sabían que estaban a punto de perder el favor de su voluble maestro.

Loto, consciente de que no tenía nada que hacer ante aquella muralla humana, dijo:

—Si tu kung-fu demuestra que mereces el título de *shifu*, no tendré ningún problema en llamarte así para que nadie vuelva a causarme problemas.

—¿Deseas poner a prueba mis habilidades?

—En efecto.

—Será un placer. Prometo no levantarte la mano.

—¿Crees que puedes ganar sin utilizar las manos?

—No te imaginas la emoción que me ha producido encontrarme contigo. ¿Cómo iba a alzar un dedo contra ti?

Los hombres rieron con disimulo al oír la provocativa respuesta de Ouyang el Galante; sin embargo, habiendo visto la destreza de la muchacha, dudaron de su afirmación. A menos que recurriera a la brujería, no tendría forma de derrotar a la joven sin tomar la ofensiva.

—No me fío ti. Debes atarte las manos.

Ouyang el Galante la complació, se quitó el cinturón y se lo tendió. Loto lo cogió con una sonrisa, aunque la seguridad del maestro la inquietaba.

«Tendré que ir paso a paso», se dijo al tiempo que reunía su fuerza interna y tiraba del cinturón para comprobar la resistencia del material. Para su sorpresa, no cedió. ¿Era posible que estuviese tejido

con hilo metálico?

Ouyang el Galante ya se había llevado las manos a la espalda para que se las atase.

Loto le pasó el cinturón por las muñecas e hizo un nudo doble y apretado.

—Entonces, ¿cómo gano?

Ouyang el Galante extendió la pierna izquierda y apoyó la punta del pie en el suelo, a casi un metro de su cuerpo. De pronto, giró sobre la izquierda, trazando a toda velocidad un círculo perfecto, de un centímetro de profundidad, en el suelo de piedra. Su extraordinario control y su fuerza interna quedaron patentes para todos.

—Pierde el primero que salga del perímetro —advirtió.

—¿Y si acabamos los dos fuera?

—Entonces pierdo yo.

—Y, si pierdes, me prometes que me dejarás marchar y no vendrás detrás de mí.

—Por supuesto. Pero, si pierdes tú, debes venir conmigo sin rechistar. Los maestros serán nuestros jueces.

—¡De acuerdo!

Loto entró en el círculo y de inmediato le asestó dos golpes con las palmas, Sauce al Viento y Estrellas en el Cielo. Equilibrando la fuerza ágil de la mano izquierda con la vigorosa de la derecha, le pegó oblicuamente en el hombro y la espalda.

Ouyang el Galante cambió ligeramente de postura, pero mantuvo su promesa y no levantó ninguna mano. Se limitó a ladearse un poco y recibió los golpes sin reaccionar.

Loto advirtió de inmediato su error. La experiencia del maestro con la fuerza interna *neigong* le devolvía la violencia de los golpes. ¡Se veía atacada por su propia fuerza interna! El impacto estuvo a punto de sacarla tambaleándose del círculo. Luchar contra él quedaba descartado.

Se paseó por el perímetro, barajando distintas ideas. Al cabo de varias vueltas, anunció:

—Voy a salir del círculo por elección propia, no porque me hayas empujado. Has dicho que si los dos cruzábamos la línea, entonces

perderías tú. Y también me has prometido que, si perdías, no me impedirías marcharme y no vendrías detrás de mí.

Salió sin prisa del círculo, luego apretó el paso por si los hombres encontraban otra excusa para detenerla.

Ouyang el Galante se maldijo, pero sería muy poco caballeroso romper sus propias reglas. No pudo hacer otra cosa que contemplar cómo los resplandecientes rizos dorados de la muchacha se le escapaban.

Peng el Tigre estalló en una carcajada estridente. Seguía sin saber por qué la muchacha los escuchaba a hurtadillas, pero le producía un placer inmenso ver cómo había burlado a Ouyang el Galante.

Justo cuando Loto alcanzaba la puerta, notó una ráfaga de aire por encima de su cabeza y algo enorme cayó delante de ella. Se hizo a un lado con una pirueta para evitar que la aplastara. Cuando recuperó el equilibrio, vio la butaca de madera que ocupaba el lama Sabiduría Suprema, que le sacaba media cabeza incluso sentado.

El lama extrajo un par de platillos de cobre de sus vestiduras carmesíes y los hizo entrechocar antes de que Lotus pudiera pronunciar palabra.

¡Clanc!

A Loto le zumbaron los oídos de forma dolorosa y fue vagamente consciente de que el ruido no concordaba con el aspecto de los platillos. Debían de estar hechos de acero en lugar de cobre.

Un destello siguió a aquel sonido estridente. Los platillos volaban en horizontal hacia ella. Los bordes relucieron con el frío de las hojas afiladas.

«¡Me partirán en tres!»

En lugar de agacharse, Loto saltó y se lanzó directa hacia los platillos. Pasó entre ellos haciendo fuerza con la mano derecha y dando un golpecito con el pie izquierdo, pero aquel movimiento desesperado la propulsó de cabeza hacia el lama sentado. Incapaz de detener el impulso, se estrelló contra la palma de la mano del monje, que esperaba el impacto con su kung-fu más letal, la Hoja de Cinco Dedos.

—¡No! —Ouyang el Galante voceó al tiempo que los gritos

ahogados resonaban en la sala de banquetes.

Se lanzó hacia ellos, pero estaba demasiado lejos para interponerse. Vio cómo la mano monstruosamente grande del lama se estampaba contra la delicada espalda de Loto. Los huesos de aquella primorosa flor habrían quedado hechos añicos, no cabía duda. Entonces un chillido le perforó los tímpanos y, al mismo tiempo, advirtió que Loto salía volando por la puerta mientras el lama Sabiduría Suprema retiraba la mano de golpe.

El monje aulló. En respuesta, se oyó una risa procedente del otro lado del pasillo.

Loto no daba la impresión de estar herida. Un torrente de preguntas le quitó esa idea de la cabeza a Ouyang el Galante. ¿Cómo había logrado salir ilesa de semejante golpe? ¿Había retirado el monje la mano antes de canalizar su fuerza interna? Pero ¿por qué iba a hacer algo así?

El lama Sabiduría Suprema levantó la palma derecha. La visión era horripilante. La carne estaba rasgada y presentaba decenas de heridas pequeñas. Sé miró la mano mutilada y con una voz teñida de dolor y terror aclaró:

—La Malla de Erizo.

—¡Ése es el tesoro más codiciado del arsenal de la isla de la Flor de Melocotón, en el mar Oriental!

Peng el Tigre no daba crédito a sus oídos.

Más interesado en Loto que en su indumentaria, Ouyang el Galante se escabulló al exterior. Hacía tiempo que la oscura noche se había tragado la silueta huidiza de la joven, pero se alegró secretamente de confirmarlo con sus propios ojos. Si conseguía escapar, eso significaba que no estaba herida. «Sostendré a esa criatura celestial entre mis brazos», se prometió, y silbó para reunir a sus concubinas. Juntos se adentraron en las tierras de palacio para buscar a la seductora joven.

—¿Cómo ha acabado algo así en manos de una niña? —se preguntó Hector Sha en voz alta.

—¿Qué es la Malla de Erizo, hermano? —inquirió Hou el Intimidante.

—Has visto algún erizo, ¿verdad? —respondió Peng el Tigre.

—Por supuesto.

—Lleva esa camisa de acero debajo del vestido. No hay arma, hoja o lanza capaz de penetrarla. Y está cubierta de pinchos cortos. Como un erizo.

Hou el Intimidante sacó la lengua.

—Menos mal que no he intentado darle un puñetazo.

—¡La traeré de vuelta! —declaró Hector Sha.

—¡Cuidado con la malla, hermano! —dijo Hou el Intimidante.

—¡Por supuesto! ¡La arrastraré de los pelos! —aseguró Hector Sha, y salió corriendo en compañía de Peng el Tigre. Su hermano marcial Hou el Intimidante los siguió a duras penas.

El sexto príncipe, Wanyan Hongli, se lo había pasado en grande. El encuentro le había permitido conocer mejor la destreza y la personalidad de sus invitados del *wulin*. Pero, en ese momento, su hijo Wanyan Kang llegó corriendo con la noticia de que habían secuestrado a su consorte.

En el palacio se produjo un enorme revuelo. Los príncipes organizaron las partidas de búsqueda, y los faroles y las antorchas iluminaron el negro cielo como si fuese de día. El sonido de la marcha de los soldados y los relinchos de los caballos rompieron el silencio de la noche.

2

Guo Jing corrió.

Le daba igual adónde se dirigía. Sólo quería alejarse del anciano que lo perseguía. Escogió el camino más oscuro en cada cruce, recurriendo a su técnica de kung-fu de ligereza *qinggong* más veloz.

No tardó en perder de vista los faroles de los edificios de palacio. También había perdido el rumbo. Parecía encontrarse en alguna parte no vigilada del jardín, atrapado entre grupos de espinos y rocas extrañas que se hundían en la tierra como espadas. Tenía picores y arañazos en la piel, pero había evitado un destino peor. ¡El anciano quería beberse su sangre! El recuerdo de aquellos dientes desnudos

castañeando hacia su garganta empujó a Guo Jing a meterse entre los espinosos arbustos.

—¡Aaaaaayyy!

El suelo había cedido. Cayó en picado cuatro metros, quizá cinco.

Guo Jing recurrió a su *qi* para amortiguar la caída, pero sus pies no hallaron una superficie plana sobre la que posarse.

¡Zas! Había impactado con algo, unos objetos redondos. Resbaló y cayó con estrépito de espaldas. Intentó incorporarse, pero pusiera donde pusiese las manos se topaba con más de esas extrañas esferas.

¿Calaveras? Un escalofrío le recorrió el cuerpo. «¡Aquí es donde arrojan los cadáveres en el castillo!», pensó.

—¡Sal, muchacho! —gritó el anciano.

«¡Nunca! ¿Por qué iba a permitir que te bebieras mi sangre?», replicó Guo Jing para sí. Fue palpando alrededor, en busca de algún lugar en el que esconderse en caso de que el hombre saltara al foso. Encontró una cavidad a su espalda y retrocedió unos pasos.

El hombre maldecía y despotricaba en vano.

—¡Te cogeré, aunque hayas bajado al mismísimo infierno! —gritó, y saltó al foso.

Guo Jing advirtió que, en realidad, se encontraba en la entrada de un túnel. Giró en redondo y se internó en él reptando.

El anciano siguió el ruido de Guo Jing avanzando a tientas. Aunque el túnel era oscuro como boca de lobo, estaba tan seguro de que su kung-fu era superior que no tenía ningún miedo a que el joven le tendiese una emboscada.

«Es como atrapar una tortuga en un acuario. ¡No puedes huir de mí!» Se felicitó a sí mismo por acorralar al ladrón y corrió tras su presa.

Guo Jing no tardó en advertir lo desesperado de su situación. «Cuando se acabe el túnel, estaré atrapado.» Pero ¿qué otra cosa podía hacer si no seguir hacia delante?

El anciano abrió los brazos y fue palpando las paredes del túnel mientras avanzaba en la oscuridad. Un único pensamiento ocupaba su mente: «Has matado a mi preciosa serpiente y te has bebido su sangre. ¡Reclamaré lo que es mío y te sorberé la sangre hasta dejarte seco!»

Guo Jing dio una decena de pasos más a tientas. El túnel se abrió de pronto a una cámara, pero percibió que el anciano se acercaba rápidamente.

Una vez que lo tuvo a su alcance, el hombre se jactó:

—¡No tienes escapatoria, muchacho!

—¿Quién se atreve a armar jaleo aquí?

Una voz gélida surgió del lado izquierdo de la cámara. Pese a que había pronunciado aquellas palabras con suavidad, les atronaron en los oídos.

A Guo Jing le martilleaba el corazón, y el anciano se estremeció. Ninguno de los dos esperaba encontrar compañía en un lugar así.

—Nadie sale vivo de este foso. —La voz era fantasmal, pero la respiración superficial la hacía humana.

«Parece enferma», pensó Guo Jing, y su miedo cedió un poco.

—Me he caído en este foso. Estaba huyendo de...

Ahora que el anciano sabía dónde se encontraba Guo Jing corrió hacia él agitando los brazos. El sonido de unos pies arrastrándose alertó a Guo Jing, que intentó apartarse de su camino.

El hombre cogió a Guo Jing de la manga y la tela se rasgó con un crujido.

—¿Quién ha bajado a pelear aquí?

—A mí no me das miedo.

La respuesta del anciano no fue del todo veraz.

—Ven aquí, joven —dijo la extraña voz.

«Preferiría dejar mi vida en manos de este...» Antes de que Guo Jing pudiera concluir ese pensamiento, cinco dedos helados se cerraron en torno a su muñeca. Una energía de una potencia excepcional fluyó a través de ellos. Los dedos tiraron de él para liberarlo de las garras del anciano y salió despedido, de cabeza, hacia una bala de heno.

—Técnica de lucha cuerpo a cuerpo. —La extraña voz se dirigió al anciano—. ¿Venís del otro lado de la frontera? —La respiración se convirtió en un resuello.

«Esto está completamente a oscuras. ¿Cómo ha podido distinguir qué kung-fu he utilizado?» El anciano sabía que tenía que andarse con cuidado.

—No soy más que un recolector de ginseng de las tierras fronterizas del nordeste. Mi apellido es «Liang». —Proyectó sus palabras con fuerza interna para demostrar su kung-fu—. Este chico me ha robado una posesión preciada. Confío, señora, en que no interferiréis en este asunto personal.

—Ah, Liang Barbagrís, el Inmortal Ginseng —jadeó la voz, como si sufriera dolores—. Que un don nadie se tambalee hasta mi cueva ya es de por sí un crimen imperdonable. Vos sois un maestro del *wulin*. Deberíais conocer las reglas que gobiernan nuestro mundo marcial. Vos deberíais daros cuenta mejor que nadie de que vuestra presencia aquí es una afrenta inexcusable.

Atónito de que esa mujer supiera tanto de él, el anciano Liang dijo:

—¿Puedo preguntar vuestro nombre, señora?

La mano que aferraba la muñeca de Guo Jing se sacudió con violencia ante la inocente pregunta. La mujer farfulló, pero no emitió ninguna respuesta. Entonces aflojó los dedos un momento mientras intentaba contener el gemido que crecía en su interior.

«Debe de sufrir mucho», pensó Guo Jing.

—¿Se encuentra mal? —le preguntó con verdadera preocupación.

El Inmortal Ginseng, entretanto, se relajó un poco. Puede que fuera una maestra del kung-fu, pero o estaba enferma o estaba herida. «En ese estado no supone ninguna amenaza.» Considerándose a salvo, reunió su fuerza interna en los brazos y arremetió contra Guo Jing.

Justo cuando entraba en contacto con el delantero de la camisa de Guo Jing, el anciano Liang sintió que una fuerte energía atraía sus muñecas hacia la izquierda. Giró la mano izquierda para agarrar al transgresor.

—¡Fuera!

La mujer golpeó a Liang Barbagrís en la espalda. Lo inesperado de la acción hizo que el anciano se tambaleara unos pasos, pero, utilizando su fuerza interna, se recuperó enseguida. Una vez fuera del alcance de la mujer, gritó:

—¡Ven a por mí, vieja arpía!

Y esperó.

Se oyó un jadeo.

Y nada más. No hubo ningún movimiento más. Liang Barbagrís sabía que no se equivocaba. La mujer no podía caminar. Guiado por aquella respiración fuerte y entrecortada se acercó a ella un poco más. Luego se lanzó. De repente sintió que algo se le enrollaba en el tobillo.

¿Un látigo?

Había llegado sin previo aviso, a través del silencio y del aire inmóvil. Sin embargo, la respuesta del Inmortal Ginseng, perfeccionada a lo largo de décadas de combate, fue rápida como el rayo. Cuando el látigo se curvó hacia arriba, levantó el cuerpo y lo acompañó. Luego asestó una patada con el pie derecho.

Aquella patada no le había fallado en veinte largos años. Había ganado su nombre gracias a ella. Un movimiento amplio y bajo bastaba para aniquilar a cualquier maestro marcial.

Liang Barbagrís dio en el blanco con la punta del pie al tiempo que se estrellaba de cabeza contra el muro de barro de la estrecha cámara subterránea.

Empezó a sentir que se le paralizaba el empeine, a unos cinco centímetros del pulgar: su punto de presión Asalto del Yang. Si la mujer lo golpeaba más fuerte en ese punto, perdería el movimiento en la pierna. Aterrorizado, retiró el pie con un giro y dio una voltereta para escapar.

¿Cómo podía ser tan precisa? Era como si luchase contra él a plena luz del día. ¿Era humana siquiera? Sus movimientos parecían de otro mundo.

Una vez que hubo recuperado el equilibrio, Liang Barbagrís se giró para encararse a aquella mujer espectral, guiado por sus jadeos, y extendió la palma con toda su fuerza interna *neigong*. Pese a que le parecía que la rodilla y la cabeza iban a estallarle de dolor, estaba seguro de que una contrincante a la que le costaba respirar no tendría la fuerza interna para responder a su golpe.

Justo entonces, reverberó un crujido de articulaciones al otro lado de la cámara subterránea. Para horror del Inmortal Ginseng, la mujer le había clavado las puntas de los dedos en el hombro.

¿Había aumentado la longitud del brazo?

Levantó el suyo para rechazar la mano que lo atacaba. La gelidez de

aquella muñeca no podía surgir de la carne o de la sangre.

Liang Barbagrís no quería combatir con aquella cosa. Se lanzó rodando hacia el túnel y corrió por el pasadizo. Cuando al fin salió a la noche, sobrecogido por el encontronazo, se enderezó aliviado.

¿Esa cosa era humana? ¿Era un espectro? En toda su vida, el anciano nunca había tropezado con nada similar. Ahora ella tenía al chico y la preciada sangre de pitón que él había pasado tantos años cultivando; seguro que lo dejaría seco en beneficio propio. ¿Estaba destinado a fracasar de nuevo en su persecución de la inmortalidad?

Justo entonces cayó en la cuenta. El sexto príncipe debía de saber de ella...

Con esa idea en mente, regresó a toda prisa al Salón de la Nieve Perfumada en busca de respuestas.

3

—Gracias por salvarme la vida, maestra. —Guo Jing tocó el suelo con la frente en señal de respeto.

Los pasos de Liang Barbagrís se habían desvanecido a lo lejos.

Debido al esfuerzo, los resuellos de la mujer se habían convertido en una tos seca. Tardó un rato en poder hablar.

—¿Por qué intentaba matarte ese hombre?

—He venido a buscar unas hierbas para curar la herida del anciano Wang...

A Guo Jing se le ocurrió que la mujer probablemente sería otra maestra marcial a sueldo del príncipe jin Wanyan Hongli.

—Liang Barbagrís es famoso por sus conocimientos en hierbas medicinales. Debes de haberle robado algo muy valioso.

—Sólo he cogido algunos remedios, cosas buenas para las heridas internas. ¿Sufrís algún problema similar, maestra? Tengo un montón de hierbas aquí: cinabrio, resina draconis, notoginseng, vesícula de oso y mirra. El anciano Wang no las necesitará todas. Si la maestra...

—¡Estoy bien! No necesito tu ayuda.

Guo Jing masculló algo, pero no pudo guardar silencio mucho

tiempo, pues oía su fatigosa respiración.

—Si la anciana maestra tiene problemas para caminar, con gusto cargaré con ella hasta...

—¿Anciana? ¿Qué te hace pensar que soy vieja?

Desairado una vez más, Guo Jing se mordió la lengua. Deseaba marcharse, pero no se sentía capaz de abandonarla en aquel lugar oscuro y horrible. Al cabo de un momento, se ofreció con timidez:

—Si necesitáis cualquier cosa, maestra, por favor, permitidme que os lo traiga.

—Eres un pesado, pero tienes buen corazón...

Guo Jing sintió que una mano helada lo agarraba por el hombro y lo atraía hacia ella. Lo aferraba con tanta fuerza que un dolor agudo le atravesó la columna. Entonces notó frío en el cuello. Le había aplicado una llave de cabeza.

—Llévame fuera.

«¡Pero si es lo que acabo de ofrecerle!» Renegando para sí, se agachó y la cargó a la espalda.

—Recuerda, te he obligado a hacer esto —aclaró la mujer mientras Guo Jing se abría paso por el túnel—. No acepto favores de nadie.

«Qué mujer más rara y orgullosa —se dijo Guo Jing—. Loto no me creerá cuando le cuente lo que acaba de pasarme.»

Al salir del tenebroso túnel, vio el cielo nocturno despejado. La pendiente era pronunciada, pero había ascendido riscos más traicioneros que ese en Mongolia como parte de su adiestramiento nocturno.

—¿Quién te ha enseñado kung-fu de ligereza? —preguntó la mujer, y le oprimió aún más la garganta con los dedos.

A Guo Jing le faltaba el aire, de modo que recurrió a su fuerza interna para responder. La mujer le clavó los dedos con más fuerza. Quería obligarlo a revelar el alcance de su formación.

—Practicas una técnica *neigong* ortodoxa. —Aflojó un poco la presión que ejercía—. Has dicho que el anciano Wang estaba herido. Dime su nombre completo.

—Su nombre es Wang Chuyi. Se lo conoce como Sol de Jade.

Guo Jing respondió por respeto a los años de la mujer, pero por

dentro se sintió bastante maltratado. «Me habéis salvado la vida; os habría contado la verdad de todos modos. No necesitabais recurrir a la fuerza.»

Un escalofrío recorrió a la mujer.

—¿Eres discípulo de la secta Quanzhen? Es… maravilloso.

Guo Jing se preguntó por qué habría suavizado su tono. Sonaba casi contenta.

—¿Por qué llamáis a Wang Chuyi «anciano» en lugar de «maestro» o «tío marcial»?

—No soy discípulo de la secta Quanzhen. Pero el anciano Ma Yu me enseñó algunas técnicas de respiración.

—Así pues, ¿te entrenaron en el kung-fu de fuerza interna de Quanzhen? Muy bien… Entonces, ¿quién es tu maestro?

—Tengo siete mentores. Se les conoce como los Siete Héroes del Sur. Mi primer *shifu* es Ke el Murciélago Volador, Represor del Mal.

La mujer sufrió un violento acceso de tos. Cuando se recuperó, escupió el nombre como si fuese un mal sabor de boca.

—¡Ke Zhen'e!

—Eso es.

—¿Has venido de Mongolia?

—Sí.

«¿Cómo lo sabe?», se preguntó Guo Jing.

—Te llamas Yang Kang, ¿verdad?

Ahora había adoptado un tono lento y pausado. Su voz había recuperado la gelidez anterior. De hecho, sonaba aún más amenazadora.

—No, me llamo Guo Jing.

La mujer sopesó aquella respuesta.

—Siéntate.

Guo Jing obedeció sin pronunciar palabra mientras ella se sacaba un objeto de la camisa y lo depositaba en el suelo. Destelló bajo las estrellas.

Guo Jing lo recogió. Era la daga que había conservado desde que era un niño, un regalo de su madre.

Habían transcurrido doce años desde la última vez que la había

empuñado. Recordaba perfectamente aquella noche. Había subido a la montaña de la estepa mongola, esperando aprender kung-fu de los siete extraños a los que había conocido esa mañana. Cuando alcanzó la cima, se vio en medio de una pelea sangrienta entre sus futuros *shifus*, los Siete Fenómenos del Sur, y el terror del mundo marcial, Viento Oscuro Doblemente Infame. Sacó el cuchillo para defenderse —y defender a los siete extraños que habían sido tan amables con él apenas unas horas antes— y se lo clavó en el vientre al hombre que había causado la masacre, el hombre que mató al quinto *shifu* y a quien Guo Jing no llegó a conocer. Ese hombre era Huracán Chen, Cadáver de Cobre, uno de los dos miembros de Viento Oscuro Doblemente Infame.

Pero Guo Jing no conocía la historia de la daga. Ya era suya cuando aún no había aprendido a leer. Ni siquiera reconocía los caracteres grabados en la empuñadura como un nombre. «Yang Kang.» «Vitalidad Yang.» No se daba cuenta de que su destino había estado entrelazado con el de ese Yang Kang incluso antes de que naciera. No tenía ni idea de que el arma formaba parte de la pareja de dagas que un monje taoísta había regalado a su padre y al mejor amigo de éste cuando su madre estaba encinta. Ni de que los dos amigos habían intercambiado esas pequeñas espadas para sellar un pacto de matrimonio si uno tenía un hijo y el otro una hija, o de hermandad si sus hijos eran del mismo sexo. Así era como la daga con el nombre de Yang Kang había acabado en manos de Guo Jing.

El joven tampoco era consciente de que, de hecho, se había enfrentado en combate a ese Yang Kang apenas dos días antes o de que ya se había encontrado cara a cara con la madre y el padre de Yang Kang, además del hombre al que Yang Kang consideraba su progenitor.

Y aun así, ya había oído el nombre de Yang Kang. En efecto, la consorte del príncipe lo había pronunciado esa misma noche en palacio.

La mujer le arrebató el cuchillo de nuevo.

—Conoces esta daga, ¿verdad?

—Sí —respondió sin ser consciente de la rabia que traslucía la voz

de la mujer.

Guo Jing era una criatura ingenua y confiada por naturaleza. El hecho de haber crecido entre los hombres directos y hospitalarios de Mongolia no había sino acentuado ese aspecto de su carácter. Esa mujer enferma que llevaba a la espalda le había salvado la vida, por lo que había decidido que debía de tener buen corazón y que él había de corresponderle con honestidad. Pese a que hablaba en aquel tono tan inquietante, no se le ocurrió volverse para mirarla a la cara.

Entonces añadió:

—Apuñalé a un hombre malvado con esta daga cuando era un niño. Él desapareció, junto con...

Guo Jing notó que la mano de la desconocida se cerraba en torno a su tráquea y apretaba con fuerza. Él echó el codo hacia atrás, pero, en lugar de liberarse, sólo le ofreció la muñeca, que ella le inmovilizó con sus férreos dedos.

La mujer le retiró la mano de la garganta y se deslizó para bajar de su espalda. Una vez en el suelo, vociferó:

—¡Mírame!

A continuación apretó los dedos en torno a la muñeca de Guo Jing.

Sintió un dolor agudo que hizo que viera las estrellas. Se esforzó por enfocar: el cabello largo y despeinado, la piel blanca como el papel. La conocía. Era Ciclón Mei, Cadáver de Hierro, la otra mitad de Viento Oscuro Doblemente Infame.

Luchó con todas sus fuerzas para liberarse, pero ella le clavó aún más las garras en la carne.

«¿Cómo puede ser? ¿Me ha salvado Ciclón Mei? ¡Imposible! ¡Pero es ella!» Lo absurdo de la situación se abrió paso a través del miedo, el pánico y el dolor que invadían a Guo Jing.

Tampoco Ciclón Mei había pasado por alto la ironía de aquel encuentro. Pero ¿era fortuito? Se puso a pensar. Había pasado más de diez años buscando y buscando, sin suerte, al propietario de esa daga. Y ahora él había acudido a ella.

Al ver que el joven la reconocía, volvió a inmovilizarlo por la garganta. Sin embargo, aflojó la presión mientras desviaba la atención del momento y el lugar presentes.

«Dulce marido malnacido, ¿me has traído a tu asesino? Queridísimo perro apestoso, ¿piensas en mí en el infierno? ¿Sabes que la venganza ha sido lo único que ha ocupado mis pensamientos desde aquella noche horrible?»

Echó la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas; sin embargo, tenía los ojos velados por una negrura permanente. Intentó incorporarse, pero la parte inferior de su cuerpo seguía flácida e inmóvil.

«El flujo de mi energía interna habrá dado un giro indebido. Si mi *shifu* estuviera aquí, él me indicaría la dirección correcta, y sería capaz de caminar de nuevo. Si mi *shifu* estuviera aquí, me enseñaría, me lo explicaría pacientemente. Aunque tuviera mil, diez mil preguntas. *Shifu*... *shifu*, ojalá pudiera cogeros la mano una vez más. ¿Volveríais... volveríais a enseñarme?»

Oleadas de recuerdos y emociones largo tiempo reprimidas acudieron a la mente de Ciclón Mei.

4

Mei Flora.

Ése fue el nombre que me dieron mis padres, que me adoraban. Me pasaba los días jugando, sin ninguna preocupación. Entonces me dejaron para que me valiera por mí misma en este mundo.

El hermano de mi padre y su esposa me acogieron. Cuando cumplí once años, me vendieron por cincuenta *taels* de plata a una familia rica, los Jiang, de la aldea de Jiang, en el condado de Shangyu.

Me convertí en criada.

El amo Jiang se mostró amable al principio, pero el ama siempre fue cruel.

Y pronto cumplí los doce años.

Estaba haciendo la colada junto al pozo y el amo Jiang se me acercó con una sonrisa en el rostro.

—La señorita está cada día más guapa. —Me acarició la mejilla—. Serás toda una belleza antes de que cumplas los dieciséis.

Me aparté de él y no le hice caso. Entonces me puso una mano en el pecho. Lo empujé. Había estado haciendo la colada, así que tenía las manos cubiertas de burbujas de jabón y se le pegaron a la barba. La visión era ridícula y no pude evitar reírme.

¡Pum! La cabeza me estalló de dolor. Estuve a punto de desmayarme.

—¡Serás zorra! ¿Ya estás seduciendo a mi marido?

El ama me golpeó en la cabeza una y otra vez con un bastón de madera. Huí, pero ella no tardó en alcanzarme y me tiró del pelo, echándome la cabeza hacia atrás.

—¡Ramera! ¡Voy a partirte la cara! ¡Voy a sacarte los ojos! —gritó mientras balanceaba el bastón hacia mi cara y, de repente, me clavó sus afiladas uñas en los ojos.

Chillé y la empujé. Al caer de espaldas, la ira la cegó. Gritó y aulló. Tres criadas mayores acudieron corriendo, me cogieron de los brazos y las piernas y me arrastraron hasta la cocina. Hizo que me inmovilizaran en el suelo y calentaran las tenazas del fuego en la estufa hasta que se pusieron rojas.

—Voy a marcarte la cara. Te abrasaré los ojos. ¡Te dejaré ciega y fea!

—¡No! ¡Mi señora! ¡Por favor!

Forcejeé, pero no conseguía liberarme. Cerré los ojos con fuerza. El calor iba acercándose cada vez más.

De repente se oyó un estruendo.

—¡¿Acaso no tienes vergüenza?!

El calor ardiente se esfumó. La presión en mis extremidades se desvaneció. Tanteé el suelo para levantarme.

Un hombre con una túnica de color verde claro levantó al ama por la nuca. Todo su cuerpo se elevó del suelo. El hombre sostuvo las tenazas con la mano derecha, a unos centímetros de su cara.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Bandido! ¡Asesino! —La señora Jiang chilló como un cerdo en la matanza.

Varios criados acudieron corriendo, armados con garrotes y horcas. El hombre extendió la pierna e hizo un movimiento rápido con el pie. Uno por uno, los criados salieron volando de la cocina hasta el patio.

—¡Señor! ¡Tened piedad! —El ama cambió de táctica.

—¿Te atreverás a volver a hacer esto?

—¡Nunca! Podéis venir a comprobarlo, señor.

—¿Crees que no tengo nada mejor que hacer? Deja que te saque los ojos primero.

—¡No, señor, por favor! Llevaos a la criada. Un regalo… por mis pecados.

La soltó y el ama cayó al suelo hecha un guiñapo. Se puso de rodillas como pudo y golpeó con estrépito la cabeza contra el suelo en una ostentosa muestra de sumisión y gratitud.

—¡Gracias, compasivo señor! Esta muchacha es vuestra. Pagamos cincuenta *taels* de plata por ella. Pero os la doy gratis.

—No quiero un regalo. La habríais matado si no llego a entrar. —El hombre se sacó un gran lingote *sycee* de plata de la túnica y lo tiró al suelo—. Ahí tenéis cien *taels*. Poned por escrito que es libre.

La señora entró corriendo en la casa, con las lágrimas y los mocos resbalándole por el rostro. Pronto regresó con la nota de mi libertad, y acompañada del maestro Jiang. Éste tenía las mejillas rojas e hinchadas. Su esposa debía de haberle abofeteado muy fuerte.

Me prosterné para dar las gracias a mi salvador.

—Levántate y ven conmigo.

Era muy delgado y tenía el rostro muy serio.

—Dedicaré todo mi ser a servir al maestro —prometí al tiempo que hacía una reverencia.

—Nunca volverás a servir. Te convertirás en mi discípula —dijo, y una sonrisa le tensó levemente los labios.

Era Huang el Boticario, el señor de la isla de la Flor de Melocotón. Se convirtió en mi *shifu*. Por aquel entonces ya había acogido a cinco pupilos; el mayor era Tempestad Qu, seguido de Huracán Chen. Los otros tres —Céfiro Lu, Vendaval Wu y Calma Feng— eran un poco más jóvenes que yo.

El *shifu* me dio un nuevo nombre: Ciclón Mei.

El *shifu* me enseñó kung-fu. También me enseñó a leer y a escribir.

Cuando estaba ocupado, me cuidaba el hermano Tempestad Qu. Éste era nuestro hermano marcial mayor y estudiaba tanto las artes marciales como las literarias. También era pintor. Disfrutaba hablando de poesía y versos conmigo, explicándome el significado y los matices.

Al poco tiempo yo ya había cumplido quince años.

Ahora era mucho más alta y tenía el pelo largo y abundante. Cuando veía mi reflejo en el agua, tenía que admitir que me había convertido en una mujer bastante guapa.

De vez en cuando pillaba al hermano Qu mirándome un poco más de la cuenta. Él tenía treinta años, me doblaba la edad. Era alto y delgado, como el *shifu*. Y tenía el mismo aire melancólico; siempre con el ceño fruncido, nunca parecía contento. Aunque a veces me contaba chistes para hacerme reír. También le gustaba hablarme de los poemas antiguos que el *shifu* copiaba con su clara caligrafía.

Un día, el hermano Qu dejó uno de los manuscritos del *shifu* en mi escritorio mientras yo hacía mi práctica diaria de caligrafía.

Una jugaba con unas monedas en las escaleras,
otra correteaba al pie de los peldaños.
Guardé nuestro encuentro en mi corazón entonces,
y aún más ahora.

Era una hoja de papel blanco y los versos estaban escritos en tinta negra con la letra del *shifu*, fina, angulosa y elegante. Alcé la vista. Tempestad no parecía él mismo. Sus ojos tenían un brillo extraño.

—¿Esto lo ha escrito nuestro *shifu*?

Asintió y dejó otra hoja de papel encima de la que acababa de colocar en mi escritorio. Con la misma letra delicada.

Sauce del sur,
sus tiernas ramas aún no son frondosas.
Catorce, quince años,
ocioso con el laúd en la mano, buscando.
Guardé nuestro encuentro en mi corazón entonces,
y aún más ahora.

Vi que algo no iba bien, pero no sabía de qué se trataba. Noté que me ardían las mejillas, que se me aceleraba el corazón. Quería levantarme e irme lejos de allí.

—Hermana pequeña, siéntate.

—¿Esto también es del *shifu*? —Mi voz sonó débil.

—Es su letra. El poema lo escribió Ouyang Xiu.

Solté un suspiro y el cuerpo se me relajó.

—En este poema lírico, Ouyang Xiu reveló los sentimientos que su sobrina había despertado en él. Cuando ella tenía doce o trece años, la vio jugando con unas monedas con su amiga, riendo y correteando por el patio. Le impresionó su belleza, la pureza de su energía. Era aún más hermosa cuando cumplió catorce o quince años, pero Ouyang Xiu era un viejo en la cincuentena y sólo podía «guardar los sentimientos en su corazón» y verterlos en sus escritos.

»Lo cierto es que esos versos íntimos causaron bastante alboroto cuando se divulgaron. Ouyang Xiu era un funcionario importante del gobierno, muy admirado por sus principios morales. Pero este poema despertó críticas y una fuerte oposición en la corte. Para ser sinceros, nada en el poema rompe los límites de código ético alguno. El poeta se sintió conmovido por la belleza y juventud de la muchacha, y escribió sobre sus sentimientos, pero nunca siguió sus compulsiones. No había ninguna razón para levantar ese revuelo. ¿Sabes por qué le gusta tanto este poema al *shifu*?

Tempestad agitó un fajo de papeles. En todos aparecía escrito el mismo verso:

Guardé nuestro encuentro en mi corazón entonces,
y aún más ahora.

—¿Lo entiendes?

Negué con la cabeza y él se inclinó hacia mí.

—¿No?

Volví a negar con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué te sonrojas?

—Se lo diré al *shifu*.

La sangre abandonó su rostro.

—¡Por favor, no! No le digas nada. Me partirá las piernas.

Le temblaba la voz. Debía de estar realmente asustado. Pero todos temíamos al *shifu,* cada uno a su manera.

—¡Claro que no se lo diré! No soy tonta, no quiero líos.

—¿Alguna vez te ha levantado la voz el *shifu*?

No. A mí el *shifu* nunca me había levantado la voz.

Pero levantaba la mano a Huracán Chen, irritado cuando el hermano hablaba con brusquedad. Cuando notaba que el *shifu* estaba a punto de golpearle, Huracán se movía a toda velocidad e intentaba esquivarlo ágilmente con su magnífico kung-fu de ligereza. Pero el *shifu* aún era más rápido y le propinaba un ligero coscorrón.

Cuando Vendaval Wu se ponía demasiado testarudo y discutidor, el *shifu* no le dirigía la palabra durante días. Aquello turbaba tanto al hermano Wu que se arrodillaba y golpeaba la cabeza contra el suelo para suplicar perdón. En respuesta, el *shifu* le daba un manotazo y Vendaval salía despedido y daba una voltereta en el aire. Al caer siempre se aseguraba de ofrecer un torpe espectáculo con la cara sucia de tierra y polvo. La exhibición hacía reír al *shifu* y todo volvía a la normalidad.

En cambio, conmigo el *shifu* siempre se mostraba amable. Por mi culpa jamás se le ensombreció el semblante, aunque a veces fruncía el ceño como si algo le preocupara.

Y yo siempre sabía qué decir para animarlo.

—*Shifu,* ¿por qué estáis disgustado? ¿Es por algo que hayan hecho el hermano Chen o el hermano Wu?

—Ojalá fuesen ellos. Estoy enfadado con los cielos.

—¿Por qué?

—No lo entenderías.

Entonces yo le cogía la mano y la balanceaba ligeramente.

—Por favor, *shifu,* decídmelo. Si me lo explicáis, lo entenderé.

Siempre funcionaba.

El *shifu* sonreía, se iba a su estudio y volvía con unas hojas de poesía

escritas con su caligrafía.

Pero, tras aquella conversación con el hermano Qu, empecé a recelar siempre que el *shifu* sacaba sus poemas. Yo me sonrojaba y desviaba la mirada. Me daba miedo volver a leer esas líneas.

Por suerte, era otra cosa:

Versos de Zhu Xizhen
Copiados por el Viejo Hereje Huang

Los hombres han envejecido, las cosas han cambiado.
No deseo beber entre las flores mientras las lágrimas me manchan la ropa.
Ahora quiero dormir con la puerta cerrada,
dejar que las flores del ciruelo vuelen como la nieve.

Un viejo no puede recuperar la alegría de la juventud,
resentido del vino y cansado de la música.
Con el ocaso llegan de nuevo la tormenta y la lluvia,
fuera los carillones tocan una melodía rota.

El poeta ha envejecido,
no le importa si las flores del melocotón siguen sonriendo como antaño.
El viento del este sopla a diez mil li*,*
el reino rojo y roto bajo el sol poniente.

Cosas del pasado, lágrimas de héroe, cara arrugada.
Lamentaos por el crepúsculo del oeste,
apenaos por el regreso de la marea nocturna.

—*Shifu*, ¿por qué siempre escribís acerca de ser viejo? Vos no sois viejo —dije, refiriéndome al epígrafe—. Estáis en vuestro mejor momento, y vuestras habilidades marciales son incomparables. Ninguno de mis hermanos es tan fuerte como vos.

—Todo el mundo envejece. Tú estás en la flor de la juventud, pero a

mí no me espera más que la decadencia.

Duelo por el cabello gris que se refleja en el espejo,
negro como la seda al amanecer, blanco como la nieve al anochecer.

—*Shifu*, venid, sentaos. Dejad que os quite esas molestas canas.

Le arranqué una de la sien y se la mostré.

Sopló. Fue una exhalación profunda y poderosa. La solté. El pelo salió volando por la ventana y ascendió al cielo.

—Una pluma de elevadas alturas entre nubes antiguas —dije, haciendo mis pinitos también yo con la poesía—. *Shifu*, alguien tan erudito como vos sólo aparece una vez cada mil años.

—Ciclón, sabes cómo hacerme sonreír, pero ningún conocimiento puede evitar que me haga viejo o que tú crezcas. Un día dejarás a tu *shifu*.

—¡*Shifu*, yo no creceré! —Le cogí la mano e hice una promesa—. Me quedaré con vos y aprenderé de vos toda mi vida.

—Así es como hablan los niños. —Esbozó una sonrisa triste—. Ouyang Xiu lo expresó muy bien en la letra de la canción «Viento y olas en calma»:

Sentado junto a las flores, con el vino en la mano, deseo preguntar a mi dulce amiga,
¿hay algún modo de retener la primavera?
Ojalá se pudiese convencer a la primavera de que se quedase.

Palabras vacías,
flores, que no se preocupan por los sentimientos, miran a hombres de sentimientos.
Todo lo que florece ha de marchitarse un día.
Desde tiempos pasados,
¿cuántas veces florecerá ese rostro sonrosado?

—Crecerás, Ciclón, y no hay kung-fu interno capaz de desafiar al

cielo. Si él quiere que envejezcamos, lo haremos.

—Aprenderé de vos toda mi vida, *shifu*. Esperaré a que tengáis cien años... ¡doscientos años!

—Eres muy amable —respondió. El *shifu* negó con la cabeza y volvió a la seguridad de los versos:

Aprecia la primavera cuando llega,
preciosa,
date cuenta de que las flores no florecerán para siempre.
Al despertar después de beber, mi dulce amiga se ha ido.
Mil veces, ya sea el viento o el agua, la corriente se te lleva.

—*Shifu*, ¡Ciclón Mei no se dejará llevar ni por el viento ni por el agua! Me quedaré aquí y me concentraré en aprender el Capirotazo Divino.

—Sabes apartar los problemas de mi mente, sin duda. Mañana te enseñaré ese kung-fu.

Recuerdo que en una ocasión le pregunté al hermano Qu:

—¿Por qué el *shifu* se llama a sí mismo Viejo Hereje Huang? Es un nombre horrible. Sólo tiene unos diez años más que vos. No es ni viejo ni hereje.

—Le encantaría oír eso.

Tempestad esbozó una de sus raras sonrisas y me contó la historia del *shifu* con todo detalle.

—El *shifu* viene de una familia de literatos de gran poder e influencia en la zona de Zhejiang, no lejos de nuestra capital actual, Lin'an. Sus antepasados sirvieron a nuestro emperador fundador y realizaron grandes hazañas, así que, durante generaciones, les dieron títulos nobiliarios y ocuparon puestos importantes en la corte.

»El abuelo del *shifu* fue el censor jefe durante el reinado del emperador Gaozong, y estaba encargado de descubrir las fechorías y la corrupción entre los funcionarios del emperador. Cuando el canciller Qin Hui encarceló al general Yue Fei, el abuelo del *shifu*

pidió una y otra vez la liberación del general. Su persistencia enfureció al emperador y a Qin Hui; lo retiraron de su puesto y lo degradaron. Continuó suplicando por el general patriota aunque le habían prohibido entrar en la corte, incitando a oficiales y al pueblo corriente para alzarse en apoyo de Yue Fei. Por eso, Qin Hui ordenó ejecutar al abuelo del *shifu* y su familia tuvo que exiliarse a las zonas fronterizas del suroeste para servir en el ejército. De ahí que nuestro *shifu* naciera en Jang Satam.

»El *shifu* recibió formación tanto en las artes marciales como en las literarias. Cuando era un niño, juró que vengaría al general Yue y a su abuelo derrocando la corte song y asesinando al emperador y a sus funcionarios corruptos. Pero el culpable, Qiu Hui, hacía mucho que había muerto, y el emperador Gaozong se hallaba aún más confundido con la edad. El padre del *shifu* intentó apaciguarlo al modo de los sabios —predicando la lealtad hacia los dirigentes y el respeto a la familia—, pero él se negaba a obedecer ciegamente y discrepaba en todo.

»Con el tiempo, tras una discusión especialmente acalorada, su padre lo echó de casa. El *shifu* viajó hasta su tierra, Zhejiang, pero no fue a Lin'an a hacer el examen imperial, sino a la prefectura de Qingyuan para destruir el Salón de Ética del Templo de Confucio. También pegó carteles dentro del palacio imperial y fuera de la oficina del canciller y en el Ministerio de Guerra en Lin'an. Incluso fue a Quzhou para clavar escritos de protesta en las puertas de descendientes de Confucio que se habían retirado al sur con el Imperio song tras la invasión yurchen. Aquellas declaraciones incendiarias e iconoclastas apuntaban claramente a la corte corrupta y rebatían las enseñanzas de Confucio, proclamando que la única vía de acción posible era organizar una campaña para recuperar los territorios perdidos del norte.

»La corte envió cientos de soldados y oficiales de caballería para darle caza, pero ¿cómo iban a lograr someter a nuestro *shifu*? Su kung-fu supremo, su apostasía declarada, junto con su desprecio absoluto por la autoridad, le ganaron el nombre de Hereje Heroico en el *jianghu*, a lo largo y ancho de los ríos y mares de su tierra natal. Dio

voz a lo que pensaba la gente que estaba demasiado asustada para decirlo en voz alta.

»Hace unos años, se descubrió un texto largo tiempo olvidado conocido como el *Manual de los Nueve Yin* y la lucha para hacerse con él provocó una gran masacre en el mundo marcial. Era una antología del kung-fu más elevado y poderoso de todas las ramas marciales que existían bajo el cielo, con instrucciones detalladas para dominar esas técnicas. Quienquiera que estuviera en posesión del libro ostentaría un poder y unos conocimientos inmensos, lo que lo haría invencible en el *wulin*.

»El líder de la secta Quanzhen, Wang Chongyang, Doble Sol, pretendía poner fin a aquella matanza sin sentido y organizó una pelea, declarando que aquel que demostrara la mayor destreza marcial custodiaría la obra. Invitó a los más grandes al torneo. Cinco hombres participaron en lo que ahora conocemos como el Torneo del Monte Hua: nuestro *shifu*, el Hereje del Este, junto con el Veneno del Oeste, el Rey del Sur, el Mendigo del Norte y Wang Chongyang, Doble Sol, Divinidad Central.

»Fue una competición feroz, pero todos acabaron coincidiendo en que Divinidad Central era el más fuerte y digno. Como monje taoísta, era recto, justo y amable. Su búsqueda de la iluminación celestial implicaba una escasa preocupación por su reputación terrenal. Y, lo más importante, Wang Chongyang no tenía ningún interés en utilizar el poder que le confería el manual para someter a otros.

En la isla de la Flor de Melocotón, a todos nos costaba imaginar a alguien más experto que nuestro *shifu*, pero así era el adiestramiento en artes marciales. Como decía el hermano Qu: «Por encima del cielo hay un firmamento más elevado; más allá del hombre, un cuerpo más poderoso.»

Al despertar después de beber, mi dulce amiga se ha ido.
Mil veces, ya sea el viento o el agua, la corriente se te lleva.

Y entonces, un día, el verso que había citado el *shifu* se hizo realidad.

Una mañana, el *shifu* se despertó y yo ya no estaba. Huracán Chen, el segundo en edad de mis hermanos marciales, se me había llevado consigo.

De gruesas cejas y mirada intensa, Huracán era un hombre de pocas palabras. No hablaba mucho conmigo, pero no me quitaba ojo. Me observaba tan fijamente —me sonrojo sólo de pensarlo— que yo tenía que desviar la mirada.

Cuando los melocotones maduraban en la isla de la Flor de Melocotón, siempre me dejaba los más grandes y jugosos en mi habitación. Los depositaba en mi mesa y se marchaba sin pronunciar palabra.

Teníamos casi la misma edad. Él era sólo un poco mayor. Tempestad nos sacaba más de una década y Céfiro era un par de años menor, mientras que Vendaval y Calma eran niños a mis ojos.

Las formas de Huracán eran tan duras como su físico fibroso.

—Ladrona delicada, birlemos unos melocotones.

Me tomó de la mano.

Lo rechacé con un gesto.

—¿Qué me has llamado?

—Vamos a robar melocotones. ¿En qué nos convierte eso? En ladrones. Y el próximo melocotón rosado que este fornido granuja cogerá es su ladrona delicada.

Fingí que lo ignoraba, pero en mi interior se extendió un dulce vértigo que no había experimentado nunca.

Me llevó al huerto de los melocotoneros después del anochecer. Cogimos muchos, muchos melocotones y los llevamos a mi habitación. Los dejó encima de la mesa en medio de la oscuridad y me abrazó. Me retorcí y forcejeé, pero en cuanto me susurró al oído, perdí toda capacidad de resistencia.

—Quiero que seas mi ladrona delicada para siempre.

Sentí que me derretía en sus brazos.

A Ciclón Mei se le sonrojaron las mejillas y su respiración sibilante pareció empeorar.

Guo Jing captó gritos ahogados, suspiros y fragmentos de palabras mientras la mujer se llenaba los pulmones de aire.

—¿Por qué? —preguntó con voz áspera—. ¿Por qué?

Los dos seguían sentados en el suelo, no lejos del foso. La mujer aún le aferraba el cuello con los dedos.

—¿A qué venía romperle las piernas? ¿A qué venía desterrarlo?

Ciclón Mei tenía la venganza literalmente en sus manos y, aun así, parecía estar aflojando.

Cuando cumplí dieciocho años, comprendí por qué me miraba de aquella forma Tempestad. Sabía lo que significaba. Él era viudo y tenía una hija joven, y mi Huracán me había conquistado. Debía evitar su mirada.

Una noche, me encontraba en los brazos de mi fornido granuja en la cama cuando alguien gritó al otro lado de la ventana.

—¡Huracán Chen, sal, desgraciado!

Era el hermano Qu.

Huracán recogió su ropa y salió corriendo. Al instante, una ráfaga de viento hizo crujir el papel en el marco de madera de la ventana. ¡Estaban luchando!

—¡Tempestad, perdónanos, por favor! —imploré desde dentro.

—¿Perdonaros? «Guardé nuestro encuentro en mi corazón entonces, y aún más ahora...» ¿Quién escribió esas palabras? Yo puedo perdonaros, pero dudo que el *shifu* lo haga.

¡Zas! Alguien había recibido un porrazo.

—¿Quieres matarme? —Era mi tormenta quien hablaba.

—Ciclón, dijiste que aprenderías kung-fu del *shifu* toda tu vida. Dijiste que le servirías para siempre. ¡Mentiste!

Tempestad nunca se había enfadado tanto conmigo antes.

—¿Y a ti qué te importa? —Huracán no iba a permitir que nadie me hablase con brusquedad—. Estás celoso, ¿verdad?

Las sombras giraban y revoloteaban. Mi kung-fu no era lo bastante bueno para distinguir lo que estaba ocurriendo.

¡Entonces el cuerpo de Huracán salió despedido y cayó al suelo con

un ruido sordo!

—No estoy celoso. Lo hago por el *shifu*. ¡Hoy pagarás con tu vida, perro desagradecido!

Salté por la ventana y protegí a Huracán con mi cuerpo.

—¡Hermano, ten piedad!

Tempestad me lanzó una mirada, suspiró y se alejó.

Por la mañana, el *shifu* nos convocó a los tres. Yo estaba demasiado atemorizada para mirarlo y mantuve la cabeza gacha, pero notaba su profunda tristeza.

—¿Por qué? —El *shifu* parecía a punto de llorar—. ¿Por qué?

Huracán decidió responder por los tres.

—El hermano Qu está celoso. Quiere matarme porque la hermana Mei y yo estamos juntos.

—Tempestad, es inútil. —El *shifu* negó con la cabeza y suspiró—. Es el destino.

Me dejé caer de rodillas.

—¡*Shifu*, es culpa mía! Por favor, no culpes al hermano Qu.

—¿Por qué recitaste ese poema, Tempestad? ¿Por qué dijiste que Ciclón me había mentido? ¿Dijiste que había roto su promesa de esperarme toda la vida? ¿Por qué nos escuchaste a escondidas? ¿Crees que no sabía que lo hacías? Bueno, me has subestimado de forma escandalosa. ¿Y qué agravios sufro yo? Si tuviese alguno, ¿crees que necesitaría que otro actuase en mi nombre? Si te ordenase que te enfrentases a ellos, entonces sí, podrías dar por sentado que estoy celoso, pero yo nunca te he enviado a hacer lo que hiciste. ¡Huracán, Ciclón, fuera!

El bastón de madera osciló y los huesos de las piernas del hermano Qu quedaron hechos añicos. El *shifu* anunció entonces:

—Tempestad Qu ha roto las reglas de nuestra casa. Deja de ser discípulo de la isla de la Flor de Melocotón.

Acto seguido ordenó a los criados que llevaran al hermano Qu a Lin’an.

A partir de ese día, el *shifu* no nos hablaba ni a Huracán ni a mí.

También dejó de enseñarnos kung-fu y abandonó la isla poco después. Viajó a Qingyuan y luego a Lin'an. Cuando regresó, habían pasado dos años y estaba casado.

La esposa del *shifu* era muy joven. Ella y yo habíamos nacido el mismo año, el Año del Mono. Su cumpleaños era en el décimo mes, así que en realidad era dos meses menor que yo. Era bonita, con la piel inmaculada y suave como la leche. No era de extrañar que el *shifu* estuviese tan enamorado y se la llevase en todos sus viajes. La *shimu* no tenía formación en artes marciales, pero, al igual que el *shifu*, sentía un gran amor por la literatura y la caligrafía.

Un día, la *shimu* me dijo:

—El *shifu* me ha dicho muchas veces lo buena que eres, la lealtad que le profesas. También me cuenta que tuviste un comienzo difícil en la vida y me pide una y otra vez que te trate bien. Él no entiende nada acerca de nuestro sexo, pero siente muchos remordimientos por no haber sido capaz de cuidar mejor de ti mientras crecías en esta isla. Quiero que sepas que, si hay algo en lo que pueda ayudarte, puedes acudir a mí.

Se me saltaron las lágrimas.

—El *shifu* no podría haber sido más amable. No podría haber cuidado mejor de mí. Nos alegra mucho a todos ver lo feliz que es desde que os conoció.

—Sé que el *shifu* no ha estado enseñándoos kung-fu; no te preocupes, no tiene nada que ver con vosotros. El *shifu* y yo nos topamos con un tratado sobre artes marciales llamado *Manual de los Nueve Yin* en nuestro último viaje. Contenía un pasaje extraño que no tiene sentido. Ya sabes cuánto le gusta descifrar códigos y acertijos, y que nunca deja que nada lo supere. Hemos estado trabajando en ese texto desde que regresamos y seguimos sin hallarle ni pies ni cabeza. Ya sabes cómo es. Ahora se niega a hacer nada más hasta que lo haya resuelto. Por eso ha estado tan retraído.

Señaló dos tomos encima de su escritorio.

—Ahí está. No sé por qué le interesan tanto los secretos marciales de alguien cuando la isla de la Flor de Melocotón ya posee habilidades incomparables en el cielo y en la tierra. Pero, claro, supongo que

comparto el sentimiento cuando veo un verso excepcional; no descanso hasta que lo he aprendido de memoria y he captado todos y cada uno de sus matices.

Durante un Festival de la Luna, la *shimu* preparó un banquete para celebrarlo con todos nosotros, y el *shifu* bebió mucho durante toda la comida. Cuando la *shimu* fue a la cocina para preparar la sopa, él masculló para sí:

—Ahora nadie puede decir que el Viejo Hereje Huang quisiera casarse con su propia discípula… ¿Cómo está Tempestad? No le guardo rencor. ¿Cómo tiene las piernas?

Esas palabras afectaron a Huracán. Tiempo después éste me dijo:

—¿Te acuerdas de las palabras del *shifu* en el Festival de la Luna? Dejó escapar lo que sentía por Tempestad. Si el hermano Qu regresa, no me dejará vivir. Ladrona delicada, hagamos honor a nuestros nombres y robemos ese *Manual de los Nueve Yin*. —Me recordó la conversación que yo había mantenido con la *shimu* acerca del manual —. Una vez que hayamos aprendido su poderoso kung-fu, podemos devolverle el libro al *shifu*. Para entonces, ya no temeremos a nadie, ni al *shifu* ni a Tempestad Qu.

Le rogué que olvidara aquella idea. Lo amenacé con contárselo al *shifu*. Pero mi tormenta no tenía miedo. Esa misma noche puso en práctica sus palabras.

Por aquella época, el *shifu* andaba siempre preocupado. Nunca dejaba quietos los dedos, con los que no paraba de contar, pero no parecía estar trabajando en una rima o dotando de letra una melodía. No nos enseñaba kung-fu y apenas hablaba con nadie. Cada día tenía el pelo más gris, y me partía el corazón verlo de ese modo.

Cuando se lo mencioné a Huracán, él se mostró convencido de que el *shifu* estaba pensando en el kung-fu del *Manual de los Nueve Yin*.

Esa noche, Huracán se cruzó con el *shifu* cuando éste se dirigía al Pabellón de la Prueba de la Espada con un tomo del manual en la

mano. Me contó que el *shifu* no apartaba los ojos del cielo y que de su boca salían murmullos sin sentido. Huracán saludó en voz alta al *shifu*, pero éste continuó caminando sin darse cuenta.

Huracán vio su oportunidad y se coló en el estudio del *shifu*. Allí, encima del escritorio, se encontraba el otro tomo del manual.

Sin embargo, no se contentó con eso. No podía dejar de pensar en el que llevaba el *shifu* en la mano. Se convenció a sí mismo de que también lo necesitaba, pero yo no pensaba dejar que cogiera nada más.

Robar un volumen al *shifu* ya era bastante malo. Si nos llevábamos los dos, seríamos peor que animales. El *shifu* siempre había sido bueno con nosotros. Esa traición sería llevar las cosas demasiado lejos.

—Claro que es bueno contigo, pero ¿conmigo?

—¡No lo hagas! ¡Gritaré y chillaré!

—*¡Shifu!* —exclamó Ciclón Mei con voz ronca—. ¡Han venido a llevarse el *Manual de los Nueve Yin*. *¡Shifu!*

—¿Eh? —Guo Jing no entendía lo que estaba pasando.

—Métete en tus asuntos.

Ciclón Mei percibió el aroma de las flores de ciruelo en el cielo nocturno. Era el mismo olor dulce de la isla de la Flor de Melocotón que guardaba en su memoria.

Huimos de la isla de la Flor de Melocotón esa misma noche. Encontramos un bote con el que llegamos al monte Salvación y nos escondimos en una cueva de la costa. Nos llevamos el segundo tomo del manual. Huracán se pasó los días siguientes estudiando el texto de puño y letra de la *shimu*, con el ceño fruncido permanentemente.

—Quizá deberíamos hacer una copia y devolvérselo al *shifu*. Pero ¿cómo? —Hablaba más para sí mismo que para mí.

—¡Regresemos!

—¿Crees que podemos volver a pisar esa isla y salir con vida?

Nos quedamos un mes en monte Salvación, pero se hallaba

demasiado cerca de la isla de la Flor de Melocotón, así que zarpamos hacia el continente. Pasamos los meses siguientes de un lado para el otro, estuvimos en Qingyuan, Shangyu, Baiguan y Yuyao; luego nos trasladamos tierra adentro, a Lin'an, Jiaxing, Huzhou, Pingjiang, y evitamos ser vistos en la miríada de canales que entrecruzaban aquellas ciudades. Nos encerrábamos en nuestro barco durante el día para evitar que nos vieran —por si nos buscaban el *shifu* o nuestros hermanos marciales—, y el tráfico fluvial incesante nos mantenía ocultos.

Estudiamos el manual juntos. Estaba, en efecto, lleno de técnicas marciales poderosas. Nuestro tomo comenzaba con la Garra de los Nueve Esqueletos Yin y la Palma Rompecorazones, cómo dominar y superar cada movimiento: «Estas habilidades pueden adquirirse mediante adiestramiento externo y no requieren una base en fuerza interna. Con estos métodos asesinaron a mi hermano y a mi hermana pequeños. El verso "Matar brutalmente y en silencio con la facilidad con la que se siega la hierba" describe acertadamente su efecto.»

Aquello era perfecto, y así comenzó nuestro entrenamiento. Necesitábamos practicar con seres humanos vivos, de modo que sugerí la aldea Jiang, en Shangyu. Podíamos empezar con la maliciosa señora Jiang, y a continuación reducir a todos los hombres y mujeres del pueblo —viejos y jóvenes— a montones de calaveras y huesos.

Pero aquel lugar también me recordó al día en que el *shifu* me había rescatado, cuando me había devuelto a la vida. ¿Y qué había hecho yo para pagárselo? ¡Robarle! Sólo de pensarlo se me rompía el corazón. Cuando se lo comenté a Huracán, se volvió loco de celos y me reprendió por pensar en el *shifu*.

No tardamos en llegar a un punto muerto. Las técnicas marciales que quedaban requerían una base de fuerza interna. Los principios *neigong* se explicaban en el primer tomo, justo el que no teníamos. Para complicar más las cosas, todas aquellas habilidades hundían sus raíces en la tradición taoísta, una rama del kung-fu completamente distinta de la de nuestro *shifu*.

No obstante, cada vez que nos quedábamos atascados, Huracán decía: «Aquel que tenga aspiraciones logrará grandes proezas.»

Creía en ello con toda el alma. Con el tiempo desarrolló su propia interpretación e ideó un modo de aprender las técnicas que describía el manual, que también me enseñó a mí. Él se concentró en los golpes de palma y yo trabajé en el Látigo Pitón Blanca.

Encargó un látigo especial para mí, bañado en plata. Dijo que, como no me había ofrecido ninguna prenda de amor para conmemorar nuestras nupcias, me compensaría con aquella arma.

Aunque hubiéramos estado escondiéndonos del *shifu* y de nuestros hermanos marciales, teníamos oro y plata en abundancia. Con nuestras habilidades de kung-fu, cogíamos todo lo que queríamos cuando nos venía en gana. Casas ricas, tesoros del gobierno… los saqueábamos sin problemas. Nadie podía pararnos.

Ciclón Mei notó que un soplo de brisa le agitaba el cabello e inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Hay estrellas esta noche?

—Muchas —respondió Guo Jing.

—¿Ves el Arroyo de Plata?

—Sí.

—¿Está entre la Doncella Tejedora y el Pastor de Vacas?

—Así es.

—¿Y qué hay del Carro?

—¿Eh?

—¡Menudo idiota! Mira al norte. Siete estrellas brillantes. Alineadas en forma de cazo.

Guo Jing oteó el cielo, siguiendo la descripción, hasta que acabó por exclamar:

—¡Las veo!

—¿Cuál es el cúmulo de las Siete Estrellas?

—No lo sé.

—¿No te lo enseñó Ma Yu?

Mei ejerció más presión.

—El anciano sólo me enseñó a respirar tendido de espaldas.

—¿Cómo?

—Inflo la tripa cuando inspiro y la meto cuando exhalo.

«Nosotros hacíamos lo contrario —se dijo ella—. Quizá sea el secreto del taoísta.»

Cada vez que mi fornido granuja se estancaba en el entrenamiento, empezaba a hablar de robar el primer tomo. Le dije que no me importaría regresar a la isla de la Flor de Melocotón, pero, fuera lo que fuese lo que decidiésemos hacer, primero debíamos devolver ese segundo tomo al *shifu* y a la *shimu*.

—¡Si aún no hemos llegado a dominar el resto del kung-fu! Podemos saltarnos las que aparecen como «Consecución en cinco años», «Consecución en siete años» y «Conocimientos básicos aprehendidos en diez años». Pero antes de volver a la isla debemos aprender las técnicas que podamos asimilar rápidamente. Aquí dice que la Garra de los Nueve Esqueletos Yin, la Palma Rompecorazones y el Látigo Pitón Blanca pueden alcanzarse en poco tiempo sin *neigong*. ¿Cómo va con el Látigo Pitón Blanca?

—Tardaré un año más en poder usarlo en combate.

Levantamos muchas ampollas aprendiendo ese kung-fu. Se volvió difícil permanecer largo tiempo en un lugar, porque esos perros santurrones del mundo marcial no nos dejaban en paz. No paraban de venir a por nosotros en grupos y bandas, aunque eso sólo nos empujó a entrenar más arduamente, matando a más gente en el proceso.

Calificaban nuestro kung-fu de «infernal» y nos llamaron Viento Oscuro Doblemente Infame. ¡Ese nombre nos hacía parecer horripilantes! Deberían habernos llamado algo elegante, como Dúo de la Flor de Melocotón.

Aseguraban que debían impedir que siguiéramos asesinando a gente inocente, pero yo sabía que sólo querían poner sus codiciosas zarpas en el manual.

Lo que habíamos aprendido de nuestro *shifu* era más que suficiente para obligar a esos perros quejicas a huir con el rabo entre las piernas. Sin embargo, aquellas alimañas salían de debajo de las piedras y eran más y más fuertes. Cada vez nos costaba más escapar. No nos dieron un respiro en dos años.

Si hubiese sabido que las cosas acabarían así, no habría querido saber nada de ese espantoso manual. A menudo he pensado en ello, en cómo podría haber vivido en paz en la isla de la Flor de Melocotón. Pero el *shifu* sabía que Huracán y yo estábamos juntos. A la larga, la vergüenza habría acabado expulsándonos de la isla, y también nos preocupaba que regresase Tempestad.

Por entonces nos llegó la noticia de que el *shifu* había sufrido un ataque de ira al enterarse de nuestra huida con el *Manual de los Nueve Yin*. Céfiro y Vendaval habían intentado calmarlo, pero sus palabras no hicieron sino encolerizarlo aún más y les rompió las piernas. Calma sufrió el mismo destino más tarde. Al parecer, había tratado de razonar con el *shifu*:

—Los dos desagradecidos son Huracán Chen y Ciclón Mei. Son los únicos que os han traicionado, *shifu*. Nosotros somos fieles y leales. No había motivos para que desataseis vuestra ira contra el hermano Qu, el hermano Lu y el hermano Wu.

—¡Tú serás el siguiente! He pasado años adiestrándoos a los seis, y lo único que obtengo a cambio es traición e ingratitud. ¡Más me valdría no haber vivido!

El bastón de madera osciló y las piernas del hermano Feng quedaron destrozadas también.

Después de que desterraran a nuestros hermanos menores de la isla, el *jianghu* era un hervidero de rumores crueles acerca del *shifu*. Decían que el Viejo Hereje Huang había hecho honor a su funesta reputación. Aquellas palabras eran como dagas en mi corazón. Cuánto deseaba arrodillarme ante el *shifu* y la *shimu* y confesar mis crímenes… Cuánto deseaba que el *shifu* me absolviera de mis pecados concediéndome la muerte como castigo…

Nada anhelaba más que volver a ver al *shifu*.

Así pues, cuando Huracán me dijo que quería regresar a la isla de la

Flor de Melocotón, no puse ninguna objeción. Su razonamiento era que pronto los canallas del *wulin* revelarían nuestro paradero al *shifu* y nuestro destino quedaría sellado. Pero si conseguíamos el primer tomo del manual, podríamos trasladarnos a Mongolia, a Tangut, a algún sitio a miles de *li* de nuestros problemas. Algún lugar tan lejano que nunca nos encontrarían.

Sucumbí a su lógica. Tarde o temprano, esa vida ya no sería mía. La idea de que pudiese ser el *shifu* quien me la arrebatase en realidad me proporcionaba cierto consuelo.

Una noche oscura regresamos a la isla de la Flor de Melocotón. Cuando nos acercábamos al salón principal, nos llegó la voz del *shifu*:

—¡Hermano Tontón, no te he cogido el manual! ¡No hay nada que devolver!

¡Nunca había oído al *shifu* emplear insultos personales!

Observamos a través de una rendija en la ventana. El hombre al que el *shifu* estaba gritando llevaba la barba muy larga y parecía unos años mayor que él. No se mostró ofendido en absoluto. De hecho, respondió con una carcajada.

—No te creo, Viejo Hereje. Tus actos hacen honor a tu nombre.

—Me llaman Hereje porque me niego a someterme a las enseñanzas de Confucio, porque no obedezco ciegamente al emperador o a mis mayores, pero vivo siguiendo los cuatro preceptos sociales del decoro, la justicia, la integridad y el honor. Te he dicho que yo no te he robado el manual, y ésa es la verdad. Y aunque lo hubiera hecho, con lo que ya sé, no tengo ninguna necesidad de rebajarme a aprender de los pedos marciales de otro.

—Bueno, algo huelo, eso seguro. Vamos, peleemos un poco. Veamos si has andado husmeando o no.

Riéndose por lo bajo, el hombre se levantó de su asiento de un salto y esperó a que el *shifu* se pusiese en pie antes de lanzarle un puñetazo con la mano izquierda. El *shifu* respondió con un movimiento de la Palma de la Flor de Melocotón en Cascada.

Las velas titilaron con el aluvión de golpes. Me giré hacia Huracán,

que me devolvió la mirada. Nunca habíamos visto un kung-fu tan avanzado.

Los cielos nos concedían la oportunidad de nuestra vida de robar el manual. Gracias a ese barbudo, que nos estaba conteniendo al *shifu*, ¡tendríamos acceso libre a su estudio! Si veíamos a la *shimu*, no le causaríamos ni daño ni temor; yo me prosternaría tres veces ante ella en señal de agradecimiento y luego robaría el preciado libro.

Tiré a Huracán de la manga, pero no se movió un milímetro. Más tarde me confesó que estaba convencido de que uno de ellos utilizaría técnicas procedentes del *Manual de los Nueve Yin*. Ver los movimientos en acción resultaría mucho más instructivo que leer acerca de ellos. Él estaba demasiado fascinado para marcharse, y yo, demasiado asustada para ir sola.

El kung-fu del barbudo no se parecía a nada que hubiéramos visto. Pero nuestro *shifu* no atacaba, se limitaba a deslizarse alrededor como si estuviese encima del agua, eludiendo a su oponente. Se estaban acercando a la ventana en la que nos encontrábamos. El hombre asestó un golpe con la mano izquierda.

El *shifu* lo esquivó agachándose.

La ventana se abrió de golpe.

Yo me hice a un lado, pero debió de verme el pelo revoloteando.

—¡Ciclón!

¡Pam! El hombre lo siguió con la palma de la mano derecha y le golpeó en el hombro.

La rodilla derecha del *shifu* cedió. Mientras retrocedía tambaleante, hizo un movimiento rápido con un dedo contra el pulgar dos veces. El aire silbó y al barbudo le fallaron las piernas. Rodó por el suelo y no consiguió volver a levantarse.

—El *shifu* no necesita el *Manual de los Nueve Yin*, Ciclón. Lo he derrotado con el Capirotazo Divino. ¿Qué te trae por aquí?

Di un salto y caí de rodillas delante del *shifu*, llorando a lágrima viva.

—Vuestra discípula os ha sido desleal, a vos y a la *shimu*.

—La *shimu* ya no está con nosotros. Su salón de duelo… está por ahí.

Crucé el patio en la dirección que me había señalado. Ahí estaba su

lápida: «Aquí yace el espíritu de mi difunta esposa, del clan Feng.»

Volví la cabeza de golpe. Oí mis propios alaridos. El *shifu* se encontraba a mi espalda. Entonces advertí a una niña pequeña, no tendría más de dos años, encaramada a una silla. Me sonrió. Era igual que la *shimu*. ¿Había muerto al dar a luz?

—Papá, abrazo.

La niña sonrió, y su rostro resplandeció como una flor. Extendió los brazos y se lanzó hacia el *shifu*. Éste la cogió con gesto protector antes de que cayera de la silla.

Noté que Huracán me agarraba de la mano y mi cuerpo avanzaba a toda velocidad por la isla. Enseguida sentí el rocío del mar en la cara.

Me palpitaba el corazón. Estaba convencida de que se me saldría por la boca.

Entonces oí la voz del *shifu*, transportada por el viento hasta nuestra barca:

—Encontrad vuestro propio camino. ¡Dejad de escudriñar el *Manual de los Nueve Yin*! Cuidaos. Manteneos vivos.

Presenciar el combate del *shifu* con el barbudo nos había desmoralizado. Huracán tomó la palabra finalmente:

—El kung-fu del *shifu* es al menos diez veces más poderoso que el nuestro. Ese hombre es mucho más experto que nosotros.

—¿Te arrepientes de lo que hicimos? —Y a continuación añadí, con la voz entrecortada—: Si nos hubiésemos quedado con el *shifu*, habríamos aprendido todo eso.

—No me arrepiento de nada. Y tú tampoco.

Después de eso, se esforzó aún más en buscar un modo de entrenar nuestra fuerza interna. Seguía diciendo que, aunque no fuese la forma ortodoxa, nos daría resultados.

—El *shifu* dijo que no deberíamos practicar el kung-fu del manual —le recordé.

—Con su destreza, es evidente que él no lo necesita. Pero ¿nosotros podemos sobrevivir sin él?

Así pues, entrenamos y entrenamos. Conseguimos dominar dos tercios de las técnicas de la Campana Dorada y la Camisa de Hierro, que endurecieron nuestro cuerpo para hacer frente a armas y golpes.

Pronto nos volvimos invencibles. El miedo se propagó por dondequiera que soplara Viento Oscuro Doblemente Infame.

Estábamos practicando la Palma Rompecorazones en un templo abandonado cuando, de pronto, nos vimos rodeados de maestros de kung-fu. Céfiro Lu, nuestro propio hermano marcial, organizaba y dirigía el ataque. Nos culpaba de la pérdida del uso de sus piernas y pensó que, al capturarnos y llevarnos ante su *shifu*, éste le permitiría regresar a la isla de la Flor de Melocotón.

¡Atrapar a Viento Oscuro Doblemente Infame no iba a ser fácil!

Ese día, mi malnacido esposo despachó al Dragón Divino Volador, Ke Bixie, el Talismán. O quizá fuese yo. No lo recuerdo. No importa. Matamos a media docena de amigos marciales de Céfiro y escapamos, pero yo también resulté herida de gravedad.

Unos meses más tarde, incluso los monjes taoístas de la secta Quanzhen nos perseguían. Ya teníamos demasiados enemigos, no podíamos vencerlos a todos. La única opción que nos quedaba era marcharnos de las Llanuras Centrales. Nos fuimos lejos, muy lejos, hacia el oeste, y nos asentamos en la estepa mongola.

Seguimos practicando la Garra de los Nueve Esqueletos Yin y la Palma Rompecorazones, y yo continué trabajando en el Látigo Pitón Blanca. Huracán no dejaba de recordarme que eran técnicas legendarias que podíamos dominar en un período de tiempo razonablemente breve, y que no importaba que no tuviésemos una base en la fuerza interna *neigong*.

Entonces, sin previo aviso, me tendieron una emboscada en una yerma colina de Mongolia.

—¡Mis ojos!

El dolor, el picor, la horrible oscuridad.

Reuní mi *qi* para contener el veneno. Me alejé arrastrándome. Pero perdí la vista. Y a mi fornido granuja.

Justo castigo. Habíamos matado a Ke Bixie. Matamos al murciélago ciego, el hermano de Ke Zhen'e. Y él había traído hasta Mongolia a sus hermanos, los Siete Fenómenos del Sur, para vengarse.

Ciclón Mei apretó la mandíbula al revivir aquellos sucesos dolorosos, chasqueó los dientes y agarró a Guo Jing con más fuerza.

El muchacho estaba convencido de que estaba a punto de romperle la muñeca. «Ya está —se dijo—. Va a matarme, ahora, de la forma más brutal. ¡Pero aún tengo las hierbas que necesita el anciano Wang para limpiar el veneno de la herida de anoche!»

—¿Podríais hacer una cosa por mí —comenzó Guo Jing tímidamente— una vez que os hayáis vengado?

—¿Quieres que te ayude?

—Sí. Apelo a vuestra bondad. Por favor, llevad las hierbas al anciano Wang por mí. Su vida depende de ellas. Se hospeda en la posada Estancia Tranquila, al oeste de la ciudad.

Ciclón Mei no respondió, pero tampoco negó con la cabeza.

—¿Lo haréis? Gracias, ¡sois muy amable!

—No soy amable, y no quiero que me des las gracias.

Ciclón Mei no podía acordarse de todas las penurias por las que había pasado a lo largo de su breve vida. Era incapaz de recordar a cuánta gente había matado. Pero no olvidaría esa noche. Se le había quedado grabada en la mente.

Un manto de oscuridad lo cubría todo. Las estrellas habían perdido su brillo.

—Hermanita, ya no podré velar por ti. Debes tener cuidado...

Ésas fueron sus últimas palabras.

—¿De qué sirve tener cuidado si no estás tú? —le pregunté mientras él apretaba el manual contra mi mano—. Me he quedado ciega. No volveré a leer.

Me guardé el libro en la túnica, cerca del pecho. A mí no me serviría de nada, pero me aseguraría de que no cayera en manos enemigas. Algún día se lo devolvería al *shifu*.

Los cielos se abrieron y cayó una lluvia torrencial. Los fenómenos atacaron y me alcanzaron en la espalda. Fue un golpe fuerte, que me

estremeció de pies a cabeza.

El cielo lloró. El mundo había perdido su luz. La oscuridad se convirtió en mi capa.

Así que me cargué a mi tormenta a la espalda y huí.

Me precipité bajo la lluvia.

¡Mi Huracán seguía caliente! Poco a poco, sin embargo, fue enfriándose. Como mi corazón, Huracán se convirtió en hielo.

Yo nunca había sentido tanto frío.

—¿De verdad te has ido? Se suponía que eras invencible. ¿Cómo ha ocurrido? ¿Quién ha sido?

Temblando, encontré la daga en su ombligo y se la saqué. Noté cómo brotaba la sangre de la herida. Puedo imaginar cuánta había. He matado muchas veces.

—¿Quién te llamará «mi querido perro apestoso» ahí abajo? —pregunté en voz alta—. No estarás solo en el infierno. ¡No lo permitiré!

Me pasé la punta de la daga por debajo de la lengua —mi punto más vulnerable— y entonces palpé unas palabras grabadas en la empuñadura. El apellido, Yang, y el carácter que significa «vitalidad», Yang Kang. Su asesino, Yang Kang.

¿Cómo podía morirme sin antes haberme vengado?

¡Mi dulce malnacido será vengado!

¿Me oyes suspirar, fornido granuja?

Ya ha acabado todo.

¿Me has echado tanto de menos como yo a ti? Como te hayas buscado alguna esposa esquelética ahí abajo, te prometo que te perseguiré toda la eternidad…

Cavé un hoyo en el desierto y lo enterré. Ciega como estaba, era incapaz de encontrar comida para alimentarme, no digamos ya buscar venganza. Por suerte, los mongoles se apiadaron de una pobre invidente y compartieron conmigo su leche, su carne y su pan.

Durante varios años, su bondad fue lo único que me salvó de morir de hambre.

Un día pasó por delante de mi cueva una columna de caballos y hombres que hablaban en la lengua de los yurchen. Les pedí comida, y su líder me recogió y me llevó hasta la capital, Zhongdu. Más tarde descubrí que me había recogido el sexto príncipe del Imperio jin. Me dejó vivir en palacio y me dio trabajo. Me convertí en barrendera del jardín interior, donde hice de una cámara subterránea abandonada mi guarida. Por la noche practicaba las artes marciales en secreto.

Transcurrieron unos cuantos años más y la casa real seguía considerándome una pobre ciega. Una noche, el travieso principito se coló en mi jardín. Le gustaba apoderarse de los huevos de los nidos. Me vio practicar con el látigo y no paró de darme la lata hasta que accedí a enseñarle. Le mostré tres movimientos y los dominó de inmediato. Era un verdadero placer adiestrarlo, así que no tardé en enseñarle la Garra de los Nueve Esqueletos Yin y también la Palma Rompecorazones. Le hice jurar que guardaría el secreto: nunca debía hablar de ello, ni con el príncipe ni con la consorte. Si contaba una sola palabra, le haría cinco agujeros en el cráneo con mi propia mano.

El principito ya había estudiado algo de kung-fu, de modo que no era ningún novato.

—*Shifu*, mi otro maestro es un hombre malo. No me gusta. ¡Me gustáis más vos! —El muchacho era zalamero y sabía cómo salirse con la suya—. Nunca le mostraría el kung-fu que me habéis enseñado. ¡Su destreza no es nada comparada con la vuestra! Las cosas que me hace aprender él son inútiles.

Sin embargo, al ver lo que era capaz de hacer el pequeño príncipe supe que ese hombre era un maestro. Y, aun así, no estaba en condiciones de hacer preguntas, dado que le había hecho prometer que nunca me descubriría.

El tiempo no se detiene para nadie. Pasaron varios años más y un día el joven príncipe me dijo que su padre se disponía a regresar a Mongolia. Le pedí al chico que preguntase si podía viajar con ellos para visitar la tumba de mi esposo. Por supuesto, el príncipe accedió; nunca le negaba nada a su querido hijo.

Era mi oportunidad de buscar a los Siete Fenómenos del Sur para hacerles pagar por lo que me hicieron. Sin embargo, la suerte no me sonrió: ¡los Siete Inmortales de la secta Quanzhen también estaban en Mongolia! Una ciega no podía luchar contra siete maestros sola. Su kung-fu interno era tan formidable como su reputación. Ma Yu, Sol Escarlata, proyectaba su voz a grandes distancias sin apenas esfuerzo.

Aun así, el viaje no fue en vano. Engañé al taoísta para que me contara un secreto de su adiestramiento *neigong*. Y trabajé arduamente cuando regresé…

Pero, sin orientación, me resultó imposible cultivar mi energía interna. Hace dos días, mientras reunía mi *qi* en torno a mi cuerpo, mi fuerza vital interna pasó el punto de presión Fuerza Eterna en la parte inferior de la columna y quedó atrapada. Nada de lo que he intentado desde entonces ha conseguido que volviera a circular, y he perdido toda capacidad de movimiento en la parte inferior del cuerpo.

«Si ese muchacho no hubiese entrado dando traspiés, me habría muerto de hambre, porque nunca he permitido que el joven príncipe me visite. Mi huracán lo ha guiado hasta aquí. ¡Para rescatarme a mí y vengarlo a él!»

Ciclón Mei soltó una carcajada, y al reírse todo su cuerpo se sacudió y liberó un poderoso estallido de fuerza interna a través de las yemas de los dedos que aún aferraban la tráquea de Guo Jing.

Guo Jing logró meter las manos por debajo de la muñeca de Ciclón Mei y tiró hacia atrás con la última gota de energía que le quedaba. Tras practicar el *neigong* ortodoxo durante varios años bajo las enseñanzas de Ma Yu, su fuerza interna no era desdeñable.

¡El suyo era un kung-fu impresionante!

Ciclón Mei tenía que reconocérselo. No muchos podrían haber conseguido aflojar la presión de su garra. Asestó tres patadas rápidas y Guo Jing logró esquivar sus talones cada vez con la fuerza de su palma.

Ciclón levantó el brazo, gritó y lo golpeó de lleno en la coronilla, el movimiento más letal del repertorio de la Palma Rompecorazones.

La mano izquierda de Guo Jing seguía atrapada entre las garras de Mei, de modo que canalizó todo su poder hacia el brazo derecho y bloqueó. Sabía que era un movimiento desesperado, pero tenía que intentarlo. El dolor le recorrió el brazo al contacto. A continuación, para su sorpresa, no ocurrió nada. ¿Había cambiado de opinión?

Ciclón Mei había recordado en el último momento que Guo Jing era discípulo del taoísta Ma Yu, y se contuvo.

«Ahora soy incapaz de andar porque no tengo a nadie que me guíe en mi adiestramiento *neigong*, pero él lo ha aprendido de la fuente y puede ayudarme. ¡No debo olvidar que tengo que vengar a mi dulce malnacido! Por suerte, aún no lo he matado.»

Enfadada consigo misma, cogió a Guo Jing por la garganta una vez más.

—Mataste a mi esposo y yo te mataré a ti con esta mano, pero, si te portas bien, te concederé una muerte rápida. Si intentas jugármela, me aseguraré de que sufras todo el dolor concebible que puede ofrecer este mundo. Comenzaré arrancándote los dedos con los dientes, uno a uno, y lo haré muy despacio.

No era una amenaza vacía. Llevaba días sin comer.

Guo Jing se estremeció al verle los dientes, de un blanco resplandeciente. Estaba demasiado asustado para responder.

—La secta Quanzhen tiene un dicho: «Tres Glorias se Reúnen en la Corona, Cinco Fuerzas en el Origen.» ¿Qué significa?

Guo Jing supo que anhelaba obtener su conocimiento de la fuerza interna. «¡Preferiría morir a ayudaros a mejorar vuestro kung-fu! ¡Sé que planeáis perseguir a mis *shifus*!», respondió mentalmente.

Ciclón Mei apretó, lo cual le provocó terribles punzadas de dolor en la muñeca.

Guo Jing cerró los ojos y apretó los dientes, decidido a no delatar su sufrimiento. Luego exclamó:

—¡Jamás compartiré mi conocimiento del *neigong* con vos!

Mei aflojó un poco e intentó que su voz sonara suave.

—Llevaré las hierbas a Wang Chuyi… para salvarle la vida.

Eso recordó a Guo Jing la razón por la que había acudido al palacio.

En ese momento, ¡eso era lo más importante! «Ella no supondrá

ningún problema para mis *shifus* si no puede caminar.»

—Jurad que primero ayudaréis al anciano Wang.

—Prometo entregar las hierbas a Wang Chuyi después de que compartas conmigo los secretos del *neigong* de Quanzhen. Si falto a mi palabra, quedaré paralizada para siempre.

5

—¡Sal, pequeña granuja!

Guo Jing reconoció la voz de Hou el Intimidante, el Dragón de Tres Cuernos.

—No puede haber llegado muy lejos; ¡no tiene adónde ir! —dijo la voz de un segundo hombre.

Se hallaban a pocos pasos a la izquierda de Guo Jing, pero había sonado como si se alejaran de él.

«¿Loto sigue en el palacio?» Guo Jing se volvió hacia Ciclón Mei.

—Tenéis que prometerme una cosa más. O no os contaré nada.

—¿Qué? —le espetó Mei.

—Los maestros marciales de este palacio persiguen a una amiga mía. Debéis darme vuestra palabra de que la ayudaréis a escapar.

—¿Cómo sabré dónde está? —Mei tensó la mano, con la que aún rodeaba el cuello de Guo Jing—. ¡Explícame el kung-fu interno primero!

—Depende de vos...

—Yo, Ciclón Mei, jamás me he doblegado a la voluntad de nadie. Y aun así, hoy voy a dejar que te salgas con la tuya —dijo con los dientes apretados—. ¿Es tu novia? Seguro que la adoras, ¿verdad? Deja que me explique. Sólo accedo a ayudar a la chica. No estoy diciendo que vaya a dejarte vivir.

—¡Loto, ven aquí! Loto...

Oyeron un susurro procedente de un rosal cercano, y Loto apareció. Llevaba algún tiempo escuchando desde los matorrales y las palabras de Guo Jing la habían conmovido hasta las lágrimas, que ahora le rodaban ardientes por las mejillas. Hacía tan sólo unos días que eran

amigos y, aun así, él pensaba en ella incluso cuando su vida corría peligro.

Loto iba vestida como un mendigo cuando se conocieron y había continuado interpretando ese papel durante algún tiempo. Estaba furiosa con su padre. Por primera vez en su vida, la había reprendido.

Sabía que su padre la quería más que a su propia vida. Su madre había muerto en el parto. Y de niña fue su única compañía. Era un excéntrico. No vivía según la etiqueta o las normas sociales imperantes; en realidad, las despreciaba y las rechazaba. Siempre la dejaba salirse con la suya y nunca tuvo una palabra severa para ella.

Lo único que había hecho para desatar la ira de su padre era dar una vuelta por la isla, encontrar el edificio que servía de cárcel y entablar conversación con un prisionero.

Éste había resultado ser un hombre muy divertido. Se quejaba de que el vino que servía su padre era insípido, así que Loto ordenó a los criados que le llevaran una redoma de su mejor cosecha, junto con varias bandejas de exquisiteces. Pasaron horas juntos, comiendo y bebiendo. El hombre estaba contentísimo con el festín y ella lo pasó bien hablando con el irreverente tío.

¿Por qué se había enfurecido tanto su padre? Sintiendo que había sido tratada injustamente, huyó y deambuló de ciudad en ciudad, sola y abandonada. Incluso se convenció a sí misma de que su padre ya no la quería; bien podía convertirse en el pequeño mendigo más triste del mundo.

Fue así como conoció a Guo Jing delante de una posada, en la ciudad fortaleza de Kalgan. Al principio abusó de la hospitalidad de Guo Jing, y pidió los platos más suntuosos a costa de su nuevo amigo, para desahogar la ira que albergaba hacia su padre. Sin embargo, mientras comían y hablaban, los dos se sintieron como si fueran viejos amigos.

Cuando al separarse Guo Jing le dio al supuesto niño mendigo su abrigo de marta cibelina, lingotes de oro y su preciado caballo de Fergana, Loto reconoció la hondura de su bondad. Ahora, al oír que la llamaban su «novia», sintió un calor dulce en el pecho.

—¡Loto! Ella te ayudará. ¡Esos hombres ya no te volverán a

molestar más!

—¡Deja que se vaya, Mei Flora! —gritó Loto.

—¿Quién eres tú? —A Ciclón Mei le temblaba la voz. No la habían llamado por su nombre real en décadas. Nadie del mundo marcial lo conocía.

Levísimas flores de melocotón caen en cascada cuando la espada vuela,
la marea del verde mar sube mientras la flauta de jade suena.

Loto recitó esas palabras antes de anunciar:

—Mi apellido es Huang.

—Tú... tú eres... —Mei estaba anonadada.

—Pico del Capirotazo, Cueva de Armonía Pura, Bosquecillo de Bambú Verde, Pabellón de la Prueba de la Espada. ¿Recordáis esos lugares de la isla de la Flor de Melocotón, en el mar Oriental?

¡Eran los lugares en que Ciclón Mei había aprendido kung-fu! Hacía una eternidad de aquello; aun así, ¿cómo iba a olvidarlo? Podía ver el verso grabado en los pilares del Pabellón de la Prueba de la Espada como si lo tuviera delante. Hacía referencia a dos de las invenciones marciales de las que más se enorgullecía su *shifu*.

—¿Quién...? ¿Quién eres para... el maestro Huang? —tartamudeó por fin.

—¡Bien! No habéis olvidado a mi padre. ¡Él también os recuerda! Está aquí, ha venido a veros.

Mei estaba segura de que su alma asustada había volado más allá del alto cielo. Deseaba echar a correr, pero no le respondían las piernas.

Entonces una pequeña chispa de alegría se encendió en su interior. ¡Por fin podría volver a ver a su *shifu*!

—*Shifu*... *Shifu*... —murmuró.

—Suéltalo. ¡Ya!

De repente, la duda y la desconfianza invadieron a Ciclón Mei. «Esta niña está intentando engañarme. El *shifu* no ha salido de la isla de la Flor de Melocotón en años. Ni siquiera nos persiguió cuando nos

llevamos el *Manual de los Nueve Yin*. No puede estar aquí.»

Al ver el cambio en el semblante de Mei, Loto golpeteó el suelo con el pie izquierdo y saltó muy por encima de la cabeza de la ciega.

—¿Recordáis esto? Lo aprendisteis de mi padre.

Ciclón Mei percibió un silbido en el aire. Dos rotaciones en pleno salto, seguidas de un golpe hacia abajo. Un movimiento de la Palma de la Flor de Melocotón en Cascada.

Flores Vuelan por encima de la Ciudad del Río.

Ahora Mei ya no dudaba de quién era esa chica. Retiró una mano de Guo Jing para protegerse del golpe. Loto aprovechó la oportunidad y tiró de él para liberarlo cuando aterrizaba.

—Hermanita, ¿dónde está el *shifu*?

Huang Loto era la hija pequeña a la que Ciclón Mei había visto en la isla de la Flor de Melocotón muchos años atrás, la única hija de su *shifu*, Huang el Boticario.

Si bien Loto no llegó a conocer a los discípulos de su padre, pues todos habían desaparecido ya cuando ella nació, a menudo había oído a su padre hablar de ellos. Y ahora había supuesto la identidad de Mei escuchando sus palabras a media voz.

Frente a una adversaria tan letal, Loto sintió una punzada de arrepentimiento por no haberse concentrado más en las artes marciales durante su educación. Recordó cómo importunaba a su padre para que le enseñara sus demás habilidades, como el yin yang, los Cinco Elementos y otras formas de adivinación basadas en el *I'Ching*. Puede que Huang el Boticario hubiese sido uno de los maestros más importantes de la época, pero Loto no había hecho más que arañar la superficie de los vastos conocimientos marciales de la isla de la Flor de Melocotón. Si sus habilidades marciales fuesen más sofisticadas, entonces sería capaz de liberar a Guo Jing con su kung-fu. No tendría que depositar todas sus esperanzas en su ingenio. Afortunadamente, había conseguido asustar a Ciclón Mei con la mentira de que su padre también estaba allí.

En ese momento Ciclón Mei se había desplomado en el suelo; todo su adiestramiento marcial se había desvanecido. Su rostro había adquirido un tono terroso y se estremecía, como si tuviera a un

enfurecido Huang el Boticario de pie ante ella.

—Vuestra discípula merece diez mil muertes por sus crímenes. —Le temblaba la voz—. Ruego al *shifu* que se apiade de mis ojos ciegos y mi cuerpo tullido, y muestre clemencia con su castigo. Os he agraviado profundamente, maestro. No soy más que una bestia, ¡peor incluso que un cerdo o un perro!

Entonces recordó la amabilidad que siempre le había demostrado el *shifu*, y el deseo de estar en su presencia se impuso a su miedo. Su tono se volvió más seguro.

—No, el *shifu* no debe mostrarse clemente. Merezco el castigo más severo que podáis pensar.

Guo Jing estaba desconcertado. En dos ocasiones había visto a ese demonio audaz rodeado y superado en número por maestros marciales en el peligroso territorio mongol. ¡Y ahora había bastado mencionar al padre de Loto para convertirla en un guiñapo gimoteante!

Riendo para sí por el efecto que le había causado a Ciclón Mei, Loto cogió a Guo Jing de la mano y señaló hacia el muro del palacio.

Justo cuando estaban a punto de escapar, oyeron un silbido seguido de una risita.

—¡Niña! ¡No volveré a dejarme engañar por ti!

«¡Otra vez él no! —Loto reconoció la voz de Ouyang el Galante—. No podemos librarnos de él. Su kung-fu es demasiado fuerte. ¿Y si ella pudiera retenerlo?»

—Hermana Mei, mi padre nunca me dice que no a nada. Si me ayudas, hablaré en vuestro favor. Sin duda os perdonará.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Ese hombre quiere causarme problemas. Fingiré que pierdo, entonces intervienes tú y te libras de él. Mi padre se alegrará mucho cuando vea que me ayudas.

Loto empujó a Guo Jing hasta situarlo detrás de Ciclón Mei mientras hablaba.

2

La derrota de Primavera Eterna

1

Ouyang el Galante se acercó, flanqueado por cuatro concubinas. Miró con desdén la oscura maraña de pelo de Ciclón Mei.

Con un movimiento despreocupado con el abanico, Ouyang hizo ademán de agarrar a Loto por encima de Mei.

Al instante sintió una ola de fuerza inmensa que se precipitaba hacia su pecho, luego advirtió el destello de sus garras. Le clavó el abanico en la muñeca y se alejó con un giro para evitar que lo hiriera.

Se oyeron ruidos de tela rasgada, chasquidos metálicos y gritos de dolor.

Ouyang el Galante bajó la vista y descubrió que tenía la parte delantera de la túnica rasgada, que el abanico estaba partido por la mitad y que sus cuatro mujeres se habían desplomado en el suelo en un charco rojo y gris de sangre y sesos. Todas tenían en el cráneo cinco agujeros correspondientes a los cinco dedos de una mano humana.

Jamás había presenciado un ataque tan rápido y brutal. Dado que la arpía seguía desplomada en el suelo, concluyó con cierto alivio que no podía caminar y emprendió la Palma del Monte del Camello Blanco, una técnica de pugilismo que había pasado de generación en generación en su familia.

Ciclón Mei mostró las garras hendiendo el aire con un silbido.

«Ahora», pensó Loto, y tiró de la mano de Guo Jing. Debían salir de allí pitando. Pero enseguida oyó un aullido de ira y notó que unos puños arremetían contra ella por la espalda. Viró para esquivarlos. Sorprendentemente, su atacante retrocedió.

Hou el Intimidante había recordado, justo antes de que su puño aterrizara entre los omoplatos de Loto, que llevaba la Malla de Erizo. Estaba claro que no quería acabar con las manos desgarradas por la camisa de acero cubierta de pinchos. Viró a tiempo, pero no fue capaz de detener el impulso del golpe y el puño se le estrelló contra los tres quistes de la frente. Se vino abajo, chillando y aullando de dolor.

El alboroto atrajo a Hector Sha, a Liang Barbagrís y a Peng el Tigre.

Bastó una sola mirada a la túnica hecha jirones de Ouyang el Galante y las garras de la mujer para que el anciano Liang reconociera el kung-fu de inmediato. ¡El demonio de la cueva! Se abalanzó sobre ella con un rugido.

Sha y Peng observaron desde los lados, pasmados por la destreza y la crueldad de la mujer. Ambos estaban pensando lo mismo: «¿De dónde ha salido esta harpía?»

—¡Es Viento Oscuro Doblemente Infame! —exclamó Peng el Tigre sin aliento.

Entretanto, Hou el Intimidante se había puesto en pie y perseguía a Loto, pero no era ni lo bastante rápido ni lo bastante ágil para atraparla. Loto advirtió que intentaba alcanzarla por la cabeza, para no tener que tocar la Malla de Erizo. Se escondió en unos arbustos cercanos y se metió las Agujas Emei en el cabello.

—¡Estoy aquí! —exclamó, y asomó la cabeza a través de la vegetación.

—¡Esta vez te cogeré! —dijo él agarrando a Loto del pelo.

—¡Hermano, también tiene pinchos en el pelo!

Demasiado tarde. Hou el Intimidante se miró las palmas ensangrentadas y empezó a proferir gritos de dolor.

—*¡Chist!* —Hector Sha silenció a su hermano marcial y se abalanzó sobre Loto.

Incapaz de moverse con libertad, Ciclón Mei corría el riesgo de ser arrollada por el ataque conjunto de Liang Barbagrís y Ouyang el Galante. Repeliendo a sus oponentes con un brazo, se llevó la otra mano a la espalda y agarró a Guo Jing.

—¡Levántame!

Guo Jing no entendía el propósito de aquella orden, pero estaban en

el mismo bando, de momento, así que hizo lo que le pedía y le rodeó las piernas con los brazos.

Mei bloqueó un golpe de palma de Ouyang el Galante con la mano izquierda e intentó dar un zarpazo al anciano Liang con la derecha.

—¡Acércate al viejo Ginseng!

Guo Jing lo entendió por fin: no podía repelerlos sentada. Se la subió a hombros y embistió y retrocedió siguiendo sus órdenes. Ciclón Mei pesaba muy poco, y la carga no afectaba a la velocidad o la agilidad del kung-fu de ligereza de Guo Jing.

Ahora que estaba un metro por encima de sus contrincantes, Ciclón Mei volvía a llevarles ventaja. Y aprovechó ese respiro para interrogar a Guo Jing sobre los secretos para cultivar la fuerza interna.

—¿Qué posición habría que adoptar para entrenar el *neigong*?

—Sentado con las piernas cruzadas, con los Cinco Núcleos hacia el cielo.

—¿Qué son los Cinco Núcleos?

—El centro de las palmas de las manos, de las plantas de los pies y de la coronilla.

Espoleada por aquella información, atacó con fuerzas renovadas. Dio un zarpazo a Liang Barbagrís en el hombro y lo hirió. Éste retrocedió, pero, justo cuando Guo Jing estaba a punto de atraparlo, vio que Hector Sha y Hou el Intimidante perseguían a Loto.

—¡Nos desharemos de esos dos primero! —Y cargó contra ellos.

Ciclón Mei lanzó la palma izquierda contra la espalda de Hou el Intimidante. Éste se apartó, y se convenció de que ya estaba fuera de su alcance. Sin embargo, inmediatamente notó que lo levantaban. «¿Puede aumentar la longitud del brazo a voluntad?»

Petrificado, vio que la mano derecha de la arpía descendía hacia su cabeza.

—¡Me rindo! —chilló.

Hector Sha saltó para bloquear a Ciclón Mei. Con las muñecas trabadas, los brazos de ambos se estremecieron de dolor. Mei percibió una vibración en el aire a su izquierda y arrojó a Hou el Intimidante en esa dirección.

¡Aaay!

Peng el Tigre esperaba agarrar por sorpresa a Ciclón Mei utilizando sus armas arrojadizas secretas, las monedas de cobre, pero en lugar de eso impactaron contra Hou el Intimidante cuando salió disparado por el aire.

«Resultará herido de gravedad si se estrella contra el suelo así», se dijo Hector Sha, que corrió y con la palma de la mano empujó a su hermano marcial por la cintura.

Hou el Intimidante siguió volando como una cometa de papel; ahora el impulso del golpe de Ciclón Mei había disminuido por la intervención de su hermano marcial, pero mientras reunía su *qi* para amortiguar la caída, descubrió que era incapaz de evitar que sus brazos se agitaran sin parar e impactaran una vez más contra los quistes de su frente, y gritó de dolor.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos: el golpe de Ciclón Mei y la parada desesperada de Hector Sha.

Mientras tanto, Peng el Tigre continuaba lanzando las monedas a Ciclón Mei, y Ouyang el Galante y Liang Barbagrís habían vuelto a posicionarse para rodearla.

Puede que estuviera ciega, pero el oído de Ciclón Mei era tan agudo como la visión de cualquier ojo. Movió los dedos rápidamente en distintas direcciones y el ruido metálico reverberó en el aire. Todos los proyectiles de Peng el Tigre se desviaron hacia él y sus tres compañeros. Era el Capirotazo Divino, la técnica que había empezado a practicar antes de su partida deshonrosa de la isla de la Flor de Melocotón. El contraataque le concedió tiempo suficiente para seguir interrogando a Guo Jing acerca del adiestramiento de la fuerza interna.

—¿Qué es Almacenar los Cinco Elementos?

—Madera del Espíritu del Este, Oro del Alma del Oeste, Fuego de la Fuerza Vital del Sur, Agua de la Esencia del Norte, Tierra de la Mente Central.

«Lo había entendido todo mal», se dijo Mei.

—¿Y qué hay de Armonizar las Cuatro Formas?

—Contener el espíritu en los ojos, conseguir el tono en los oídos, afinar la respiración en la nariz, aglutinar la energía en la lengua.



—¿De verdad? ¿Y las Cinco Fuerzas del Origen?

—Sin vista, condensa el espíritu en el hígado; sin oído, reúne la esencia en los riñones; sin habla, forma la fuerza vital en el corazón; sin olfato, eleva el alma en los pulmones; sin movimiento, agudiza la mente en el bazo.

Ésas eran fórmulas secretas de la práctica del *neigong* taoísta que le había enseñado Ma Yu.

Un día, Guo Jing había dicho:

—Me siento como si tuviera un ratoncito caliente correteando por dentro de mi barriga.

Aquélla era la primera señal de que su energía interna estaba conectándose, el primer paso hacia la adquisición del *neigong*.

Ma Yu no fue capaz de explicarle en ese momento, en términos sencillos y cotidianos, cómo guiar a ese ratoncito caliente de su estómago ni cómo conectar y acceder a los meridianos del Vaso Concepción y el Vaso Gobernador, los principales canales de energía del cuerpo. Tampoco deseaba alterar la fórmula de la práctica del kung-fu interno que le había trasladado su propio mentor, consciente del daño que un flujo de energía mal dirigido, por escaso que fuese, podía causar en el cuerpo. Así que enseñó a Guo Jing del único modo que supo —el método de la secta Quanzhen para canalizar la energía interna—, evitando explicarle las complejidades. Al fin y al cabo, no eran maestro y discípulo.

Guo Jing había memorizado las palabras, como le había enseñado amablemente el tío taoísta. Nunca se le ocurrió preguntar su propósito o significado. Así era como había aprendido siempre kung-fu, memorizando los principios que le enseñaban sin preguntar cuando no entendía algo. Cuando aprendió el movimiento Tigre Negro Roba el Corazón, sabía que era un golpe directo en el pecho y que nunca podría utilizarlo con su séptima *shifu*, Han Jade. Nunca se planteó cómo el tigre robaba el corazón. El gesto físico por sí solo a menudo era más de lo que su pobre cerebro podía asimilar.

Si bien Guo Jing apenas comprendía el significado de las palabras que repetía, era capaz de responder a las preguntas de Mei sin vacilar.

No tenía ni la más remota idea de que la filosofía marcial de la isla de la Flor de Melocotón difería en todo de la filosofía de la tradición taoísta. Nunca habría imaginado que Ciclón Mei llevaba más de una década buscando a ciegas una interpretación de esas mismas frases en el *Manual de los Nueve Yin*, ni que el motivo de su parálisis actual fuera uno de esos intentos.

—¿Y las Tres Glorias se Reúnen en la Corona?

A partir de ese momento todo empezó a ir mal.

—Esencia en la fuerza, fuerza en el espíritu...

Ciclón Mei estaba prestando más atención a las palabras de Guo Jing que a la pelea. Sus adversarios, todos ellos maestros con décadas de experiencia en combate, vieron la oportunidad de imponerse. Un golpe de palma de Ouyang el Galante le impactó en el hombro izquierdo, y Hector Sha descargó otro en la caja torácica desde la derecha. Pese a que tenía el cuerpo entrenado para endurecerlo, el dolor la sacudió hasta el tuétano.

Huang Loto había esperado que Ciclón Mei mantuviera ocupados a sus perseguidores mientras ella escapaba con Guo Jing, pero él se había convertido en su caballo de batalla y estaban atrapados.

Atacada por los cuatro costados, Mei luchaba con dificultad.

—¿Cómo has ofendido a tantos maestros marciales? ¿Dónde está el *shifu*?

Esperaba que llegase pronto. No sólo la vería arriesgando su vida para ayudar a su hija, sino que él despacharía a sus atacantes sin problemas. Aun así, ¿qué castigo le impondría a ella?

—Aparecerá en cualquier momento. Esta gente no es capaz de tocaros un pelo, aunque luchéis sentada.

Loto esperaba engatusar a Mei con sus palabras aduladoras para que dejara marchar a Guo Jing, pero Mei se estaba quedando sin trucos y lo sabía. Un pequeño error le costaría la vida. Además, se sostenía en lo alto gracias a los conocimientos de *neigong* que almacenaba un muchacho que también resultaba ser el asesino de su esposo. Nada en el mundo la incitaría a dejarlo marchar.

Intercambiaron una docena de movimientos más. Ciclón Mei sentía el aire que se precipitaba hacia ella tanto desde la derecha como desde

la izquierda. Estiró los brazos hacia los lados para desviar los golpes.

Justo entonces, Liang Barbagrís dio un salto y agarró a Mei del pelo. Loto supo que debía intervenir, de modo que empujó a Liang por la espalda con la palma. Éste giró la mano derecha y aferró a Loto por la muñeca, sin soltar el cabello de Mei con la izquierda. Pero su atención se había dividido, lo que dio a Mei la oportunidad de atacar. El aire que levantó la palma de Mei azotó el rostro del anciano Liang, que tuvo que soltarla para evitar el golpe.

—¡Muchacha mentirosa! —gritó Peng el Tigre—. ¡Eres discípula de Viento Oscuro Doblemente Infame!

—¡Ella no es mi *shifu*! ¡Ni en un millón de años! —replicó Loto—. Sería más acertado decir que yo soy su maestra.

La respuesta desconcertó a Peng el Tigre. Era evidente que la chica y Ciclón Mei compartían la misma ascendencia marcial, pero ningún miembro del *wulin* renegaría de su *shifu* abiertamente, en su cara. ¿Era posible que estuviese diciendo la verdad?

—¡Apuntad al caballo para tomar a la jinete! —gritó Hector Sha a sus compañeros al tiempo que asestaba una patada circular a Guo Jing.

«¡Si resulta herido, no sobreviviré a este combate!», pensó Ciclón Mei y lanzó las garras hacia el pie de Hector Sha. Aquel movimiento desesperado, sin embargo, le dejó la espalda expuesta a Ouyang el Galante, que se dispuso a atacarla con la palma desde atrás.

Mei oyó que se acercaba, giró la muñeca y una fina franja de un blanco rutilante se desplegó en el aire. Era el Látigo Pitón Blanca. Los cuatro hombres se agacharon para esquivar el arma.

«¡Tenemos que matarla rápido! —No era propio de Peng el Tigre mostrar piedad, por algo en el mundo marcial se le conocía como el Carnicero de las Mil Manos—. Estaremos en un buen lío cuando aparezca su esposo, Cadáver de Cobre.»

La noticia de la muerte de Huracán Chen no había llegado a las Llanuras Centrales, pues ni Ciclón Mei ni los fenómenos habían hablado en el *wulin* sobre esa noche.

El implacable azote del Látigo Pitón Blanca podía mutilar a cualquiera a menos de cuatro *zhang*, pero Ciclón Mei no se enfrentaba

a matones comunes.

Desde una distancia segura, Ouyang el Galante, Liang Barbagrís, Hector Sha y Peng el Tigre buscaron un patrón en los movimientos de Mei.

De repente, Peng silbó con los dedos en la boca y rodó por debajo del alcance del látigo. Mei oyó el grito de Guo Jing y extendió el brazo izquierdo asestando un golpe hacia abajo. Necesitaba que Guo Jing la sostuviera y le costaba concentrarse en Peng el Tigre sin dejar de mantener a raya a los otros tres maestros.

Huang Loto quería ayudar, pero no podía acercarse a ellos. Veía que a Mei le estaba costando dominar a Peng el Tigre con una sola mano. La situación estaba poniéndose muy fea para Guo Jing. Tenía que actuar rápido.

—¡Parad! ¡Escuchadme! —gritó, aunque sus palabras cayeron en oídos sordos.

—¡Corre, Loto! ¡Te encontraré! —respondió Guo Jing.

—¡No pienso irme a ninguna parte sin ti!

2

—¡Parad!

En esta ocasión la voz provenía de lo alto del muro de palacio. Pero no se detiene una pelea con simples palabras, sobre todo cuando nadie reconoce al que habla. Loto alzó la vista y vio a seis figuras dispares en fila. El primero en saltar fue un hombre bajo y rechoncho, con un látigo en la mano. Lo acompañaba un hombre de pecho ancho que blandía una vara con pinchos de hierro.

—¡No puedes huir de nosotros, libertino! —gritó el primer hombre.

Guo Jing conocía muy bien aquella voz.

—¡Tercer *shifu*! ¡Ayúdame!

Tras separarse de Guo Jing cerca de Kalgan, los Seis Fenómenos del Sur habían seguido la pista a las ocho mujeres del Monte del Camello Blanco a las que habían oído conspirar en la posada. Esa noche habían descubierto que formaban parte de la comitiva de Ouyang el Galante y

que su maestro planeaba raptar a una doncella para su harén. Los fenómenos no podían quedarse de brazos cruzados ante semejante inmoralidad.

Los fenómenos habían pasado más de una década perfeccionando sus habilidades marciales en el árido paisaje de Mongolia, enseñando a Guo Jing. Combatir seis contra uno también les proporcionaba una clara ventaja contra Ouyang el Galante cuando lo retaron. El fenómeno de mayor edad, Ke Zhen'e, el Represor del Mal, arremetió contra Ouyang el Galante con su bastón metálico, y Zhu Cong el Inteligente, el segundo de la hermandad marcial, le partió el meñique de la mano izquierda con su movimiento característico, Músculos Rasgados Bloquean Huesos. Además, dos de las cómplices de Ouyang perdieron la vida ante Nan el Leñador y Quan Dorado, el cuarto y el quinto de los fenómenos. El Maestro del Monte del Camello Blanco había huido sin su premio.

Los fenómenos escoltaron a la asustada chica a su casa y comenzaron a seguir el rastro de Ouyang el Galante. Sabían que ninguno de ellos podía vencer al vividor sin ayuda, de modo que permanecieron juntos mientras lo buscaban. Por muy astuto que hubiese sido Ouyang el Galante en su decisión de tomar caminos menos transitados, sus mujeres vestidas completamente de blanco y a lomos de camellos siempre llamaban la atención. Los fenómenos les siguieron la pista preguntando a posaderos a lo largo del camino, hasta que llegaron a la residencia del príncipe de Zhao, el palacio del sexto príncipe del Imperio jin, Wanyan Hongli.

Zhu Cong fue el primero en ver a su discípulo Guo Jing llevando a Ciclón Mei a hombros y se quedó sorprendido e impresionado por encontrarlo allí.

Han Jade, la más joven de los fenómenos, cargó contra Mei con la espada en alto, y Quan Dorado rodó por debajo del látigo ondulante de Mei para alcanzar a Guo Jing.

Peng el Tigre no sabía si aquellos recién llegados eran amigos o enemigos. Realizó varios saltos mortales de la técnica de pugilismo terrestre para alejarse del látigo de Mei y vociferó:

—¡Parad!

Su voz resonó como una potente campana, golpeando y repiqueteando en los oídos de todos.

Liang Barbagrís y Hector Sha dieron un paso atrás e interrumpieron el ataque a Ciclón Mei.

—¡Tercer hermano, séptima hermana, deteneos! —ordenó Ke Zhen'e. Sabía que sus hermanos marciales no serían capaces de someter a ese hombre cuyo grito aún reverberaba.

Han el Jinete, el hombre corpulento y de piernas arqueadas al que Guo Jing llamaba tercer *shifu*, se apartó de Ouyang el Galante.

Jadeando de dolor, Ciclón Mei dejó colgando flácidamente el látigo plateado y Loto se le acercó un poco.

—Lo has hecho muy bien. Padre se pondrá muy contento —dijo, con su tono más dulce, al tiempo que gesticulaba como una loca para que Guo Jing se quitase a Mei de encima.

—Esencia en la fuerza, fuerza en el espíritu, espíritu en el vacío: ése es el significado de Tres Glorias se Reúnen en la Corona.

Guo Jing juntó su *qi* y bajó a Ciclón Mei de sus hombros mientras ésta sopesaba la críptica explicación del chico.

Guo Jing dio un salto atrás para alejarse de la ciega, pero antes de que sus pies tocaran el suelo, el látigo Pitón Blanca se precipitó hacia su cara y los ganchos destellaron bajo las estrellas.

Han el Jinete hizo volar su propio látigo con un revés de la mano. Se enrolló alrededor del de Mei y un brusco temblor sacudió al fenómeno. El arma salió despedida de su mano.

Aún en el aire, Ciclón Mei estiró el brazo, dio un golpecito leve en el suelo con la mano para guiar su descenso y aterrizó con elegancia.

¡Los Siete Fenómenos del Sur! Mei reconoció la voz de Ke Zhen'e, además de los movimientos de Han Jade. ¿Por qué tenían que aparecer en ese momento? Cualquier otro día, se habría regocijado con su llegada. «Llevo muchos años buscándolos —pensó—. Pero ya tengo suficientes problemas con estos otros cuatro.»

De nuevo rememoró aquella fatídica noche. Sabía lo que tenía que hacer a continuación. «Si estoy destinada a morir hoy, me llevaré a los fenómenos conmigo. A todos los que pueda. Los otros cuatro no tienen importancia.»

Agarró el látigo con más fuerza y escuchó. «¿Cómo es que son sólo seis? ¿Dónde está el séptimo fenómeno?» No sabía que Zhang Asheng, el Buda Riente y quinto hermano, había muerto a manos de su esposo en el mismo combate que a ella le había arrebatado la vista y al amor de su vida.

Nadie se atrevía a ponerse al alcance del látigo. Zhu Cong rompió el denso silencio reinante.

—¿Por qué estabas ayudando a esa bruja? —susurró.

—Estaban intentando matarme. Ella me ha salvado.

La respuesta de Guo Jing aportó más confusión que claridad.

—¿Quiénes sois? —inquirió Peng el Tigre—. ¿Por qué habéis allanado el palacio del príncipe?

—Me llamo Ke. A los siete hermanos se nos conoce en el *jianghu* como los Siete Fenómenos del Sur.

—Los Siete Héroes del Sur... Hace mucho que admiramos vuestra reputación. —La voz de Peng el Tigre no contenía ni una pizca de sinceridad.

—¡Excelente! Siempre he querido ver con mis propios ojos de qué estaban hechos los fenómenos —comentó Hector Sha, que los observaba con el ceño fruncido.

Los Siete Fenómenos del Sur eran una espina clavada para Sha. Sus cuatro discípulos habían sufrido una derrota humillante a manos de Guo Jing no hacía mucho, en Mongolia, delante tanto del ejército jin como del mongol, incluido su anfitrión, el príncipe Wanyan Hongli.

Hector Sha se lanzó hacia delante con un viraje brusco del cuerpo y apuntó a la cabeza de Nan el Leñador con la palma, cuyo movimiento produjo un siseo. Nan arrojó su vara al suelo y levantó los brazos para bloquearlo. En apenas unos movimientos, Nan estuvo en apuros. Han Jade corrió empuñando la espada para ayudar al cuarto hermano, y fue seguida por Quan Dorado con su balanza.

Peng el Tigre se abalanzó sobre Quan Dorado con un alarido y le arrebató el arma. El sexto fenómeno saltó hacia atrás, en un movimiento con el que envió el gancho y el contrapeso de la balanza hacia Peng. En las décadas que llevaba deambulando por el mundo marcial, Peng nunca había visto semejante arma. Esquivó los

proyectiles con una Voltereta Pitón.

—¿Esa cosa, esa balanza, es tu arma? —preguntó con incredulidad.

—¡Es para pesar a cerdos como tú! —fue la respuesta de Quan Dorado.

Peng el Tigre saltó y arremetió contra él con las palmas de las manos en una vertiginosa sucesión. Aquellos golpes hendieron el aire con un rugido.

Quan Dorado se agachó y fintó. No tenía ninguna oportunidad contra un luchador tan diestro. Han el Jinete acudió en su ayuda, propinando puñetazos y patadas. Si bien era hábil en el combate cuerpo a cuerpo, había perdido su látigo Dragón Dorado, el conducto de su kung-fu más logrado. Incluso peleando dos contra uno, los fenómenos escapaban por los pelos en demasiadas ocasiones.

Entonces intervinieron los dos fenómenos de mayor edad. Empuñando su Bastón del Exorcista, Ke Zhen'e se unió a Nan el Leñador y a Han Jade para oponer resistencia a Hector Sha. Zhu Cong fue en auxilio de Quan Dorado y Han el Jinete, y clavó su abanico de papel encerado en los puntos de presión vitales de Peng el Tigre. Su destreza superaba con creces la de sus hermanos marciales menores. Luchando tres contra uno, Sha y Peng perdieron la ventaja de inmediato.

Entretanto, Huang Loto estaba hostigando a Hou el Intimidante una vez más. Éste era sin duda el luchador más diestro, pero tenía demasiado miedo de atacar, preocupado por volver a clavarse los pinchos del cuerpo y el pelo de la chica. Loto aprovechó esa ventaja y se abalanzó sobre él con su cuerpo blindado.

—Quítate la malla. ¡Que sea un combate justo! —protestó Hou mientras la esquivaba.

—Bueno, pues tú quítate los quistes. Si no, no va a ser justo.

—¡No hacen daño a nadie!

—A mí me pone enferma verlos. ¡Y eso te da ventaja! Venga, una, dos y tres, tú te los cortas y yo me quito la camisa de acero.

—¡No!

—Has dicho que querías un combate justo.

—¡No pienso volver a caer en tus trampas!

Algo apartado, Ouyang el Galante había estado observando y calculando su siguiente movimiento. «Ciclón Mei no va a ir a ninguna parte en ese estado; puedo encargarme de ella después. Voy a enseñarles a esos seis entrometidos un poco de kung-fu de verdad y a mandarlos al infierno», pensó.

Saltó hacia arriba y, de pronto, se hallaba al lado de Ke Zhen'e. Se trataba de una técnica de kung-fu de ligereza *qinggong* conocida como Mil Kilómetros en un Instante.

—¡Yo os enseñaré destreza marcial!

Ouyang el Galante asestó un manotazo desde arriba a Ke Zhen'e con la derecha.

El fenómeno de mayor edad hizo girar su bastón para bloquearlo, pero el ataque de Ouyang el Galante se convirtió en un golpe con el dorso de la mano desde la izquierda.

Ke Zhen'e se agachó y blandió su bastón en un movimiento conocido como Dharma Adamantino Protector. Para entonces, sin embargo, Ouyang el Galante había pasado a atacar a Nan el Leñador. Moviéndose a toda velocidad al este y al oeste, asestó un golpe mortífero a cada uno de los fenómenos.

Mientras los fenómenos luchaban contra Ouyang el Galante, Liang Barbagrís vio su oportunidad. Cargó contra Guo Jing. En un par de movimientos, tenía al joven agarrado por la pechera de la camisa y le lanzó un puñetazo de barrido en el abdomen. Guo Jing metió la barriga y retrocedió tambaleante. Su camisa se rasgó y las hierbas que había robado salieron disparadas. El Inmortal Ginseng reconoció el aroma y recogió los paquetes, luego lanzó las palmas hacia Guo Jing una vez más.

Guo Jing logró hurtar el cuerpo del anciano Liang y corrió hacia Ciclón Mei.

—¡Ayúdame!

—Levántame. No tenemos nada que temer del viejo Ginseng.

Aún le quedaban muchas preguntas acerca del adiestramiento en el *neigong* taoísta, pero percibía que Guo Jing no iba a dejar que se subiese a sus hombros de nuevo; en lugar de eso, pasó corriendo por delante de ella, con Liang Barbagrís pisándole los talones.

Ahora Guo Jing se hallaba al alcance del látigo de Ciclón Mei, a quien le había llegado el momento de vengarse. Había estado demasiado lejos para ayudar cuando lo tenía cogido Liang Barbagrís, pero en ese momento corría en su dirección y el látigo de Ciclón Mei serpenteaba hacia él. Loto se lanzó para interponerse en el camino del azote. La correa del látigo se le enrolló en la cintura y la alzó en el aire.

—¿Vas a hacerme daño, Mei Flora?

«Oh, no, el *shifu* no me perdonará nunca —pensó Ciclón Mei con horror—. Lo hecho, hecho está. La atraeré hacia mí y entonces decidiré qué hago.»

Con otro giro de muñeca, el látigo viró y depositó la carga junto a su propietaria.

Ciclón Mei desenrolló a Loto, esperando que se le hubieran clavado los ganchos; sin embargo, sólo se le había rasgado la capa más superficial de la ropa, que estaba extrañamente seca.

—¡Mi ropa ha quedado destrozada! ¡Más te vale reponérmela!

«Por su voz, no parece que esté herida.» Entonces lo comprendió. ¡Por supuesto! El *shifu* le había dado la Malla de Erizo.

—Perdóname. Con mucho gusto te compraré un vestido nuevo para reemplazar el que te he estropeado.

Loto hizo un gesto a Guo Jing para que se acercara. Se situaron a unos pasos de Mei, lo bastante cerca para mantener alejado al viejo Ginseng, pero justo fuera del alcance de la ciega.

Los Seis Fenómenos del Sur se hallaban entonces espalda con espalda en un círculo, utilizando todos sus conocimientos marciales para resistir los ataques de Hector Sha, Peng el Tigre, Ouyang el Galante y Hou el Intimidante. Habían desarrollado esa formación cuando estaban en Mongolia, para protegerse de una embestida por la retaguardia. Aunque aquella disposición incrementaba su fuerza, seguía habiendo demasiados momentos de infarto.

Han el Jinete había sufrido una herida en el hombro, pero apretó los dientes y se obligó a aguantar. Si se quebraba la formación, pondría en peligro a todo el mundo.

Peng el Tigre reconoció el punto débil y lanzó una serie de

movimientos letales a Han el Jinete.

Guo Jing corrió a ayudar a su tercer *shifu*, atacando a Peng el Tigre por la espalda con las palmas en Disipa las Nubes para Empujar la Luna. El maestro marcial se rió de este débil ataque y tuvo al chico luchando por su vida en apenas tres movimientos.

Loto no tenía las habilidades necesarias para ayudar a Guo Jing, pero ¿y si distraía a los maestros marciales con alguna treta?

—Ciclón Mei —alzó la voz—, le robaste el *Manual de los Nueve Yin* a mi padre. Dámelo y se lo devolveré.

Ouyang el Galante, Hector Sha, Peng el Tigre y Liang Barbagrís se volvieron hacia Ciclón Mei con el mismo pensamiento: «¡El manual! ¡Sigue en sus manos! ¡Mataré a la harpía y será mío!»

Al instante perdieron todo interés en la pelea con los fenómenos.

Mei se dio cuenta de lo que avecinaba. Una vez más, creó un círculo de protección con el látigo de plata, con el que mantuvo a raya a los maestros marciales. Por el momento.

Loto cogió a Guo Jing de la mano.

—¡Vámonos!

En ese instante llegó un mensajero de palacio.

—Maestros, mi padre requiere vuestra ayuda en un asunto importante. —Llevaba una pequeña corona ladeada en la cabeza—. Han raptado a mi madre. Por favor, daos prisa.

Era el hijo de Wanyan Hongli, Wanyan Kang. Lo había enviado el príncipe, quien, tras una búsqueda infructuosa de la consorte, recordó a sus invitados marciales y sus extraordinarias habilidades. El joven, que tendría la edad de Guo Jin, había irrumpido en el combate en tal estado de turbación que no se dio cuenta de que los invitados de su padre estaban atacando a su *shifu* clandestina.

Los cuatro hombres retrocedieron a regañadientes. Habría sido una grosería rechazar al joven príncipe, cuyo padre los había colmado de magníficos regalos, pero también les costaba dejar marchar a Ciclón Mei cuando estaban a punto de hacerse con el *Manual de los Nueve Yin*.

No obstante, aunque consiguieran arrebatarle el manual a Ciclón Mei, luego tendrían que luchar unos contra otros para conseguirlo. En

silencio, cada hombre tramaba un modo de apropiarse del tratado marcial, ahora que habían averiguado su paradero.

Liang Barbagrís fulminó a Guo Jing con la mirada mientras caminaba penosamente detrás de Wanyan Kang. La preciada sangre de serpiente que había cultivado durante más de una década seguía en el cuerpo del chico, pero no podía enfrentarse él solo a los fenómenos y a Ciclón Mei y salir victorioso.

—¡Eh, devuélveme las hierbas! —gritó Guo Jing.

El anciano Liang giró la muñeca sin mirar atrás. Una Aguja Perforahuesos silbó en el aire y voló en dirección a la frente de Guo Jing.

Con dos movimientos rápidos, Zhu Cong interrumpió la trayectoria de la aguja con el abanico de papel encerado en la mano derecha y la atrapó con la izquierda. Olfateó la punta.

—Una Aguja Noche y Mediodía. Causa la muerte en el instante en que hace brotar sangre.

El Inmortal Ginseng se volvió, sorprendido al oír que identificaban su arma secreta con tanta facilidad.

—¡Aquí tenéis, maestro!

Zhu Cong le mostró el proyectil en medio de la palma izquierda.

Liang Barbagrís alargó el brazo y cogió lo que era suyo, prestando escasa atención al sucio erudito, pues sabía que podía derrotarlo con facilidad. Zhu Cong agitó el brazo para sacudir el polvo de la manga izquierda de Liang. El anciano lo miró con el ceño fruncido y se apartó.

Guo Jing estaba abatido. Después de todo lo que había vivido esa noche, no había conseguido llevarse las hierbas que necesitaban para purgar el veneno del cuerpo del anciano Wang. No sabía qué hacer.

—Vamos —dijo el fenómeno de mayor edad, Ke Zhen'e, al tiempo que saltaba el muro de palacio. Sus hermanos y Guo Jing lo siguieron.

Huang Loto saltó también, pero guardó las distancias con los fenómenos. No hizo ademán de saludarlos.

—Hermana pequeña, ¿dónde está mi *shifu*? —preguntó Ciclón Mei.

—¡En la isla de la Flor de Melocotón, por supuesto! —Loto soltó una risita—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Estás pensando en ir a verlo?

A Mei le costaba respirar.

—Has dicho que iba a venir —acabó jadeando.

«¡Nadie juega con Ciclón Mei! Cogeré a esa pequeña granuja y le arrancaré la verdad.» Se puso en pie tambaleante y embistió.

Durante los últimos días, cuanto más intentaba liberar su energía vital, más se atascaba ésta. Aun así, en ese preciso momento, hecha una furia, olvidó que estaba paralizada de cintura para abajo, y una oleada de calor le subió al corazón. Las piernas le obedecieron una vez más.

Sorprendida por la repentina agilidad de Ciclón Mei, Loto saltó del muro de palacio y desapareció entre las calles y callejones de la capital jin.

«¡Puedo andar!» Mei dio un grito ahogado, pero enseguida se le volvieron a entumecer las piernas y se le doblaron. Se derrumbó en el suelo y perdió el conocimiento.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Han Jade, la más joven de los fenómenos.

Si los fenómenos querían quitarle la vida en ese momento, les resultaría tan fácil como vaciarse los bolsillos, pero sería un acto deshonroso.

—Le prometimos al anciano Ma que le perdonaríamos la vida —respondió Ke Zhen'e cuando aterrizó en la calle fuera de palacio.

3

Mientras Yang Corazón de Hierro estrechaba a Bao Caridad en sus brazos, le sobrevino una oleada de emociones agridulces. Por fin se habían reunido, después de tantos años, pero no tenía tiempo para pensar en eso. Tenían que escapar rápido. Levantó a la mujer con ternura y escaló el muro de palacio.

La hija adoptiva de Corazón de Hierro, Mu Piedad, esperaba nerviosa fuera.

—Papá, ¿por qué está la consorte…? —preguntó Piedad mientras los ayudaba a bajar.

—Es tu madre. Tenemos que irnos.

—¿Mi madre?

—*Chist*, luego te lo explico.

Corazón de Hierro se apresuró, con Caridad aún en los brazos. Después de que cubrieran cierta distancia, Caridad comenzó a comprender poco a poco el giro de los acontecimientos que se había producido en una sola noche. A la luz del amanecer, vio que el hombre que cargaba con ella era el esposo al que había añorado día y noche durante dieciocho años.

Alzó la mano para tocarle el rostro.

—¿He muerto?

Los sollozos quebraron la voz de Corazón de Hierro:

—Los dos estamos sanos y salvos...

Lo interrumpió el retumbar de cascos. Una compañía de jinetes que portaba antorchas titilantes galopaba en su dirección.

—¡Cogedlo! ¡No dejéis que se escape! ¡Se ha llevado a Su Alteza!

Los soldados de la vanguardia sostuvieron sus sables y lanzas en alto, listos para el combate.

«Vuelvo a tenerla entre mis brazos; ya puedo morir feliz», se dijo Corazón de Hierro. Se volvió hacia Piedad.

—Hija, llévate a tu madre.

Caridad se vio asaltada por imágenes de la aldea del Buey, en Lin'an, dieciocho años antes: Corazón de Hierro cargando con ella cuando huían para salvarse, las voces y los gritos de los soldados que los perseguían. Dieciocho años de separación, de congoja e ignominia.

«¡No puede volver a ocurrir! —Caridad se aferró al cuello de su esposo—. No lo soltaré nunca.»

Tenían a los soldados prácticamente encima. «Prefiero morir defendiendo a mi amor que abandonarla de nuevo», pensó Corazón de Hierro. Retiró los brazos de Caridad de su cuello y la dejó junto a Piedad antes de salir corriendo para enfrentarse a los soldados que los perseguían. Derribó a un soldado que iba a pie de un puñetazo y le arrebató la lanza.

Armado era diez veces más hábil que con las manos vacías.

Corazón de Hierro consiguió desmontar al capitán de la guardia

personal del sexto príncipe con un solo golpe.

Al perder a su líder, los jinetes se dispersaron. Corazón de Hierro experimentó un alivio inmenso. Entre ellos no había luchadores de artes marciales dotados. Pero también se sintió decepcionado. No había conseguido hacerse con ningún caballo.

Siguieron adelante. A la luz del alba, Caridad advirtió la sangre en la ropa de Corazón de Hierro.

—¿Estás herido?

La sola pregunta produjo punzadas de dolor en el dorso de las manos de Corazón de Hierro.

Los diez agujeros hechos por los diez dedos de Wanyan Kang.

Hacía dos días que Yang había luchado contra el joven príncipe. Éste se había negado a reconocer a Piedad como su prometida después de conseguir su mano en el Duelo por una Doncella.

Las heridas habían empezado a sangrar otra vez. Corazón de Hierro no había sentido ninguna molestia mientras luchaba, pero ahora apenas podía alzar los brazos. Justo cuando Caridad se disponía a vendarle las manos, oyeron a los soldados de nuevo tras ellos. El polvo que levantaban los caballos ocultaba su número.

—No hace falta. —Corazón de Hierro suspiró—. ¡Corre, hija mía! Nosotros nos quedamos aquí.

—¡No! Me quedo con vosotros —replicó Piedad.

—¿Es hija tuya? —no pudo evitar preguntar Caridad.

Corazón de Hierro se disponía a contestar, pero los soldados se estaban acercando. Se volvió y vio que dos monjes taoístas avanzaban en su dirección. Uno tenía un rostro amable enmarcado por unas cejas grises y una barba larga y entrecana. El otro, de aspecto más joven, con el cabello negro, portaba una espada a la espalda.

—¡Anciano Qiu! ¡Qué alegría volver a ver a su reverencia! —exclamó Corazón de Hierro.

Los taoístas eran Ma Yu, Sol Escarlata, y el anciano Primavera Eterna, Qiu Chuji. Habían acordado encontrarse con su hermano marcial Wang Chuyi, Sol de Jade, allí, en Zhongdu, la capital del Imperio jin, para hablar del torneo con los Siete Fenómenos del Sur.

El dominio del kung-fu de fuerza interna de Qiu Chuji había

mantenido sus rasgos jóvenes. Pese a que habían transcurrido dieciocho años desde su encuentro con Corazón de Hierro, su rostro apenas había cambiado. La única señal del paso del tiempo eran sus sienes plateadas.

Qiu Chuji escrutó los rasgos de Corazón de Hierro. No conocía a ese hombre.

—Hace dieciocho años, bebimos y combatimos juntos en la aldea del Buey, en Lin'an. ¿Recordáis aquel día, reverencia? —preguntó Corazón de Hierro.

—¿Puedo saber de quién…?

—Vuestro siervo, Yang Corazón de Hierro. —Se arrodilló y tocó el suelo con la frente.

Qiu Chuji unió las manos para devolver el honor, pero vaciló. Ese hombre mostraba cicatrices de heridas, de una vida pasada en la intemperie y de la indigencia.

Ahora los soldados ya estaban muy cerca. No había tiempo para explicaciones. Yang Corazón de Hierro ejecutó un Fénix Cabeceante. La borla roja de la lanza revoloteó y la punta destelló a apenas unos centímetros del pecho de Qiu Chuji.

—Anciano Qiu, quizá me hayáis olvidado a mí, pero no podéis haber olvidado la Lanza de la Familia Yang —dijo cuando la lanza se quedó quieta.

Qiu Chuji recordó de golpe aquel día de nieve.

—¡Hermano Yang, estás vivo! ¡Gracias al cielo y a la tierra!

Corazón de Hierro se inclinó en señal de reconocimiento.

—¡Ayudadnos, reverencia!

Qiu Chuji echó un vistazo a los jinetes.

—Hermano Ma, me temo que hoy no tendré otro remedio que matar. Por favor, no pienses mal de mí.

—Ahuyéntalos, hermano, pero no mates —repuso Ma Yu.

Qiu Chuji se adelantó al oír el estruendo de los caballos acercándose. Ese monje se crecía con la acción. Abrió los brazos y, cuando los hombres llegaron a su altura, los tiró de los caballos y los lanzó sobre dos soldados que los seguían de cerca. Los hombres chocaron y quedaron amontonados en el suelo. A la velocidad del

rayo, Qiu Chuji agarró a ocho jinetes más y se los arrojó a otros ocho, con una puntería perfecta. Aterrados, el resto volvieron grupas y huyeron para salvarse.

Un hombre salió a zancadas del polvo. Era alto y robusto, y totalmente calvo.

—¿Quién es este monje despreciable?

El hombre cambió de postura. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, tenía los pies plantados ante Qiu Chuji y le asestaba un golpe de palma. Qiu Chuji levantó el brazo y bloqueó.

Sus manos se encontraron.

¡Pam!

Los dos hombres retrocedieron tres pasos tambaleándose.

«¿Quién es?» Su fuerza sorprendió a Qiu Chuji.

Al hombre le palpitaba el brazo. Al tiempo que soltaba un alarido de enfado, atacó con los puños una vez más. Qiu golpeó con las palmas en una rápida sucesión.

Se asestaron una docena de golpes.

El hombre tenía cinco líneas rojas marcadas en la calva, ardientes y en carne viva.

«No puedo derrotarlo con las manos vacías», pensó Hector Sha, el Rey Dragón. Se llevó la mano al remo de hierro que llevaba atado a la espalda y, blandiéndolo, arremetió con gran fuerza contra el hombro de Qiu Chuji, en un movimiento conocido como Su Qin Porta la Espada.

Qiu Chuji devolvió el ataque utilizando la técnica Mano Desnuda Aferra Hoja. Pero el Rey Dragón había pasado décadas luchando con el remo y había matado tigres aterradores en tierra y anguilas gigantes en el agua. Su dominio de esa arma era extraordinario y no iba a ceder tan fácilmente.

Impresionado, Qiu Chuji estaba a punto de preguntar cómo se llamaba aquel hombre cuando a su izquierda una voz atronó con virulencia.

—¿Qué anciano de la secta Quanzhen sois vos?

Qiu Chuji dio un salto a la derecha, lejos del que hablaba y sus tres acompañantes, que acababan de aparecer en escena. No conocía a

aquellos hombres.

—El nombre de vuestro humilde monje es Qiu. ¿Puedo preguntar los vuestros?

El monje unió las manos en un gesto de respeto.

«No es de extrañar que la fama del taoísta le preceda. Sin duda vive a la altura de su reputación», pensó Hector Sha. Miró a sus compañeros y supo que estaban pensando lo mismo.

Puede que Peng el Tigre acabase de llegar, pero su mente ya iba un paso por delante: «El otro día herimos a Wang Chuyi, así que ya somos enemigos de la secta Quanzhen. No importa si ahora ofendemos al hermano Qiu Chuji. Si lo derrotamos hoy, entonces seremos famosos en todo el *wulin* por haber aplastado a dos de los maestros más fuertes de Quanzhen.»

—¡Atacad!

Al grito de batalla de Peng el Tigre, Hector Sha y su hermano marcial Hou el Intimidante entraron en acción.

Peng cargó contra Qiu Chuji con un par de Pinceles de Escribiente, intentando alcanzar los puntos de acupresión del monje: la Puerta de la Nube, junto a la clavícula, y la Gran Luminosidad, bajo el ombligo. Un golpe rápido en cualquiera de ambos puntos podía resultar fatal. Tenía intención de matar.

«¡Qué hombrecillo más poco razonable!», pensó Qiu Chuji al tiempo que desenvainaba su espada.

En un solo movimiento, el monje taoísta rechazó a sus tres atacantes. Lanzó la punta de la espada a toda velocidad hacia la mano del Peng el Tigre y cortó a Hector Sha con la hoja en la cintura, mientras la empuñadura pasaba muy cerca de las costillas de Hou el Intimidante, justo en la Puerta de Alcanfor.

Sha y Peng giraron sus armas en pleno movimiento para bloquear, pero Hou se vio obligado a retroceder tras recibir una patada en la espalda por parte del taoísta. El Dragón de Tres Cuernos cayó de bruces, aterrizando pesadamente sobre los quistes de la frente.

Hector Sha y Peng el Tigre hicieron caso omiso de los gritos de dolor de su compañero y lanzaron un aluvión de golpes al monje. Liang Barbagrís, pese a sentirse alarmado por la destreza del taoísta,

vio la oportunidad de acercarse con sigilo y sumarse al ataque.

Cuando vio a Qiu Chuji saltando entre sus tres contrincantes, Ouyang el Galante pensó que no podía dejar pasar esa oportunidad de oro, y decidió asestarle un golpe mortal por la espalda. Ejecutó una finta con la mano izquierda y luego arrojó el abanico plegable de varillas de hierro de la derecha hacia los tres puntos de presión letales de la espalda del monje taoísta: Camino de Horno, Entrada al Alma y Eje Central.

Qiu Chuji no tenía adónde volverse para esquivar el golpe.

A Ouyang el Galante le llamó la atención un movimiento que captó con el rabillo del ojo. De la nada, surgieron tres dedos que sujetaron su abanico. Una poderosa corriente de fuerza interna descendió por el mango. Ouyang el Galante tiró el arma.

Había intervenido Ma Yu.

—Maestros, ¿podrías decirme cómo os llamáis? —articuló con suavidad, aunque la voz transmitía poderío—. Si bien no nos conocemos, seguro que podemos aclarar este malentendido, si es que existe, sin recurrir a medios físicos, ¿verdad?

Cada palabra penetró en sus tímpanos con firmeza y claridad, abriéndose paso a través del fragor del combate. Hector Sha, Peng el Tigre y Liang Barbagrís retrocedieron de un salto para evaluar al monje que acababa de hablar.

—¿Podrías aclararme cuál es el título del venerable anciano? —Ouyang el Galante habló por todos.

—El apellido de vuestro humilde monje es Ma.

—Ah, entonces nos hallamos en presencia del Sol Escarlata, el Inmortal. Disculpadnos, anciano Ma —se mofó Peng el Tigre.

—No me atrevo a responder a semejante honor, dados mis escasos conocimientos —respondió Ma Yu con modestia.

Peng el Tigre estaba convencido de que podían derrotar a esos dos taoístas. Si eran capaces de subyugar a tres de sus figuras principales en unos días, nunca tendrían que volver a preocuparse por la secta Quanzhen. Su Alteza, un campesino ajado y una muchacha no supondrían ninguna molestia.

Se dirigió a Ma Yu.

—Hace mucho que admiramos a los Siete Maestros de la secta Quanzhen. Vuestra fama y reputación se extienden a lo largo y ancho del *wulin*. Esperamos tener el honor de conocer a los otros cinco maestros hoy.

—Residimos en distintos templos y rara vez nos vemos. —Ma Yu era un hombre sincero y confiado. Ni siquiera se le ocurrió que Peng el Tigre podía estar intentando averiguar si contaban con ayuda cerca—. Mis hermanos deberían estar buscando el Camino en recogimiento, aunque a menudo se enzarzan en asuntos mundanos, con lo que se ganan una fama inmerecida. Se ponen en evidencia a los ojos de auténticos héroes como vos mismo. Qiu Chuji y yo vamos a reunirnos con nuestro hermano, Wang Chuyi, en Zhongdu. Es una grata casualidad que nos hayamos encontrado todos aquí. Existen numerosas formas de artes marciales, pero todos luchamos con el mismo fin. Del mismo modo que el loto rojo y sus raíces blancas provienen de la misma planta. ¿Por qué no íbamos a ser amigos?

«¡Maravilloso! —Peng el Tigre sonrió—. Los monjes no viajan con sus hermanos marciales y aún no han visto a Wang Chuyi. ¡A nosotros cinco no nos costaría vencer a esos dos!»

—Si su reverencia no nos encuentra demasiado humildes para molestarse en conocer nuestros nombres, el mío es... Tres Gatos Negros —dijo, y se guardó los Pinceles de Escribiente en el cinturón y se acercó a Ma Yu.

Aquello no se lo esperaban. Los taoístas estaban seguros de que ese hombre tendría cierta reputación en el *wulin*, pero nunca habían oído un nombre tan extraño.

—Anciano Ma, el placer es mío.

Peng el Tigre le tendió la mano derecha, con la palma hacia abajo. Ma Yu se la estrechó, convencido por su sonrisa de que se trataba de un gesto amistoso.

Peng el Tigre se la apretó con fuerza.

«Así que estás poniendo a prueba mis habilidades», pensó Ma Yu. Devolviéndole la sonrisa, reunió su kung-fu interno y lo impulsó hacia la palma de Peng el Tigre. Un dolor agudo desgarró las yemas de los dedos de Ma Yu, que se apartó rápidamente.

Peng el Tigre se alejó dando saltitos entre grandes carcajadas.

El taoísta se miró las yemas de los dedos y vio que estaban perforadas. Tenía cinco agujeros negros que le llegaban al hueso.

En el mundo de las artes marciales, un apretón de manos era una forma común de poner a prueba el kung-fu de otro sin intercambiar golpes. Resultaba especialmente útil en los primeros encuentros, pues sería una grosería liarse a puñetazos con un luchador marcial al que se acababa de conocer. Esos gestos de aparente buena voluntad a menudo acababan en huesos rotos, palmas magulladas y gritos de dolor, con la parte más débil postrándose y suplicando piedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Qiu Chuji, que estaba preocupado por el semblante sombrío de Ma Yu.

—El bellaco me ha envenenado.

Peng el Tigre se había puesto su arma secreta en la mano al guardar los Pinceles de Escribiente. Las finas puntas de acero llevaban un veneno capaz de matar hasta diez horas después del contacto.

Qiu Chuji no había visto a Ma Yu levantar la mano contra nadie en más de una década. No obstante, Ma Yu emprendió directamente la Palma de Hollar la Escarcha y Quebrar el Hielo. Qiu se le unió de inmediato —*¡zis, zas, zis, zas!*—, arremetiendo contra Peng el Tigre con tres estocadas rápidas.

Pero Peng el Tigre estaba preparado. Una vez, dos, sus Pinceles de Escribiente bloquearon con ruido metálico la espada de Qiu. Incluso efectuó un ataque rápido, pero no había contado con las palmas del monje. Los golpes de la mano izquierda de Qiu Chuji eran tan cortantes como la hoja que blandía con la derecha. Retorció la palma, arqueó los dedos en forma de garra y atrapó el pincel de Peng.

—¡Suelta! —gritó Qiu Chuji y tiró con su extraordinaria fuerza interna.

Aquella fuerza repentina entumeció el brazo derecho de Peng, que, aun así, logró seguir aferrándose al pincel. Agarrando con más fuerza, Qiu arrojó la espada hacia delante. Peng no tuvo más remedio que soltar el pincel y retroceder tambaleándose para evitar que lo ensartase. Qiu arrojó el lápiz a lo lejos e inició una oleada ininterrumpida de palmas y estocadas.

Pasmado y dolorido, Peng el Tigre había perdido junto con el arma el ímpetu para luchar. Ouyang el Galante y Hou el Intimidante acudieron en su rescate, pero aquello encendió todavía más a Qiu Chuji. Se había convertido en una tormenta de golpes con la palma de canto afilado y la espada destellante, y no mostraba señales de fatiga, pese a que eran tres contra uno.

Ma Yu, sin embargo, se hallaba en apuros. Hector Sha y Liang Barbagrís lo estaban desgastando con su implacable ataque. El arma de Liang era una azada de ginseng. Cortaba, excavaba y golpeaba... en movimientos impredecibles. Sha arremetió con su remo de hierro con una fuerza tremenda.

El anillo defensivo que mantenía Ma Yu con la espada era cada vez más pequeño. Había empezado a jadear, exhausto. Había estado utilizando su *neigong* interno para contener el veneno, pero también necesitaba dirigir energía a la hoja de la mano izquierda.

Tenía la palma derecha hinchada, y un cosquilleo de entumecimiento le subía por el brazo. El veneno era potente.

Ma Yu sabía que debía actuar rápido. Cuanto más usase su fuerza para luchar, más rápido la sangre bombearía el veneno hasta su corazón.

Comenzó a desprender vapor por la cabeza, como si fuese un cazo hirviendo. Qiu Chuji quería ayudarlo, pero era incapaz de librarse de sus tres contrincantes.

«Los movimientos de este erudito son extraños —pensó Qiu Chuji—. Más siniestros que los de Tres Gatos Negros. Me resultan familiares... —Las preguntas se sucedían a toda velocidad en su mente—. Lucha como nuestro enemigo, Veneno del Oeste. ¿Acaso lo entrenó él? ¿Veneno ha vuelto a las Llanuras Centrales? ¿Está en la ciudad ahora mismo?»

La concentración de Qiu Chuji flaqueó. Estuvo a punto de recibir un golpe.

Yang Corazón de Hierro no pudo permanecer al margen más tiempo. «Mi kung-fu es un juego de niños comparado con el suyo, pero no voy a permitir que retengan a mis enemigos mientras yo huyo con mi familia.» Alzó la lanza y arremetió contra Ouyang el Galante por el

lado ciego de éste.

—¡No! —Qiu Chuji dio un grito ahogado—. Te van a...

Ouyang el Galante saltó en el aire. Asestó una patada a la lanza con el pie izquierdo y hundió el puño derecho en el pecho de Corazón de Hierro. La lanza se partió en dos y Corazón de Hierro se estrelló contra el suelo.

4

Se oyó un trapaleo de cascos. Otra compañía de jinetes avanzaba a toda velocidad hacia el lugar de la lucha. Al frente de la tropa se hallaban el sexto príncipe del Imperio jin, Wanyan Hongli, y su hijo, Wanyan Kang.

Wanyan Hongli vio a la consorte de lejos y se adelantó galopando con regocijo. No obstante, cuando desmontó fue recibido por el gélido acero. Se hizo a un lado, evitando la hoja por muy poco. Una chica de rojo, que estaba de pie junto a su esposa, aferraba el sable: Mu Piedad. Su guardia personal acudió a toda prisa para contener a la joven.

Entretanto, Wanyan Kang había reconocido a su instructor marcial, Qiu Chuji.

—¡Parad! ¡Parad! ¡Están con nosotros!

Tuvo que gritarlo varias veces para que Peng el Tigre y sus colegas maestros prestaran atención a sus palabras.

La guardia personal del sexto príncipe también bajó las armas.

A Wanyan Kang le consternó encontrar a su maestro allí, en la ciudad, pero se acercó al monje taoísta y le hizo una reverencia.

—*Shifu*, permitidme que os presente. Estos caballeros son maestros del *wulin* a los que mi padre ha invitado.

Con una leve inclinación de cabeza, Qiu Chuji fue a comprobar cómo estaba Ma Yu.

El joven taoísta tenía la palma derecha negra. Qiu Chuji le levantó la manga y observó que la mancha había alcanzado el codo. Qiu Chuji estaba asustado. ¿Cómo podía extenderse tan rápido el veneno?

Se volvió hacia Peng el Tigre.

—Dadnos el antídoto.

Peng el Tigre no quería enfadar al joven príncipe Wanyan desobedeciendo a su mentor, pero Ma Yu ya tenía un pie en la tumba.

La tregua dio a Ma Yu la oportunidad de centrarse en contener el veneno. Fue capaz de emplear su fuerza interna para empujar la sangre negra por las venas hacia la muñeca.

Wanyan Kang corrió entonces hacia su madre.

—¡Madre, te hemos encontrado!

—No regresaré nunca —declaró Bao Caridad.

—Pero ¿qué dices?

—Mi esposo, tu padre, sigue vivo. No volveré a apartarme de su lado.

Sorprendido y enfadado, Wanyan Hongli lanzó una mirada a Liang Barbagrís, que captó la señal e hizo un movimiento rápido con la mano derecha. Tres Agujas Noche y Mediodía volaron hacia Yang Corazón de Hierro.

Qiu Chuji advirtió el movimiento con el rabillo del ojo. Volaban demasiado rápido. «Corazón de Hierro no tendrá tiempo de esquivarlas y yo no llevo ningún arma secreta encima.» Cogió a un soldado que estaba cerca y lo arrojó en la trayectoria de las agujas.

El guardia gritó cuando los tres proyectiles desaparecieron en su cuerpo.

«Era mi mejor técnica, perfeccionada durante décadas. —El anciano Liang frunció el ceño—. Es la primera vez que no doy en el blanco. ¡Me las pagarás!» Y a continuación arremetió contra Qiu Chuji con un gruñido.

Ante aquel nuevo giro de los acontecimientos, Peng el Tigre decidió quedarse el antídoto. «El príncipe sólo quiere que vuelva su consorte —pensó—. Se la entregaré.» Y se dispuso a agarrar a Bao Caridad del brazo.

Qiu Chuji hizo girar la espada, primero apuntando hacia Peng el Tigre, luego hacia Liang Barbagrís, con lo que los obligó a retroceder.

—¡Niño tonto! —vociferó—. Llevas dieciocho años llamando «padre» a un villano. Tienes delante al hombre que te engendró. ¡Preséntale tus respetos!

La noche anterior, cuando su madre le había hablado de ese hombre, Wanyan Kang tan sólo la había creído a medias. Pero, ahora que su *shifu* lo confirmaba, estaba casi convencido de ello. Observó a Yang Corazón de Hierro, tosco y desaliñado. Luego se volvió hacia el único padre al que había conocido, que se mantenía regio y bien parecido.

«¿Renunciar a mi riqueza y mis ropajes para seguir a ese pordiosero? ¡No! ¡Nunca!» El joven príncipe sabía lo que le dictaba el corazón.

—*Shifu*, no escuches sus mentiras. Entréganos a Su Alteza.

—¡Eres un animal! ¡Un loco! —le espetó Qiu Chuji.

Peng el Tigre ya había tomado una decisión. No tenía ninguna obligación de salvar a Ma Yu y en ese momento podía atacar a Qiu Chuji sin miedo a las represalias de parte de los dos príncipes, así que arremetió contra él con su kung-fu más letal.

Wanyan Kang no hizo ningún amago de intervenir. De hecho, en su fuero interno estaba deseando que Peng el Tigre matara a Qiu Chuji para que el anciano no volviera a importunarlo.

La sangre salpicó la túnica de Qiu Chuji. Liang Barbagrís le había clavado la azada de ginseng en el brazo derecho. Un destello de alegría iluminó el rostro de Wanyan Kang.

—¡Bestia ingrata! —gritó Qiu Chuji, encolerizado por el regocijo de su discípulo al ver la herida.

Ma Yu se sacó una bengala de la túnica y la encendió. Una llama azul salió disparada al cielo.

—¡El viejo monje está pidiendo ayuda! —exclamó.

Más decidido que nunca a eliminar a los taoístas, Peng el Tigre redobló el ataque. En respuesta, otra llama azul surcó el cielo muy por encima de los tejados.

—¡El hermano Wang está cerca!

La señal dio energías a Qiu Chuji, que se pasó la espada a la mano izquierda. Bajó el brazo derecho y, levantando el izquierdo, ejecutó una docena de sus movimientos más mortales en rápida sucesión.

Sus atacantes se vieron obligados a retroceder.

Ma Yu señaló al nordeste.

—¡Por allí!

Yang Corazón de Hierro y Mu Piedad alzaron sus armas y echaron a correr con Bao Caridad. Ma Yu los seguía de cerca. Qiu Chuji cerraba la retaguardia, blandiendo la espada para mantener a raya a sus perseguidores.

Hector Sha probó con varios movimientos de Cambio de Forma para abrir brecha en el rápido manejo de la espada de Qiu Chuji, pero éste tejía una red de protección tan hermética que no podía acercarse a la consorte.

El grupo no tardó en llegar a la posada en la que se hospedaba Wang Chuyi. «¿Dónde está el hermano Wang? ¿Por qué no está aquí para ayudarnos?» La respuesta apareció ante los ojos de Qiu Chuji. Wang Chuyi llegó hasta ellos cojeando, apoyándose en un bastón de madera.

Los tres luchadores de artes marciales más poderosos de la secta Quanzhen estaban heridos.

—¡Entregadnos a Su Alteza y os dejaremos vivir! —gritó Wanyan Hongli.

—¡No necesitamos la clemencia de unos perros jin! —Qiu Chuji agitó la espada con gesto desafiante.

El taoísta parecía acorralado, pero no iba a rendirse. Su hoja lanzó golpes oblicuos y estocadas con una fuerza pasmosa y variaciones infinitas. Peng el Tigre no pudo evitar admirar la destreza y la determinación de aquel hombre. Al mismo tiempo, estaba contentísimo por su golpe de suerte. Acababa de presentársele la oportunidad de eliminar a tres maestros de la secta Quanzhen en una sola mañana.

Yang Corazón de Hierro se dio cuenta de que no saldría con vida de allí, pero, si actuaba de inmediato, quizá aún estuviera a tiempo de salvar la vida al anciano Qiu. Cogió a Bao Caridad de la mano y avanzó con su lanza.

—¡Deteneos! Esto acaba aquí. Ahora.

Giró la lanza y se la clavó en el corazón.

Bao Caridad sacó la lanza con ambas manos y apoyó el extremo en el suelo. Se volvió hacia Wanyan Kang.

—Hijo, ¿no vas a creer que es tu padre?

Dicho eso se arrojó sobre la punta de la lanza.

—¡Madre!

Todo el mundo se quedó estupefacto.

La lanza se había hundido profundamente en el pecho de Caridad. Llorando a lágrima viva, Wanyan Kang corrió hasta el cuerpo exánime de su madre.

Qiu Chuji examinó las heridas. No había nada que hacer.

—Hermano Yang, ¿tienes algún asunto sin resolver? Cuéntamelo. Sea lo que sea, lo llevaré a cabo por ti. Yo... siento no haber sido capaz de salvarte...

Qiu Chuji rompió a sollozar.

5

Ésa fue la escena con que se toparon Guo Jing y los Seis Fenómenos del Sur cuando llegaron a la posada en busca de Wang Chuyi.

Los fenómenos empuñaron sus armas, listos para luchar, en cuanto reconocieron a Hector Sha, Ouyang el Galante y los demás a lo lejos. Sin embargo, nadie prestó atención a los recién llegados; todos estaban paralizados ante la tragedia que se desarrollaba ante sus ojos.

Cuando se acercaban, los fenómenos se sorprendieron al ver a Ma Yu y a Qiu Chuji de pie en aquel grupo, mientras que Guo Jing echó a correr al descubrir que el hombre que yacía en un charco de sangre era Yang Corazón de Hierro.

—¡Tío Yang! ¿Qué te ha ocurrido?

Una leve sonrisa surcó el rostro de Corazón de Hierro.

—Tu padre y yo hicimos una promesa. Si teníamos un niño y una niña, se casarían... —Jadeó—. Mi ahijada, la considero como de mi propia sangre... —Se volvió hacia Qiu Chuji—. Reverencia, ¿podéis ocuparos de que se casen? Entonces... descansaré en paz.

—No te preocupes por eso. Yo me encargo —le prometió Qiu Chuji.

Tendida junto a Yang Corazón de Hierro, Bao Caridad había ido perdiendo y recobrando la conciencia. Se aferró a su brazo, por miedo

a que volvieran a separarlos. Al oír la mención de la promesa de matrimonio, hizo acopio de sus últimas fuerzas y se sacó algo de la blusa.

—La prueba…

Qiu Chuji la tomó de sus manos. Era la daga que había entregado a Yang Corazón de Hierro dieciocho años antes. En la empuñadura se leía el nombre «Guo Jing», grabado con su propio puño y letra.

—Me alegro tanto… juntos de nuevo… para siempre…

Caridad exhaló su último suspiro. Su sereno rostro no reflejaba en absoluto la muerte violenta que había sufrido.

—En nombre de tu difunto padre… cuida de mi hija… —Corazón de Hierro se atragantó con las palabras.

—Yo… Yo… —tartamudeó Guo Jing.

—Yo me encargo de todo. ¡Ve, ve en paz! —dijo Qiu Chuji en voz baja.

Yang Corazón de Hierro recordó cuando había alzado la bandera del Duelo por una Doncella por primera vez. En realidad, no había estado buscando un pretendiente para Piedad, sino a la descendencia de Guo Furia Celeste. Ese mismo día se había reunido con su amada esposa y había visto con sus propios ojos al hijo de su hermano de juramento, convertido ya en todo un hombre. Incluso se había asegurado de que su ahijada tuviese un buen futuro. Tenía todo lo que alguna vez había querido de la vida. Y entonces cerró los ojos para siempre.

A pesar del dolor, el corazón de Guo Jing se había visto turbado por las últimas palabras de Corazón de Hierro. «¿Cómo voy a casarme con otra? Loto siente devoción por mí. —Y luego cayó en la cuenta—. ¡La hija del Gran Kan! ¡Me había olvidado por completo de Khojin! Su padre me concedió su mano… ¿Qué debo hacer?»

Desde que Guo Jing había abandonado la estepa, a menudo había echado de menos la compañía de Tolui —su *anda*, su hermano de juramento—, pero apenas había pensado en la hermana de éste, su prometida. Los fenómenos se acordaron de ella enseguida, pero, por respeto, mantuvieron la boca cerrada.

Wanyan Hongli había enviado ejércitos e ideado tramas elaboradas para ganarse a Bao Caridad, pero ella no había olvidado ni un solo

momento a su esposo. El príncipe satisfacía todos sus caprichos y peticiones. Cuando quiso las cosas viejas y maltrechas de su anterior vida como campesina, envió soldados al sur para recuperar hasta el último ladrillo y azulejo. Esperaba ganarse su afecto con aquellos gestos extravagantes, pero al final no había conseguido nada. Allí tendida, moribunda, reflejaba tanta felicidad, tanta dulzura... A él no le había mostrado semejante ternura en los dieciocho años que estuvieron casados. Podía ser un príncipe, pero, a ojos de ella, no era nadie; nunca podría compararse con aquel sencillo campesino. Aquél no era lugar para un hombre con el corazón roto. Regresó a palacio y su guardia personal se apresuró a ir tras él.

Hector Sha y Peng el Tigre sabían que ahora que los fenómenos habían llegado ya no jugaban con ventaja, de modo que también siguieron al príncipe.

—No os vayáis tan rápido, Tres Gatos Negros. ¡El antídoto! —exclamó Qiu Chuji, y detuvo a Peng el Tigre.

Peng se rió con maldad.

—Mi nombre es Peng el Tigre. En el *wulin* me llaman el Carnicero de las Mil Manos. ¿El anciano Qiu me ha confundido con otro?

Ése era el nombre que Qiu Chuji había oído antes, pero se obligó a pasar por alto la burla. Lo primordial era salvar a su hermano marcial.

—Me trae sin cuidado si tienes tres patas o mil manos. No te irás de aquí hasta que nos entregues el antídoto.

Se produjo un destello de metal. El resplandor verde de la espada de Qiu Chuji trazó un arco hacia Peng el Tigre, que sacó el Pincel de Escribiente que le quedaba para defenderse.

Zhu Cong, el segundo de los fenómenos, había estado observando a Ma Yu desde su llegada. El monje estaba sentado en el suelo, donde utilizaba el kung-fu de fuerza interna para impulsar su *qi* por su cuerpo en un intento de ralentizar el progreso del veneno. Tenía la mano derecha completamente negra.

—Reverencia, ¿cómo ha ocurrido? —le preguntó Zhu Cong.

—Le he estrechado la mano a Peng el Tigre. Me ha cogido por sorpresa con sus alfileres envenenados.

—¿De veras? —Zhu Cong se volvió hacia Ke Zhen'e—. Hermano

mayor, ¿me das una castaña del demonio?

El líder de los fenómenos ignoraba para qué quería el segundo hermano una de sus armas secretas, pero confió en que tendría un plan. Zhu Cong era conocido como «el Inteligente» y «Manos Rápidas» precisamente por su ingenio y sus juegos de manos portentosos.

—Sé cómo ayudar al anciano Ma. Mantén a Peng el Tigre y a Qiu Chuji apartados de mí, por favor, Hermano Mayor. —Zhu Cong cogió la castaña del demonio con cuidado y se volvió hacia Peng el Tigre—. ¡Así que es el Carnicero de las Mil Manos, el poderoso Peng el Tigre! Oh, parad esta estúpida pelea. Estamos todos en el mismo bando. ¡Vamos, escuchadme!

Zhu Cong tiró de Ke Zhen'e y los dos se interpusieron entre Peng el Tigre y Qiu Chuji. Zhu Cong levantó su abanico de papel encerado, y Ke Zhen'e, su bastón metálico.

Desconcertados por las palabras de Zhu Cong, los combatientes dieron un paso atrás.

—Los Siete Fenómenos del Sur y el anciano Primavera Eterna, Qiu Chuji, se cruzaron hace dieciocho años. Este último hirió a cinco de nosotros. Pero, por otro lado, el combate también dejó al famoso Primavera Eterna más muerto que vivo. Aún tenemos que ajustar cuentas… —Zhu Cong se volvió hacia Qiu Chuji—. ¿Estoy en lo cierto, reverencia?

—¿Qué intentáis decir? —rugió Qiu Chuji.

—También somos culpables, sin embargo, de invadir el terreno de Hector Sha. El inútil de nuestro discípulo derrotó a cuatro de sus diestros alumnos sin ayuda de nadie. Hemos oído que el Carnicero de las Mil Manos y el Rey Dragón son tan amigos que morirían el uno por el otro. Así que, siguiendo esa lógica, al ofender a uno es evidente que hemos ofendido al otro.

Peng el Tigre esbozó una mueca de desprecio.

—Ahora bien, dado que existe resentimiento entre nosotros y cada uno de vosotros por separado, somos enemigos de ambos. ¿No os sitúa eso a los dos en el mismo bando? Entonces, ¿por qué lucháis el uno contra el otro? Y, Carnicero Peng, dado que los dos guardamos rencor al anciano Qiu, ¿no nos sitúa eso en el mismo bando también? Vamos,

seamos amigos.

Zhu Cong le tendió la mano.

«¿De qué habla este erudito asqueroso? —Peng el Tigre se guardó el Pincel de Escribiente y se puso su arma secreta alrededor de los dedos —. No pienso caer en tu trampa. No puedes engañarme para quitarme el antídoto. Wang Chuyi salvó a vuestro discípulo el otro día. Está claro que la secta Quanzhen se halla en el mismo bando que los fenómenos.»

—¡Cuidado, hermano Zhu! —exclamó Qiu Chuji.

Zhu Cong hizo caso omiso de la advertencia y mantuvo la mano tendida.

—¿Por qué no? —Peng el Tigre se la estrechó con una sonrisa de superioridad.

El meñique de Zhu Cong palpitó cuando las dos manos se unieron. Los dos reunieron su fuerza interna y el apretón cobró fuerza.

¡Un pinchazo!

Peng el Tigre retiró la mano de golpe. Tres agujeros. Mucho más grandes que los de sus alfileres. Sangre negra. Notó el entumecimiento, el picor, pero ningún dolor. «El veneno mortal no duele.»

Ya había perdido toda sensibilidad en la mano. ¿Cómo había ocurrido? Alzó la vista.

Zhu Cong se escondía detrás de Qiu Chuji, sonriendo con satisfacción. Peng el Tigre advirtió entonces que su arma secreta colgaba de la mano izquierda del sucio erudito y que, en la derecha, llevaba un objeto negro con la forma de una castaña de agua, con los bordes afilados y brillantes.

Sangre.

Se abalanzó sobre Zhu Cong.

—¿Y ahora qué? —le gruñó Qiu Chuji, con la espada lista para la acción.

—Carnicero Peng, ésta es el arma secreta de nuestro Hermano Mayor. Nos trae sin cuidado si sois un tigre, un león, un leopardo, un perro o un cerdo; toda criatura viva sucumbe al veneno en el plazo de cuatro horas. —Zhu Cong sonreía de placer—. Por suerte, tenéis mil

manos. Os aconsejo que os cortéis ésa. Aún os quedarán novecientas noventa y nueve. Pero entonces tendréis que cambiar de título marcial…

Peng el Tigre tenía la frente perlada de sudor. Ya no sentía la muñeca. El miedo le ensordeció los oídos y no oyó los insultos.

—Vos tenéis vuestros alfileres envenenados y yo tengo mis castañas del demonio. Venenos distintos, antídotos distintos. Si queréis mantener vuestro nombre, deberíamos ser amigos y hacer un intercambio. Después de todo, estamos en el mismo bando. ¿Qué os parece?

Hector Sha intervino.

—¡Bien! Dadnos el antídoto.

—Hermano Mayor, dáselo.

Ke Zhen'e se sacó dos paquetitos de un bolsillo interior de la camisa y Zhu Cong se los tendió a Hector Sha.

—Hermano Zhu, coged su antídoto primero —gritó Qiu Chuji.

Zhu Cong sonrió.

—Cuando grandes hombres dan su palabra, la cumplen. Estoy seguro de que no traicionará nuestra confianza.

Peng el Tigre se llevó la mano izquierda a la camisa y se le demudó el rostro.

—¿Dónde está?

—¡Basta de trucos! —gritó Qiu Chuji—. ¡Hermano Zhu, no se lo des!

—Tomadlo. —Zhu Cong le tendió los paquetes—. ¡La palabra de un caballero es tan fiel como la fusta de un jinete! Hemos dicho que os daríamos el antídoto. Los Siete Maestros de la Secta Quanzhen y los Siete Fenómenos del Sur somos hombres de palabra.

Temiendo caer presa de las rápidas manos de Zhu Cong, Hector Sha alargó su remo de hierro.

—Los Siete Fenómenos del Sur son famosos en todo el mundo marcial —comenzó—. No arruinarían su reputación con antídotos falsos, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

Nadie entendía por qué el segundo hermano se mostraba tan confiado o por qué no presionaba para conseguir el antídoto.

Zhu Cong devolvió la castaña del demonio a Ke Zhen'e y a continuación se llevó la mano al bolsillo interior de la camisa. De forma lenta y pausada, extrajo un montón de objetos: un pañuelo, monedas arrojadizas, piezas de plata, un frasco blanco de rapé.

Peng el Tigre no podía creer lo que veían sus ojos. «¡Son mis cosas! ¿Cómo se ha hecho con ellas?» No tenía ni idea de que la mano izquierda de Zhu Cong le había rozado la camisa y le había vaciado los bolsillos cuando se habían estrechado la mano.

Zhu Cong retiró el corcho del frasco. Tenía dos compartimentos: uno lleno de un polvo rojo y el otro de un polvo gris.

—¿Cómo funciona?

—Tómate el rojo. El gris es para la herida. —Con su vida en peligro, Peng el Tigre ya no estaba para jueguecitos.

—Traed dos cuencos de agua. Rápido.

Guo Jing entró corriendo en la posada, como le habían ordenado. Dio el cuenco a Ma Yu y lo ayudó a tomar el antídoto antes de tratarle la herida. Luego se volvió hacia Peng el Tigre con el segundo cuenco.

—Es para el anciano Wang —dijo Zhu Cong.

Tanto a Guo Jing como a Wang Chuyi les sorprendió la orden, pero no pusieron ninguna objeción.

—¿Cómo aplicamos vuestro antídoto? —preguntó Hector Sha.

—No os precipitéis. Unos minutos más no van a matarlo.

Zhu Cong volvió a buscar en el interior de su camisa y sacó una docena de paquetes.

—¡Las hierbas para el anciano Wang! —exclamó Guo Jing. Las desenvolvió y se las enseñó a Wang Chuyi—. Reverencia, no sé cuáles necesitáis.

Wang Chuyi cogió las cinco hierbas que necesitaba para limpiar su cuerpo de la herida tóxica que había sufrido dos noches antes. Las masticó a conciencia antes de ingerirlas con agua.

Los paquetes le recordaron a Liang Barbagrís su encuentro con los fenómenos en el palacio. «Ese sucio erudito me ha sacudido las mangas después de nuestro combate. ¡Ha debido de robármelas entonces!» Levantó la azada de ginseng.

—Mostradnos vuestra arma. Veamos quién ganaría en un combate

como es debido.

—Sin duda alguna, yo perdería —dijo Zhu Cong con una sonrisa.

—No hemos tenido el placer de escuchar vuestros nombres todavía —los interrumpió Qiu Chuji.

Hector Sha presentó a sus compañeros uno por uno.

—¡Todos nombres reconocidos del *wulin*! Aún tiene que salir un vencedor hoy, pero ambos bandos hemos sufrido heridas. Acordemos una fecha para volver a encontrarnos —propuso Qiu Chuji.

—Sentiríamos una gran decepción si no nos reuniéramos con los Siete Maestros de la Secta Quanzhen —respondió Peng el Tigre—. En cuanto a la fecha y el lugar, por favor, anciano Qiu, elegidlos y allí estaremos.

Qiu Chuji consideró su situación. El hermano Ma y el hermano Wang tardarían meses en recuperarse por completo. También les llevaría tiempo reunir a sus hermanos marciales dispersos por todo el país.

—Encontrémonos dentro de seis meses —sugirió—. La noche del Festival de la Luna. Podemos contemplar la luna llena y hablar de kung-fu. ¿Qué os parece?

—¡Qué poético! Debemos encontrar un paisaje acorde. —Peng el Tigre estaba dando vueltas a la propuesta en su cabeza. «Si los Siete Maestros de la secta Quanzhen aparecen con los Siete Fenómenos del Sur, nos excederán en número con creces. Aunque seis meses deberían ser tiempo suficiente para reclutar a otros maestros para nuestra causa. Y, dado que estaremos recorriendo el sur con el príncipe en busca de los últimos poemas del general Yue Fei, podemos celebrar el combate en esa parte del país. Sí, funcionará»—. ¿Qué os parece la ciudad natal de nuestros Siete Héroes? —dijo.

—¡Excelente! Reunámonos en la Torre de la Bruma y la Lluvia, en el lago Sur de Jiaxing —respondió Qiu Chuji—. Podéis traer amigos.

—Allí estaremos.

—O sea que los fenómenos, al ser de la zona, tendremos que correr con los gastos, ¿no? ¡Qué plan más ingenioso habéis elaborado! —Zhu Cong se rió—. De todos los paisajes poéticos de China, tiene que ser Jiaxing.

Para entonces, Peng el Tigre ya no se sentía el antebrazo y el mero acto de conversar le suponía un gran esfuerzo. Los desvaríos de Zhu Cong estaban poniendo a prueba su paciencia, pero su vida estaba en manos de ese sucio erudito, así que se tragó el orgullo y esperó nuevas instrucciones.

—Vaya, vaya, no todos los días ejercemos de anfitriones de unos maestros tan distinguidos del mundo marcial —continuó Zhu Cong—. Carnicero Peng, tomad el blanco. El amarillo es para la herida.

Peng el Tigre se tragó el polvo blanco de inmediato.

—No debéis ni beber ni copular en cuarenta y nueve días —explicó Ke Zhen'e—. Sufriría una gran decepción si no os viera en el Festival de la Luna.

—Gracias por vuestra preocupación.

Peng el Tigre frunció el ceño mientras Hector Sha le aplicaba el antídoto en la herida.

Más tarde regresaron tambaleándose a palacio con Liang Barbagrís y Ouyang el Galante.

En cuanto el resto de habitantes del palacio se hubieron marchado, Wanyan Kang se arrodilló ante el cadáver de su madre y tocó el suelo con la frente cuatro veces. Se volvió hacia Qiu Chuji y repitió la acción. A continuación se puso de pie, se sacudió el polvo de la túnica y se alejó.

—¿A qué ha venido eso? —vociferó Qiu Chuji.

Wanyan Kang hizo caso omiso y se marchó sin volver la vista atrás. Qiu Chuji se quedó largo rato contemplando a su discípulo, luego hizo una profunda reverencia a los fenómenos.

—Sin la ayuda de los Héroes, hoy habríamos muerto. Ese desagradecido es infinitamente inferior a vuestro Guo Jing. Para los que practicamos las artes marciales, lo más importante es vivir conforme a los valores éticos y morales que defendemos. Nuestras habilidades marciales son el menor de nuestros logros. Me avergonzaré de por vida por haberme considerado el maestro de Wanyan Kang. No hace falta que organicemos el combate en el Jardín

de los Ocho Inmortales Borrachos el vigésimo cuarto día del tercer mes, como acordamos hace dieciocho años. Hoy reconozco la derrota incondicionalmente. Que se sepa en el *jianghu* que Qiu Chuji ha sido vencido por los Siete Héroes del Sur y que acepta su sometimiento con humildad. Mis hermanos marciales Ma Yu y Wang Chuyi, aquí presentes, son testigos.

Ke Zhen'e respondió con unas palabras autocríticas de agradecimiento. El reconocimiento sincero por parte de Qiu Chuji complació enormemente a los fenómenos. Dieciocho años en el desierto mongol, lejos del clima templado y las comodidades de casa, habían merecido la pena. Y, aun así, se trataba de una victoria agridulce. Oh, cómo les habría gustado que el quinto hermano, Zhang Asheng pudiera estar con ellos ahora…

6

Los fenómenos ayudaron a entrar a Ma Yu y a Wang Chuyi, y enviaron al sexto hermano, Quan Dorado, el Maestro Oculto del Mercado, a disponer los ataúdes y organizar el entierro de Yang Corazón de Hierro y Bao Caridad.

Qiu Chuji no quería importunar a la llorosa Mu Piedad, pero tenía que averiguar qué le había ocurrido a Yang Corazón de Hierro desde que se habían separado dieciocho años antes.

—Joven dama, ¿dónde habéis vivido vos y vuestro padre los últimos años? —acabó preguntando.

—Padre y yo siempre hemos estado viajando. Nunca nos hemos quedado más de dos semanas en el mismo sitio, desde que tengo uso de memoria. —Se secó las lágrimas—. Padre decía que estaba buscando… a un joven llamado Guo… —Agachó la cabeza y titubeó. Las jóvenes solteras no hablaban abiertamente de hombres con los que no estaban emparentadas.

Qiu Chuji echó un vistazo a Guo Jing y cambió de tema para no incomodar más a Piedad.

—¿Cómo se convirtió Corazón de Hierro en vuestro padre?

—Yo nací en la aldea del Estanque del Loto, en Lin’an. Padre vivió con mi familia mientras se recuperaba de la herida que le habían causado los soldados song. Fue por entonces cuando la peste se llevó a mis verdaderos padres y a mi hermano. Padre me crió como si fuese suya y me enseñó kung-fu. Viajamos por todas partes buscando al hermano Guo bajo la bandera… Duelo… por una Doncella… —Piedad tuvo que armarse de valor para superar la vergüenza y pronunciar las últimas cuatro palabras en voz alta.

—Vuestro padre se llamaba Yang, no Mu. —Qiu Chuji cambió de tema para ahorrarle el mal trago—. Deberíais adoptar su nombre.

—Yo me llamo Mu.

—¿No me creéis?

—Por supuesto que os creo, pero preferiría seguir llamándome Mu —dijo en un tono apenas audible ya.

Qiu Chuji dejó el tema por el momento, pensando que su obstinación nacía del dolor y que no tardaría en aceptar cambiar su nombre de familia por el de Yang. Pero el que no entendía nada era él. Piedad había pensado las cosas con sumo cuidado. El joven que la había vencido en el Duelo por una Doncella había conquistado su mano y su corazón, y ese hombre, el príncipe Wanyan Kang, era el verdadero hijo de su padre, un Yang. ¿Cómo iba ella a esperar casarse nunca con él si compartían apellido?

Wang Chuyi comenzó a moverse, pues la medicina lo había reanimado un poco. Había estado escuchando la conversación entre Qiu Chuji y Piedad, pero su cabeza seguía dándole vueltas al duelo, celebrado dos días antes.

—Señorita Mu, sois mucho más diestra en las artes marciales que vuestro padre. ¿A qué se debe?

—Un maestro me enseñó durante tres días cuando tenía trece años, pero apenas aprendí nada.

—¿Cómo se llamaba?

—No puedo decirlo, pues juré guardar el secreto.

Wang Chuyi revivió todos los movimientos que había ejecutado Piedad en el combate con Wanyan Kang, pero no logró adivinar el origen de su kung-fu.

—Hermano Qiu, vos habéis enseñado a Wanyan Kang durante… ¿ocho o nueve años?

—Nueve años y medio. ¡No tenía ni idea de que tuviera un corazón tan ingrato!

Sumido en sus propios pensamientos, Wang Chuyi no pareció oír la respuesta de Qiu.

Ke Zhen'e rompió el silencio.

—Anciano Qiu, ¿cómo encontrasteis al hijo del hermano Yang?

—Fue un golpe de suerte. Tras separarnos hace dieciocho años, viajé por todas partes en busca de las dos familias. Durante años fue en vano, pero perseveré. Un día volví a la aldea del Buey y me topé con una unidad de soldados en la casa del hermano Yang. Estaban recogiendo y llevándose todos los enseres de la vieja granja. Los seguí a escondidas, y así pude averiguar lo que estaban haciendo allí. Resultó que no eran soldados corrientes, sino que formaban parte de la guardia privada del príncipe de Zhao, nada menos, y tenían órdenes de recuperar todos los efectos personales de la casa: muebles rotos, puntas de lanza oxidadas, aperos de labranza. Era todo muy curioso, así que los seguí hasta aquí.

Guo Jing comprendió entonces por qué era tan humilde la residencia de Bao Caridad en el palacio.

—Una noche me colé en palacio. Tenía que averiguar por qué el príncipe de Zhao, Wanyan Hongli, sentía tanto cariño por esos trastos viejos y estropeados como para enviar a su guardia personal a miles de kilómetros al sur, al otro lado de la frontera, a buscarlos. Entonces descubrí que la consorte era la amada esposa de Yang, Bao Caridad. Decidí pasar a aquella mujer a cuchillo por preferir las riquezas y los títulos de los invasores de nuestro país a la memoria de su esposo, un patriota. Pero, al verla viviendo en esa casucha en medio de la majestuosidad del palacio, abrazando la vieja punta de lanza del hermano Yang, con las lágrimas tan frescas como el día que él había muerto, se me ablandó el corazón. Su esposo seguía ocupando sus pensamientos. También descubrí que había dado a luz al hijo de Corazón de Hierro, que era el joven príncipe Wanyan Kang; unos años después, cuando tuvo edad suficiente, regresé para enseñarle kung-fu.

—¿El joven nunca supo quién era su verdadero padre? —preguntó Ke Zhen'e.

—Se lo pregunté varias veces de forma indirecta, pero la afición que tenía a la riqueza y el poder me hacían dudar de su carácter, y nunca le revelé sus orígenes. Él siempre fingía obediencia con dulces palabras cuando le aleccionaba acerca de los valores éticos y morales que nos esforzamos por defender. Si no hubiésemos planeado este combate, no habría perdido el tiempo con él. Esperaba que, tras la lucha, independientemente del resultado, haríamos las paces. Le contaría al chico la verdad sobre sus orígenes, liberaría a Caridad de ese lugar indigno y le buscaría una casa tranquila en la que instalarse. Nunca imaginé que el hermano Corazón de Hierro seguiría vivo ni que los dos perderían la vida así.

Piedad se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar de nuevo al oír hablar de la muerte de su padre adoptivo.

Guo Jing les contó entonces que la noche anterior había hallado a Corazón de Hierro preso en el palacio y cómo Yang y Bao Caridad se habían reencontrado. Si bien Caridad había comprometido su castidad al casarse con Wanyan Hongli, los fenómenos y los taoístas comprendían que lo había hecho únicamente porque pensaba que su esposo había fallecido. No se consideraba inmoral que las viudas volvieran a casarse —de hecho, era una práctica habitual—, así que nadie podía reprochárselo. Y todos estaban conmovidos y habían recibido una lección de humildad con su último acto de devoción.

La conversación no tardó en desviarse hacia el encuentro en el Festival de la Luna.

—No hay de qué preocuparse —dijo Zhu Cong—. Los Siete Maestros de la secta Quanzhen se presentarán.

—Pero si invitan a otros maestros del *wulin*, es posible que nos superen en número. —Ma Yu siempre se mostraba cauteloso en sus intervenciones.

—¿A quién más iban a invitar? ¡No hay tantos maestros en este mundo! —intervino Qiu Chuji.

—Hermano, vuestras habilidades marciales han proporcionado fama y gloria a la secta, pero aún debéis contener el exceso de confianza de

vuestra juventud. Ya conocéis el dicho…

—Por encima del cielo hay un firmamento más elevado; más allá del hombre, un cuerpo más poderoso. —Qiu Chuji pronunció la frase riendo entre dientes.

—¿Acaso no es cierto? Los maestros con los que nos hemos encontrado hoy eran tan hábiles como nosotros. Es posible que nos venzan si traen ayuda.

—Te preocupas demasiado, hermano. ¿Cómo iba a perder la secta Quanzhen frente a semejantes granujas y vagabundos?

—Las calamidades de este mundo no siempre pueden preverse. Si nuestros amigos, los Seis Fenómenos, aquí presentes, no hubiesen intervenido para ayudarnos hoy, los tres habríamos perdido el buen nombre de la secta Quanzhen, y nos ha costado décadas ganarlo.

Honrados por el reconocimiento de Ma Yu, los fenómenos Ke Zhen'e y Zhu Cong hicieron una inclinación.

—El tío Zhou fue entrenado por nuestro *shifu* en persona —continuó Ma Yu—. Era diez veces más hábil que nosotros, aunque su deseo de ganar y de demostrar que era el más fuerte condujo a su desaparición. Ya hace más de una década. Deberíamos aprender de esto. Sé humilde y mantente siempre alerta.

Las palabras de Ma Yu enmudecieron a Qiu Chuji. Los fenómenos nunca habían oído hablar del tal tío Zhou. No cabía duda de que el hombre había hecho algo que se consideraba una mancha en el nombre de la secta. Pese a que sentían curiosidad, los fenómenos guardaron un discreto silencio. Entretanto, Wang Chuyi seguía sumido en sus pensamientos. No había pronunciado palabra desde su conversación con Mu Piedad.

Qiu Chuji miró a Guo Jing y a Piedad.

—Hermano Ke, vuestro discípulo es recto y honrado. Con él como yerno, Corazón de Hierro encontraría sin duda la paz en su descanso eterno.

Piedad se sonrojó, agachó la cabeza y se levantó para salir de la habitación. Le incomodaba que hablasen de casarla con Guo Jing. Cuando pasaba a toda prisa junto a Wang Chuyi, éste se levantó y la golpeó en el hombro derecho con la palma de la mano. Esperaba que

Piedad reuniera su fuerza interna para repelerlo. Justo antes de que la joven hubiese reunido toda su fuerza, él la empujó. Piedad se tambaleó y comenzó a caer hacia delante. Wang Chuyi la sujetó por el hombro izquierdo. Piedad recuperó el equilibrio y se enderezó. Se quedó mirando con los ojos muy abiertos a Wang Chuyi.

—Señorita Mu, perdonadme, por favor. Estaba poniendo a prueba vuestro kung-fu. El maestro que os enseñó durante aquellos tres días tiene sólo nueve dedos y viste como un mendigo, ¿me equivoco?

—¿Cómo lo sabe, reverencia?

—El Vagabundo Divino Nueve Dedos es conocido por sus métodos caprichosos. Tuvisteis una suerte enorme al recibir adiestramiento del Venerable Maestro Hong en persona. Mis más sinceras felicitaciones.

—Es una lástima que sólo fuese capaz de dedicarme tres días.

—Para cualquier otro, esos tres días equivaldrían a décadas de arduo trabajo.

—Si su reverencia lo dice… ¿Sabéis dónde podría encontrar al maestro Hong?

—Bueno, la última vez que lo vi fue hace más de veinte años, en la cumbre del monte Hua.

Al oír eso, Piedad abandonó la estancia decepcionada.

—Anciano Wang, ¿podéis contarnos más sobre ese Venerable Maestro Hong? —preguntó Han Jade.

Wang Chuyi se sentó con una sonrisa, pero el primero en hablar fue Qiu Chuji.

—Quizá hayáis oído estos nombres: Hereje del Este, Veneno del Oeste, Rey del Sur, Mendigo del Norte y Divinidad Central.

—Claro, son los maestros de artes marciales más grandes de vuestra época.

—Así es.

—El maestro Hong es el Mendigo del Norte, ¿verdad? —preguntó Ke Zhen’e.

—Sí. Nuestro *shifu*, Wang el Inmortal, era Divinidad Central —intervino Wang Chuyi.

—Tu prometida fue alumna del Vagabundo Divino. —Qiu Chuji se había vuelto hacia Guo Jing, riendo—. Nadie que supiese eso se

atrevería a causaros problemas.

Guo Jing se sonrojó y quiso aclarar que Mu Piedad no era su prometida, pero sólo consiguió emitir unos gruñidos ininteligibles.

—Anciano Wang, ¿cómo habéis reconocido el estilo de Piedad con sólo empujarla por el hombro? —preguntó Han Jade.

—Ven aquí. —Qiu Chuji hizo un gesto a Guo Jing para que se le acercara.

Al instante, el joven sintió que una mano le presionaba el hombro hacia abajo, con la enorme fuerza del *neigong* del monje. Pero Guo Jing era mejor luchador que Mu Piedad y había aprendido de Ma Yu el mismo kung-fu interno, de modo que fue capaz de aguantar y mantenerse en pie.

—¡Muy bien!

Qiu Chuji sonrió y replegó su fuerza interna. Ahora la fuerza interna de Guo Jing ya no tenía que oponerse a nada. Qiu Chuji le dio un codazo que lo hizo caerse hacia atrás. Guo Jing extendió el brazo de manera instintiva, se dio un impulso contra el suelo y volvió a ponerse en pie de un salto.

—El anciano Qiu acaba de enseñarte un movimiento poderoso. ¡Recuérdalo bien! —se mofó Zhu Cong en medio de las carcajadas generales.

Guo Jing asintió con sinceridad, sin darse cuenta de que se estaban riendo de él.

—Cualquier luchador entrenado en artes marciales caería hacia atrás —explicó Qiu Chuji—. Sin embargo, los adiestrados en el excepcional kung-fu del Vagabundo Divino lo hacen hacia delante. Cuanto más fuerte es el oponente, más fuertes se vuelven sus movimientos. Tal vez enseñara a la señorita Mu sólo tres días, pero ésta no necesitaba más tiempo para aprender la esencia de su kung-fu. Aunque ella no ha sido capaz de aguantar la fuerza interna de Wang Chuyi, gracias a su adiestramiento no ha sucumbido a la misma, sino que la ha repelido. Por eso ha caído hacia delante, en contra de la dirección de la presión.

Impresionado por esa percepción marcial, Zhu Cong preguntó con curiosidad:

—¿Habéis visto al Vagabundo Divino en acción, anciano Wang?

—Sí, cuando nuestro maestro peleó con los demás maestros en el torneo del monte Hua, hace más de dos décadas. El maestro Hong es tan virtuoso de las artes marciales como entendido en comida, pero la cumbre de una montaña no es lugar para la alta cocina, así que podéis imaginaros su malestar. En lugar de eso, trataba las discusiones sobre teoría de las artes marciales con nuestro *shifu* y Huang el Boticario como si fuesen banquetes y vinos excelentes. Fue un verdadero festín de ideas y conocimientos. Tuve mucha suerte de estar esperando a mi maestro y poder escuchar aquellos debates. Aún veo los frutos.

—¿Huang el Boticario es el Hereje del Este? —preguntó Ke Zhen'e.

—Exacto. —Qiu Chuji se volvió hacia Guo Jing—. Aunque el hermano Ma te enseñó durante un tiempo, tienes suerte de que no llegara a acogerte como discípulo. En ese caso estarías una generación por debajo de tu prometida, desde el punto de vista de la antigüedad... ¡no es forma de empezar un matrimonio! —exclamó, y se echó a reír de su propia broma.

—No voy a casarme con ella.

Guo Jing se puso muy rojo.

—¿Qué?

—Que no voy a casarme con ella.

—¿Por qué?

Qiu Chuji se levantó, claramente disgustado.

Han Jade acudió al rescate de Guo Jing.

—Cuando nos enteramos de que el maestro Yang tenía un hijo, entendimos que Guo Jing había conseguido un hermano de juramento, no una futura esposa. De ahí que aceptara el título otorgado por Gengis Kan, el Príncipe de la Hoja Dorada, como prometido de su hija.

Qiu Chuji fulminó a Guo Jing con la mirada y gritó:

—¡Una muchacha de humilde cuna no puede competir con una princesa! Estás decidido a ignorar el futuro que tu padre ha convenido para ti, ¿no? ¡Ingrato codicioso! ¡No eres mejor que Wanyan Kang!

Guo Jing hizo una profunda reverencia.

—Vuestro alumno no llegó a conocer a su padre. Mi madre no mencionó ningún último deseo. Os ruego que me lo expliquéis,

reverencia.

—Soy demasiado impetuoso.

Qiu Chuji se rió arrepentido, luego relató cómo había conocido a Yang Corazón de Hierro y a Guo Furia Celeste en la aldea del Buey dieciocho años antes, y cómo los dos hombres habían hecho un pacto. También le contó a Guo Jing su búsqueda de las familias tras enterarse de que habían sido atacadas por soldados, lo que lo condujo a combatir con los fenómenos. Se suponía que debían resolver la disputa con un torneo de artes marciales entre sus respectivos discípulos, Wanyan Kang y Guo Jing.

El joven cayó de rodillas. Como hijo, vengaría a su padre; como discípulo, correspondería a la amabilidad de sus *shifus*. ¿Bastaba con una vida para hacer ambas cosas?

—Es habitual que un hombre tenga tres o cuatro esposas —dijo Han Jade, tratando de consolarlo—. Cuando regreses a Mongolia, habla con el Gran Kan. Estoy segura de que él lo comprenderá y no habrá necesidad de que faltes a tu palabra. Apuesto a que él mismo tiene más de un centenar de mujeres.

—No voy a casarme con la princesa Khojin —anunció Guo Jing.

—¿Qué?

Ahora fue Han Jade quien se sorprendió.

—No quiero que sea mi esposa.

—Pero estáis muy unidos, ¿no?

—Es como una hermana para mí, una buena amiga. No quiero que sea mi esposa.

Eso fue del agrado de Qiu Chuji.

—¡Buen chico! ¿A quién le importa el Kan o la princesa? Deberías cumplir los deseos de tu padre y tu tío Yang. Cásate con la señorita Mu.

—Tampoco pienso casarme con la señorita Mu —declaró con firmeza, negando con la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Has entregado tu corazón a otra? —preguntó Han Jade en voz baja, y recordó a la bonita chica de blanco a la que había visto en palacio. Había advertido cómo la miraba Guo Jing y cómo ella había acudido en su ayuda.

Guo Jing volvió a sonrojarse. Tras un silencio incómodo, su barbilla se movió arriba y abajo, de forma casi imperceptible.

—¿Quién? —exclamaron Qiu Chuji y Han el Jinete al unísono.

Guo Jing abrió y cerró la boca. No emitió sonido alguno. Han Jade sabía que el muchacho estaba demasiado avergonzado para hilar dos palabras.

—Es la chica de blanco, ¿verdad?

—¿Qué chica de blanco? —espetó Qiu Chuji.

—Recuerdo que Ciclón Mei la llamó «hermana pequeña», y a su padre, «*shifu*»… —masculló Han Jade.

—¡¿La hija de Huang el Boticario?! —exclamó Ke Zhen'e al tiempo que saltaba de su asiento.

Han Jade cogió a Guo Jing de las manos.

—¿Su apellido es Huang?

—Sí.

Han Jade no supo qué más decir.

—¿Quieres casarte con alguien relacionado con Ciclón Mei? —Ke Zhen'e escupió aquellas palabras.

—¿Te ha concedido su mano el padre de la joven? —intervino Zhu Cong.

—No lo conozco y no sé quién es.

—¿Os habéis prometido en matrimonio?

Guo Jing se quedó mirando boquiabierto a su segundo *shifu*, pues no sabía qué significaba aquella pregunta.

Zhu Cong se lo aclaró.

—¿Le has dicho que te casarías con ella? ¿Te ha prometido que será tu esposa?

—No, no lo hemos dicho. —Guo Jing hizo una pausa—. No hace falta. En el fondo lo sabemos. No podemos estar el uno sin el otro.

—¿Qué quieres decir? —Han el Jinete encontraba aquello ridículo, pues no había estado enamorado en su vida.

Aquellas palabras, sin embargo, tuvieron un efecto muy distinto en su prima Jade. «Guo Jing es igual que el quinto hermano —pensó, mientras le sobrevenían los recuerdos de Zhang Asheng—. Estaba enamorado de mí, pero lo mantuvo en secreto. Pensó que no era lo

bastante bueno para mí. Si le hubiese expresado mis sentimientos, podríamos haber saboreado la verdadera felicidad antes de que muriera. Pero ahora se ha ido para siempre.»

—¿Sabes que el padre de esa chica es un asesino que mata a sangre fría? —le advirtió Zhu Cong—. ¿Crees que te dejará vivir cuando se entere? Ciclón Mei no ha llegado a dominar ni una décima parte del repertorio de su *shifu* y ya causa pavor. Si él te quiere muerto, ninguno de nosotros podrá ayudarte.

—Loto es tan maravillosa... Su padre no puede ser malo.

—Huang el Boticario es el mal encarnado. Promete que no volverás a ver a ese demonio de chica. ¡Prométělo! —vociferó Han el Jinete.

Los fenómenos odiaban todo aquello que estuviera relacionado con Viento Oscuro Doblemente Infame, pues habían matado a su quinto hermano, Zhang Asheng; y odiaban aún más a Huang el Boticario, porque era la fuente del kung-fu infernal de éstos. De no ser por ese monstruoso Hereje del Este, el Buda Riente, Zhang Asheng, seguiría vivo.

Han el Jinete se acercó un paso.

—Dilo. ¡Di que no volverás a ver a ese demonio!

Guo Jing no sabía qué hacer. Quería y respetaba a sus maestros, y nunca había actuado en contra de sus deseos, pero sabía lo que le dictaba el corazón. Se arrodilló llorando a lágrima viva.

—*Shifus*, si no se me permite ver a Loto, no sobreviviré tres días.

—¿No te da vergüenza?

Una voz melodiosa se coló por la ventana.

7

«¡Loto!» Guo Jing salió corriendo de la habitación. Allí estaba ella, de pie en el patio con el caballo de Guo, *Ulaan*. La magnífica criatura relinchó y se encabritó, emocionada al ver a su amo.

Guo Jing se volvió hacia sus mentores cuando salían al patio.

—Tercer *shifu*, ésta es Loto. Es una buena chica, no un demonio.

—¿Por qué me has llamado demonio, barrigón? —Huang Loto

frunció el ceño mirando primero a Han el Jinete y luego a Zhu Cong —. Y tú, sucio erudito, ¿por qué has dicho que mi padre es un asesino que mata a sangre fría?

Zhu Cong no había visto semejante belleza en toda su vida. No era de extrañar que Guo Jing estuviese tan enamorado. Sonrió como un tonto y no dijo nada.

—Vete de aquí. ¡Fuera! —gritó.

Han el Jinete estaba tan agitado que se le erizó el bigote.

Melón, da vueltas y más vueltas.
Una patada por detrás
y allá que va…

Huang Loto cantaba y marcaba el ritmo con las palmas. Han el Jinete cargó contra ella. Loto dio un salto a un lado, eludiéndolo con facilidad.

—¡Son mis maestros! —intercedió Guo Jing.

Loto hizo una mueca y sacó la lengua.

Melón, da vueltas y más vueltas.
Una patada…

Loto agarró a Guo Jing del cinturón y saltó en el aire. Aterrizaron juntos en la silla de montar. En el momento en que Loto agarró las riendas, *Ulaan* salió de la posada como una flecha. Por muy rápido que pudiese ser el kung-fu de ligereza de Han el Jinete, no podría seguir el ritmo a un caballo de Fergana procedente de la estepa mongola, cuyos cascos eran tan ligeros como el viento y el rayo.

Apenas habían transcurrido unos instantes, pero Guo Jing ya no distinguía los rostros de sus mentores y pronto la posada quedó reducida a un punto en el horizonte. El aire se abría ante él; el viento le silbaba en los oídos. Loto sostenía las riendas con la mano derecha y con la izquierda le cogía la mano a Guo Jing. Éste se sintió culpable por huir de sus *shifus*, por abandonar sus obligaciones, pero ¿cómo iba a renunciar a Loto? La quería más que a su propia vida. Antes de

obedecer a sus maestros y actuar en contra de su corazón perdería la cabeza y se desangraría.

En unos instantes, *Ulaan* los había llevado a decenas de *li* de Zhongdu.

Segura de que nadie podría alcanzarlos, Loto tiró de las riendas y se detuvieron a descansar junto a un arroyo. El magnífico corcel frotó la cabeza de forma afectuosa contra Guo Jing, encantado de volver a ver a su amo tras varios días de separación.

La joven pareja apenas llevaba unas horas separada, pero en ese tiempo habían ocurrido tantas cosas que habían temido no volver a verse nunca. Tenían muchas cosas que decirse, y ninguno sabía por dónde empezar. Al mismo tiempo, los dos sabían que el otro ya lo había entendido todo y no hacía falta decir nada en voz alta. Unir sus manos era suficiente.

Permanecieron largo rato de pie con los dedos entrelazados. Al final, Loto se sacó un pañuelo de la alforja y lo humedeció en el arroyo. Se lo tendió a Guo Jing, pero éste estaba ensimismado.

—Eso es lo que vamos a hacer —dijo de pronto—. Volveremos.

—¿Juntos?

—Sí, les diré a mis *shifus* y a los ancianos que eres una buena chica, que no eres un demonio, y que yo... no puedo vivir sin ti. —Guo Jing habló como si tuviera a los fenómenos delante—. *Shifus*, nunca podría recompensaros por vuestra amabilidad, pero... pero Loto... Loto no es un demonio. Es muy muy buena chica... Es muy muy... buena. —Loto era maravillosa en muchos aspectos, pero a él nunca se le habían dado bien las palabras. Aquello era lo mejor que se le ocurría.

Además de sentirse conmovida por su convicción, a Loto le divertía cómo se le trababa la lengua.

—Me odian. No van a escucharte. Huyamos. Podemos vivir en las montañas o trasladarnos a una isla. Podemos ir a un lugar en el que nunca nos encuentren, donde podamos estar juntos.

Durante un momento, Guo Jing se vio tentado por las palabras de Loto, pero luego repuso con seguridad:

—Tenemos que volver.

—Nos separarán. No volveremos a vernos nunca.

—No pienso separarme nunca de ti, ni muerto. *Shifus*, siempre os he obedecido, pero no puedo dejar a Loto. Podéis matarme, no huiré, no me quejaré, pero jamás me separaré de ella.

Loto siempre había tenido una vena pesimista, pese al buen humor del que hacía gala. Tras oír la conversación que había tenido lugar en la posada, no albergaba muchas esperanzas respecto a su futuro con Guo Jing, pero la resolución de él le devolvió la fe. Después de todo, sus corazones eran uno. Ningún hombre ni ningún poder en este mundo podría separarlos.

—Siempre estaré contigo. La muerte no puede separarnos; ni siquiera mi padre.

—¿Lo ves? Eres muy muy buena...

Loto se rió.

—¿Por qué no dejamos que *Ulaan* descanse un poco? Y deberíamos comer algo.

Sacó un buen trozo de carne de la alforja, la cubrió de barro y, a continuación, recogió ramas secas para hacer fuego.

Cuando llegaron a la posada ya era por la tarde. Al recordar las propinas generosas de Guo Jing, el posadero le dio una bienvenida calurosa.

—Señor, vuestro grupo ya se ha marchado de la capital. ¿Os gustaría comer algo?

—¿Han dejado algún mensaje?

—No, han partido hacia el sur hace unas horas.

—Alcancémoslos.

Guo Jing y Loto galoparon hacia el sur, pero no encontraron ni rastro de los fenómenos ni de los taoístas. Probaron por otro camino, donde fueron preguntando a viandantes y a tenderos, pero ninguno había visto a nadie que encajara con la descripción física de los fenómenos. *Ulaan* había galopado varias decenas de *li* con dos personas en la silla, pero no daba muestras de fatiga.

—Veremos a tus *shifus* en Jiaxing la noche del Festival de la Luna —dijo Loto para animar a Guo Jing—. Entonces podrás decirles que soy

«muy muy buena».

—Para eso faltan seis meses.

—Bueno, ¡tendremos seis meses para viajar!

8

A la mañana siguiente, Guo Jing compró un caballo blanco para él con el fin de aligerar la carga a *Ulaan*. Viajaron en dirección al sur sin prisas, disfrutando del paisaje. En ocasiones dormían bajo las estrellas, uno junto al otro; otras veces compartían habitación en la posada de algún pueblo. Pese a estar muy cerca el uno del otro, se mantuvieron castos.

Huang Loto se había criado bajo la influencia de las opiniones poco ortodoxas de su padre, Huang el Boticario, y rechazaba las reglas y la etiqueta de la época. No veía nada inapropiado o inusual en la compañía de Guo Jing. Guo Jing, que había crecido en Mongolia, se limitaba a seguir lo que le dictaba su corazón. Siempre había hecho lo que le parecía correcto y natural. Además, tenían un montón de oro y de plata, así que no se privaron de nada durante el viaje.

El cuarto mes lunar ya estaban acercándose a la zona Taininjun de la ciudad de Xiqing, en Shandong, al este. Ese día, cálido y soleado, se habían pasado toda la mañana a caballo, y tenían el rostro pegajoso del sudor y el polvo de la carretera.

—Busquemos un lugar con sombra —sugirió Loto.

—La ciudad está ahí mismo. ¿Por qué no paramos allí a tomar té? —respondió Guo Jing.

Enseguida vieron a un grupo que avanzaba lentamente delante de ellos. A horcajadas a lomos de un burro débil y enclenque, iba un hombre corpulento ataviado con una túnica de seda morada que se abanicaba de forma frenética. La bestia se doblaba bajo el enorme peso de aquel hombre, de al menos doscientos cincuenta *jin*. A su lado iba una silla de manos. Las cortinas estaban descorridas y en el interior viajaba una mujer rolliza vestida de rosa. Dos porteadores mayores y delgadísimos transportaban la litera. Una doncella

caminaba junto a ellos y agitaba un gran abanico para refrescar a su ama.

Loto, intrigada por el espectáculo, dijo:

—Voy a echar un vistazo a la dama. —Y azuzó a *Ulaan*.

Cuando alcanzó al grupo, volvió el caballo y se asomó a la litera. Vio a una mujer en la cuarentena con el rostro igual de ancho que una palangana, un par de ojillos como cuentas, la boca grande y la nariz chata. Tenía la piel recubierta de una capa gruesa de polvos y surcada por unos regueros de sudor que le brotaban de la frente. De la generosa mata de pelo sobresalían una horquilla de oro, una flor de satén rojo y un par de orejas carnosas.

—¿Qué miras?

La corpulenta dama la fulminó con la mirada.

—¡Deseo admirar vuestra belleza y vuestra bonita figura!

Loto soltó una carcajada y tiró de las riendas. *Ulaan* galopó en dirección a la silla de manos.

Los sirvientes la soltaron y la litera cayó al suelo; la mujer salió rodando hasta el centro del camino, donde se sacudió, gritó y soltó una maldición.

Loto se rió de aquella broma tan estupenda. Pero, antes de que pudiera alejarse a caballo, el hombre del burro la azotó con su fusta.

—¡Pequeña granuja!

Loto agarró el extremo de la fusta y tiró de él. El hombre perdió el equilibrio y cayó, ante lo cual Loto volvió la fusta hacia él.

—¡Bandidos! ¡Asesinos! —gritó la mujer.

Loto se sacó las Agujas Emei y cercenó la oreja derecha a la mujer, lo que hizo que ésta chillara como un cerdo en la matanza.

El hombre se arrodilló.

—Señora, perdonadnos la vida, os daremos oro.

—¿Quién quiere vuestro oro? ¿Quién es ella?

—Es mi esposa... Vamos... Vamos a casa de sus padres.

—Sois grandes y fuertes... ¿no podéis caminar? Portaos bien y os dejaré con vida.

—¡Lo que ordene la señora!

A Loto le hizo gracia que alguien mayor se dirigiera a ella de

manera tan formal.

—Vosotros tres, a la silla de manos.

Los porteadores y la criada enderezaron la litera y se subieron sin pronunciar palabra. Dentro aún sobraba espacio.

Todas las miradas estaban puestas en Loto. Nadie se atrevía a aventurar qué podía ocurrírsele a continuación.

—Quizá poseáis algunos lingotes, pero ¡no podéis tratar así a la gente! ¿Queréis vivir o morir?

—¡Vivir! ¡Queremos vivir! —gritaron marido y mujer al unísono.

—Bueno, pues ahora os toca a vosotros. ¡Cargad con la silla!

—Yo… no sé cómo hacerlo —dijo la mujer, que se contenía la sangre de la cara con la mano.

—Si te niegas… —Loto asestó un golpe plano con su Aguja Emei en la nariz regordeta de la mujer.

La mujer chilló y se cubrió la nariz. Luego se puso las varas sobre los hombros con esfuerzo evidente y su marido la imitó. Bien alimentados como estaban, la pareja tenía más capacidad para soportar el peso que sus sirvientes.

Loto y Guo Jing acompañaron al grupo durante un rato antes de alejarse al galope. Se volvieron para mirar y vieron que la pareja aún portaba la silla afanosamente.

Loto soltó una risita.

—Qué mujer más horrible. Sería perfecta para Qiu Chuji.

—Él no quiere esposa —respondió Guo Jing.

—Claro que no, pero entonces sabría lo que se siente cuando te obligan a tener una. Dijiste que no querías casarte con la señorita Mu, pero él siguió hostigándote. Un día, cuando mi kung-fu sea más fuerte que el suyo, lo obligaré a tomar a una mujer desagradable por esposa.

—Loto, la señorita Yu no es ni horrible ni desagradable. Pero mi corazón es tuyo.

Guo Jing se dio cuenta de lo mucho que habían molestado a Loto las palabras de Qiu Chuji.

—Puede que yo cause espanto, pero al menos soy guapa. ¡Y nunca seré horrible contigo!

Un día, mientras caminaban sin prisa por un camino flanqueado de árboles, el rumor de un riachuelo llamó la atención de Loto. Se adelantó al galope a través de los árboles y descubrió un arroyo profundo enmarcado por ramas de sauce que descendían hasta la superficie del agua. El agua era tan cristalina que veía los guijarros verdes, blancos, rojos y morados en el lecho, que sólo oscurecían los abundantes peces.

Loto se quitó las prendas exteriores y la Malla de Erizo, y saltó al agua. En un santiamén, emergió con un pez que aleteaba en su mano.

—¡Cógelo!

Guo Jing probó su kung-fu de cuerpo a cuerpo con el pez, pero se le resbaló y el pez acabó agitándose en el suelo.

—Ven al agua.

Guo Jing no sabía nadar, pues había pasado toda su infancia en Mongolia, que no tenía salida al mar. Se quitó la camisa y se metió con cautela en el agua. Loto se sumergió y le tiró de la pierna, con lo que le hizo perder el equilibrio. Guo Jing cedió al pánico, se hundió y tragó un montón de agua.

Entre risas, Loto lo sacó y le enseñó a respirar y flotar. El truco estaba en controlar la respiración, y eso Guo Jing sabía hacerlo bien debido a su adiestramiento en el kung-fu interno. Unas horas más tarde, había aprendido lo básico. Esa noche asaron pescado para la cena y acamparon junto al arroyo.

Loto había crecido en una isla; el mar era su compañero fiel. Su padre, Huang el Boticario, podía ser uno de los maestros de kung-fu más grandes de la época, pero en el agua no ganaba a su hija. Guiado por semejante maestra y pasando al menos ocho horas diarias en el arroyo, Guo Jing nadaba muy bien al cabo de tan sólo una semana.

La joven pareja iba nadando aguas arriba cuando, al cabo de unos *li*, oyeron un estruendo. Tomaron un recodo en el arroyo donde el aire estaba lleno de vapor, y entonces se toparon con un espectáculo impresionante: un vasto manto de agua caía por el borde de un risco de más de una decena de *zhang* de alto.

—¡Subamos a la cima! —propuso. Loto estaba contentísima.

El agua caía con fuerza. Apenas eran capaces de mantenerse firmes

contra la fuerza del torrente. Cada vez que levantaban los pies, el agua se los llevaba corriente abajo. Se esforzaron por subir durante horas, pero hacían escasos progresos.

—¡Mañana lo conseguiremos! —dijo Guo Jing.

—No te lo tomes como algo personal, es sólo una cascada. —Loto se rió.

A la mañana siguiente, la joven pareja logró subir unos *zhang* antes de caer a la poza que se formaba abajo. La profundidad del agua y su kung-fu de ligereza les permitieron salir ilesos.

Regresaron a la cascada todos los días y memorizaron su topografía y el flujo del agua. El octavo día, Guo Jin subió hasta la cima y tiró de Loto. Gritando de alegría, saltaron cogidos de la mano.

Al cabo de dos semanas nadando y ascendiendo por la cascada, Guo Jing ya era un nadador formidable, gracias a su considerable *neigong* interno. Tardaría mucho tiempo en sentirse tan cómodo en el agua como Loto, pero ya era mejor que el padre de la muchacha.

Habían agotado todas las visitas por los alrededores del arroyo, así que continuaron rumbo al sur.

Un día, al atardecer, llegaron a orillas del río Yangtsé. Las majestuosas aguas avanzaban en torrente en dirección al este; olas de cresta blanca salpicaban y agitaban el agua. La imagen causó una gran impresión a Guo Jing, que sintió como si su cuerpo y el río fueran uno. La escena lo mantuvo cautivado durante un rato.

—¡Hazlo! —gritó Loto por encima del rugido del río.

Sabía que Guo Jing quería nadar hasta la otra orilla. Para entonces, habían desarrollado una conexión tan profunda que apenas necesitaban expresar sus pensamientos en voz alta.

—Allá vamos —dijo Guo Jing al tiempo que dejaba libre al caballo blanco.

Acto seguido ató sus pertenencias a la silla de *Ulaan*. El caballo de Fergana encabezó el avance relinchando, con sus amos a nado, uno junto al otro, en su estela.

Era una noche despejada. No se oía más que el rumor del agua,

como si todo entre el cielo y la tierra les perteneciera únicamente a ellos dos.

Al poco rato, las nubes empezaron a acumularse y pronto ocultaron las estrellas. Los relámpagos iluminaban la noche al ritmo del sonido sordo de los truenos.

—¿Tienes miedo? —preguntó Guo Jing.

—No cuando estamos juntos.

Por suerte, las tormentas de verano remiten de forma tan repentina como se desatan. Cuando alcanzaron la otra orilla una luna baja brillaba en todo su esplendor. Guo Jing encendió una hoguera y Loto colgó la ropa para que se secase. Se pusieron ropa limpia y dieron una cabezada al arrullo del río.

El cielo comenzó a emitir un destello blanquecino. El canto de un gallo despertó a Loto, que bostezó.

—¡Me muero de hambre!

Se levantó y corrió hasta una granja cercana, de donde enseguida volvió con un gallo joven y grande bajo el brazo.

—Vámonos, no quiero que el dueño nos vea —dijo.



Caminaron hacia el este varios *li* antes de instalarse. Loto destripó el gallo con sus Agujas Emei y limpió la cavidad. A continuación, sin desplumarlo, cubrió el ave entera con barro y la puso sobre el fuego. Pronto, un aroma dulce llenó el aire. Continuó asando el pollo envuelto en tierra hasta que la envoltura de barro se secó y se agrietó. Cuando la rompió, las plumas salieron con la tierra, y sólo quedó un pollo perfectamente asado.

3

Dragón Altivo se Arrepiente

1

—Partidlo en tres y dadme la rabadilla.

Guo Jing y Huang Loto se volvieron, sorprendidos. ¿Cómo era posible que no hubiesen oído los pasos de nadie acercándose?

Un mendigo les sonreía sin apartar la mirada llena de voracidad del pollo.

A Loto le pareció un hombre de mediana edad; tenía el pelo salpicado de canas, una barba rala que le enmarcaba un mentón anguloso, los brazos fuertes y los pies grandes. La ropa, muy remendada, estaba incongruentemente limpia. Sujetaba un bastón de bambú, verde y pulido como el jade y a la espalda llevaba una calabaza grande lacada en rojo.

Se sentó con la joven pareja sin esperar a que lo invitaran y descorchó la cantimplora. La dulce fragancia del vino inundó el aire. Dio varios largos tragos antes de ofrecérsela a Guo Jing.

—Venga, muchacho.

—Me temo que no bebo, pero gracias, señor.

El comportamiento del mendigo era un poco tosco, aunque Guo Jing advertía algo excepcional en él.

—¿Y tú, muchacha?

Loto negó con la cabeza y, al hacerlo, advirtió que al desconocido le faltaba un dedo en la mano derecha. Recordó la historia de su padre acerca del torneo del monte Hua. ¿Podía tratarse del Mendigo del Norte, el Vagabundo Divino Nueve Dedos? Decidió tantearlo.

El mendigo apenas había quitado ojo al pollo desde que había llegado. Se le hacía la boca agua y la nuez le subía y le bajaba. Loto

pensó que si tenía que esperar un minuto más les arrebataría la cena. Así que dividió el ave en dos y le dio la parte inferior.

—¡Exquisito! Ni uno solo de mis antepasados mendigos podría preparar un pollo de mendigo tan delicioso. —Se lo zampó mientras hablaba.

Con una sonrisa, Loto le tendió la otra mitad.

—Pero ¡vosotros aún no habéis comido!

No había acabado de hablar cuando agarró lo que quedaba del pollo y se lo comió. Un momento después, escupió algunos pedacitos de hueso masticado y, satisfecho, se dio unas palmaditas en la barriga.

—Mi querida panza, hacía mucho que no probabas un pollo tan exquisito, ¿eh?

—Es un honor inmenso que mi pollo de mendigo se vea elogiado por su tocayo. —Loto sonrió.

—La chica tiene un pico de oro. —El mendigo se rió y se sacó un puñado de dardos dorados de la camisa—. El otro día vi una pelea. Uno de los hombres tenía los dardos bañados en oro. Este viejo mendigo no pudo evitar hurtarle unos pocos. Toma, muchacho. Probablemente puedas intercambiarlos por unas monedas de plata.

Guo Jing rechazó el regalo.

—Sois nuestro invitado, señor; no podemos aceptarlo.

Según la costumbre mongola, era deber de un anfitrión dar de comer a sus invitados.

—¡Qué raro! Soy mendigo y estoy acostumbrado a ir pidiendo sobras, pero acabo de aceptar un pollo tan maravilloso de vosotros, muchachos, antes de que lo hayáis probado siquiera...

—¡No es más que pollo! —protestó Guo Jing—. Y lo hemos robado.

—Nosotros birlamos y vos os dais un festín, ¿qué más queréis? —añadió Loto.

El mendigo rió por lo bajo.

—Me gustáis. ¿Hay algo que deseéis? No tengáis reparos en decirlo.

Guo Jing negó con la cabeza. Le habían enseñado que la hospitalidad siempre debía ofrecerse con generosidad, sin esperar compensación de ningún tipo.

—Me encantaría cocinar mi plato favorito para vos. —Loto sabía lo

que quería de ese nuevo amigo—. Podemos ir juntos hasta la próxima ciudad.

El mendigo asintió encantado y los tres se encaminaron al sur, a una ciudad llamada Templo de Jiang.

—¿Cómo deberíamos dirigirnos a vos, señor? —preguntó Guo Jing.

—Mi apellido es Hong y soy el séptimo de mi familia. ¿Por qué no me llamáis Cuenta Hasta Siete?

«Pues no me había equivocado —pensó Loto—. ¡Es el Vagabundo del Norte! Como mucho debe de ser un par de años mayor que Qiu Chuji y, aun así, figura como uno de los Cinco Grandes, junto con el maestro Qiu. En realidad, mi padre tiene más o menos la misma edad y también es uno de los grandes. ¿Qué dice eso de los denominados maestros de Quanzhen? Son tan estúpidos que no tienen ninguna posibilidad de conseguir nada con su kung-fu.»

Loto no había perdonado a Qiu Chuji por insistir en que Guo Jing se casara con Mu Piedad, como tampoco había perdonado a su padre.

Cuando llegaron a la ciudad se detuvieron en una posada local, y Loto fue al mercado a comprar los ingredientes para la cena.

—¿Es tu esposa? —Cuenta Hasta Siete sonreía de oreja a oreja.

Guo Jing no se atrevió ni a confirmar ni a desmentir la pregunta, así que contestó sonrojándose sin más. Aquella incomodidad divertía enormemente al viejo mendigo. Al final dejó de reírse y se puso a roncar.

Cuando Loto regresó más de una hora después, fue directa a la cocina. Guo Jing se ofreció a ayudarla, pero ella lo echó con una sonrisa.

Transcurrió una hora más; el mendigo bostezó y olisqueó el aire.

—¡Qué curioso! ¿Qué está preparando? ¡Algo se está cociendo!

Estiró el cuello para echar un vistazo a la cocina, pero desde su asiento no veía mucho.

Guo Jing contuvo una risita mientras el hombre se revolvía, se rascaba la cara, cambiaba de asiento y caminaba de un lado al otro, cada vez más impaciente por el olor que llegaba desde la cocina.

—El mero hecho de pensar en comida me vuelve loco. ¿Conoces el dicho «El índice palpita cuando hay comida cerca»? En mi caso es

absolutamente cierto. Este dedo —sostuvo la mano en alto— palpita cuando veo o huelo algo delicioso. En una ocasión malogré una tarea muy importante por culpa de mi estómago hambriento, de modo que me lo corté...

Guo Jing dio un grito ahogado.

—Pero sigo siendo igual de glotón que antes —añadió Cuenta Hasta Siete con un suspiro.

Loto salió por fin con una bandeja de madera: tres cuencos de arroz blanco, una copa y dos platos hasta arriba con sus creaciones. Llenó la copa de vino y dijo:

—Cuenta Hasta Siete, dime qué te parece mi comida.

Los palillos del mendigo se metieron en faena de inmediato con lo que a Guo Jing le parecieron tiras de carne de vaca fritas. Pero Cuenta Hasta Siete sabía que era algo mucho más complejo que eso, pues con cada bocado se desvelaban nuevos sabores y sensaciones. De pronto eran blandas, a continuación crujientes... Era imposible predecir el sabor o la textura siguientes. Era como si su lengua luchara con un maestro de artes marciales. Examinó el plato. ¡Cada tira estaba compuesta de cinco capas distintas!

—Noto la pata de cordero, la oreja de lechón, el hígado de ternera...

El mendigo cerró los ojos mientras saboreaba cada bocado.

—¡Os haré una reverencia si identificáis el resto! —Loto sonrió abiertamente.

—Cuarto trasero de conejo... y... ¡muslo de venado acuático!

—¡Increíble! —Loto aplaudió y lo vitoreó.

Guo Jing no podía creer cuánto se había esforzado su amiga en cada diminuta tira. También sentía una gran admiración hacia Cuenta Hasta Siete por ser capaz de distinguir los cinco ingredientes.

—El cerdo y el cordero realzan un sabor; el venado acuático y la ternera, otro —dijo Hong pensativo—. No sé decir cuántos sabores contiene este plato.

—Veinticinco, si descontamos las variaciones que se obtienen al colocar las capas de carne en secuencias diferentes. —Loto sonrió—. Este plato se llama ¿Quién Escucha la Caída de la Flor de Ciruelo Mientras Suena la Flauta? Cinco tipos de carne, los mismos que el

número de pétalos de una flor de ciruelo, y la tira tiene la forma de una flauta *dizi*. Su objetivo es poner a prueba el paladar, y vuestra lengua os concede el título de Máximo Erudito.

Cuenta Hasta Siete pasó al otro cuenco.

—Este caldo es demasiado valioso para devorarlo.

Cogió unas cerezas con la cuchara, las probó y, ¡oh!, jadeó de placer.

«Refrescante hoja de loto, delicado brote de bambú, cerezas con miel… esos sabores son inconfundibles —pensó Cuenta Hasta Siete mientras engullía unas cerezas más. Masticó con los ojos cerrados—. ¿De qué está rellena la fruta? Sabe a carne. Ave de corral. Tiene que ser…»

—¿Perdiz? —dijo en voz alta—. No… ¡tórtola moteada!

Abrió los ojos y vio que Loto había levantado el pulgar en señal de asentimiento.

—¿Qué nombre estrafalario le has puesto a esta sopa de hoja de loto, brote de bambú, cereza y tórtola moteada? —preguntó el mendigo.

—Os habéis dejado un ingrediente.

—¿Ah, sí? ¿Te refieres a los pétalos?

—Pensad en los cinco ingredientes. El nombre es evidente.

—A este viejo mendigo no le gustan los acertijos. Dímelo sin más, muchacha.

—Bueno, os daré una pista. Pensad en el *Libro de los cantos*.

Cuenta Hasta Siete agitó las manos frenéticamente.

—No sirve de nada. Este viejo mendigo no tiene ni idea de libros.

—Floral como un semblante, labios de un rojo cereza… es una mujer hermosa, ¿verdad?

—Ah, ¿Caldo de Belleza?

Loto negó con la cabeza.

—El bambú es recto y resistente, y, si bien el loto crece en el barro, sus flores son limpias y puras. Ésas son las cualidades de un caballero.

—¿Sopa de Caballero?

—Aún nos falta la tórtola. Pensad en el primer poema del *Libro de los cantos*.

Cu, cu, la tórtola canta desde la isla del río.
La hermosa doncella es perfecta para el señor.

—El plato se llama Caldo Hechos el Uno para el Otro.

Cuenta Hasta Siete soltó una carcajada.

—Tu creación sin duda hace honor a su peculiar nombre. Me pregunto qué clase de excéntrico engendró a una muchacha tan rara como tú. Debo decir que éste es superior en todos los sentidos al caldo de cereza que probé hace diez años, preparado por los cocineros de la casa imperial.

—Habladme de sus platos; tal vez pueda recrear algunos para vos.

Cuenta Hasta Siete Hong primero satisfizo su estómago, luego se centró en una respuesta.

—Había un montón de comida maravillosa, pero nada tan rico como esto. Bueno, en realidad, sí tenían una creación excepcional, llamada Contraste de los Cinco Tesoros. Aunque no sé cómo se prepara.

—¿Os invitó a cenar el emperador? —preguntó Guo Jing.

—Sí, aunque él no lo supo nunca. Me acomodé en el techo de la cocina imperial durante tres meses. Probé todos los platos que cocinaban para el emperador. Si me gustaba uno, me quedaba el plato entero. A él le dejaba lo que no me interesaba. Creían que la cocina estaba encantada por el demonio zorro. —Cuenta Hasta Siete Hong se carcajeó al recordarlo.

Sorprendida al ver hasta dónde estaría dispuesto a llegar su nuevo amigo por una buena comida, Loto picoteó las sobras mientras Guo Jing se zampaba cuatro raciones de arroz.

Cuenta Hasta Siete se volvió hacia Guo Jing.

—Chico con suerte... ¡tu mujercita es la mejor cocinera del mundo! ¿Por qué, madre del cielo, no conocí yo a una muchacha tan hábil cuando era joven? —Se quedó mirando cómo comía el joven y meneó la cabeza—. Un buey masticando peonías. ¡Qué lástima!

Loto soltó una risita, pero Guo Jing se quedó confundido. Había cuidado de muchas boyadas, pero nunca había visto ni oído hablar de una peonía. No se dio cuenta de que el mendigo lamentaba su falta de

aprecio por la gastronomía.

—Por vuestro físico se nota que los dos sabéis algo de artes marciales, y diría que habéis concluido que yo también las practico. Está claro que la muchacha intenta engatusarme con su comida para que comparta mis conocimientos de kung-fu. Sería una grosería por mi parte no demostrar mi agradecimiento por su amabilidad culinaria. Venid conmigo, seguidme.

Se dio unas palmaditas en la barriga alegremente y se dirigió al exterior con su calabaza y el bastón de bambú.

Guo Jing y Loto siguieron a Cuenta Hasta Siete hasta un pinar situado en las afueras de la ciudad.

—¿Qué queréis aprender? —le preguntó el mendigo a Guo Jing.

Guo Jing, que no tenía una mente rápida precisamente, no supo qué decir. Además, había muchísimas ramas y escuelas de artes marciales. ¿Cómo iba a enseñarles ese hombre nada que él pudiera nombrar?

Loto respondió por él.

—Se enoja porque no puede derrotarme.

—Yo nunca he...

Loto lo fulminó con la mirada para que se callase.

—¿Cómo puede ser? Por el modo en que se mueve, puedo decir que tiene una base sólida en kung-fu interno. —Cuenta Hasta Siete se rió—. Enseñadme lo que sabéis hacer, niños.

—¡Yo estoy lista! —gritó Loto a unos pasos de distancia. Guo Jing, sin embargo, aún estaba intentando decidir qué hacer, así que ella añadió—: Si no le enseñas tus habilidades, ¿cómo va a enseñarte?

—Espero que el maestro nos oriente —dijo Guo Jing con tono deferente.

—Un poco, quizá. No mucho.

—¡Allá va! —gritó Loto, al tiempo que asestaba un golpe con la palma.

Guo Jing levantó las manos para bloquear, pero el movimiento de Loto se había transformado en una patada circular dirigida a sus piernas.

—¡Buen movimiento, muchacha!

—Lucha como es debido —susurró Loto.

Guo Jing atacó girando las palmas al estilo de la Montaña del Sur que le había enseñado su cuarto *shifu*, Nan el Leñador, agitando el aire ruidosamente con cada movimiento. Loto devolvió los golpes con todas sus fuerzas, esquivando, agachándose y fintando. Sus golpes cobraron velocidad. Un frenesí de brazos y palmas deslumbró a Guo Jing.

Se trataba de un sistema de ataque que había ideado el padre de Loto, Huang el Boticario, al ver las flores de melocotón arremolinándose con el viento. La Palma de la Flor de Melocotón en Cascada mezclaba golpes con fintas: un solo golpe asestado entre cinco u ocho ademanes defensivos. Como flores que revoloteaban con la brisa, cada movimiento era elegante y natural, aunque seco y repentino al mismo tiempo, semejante al de los pétalos llevados por el viento.

Loto aún no dominaba la fuerza similar a la de una espada, que era clave para los movimientos, y también se contenía por miedo a herir a su amado.

Sin embargo, su ritmo fluctuante bastaba para confundir a Guo Jing. Mientras ejecutaba florituras con los brazos, lo atacó con las palmas desde todos los ángulos imaginables. Guo Jing quedó aturdido por la complejidad y la velocidad de la técnica. No sabía cómo defenderse.

¡Plas, plas, plas, plas! Loto le asestó cuatro golpes con las palmas en los hombros, el pecho y la espalda. Sonrió y se apartó de un brinco.

—Con un padre como el tuyo, no necesitas que yo te enseñe nada —dijo Cuenta Hasta Siete con tono glacial.

«¿Cómo lo sabe? —se preguntó Loto—. Papá me dijo que nunca había utilizado la Palma de la Flor de Melocotón en Cascada.»

—¿Conocéis a mi padre?

—Él es el Hereje del Este y yo soy el Mendigo del Norte. Intercambiamos unos cuantos golpes en nuestra época.

—¿Cómo sabéis quién soy?

Su respeto por el mendigo iba en aumento. No mucha gente vivía para contarlo después de haber combatido contra su padre.

—Mírate en el espejo. Mírate los ojos, la nariz. Él no es tan bien parecido, si no habría sumido el mundo en el caos. Pensé que me

resultabas familiar, y luego tu kung-fu me ha revelado el resto. Nunca he visto estos movimientos, pero huelen a la isla de la Flor de Melocotón. Sólo a tu padre podría habérsele ocurrido algo así, y apuesto a que él puso nombre a los platos también.

—¿Crees que mi padre es un maestro marcial?

—Sin duda es formidable, pero quizá no el mejor del mundo.

—Ése debéis de ser vos, entonces.

—No necesariamente. Hace muchos años los cinco nos enfrentamos en el torneo del monte Hua. Combatimos durante siete días y siete noches y, al final, todos tuvimos que admitir que Divinidad Central era el mejor de todos.

—¿Quién es?

—¿Tu padre no te ha hablado de él?

—Sólo me contó un poco. Siempre que insistía en que me contara más, decía que el mundo marcial estaba lleno de maldades no aptas para los oídos de una chica y se cerraba en banda. Rara vez me hablaba del *wulin*, y entonces un día me echó de casa y me largué... —Loto fue bajando la voz y agachó la cabeza, de nuevo alterada por el recuerdo de su último encuentro con su padre.

—Ese viejo monstruo.

—¡Eh, sigue siendo mi padre!

Cuenta Hasta Siete soltó una risita.

—Es una pena que ninguna chica agradable quisiera casarse conmigo por ser un mendigo. Si yo tuviera una buena hija como tú, nunca la echaría de casa.

—No lo dudo, porque en ese caso, ¿quién cocinaría para vos?

—Eso es cierto. —Suspiró, lamentándose de pronto por no tener a nadie en su vida para ayudarlo a satisfacer al sibarita que llevaba dentro. Tras una pausa, retomó su historia—: Divinidad Central fue el fundador de la secta Quanzhen. Su nombre era Wang Chongyang, Doble Sol. Cuesta decir quién es el mejor, ahora que él ya no está.

—Conocí a tres monjes de Quanzhen: se llamaban Qiu, Wang y Ma. ¡Unos inútiles! Y unos impostores. Todos acabaron envenenados al cabo de un par de movimientos.

—¿De verdad? Son los discípulos de Wang Chongyang. Tengo

entendido que Qiu Chuji es el más fuerte marcialmente, pero dudo que ninguno de ellos pudiese igualar a su tío marcial, Zhou Botong.

—El anciano Ma habló una vez de un tío marcial, pero nunca mencionó el título de Anciano Venerable —dijo Guo Jing.

Cuenta Hasta Siete y Guo Jing no habían advertido la reacción de Loto al oír el nombre de Zhou Botong. La muchacha estuvo a punto de decir algo, pero se lo pensó mejor.

—¡No tiene título, porque no es un monje! Cielos, eres tonto, ¿no? Apuesto a que al genio de tu suegro no le gustas mucho.

Guo Jing respondió a las burlas de Cuenta Hasta Siete con un tímido balbuceo. Al joven no se le había pasado por la cabeza quién podría ser su suegro y sabía que debía mantener la boca cerrada por el momento.

—Padre aún no lo conoce, pero, si vos le dieseis algunos consejos, seguro que le gustará —dijo Loto, antes de añadir con coquetería—: Como cortesía hacia vos.

—¡No vas a engatusarme para que le enseñe nada a tu estúpido esposo! ¡Sólo tú tratarías a este zoquete como si fuese una joya! ¡Estás intentando adularme para salirte con la tuya! —El mendigo se estaba calentando—. Que te quede claro: no acepto alumnos, ¿y quién querría enseñar a un chico tan tonto? ¡Pequeña bribona! No has aprendido ni una décima parte del kung-fu de tu padre, pero has heredado hasta la última gota de su habilidad para conspirar.

Loto se sonrojó y bajó la cabeza, avergonzada al ver expuesta su estratagema con tanta facilidad. No se esperaba que aquel glotón fuese tan avispado y no le gustaba que la sermonearan, así que se alejó.

Nunca le había interesado demasiado el adiestramiento en kung-fu; ni siquiera se había molestado en aprender de su propio padre, así que ¿por qué iban a interesarle los trucos marciales de ese mendigo? Ella pensaba en Guo Jing. Estaba enfadada porque sus *shifus* la habían llamado demonio y le había molestado ver a su amigo acobardado ante los fenómenos y esos monjes malolientes, como un ratón rodeado de gatos. Había pensado, quizá, que Cuenta Hasta Siete Hong podría fortalecerlo enseñándole algunas habilidades marciales nuevas.

—Ese hombre es todo un personaje —dijo Guo Jing cuando la

alcanzó.

Loto oyó el susurro de hojas en lo alto. «Cuenta Hasta Siete debe de haber ido saltando por el bosque y haberse ocultado en la copa de un árbol para escucharnos a hurtadillas», pensó. Respondió a Guo Jing proyectando su voz más de lo habitual.

—Es un buen hombre. Su kung-fu es mucho más poderoso que el de mi padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó mi padre. Me dijo que la única persona que podía vencerlo era el Vagabundo Divino Nueve Dedos, Cuenta Hasta Siete Hong. Dijo que estaba deseando tener otra oportunidad de pelear con el maestro Hong, pero que era imposible localizarlo.

Cuenta Hasta Siete Hong sospechaba que Huang el Boticario los había enviado para robarle sus secretos marciales, pero no pudo sino sentirse complacido al enterarse de que el Hereje tenía en tan alta consideración sus habilidades. No se le ocurrió pensar que Loto se lo estaba inventando todo.

—Yo apenas he arañado la superficie del kung-fu de mi padre —continuó Loto—. Ya me conoces: hago cualquier cosa con tal de evitar el trabajo arduo. Estoy segura de que si el maestro Hong me diera algunos consejos, aprendería mucho más que con papá. Siento mucho haberlo contrariado.

Se echó a llorar. Al principio era puro teatro, pero enseguida su mente vagó hasta la temprana muerte de su madre y el distanciamiento de su padre, y de pronto se encontró sollozando de verdad. El intento de Guo Jing de consolarla sólo consiguió que las lágrimas fluyeran más rápido.

—Recuerdo que mi padre me dijo una vez que... —tenía la voz entrecortada por los sollozos— ese maestro Hong ha adquirido una destreza incomparable en el kung-fu... a un nivel inaudito antes o después... y que incluso Wang Chongyang, de la secta Quanzhen, recelaba de él. Su especialidad se llama... Se llama... Lo tengo en la punta de la lengua. Bueno, sea como sea, iba a suplicarle que te la enseñase...

Loto se lo estaba inventando todo. Daba por sentado que Cuenta

Hasta Siete Hong tendría un movimiento marcial específico en su repertorio.

El mendigo no pudo aguantar más y saltó del árbol.

—¡Se llama las Dieciocho Palmas Domadoras de Dragones!

Sobresaltados, los dos jóvenes retrocedieron unos pasos tambaleándose.

Guo Jing estaba sorprendido de verdad, mientras que Loto continuó hilando su historia.

—Cuenta Hasta Siete, ¿cómo habéis acabado en ese árbol? No me puedo creer que haya olvidado el nombre de vuestro kung-fu. ¡Mi padre siempre habla de él! Es la técnica marcial que más admira.

—Creí que tu padre se consideraba el mejor, ahora que Wang Chongyang ha muerto, pero ¡supongo que hasta él tiene que contar la verdad de vez en cuando! —dijo Cuenta Hasta Siete con regocijo, luego se volvió hacia Guo Jing—. Tu base de kung-fu es tan buena como la de la chica; sales perdiendo en lo que se refiere a la técnica. Muchacha, vuelve a la posada.

Ahora que todo iba conforme a lo planeado, Loto dejó a los dos hombres y se marchó saltando con alegría.

2

—¡Arrodíllate! —Cuenta Hasta Siete señaló el suelo—. Jura que nunca enseñarás a nadie nada de lo que te he enseñado sin mi permiso. Y eso incluye a tu inteligente mujercita.

Guo Jing sabía que no podía negarle a Loto nada que le pidiese, así que respondió:

—Cuenta Hasta Siete, creo que no debería aprender de vos.

—¿Por qué?

Era la primera vez que lo rechazaban así.

—Si enseñase a Loto cuando me lo pidiese sería desleal con vos, pero lo sería con ella si me negase.

—Puede que seas lento, pero tienes la cabeza en su sitio. —El mendigo rió por lo bajo con gesto de aprobación—. Te enseñaré un

solo movimiento: Dragón Altivo se Arrepiente. De todos modos, dudo que Huang el Boticario se baje del pedestal durante el tiempo suficiente para aprender de ti. Las bases de nuestro kung-fu son opuestas: yo nunca dominaría el suyo y él nunca dominaría mis golpes de palma.

Cuenta Hasta Siete Hong flexionó ligeramente la rodilla izquierda y alzó el brazo derecho, manteniéndolo algo doblado por el codo. Trazó un círculo con la palma derecha, exhaló y golpeó hacia delante. Su mano ejecutó un barrido en dirección a un pino cercano cuyo tronco se partió con un sonoro chasquido.

A Guo Jing le sorprendió la fuerza contenida en ese simple movimiento del brazo.

—El árbol no puede moverse, pero la gente sí. La clave está en asegurarte de que tu oponente no tiene adónde ir ni forma de bloquear. Entonces un pequeño empujón y, ¡crac!, se quebrará como el árbol.

El mendigo repitió el movimiento dos veces antes de explicarle con paciencia las técnicas de respiración vitales para reunir la fuerza interna, cómo convertir esa fuerza en la potencia externa del golpe de palma, y cómo iniciar y concluir el movimiento. Hizo hincapié en que la clave, y su aspecto más difícil, no estaba en la expulsión de energía, sino en su recuperación.

Guo Jing no aprendía rápido, pero la simplicidad del movimiento encajaba con su carácter, y su sólida base en fuerza interna *neigong* era de gran ayuda. Al cabo de unas cuatro horas, comenzó a dominar los principios básicos.

—Tu muchacha lucha sobre todo con fintas. Nunca adivinarías si el movimiento siguiente es real o no. Y tú no puedes ganar si corres a ciegas tras ella. Ella siempre será más rápida. La única forma es hacer caso omiso a lo que haga ella. A cada movimiento que ejecute en tu dirección, real o amagado, responde con un Dragón Altivo se Arrepiente. Ella verá su poder y tendrá que abandonar su farsa.

—¿Y luego?

—¿Crees que ella puede bloquearlo?

—¡No quiero hacerle daño!

Cuenta Hasta Siete miró al cielo con impaciencia y negó con la cabeza.

—¿Sabes por qué es tan especial este kung-fu? ¡Porque no sólo avanza hacia delante, sino que puede tirar para atrás. ¡Puede ser un golpe o una caricia!

Guo Jing se dijo que no le mostraría a Loto el movimiento hasta que dominara cómo retrocederlo.

—¡Si no me crees, inténtalo tú mismo!

Guo Jing escogió el árbol más pequeño y adoptó la posición inicial. Exhalando, arremetió contra él. El árbol comenzó a sacudirse un poco.

—¿Por qué sacudes el árbol? ¿Estás intentando atrapar ardillas? ¿Recoger piñas?

Guo Jing se sonrojó y se rió nervioso ante la frustración de Cuenta Hasta Siete.

—Ya te lo he dicho, tienes que asegurarte de que tu rival no tenga adónde ir ni forma de bloquear el golpe. No es que tu ataque haya sido débil, sino que ha agitado el árbol y eso ha restado fuerza a tu ataque. Trabaja en cómo golpear el árbol sin sacudirlo, luego practica cómo partir el tronco.

—O sea que he de hacerlo de forma tan rápida y repentina que mi adversario no tenga tiempo de reaccionar —dijo Guo Jing en voz alta para sí, en un momento de iluminación.

—¡Evidentemente! ¿Llevas medio día sudando con el movimiento y ahora te das cuenta? No tienes mucho ahí dentro, ¿eh? —Cuenta Hasta Siete le dio unos golpecitos a un lado del cráneo, exasperado—. Recuerda el nombre: Dragón Altivo se Arrepiente. La esencia del movimiento no está relacionada con ser «altivo», sino con «arrepentirse». Cualquiera que tenga músculos puede reunir fuerza bruta rápida. ¿Crees que basta con eso para ganarte la aprobación de Huang el Boticario?

»“El dragón altivo se arrepiente, lo que crece debe decrecer.” Impulsar y retirar. Por cada golpe de palma que asestes, debes tener al menos el doble de fuerza reservada en tu cuerpo. Cuando entiendas lo que significa “arrepentirse” en acción, entonces habrás comprendido aproximadamente un tercio de lo que significa este movimiento. Es

como un vino añejo: suave en el paladar, pega fuerte al final. Eso es “arrepentirse”.

»Así funciona todo en este mundo: una vez en la cima, el único avance posible es hacia abajo. La Palma Domadora de Dragones se encuentra arraigada en el *I’Ching*: “Desde la cima de la prosperidad, crece la adversidad; desde el fondo de la adversidad, asciende la prosperidad.” Ésa es la teoría que subyace al Dragón Altivo se Arrepiente. Te reservas la fuerza para el descenso, antes incluso de alcanzar la cima. Por eso es una técnica imbatible. ¿Cuántas veces has oído eso? Aunque pierdas, no pasa nada, porque tienes fuerza de sobra guardada.

Al ver la confusión pintada en el rostro de Guo Jing, Cuenta Hasta Siete Hong cambió de estrategia.

—Cuando empecé, pensé que, si imprimía más energía al ataque, seguro que lo hacía mejor, así que canalizaba cada vez más fuerza. De repente, mi *shifu* me propinó una bofetada fortísima y me dijo: «El espíritu de este movimiento es justo el contrario al de un toro que choca contra un muro. Puedes ser capaz de reunir una fuerza de diez mil *jin* en un solo movimiento, pero siempre alcanzarás tu límite. Un rival diestro te atacará en el momento en que te quedes sin fuerzas. Entonces lo único que hará falta para derrotarte es un empujoncito.»

»Dragón Altivo se Arrepiente es la piedra angular de las Dieciocho Palmas Domadoras de Dragones. Si la dominas, el resto llegará de forma natural. Aquí el carácter “altivo” significa temible, poderoso, enérgico. Un dragón que surca el cielo a gran altura, con los colmillos y las garras destellando. Es imposible que resulte más aterrador ni más majestuoso. Y, por lo tanto, desde este punto, sólo puede consumirse, aminorar, caer.

»El carácter de “se arrepiente” es un recordatorio del dicho “Tras la fuerza y la resistencia, llegan la decadencia y la debilidad”. Pongamos un barco que navega a toda velocidad. Puede que sea rápido, pero también es de lo más vulnerable en caso de colisión.

»Te estoy enseñando esto porque veo que eres honrado y leal, se nota que siempre piensas primero en los demás. Este movimiento no se utiliza para intimidar o dominar, sino más bien para cuando estás

acorralado, para salvarte.

—Yo no quiero matar a nadie, pero ¡me gustaría evitar que me matasen! —dijo Guo Jing.

—Buen chico. —El mendigo le dio unas palmaditas en el hombro—. Puede que no seas el más listo, pero tu temperamento es perfecto para mi kung-fu. Dado que no tienes ninguna intención de herir o matar, siempre contendrás una parte cuando canalices tu fuerza. Eso es lo que significa «arrepentirse», y también es el motivo por el que, cuanto más fuerte sea el enemigo, más fuerte te harás tú, hasta el punto de que incluso podrás domar dragones, los adversarios más fuertes de todos. Este kung-fu también puede llamarse Palma Amansadora de Tigres, porque la base racional es la misma. La parte más difícil es encontrar el equilibrio entre empujar y reservar. No puedes contenerlo todo. Debe quedar algo detrás del golpe.

Hong continuó con la explicación, pero dudaba que Guo Jing estuviese comprendiendo todo lo que le decía. Al fin y al cabo, él había tardado años en entenderlo.

—La teoría detrás de ese kung-fu se extiende a cómo vivimos nuestras vidas. En nuestros tratos y acciones, siempre deberíamos dejar espacio para volver, para retirarnos. Es probable que ahora mismo no lo comprendas del todo. No pasa nada. Sólo aprende estos pasajes. Acabarás comprendiéndolos.

»El primero: “Percibe ante el firmamento, y los cielos no intervendrán; concibe tras el firmamento, y los tiempos celestiales decidirán.”

»El segundo: “Altivo sólo sabe de ventaja, pero no de retirada; de existencia, pero no de desaparición; de ganancia, pero no de pérdida. ¿Es éste el fundamento de un sabio? Saber cuándo avanzar, retirarse, persistir y desistir, ser simultáneamente recto e infalible, ¿no es ése el fundamento de un sabio?”

Cuenta Hasta Siete Hong recitó los pasajes lentamente. Cuando Guo Jing los hubo memorizado, el anciano dijo:

—La interpretación marcial de mi clan es distinta de la comprensión taoísta de estas frases que escribió Laozi: «Un maestro del arte de la guerra dijo en una ocasión: “Preferiría liderar una defensa a lanzar un

ataque; preferiría retirarme un metro a avanzar un centímetro.”» Las artes marciales taoístas sugieren que un practicante primero debería guardar y proteger, no atacar. Creen en el uso de la agilidad para superar la firmeza y la dureza.

»En mi clan, en cambio, nos adaptamos, somos firmes o flexibles si la situación lo requiere. Se trata de adivinar los defectos del adversario antes de que éstos se revelen a través de los movimientos. Dragón Altivo se Arrepiente debería ir dirigido a las grietas que están a punto de aflorar a la superficie. Si tu rival ya ha mostrado sus debilidades, entonces debes explotar su vulnerabilidad.

»Y cuando ejecutas un movimiento, no te puedes limitar a pensar en atacar, también debes retirarte mentalmente. Quizá ahora estés vivo, pero podrías estar muerto en unos instantes. No olvides nunca que, aunque un movimiento tal vez te conceda la victoria, también puede costarte la vida. Todos queremos salir vencedores, pero perder no es la verdadera catástrofe.

»Al fin y al cabo, Dragón Altivo se Arrepiente se asegurará de que nunca acabes gritando “¡Piedad!” cuando alguien te tenga arrinconado y te propine un puñetazo en la cara.

Guo Jing memorizó las palabras de Cuenta Hasta Siete, sin comprender demasiado. Siempre había aprendido kung-fu de ese modo, reteniendo lo que le decían sin cuestionar su propósito o significado. También sabía que lo que a una persona normal le costaba una mañana aprenderlo, a él le suponía diez días.

Cuando probó de nuevo el movimiento, prestó atención especial a reservar y retirar su fuerza. El pino continuó bamboleándose tras la primera docena de ataques con la palma, pero, a medida que ganaba control de su energía, el tronco sólo tembló. Ya tenía la palma roja e hinchada, sobre todo a los lados, pero no era de los que se desalentaban por un poco de dolor.

Entretanto, el tedio había hecho que Cuenta Hasta Siete Hong se durmiera. El mendigo estaba tumbado en el suelo del bosque, roncando ruidosamente.

Guo Jing inspiró hondo hasta el Campo de Elixir en el bajo vientre, atacó con la mano y retiró su fuerza de inmediato. Sentía la energía

reservada en su cuerpo. No ocurrió nada. El árbol no se movió. Repitió el movimiento, manteniendo la fuerza enfocada en el canto de la palma.

¡Crac! El árbol cayó.

—¡Vaya!

Huang Loto había aparecido con el almuerzo.

—Mmm... ¡delicioso!

Cuenta Hasta Siete Hong olisqueó el aire con ademán teatral antes de haber abierto siquiera los ojos. Se levantó de un salto, cogió la caja de la comida, arrancó la tapa y exclamó de alegría al ver lo que contenía: ancas de rana ahumadas, pato a los ocho tesoros y rollitos con hilo de plata. Sus manos se movieron de un lado al otro entre la caja y su boca, emitiendo gruñidos de placer y elogios mientras engullía la exquisita comida. Para cuando se acordó de Guo Jing, no quedaba más que un montón de huesos mordisqueados.

—Los rollos están deliciosos... ¡Incluso mejor que el pato! —dijo avergonzado.

—Aún no habéis probado mis mejores platos —contestó Loto.

—¡Cuéntame!

—Son demasiados para nombrarlos. Pak choi frito, tofu al vapor, estofado de huevo, rábanos blancos cocidos a fuego lento, tajadas de tripa de cerdo...

Cualquier entendido sabe que la verdadera destreza de un cocinero sólo se revela a través de los platos más sencillos. Lo mismo ocurre en las artes marciales: un verdadero maestro puede hacer magia en el movimiento corriente. Los platos que Loto nombró bastaron para conseguir que al glotón volviera a entrarle hambre.

—Iré a buscarte los ingredientes ahora mismo. Siempre he dicho que esta muchacha es mi persona favorita.

Loto rió para sí ante las ansias de Cuenta Hasta Siete.

—Está bien... de todos modos, no sabéis lo que necesito.

—Por supuesto, por supuesto —dijo con humildad.

Loto se acercó a examinar el árbol que Guo Jing había partido en dos.

—Le he visto partirlo con un golpe de palma. Ya es demasiado

fuerte para mí.

—Necesitará mucha más práctica. El tronco debería romperse limpiamente. Mira cómo está todo doblado y astillado. Este árbol es diminuto, como un palo. No. Más bien se parece a un mondadientes. Aún le queda mucho trabajo.

—Pero ¿y si me golpea con él? ¡No puedo bloquear un movimiento así!

—¡Yo nunca haría eso! —protestó Guo Jing.

—¿Qué propones, entonces?

Cuenta Hasta Siete sabía que Loto estaba engañándolo para que les enseñase más kung-fu. No obstante, su estómago prevaleció sobre su mente racional.

—Enseñadme a vencerlo. Luego cocinaré para vos.

—¡Sería un placer! Te enseñaré una serie de movimientos que denomino Puño de Viaje.

Cuenta Hasta Siete dio una serie de saltos, subiendo y bajando a toda velocidad con elegancia y facilidad, con las mangas aleteando en una brisa que él mismo había levantado.

Loto lo observó con atención, memorizando prácticamente la mitad del Puño de Viaje durante la demostración inicial de Cuenta Hasta Siete. Un par de horas más tarde, ya dominaba los treinta y seis movimientos. Entonces probó la serie entera con Hong. Ella empezaba desde la izquierda, y él, desde la derecha. Ella era ligera y elegante, como una golondrina; él, feroz y rápido, como un águila. Al final del movimiento número treinta y seis, aterrizaron al mismo tiempo, entre los sonoros vítores de Guo Jing, e intercambiaron una sonrisa.

—¡La muchacha es cien veces más avispada que tú! —dijo Cuenta Hasta Siete.

—¿Cómo memoriza tanto en apenas unas horas? —Guo Jing se rascó la cabeza—. Si yo intento aprender un movimiento nuevo, el anterior desaparece de mi cabeza inmediatamente.

El mendigo rió entre dientes.

—Este kung-fu no es para ti, es cierto. Podrías memorizar los movimientos, no lo dudo, pero imagino que, al unirlos, se parecerían al Arrastrarse Dificultoso. Todos enredados y atropellados.

Guo Jing asintió con la cabeza y se rió.

—Aprendí el Puño de Viaje en mi juventud. Lo he recuperado ahora, para la muchacha, porque estaba a la altura de su estilo, pero no encaja con mi práctica marcial actual. No lo he utilizado en más de una década.

—Pobre Guo Jing —dijo Loto—. Ahora tengo las herramientas para vencerlo de nuevo, debe de estar muy molesto. ¿Quizá podríais enseñarle algunos movimientos más?

—Este simplón no ha conseguido ni dominar el movimiento que le he enseñado esta mañana. No le des más de lo que puede abarcar. Pero, si sigues cocinando para mí, quizá se cumpla tu deseo.

Cuenta Hasta Siete Hong rió y se encaminó hacia la posada, y dejó a Guo Jing practicando en el bosque hasta el anochecer.

Esa noche, Loto preparó pak choi frito y tofu al vapor. Escogió uno a uno los brotes tiernos de pak choi y los sofrió en un wok caliente con grasa de pollo y patas de pato deshuesadas y finamente cortadas. A continuación cortó una pata entera de jamón curado por la mitad y le hizo veinticuatro agujeros que llenó con bolas de tofu perfectamente esculpidas; luego metió el jamón atado en una olla de vapor. Una vez que estuvo cocinado, desechó la carne, pues sus sabores habían impregnado el tofu. Cuenta Hasta Siete quedó deslumbrado por el intenso sabor de aquel plato sencillo, cuyo nombre, Veinticuatro Puentes en una Noche de Luna Llena, hacía referencia a un poema de la dinastía Tang.

Las manos de Loto eran hábiles y fuertes gracias a la práctica del kung-fu Caricia de Orquídea que había inventado Huang el Boticario. Sin esa destreza, habría sido imposible formar bolas perfectas con un tofu tan tierno, que corría el riesgo de desintegrarse al tacto. Una habilidad así era comparable al arte tradicional de grabar un ensayo en un grano de arroz o tallar un barco a partir del hueso de una aceituna. Por supuesto, habría resultado fácil cortar el tofu en dados, pero ¿quién había oído hablar de una luna cuadrada? La comida era una demostración de destreza marcial además del don que la muchacha tenía para la gastronomía.

3

Guo Jing y Huang Loto habían compartido habitación a menudo desde que dieron comienzo sus andanzas. Sin embargo, ahora que los acompañaba Cuenta Hasta Siete Hong, tomaron habitaciones separadas. Aquel arreglo para dormir despertó la curiosidad del mendigo.

—¿Por qué no dormís juntos? ¿No es eso lo que hacen las parejas?

—Una pregunta estúpida más y no cocino para vos —lo amenazó Loto, sonrojada.

—¿Qué? ¿He dicho algo inapropiado? —Cuenta Hasta Siete se rió—. Madre mía, qué tonto soy. Sigues vistiendo como una doncella. Vosotros dos habéis planeado un futuro juntos sin el consentimiento de vuestros padres o la promesa de una casamentera, ¿me equivoco? ¡Apuesto a que ni siquiera os habéis postrado ante el cielo y la tierra! No te preocupes, este viejo mendigo tramitará vuestro matrimonio. Si tu padre te rechaza, lucharé contra él durante siete días y siete noches, o hasta que te dé su bendición.

A Loto le preocupaba que a su padre no le gustase Guo Jing, pero, con Cuenta Hasta Siete como intermediario, su futuro juntos le parecía más seguro. Dio las gracias al maestro marcial efusivamente y decidió esforzarse aún más en prepararle los platos más exquisitos.

Al romper el alba, Guo Jing estaba de vuelta en el pinar para practicar Dragón Altivo se Arrepiente. Al cabo de unas veinte repeticiones, estaba empapado de sudor. Justo cuando empezaba a sentirse satisfecho con su progreso, una voz lo desconcentró.

—*Shifu*, a estas alturas habremos recorrido más de treinta *li*.

—En efecto, la fuerza de tus piernas y tu ritmo han mejorado.

Guo Jing pensó que la segunda voz le resultaba familiar.

Cuatro hombres salieron de repente de entre los árboles y a Guo Jing le dio un vuelco el corazón. A la cabeza del grupo y andando a grandes zancadas iba un hombre de pelo blanco con un rostro incongruentemente joven. Era Liang Barbagrís, el Inmortal Ginseng.

—¿Adónde crees que vas?

El anciano Liang había visto que Guo Jing intentaba escabullirse, y

corrió tras él. Sus tres discípulos se separaron para impedir la huida a Guo Jing, y éste echó a correr utilizando su *qinggong* más rápido. «Si consigo llegar a la posada estoy salvado», se dijo.

Pero el primer pupilo de Liang Barbagrís fue más rápido y lo alcanzó.

—¡Arrodíllate, ladrón!

Agarró a Guo Jing del pecho usando una técnica que normalmente sólo se practicaba en la zona fronteriza del nordeste de China.

Guo Jing dobló la rodilla izquierda y levantó el brazo derecho sin extenderlo del todo. Trazó un círculo con la mano derecha, exhaló y empujó.

Dirigió Dragón Altivo se Arrepiente al torso de su atacante.

El hombre se retiró para bloquearlo.

¡Crac! Se le rompió el hueso del brazo. La fuerza del golpe lo arrojó a varios pasos de distancia, donde se desplomó.

Guo Jing se quedó pasmado. No había utilizado ni la mitad de su fuerza.

Se volvió para huir, pero Liang Barbagrís ya se había interpuesto en su camino. Guo Jing dobló la rodilla y alzó el brazo de nuevo. Otro Dragón Altivo se Arrepiente.

El anciano se agachó y rodó. El movimiento era demasiado poderoso para un contraataque frontal.

Mientras el anciano Liang se incorporaba, Guo Jing aprovechó la oportunidad para echar a correr una última vez. La posada ya estaba a la vista.

—¡Loto, ayuda! ¡Ese hombre está aquí! ¡El que quiere beberse mi sangre!

—¡No te preocupes! ¡Le daremos una lección!

Loto estaba deseando probar el Puño de Viaje.

Antes de que Guo Jing pudiera reprender a Loto por menospreciar de forma abierta a su adversario, Liang Barbagrís arremetió con una fuerza tremenda. Guo Jing logró ejecutar a duras penas otro Dragón Altivo se Arrepiente, con lo que obligó a su atacante a girar a la izquierda.

El Inmortal Ginseng consiguió esquivar a Guo Jing, pero aun así

recibió un golpe de refilón en el brazo derecho. El dolor lo detuvo.

«¿Cómo puede haber mejorado tanto el kung-fu de este chico en apenas unas semanas? ¡Quiero la sangre de mi pitón!» Enfurecido por aquel pensamiento, Liang Barbagrís se abalanzó de nuevo sobre él. No podía saber que Guo Jing había recibido adiestramiento de uno de los maestros marciales más importante de su tiempo.

Guo Jing devolvió el ataque con el mismo golpe impresionante de la palma.

—¿Es tu único movimiento?

El anciano estaba recuperando la seguridad.

—¡Basta para contenerte! —respondió Guo Jing ejecutando otro Dragón Altivo se Arrepiente.

Satisfecho porque el chico hubiera revelado el alcance de su kung-fu, Liang Barbagrís dio un salto a un lado, luego trasladó su peso en dirección contraria y giró para aterrizar detrás de Guo Jing.

Guo Jing se volvió para encarar a su atacante y adoptó su postura de apertura. Estaba listo para lanzar otro Dragón Altivo se Arrepiente, pero su objetivo había desaparecido.

Volvía a tener detrás al anciano Liang. Éste arremetió con los puños contra la espalda del chico. En apenas tres movimientos tenía a Guo Jing girando en círculos.

El joven agitó los brazos a un lado y a otro en un débil intento de protegerse la espalda, expuesta, y luego el torso. No tenía ninguna posibilidad de lanzar otro Dragón Altivo se Arrepiente.

—¡Deja que me encargue yo de él! —exclamó Loto, que dio un gran salto y aterrizó entre ellos, donde simultáneamente golpeó con la palma izquierda y pateó con el pie derecho.

Guo Jing retrocedió un par de pasos para recuperar el aliento.

El anciano Liang contrajo el pecho y contraatacó con un puñetazo doble. Loto se defendió con el Puño de Viaje. Su interpretación del movimiento estaba llena de amagos y giros inesperados, sin embargo, no conocía su poder y era incapaz de aprovechar todo el potencial de la técnica. Enseguida empezó a verse en apuros. Después de todo, Liang Barbagrís tenía décadas de experiencia en combate. Llegados a ese punto, su única protección real era la Malla de Erizo. Sin ella,

habría recibido muchos puñetazos y ya estaría fuera de combate.

Los dos discípulos de Liang Barbagrís que quedaban, que habían estado ayudando a su hermano marcial herido, vitorearon a su *shifu* cuando éste sacó ventaja.

Guo Jing estaba a punto de acudir en ayuda de Loto cuando Cuenta Hasta Siete Hong gritó desde el interior de la posada:

—¡Su próximo movimiento será Perro Rabioso Cierra el Paso!

Liang Barbagrís se había agachado para adoptar la postura de equitación, con los pies separados y los puños levantados. Cuenta Hasta Siete Hong tenía razón, estaba a punto de lanzar un movimiento conocido en el *wulin* como Tigre Temible Cierra el Paso.

«¡Cuenta Hasta Siete sabe el movimiento incluso antes de que el otro lo ejecute! ¿Cómo lo hace?», se preguntó Loto.

—¡El siguiente es Serpiente Pestilente Va por Agua! —Fue la voz de Hong de nuevo.

Loto supo que se refería a Dragón Azul Va por Agua, un puñetazo de frente que dejaba la parte superior de la espalda desprotegida. Provista de esa información, pasó a toda velocidad detrás del anciano Liang y apuntó a su columna con el puño.

Cuando estaba a unos treinta centímetros del suelo, el anciano se arrojó hacia delante en el último momento. De haber sido un luchador menos experimentado, no habría sido capaz de esquivar el golpe.

El Inmortal Ginseng golpeó el suelo con la punta del pie y se enderezó de un salto.

—¿Quién se atreve a predecir mi kung-fu? ¡Dad la cara!

No hubo respuesta.

Ahora que Cuenta Hasta Siete velaba por ella, Loto atacó con más confianza. Liang Barbagrís respondió con sus movimientos más letales. Loto no tardó en verse acorralada de nuevo.

—¡No hay nada que temer! —gritó el mendigo desde su habitación —. ¡El Mono con el Culo al Aire Sube al Árbol!

Loto rió entre dientes, levantó ambos puños por encima de la cabeza y golpeó hacia abajo con fuerza. Liang Barbagrís estaba a punto de dar un gran salto hacia arriba y golpear en el aire. Pero, si seguía con su movimiento, Gibón Sube al Árbol, Liang iría de cabeza hacia el

puñetazo de ella, de modo que viró a un lado con torpeza.

Cuando un contrincante puede predecir los movimientos del kung-fu de otro en un combate, un peligro mortal aguarda en un puñado de movimientos. Por suerte para Liang Barbagrís, estaba luchando con una principiante.

—¡Dad la cara, señor! ¡O no mostraré piedad!

Liang Barbagrís dejó caer un torrente de ataques superpuestos; lanzaba cada movimiento antes de que el primero hubiera hecho impacto, demasiado rápido para que Cuenta Hasta Siete los nombrara. Aunque hubiese sido capaz de hacerlo, Loto no habría tenido tiempo de reaccionar.

Presionada, las respuestas de Loto se volvieron confusas mientras se escabullía y luchaba por huir del peligro. Guo Jing dio un paso al frente y lanzó un Dragón Altivo se Arrepiente.

El anciano Liang dio un golpecito con el pie derecho y esquivó a Guo de un salto.

—¡Dale tres más como ése! —gritó Loto mientras corría hacia la posada.

Guo Jing descendió hasta la postura de apertura una vez más y esperó. El Dragón Altivo se Arrepiente sólo se lanzó a medio camino de uno de los ataques de Liang Barbagrís.

«¿Sólo tiene un movimiento?» El Inmortal Ginseng estaba furioso por lo absurdo de la situación, ya que, aun así, era suficiente para mantenerlo a raya. No había ninguna forma evidente de derrotar al joven.

Frustrado por hallarse en un punto muerto, Liang Barbagrís tuvo una idea. Saltó lanzando un rugido de desafío, sabiendo que Guo Jing respondería con su único movimiento. Sin embargo, en esa ocasión el anciano giró a medio vuelo y lanzó un golpe con la muñeca derecha.

Tres Agujas Perforahuesos iban directas al pecho, el abdomen y la cadera de Guo Jing.

El joven logró escabullirse de su camino, pero su retirada ofuscada por el pánico dio a Liang la oportunidad de cargar contra él. A la velocidad del rayo, pellizcó la nuca de Guo Jing.

Guo Jing le dio un codazo. Pero, de alguna manera, el pecho del

viejo Liang era tan suave como un fardo de algodón.

Liang Barbagrís por fin había atrapado al chico que matara a su preciosa pitón. Podía recuperar lo que era suyo. Levantó el brazo, listo para asestar el golpe mortal.

—¡Viejo Ginseng, mira lo que tengo! —gritó Loto desde la posada.

Sabiendo que la joven tenía un sinfín de trucos, inmovilizó a Guo Jing golpeándolo en el punto de presión del hombro, y luego alzó la vista.

Loto sostenía en alto una caña de bambú tan verde y brillante como la jadeíta.

—¡Suéltalo! —exigió acercándose despacio.

—Jefe Hong...

El anciano estaba visiblemente consternado. Dejó caer los brazos a los costados.

¡Guo Jing quedó libre!

El hecho de que gritaran sus movimientos antes siquiera de que los iniciara había alterado muchísimo a Liang Barbagrís. La caña de bambú confirmó que la voz pertenecía al hombre al que más temía.

—El Vagabundo Divino Nueve Dedos, Cuenta Hasta Siete Hong, desea saber por qué insistís en comportaros de una manera tan abominable. —Loto sostuvo la caña de bambú en alto con ambas manos—. ¡Explicaos!

El Inmortal Ginseng se puso de rodillas.

—Vuestro humilde servidor no se había percatado de que el jefe Hong había honrado esta región con su presencia. Vuestro servidor jamás soñaría con hacer nada que pudiese disgustarlo.

«¿Por qué está tan asustado? ¿Y por qué lo llama Jefe Hong?» Loto intentó ocultar su sorpresa.

—¿Cuál debería ser vuestro castigo?

—Os suplico, señora mía, que pronunciéis unas palabras amables en mi favor. Liang Barbagrís lamenta sus infracciones y ruega piedad al jefe Hong.

—Pronunciaré una sola palabra amable y ni una más. No debéis volver a molestarnos nunca.

—Vuestro humilde servidor ha ofendido a mi señora y mi señor por

ignorancia. Tened por seguro que nunca volveré a ser tan imprudente.

Satisfecha, Loto tomó a Guo Jing de la mano y ambos desaparecieron dentro de la posada. Cuenta Hasta Siete Hong estaba sentado a la mesa, con un vaso de vino y unos palillos en la mano, muy atareado ante cuatro platos llenos a rebosar de guisos exquisitos.

—Tiene las rodillas hincadas en el suelo —informó Loto alegremente.

—Haz lo que quieras con él. Ya no contraatacará.

Guo Jing se asomó por la ventana. Liang Barbagrís estaba arrodillado; sus tres discípulos se habían unido a él en aquella muestra de arrepentimiento. Guo Jing empezaba a sentir pena por ellos.

—Deberíamos dejar que se vaya.

—Cielos, ¿qué problema tienes? Te habían derrotado y te he rescatado. ¿Y ahora quieres dejar que se vaya? —Cuenta Hasta Siete Hong se sumió en un silencio pensativo—. En realidad, el perdón es la mayor virtud. Es la idea subyacente a Dragón Altivo se Arrepiente.

—Le diré que se vaya.

Loto cogió la caña de bambú y se dirigió afuera una vez más.

Liang Barbagrís seguía de rodillas; su postura respetuosa apenas ocultaba el pánico que sentía.

—Cuenta Hasta Siete Hong te habría quitado la vida hoy por tus fechorías, pero Guo Jing es piadoso y ha intercedido en tu favor. —Luego le golpeó en el trasero con el bastón—. ¡Fuera!

—Jefe Hong, por favor, concededme audiencia. Por favor, permitidme agradeceros personalmente vuestra magnanimidad —gritó Liang Barbagrís en dirección a la posada.

Silencio.

Al final Guo Jing salió y le hizo gestos para que callase.

—Cuenta Hasta Siete Hong está dormido. No deberíamos molestarlo.

Liang Barbagrís fulminó con la mirada a la joven pareja, se puso en pie y se marchó con sus discípulos.

Cuenta Hasta Siete estaba roncando, boca abajo sobre la mesa, cuando Guo Jing y Loto entraron. Loto lo sacudió ligeramente en el hombro. El mendigo bostezó y se desperezó.

—Vuestro cañita de bambú es muy poderosa. ¿Puedo quedármela? De todos modos, vos no la usáis.

Cuenta Hasta Siete sonrió.

—Un mendigo no puede prescindir de su bastón. ¿Cómo voy a ahuyentar a los perros, si no tengo uno? Por algo lleva el nombre de Bastón Apaleaperros.

No iba a librarse de Loto tan fácilmente.

—Vuestro kung-fu es muy fuerte y vuestra sola voz inspira temor. ¿Para qué necesitáis el bastón?

—Prepárame algo rico y te contaré toda la historia.

Loto desapareció en la cocina y pronto volvió a salir con otros tres platos deliciosos.

—Has oído el dicho «Las cosas se juntan por tipos; las personas, por grupos», ¿verdad? —comenzó Hong mientras masticaba un bocado de codillo de cerdo curado—. Los señores pertenecen a una clase. Los salteadores de caminos a otra. Los mendigos...

—¡Eres el jefe del Clan de los Mendigos!

—¡Así es! Los mendigos son maltratados y despreciados, incluso por los perros. Si no nos unimos, no sobrevivimos. En el fondo somos muy pocos los que no necesitamos pertenecer a un grupo. Grandes figuras, como tu padre. Él se las arregla solo y nadie se atreve a contrariarlo. Nuestro pueblo del norte se halla bajo el gobierno de los jin, por ahora, y los del sur están sometidos al emperador song, pero a los mendigos de ambos reinos...

—¡Los gobernáis vos! —Loto concluyó la frase por él.

Cuenta Hasta Siete asintió, con una sonrisa.

—Este bastón es el emblema, el símbolo de que soy jefe del Clan de los Mendigos, como el sello de jade del emperador o el sello de oro de un oficial. Tiene cientos de años de antigüedad y ha pasado de generación en generación de jefes desde el final de la dinastía Tang.

—Pues gracias al cielo que no me lo has dado. —Loto le sacó la lengua—. Sería un horror que los mendigos del mundo me persiguieran para atosigarme con sus cuitas.

—Lo has entendido a la perfección. Me encanta la comida y odio lidiar con todas sus insignificantes quejas. Es una carga ser el jefe,

pero no encuentro a nadie que ocupe mi lugar.

—Por eso tenía Liang Barbagrís tanto miedo de vos. Si todos los mendigos le pusieran un piojo en el pelo, ¡se rascaría hasta la muerte!

Los tres estallaron en carcajadas.

—Pero no es ése el motivo de su temor —continuó Cuenta Hasta Siete.

—¿Cuál es, entonces? —preguntó Loto.

—Hace unos veinte años me topé con él cuando andaba tramando algo…

—¡Contádnoslo!

A Loto le encantaban las buenas historias.

—Bueno… al Viejo le hablaron de un método perverso para reponer el yang reuniendo yin y se lo tragó. Capturó a un montón de doncellas y… las desfloró con la esperanza de alcanzar la inmortalidad.

—¿Qué queréis decir?

El mendigo se esforzó por encontrar las palabras. Loto no sabía que su madre había muerto en el parto, ni que había crecido entre sirvientes, hombres y mujeres, a los que su padre había prohibido hablar. No sabía nada de los aspectos físicos que unían a un hombre y una mujer. Pensaba que un marido y una mujer siempre permanecerían juntos, como ella y Guo Jing. Conocía la dulzura que sentía cuando estaba cerca de Guo Jing, y el dolor cuando se veían obligados a separarse. Pero ¿qué ocurría entre las sábanas…?

—¿Las mató? —insistió ella.

—No… Para una mujer, es un destino peor que la muerte. Ya habrás oído el dicho «Grave es la pérdida de la castidad, insignificante es la pérdida de la vida», ¿no?

—¿Les cortó la nariz y las orejas?

—¡Basta! ¡Deja de incordiarme! ¡Pregúntaselo a tu madre!

—No tengo.

—Ah… Entonces lo averiguarás en tu noche de bodas.

Por fin lo comprendió —ese acto vergonzoso—, pero el pudor no aplacó su curiosidad.

—¿Qué ocurrió a continuación?

Cuenta Hasta Siete suspiró, aliviado porque no insistiera en que le

diera detalles de las fechorías de Liang.

—Lo atrapé y le propiné una buena paliza, antes de arrancarle todo el pelo de la cabeza. Le obligué a enviar a las chicas a casa y a jurar que no volvería a hacerlo nunca. Él sabía que, si lo pillaba haciéndolo una vez más, me rogaría que lo matara. Tengo entendido que no ha vuelto a las andadas desde entonces, así que quizá hice bien en dejarlo ir. ¿Ahora tiene pelo?

—¡Muchísimo! —Loto rió para sí—. Debió de dolerle mucho.

Con una carcajada, Cuenta Hasta Siete Hong volvió a concentrarse en el mucho más importante asunto de la comida. Cuando acabaron de comer, Loto dijo:

—No aceptaré tu bastón, aunque me lo regales. Pero, de todos modos, no viajaremos juntos mucho tiempo. ¿Y si nos topamos con él? «Me detuve para complacer al jefe Hong», dirá, «pero, ahora que estáis solos, ¡me vengaré y os arrancaré todo el pelo!». ¿Qué deberíamos hacer entonces? Dragón Altivo se Arrepiente es poderoso, pero Guo Jing no ha aprendido más que ese movimiento de ti. Apuesto a que el Viejo contará: «El kung-fu del jefe Hong es poderoso, pero no tiene mucho que enseñar a otros.»

—Sé lo que pretendes. No os defraudaré si sigues preparándome esta comida tan deliciosa.

Loto tomó de la mano a Cuenta Hasta Siete y a Guo Jing y los llevó al bosque. El mendigo enseñó a Guo Jing el segundo movimiento de la Palma Domadora de Dragones: Dragón se Eleva en el Cielo. Guo Jing tardó tres días en aprender la técnica esencial de saltar y utilizar el propio impulso para golpear hacia abajo, mientras Cuenta Hasta Siete se vio agasajado con una docena de nuevas exquisiteces preparadas por Loto, que ya no lo incordiaba para que le enseñase kung-fu a ella.

4

Transcurrió un mes. Para entonces, Guo Jing había aprendido quince de los dieciocho movimientos, desde Dragón Altivo se Arrepiente hasta Dragón en el Campo.

Hacía mucho que Palma Domadora de Dragones se consideraba el mejor kung-fu externo, invencible y poderoso. Durante la era song del norte, a finales del primer milenio, Xiao Feng, entonces jefe del Clan de los Mendigos, organizó un torneo con los héroes del mundo marcial. Pocos resistieron más de tres movimientos de su Palma Domadora de Dragones, y nadie fue capaz de encontrar el modo de superar su fuerza. Por aquel entonces, había veintiocho movimientos, pero Xiao Feng y su hermano de juramento, Bambú Hueco, los condensaron después en dieciocho, convirtiendo ese kung-fu incomparable en aún más invencible. Décadas más tarde, Cuenta Hong utilizó ese repertorio para ganarse el respeto de los grandes de las artes marciales en el torneo del monte Hua.

Al principio Cuenta Hasta Siete Hong sólo pensaba enseñar a Guo Jin dos o tres movimientos, más que suficiente para que el joven sobreviviera a cualquier contrincante. Sin embargo, la magia culinaria de Huang Loto había atrapado al gastrónomo que Cuenta Hasta Siete Hong llevaba dentro. No encontraba el momento de partir. El joven podía ser duro de mollera, pero lo compensaba con su persistencia, practicando día y noche. Ya había aprendido lo fundamental de los movimientos; el resto llegaría a medida que crecieran su fuerza interna y su control. En pocos días, Guo Jing se había convertido en un luchador marcial formidable.

Una mañana, mientras los tres desayunaban, Cuenta Hasta Siete dijo:

—Ha llegado el momento de que nuestros caminos se separen.

—Pero aún tengo montones de platos que quiero cocinar para ti —replicó Loto.

—Como reza el dicho, «Los banquetes interminables no existen», pero hay más exquisiteces de las que se pueden comer en una vida. Nunca he aceptado discípulos ni enseñado a ningún luchador más de tres días. Y, sin embargo, hemos pasado más de treinta días juntos. Si me quedo más, me meteré en un lío.

—¿Y eso por qué?

—Habréis aprendido todos mis trucos.

—¿No sería bonito que le enseñases los dieciocho movimientos?

—¡Ni hablar! ¡Sería bonito para vosotros, quizá, pero no para mí!

Cuenta Hasta Siete Hong recogió su calabaza y se fue sin pronunciar ni una palabra más.

Guo Jing se apresuró a seguirlo, pero el kung-fu de ligereza del mendigo era extraordinario. En un instante había desaparecido de su vista.

—¡Maestro Hong! ¡Maestro Hong!

Guo Jing se adentró corriendo en el pinar. Loto lo siguió, llamándolo también.

Cuenta Hasta Siete se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—¿Por qué me seguís? ¡No voy a enseñaros nunca más!

—Señor, vuestro alumno está profundamente agradecido y no desea poner a prueba vuestra paciencia. Por favor, permitidme que os dé las gracias por vuestra generosidad.

Guo Jing se arrodilló humildemente y se golpeó la cabeza de forma audible en el suelo antes de levantarse.

—¡Para! Te he enseñado para satisfacer mi estómago. Me habéis pagado con todas las de la ley. No soy tu *shifu* y tú no eres mi discípulo.

Hong se arrodilló y tocó el suelo con la frente.

Atónito por aquella respuesta poco convencional, Guo Jing se arrodilló una vez más. Cuenta Hasta Siete lo atrapó en medio del movimiento y le pinchó en el punto de presión de la axila. Guo Jing quedó paralizado. A continuación, el mendigo tocó el suelo con la frente cuatro veces antes de dejarlo moverse de nuevo.

—No tienes por qué rendirme pleitesía. No eres mi alumno.

Guo Jing comprendió que Cuenta Hasta Siete hablaba en serio y guardó silencio.

—Habéis sido tan amable con nosotros… Esperaba volver a cocinar para vos, cuando nos viéramos de nuevo, pero… me temo… que no será posible.

Loto parecía a punto de llorar.

—¿A qué te refieres?

—Hay un montón de hombres peligrosos que quieren hacernos daño. El Viejo Ginseng es sólo uno de ellos. ¡Nos buscan para

matarnos!

—Todos morimos tarde o temprano.

—Eso no es lo que me da miedo —repuso Loto negando con la cabeza—. Averiguarán que he cocinado para vos y, a cambio, me habéis enseñado kung-fu. Me obligarán a preparar Luna Flotante en la Fragancia del Ocaso o ¿Cuándo Brillará el Río Iluminado por la Luna Sobre Ella?, exquisiteces que vos aún no habéis probado. ¡Eso será un insulto a vuestro nombre!

Cuenta Hasta Siete sabía que era un farol —que, de hecho, lo estaba provocando—, pero la idea de que otro pudiera saborear platos que él aún no había probado lo irritó de todas formas.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Hong.

—El Rey Dragón, Hector Sha, para empezar. Come de una forma asquerosa. Escupe por todas partes. ¡En mis hermosos platos!

—Hector Sha es un donnadie. —Cuenta Hasta Siete resopló—. Tu chico tonto lo derrotará sin problemas, en un año o dos.

Loto nombró entonces al lama Sabiduría Suprema, Lobsang Choden Rinpoche, y a Peng el Tigre, el Carnicero de las Mil Manos, a los que Cuenta Hasta Siete Hong también descartó como pelagatos.

El último nombre que mencionó Loto despertó el interés del mendigo. Tras escuchar con atención la explicación de Loto de sus movimientos y su postura, asintió y dijo:

—Entonces, es él.

—¿Da miedo?

A Loto le sorprendió lo seria que se había vuelto su expresión al oír el nombre de Ouyang el Galante, Maestro del Monte del Camello Blanco.

—Otro donnadie. Pero su tío, el viejo Veneno...

—No será capaz de derrotarte, ¿verdad?

Cuenta Hasta Siete guardó silencio.

—Éramos más o menos iguales, pero eso fue hace dos décadas... —acabó por responder—. Trabaja arduamente en su kung-fu, mientras que a mí sólo me gusta comer. Aunque, por otro lado, no es fácil derrotar a este viejo mendigo.

—Estoy segura de que él no podría.

—No sé qué decirte... Ya veremos. Si la prole de la Víbora quiere causaros problemas, entonces debemos tener cuidado. Me quedaré con vosotros dos semanas más, con la condición de que no cocines el mismo plato dos veces o levantaré el culo de la silla y me iré. Y debes servirme lo mejor de lo mejor. Así, si un día os atrapan, no comerán platos más exquisitos que yo.

Encantada, Loto se dedicó en cuerpo y alma a preparar todas las comidas; incluso las guarniciones y los alimentos de primera necesidad eran únicos: bocaditos rellenos, siu mai, empanadillas al vapor y hervidas, wontons, arroz pak choi, arroz frito, sopa de arroz, pastel de arroz, rollitos de flores, fideos de arroz, tiras de tofu, fideos de alubia, tortitas de cebolleta, bollos de cebollino... Cuenta Hasta Siete Hong también cumplió su parte del acuerdo con los dos jóvenes, perfeccionando sus reacciones y aconsejándoles técnicas de defensa durante el combate. Aun así, no se decidía a enseñar a Guo Jing los tres últimos movimientos de la Palma Domadora de Dragones. Continuó ayudando al joven a consolidar la potencia del kung-fu que había aprendido de los Seis Fenómenos del Sur.

Cuenta Hasta Siete Hong era un gran depositario de técnicas de artes marciales de todos los estilos conocidos en el *wulin*. Seleccionaba las más extravagantes para Loto, para mantenerla entretenida. Estaban llenas de florituras mareantes, sin duda, pero ninguna podía subyugar a los adversarios de forma tan eficaz como la sencilla Palma Domadora de Dragones.

Un día, al atardecer, Guo Jing estaba concluyendo su práctica diaria en el bosque mientras Cuenta Hasta Siete Hong ganduleaba en el suelo, mirando los ejercicios medio dormido, y Huang Loto buscaba piñones cerca. Ya había dicho el nombre del plato que iba a preparar para la cena: se llamaría Tres Amigos de Invierno si combinaba piñones, brotes de bambú y ciruelas saladas; o Pino y Grulla de la Longevidad, si añadía caldo de pollo a los tres ingredientes. Sus deliberaciones hacían la boca agua a Cuenta Hasta Siete Hong.

¡Hum! El mendigo resolló y se puso en pie de un salto. Se inclinó y pasó los brazos por los matorrales. Cuando se enderezó, entre el índice y el pulgar de la mano derecha agarraba una serpiente de más de

medio metro y de un verde vivo. Empujó a Loto ligeramente con la otra mano, lo que la hizo tambalearse hacia atrás.

—¡Serpientes! —chilló Loto.

Se oyeron crujidos procedentes de los arbustos. Más serpientes levantaron la cabeza. Cuenta Hasta Siete Hong blandió su caña de bambú. Cada giro de muñeca derribaba una serpiente desprevenida al instante, al golpearla a veinte centímetros de la cabeza.

Loto lo vitoreó. Pero, incluso mientras lo hacía, Cuenta Hasta Siete advirtió que dos víboras se le deslizaban por el vestido. En ese momento, le hincaron los colmillos en la espalda. Cuenta Hasta Siete estaba familiarizado con el veneno de la víbora verde de árbol. No había tiempo que perder si iba a neutralizar su veneno letal.

Los susurros, procedentes de todas las direcciones, fueron *in crescendo*. La hierba había cobrado vida, se había vuelto resbaladiza y destellaba.

Cuenta Hasta Siete Hong agarró a Loto por el cinturón y a Guo Jing de la mano. Utilizando su *qinggong* más rápido, voló fuera del bosque, hasta la posada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Le sorprendía que Loto no pareciera afectada por la mordedura de la serpiente.

—Estoy perfectamente. —Sonrió.

Guo Jing descubrió entonces las serpientes que le colgaban de la espalda y tiró de una de ellas. Cuenta Hasta Siete gritó «¡Para!», pero ya se la había arrancado.

—Claro, tu padre te dio su Malla de Erizo.

El mendigo miraba la serpiente que seguía enganchada a la espalda de Loto.

Justo cuando Guo Jing se disponía a quitársela, una masa de aquellas criaturas emergió del bosque. Cuenta Hasta Siete se sacó una pastilla amarillenta de hierbas medicinales de la camisa y la masticó enérgicamente. Cientos de serpientes verdes luminosas reptaban hacia ellos. Un sinfín más salían en tropel de entre los árboles.

Guo Jing tomó a Cuenta Hasta Siete de la mano.

—¡Vamos adentro!

Sin hacer caso a Guo Jing, Cuenta Hasta Siete cogió la calabaza, que

llevaba a la espalda, la destapó y dio un gran trago de vino. Gorgoteó de forma ruidosa, mezclando el vino con las hierbas masticadas. Luego apretó los labios y soltó un chorro de vino, que salió disparado como una flecha. Se volvió de izquierda a derecha y roció el suelo formando un arco perfecto de vino ante él.

El olor provocó un estado de aletargamiento a las serpientes más cercanas, que se quedaron paralizadas al instante. Las que estaban más atrás vacilaron, y luego giraron sobre sus colas, enredándose con los miles de serpientes más que pululaban en la dirección opuesta.

De los árboles surgieron chillidos estridentes y aparecieron tres hombres vestidos con túnicas blancas. Cada uno de ellos agitaba y asestaba golpes con una vara de más de dos *zhang* de altura en medio de un mar de serpientes, arreándolas como si fuesen ganado. Loto lo encontró divertido al principio, pero pronto empezó a sentirse como si le hubiese brotado pelo en la garganta y le sobrevinieron las náuseas.

Cuenta Hasta Siete Hong levantó una serpiente con su bastón y la atrapó entre el índice y el anular de la mano izquierda. A continuación le rajó el vientre con la uña afiladísima del meñique y sacó un grumo verde.

—Trágatelo entero. No lo mastiques. Es muy amargo.

Loto lo engulló y se sintió mejor de inmediato.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó a Guo Jing.

Él negó con la cabeza. No se había percatado de que las serpientes lo evitaban cuando huía del bosque. Tampoco sabía que la pitón de Liang Barbagrís, a la que había mordido en un intento desesperado de liberarse de su abrazo en el palacio del príncipe jin, lo había imbuido de un aroma que repelía a las serpientes. No sólo eso, sino que lo había hecho inmune a la mayoría de los venenos.

—¡Crían a las serpientes! —chilló Loto alarmada.

Cuenta Hasta Siete asintió, sin apartar la vista de los tres hombres.

Los pastores de serpientes estaban enfurecidos por la audacia del mendigo. ¡Cómo se atrevía a matar a su serpiente y darle su vesícula a la chica! Silbaron para calmar al rebaño y emprendieron la marcha, uno junto a otro, hacia ellos.

—¿Estáis buscando que os maten? —vociferó uno.

—¿Y vosotros? —replicó Loto.

Cuenta Hasta Siete le dio unas palmaditas de aprobación en el hombro.

El criador que se encontraba más cerca de Loto la amenazó con su vara. Tenía la piel amarillenta y había dejado atrás sus días de juventud, pero empuñaba el arma con fuerza.

Cuenta Hasta Siete Hong golpeó ligeramente la vara del hombre con su bastón, de manera que la detuvo en el aire. Acto seguido giró la muñeca y gritó:

—¡Fuera!

El hombre salió despedido hacia atrás y aterrizó de espaldas, aplastando al menos una docena de serpientes. También debía de haber tomado la mezcla de hierbas, pues las serpientes no lo atacaron.

Asustados por el inesperado giro de los acontecimientos, sus compañeros retrocedieron varios pasos tambaleantes.

—¿Qué ocurre? —alcanzó a tartamudear uno de ellos.

Entretanto, el primer hombre trató de ponerse en pie, pero seguía sin aliento a causa de la caída. Se estrelló de nuevo contra el suelo y mató aún más serpientes. Agarró la punta de la vara que le ofrecía su compañero y se levantó. Juntos retrocedieron hasta situarse entre las serpientes.

—¡¿Quién eres?! —gritó el hombre de rostro cetrino.

Cuenta Hasta Siete Hong se rió e hizo caso omiso de la pregunta. Una vez más, fue Loto quien habló.

—¿Por qué pastoreáis a estas serpientes?

Los pastores intercambiaron una mirada y uno de ellos hizo ademán de responder. Justo entonces, un cuarto hombre emergió del bosque. Vestido con una túnica de erudito blanca como la nieve, el hombre caminó entre las serpientes como si no estuvieran ahí, agitando lánguidamente su abanico de caballero. Las criaturas se apartaban a medida que se aproximaba. Guo Jing y Loto lo observaron atónitos.

Los criadores de serpientes se acercaron al recién llegado con aire deferente y susurraron unas palabras, lanzando miradas furtivas a Cuenta Hasta Siete Hong. Un destello de sorpresa cruzó el rostro del erudito. Se recompuso de inmediato y asintió.

Unió las manos en señal de saludo y se dirigió a Cuenta Hasta Siete.

—Disculpad a mis sirvientes; su ignorancia os ha ofendido y agradezco vuestra paciencia. —Luego se volvió hacia Loto—. Qué suerte que mi señora esté aquí. He estado buscándoos por todas partes.

—Cuenta Hasta Siete, este hombre es muy desagradable; debéis darle una lección.

Loto lo ignoró por completo. El mendigo asintió.

—Hay normas y convenciones específicas relativas al pastoreo de serpientes. Y ninguna lo permite a plena luz del día.

—Estas serpientes han hecho un largo viaje y están muertas de hambre. No siempre es posible cumplir las normas.

El erudito hablaba con educación, pero su actitud era desafiante.

—¿Cuántas personas han caído presas de vuestras criaturas? —preguntó Cuenta Hasta Siete.

—Casi ninguna; sólo las pastoreamos por tierras salvajes.

—Os llamáis Ouyang, ¿verdad?

—Mi señora debe de habéroslo dicho. ¿Puedo preguntar cómo os llamáis vos, anciano?

—En cuanto oigas su nombre temblaréis de miedo —intervino Loto.

El hombre no pareció ofenderse. En lugar de eso, le lanzó una mirada de lascivia.

—Eres el hijo de Víbora Ouyang, ¿verdad?

—¿Cómo te atreves a pronunciar el nombre de nuestro maestro, mendigo? —gritó uno de los criadores.

Cuenta Hasta Siete Hong tomó impulso con su bastón, dio un gran salto y bajó en picado como un ave de presa.

¡Zas, zas, zas!

Otro golpe de bastón y el mendigo entró volando en la posada. Sus pies no tocaron el suelo en ningún momento.

—¡Enseñadme a hacer eso, por favor! —exclamó Loto, fascinada.

Los hombres se llevaron la mano a la barbilla y gimieron de dolor. Cuenta Hasta Siete les había desencajado la mandíbula utilizando su movimiento Músculos Rasgados Bloquean Huesos.

—Señor, ¿conocéis a mi tío? —quiso saber el erudito, sorprendido

por la exhibición.

—No lo he visto en más de veinte años. ¿Puedo suponer que sigue vivo?

Por muy furioso que estuviese, Ouyang el Galante sabía que su kung-fu no tenía el mismo nivel que el del mendigo; debía andarse con pies de plomo.

—A menudo bromea con que piensa aferrarse a la vida lo suficiente para ver perecer a todos sus amigos.

—¿Os creéis lo bastante listo para insultarme? —Cuenta Hasta Siete se rió, luego señaló a las serpientes—. ¿Qué hacéis con estas preciosas criaturitas?

—Éste es mi primer viaje a las Llanuras Centrales; las he ido recogiendo por el camino para entretenerme…

—Basta de mentiras —lo interrumpió Loto—. Seguro que las mujeres que has traído te proporcionan entretenimiento suficiente.

Ouyang el Galante abrió su abanico y se dio unos golpecitos con él en el pecho.

Mi corazón sólo tiembla por ti,
tú eres la razón de estos hondos suspiros

Poco impresionada por su cita del *Libro de las canciones*, Loto hizo una mueca.

—Preferiría que no pensases en mí en absoluto.

Ouyang el Galante se alegró por el mero hecho de haberle provocado una reacción. Durante un momento titubeó y se quedó sin voz.

—¡Tu tío y tú quizá tiranicéis las Regiones Occidentales, pero te equivocas si crees que se tolerarán vuestras correrías en las Llanuras Centrales! Sin embargo, en deferencia a tu tío, hoy te dejaré ir en paz. ¡Marchaos! —dijo Cuenta Hasta Siete.

Ouyang el Galante sabía que debía morderse la lengua y alejarse, pero no tenía por costumbre dejar pasar los desaires.

—Permitidme que me despida del maestro. Si no cayerais enfermo o presa de la desgracia en los próximos años, sería un honor recibiros en

el Monte del Camello Blanco.

—¿Un joven imberbe como tú se atreve a desafiarme? —Cuenta Hasta Siete se rió entre dientes—. Este viejo mendigo nunca se cita con nadie. No hay ninguna enemistad entre tu tío y yo, y tampoco nos tememos el uno al otro; libramos un buen combate hace veinte años. No hace falta que volvamos a vernos. —De repente, el buen humor desapareció del rostro del mendigo—. ¡Fuera de mi vista!

Ouyang el Galante se quedó de piedra. «No domino ni una tercera parte del kung-fu de mi tío. Si lo que dice este hombre es cierto, entonces más me vale guardar distancias. Un hombre prudente no se mete a sabiendas en una ciénaga.»

Así pues, con los dientes apretados, lanzó una última mirada a Huang Loto antes de internarse en el bosque con sus hombres.

De nuevo se oyó el eco de chillidos agudos entre los árboles, pero ahora llegaban apagados con más de un «¡ay!» y un «¡ah!» mientras los tres hombres de blanco se llevaban la mano a los rostros amoratados. Las serpientes obedecían a la llamada, y la marea verde se adentró fluyendo en el bosque.

—¿De verdad puede criar tantas serpientes?

A Loto le costaba creer lo que veían sus ojos.

Cuenta Hasta Siete Hong dio un largo trago de su cantimplora y se secó la frente con la manga.

—Nos hemos librado por un pelo… Podrían habernos cercado como una marea, y me habría sido imposible hacer nada. Ha sido una suerte que no tuvieran suficiente experiencia para descubrir mis tretas. Si el Veneno hubiese estado aquí…

—Podríamos haber huido —sugirió Guo Jing.

—¿Os creéis capaces de dejar atrás al Veneno del Oeste, jovencitos? —Cuenta Hasta Siete se rió.

—¿De verdad es tan peligroso? —preguntó Loto.

—Hay Cinco Grandes, como sabéis. Tu padre, el Hereje del Este, y yo, el Mendigo del Norte. Luego tenemos al Rey del Sur y al Veneno del Oeste, ése es el tío del chico. Una vez muerto el más grande de nosotros, el Inmortal Wang, las habilidades de los cuatro que quedamos están más o menos igualadas. Pensad en mi kung-fu o en el

de tu padre. Entonces os haréis una idea de las cosas que puede hacer Víbora Ouyang.

Loto torció el gesto en silencio. Al final dijo:

—No me gusta que llamen Hereje a mi padre.

—A tu padre le gusta mucho ese nombre. Es un excéntrico, poco ortodoxo. Desprecia las convenciones. Está en contra del confucianismo, la corte, el Estado y todas las tradiciones que defienden. ¿En qué le convierte eso, si no en un hereje? Se mantiene firme en sus creencias y actúa solo, no adula la riqueza o el poder, y siempre lo he respetado por eso. Pero, en lo que se refiere a las artes marciales, la secta Quanzhen es la escuela ortodoxa y los admiro sin reservas. —Cuenta Hasta Siete se volvió hacia Guo Jing—. Tú has entrenado con ellos, ¿verdad?

—El anciano Ma Yu me enseñó durante dos años.

—Por eso has podido alcanzar ese nivel de habilidad con la Palma Domadora de Dragones en apenas un mes.

—¿Quién es el Rey del Sur? —preguntó Loto.

—Su Majestad, por supuesto.

—¿El emperador song de Lin'an?

—¿Él? —Cuenta Hasta Siete se rió—. Apenas tiene fuerza suficiente para levantar un cuenco de arroz de oro. El Fuego del Sur supera al Oro del Oeste, la némesis del Veneno.

Cuenta Hasta Siete miró al cielo. Parecía turbado. Su rostro no reflejaba ni rastro de la jovialidad habitual. Guo Jing y Loto querían saber más del Rey del Sur, pero intuyeron que no debían insistir.

Al final, el mendigo se dispuso a entrar. Al pasar por el vano de la puerta, se le enganchó la manga en un clavo, pero estaba tan ensimismado que no se dio cuenta de que se le rasgaba la tela.

—Dejadme que la remiende.

Loto se acercó a él con aguja e hilo que había pedido prestados a la esposa del posadero.

Cuenta Hasta Siete le arrebató la aguja y corrió afuera. Con un giro de la mano derecha, lanzó un hilo de plata por los aires.

La aguja ensartó un saltamontes y lo dejó clavado al suelo. Loto aplaudió encantada con la exhibición.

—Sí, esto podría funcionar —murmuró Cuenta Hasta Siete, más para sí que para los otros—. A Víbora Ouyang siempre le ha encantado criar serpientes e insectos venenosos. Es impresionante la facilidad con que controla a tantos al mismo tiempo. Tiene que utilizar unas drogas muy potentes... El sobrino sin duda es igual de artero que el anciano. Hablará mal de mí, eso seguro. Necesito un plan para contener a las criaturas del Veneno la próxima vez que nos veamos.

—¡Ensartarlas con agujas!

Loto había llegado a la misma conclusión. Cuenta Hasta Siete miró al cielo exasperado.

—¡Menuda pilla! Siempre sabes lo que estoy pensando.

—Y también tenéis las hierbas. Las serpientes se han parado cuando se las habéis echado.

—Eso sólo las contendrá un momento. —Cuenta Hasta Siete seguía hablando más que nada para sí—. Podría probar la técnica de Cielo Lleno de Pétalos con agujas, pero si hay tantas serpientes como hoy, tardaría una semana o dos en ensartarlas todas, y para entonces me habría muerto de hambre...

—Se podrían cocinar las serpientes con caldo de pollo, luego esparcir unos pétalos de crisantemo y hojas de limón cortadas en tiras finas por encima. ¡Delicioso!

El índice de la mano izquierda de Cuenta Hasta Siete palpitó al pensar en sopa de serpientes, una distracción bienvenida —aunque pasajera— de la perspectiva de un encuentro con Víbora Ouyang.

—¡De acuerdo, os encontraré esas agujas!

Loto corrió al exterior de la posada. Cuenta Hasta Siete suspiró.

—Lo digo en serio: deberías conseguir que te cediese parte de su inteligencia.

—No estoy seguro de que sea posible. —Guo Jing sonrió avergonzado.

Al poco rato, Loto regresó con dos grandes paquetes.

—He comprado todas las agujas habidas y por haber. ¡Los hombres del pueblo lo sabrán mañana cuando no consigan comprar ninguna para sus esposas!

Loto soltó una risita. Cuenta Hasta Siete estalló en carcajadas.

—¡Gracias al cielo que este viejo mendigo fue lo bastante listo para evitar la trampa del matrimonio! Vamos, vamos, empecemos. Sé que os morís de ganas de aprender este truquito, muchachos.

Loto se puso en pie de un salto al instante, pero Guo Jing permaneció sentado.

—Creo que no voy a unirme a vosotros.

No era la respuesta que esperaba Cuenta Hasta Siete.

—¿Por qué?

—Hoy ya he aprendido más de lo que soy capaz de recordar.

Cuenta Hasta Siete Hong estaba impresionado por el sentido del honor de Guo Jing. Aunque el mendigo había insistido en que no volvería a enseñar al joven, estaba dispuesto a incumplir su promesa con el fin de prepararlo para el encuentro que iban a tener con las serpientes de Ouyang el Galante. Guo Jing, no obstante, no tenía ningún interés en aprovecharse de la gran idea del mendigo.

Así pues, mientras Cuenta Hasta Siete enseñaba a Loto los fundamentos de la técnica del Cielo Lleno de Pétalos, Guo Jing practicaba los primeros quince movimientos de la Palma Domadora de Dragones. Le parecía que empezaba a atisbar sus sutiles complejidades, pero aún temía que nunca fuera capaz de dominar por completo aquella amplia gama de movimientos.

Un par de semanas después, Loto había adquirido bastante competencia en el lanzamiento de agujas Cielo Lleno de Pétalos. Podía enviar más de una docena de agujas de coser volando a los puntos de un blanco con un giro de muñeca. Sin embargo, aún debía dominar el arte de acertar a varios atacantes al mismo tiempo con un solo puñado de agujas.

Cuando no estaba practicando, Loto también echaba mano de las serpientes para prepararlas de mil formas distintas: fritas, estofadas, en sopa... Guisó una enrollada, con la cabeza metida debajo de la cola.

—¡La llamo Dragón Altivo se Arrepiente, porque esta serpiente es tan flexible y adaptable como un auténtico héroe! —afirmó Loto, y al oírla Cuenta Hasta Siete Hong y Guo Jing se rieron a carcajadas.

Esa mañana, Cuenta Hasta Siete Hong había conseguido lanzar de

una tacada varias docenas de agujas sobre un área de dos *zhang*. Se rió de buena gana, pero su regocijo no duró mucho.

—¿Qué tiene pensado hacer el Veneno con esas serpientes? —se preguntó por enésima vez.

—Si no hay más que tres maestros del *wulin* con el nivel de kung-fu de Víbora Ouyang, ¿por qué necesita recurrir a esas serpientes? —dijo Loto.

—Tienes razón, debe de tener pensado utilizarlas contra nosotros, los otros tres grandes. El Clan de los Mendigos y la secta Quanzhen tienen muchos seguidores y aliados. El Rey del Sur, evidentemente, cuenta con sus guardias y soldados. Tu padre domina el arte de la adivinación y la estrategia: puede derrotar a un ejército entero él solo. Si los tres nos enfrentamos al Veneno juntos, no tendrá la más remota posibilidad...

—¡Por eso necesita a sus criaturas!

—Atrapar y criar serpientes es un truco del oficio de los mendigos. Una forma práctica de estafar unas monedas a las damas jóvenes y ricas. Capturar una docena de serpientes es una hazaña, pero el Veneno pastorea a miles a la vez. Debe de haber invertido mucho tiempo y energía en perfeccionar esa destreza. Esto no es ningún juego para él.

—Debe de estar planeando alguna crueldad, pero tenemos suerte de que su sobrino haya puesto al descubierto su ardid. ¡No pudo evitar alardear ante nosotros!

—Yo no estoy tan seguro. Esas serpientes no podrían haber viajado miles de kilómetros desde el oeste. Debió de recogerlas en las montañas de los alrededores. Es frívolo, no cabe duda, un joven nada fiable, pero dudo que lo haya hecho sólo para lucirse. Hay algo más en juego.

El jefe de los mendigos comenzó a pasearse de acá para allá.

—¿Y si el Veneno me mantiene tan ocupado que no puedo echar una mano? ¿Y si sus esbirros traen todas las serpientes hacia mí, todas de golpe? ¿Qué debería hacer? —se preguntó en voz alta.

Loto se rió.

—Bueno... hay una estrategia que nunca falla: ¡correr!

—¡Menuda vergüenza! ¿Qué clase de hombre haría eso?

—Tengo una idea —dijo Loto al cabo de un momento.

—¿Cuál?

—Podéis mantenernos a vuestro lado. Vos lucháis contra el Veneno y Guo Jing mantiene ocupado a su sobrino mientras yo arrojo agujas para ensartar serpientes. El único problema es que Guo Jing ni siquiera ha aprendido toda la Palma Domadora de Dragones. Probablemente le costaría vencer a ese granuja adulador.

Cuenta Hasta Siete fulminó a Loto con la mirada.

—¡Aquí la granuja eres tú! Sólo piensas en sonsacarme esos tres últimos movimientos. Guo Jing es un alma buena. No me importaría enseñarle el resto de los movimientos. Pero eso lo convertiría en mi discípulo y a mí en un hazmerreír por aceptar a un alumno tan bobalicón. Y eso no puede ser.

Loto no sabía qué decir o hacer para que Cuenta Hasta Siete Hong cambiara de opinión, de manera que se dirigió al mercado en busca de provisiones para preparar una comida espectacular con la que darle las gracias. Mientras regresaba sin prisa a la posada con una cesta llena de productos frescos, iba haciendo pequeñas florituras con la mano derecha, practicando el kung-fu de Cielo Lleno de Pétalos.

5

Un caballo pinto pasó a medio galope por delante de Huang Loto con un campanilleo y se detuvo en la posada. Loto reconoció de inmediato a la jinete que desmontaba. Y volvió a sentir un resentimiento que no había experimentado en semanas.

«¿Por qué quieren que Guo Jing se case con ella? ¿Qué tiene de especial esa mujer?» Decidió expresar sus sentimientos. Dejó la cesta y siguió a Mu Piedad al interior.

La hija adoptiva de Yang Corazón de Hierro se sentó a una mesa cuadrada y Loto advirtió que todo su ser parecía abrumado por la melancolía.

Cuando el camarero fue a tomar nota a Piedad, ésta respondió sin

levantar la mirada de la mesa.

—Un cuenco de fideos y cuatro *taels* de carne hervida.

—¡Carne hervida! Qué aburrido.

Piedad alzó la vista y se sorprendió al encontrarse con la chica que había huido a caballo con Guo Jing de pie junto a su mesa.

—Acompáñame, por favor, hermana —dijo al tiempo que se levantaba de su asiento.

—¿Viajas con el hombre bajo y gordo y el erudito asqueroso? ¿Y qué pasa con esos taoístas entrometidos?

—Estoy sola.

Su respuesta arrancó una sonrisa a Loto. Así pues, no tenía que preocuparse por Qiu Chuji o los *shifus* de Guo Jing.

Piedad parecía más flaca que la última vez que Loto la había visto, un par de meses antes, aunque aquel aire abatido de algún modo realzaba su belleza. Las botas de viaje destacaban entre su ropa blanca de luto, como la flor de luto que llevaba en el pelo.

Loto le vio la daga al cinto —la prenda de matrimonio— y preguntó con dulzura:

—Hermana, ¿me dejarías ver tu daga?

Piedad echó un vistazo a la mano extendida, sin saber qué hacer. El brillo de los ojos de la joven la perturbaba, pero se vio obligada a acceder por cortesía. Se la sacó del cinturón y se la tendió.

Loto examinó el grabado de la empuñadura. Dos caracteres: el apellido Guo y Jing, que significaba «serenidad».

«No puedo permitir que lleve una daga con el nombre de Guo Jing», se dijo Loto. La desenvainó. La gelidez del metal enfrió el aire al instante. ¡Menuda arma!

—Se la devolveré a Guo Jing.

Loto envainó el arma y se la metió en la camisa.

—¿Qué haces?

—Su nombre está grabado en la empuñadura. Está claro que le pertenece.

—Es el único recuerdo que tengo de mis padres. —Piedad se puso en pie de un salto—. ¡Devuélvemela!

—¡Atrápame si puedes!

Loto salió disparada de la posada y giró a la izquierda, alejándose del pinar donde Cuenta Hasta Siete Hong dormitaba y del claro en el que Guo Jing practicaba la Palma Domadora de Dragones.

Piedad la siguió lo más rápido que pudo, llamando a Loto para que volviera. «Si se sube al caballo rojo, no la alcanzaré nunca», pensó.

Loto tomó varias curvas cerradas antes de detenerse junto a una hilera de sóforas.

—Si consigues vencerme te la devolveré. Esta vez será el Duelo por un Cuchillo en lugar del Duelo por una Doncella.

—Hermana, por favor, no te rías de mí —suplicó Piedad, con el rostro colorado por la vergüenza—. Es el único recuerdo que me queda de mi padre adoptivo.

—¿A quién llamas «hermana»?

Rápida como el viento, Loto se giró bruscamente y golpeó a Piedad con la palma.

Piedad intentó esquivarla, pero la Palma de la Flor del Melocotón en Cascada de Loto fue mucho más rápida.

¡Zas, zas!

Piedad sintió una dolorosa sacudida en la caja torácica y se volvió para encarar a Loto al tiempo que sus palmas volaban con fuerza y rapidez.

—Puño de Viaje... ¡Qué vulgaridad!

«¿Cómo lo sabe? ¡Se trata del kung-fu único de Cuenta Hasta Siete Hong!» Piedad se había quedado de piedra.

Loto asestó un golpe oblicuo con el dorso de la mano izquierda y lanzó un puñetazo con la derecha.

«¡Ella también sabe hacer esto!» Piedad retrocedió sorprendida.

—¿Quién te ha enseñado el Puño de Viaje?

—Lo inventé yo.

Loto lanzó dos movimientos de ese mismo repertorio: Limosnas a las Puertas y Manos Tendidas Para Pedir Limosna.

Piedad bloqueó con un Vaga por los Cuatro Mares.

—¿Conoces a Cuenta Hasta Siete Hong?

—Es un viejo amigo —dijo Loto con una sonrisa deslumbrante—. Tú lucha con el kung-fu que él te enseñó y yo usaré el mío. ¡Veamos

quién gana!

Piedad no reconocía un solo movimiento del rápido ataque de Loto y no tenía ninguna posibilidad contra una chica a la que habían adiestrado dos de los luchadores marciales más grandes de la época.

Loto lanzó la palma izquierda hacia arriba y a un lado, como si se tratara de una espada larga. Piedad esquivó el golpe, pero de pronto notó que se le entumecía la nuca. Loto le había acertado en el punto de presión Gran Martillo con la Caricia de Orquídea.

Era una intersección importante del Meridiano del Vaso Gobernador a lo largo de la columna y el canal del Triple Calentador que se extendía por el brazo. Un roce en ese punto extraía toda la energía de las extremidades.

Piedad observó con impotencia a Loto, que se acercó un paso y le asestó un golpe en el punto de la voluntad, el del riñón, en el costado derecho. Notó que se inclinaba hacia atrás.

Había perdido el control de su cuerpo.

Se quedó mirando como Loto desenvainaba la daga y la arrimaba a su cara con un movimiento de barrido.

«Ya está», pensó, cerrando los ojos con fuerza.

El silbido de la espada, el frío de la hoja... lo notó una docena de veces, pero no acusó ningún dolor. Abrió los ojos y se encontró con el destello de la daga. Su punta pasó deslizándose por delante de su mejilla y su oreja, a poco más de dos centímetros.

—Mátame sin más. ¡Basta de juegos! —zanjó Piedad. La ira crecía en sus venas.

—¿Por qué iba a querer matarte? No tengo nada contra ti. —Loto hizo una pausa, luego añadió—: Te dejaré ir si haces lo que te digo. Si me prometes una cosa.

—¡No! Mátame si te atreves. ¡Yo nunca suplico!

Piedad cerró los ojos y se preparó para morir.

—Sería una lástima que perecieras a tan tierna edad. —Loto guardó silencio. Cuando volvió a hablar, su tono se había suavizado—. Él y yo nos guardamos lealtad. Aunque te cases con él, no le gustarás.

—¿Qué quieres decir? —preguntó. Abrió los ojos de golpe y se quedó mirando a Loto.

—No pasa nada si no quieres prometérmelo. Sé que él no se casará contigo.

—¿De quién estás hablando?

—De Guo Jing.

—¿Guo Jing? ¿Qué quieres que te prometa?

—Jura que nunca te casarás con él. Júralo por tu vida.

Piedad sonrió.

—No me casaría con él aunque me obligaras a punta de cuchillo.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Puede que fuera el último deseo de mi padre adoptivo, pero… entonces no estaba en sus cabales… Olvidó que él ya me había prometido con otro… —De repente había bajado mucho la voz.

—Lo siento mucho. Lo he entendido todo mal… —Loto liberó rápidamente los puntos de presión de Piedad y le masajeó las extremidades para aliviar el malestar—. Hermana, ¿quién es tu prometido?

Piedad se ruborizó.

—Lo conoces. —Fue lo único que logró susurrar.

—¿Ah, sí? —Loto intentó recordar a todos los hombres a los que había conocido en los últimos meses, pero no le venía a la mente ningún pretendiente apropiado—. No se me ocurre nadie lo bastante bueno para mi incomparable hermana, aquí presente.

—Tu Guo Jing no es el único hombre bueno de este mundo.

—Pero ¿por qué no te casarías con Guo Jing? ¿Es porque es demasiado tonto?

—¡En absoluto! Lo admiro mucho. Es tan puro de corazón, tan recto… Fue amable conmigo y con mi padre. Nos defendió, sin preocuparse por su propia seguridad. Siempre estaré en deuda con él. Es un chico excepcional.

—Entonces, ¿por qué?

Piedad tomó a Loto de la mano.

—Has entregado tu corazón al hermano Guo y nunca mirarás a otro hombre, ¿me equivoco, hermana? Aunque haya algunos más maravillosos que él en todos los sentidos.

—Por supuesto, aunque no existe nadie mejor que él.

—Entonces lo entiendes... El Duelo... que perdí...

—¡El príncipe jin, Wanyan Kang!

—Da igual si es un príncipe o un mendigo, amable o cruel, mi corazón y todo mi ser serán siempre suyos. —La voz de Piedad seguía resultando apenas audible, pero hablaba con absoluta seguridad.

Loto sujetó la mano de Piedad y se sentaron juntas a la sombra de un árbol. Sintió una conexión profunda con ella. De algún modo, esa joven era capaz de expresar lo que había estado sintiendo ella todas esas semanas.

—Ten, es tuya.

Loto le tendió la daga.

—Deberías quedártela tú. Lleva su nombre. Es... inapropiado que yo la lleve encima.

—Gracias, hermana —contestó Loto, y volvió a guardarse la daga en la camisa. Se preguntó cómo podría devolverle ese gesto de amabilidad—. ¿Qué te trae al sur? ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada en particular.

El rubor regresó a sus mejillas.

—Te llevaré con Cuenta Hasta Siete.

—¿Está aquí?

Loto oyó un crujido por encima de su cabeza, luego vio una sombra que saltaba de rama en rama y se alejaba por las copas de los árboles. Se levantó justo cuando cayó un trozo de corteza en el que habían grabado con una aguja un mensaje breve: «Si Loto vuelve a portarse mal, se llevará un coscorrón.» No había ninguna firma, sólo el esbozo de una calabaza.

¡Cuenta Hasta Siete lo había oído todo! Ahora fue Loto la que se sonrojó. Le mostró la nota a Piedad.

Las jóvenes no vieron ni rastro de Cuenta Hasta Siete Hong. Se encaminaron cogidas del brazo a la posada, donde sólo encontraron a Guo Jing, quien preguntó:

—Hermana Mu, ¿cuándo viste a mis *shifus* por última vez?

—Viajamos juntos hacia el sur, pero nos separamos en Shandong. No los he visto desde entonces.

—¿Estaban bien?

—No te preocupes, se las han arreglado desde que te fuiste.

La respuesta no lo tranquilizó en absoluto. No dejaba de pensar en lo enfadados que estarían sus maestros marciales. Al advertir el efecto de sus palabras en Guo Jing, Piedad decidió cambiar de tema.

—Hermana, tienes mucha suerte de haber pasado todo este tiempo con el maestro Hong. Yo hace mucho que anhelo volver a verlo, pero no hay manera.

—Pero estaba cuidando de ti —dijo Loto—. Si yo hubiese querido hacerte daño, habría intervenido.

—Loto, ¿has intentado hacer daño a la hermana Mu?

—¡Pues claro que no!

—Ella temía que yo… —Piedad hizo una pausa, sintiéndose ligeramente incómoda.

Loto, nerviosa, le hizo cosquillas a Piedad en las axilas.

—¿Seguro que quieres continuar?

—¡No, por supuesto que no! ¿Te gustaría que te lo prometiera? —Piedad sacó la lengua.

Loto aún enrojeció más al recordar cómo había amenazado a Piedad.

Guo Jing, a quien nunca se le había dado bien leer en los ojos de las personas, se alegró de ver lo amigas que parecían las jóvenes.

Después de la cena, los tres dieron un paseo por el bosque. Piedad les refirió a sus amigos cómo había conocido a Cuenta Hasta Siete Hong.

—Yo era muy joven entonces. Mi padre y yo estábamos en Bianliang. Yo estaba jugando delante de la entrada de la posada en la que nos hospedábamos. Vi a dos mendigos que se desplomaban, cubiertos de sangre y puñaladas. Nadie los ayudó porque estaban muy sucios. Me dieron lástima, así que los ayudé a entrar en la habitación que compartía con mi padre. La verdad es que yo no tenía ningún conocimiento de medicina. Sólo pude ayudarlos a limpiar y vendar las heridas que tenían. Cuando mi padre regresó, se alegró de ver lo que había hecho. Dijo que tenía buen corazón, igual que su esposa. Unos meses más tarde nos cruzamos con esos mismos mendigos en Xinyangzhou. Se habían recuperado por completo. Me llevaron a un

templo abandonado para que conociera al maestro Hong, a quien le complació mi buena acción. En agradecimiento me enseñó los movimientos del Puño de Viaje durante tres días. Cuando regresé al cuarto día, se había ido y no volví a verlo nunca.

—Cuenta Hasta Siete nos ha prohibido compartir su kung-fu —dijo Loto—. Pero si quieres pasar un par de semanas con nosotros puedo enseñarte algunos movimientos que aprendí de mi padre.

Aliviada porque su nueva amiga íntima hubiese rechazado de forma tan decidida casarse con Guo Jing y agradecida por el generoso regalo de la daga, Loto quería hacer algo para pagarle su amabilidad.

—Gracias, hermana. Es muy amable de tu parte, pero me temo que no puedo quedarme. Tengo que atender un asunto primero. Una vez lo haya resuelto, ¡volveré suplicándoos que me enseñéis!

Loto sentía curiosidad. ¿Qué tenía que hacer Piedad que fuera tan urgente? Por su expresión, sin embargo, sabía que no deseaba hablar de ello. En las últimas horas, Loto se había dado cuenta de que, a pesar de su aspecto dócil y tímido, Piedad era firme y obstinada. Una vez tomaba una decisión, no vacilaba. Consciente de que no sería capaz de sonsacarle nada que ella no quisiera revelar, tendría que descubrir el secreto de su amiga por otros medios.

6

Después de la comida, Mu Piedad se marchó apresuradamente y no volvió hasta el anochecer. Loto se preguntó intrigada qué podía ocupar a su amiga una tarde entera en aquella pequeña ciudad, y su curiosidad creció cuando Piedad regresó visiblemente emocionada. Loto estaba decidida a descubrir el asunto misterioso por el que sus caminos se habían cruzado.

Esa noche las jóvenes compartieron habitación. Loto cogió la estufa de cama *kang*, que estaba situada de un modo que le permitía observar a su amiga desde atrás. Piedad parecía más distante que nunca, desde que se habían retirado a la habitación, descansaba la cabeza en las manos y miraba la lámpara aturdida.

Loto se arropó en la cama y se quedó muy quieta para fingir que dormía. Piedad no tardó en sacarse un trozo de tela de la bolsa. Se lo llevó con ternura a los labios y lo besó dulcemente. Se quedó mirándolo ensimismada.

Sin moverse, Loto estiró el cuello para ver mejor. ¿Qué era? ¿Seda? ¿Un pañuelo bordado, quizá? No lo veía bien.

En ese instante, Piedad se volvió hacia Loto. Sostuvo la tela en alto y realizó una elegante floritura. Loto cerró los ojos, con el corazón palpitándole. Piedad había estado a punto de descubrirla.

Loto sintió una leve ráfaga de aire y entreabrió los párpados levemente. La silueta de Piedad entraba y salía de su campo de visión, ejecutando lo que parecían distintos movimientos marciales. Tenía la tela enrollada en el brazo.

De golpe Loto lo recordó: Piedad había rasgado la manga del príncipe jin cuando se enfrentaron en duelo.

Una sonrisa rondaba los labios de Piedad. Asestaba una patada ligera aquí, un puñetazo suave allá. Alzó las cejas y giró la manga, altiva y despreocupada.

«Una imitación perfecta de Wanyan Kang», pensó Loto.

Piedad se dejó llevar por sus movimientos durante un buen rato antes de volverse de nuevo hacia Loto. Ésta cerró los ojos con rapidez, pero podía sentir los de Piedad puestos en ella, mirándola fijamente en la penumbra.

Se oyó un suspiro, seguido de un susurro:

—Eres guapa de verdad.

Después de eso, Loto oyó que la puerta se abría y se cerraba, y a continuación, silencio. Lo último que percibió fue el sonido de unos pies ligeros que se posaban en el suelo.

¿Acababa su amiga de saltar el muro de la posada? Loto se puso en pie de un brinco y corrió en pos de Piedad, muerta de curiosidad.

Cuando saltaba el muro de la posada, atisbó a Piedad corriendo hacia el oeste y la siguió sin hacer ruido con kung-fu de ligereza. Tardó apenas unos instantes en alcanzarla, aunque tuvo cuidado de guardar una distancia prudente.

Cuando Piedad llegó al centro del pueblo, saltó a un tejado y miró

alrededor. Atisbó una construcción alta en el sur de la localidad, y echó a correr hacia ella, saltando de tejado en tejado.

«¿La mansión Dai? ¿Por qué va allí? —Loto conocía todas las casas de la ciudad gracias a sus excursiones diarias al mercado—. ¿Se ha quedado sin plata? ¿Es por eso por lo que se dirige a la familia más rica, a estas horas de la noche?»

Las puertas de la mansión estaban iluminadas. A ambos lados de la puerta colgaban dos grandes faroles de seda roja en los que se leía Emisario Imperial del Gran Imperio Jin en una elegante letra dorada. Cuatro soldados jin montaban guardia bajo los faroles, con los sables en alto. Loto había pasado por delante de la vivienda en numerosas ocasiones, pero nunca la había visto tan custodiada.

«¿Tal vez Piedad ha venido a robar al emisario jin? La seguiré y veré qué baratijas encuentro para mí.»

Siguiendo a Piedad, Loto rodeó la parte posterior de la finca y vio que su amiga se detenía en el muro perimetral, antes de escalarlo. Loto trepó a su vez y se encontró en el jardín amurallado de la mansión Dai. Siguió a Piedad, corriendo entre las rocas de los eruditos y las colinas artificiales en miniatura, serpenteando entre flores y árboles, hasta que llegaron a un patio.

La luz titilante de las velas iluminaba una cámara en el lado este, y Loto distinguió, proyectada en el papel de la ventana, la silueta cambiante de un hombre que caminaba de un lado para el otro.

Loto observó que Piedad se acercaba lentamente a la habitación, sin quitar ojo a la sombra que se movía.

Y entonces se detuvo.

Loto estaba confundida por la extraña inercia de Piedad. «¿Qué está haciendo? ¡Podría irrumpir en el interior sin problemas e inmovilizarlo a través de sus puntos vitales!»

«Ya sé lo que haré. La sorprenderé bloqueando los puntos de presión de él.» Con esa idea, Loto se reposicionó al otro lado del edificio y encontró una ventana que no tenía pestillo.

Estaba a punto de colarse por la ventana cuando oyó el sonido de la puerta de la cámara al abrirse con un chirrido, seguido de un hombre que hablaba en un tono de lo más respetuoso.

—Excelencia, acaba de llegar un mensajero de la estación de posta. La escolta song para nuestro emisario imperial, el comandante Duan, llegará en los próximos dos días.

El mensaje fue recibido con un gruñido. Una vez solo, su excelencia reanudó el paseo por la habitación.

«Debe de ser el emisario jin —se dijo Loto—. Pero quizá Piedad no esté aquí para robarle, después de todo. Será mejor que de momento me quede aquí quieta. No quiero arruinar su plan.»

Se lamió un dedo. Con la uña humedecida, agujereó el panel de papel más bajo. Acercó el ojo a la abertura y vio a un hombre envuelto en una túnica de seda que se sujetaba con un cinturón bordado. ¡Conocía a ese hombre!

Era Wanyan Kang, el hijo del sexto príncipe del Imperio jin.

Sostenía algo, que acariciaba mientras caminaba por la estancia. Pero Loto no distinguía lo que era. Ensimismado, el joven clavaba la mirada en un punto más allá de las vigas del techo. Cuando llegó cerca de la vela, Loto por fin captó un atisbo del objeto que sujetaba: una punta de lanza oxidada, aún unida a unos treinta centímetros del astil.

Loto no sabía que la lanza había pertenecido a Yang Corazón de Hierro, el padre biológico de Wanyan y padre adoptivo de Piedad, ni que había sido la posesión más preciada de su difunta madre, Bao Caridad, pero la forma en que la acariciaba le recordó a Piedad y a la manga rasgada. Imaginó que el extraño comportamiento del joven tenía que estar relacionado de algún modo con su amiga, y se le escapó la risa.

—¿Quién anda ahí? —gruñó Wanyan Kang, que apagó la vela con un gesto de la mano.

Loto se acercó a Piedad. Con una levísima caricia, apoyó ambas manos en el torso de Piedad en un Bloqueo Inverso, una de las sesenta y dos técnicas del kung-fu de Forcejeo e Inmovilización. Cuando Piedad notó que algo fallaba, ya era incapaz de moverse.

—No tengas miedo, hermana. —Loto sofocó una risita—. Te envío con tu amado.

Wanyan Kang abrió la puerta de golpe y fue recibido con una risita

infantil.

—Tu novia está aquí. ¡Ten!

Un cuerpo cálido y fragante cayó en sus brazos.

—¿Cómo me lo agradecerás?

Unas carcajadas resonaron en un tejado cercano.

Wanyan Kang retrocedió, algo asustado.

—¿Quién eres? —refunfuñó.

—¿No os acordáis de mí? —murmuró Piedad.

Su voz le resultó familiar. «¿Podía tratarse de...?» Wanyan Kang no esperaba volver a verla.

—¿Eres... la señorita Mu?

—Soy yo.

—¿Quién venía contigo? —Su tono aún era receloso.

—Una amiga traviesa. No tenía ni idea de que estaba siguiéndome.

Wanyan Kang se tomó un momento para recuperar la calma, luego encendió la vela que había apagado.

—Por favor, siéntate.

Mu Piedad se sentó en una silla cercana, con la cabeza gacha. Oía como le palpitaba el corazón.

Wanyan Kang observó a la joven a la luz de la vela. Un ligerísimo rubor rosado le teñía las pálidas mejillas, acentuando su aire recatado. Sintió que algo se removía en su interior, una mezcla embriagadora de sorpresa y emoción.

—¿Qué te trae aquí tan tarde?

El tono del joven príncipe se había suavizado, era casi dulce. Su mente volvió a lo que lo afligía antes de la intrusión: su madre, su padre biológico —el padre adoptivo de Piedad— y la prematura muerte de ambos. Sintió que la ternura arraigaba en su corazón.

—Desgraciadamente tu padre ha fallecido, pero cuidaré de ti como si fueses mi hermana. Deberías venir a vivir con nosotros.

—En realidad no era mi padre... —Piedad se quedó mirando el suelo mientras hablaba—. Sólo soy su hija adoptiva.

Las implicaciones de esas palabras asombraron a Wanyan Kang. «Me está diciendo que no tenemos lazos de sangre.»

Sonrió y le tomó la mano derecha. Piedad se sonrojó un poco más.

Rechazó sus avances con un gesto poco entusiasta de la mano, pero él siguió sujetándola con firmeza. Piedad se ablandó y agachó la cabeza aún más. Envalentonado, le rodeó los hombros con el brazo.

—Ésta es la tercera vez que te sostengo —le dijo en voz baja al oído—. La primera fue en el duelo. La segunda, en la puerta hace un momento. Y, en esta ocasión, estamos solos. No hay nadie más.

Estaba embriagado: por su proximidad, por su fragancia y por el ligero temblor de su cuerpo. Piedad nunca se había sentido así. Un dulce hormigueo le recorrió el cuerpo y se apoderó de sus sentidos. Permanecieron un rato así, sin hablar. Al final, Wanyan Kang preguntó:

—¿Cómo me has encontrado?

—Te he seguido desde la capital. Monto guardia cada noche. Pero nunca he...

l oír esa confirmación de lo que sentía por él, Wanyan Kang le rozó la mejilla con los labios. La piel de Piedad ardía como el fuego, lo que aumentó la pasión del joven príncipe. La atrajo hacia sí aún más y la besó. Tardó un largo rato en aflojar el abrazo.

—No tengo padre, no tengo madre. Por favor, no... me rechaces.

Wanyan Kang la atrajo contra su pecho y le acarició el pelo.

—No te preocupes. Siempre seré tuyo. Y tú siempre serás mía. ¿Sí?

Por primera vez, Piedad levantó la cabeza, miró a Wanyan Kang directamente a los ojos y asintió. Tenía miedo de que el corazón le estallara con aquella avalancha de emociones.

Se sonrojó. Le brillaban los ojos de expectación. Wanyan Kang no pudo contenerse más. Apagó la vela de un soplo y la llevó al lecho. Con un brazo la sujetaba mientras con la otra mano se afanaba en soltar los nudos que le prendían la ropa.

Al notar su mano en la piel, Piedad regresó de golpe a la realidad.

—¡No! No podemos.



Se zafó de su abrazo y se alejó dando vueltas en la cama.

Pero Wanyan Kang la atrapó de nuevo entre sus brazos.

—Si alguna vez te soy infiel, que me descuarticen.

Piedad le apoyó un dedo en los labios para que se callara.

—Te creo.

—Entonces déjame...

La inmovilizó con su cuerpo y tiró con más fuerza de los lazos de su camisa.

—No... Por favor...

Él hizo oídos sordos a sus objeciones. Siguió tirando de su ropa con las dos manos.

Piedad se retorció. Hizo acopio de fuerzas y lo empujó con ambos brazos, apartándolo con facilidad. Wanyan Kang no esperaba que ella se resistiera con su kung-fu. Piedad se bajó de la cama y agarró la punta de lanza de la mesa.

—Si me fuerzas, me mataré, aquí mismo.

Se apuntó con la lanza al corazón mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Hablemos. Eso no es necesario.

Wanyan Kang sintió que se le helaba la pasión.

—Quizá sea una pobre chica que vaga sola por los ríos y los lagos, pero no soy una libertina. No soy una mujer fácil. Si de verdad me quieres, debes respetarme, respetar mi honor. Ya sabes que mi futuro está unido al tuyo, sea como sea. Un día... si... en nuestras nupcias... nosotros... —titubeó. Cuando habló de nuevo, su suave voz había adoptado un dejo capaz de cortar el acero—. Si me deshonras hoy, entonces la muerte es mi única salida.

—Veo que he hecho mal.

Empezaba a sentir un respeto tranquilo por esa joven. Salió de la cama y encendió una vela.

—Te esperaré en casa de mi padre adoptivo en la aldea del Buey, en Lin'an. No importa cuándo vengas... con el casamentero... —Las palabras de arrepentimiento de él habían atenuado su resolución—. Aunque no vengas, seguiré esperándote.

—Por favor, ten por seguro que, cuando haya cumplido con mi deber aquí, encabezaré personalmente el séquito para recibir a mi señora. Te seré siempre fiel, siempre constante, te lo juro, toda la vida.

Piedad sonrió al oír su promesa y se marchó.

—Por favor, quédate —imploró Wanyan Kang—. Para que podamos hablar.

Piedad se volvió y agitó la mano, pero sus pies no se detuvieron.

Wanyan Kang la vio desaparecer por el tejado y se quedó mirando el vacío que había dejado. Cuando se dio cuenta de que su única compañía eran el cielo oscuro, la brisa nocturna, los árboles que susurraban y las estrellas que titilaban, volvió adentro.

El encuentro había sido tan irreal como un sueño, pero su aroma persistía en la habitación, la punta de lanza aún brillaba con sus lágrimas y varios cabellos sueltos suyos habían quedado pegados a las sábanas. Recogió los preciosos hilos y se los guardó en una bolsa.

Cuando Wanyan Kang había participado en el Duelo por una Doncella, lo había hecho por diversión, sin ninguna intención de casarse con Mu Piedad. Pero en ese momento, tras tenerla de nuevo entre sus brazos, oírla hablar sobre sus silenciosas visitas nocturnas y verla proteger su virtud, algo germinó en su corazón. Dio vueltas al encuentro en su cabeza alternando sonrisas con suspiros.

Estaba enamorado.

4

El Lisiado de los Cinco Lagos

1

Huang Loto durmió profundamente esa noche, convencida de que había hecho bien en reunir a Mu Piedad y a Wanyan Kang. Cuando se lo contó a Guo Jing a la mañana siguiente, él también se alegró de que los sentimientos de Piedad se vieran correspondidos. Guo Jing se había enfrentado al príncipe jin, recordó, para que éste aceptara el premio: había derrotado a Piedad en el Duelo por una Doncella y, por ende, se había ganado su mano. Aquella novedad también suponía un alivio para él, porque significaba que Qiu Chuji y sus *shifus* no podrían obligarlo a casarse con Piedad. En cuanto a su compromiso matrimonial con Khojin, no había pensado mucho en él desde que había salido de Mongolia. No hacía falta contárselo a Loto, puesto que había decidido rechazar el honor de Gengis Kan.

Seguía sin haber rastro de Piedad después de la comida.

—No creo que vuelva —dijo Loto al tiempo que desaparecía en su habitación. Volvió vestida con ropa de hombre, lista para reemprender el viaje.

Fueron a la ciudad a buscar un caballo y pasaron por delante de la mansión Dai. El coche del emisario imperial jin había desaparecido. Piedad debía de haberse marchado con ellos.

Guo Jing y Loto se dirigieron al sur por el gran canal, disfrutando con las numerosas vistas a lo largo del camino. No tardaron en llegar a Yixing, la capital mundial de la cerámica. Había objetos de cerámica de gres morado apilados en todos los rincones de la ciudad.

Continuaron en dirección este y pronto llegaron al lago Tai. En aquella enorme extensión de agua confluían numerosos arroyos que

discurrían por el este y el sur de China, y sus orillas abarcaban tres ciudades importantes: Pingjiang, Changzhou y Huzhou. Conocida en la antigüedad como los Cinco Lagos, su costa se extendía unos quinientos *li*.

De la mano de Loto, Guo Jing se maravilló ante la extensión de agua ondulada. Al haber vivido en Mongolia, sin salida al mar, nunca había sido testigo de semejante belleza natural. Un exuberante verde jade colmaba su visión. Picos verdes se alzaban orgullosos frente a un mar agitado, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Sobrecogido, aulló de placer.

—Exploremos el lago —propuso Loto.

Cabalgaron hasta una aldea de pescadores cercana para acomodar a los caballos y alquilar una barca. Mientras se alejaban de la orilla remando, ya no distinguían entre el cielo y el agua, como si todas las capas de cielo y tierra se hallaran contenidas en la gran extensión del lago.

—El funcionario Fan era inteligente. Escogió navegar los Cinco Lagos con Xi Shi en lugar de perder el tiempo en la corte —meditó Loto, que sentía el pelo y la túnica movidos por el viento—. Pensó que morir de viejo aquí sería mucho mejor.

—Háblame de ese funcionario Fan. Nunca he oído hablar de él —dijo Guo Jing.

—Fan Li era un cortesano en el reino Yue, hace unos mil quinientos años —explicó Loto—. Ayudó a su rey, Goujian, a vengar la humillación sufrida a manos del rey de Wu y a devolver la prosperidad a Yue. Cuando Goujian acabó anexionándose el estado Wu, Fan se retiró de la corte con su amada Xi Shi y vivió como un ermitaño en el lago Tai.

Loto prosiguió contándole las historias de los contemporáneos de Fan: Wu Zixu, un general del estado Wu, y Wen Zhong, un oficial que permaneció en la corte del rey Goujian después de la conquista de Wu. A diferencia de Fan, los dos se vieron forzados por sus reyes a suicidarse, a pesar de su contribución a sus respectivos reinos.

Guo Jing tardó un tiempo en comprender el significado de la historia.

—Fan Li demostró previsión al escoger la salida inteligente, pero Wu Zixu y Wen Zhong fueron honorables por anteponer las necesidades del Estado a las propias. Sirvieron lealmente a su país hasta que exhalaron su último aliento.

—«Cuando el bien triunfa en el país, fuertes son aquellos que se mantienen firmes en los valores morales de una época menos abundante. Cuando la disolución abunda en un Estado, fuertes son los que se aferran a sus principios hasta la muerte» —Loto citó a Confucio.

—¿Puedes explicármelo?

—Un verdadero hombre de honor es el que mantiene su integridad incluso cuando se hace rico y poderoso en época de paz. Un hombre de honor es también el que da su vida por defender su ética en tiempos de corrupción.

—¡Qué lista eres por haber pensado eso!

—Ah, ¡fue Confucio, no yo! Me lo enseñó mi padre cuando era pequeña.

—Hay tantas cosas que no entiendo de este mundo… Me gustaría saber más de esos grandes pensadores, entonces quizá podría comprender las cosas un poco.

—¡Mi padre siempre dice que la mayor parte de lo que se les ocurre a esos filósofos es retórica vacía! Siempre masculla, «¡tonterías!», «¡sandeces!», cuando lee. La gente se burla llamándolo el Hereje porque desdeña a los sabios y se burla del emperador por no alzarse contra los jin. Pero deberían elogiarlo como un hombre fuerte. Los grandes eruditos y emperadores no siempre tienen razón, ¿no estás de acuerdo?

—Supongo que siempre deberíamos pensar y juzgar por nosotros mismos.

—Me arrepiento mucho de haber pasado tiempo estudiando a los sabios. Solía incordiar a mi padre para que me lo enseñase todo: pintura, adivinación, cualquier cosa que se te ocurra. Si me hubiese limitado a concentrarme en las artes marciales, no tendríamos que temer a Ciclón Mei ni a Liang Barbagrís. Pero, ahora que has aprendido las Dieciocho Menos Tres Palmas Domadoras de Dragones,

al menos la amenaza del Viejo Ginseng se ha visto reducida.

—Yo no estoy tan seguro. —Guo Jing negó con la cabeza.

—Es una lástima que Cuenta Hasta Siete se marchara de forma tan repentina. Pensaba esconderle el bastón hasta que accediera a enseñarte los tres últimos movimientos.

—¡No puedes hacer eso! ¡Es tu maestro! Yo estoy más que satisfecho con los quince movimientos.

Dejaron que los empujaran las olas. Pronto estuvieron a más de diez *li* de la orilla. A cierta distancia flotaba un esquife de fondo plano. En la proa de aquella embarcación que parecía una hoja se hallaba sentado un hombre que pescaba con una caña. En la popa había un joven sirviente de pie.

—Es como un paisaje al agua tinta. Un pescador solitario en medio de una extensión brumosa.

—¿Qué quieres decir?

Guo Jing no sabía nada acerca de la cultura de los literatos.

—Es un estilo de pintura que sólo utiliza tinta negra.

Guo Jing miró alrededor. Las colinas eran verdes, el agua, azul, el sol que se ponía —amarillo y naranja— teñía las nubes blancas de tonos cambiantes de rosa y rojo. El único color que faltaba era el negro. Negó con la cabeza, incapaz de ver a qué se refería Loto.

Loto volvió a mirar al pescador.

—¡Qué hombre tan paciente!

El hombre no se había movido en absoluto, permanecía inmóvil como una figura en un cuadro.

Se levantó un ligero viento. Leves olas chocaban con suavidad contra la barca. Loto se puso a cantar al tiempo que cogía el remo.

Ocultas por olas que se extienden miles de li*,*
colinas verdes del sur pasan sin ser vistas.
Las nubes se acumulan sobre la estrella de la lluvia,
el río fluye con la diosa,
hacia el este, hasta el mar.
Este viajero del norte se deja llevar,
con el corazón agitado, la mirada perdida,

de cabeza hacia los años del ocaso.
Mi ermitaño de la montaña,
mis amigos de casa,
¡un sueño, una ilusión, desvanecidos!

Se dejó llevar por la letra mientras cantaba; su voz se hallaba teñida de dolor y los ojos le brillaban por las lágrimas.

—Era la primera parte del «Canto del dragón de agua», de Zhu Xizhen. Mi padre la canta todo el tiempo.

Justo cuando Guo Jing se disponía a preguntarle por el significado de la canción, un canto triste fue ganando volumen en el lago. Incluso él advirtió que se trataba de la misma melodía. La voz del desconocido reflejaba una gran congoja.

Al mirar atrás, el mal se mantiene invicto.
¿Dónde están los héroes de nuestro tiempo?
Las estrategias para salvar al Estado
permanecen ignoradas y sin usar,
sólo polvo y derrota.
Las puertas de hierro cruzaban el río,
aun así, la flota navegó a través de las olas,
y dejó al monarca sumido en la pena.
No puedo sino marcar el ritmo con el remo,
mientras canto con dolor
en un torrente de lágrimas.

—No puedo creer que el pescador también conozca la canción. —Loto remó hacia el esquife—. Trata de un anciano que navega por un río y llora por su país, que ha perdido la mitad de su territorio.

Para entonces, el pescador había dejado la caña a un lado y avanzaba hacia Guo Jing y Loto. Cuando se encontraba a escasa distancia, gritó por encima del agua:

—¡Qué feliz encuentro! ¿Me permitís invitaros a tomar una copa de vino?

—No querríamos molestarlo, señor.

Loto no esperaba que el pescador hablase tan bien.

—Sería un placer conoceros.

Hundió el remo y acercó las dos barcas.

Guo Jing y Loto amarraron su barca de remos a la popa del esquife y cruzaron de un salto. Una vez a bordo, juntaron las manos en señal de respeto.

El pescador les devolvió el saludo.

—Por favor, perdonadme por no levantarme para recibiros. Mis piernas ya no son tan fuertes como antes —comentó, y ofreció asiento a sus invitados.

El pescador no aparentaba más de cuarenta años, pero, por la tez cetrina y las mejillas hundidas, daba la impresión de llevar mucho tiempo enfermo. A pesar del problema de las piernas, era extrañamente corpulento: sentado, le sacaba media cabeza a Guo Jing.

—Él se llama Guo, y yo, Huang. Nuestro canto improvisado debe de haber perturbado el disfrute del señor —dijo Loto.

—Tu aria se ha llevado consigo mis preocupaciones mundanas. ¿Es la primera vez que visitáis el lago Tai? Mi nombre es Lu.

—Sí, señor —respondió Guo Jin.

A una señal del pescador, el joven sirviente dejó su puesto en la popa, donde había estado aventando la cocina a fin de calentar vino, para disponer el banquete.

El anfitrión escanció el vino personalmente, con lo que demostraba que tenían a sus invitados en gran estima. Los cuatro platos que sirvieron no eran tan delicados como las creaciones de Loto, pero la elegancia de la presentación indicó a la joven pareja que se hallaban en compañía de un hombre rico e importante.

—Mi joven amiga, entonabas el «Canto del dragón de agua» con tanto entusiasmo y melancolía… —dijo el pescador después del segundo brindis—. Resulta excepcional que hayas captado el sentimiento que contiene la letra a tu tierna edad.

—Todos los literatos han lamentado el destino de nuestro país desde que la corte song se retiró al sur. Zhang Yuhu expresó emociones similares en «Preludio a seis provincias». Loto se puso a cantar:

Oí que nuestros compatriotas salieron del norte,
a menudo miraban hacia el sur
para ver el cortejo del emperador.
Verlos llena a los viajeros de ira y piedad.
Verlos llena los ojos de lágrimas.

El pescador golpeó la mesa al compás, cantó los dos últimos versos de nuevo y volvió a servir vino a sus invitados. Brindaron tres veces más.

Hablaba de poesía con pasión y Loto respondía igual de animada, adaptando los comentarios de su padre. Pero, en el fondo, sabía que era demasiado joven para entender la preocupación por el rey y el país que expresaban aquellos versos.

Muy conmovido por las ideas de Loto y la elegancia con la que se expresaba, el pescador volvió a golpear la mesa una y otra vez en señal de apasionada aprobación. Guo Jing comprendía apenas la conversación, pero le gustó ver la reacción del pescador.

Pronto anocheció y un velo de bruma cubrió el lago.

—Mi humilde morada se encuentra a orillas del lago. ¿Me permitiríais la audacia de interrumpir vuestro viaje durante unos días? —Antes de que respondieran, el pescador añadió—: Tengo la suerte de que mi casa está rodeada de belleza natural, y dado que mis jóvenes amigos han venido al lago Tai para disfrutar del paisaje, por favor, no penséis que sería abusar.

—Bueno, entonces le molestaremos, maestro Lu —respondió Guo Jing, conmovido por la invitación sincera de Lu.

Contento porque sus nuevos amigos hubieran accedido a quedarse en su casa, el pescador pidió al joven sirviente que los llevara hasta la orilla para que Guo Jing y Loto pudieran devolver su barca.

—Volveremos una vez que hayamos acomodado a nuestros caballos —dijo Guo Jing cuando él y Loto pisaron tierra.

—Conozco a los habitantes de esta zona; por favor, permitidle que atienda vuestras necesidades —respondió el pescador señalando al joven sirviente, que en ese momento se encontraba a su lado en la orilla.

—Mi caballo es de mal temperamento; es mejor que me encargue de acomodarlo personalmente.

—En ese caso, esperaré vuestra llegada.

Tras esas palabras, el pescador y su esquife desaparecieron tras un grupo de sauces llorones.

2

Después de que devolvieran el bote de remos y recuperaran los caballos, el joven sirviente condujo a Guo Jing y a Loto hasta una casa situada a un *li* por la costa, desde donde subieron a una embarcación más grande. Seis remeros robustos los llevaron por el lago durante varios *li* hasta un embarcadero de piedra situado en una isla con una serie de edificios y pabellones interconectados con corredores cubiertos.

La joven pareja cruzó una mirada de sorpresa. ¡Qué mansión tan espléndida para un simple pescador!

Al otro lado de un imponente puente de piedra que conducía a la puerta de la mansión, los aguardaba un joven de dieciocho años delante de una fila de media docena de sirvientes.

El chico dio un paso al frente.

—Mi padre me ha pedido que os dé la bienvenida a la Mansión de la Nube Errante.

Guo Jing y Loto rodearon un puño con la palma de la otra mano en un gesto de gratitud, y quedaron asombrados por el parecido que guardaba el muchacho con su padre. Se trataba, en efecto, de una versión joven y robusta del pescador. Llevaba una túnica de fina seda sobre la ancha espalda y el musculoso torso.

—Por favor, llamadme por mi nombre de pila, Laurel —dijo el joven con tono deferente mientras los guiaba.

Había un abismo entre esa mansión y la arquitectura imponente pero sencilla que Guo Jing había encontrado en el norte. En esa casa cada viga y cada pilar estaban grabados y pintados siguiendo una temática decorativa elaborada. Pero eran el trazado y la disposición de

los caminos y senderos lo que llamó la atención a Loto cuando los guiaron por la finca. Tras cruzar tres patios, por fin alcanzaron su destino.

—¡Pasad, por favor! —oyeron que decía el pescador.

—Debido a su indisposición, mi padre os recibirá en el estudio este.

Lu Laurel los condujo rodeando un gran biombo hasta una puerta abierta.

Sentado en un sofá, con un abanico blanco de plumas de oca en la mano, ahora el pescador vestía una túnica de erudito. Juntó las manos en señal de bienvenida y los invitó a sentarse. Lu Laurel permaneció atento en un rincón del estudio.

Loto miró en derredor. Estaba llena de artefactos y libros antiguos, con bronces y jades de época expuestos por todas partes. Sus ojos se posaron en el rollo de agua tinta de un erudito de mediana edad, que colgaba de la pared. La melancólica figura se hallaba en pie con la mano posada en la empuñadura de su espada; daba la impresión de suspirar hacia un patio vacío, bajo un cielo iluminado por la luna. En la parte superior izquierda de la imagen aparecía inscrito un poema lírico:

Anoche el grillo de otoño cantaba sin parar.
Asustado por la tierra de los sueños a un millar de li*,*
la medianoche ya había pasado.
Fuera de la cama, en el patio, paseando,
me encontraba solo.
Más allá de las persianas, la luna tenía un velo de niebla.

Luchar por el honor y el rango ha encanecido mi cabello.
Los antiguos pinos y bambúes de la vieja montaña
se yerguen en el camino de regreso.
Deseo confiar en la música de mi cítara,
pero ¿quién me escuchará?
¿Quién me oirá cuando se rompa mi cuerda?

Loto recordó a su padre enseñándole el poema, y entonces leyó la

firma: «Garabateado por el Lisiado de los Cinco Lagos, enfermo.» Debía de haberlo pintado su anfitrión, aunque Loto tenía dudas de lo enfermo que podría haber estado entonces. Las pinceladas poderosas cortaban como una espada, como si cada trazo pudiese perforar el papel y echar a volar.

Al advertir el interés de Loto en la pintura, el señor Lu dijo:

—Hermano, por favor, hónranos con tus pensamientos.

—Espero no ser impertinente —respondió Loto—. La obra retrata parte de la frustración expresada en «Colinas superpuestas», de Yue Fei. Sin embargo, el general Yue quería emprender acciones militares contra los yurchen después de que se anexionaran la parte norte de nuestro reino. Creía que repeler a los invasores era su obligación para con el pueblo, pero la corte imperial estaba más interesada en negociar tratados de paz y nadie escuchó el alegato de Yue Fei. Aunque se opuso a ultranza a las negociaciones con los jin, no deseaba desafiar abiertamente a la corte.

»Es como si la indignación, la sensación de agravio, alimentara la creación de vuestra obra, señor. Las pinceladas están imbuidas de poderío, pero también son afiladas y puntiagudas, como si el pincel luchara a muerte contra su némesis. En ese sentido, quizá no encaja del todo con la impotencia y preocupación que sintió Yue Fei por el país y el pueblo.

»En una ocasión oí que, para dominar el arte del pincel, nunca debía perseguirse la fuerza a expensas de los matices más sutiles del control.

El señor Lu suspiró y no dijo nada.

—Perdonad que me deje llevar por mis palabras, señor Lu.

Loto había repetido como un loro la interpretación de su padre del poema y sus opiniones sobre el arte. No había pensado que perturbaría tanto a su anfitrión.

Sus palabras sacaron al señor Lu de su melancolía y ahora parecía complacido.

—Hermano Huang, por favor, no hay necesidad de disculparse. Sois la primera persona que percibe el estado en el que me hallaba cuando creé esa obra. No os imagináis la alegría que me produce dicha comprensión. Nunca he podido evitar que mis pinceladas fueran

demasiado afiladas y agradezco el recordatorio. —El señor Lu se volvió entonces hacia su hijo—. Ve a decir que preparen el banquete.

El joven dejó el estudio en silencio con una inclinación de cabeza.

—Hermano, eres un verdadero entendido —continuó—. Estoy seguro de que vienes de una familia culta. ¿Puedo preguntarte el nombre de tu padre?

—No merezco tales alabanzas, señor. Mi padre dirige una academia en el campo. Su nombre no es conocido.

—El mundo suspira ante un talento tan desperdiciado.

Tras un suntuoso festín, regresaron al estudio.

—Las cuevas del Maestro Celestial Zhang y el Ermitaño Shan Juan el Virtuoso son algunos de los lugares más excepcionales que existen bajo el cielo y se encuentran a escasa distancia de aquí —dijo el señor Lu—. Por favor, quedaos unos días y explorad a vuestro antojo. ¿Os gustaría retiraros a dormir ya?

Guo Jing y Loto se levantaron para marcharse. Cuando salía, Loto advirtió ocho piezas de hierro clavadas al dintel de la puerta del estudio. Las franjas de metal tenían el perfil de los Ocho Trigramas, si bien se hallaban en desorden, de forma inclinada y asimétrica. Guardándose aquel descubrimiento para sí, siguió a Guo Jing y al sirviente fuera del estudio.

La habitación de invitados se hallaba elegantemente amueblada con dos lechos con ropa de cama de buen gusto. El criado les llevó té.

—Si mis señores necesitan algo, por favor, utilicen la campanilla que hay junto a la cama. Estaremos a su servicio al instante. ¿Puedo pedirles, señores, que permanezcan en la habitación durante la noche? —Y tras estas palabras, cerró las puertas con suavidad.

—Hay algo extraño en este lugar. ¿Por qué nos ha dicho que no salgamos de aquí? —Loto habló en voz baja.

—Quizá no quieran que nos perdamos. La mansión es enorme, y los caminos son enrevesados.

—Está construida de un modo extraño —dijo ella, pensando en la distribución de las habitaciones—. ¿A qué crees que se dedica nuestro

anfitrión?

—¿Será un funcionario retirado?

Loto negó con la cabeza.

—Tiene adiestramiento en artes marciales. Probablemente se trate de un maestro. ¿Has visto los Ocho Trigramas de hierro encima de la puerta del estudio?

—¿Eh?

—Están dispuestos para practicar la Palma que Hiende el Cielo. Mi padre intentó enseñármela, pero era un aburrimiento; lo dejé al cabo de un mes. Nunca habría imaginado que me lo encontraría aquí.

—El señor Lu no nos quiere causar ningún daño. Haz como si no lo hubieras visto.

Asintiendo con una sonrisa, Loto movió la palma de la mano en dirección a la vela y la luz se apagó con un siseo.

—¡Impresionante! ¿Eso era la Palma que Hiende el Cielo?

—Es todo lo que sé. Vale para alardear, pero no tiene ninguna utilidad en combate.

3

Poco después de medianoche, el toque bajo de una caracola lejana despertó a Guo Jing y a Loto de golpe. Al cabo de un momento, se oyó un gruñido similar procedente de otra dirección. Una llamada y una respuesta, mensajes transmitidos en la distancia.

—Echemos un vistazo —susurró Loto.

—Nos han dicho…

—Vamos, sólo una ojeada.

Abrieron una ventana y se asomaron al patio. Había hombres que corrían de un lado para el otro portando faroles. En el tejado había unas sombras en cuclillas. El metal destellaba con el movimiento de las luces. Los hombres del patio no tardaron en marchar en formación. Loto cogió a Guo Jing de la mano y fue a la ventana del otro lado de la habitación. No había ni un alma a la vista. Saltó afuera e indicó a Guo Jing que hiciera lo mismo. En lugar de seguir al grupo, Loto se

encaminó en la dirección contraria. Los hombres armados del tejado no repararon en que los invitados habían salido de su habitación.

No había un solo sendero que siguiera una línea recta. Deambularon hacia la izquierda y serpentearon a la derecha. En cada rincón del recinto, los barandales, edificios y vegetación eran idénticos. Guo Jing se hallaba totalmente perdido; Loto, sin embargo, avanzaba a toda prisa sin vacilar, como si estuviera en su casa. Una y otra vez, Guo Jing estaba seguro de que se hallaban en un callejón sin salida, pero Loto se abría camino por un pasaje oculto a través de una montaña artificial o saltaba unos arbustos y el camino reaparecía de repente. Cada vez que Guo Jing pensaba que habían alcanzado el perímetro exterior de la finca, Loto encontraba la entrada a otro patio o jardín tras una mampara o un árbol. A menudo dejaba atrás la entrada abierta de una verja y empujaba el muro para revelar una puerta oculta.

—¿Cómo puedes orientarte?

Loto se llevó un dedo a los labios. Giró media docena de veces más antes de detenerse ante el muro del jardín posterior. Miró alrededor, contando con los dedos mientras caminaba.

—Trueno en el Primero, Renuencia en el Tercero, Alimento en el Quinto, Regreso en el Séptimo, Tierra... —Los cálculos que mascullaba Loto no tenían ningún sentido para Guo Jing.

Al final Loto se detuvo.

—Ya está. Podemos salir de aquí. El resto del muro está lleno de trampas.

Cuando se hallaron a salvo en el exterior, Loto se lo explicó.

—La mansión fue construida según las directrices de los Sesenta y Cuatro Hexagramas de Fuxi el Soberano, lo que se deriva del conocimiento de las Puertas Misteriosas y los Ocho Trigramas. Mi padre es un experto en el tema. Este lugar puede confundir a la mayoría de la gente, pero no a mí.

Loto se dirigió a la cima de la pequeña colina situada detrás de la mansión para tener una buena perspectiva. Al este, una procesión de faroles y antorchas se abría paso hacia el lago Tai. Tiró a Guo Jing de la manga y corrieron juntos hasta la orilla, utilizando su kung-fu de

ligereza. Cuando estuvieron cerca del agua, se ocultaron detrás de una gran roca.

Grupos de hombres subían a bordo de una flota de barcos pesqueros anclados a lo largo de la orilla. En el momento en que cada hombre subía a bordo, apagaba su luz de un soplido. Una vez que el último hubo embarcado, el lago volvió a sumirse en la oscuridad, proporcionando a la joven pareja la cobertura que habían estado esperando. Saltaron en silencio a la popa de la embarcación más grande cuando zarpaba y subieron hasta la cubierta de la cabina. Echaron un vistazo entre los huecos del toldo de bambú y se sorprendieron al reconocer al hijo del anfitrión, Lu Laurel, sentado debajo.

La flota navegó varios *li* por el lago Tai. Entonces se oyó otra vez la caracola. Un hombre salió de la cabina para hacer sonar una respuesta desde la proa. La barcaza cubrió varios *li* más y alcanzó una parte del lago que se hallaba salpicada de esquifes hasta donde alcanzaba la vista, como si incontables gotas de tinta salpicaran una gran hoja de papel verde.

Se oyeron tres toques de la caracola y la barcaza echó el ancla. Una docena de botes pequeños se acercaron velozmente desde todas las direcciones. Podía tratarse de un ataque. La joven pareja valoró la idea, pero la actitud Lu Laurel no reflejaba preocupación alguna.

Las lanchas se acercaron y unos hombres comenzaron a subir a bordo de la embarcación de Lu Laurel por tríos o parejas. Se inclinaban con gesto deferente hacia el joven y, a continuación, se dirigían a sus asientos. Había una jerarquía clara: algunos de los que habían llegado temprano se sentaban en la parte posterior mientras que otros tenían un sitio cerca de la parte delantera. En lo que se tarda en tomar una jarra de té, todo el mundo se había acomodado. Los hombres iban vestidos como pescadores, pero todos ellos tenían porte marcial, duro y fuerte. Era imposible que se ganaran la vida pescando sin más.

Lu Laurel levantó la mano y tomó la palabra.

—Hermano Zhang, ¿qué noticias traes?

Un hombre enjuto y compacto se puso en pie.

—El emisario jin cruzará esta noche. El comandante Duan estará aquí en unas dos horas. Su llegada se ha retrasado porque ha estado robando y extorsionando por el camino con el pretexto de que encabezaba la comitiva de bienvenida para las fuerzas yurchen.

—¿Qué ha conquistado?

—Todas las ciudades y provincias han ofrecido sus respetos. Sus soldados han saqueado cada pueblo por el que han pasado. He visto que sus hombres cargaban con más de veinte cofres, y parecían muy pesados.

—¿Y las tropas?

—Dos mil de caballería y otros tantos de infantería. Pero no hay barcos suficientes. Sólo cruzarán mil soldados de infantería.

—¿Qué me decís, hermanos?

—¡Seguiremos la orden de nuestro líder! —gritaron todos al unísono.

—Nos han arrebatado el sustento de nuestro pueblo. Han tomado por la fuerza lo que pertenece al lago Tai. —Lu Laurel cruzó los brazos a la altura del pecho—. No va contra la Ley del Cielo reclamar lo que es nuestro. ¡Y lo reclamaremos todo!

Los hombres estallaron en vítores.

—Distribuiremos la mitad de nuestro botín entre los pobres que viven alrededor del lago —continuó—. El resto se repartirá entre las tripulaciones.

Guo Jing y Loto lo comprendieron entonces. Esos hombres eran piratas, y Lu Laurel era su líder.

—¿A qué estamos esperando? —rugió Lu Laurel, antes de volverse hacia el hermano Zhang—. Llevaos cinco esquifes para el reconocimiento.

El hombre desembarcó con un gesto brusco de asentimiento.

A continuación impartió órdenes a su banda de forajidos, asignando la vanguardia, la reserva, los fantasmas de agua que hundirían la flota del emisario jin, cuadrillas para apoderarse de los objetos de valor y para vigilar a los prisioneros… Aquel joven de voz suave y aire de erudito estaba resultando ser un capitán de rufianes muy seguro de sí mismo.

—¿Acaso no hemos ganado ya suficiente con los mercaderes ricos? —dijo un pirata, justo cuando todos se marchaban para ocupar sus puestos—. ¿De verdad necesitamos hacer la guerra a funcionarios del gobierno? ¿Qué va a ser de nosotros? El gran emisario imperial jin no es el tipo de enemigo que nos hace falta.

Guo Jing y Loto reconocieron al que hablaba de inmediato: Ma Qingxiong el Valiente, un aprendiz de Hector Sha, el Rey Dragón, y uno de los Cuatro Demonios del Río Amarillo. ¿Cómo se había visto envuelto con esa banda de ladrones?

—Hermano Ma, eres nuevo en nuestra tripulación, y quizá no estés familiarizado con nuestras reglas. —El rostro de Lu Laurel se ensombreció y su voz resonó por encima de los abucheos de los piratas—. Todos y cada uno de nosotros estamos comprometidos con nuestra misión, por entero y sin discrepancia. Nuestra fuerza podría quedar aniquilada esta noche, pero no lamentaremos entregar nuestras vidas.

—¡Haced lo que os plazca! ¡Yo no quiero tener nada que ver con este cenagal!

Ma Qingxiong, el Látigo Raptor de Almas, se dio media vuelta y buscó una salida de la cabina.

Dos hombres le cerraron el paso.

—¡Le cortaste la cabeza a una gallina y juraste compartir todas nuestras fortunas y desgracias! —gritó uno.

—¡Apartaos de mi camino!

Ma Qingxiong atacó con los puños y los dos hombres cayeron a un lado. Corrió hacia la cubierta abierta al tiempo que una ráfaga de aire se le acercaba por detrás, luego giró para fintar, sacándose de la bota una daga con cuya hoja arremetió contra su perseguidor con un ataque de revés.

Lu Laurel apartó el arma y lanzó la otra palma. Ma Qingxiong se volvió y empujó. Volvió a alzar el cuchillo.

Al principio, Guo Jing estaba preocupado por Lu Laurel. Sin embargo, en unos pocos movimientos, el hijo de su anfitrión había pasado a la ofensiva y Ma Qingxiong sólo podía desplazarse y virar una y otra vez en la estrecha cabina.

¿Por qué era ahora tan débil el kung-fu del Látigo Raptor de Almas? Guo Jing estaba sorprendido, pero enseguida pensó: «A mí me atacaron los Cuatro Demonios juntos, en Mongolia. Esta vez Ma Qingxiong está solo en territorio enemigo.»

Guo Jing no sabía que era el enorme progreso de sus propias habilidades marciales lo que a sus ojos convertía a Ma en un luchador mucho menos amenazador. Sólo en los dos últimos meses había aprendido una de las formas más poderosas de kung-fu conocidas en el *wulin,* la Palma Domadora de Dragones. Cada consejo y sugerencia que había recibido de Cuenta Hasta Siete Hong durante su instrucción era una perla de suprema sabiduría marcial de uno de los maestros más grandes de la época. Los conocimientos de Hong estaban muy por encima de la pericia colectiva de sus *shifus*, los Siete Fenómenos del Sur. Si bien Guo Jing apenas comprendía una décima parte de lo que le había dicho Cuenta Hasta Siete, guardaba con celo cada palabra en su mente. Eso solo ya bastaba para que su habilidad marcial estuviera en pie de igualdad con la de sus maestros. Por eso, en comparación, Ma Qingxiong le parecía ahora insignificante.

Lu Laurel se abalanzó contra él y le asestó un puñetazo con la izquierda en el pecho.

Ma Qingxiong se tambaleó y se inclinó hacia atrás. Dos hombres derribaron al Látigo Raptor de Almas con sus sables y lo mataron al instante. Luego arrojaron su cuerpo ensangrentado y sin vida al lago.

—¡Hermanos, que el valor sea nuestra consigna! —gritó Lu Laurel.

Los piratas volvieron a sus embarcaciones con un rugido creciente de adhesión.

Miles de remos impulsaron la flota con rumbo este. La barca de Lu Laurel cerraba la retaguardia mientras se deslizaban por el oscuro lago.

Los piratas pronto atisbaron a un escuadrón de varias docenas de barcos iluminados que navegaban hacia el oeste.

«¡Será el convoy del gobierno!» Con esa idea en la cabeza, Guo Jing y Loto escalaron el mástil para ver mejor. Se sentaron en la verga, ocultos por la vela.

La flota pirata se aproximaba a gran velocidad a los barcos del

gobierno. Desde uno de los esquifes de exploración resonó una caracola. Momentos después, Guo Jing y Loto oyeron gritos lejanos, ruidos metálicos y sonidos de salpicaduras procedentes del lago.

Entonces un estallido de fuego envolvió la flotilla jin, iluminando el cielo nocturno y tiñendo el agua oscura de color carmesí.

Un grupo de lanchas se deslizaron hasta la barcaza de Lu Laurel.

—Hemos capturado al alcaide de la fortaleza. ¡Ha perdido toda su flota y con ella la infantería jin!

Visiblemente alborozado, el jefe pirata se plantó en la proa y bramó:

—¡Continuad así! ¡Capturemos al embajador jin!

—¡Sí, mi capitán!

Los mensajeros se alejaron a toda velocidad para comunicar la orden.

«¡Ése es Wanyan Kang! ¿Qué sucederá?» Guo Jing y Loto se cogieron de la mano al pensar en el amor de Mu Piedad.

Llamados por un coro de caracolas de mar, los saqueadores izaron las velas y se dirigieron a toda velocidad hacia el oeste con el viento del este propio de mediados de verano. La barcaza de Lu Laurel, equipada con la vela más grande, encabezó la marcha en busca del emisario jin. Guo Jing y Loto también se vieron transportados por la aventura de la persecución. Animados por el viento que soplaba a su espalda, el cielo resplandeciente y la niebla que se extendía delante, sintieron ganas de cantar a pleno pulmón.

El cielo comenzó a clarear por el este. Para entonces, los piratas llevaban dos horas acosando a la flota jin. Dos lanchas se deslizaban cerca de la barcaza. A bordo de la primera, un pirata hizo ondear una bandera verde, apuntando al barco más grande.

—¡La flota jin está a la vista! El capitán Ke lidera el asalto —gritó.

—¡Excelente! —respondió Lu Laurel desde su barcaza.

No tardó en aproximarse otra barca pequeña.

—¡El perro jin tiene las uñas afiladas! El capitán Ke está herido. El capitán Peng y el capitán Dong están luchando juntos contra él.

Poco después, dos piratas trasladaron inconsciente al capitán Ke hasta la barcaza. Lu Laurel se apresuró a examinarle las heridas. Justo entonces llegaron otras dos lanchas con el capitán Peng y el capitán

Dong. Ambos estaban heridos y portaban la noticia de la muerte del contramaestre Guo, del Dongting, en el oeste. El embajador jin lo había atacado con una lanza y había caído al agua.

—¡Mataré a ese perro rabioso yo mismo! —bramó Lu Laurel.

Guo Jing y Loto estaban enfadados por la brutalidad con que Wanyan Kang trataba a sus propios compatriotas. Aun así, también les preocupaba su seguridad, pues Piedad le había entregado su corazón.

—¿Deberíamos ayudarlo? —preguntó Loto en voz baja.

Guo Jing hizo una pausa antes de contestar.

—Lo salvaremos, pero debe bajar esos humos.

Loto asintió y señaló a Lu Laurel cuando éste subía a bordo de una lancha.

—Sigámoslo.

Estaban listos para saltar a otro esquife cuando un gran bramido se elevó desde el lago y fue extendiéndose de un pirata a otro. La flota del emisario jin se hundía lentamente, barco a barco. Los piratas, el azote de las aguas, habían logrado destruir los barcos enemigos.

Izaron la bandera verde de nuevo. Un contramaestre voceó desde una de las dos lanchas que se acercaban:

—¡El perro jin está en el agua!

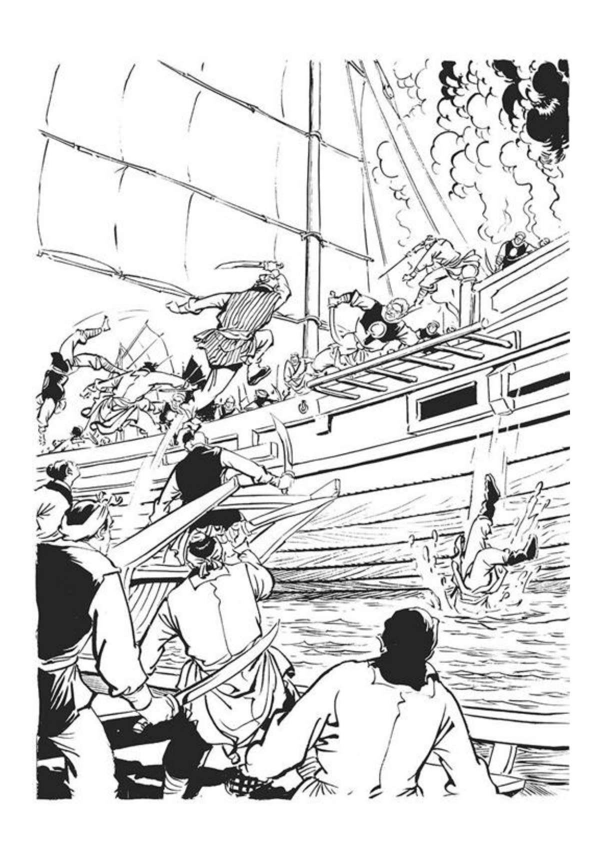
—¡Lo tenemos! —informó otro.

Al oír la noticia, Lu Laurel volvió a subirse a su barco.

Pronto las caracolas sonaban en todas las direcciones. Condujeron al embajador jin, a su guardia personal y a sus empleados hasta la barcaza de Lu Laurel en unos cuantos esquifes.

Atado de pies y manos, Wanyan Kang mantenía los ojos cerrados con fuerza, aunque su pecho sufría sacudidas. Al parecer había tragado bastante agua.

Para entonces, el sol naciente había ahuyentado los últimos vestigios de la noche. Rayos de luz danzaban en las olas como si miles de serpientes doradas se deslizaran por la superficie del lago.



—¡Capitanes, regresad a la Mansión de la Nube Errante! Contramaestres, llevad a vuestras tripulaciones de vuelta al campamento. Esperad instrucciones para el reparto del botín —declaró Lu Laurel, a lo que siguieron vítores atronadores.

La flota pirata se dispersó en cuatro direcciones, acompañada de volutas de bruma que se ceñían perezosamente a la brisa matinal.

El lago Tai recuperó su calma habitual. Bandadas de gaviotas se elevaban y descendían en picado mientras las colinas verdes asomaban a lo lejos.

Guo Jing y Huang Loto esperaron hasta que hubo desembarcado el último pirata para saltar a la orilla. Entraron en la mansión como habían salido, a través del muro que rodeaba el jardín trasero.

Esa mañana, los sirvientes habían acudido a su habitación varias veces y habían dado por sentado que dormían hasta tarde a causa del largo viaje del día anterior. En cuanto Guo Jing abrió la puerta, dos criados se apresuraron a entrar con una bandeja de desayuno en la que llevaban fideos y xiaolongbao.

—El señor Lu agradecería que le honrarais con vuestra presencia después del desayuno.

Guo Jing y Loto comieron rápido y siguieron a los sirvientes hasta el estudio.

—Anoche hizo mucho viento. Espero que no perturbara vuestro sueño —dijo el señor Lu con una sonrisa de disculpa.

—Hemos dormido muy bien, gracias —respondió Loto de inmediato, pues sabía que Guo Jing no sería capaz de inventarse una excusa lo bastante rápido y podría revelar su paradero durante la noche anterior—. ¿Hubo algún ritual para saciar a los espíritus hambrientos? Nos pareció oír el sonido de una caracola en plena noche.

El señor Lu sonrió y cambió de tema.

—Me encantaría que me dierais vuestra opinión sobre mi pequeña colección de caligrafía y pinturas.

Ordenó a los criados que le llevaran las obras de arte. Loto admiró los rollos uno a uno; Guo Jing los observaba sin saber qué pensar.

De pronto la paz del estudio se vio interrumpida por voces, gritos y fuertes pisadas; parecía alguien huyendo de un grupo de perseguidores.

—¡Jamás encontrarás la salida de la Mansión de la Nube Errante!

¡Pam! Las puertas del estudio se abrieron de golpe. Un hombre irrumpió chorreando. Guo Jing y Loto lo reconocieron de inmediato: ¡Wanyan Kang!

—Mira la pintura, no a él —susurró Loto, al tiempo que tiraba de la manga a Guo Jing.

Bajaron la cabeza y fingieron estudiar los rollos.

Wanyan Kang había caído al lago cuando su barco se hundió. No sabía nadar, y sus conocimientos marciales no le servían de nada en ese medio. Había tragado mucha agua y había quedado inconsciente. Cuando recuperó el conocimiento, se encontró atado de pies y manos. Lo habían conducido ante Lu Laurel a punta de cuchillo para ser interrogado. En el momento en que le retiraron la hoja del cuello, reunió su fuerza interna y rompió las ataduras mediante la Palma Rompecorazones. Con un rápido balanceo de los brazos se había zafado de los dos guardias que intentaban sujetarlo. Echó a correr por el primer camino que encontró.

Lu Laurel no se había preocupado demasiado cuando su prisionero rompió las ligaduras. Como había deducido Loto, la Mansión de la Nube Errante se había construido conforme a las reglas de las Puertas Misteriosas y los Ocho Trigramas. Sin un guía familiarizado con el trazado o informado acerca de los conceptos subyacentes a su construcción, Wanyan Kang no conseguiría salir nunca de allí. Sin embargo, cuando Lu Laurel entró corriendo en la estancia pisándole los talones a Wanyan Kang, lo adelantó y se puso delante de su padre para protegerlo. Los capitanes piratas formaron una fila en la puerta para cerrar la única salida del estudio.

Al darse cuenta de que estaba atrapado, Wanyan Kang apuntó con el dedo a Lu Laurel.

—Habéis hundido mi flota con vuestros sucios trucos. Se reirán de vosotros en el *jianghu*.

—¿Qué sabe un príncipe jin del *jianghu*? —se mofó Lu Laurel.

—Tenía entendido que los héroes del sur eran hombres de honor. Bueno, tras veros en acción personalmente, ¡he descubierto que esa reputación es inmerecida! —Los piratas gruñeron, pero Wanyan Kang continuó sin inmutarse—. Una banda de granujas y cobardes que sólo han tenido suerte por el mero hecho de ser muchos, ¡eso es lo que sois!

—¿Aceptarás tu destino si te derrotamos en combate cuerpo a cuerpo?

Wanyan Kang sonrió para sí. «¡Ha caído en mi provocación!»

—Me dejaré maniatar sin más. ¿Quién queréis que demuestre su destreza marcial primero?

Se puso los brazos a la espalda y recorrió la estancia con la mirada, fijándose en cada uno de los piratas con desprecio.

—¡Este viejo desplumará a este pavo real extranjero!

El capitán Shi, conocido como la Tortuga Dorada, cargó contra Wanyan Kang. Atacó con los puños los puntos vitales del Gran Sol del príncipe, en las sienes, en un movimiento conocido como Campana y Tambor.

Muy erguido, con las manos a la espalda todavía, Wanyan Kang se volvió de un modo casi imperceptible y esquivó los puñetazos sin problemas. Con un giro de la mano derecha, agarró al capitán Shi por la espalda y lanzó la fornida mole del pirata hacia la puerta.

—Será un placer probar vuestro excelente kung-fu en el patio —dijo Lu Laurel, y señaló el exterior.

Lu Laurel sabía que ninguno de sus hombres derrotaría a Wanyan Kang, era demasiado rápido y brutal, y no podía permitir que la pelea se desarrollase cerca de su padre y los invitados, porque no tenían adiestramiento en artes marciales y podrían resultar heridos.

—¿Por qué no aquí? —Wanyan Kang estaba convencido de que podía derribar a su captor en un abrir y cerrar de ojos—. Por favor, honradme con vuestro primer movimiento.

—Eres nuestro invitado; el primero es tuyo.

Wanyan Kang lanzó la palma izquierda en una finta que ocultaba la Garra de los Nueve Esqueletos Yin, con la que desgarró el pecho de Lu Laurel.

El joven amo de la Mansión de la Nube Errante se mantuvo firme. Encorvando los hombros de manera que su torso quedase fuera del alcance de su rival, asestó un puñetazo directo al codo del príncipe. Al mismo tiempo, intentó clavarle dos dedos en los ojos.

La velocidad del ataque tomó a Wanyan Kang por sorpresa, obligándolo a hacerse a un lado. Arremetió con una mano en forma de garra en un Aferra e Inmoviliza y agarró a su captor del brazo. Lu Laurel se retorció para soltarse, luego dispuso los brazos en círculo con los pulgares extendidos, en un Abraza la Luna. Wanyan Kang reconoció la potencia del movimiento y adoptó la primera técnica defensiva de la secta Quanzhen.

En calidad de alumno del abad Bosque Marchito, del templo Entre Nubes, en Lin'an, Lu Laurel estaba versado en las técnicas de pugilismo de la secta Nube Inmortal. Como rama del templo Shaolín del monte Song, en Henan, su kung-fu, junto con el de la secta Quanzhen, se consideraba una parte fundamental del linaje marcial ortodoxo, pero era la primera vez que se enfrentaba a alguien tan fuerte. Pisando con cuidado, mantuvo los brazos pegados al cuerpo para esquivar las salvajes garras de Wanyan Kang. Tenía los pies listos para asestar una patada en cuanto viera un hueco en la defensa del príncipe jin.

Puños y pies volaban cada vez más rápido. Los dos jóvenes ya no eran más que contornos borrosos que revoloteaban por la habitación.

Por miedo a que Wanyan Kang los reconociera, Loto y Guo Jing se habían retirado detrás de las estanterías de libros para observar el combate.

Wanyan Kang había esperado derrotar enseguida a Lu Laurel, y lo habría hecho de no haber estado tan afectado por la terrible experiencia de esa noche.

«Si dejo que esta pelea dure mucho más, me quedaré sin fuerzas para enfrentarme a otro contrincante.» Con ese pensamiento en mente, redobló sus esfuerzos, empleando algunos de sus movimientos más brutales.

¡Pam! Lu Laurel recibió un puñetazo en el hombro. Retrocedió varios pasos, tambaleante.

Saboreando el golpe, el príncipe jin arremetió de nuevo contra él. De pronto un dolor abrumador le sacudió el pecho. ¿Cómo le había devuelto su rival el golpe mientras retrocedía?

El kung-fu de Lu Laurel se basaba en la agilidad y la fuerza muscular. Enfatizaba la colaboración entre los pies y las manos: su técnica ofensiva más potente consistía en un repertorio de patadas.

«Un tercio de puños, dos tercios de patadas» y «Las manos son puertas, patea para ganar» eran mantras conocidos de ese estilo.

Lu Laurel se tambaleó y, aun así, golpeó con la pierna izquierda a Wanyan Kang, rápido como el rayo, en una patada conocida como Flecha al Corazón. Había trabajado en ese movimiento desde que era un niño, tirando, extendiendo y elevando el tobillo mediante una cuerda que pasaba por una viga del techo. La velocidad, la fuerza y el ángulo elevado extremo hacían que la patada resultase del todo imposible de esquivar.

Wanyan Kang sintió que se quedaba sin aire, pero aun así consiguió girar la mano derecha y clavarle los cinco dedos en la pantorrilla antes de que Lu Laurel pudiese retirarse.

—¡Abajo!

Le golpeó con la otra palma en la cadera. Lu Laurel perdió el equilibrio. Al fin y al cabo, sólo se apoyaba en una pierna. El joven salió volando directo hacia su padre.

Contra todo pronóstico, el señor Lu apoyó una mano en la espalda de su hijo y lo depositó en el suelo con facilidad. Una línea escarlata en el suelo señalaba la trayectoria del joven.

—¿Qué relación tienes con Viento Oscuro Doblemente Infame? —siseó el señor Lu.

Huelga decir que todos los presentes, salvo Loto y Guo Jing, se quedaron pasmados ante la reacción del señor Lu. Incluso Lu Laurel había dado por sentado que la discapacidad de su padre y su interés por la música y la literatura lo excluían de cualquier conocimiento auténtico de las artes marciales. Pero la mano que lo guió hasta el suelo era firme y segura. El toque de un maestro.

—¡Jamás he oído hablar de ese Viento Oscuro Doblemente Infame! —dijo Wanyan Kang con desdén. Ciclón Mei llevaba años enseñándole

kung-fu, pero él no sabía cómo se llamaba, y mucho menos su pasado.

—Entonces, ¿quién te ha enseñado la Garra de los Nueve Esqueletos Yin?

—¡No tengo tiempo para esto! —Wanyan Kang se volvió para marcharse.

Los piratas alzaron sus armas de inmediato.

—¿Acaso no sois honorables hombres de palabra? —inquirió el príncipe jin con retintín.

—Los héroes del lago Tai nunca faltan a su palabra. —Un pálido Lu Laurel hizo una seña a sus hombres para que se retiraran y éstos obedecieron a regañadientes—. El capitán Zhang te acompañará a la salida.

—Sígueme —ordenó el pirata, que fulminó a Wanyan Kang con la mirada.

—¿Y mi séquito?

—Ellos también serán liberados —concedió Lu Laurel.

—¡La palabra de un caballero es tan cierta como la fusta de un jinete! —Wanyan Kang alzó el pulgar en señal de aprobación—. Capitanes, que os vaya bien.

Altanero por su victoria, el príncipe jin juntó las manos y dedicó un saludo burlón a cada pirata.

—Complace a este anciano y muéstrame una vez más la Garra de los Nueve Esqueletos Jin —dijo el señor Lu en tono suave.

—Estaré encantado de complaceros.

—Pa...

—Aún no la domina; no hay de qué preocuparse. —El señor Lu se volvió hacia Wanyan Kang—. No puedo caminar, así que tienes que acercarte.

Wanyan Kang se quedó quieto con una mirada de desdén.

—Me gustaría probar tu kung-fu en nombre de mi padre.

A pesar de la herida y la derrota casi segura, Lu Laurel no podía permitir que su padre se pusiese en peligro.

—Será un placer —dijo el príncipe jin.

—¡Apártate, hijo!

El señor Lu dio un golpecito en su asiento y al instante se impulsó a

través del estudio, con la palma izquierda en alto, listo para golpear la cabeza del príncipe jin.

Wanyan Kang levantó el brazo para bloquearlo, pero, en lugar de dolor, sintió una ligera tensión en torno a la muñeca. Entonces, los contornos de manos y palmas se cruzaron ante sus ojos. Una mano derecha le golpeó en el hombro. El príncipe jin nunca había visto un kung-fu de agarre tan veloz. Defendiéndose con una mano, le costó librarse de las del señor Lu.

Entretanto, los pies del señor Lu no habían tocado el suelo. El peso de todo su cuerpo rebotó en la muñeca de Wanyan Kang. Su palma atacó al príncipe como el rayo, con cinco o seis golpes brutales en el lapso de un segundo.

Wanyan Kang se volvió, pataleando sin parar, pero no podía liberarse ni devolver los golpes del señor Lu.

La sala se llenó de exclamaciones de sorpresa, mientras todos se quedaban embelesados por la extraordinaria destreza del señor Lu.

El maestro de la Mansión de la Nube Errante arremetió de nuevo con la palma a Wanyan Kang. En esta ocasión, el príncipe jin arañó con sus dedos como garras la mano que lo atacaba.

El señor Lu bajó el codo y golpeó la articulación en el punto de presión del hombro del joven, justo por encima de la clavícula. Al instante, la mitad del cuerpo de Wanyan Kang empezó a entumecerse. Su otra muñeca cayó en manos del señor Lu.

¡Crac! Las articulaciones saltaron de manera simultánea.

Cuando Wanyan Kang notó el leve empujón en la cintura y en el hombro en medio del dolor de las muñecas, el señor Lu había vuelto a acomodarse en su sofá. Al joven le flaquearon las piernas.

Los piratas miraban boquiabiertos y en silencio. A continuación, los vítores resonaron en la sala.

—No estás herido, ¿verdad, papá?

Lu Laurel se le acercó cojeando. El señor Lu tranquilizó a su hijo con una sonrisa, luego una expresión de preocupación le ensombreció la mirada.

—Debes interrogarlo a fondo para descubrir la procedencia de su kung-fu.

Al ver que sus compañeros se acercaban a Wanyan Kang con cuerdas para atarlo, el capitán Zhang dijo:

—Anoche conseguimos unas esposas de acero. Serían perfectas.

Un pirata se apresuró a buscar las esposas. Cuando regresó, cerraron los grillos metálicos alrededor de las muñecas y los tobillos de Wanyan Kang.

—Traedlo aquí —pidió el señor Lu.

Dos piratas arrastraron a Wanyan Kang por los brazos. Un dolor lacerante le atravesaba las muñecas rotas. Gotas de sudor del tamaño de semillas de soja le perlaban la frente. Luchó por tragarse los gemidos de dolor.

¡Pop, pop! El señor Lu volvió a componerle las articulaciones dislocadas con precisión experta. Luego le dio unos golpecitos en los puntos de presión del final de la columna y en la parte izquierda del torso.

El príncipe jin sintió que el dolor se desvanecía al tiempo que la ira y el desconcierto ocupaban su lugar. Antes de que pudiera pronunciar una palabra más, lo escoltaron de vuelta a la prisión por orden de Lu Laurel.

Una vez que el estudio quedó vacío, Guo Jing y Huang Loto salieron de detrás de las estanterías. Estaban seguros de que Wanyan Kang no los había visto.

—Por favor, perdonad mi conducta poco caballerosa —dijo el señor Lu.

—¿Quién era ese hombre? —Loto fingió ignorancia, advirtiendo para sus adentros la similitud entre el kung-fu de Lu y el suyo—. ¿Os ha robado algo?

—Nos ha arrebatado mucho. —El señor Lu se rió—. Vamos, no debemos permitir que ese pequeño granuja estropee vuestra estancia aquí.

El señor Lu y Loto volvieron a las pinturas, discutieron cada composición y admiraron las pinceladas. Guo Jing escuchó aquella charla sobre árboles y rocas, insectos y flores, pero apenas entendía nada.

Después de la comida, el señor Lu envió a dos sirvientes para que

les enseñaran las cuevas del Maestro Celestial Zhang y del Ermitaño Shan Juan el Virtuoso. Exploraron aquella maravilla subterránea hasta el atardecer.

Esa noche, mientras se preparaban para acostarse, Guo Jing le preguntó a Loto:

—¿Qué deberíamos hacer? ¿Deberíamos ayudarlo?

—Esperemos unos días. Aún no acabo de entender al señor Lu.

—Su kung-fu se parece mucho al tuyo.

—¡Lo sé! —Luego bajó la voz—. ¿Es posible que conociera a Ciclón Mei?

La conversación concluyó ahí, por temor a que pudieran estar escuchándolos a hurtadillas.

4

Poco después de medianoche, Huang Loto y Guo Jing se despertaron con un leve traqueteo en el tejado que había encima de ellos. Poco después oyeron un ligero arañazo en el suelo de fuera. Se acercaron de puntillas a la ventana y vieron una forma oscura que se agachaba detrás de un rosal. La figura echó un vistazo alrededor, luego corrió hacia el este. Sólo un intruso se movería con tanto sigilo.

Tras haber sido testigos de las habilidades marciales del señor Lu, Loto concluyó que la Mansión de la Nube Errante debía ser algo más que la simple base de los piratas del lago Tau. Quizá ese intruso los condujera a los secretos de su anfitrión. Loto saltó por la ventana e hizo un gesto a Guo Jing para que la siguiera.

Tras seguir al intruso varias decenas de pasos, Loto cayó en la cuenta de que se trataba de una mujer y de que tenía un kung-fu bastante mediocre. Aceleró el paso para acercarse a ella y cuando la intrusa miró alrededor, intentando encontrar su camino, pudo verle el rostro iluminado por las estrellas.

¡Mu Piedad!

«¡Habrá venido a rescatar a su amor!» Loto sonrió para sí.

Piedad corrió de un lado a otro del jardín y pronto estuvo

completamente perdida. Pero Loto sabía dónde podían encontrar a Wanyan Kang. La celda debía de estar situada en la Mordedura Tajante, imaginó, basándose en lo que había aprendido de su padre. El *I'Ching* afirmaba que ese hexagrama —con el trigrama de la Llama situado encima del trigrama del Trueno— era un lugar apropiado para ejercer la ley, impartir castigos y construir mazmorras.

La Mansión de la Nube Errante quizá fuera un laberinto para aquellos que no estuvieran familiarizados con los principios de su construcción, pero para Loto su trazado estaba clarísimo.

Observó divertida como Piedad vacilaba en una bifurcación del camino. «Por cómo andas a tropezones, ¡no lo encontrarás ni en cien años!»

Cogió un puñado de tierra y lanzó un poco a la izquierda.

—Por ahí —dijo Loto con voz grave y ronca.

Piedad se dio la vuelta a toda velocidad, blandiendo el sable. Pero su reacción no fue lo bastante rápida. La joven pareja hacía rato que había desaparecido utilizando el *qinggong* de ligereza.

«¿Y si me engañan?», se preguntó Piedad. Estaba totalmente perdida. Bien podía fiarse de su guía invisible y tomar el camino que le había indicado. Un grano de tierra volando le señaló el camino en una bifurcación. Deambuló por patios y jardines durante un rato. De pronto algo pasó por su lado y se oyó el leve sonido de la tierra al golpear el marco de la ventana de una cabaña cercana. Dos sombras borrosas la adelantaron en dirección a la sencilla construcción; luego desaparecieron.

Piedad corrió hacia ella. Cuando se acercaba a la casita, distinguió a dos hombres tirados en el suelo junto a la entrada, aferrados a sus espadas. Le pareció que seguían todos sus movimientos con la mirada, pero se hallaban paralizados por medio de los puntos de presión.

Pensando con alivio que un maestro cuidaba de ella, abrió la puerta, entró y prestó atención.

Sí. Oía una respiración.

—Kang, ¿eres tú? —susurró.

—¡Sí! —respondió Wanyan Kang de inmediato. Se había despertado con el ruido sordo de los guardias al caer al suelo.

—¡Gracias al cielo y a la tierra! —Piedad se acercó, guiada por su voz—. Vámonos.

—¿Llevas alguna espada?

—¿Qué quieres decir?

Wanyan Kang se movió en el jergón de paja y las esposas emitieron un sonido metálico.

Piedad tiró de los grilletes.

—No debería haberle dado la daga a Loto. Con ella cortaría estas cadenas como si fuesen de suave arcilla.

Por supuesto, no tenía ni idea de que Loto y Guo Jing estaban escuchando fuera. Y ninguna noción de lo que se le pasó a Loto por la cabeza: «Me encantaría darte la daga, pero sólo cuando estés desesperada.»

—Buscaré las llaves.

—No, no lo hagas. No puedes vencerlos. Te pondrás en peligro y no servirá de nada.

—Entonces cargaré contigo.

—Me han encadenado a una columna.

—¿Qué podemos hacer?

—Bésame.

—¡No es momento para bromas! —gritó Piedad, exasperada, y dio una patada al suelo.

—Nunca he hablado más en serio.

Piedad hizo caso omiso. Lo único que tenía en mente era liberarlo.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Sabes que he estado siguiendo a tu comitiva.

—Ven a mis brazos. Déjame hablar contigo.

Piedad obedeció sin protestar y se dejó abrazar.

—Soy el emisario del gran Imperio jin. No van a hacerme daño. Pero, mientras siga atrapado aquí, no podré ocuparme de un asunto importante que me ha confiado mi padre. —Hizo una pausa, luego añadió con dulzura—: Me ayudarás, ¿verdad, querida?

—¿Qué es?

—Coge el sello de oro que llevo al cuello.

Piedad introdujo la mano por el cuello de su camisa y desató un

cordón de seda.

—Es el sello del emisario imperial. Llévalo a Lin’an y pide audiencia con el canciller song Shi Miyuan.

—¿El canciller? Nunca recibiría a una plebeya como yo.

—Te recibirá en cuanto vea el sello.

La oscuridad ocultó una sonrisa engreída de Piedad.

—Dile que no puedo estar allí personalmente porque me tienen cautivo los piratas del lago Tai, pero que tengo un mensaje para él. No debe conceder audiencia al emisario mongol. En el momento en que éste llegue a Lin’an, debe ordenar que lo arresten y lo decapiten de inmediato. Es un decreto secreto, directamente del gran emperador jin. Debe seguirlo al pie de la letra.

—¿Por qué? —Piedad se puso tensa.

—Es un asunto militar de la mayor trascendencia. No lo entenderías aunque te lo explicase. Sólo repite lo que te he dicho al canciller song y me habrás hecho un gran favor. Si los mongoles llegan a Lin’an antes que yo, será terrible para nuestro gran Imperio jin.

—¿«Nuestro gran Imperio jin»? Yo soy china, una súbdita leal de los song. No lo haré hasta que me lo expliques todo.

—¿No eres una futura consorte real del gran Imperio jin?

Piedad se arrojó al suelo.

—Eres el hijo de mi padre adoptivo. No eres un yurchen, sino chino han. ¿De verdad tienes intención de seguir siendo un príncipe jin? Yo creía… Creía…

—¿Qué?

—Creía que eras un hombre sabio y valiente. Creía que sólo fingías ser príncipe jin, esperando el momento de poder hacer algo importante por nuestra madre patria. Nuestro Imperio song. Sin embargo, ¡ves a ese invasor jin como tu padre!

A Wanyan Kang le alarmó ver aquel cambio en Mu Piedad. Percibía que a la joven se le atragantaban las palabras y las emociones, y guardó un silencio discreto.

—La mitad de nuestro país está ocupada por los jin. —Piedad había recuperado la voz—. Nuestro pueblo es asesinado, torturado, saqueado, oprimido, por los yurchen. ¿De verdad no sientes nada?

Tú… Tú…

Tiró el sello al suelo y se encaminó hacia la puerta, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Piedad! Me he equivocado. Vuelve.

Ella se detuvo.

—Cuando sea libre, dejaré de jugar a este estúpido juego del emisario. No volveré a Zhongdu. Viajaré contigo al sur. Viviremos juntos, como ermitaños. ¡Seremos campesinos! Será muchísimo mejor que sentirme así de desgraciado todo el tiempo.

Piedad suspiró. Después de que Wanyan Kang la hubiera derrotado en el Duelo por una Doncella, creyó que entregaba su corazón a un héroe, a un hombre excepcional. Se había convencido de que si él no reconocía a su padre de nacimiento, Yang Corazón de Hierro, era por alguna noble razón que ella aún no comprendía. Cuando él partió de viaje en calidad de emisario imperial jin, Piedad se dijo que debía de estar utilizando su posición de influencia para hacer algo espectacular, algo que ayudaría a la restauración del Imperio song. Había estado equivocada desde el principio, cegada por sus sentimientos.

No era ningún gran hombre. No vacilaría a la hora de traicionar a sus antepasados en beneficio propio.

Era una sabandija.

Aquello supuso un brusco despertar.

—¿Piedad? Querida…

No hubo respuesta.

—Mi madre me dijo que me había engendrado tu padre adoptivo, pero, como sabes, antes de que pudiera preguntarle más acerca de él, ambos abandonaron este mundo. No sabes lo mucho que me pesa su muerte. El nacimiento y el linaje son un asunto importante. No puedo dejarlo en el aire así.

«Soy demasiado dura con él. Todavía no comprende su linaje.»

El corazón de Piedad se estaba ablandando.

—No vuelvas a mencionar al canciller song. Encontraré a Loto y volveré con la daga.

Pero Loto había cambiado de opinión: «¡Por mí puede quedarse encerrado! Papá odia a los jin.»

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? —preguntó Wanyan Kang, tras una pausa—. Este lugar es un laberinto.

—Me han guiado dos maestros, pero se han quedado en las sombras.

Loto rió en silencio al oír que la llamaban «maestra».

Wanyan Kang sopesó la respuesta de Piedad.

—Me preocupa que puedan descubrirte los maestros marciales de esta mansión cuando regreses con la daga. Si de verdad quieres ayudarme, tendrías que encontrar a alguien por mí.

—No pienso ir a ver a ningún canciller.

—Lo sé. Lo has dejado muy claro. Estoy hablando de mi *shifu*… Llévate mi cinturón. Graba este mensaje en la hebilla de oro: «Wanyan Kang en apuros en la Mansión de la Nube Errante, en la orilla oeste del lago Tai.» A treinta *li* al norte de Pingjiang, encontrarás una colina. Busca un montón de nueve calaveras humanas. Una arriba, tres en medio, cinco abajo. Pon el cinturón encima de la de arriba.

—¿Eh?

—Mi *shifu* es ciego. Grábalo profundamente. Tiene que ser legible al tacto.

—Creí que tu maestro era el Inmortal Primavera Eterna. ¿Cuándo ha perdido la vista el anciano Qiu?

—Ésa es mi otra *shifu*. Vendrá cuando encuentre el mensaje. No te entretengas en la zona una vez que hayas dejado el cinturón. Mi *shifu* puede ser… impredecible. No quiero que te haga daño. Su kung-fu es magnífico; ella me liberará. Espérame en el Templo de lo Sublime Impenetrable, en Pingjiang.

—Debes darme tu palabra. Júrame que nunca traicionarás a tu país. Prométeme que no volverás a llamar «padre» a Wanyan Hongli jamás.

—Actuaré como me dicte mi conciencia cuando lo comprenda todo. —Ahora Wanyan Kang hablaba con evidente desagrado—. ¿Qué sentido tiene que me hagas jurarlo? Si no quieres ayudarme, no pasa nada. Es decisión tuya.

—¡Vale! Entregaré tu mensaje.

Piedad le desabrochó el cinturón.

—¿Ya te vas, querida? Deja que te dé un beso de despedida.

—¡No!

Piedad ya estaba en la puerta.

—Temo que me maten antes de que llegue mi *shifu*. Es posible que no vuelva a verte nunca.

Piedad suspiró y regresó. Con él era incapaz de no transigir. Se inclinó para que la abrazara y dejó que le besara las mejillas.

Wanyan Kang esperaba que con el contacto físico y los susurros dulces flaqueara su resolución y Piedad accediese a ver al canciller song. Sintió que el cuerpo de ella respondía a su táctica. Los estremecimientos, la respiración superficial… el deseo de Piedad estaba reavivándose.

—Si resulta que eres un hombre deshonroso, a mí sólo me queda un destino: matarme ante tus ojos.

Wanyan Kang no esperaba que Piedad hablara con tal desapego y convicción en ese estado de excitación. Cuando hubo asimilado sus palabras, ella ya se había ido.

Loto y Guo Jing guiaron a Piedad al exterior de la mansión del mismo modo en que la habían conducido hasta la celda de Wanyan Kang.

Tras escalar el muro que rodeaba la residencia, la joven cayó de rodillas.

—Maestros, por favor, aceptad este gesto de gratitud.

Piedad se prosternó tres veces.

Una risita femenina resonó en el aire.

—Oh, querida, no nos lo merecemos.

Piedad miró alrededor. Las estrellas brillaban, las flores se agitaban con la brisa, pero no había nadie a la vista.

La voz se parecía mucho a la de Loto. «Pero ¿cómo iba a estar Loto aquí? Y suponiendo que fuera ella, ¿cómo iba a conocer el camino de salida?»

Piedad dio vueltas y más vueltas a los acontecimientos de esa noche mientras se alejaba de la mansión. En breve había recorrido más de una docena de *li*. Agotada, descansó bajo un árbol hasta la mañana siguiente, cuando cruzaría el lago Tai hasta Pingjiang.

Pingjiang era una ciudad floreciente llena de sedas y jardines, casi tan rica y bulliciosa como la capital, Lin'an. Había un dicho popular que comparaba la gloria de las dos ciudades con el reino celestial: «Arriba está el cielo; en la tierra, Pingjiang y Lin'an.» Ahora, tras el traslado de la corte imperial song al sur, toda la riqueza más allá del río Huai se concentraba en esas dos ciudades. Ningún otro lugar del mundo podría compararse con su opulenta arquitectura o la riqueza de sus habitantes. El emperador song y los funcionarios, disfrutando de la paz y la prosperidad que aún reinaba en el sur, habían olvidado las quejas y padecimientos de su pueblo en el norte, que se veía pisoteado a diario por los cascos de hierro de sus señores yurchen.

A Mu Piedad, sin embargo, no le interesaban nada las vistas urbanas de Pingjiang. Encontró un rincón tranquilo donde grabar el mensaje en la hebilla del cinturón de Wanyan Kang. Mientras sostenía el cinturón, su mente vagó hasta la noche anterior, cuando seguía abrochado a la cintura de su propietario. Rezó para que el cinturón volviera a ceñir su cuerpo una vez más y porque un día ella tuviera el placer de abrochárselo. Eso significaría que al fin él había aceptado su origen y había jurado lealtad a una causa justa, y habría esperanzas para su unión.

Se ató el cinturón bajo la ropa y sintió que le palpitaba el corazón. Fue como si la abrazara Wanyan Kang. Se sonrojó al pensarlo.

El sol empezaba a ponerse en el horizonte cuando Piedad se concentró en la tarea que tenía entre manos. Comió algo rápido en una tienda de fideos y se dirigió al norte, como Wanyan Kang le había indicado.

A medida que se alejaba de la ciudad, las afueras se volvían cada vez más inhóspitas. El sol desapareció tras las colinas mientras unos pájaros invisibles gritaban a lo lejos. Aunque estaba angustiada, continuó avanzando y se desvió del camino hacia un valle. Sólo quedaban las últimas luces del crepúsculo, y hasta el momento no había hallado ni rastro de las calaveras descritas por Wanyan Kang. Tendría que pasar la noche en aquella tierra desierta y reemprender la

búsqueda al amanecer. Subió a una colina para buscar un refugio y acabó atisbando unas construcciones junto a un montículo al oeste.

Aliviada por haber encontrado un techo para pasar la noche, corrió hacia allí. La recibió una imagen desalentadora. Encima de la entrada colgaba un letrero roto: «Templo del Dios de la Tierra.» Con cautela, dio un empujoncito a las puertas, que cedieron y cayeron al suelo con estruendo, levantando una gran nube de tierra y hollín. Aguardó un momento antes de entrar de puntillas en la sala principal. El dios y la diosa de la tierra estaban cubiertos de polvo y envueltos en telarañas. Ante las deidades se erguía un altar de buen tamaño. Se apoyó en él con todo su peso. La madera parecía fuerte, y la estructura, sólida. Le serviría de cama. A fin de que el lugar fuese más habitable para pasar la noche, recogió un poco de paja y quitó el polvo de su cama improvisada, luego volvió a levantar las puertas para bloquear la entrada: dos guardianes endebles frente al mundo exterior. Cuando estuvo todo listo, comió pan seco y apoyó la cabeza en su alforja.

Sin embargo, no halló descanso. Wanyan Kang ocupaba sus pensamientos. Cuando recordó la lealtad que éste profesaba a los jin, se le llenaron los ojos de lágrimas; era una nube oscura que se cernía sobre su futuro juntos, aun así sonrió al recordar las dulces palabras de su amado y sus caricias, más dulces todavía. Los sentimientos encontrados la mantuvieron en vela hasta bien entrada la noche.

Olas de zumbidos y siseos inundaron el templo abandonado, despertando a Piedad de su sueño inquieto. Se incorporó y prestó atención. El ruido se estaba acercando. Se asomó por el hueco que quedaba entre las puertas. Lo que vio la hizo temblar de miedo.

Cientos, quizá miles de serpientes se deslizaban por el exterior del templo en dirección al este. Sus escamas brillaban a la luz de la luna. Un hedor peculiar colmaba el aire. Pasó mucho tiempo antes de que el flujo de serpientes disminuyera. Entonces oyó pasos. Tres hombres, vestidos de blanco de los pies a la cabeza, cerraban la marcha, y todos hincaban un largo bastón en el suelo.

Piedad se acurrucó detrás de una de las puertas, esperando que los hombres no hubieran advertido su presencia. Cuando estuvieron lejos, asomó la cabeza de nuevo. Los alrededores volvían a estar en silencio,

y no había nada que recordara a la escena que Piedad acababa de presenciar. Abrió las puertas un poco más y asomó la cabeza. Con cautela, salió y se aventuró en la dirección que habían tomado las serpientes, pero los tres hombres habían desaparecido en la noche. No tenía sentido buscarlos. Mientras regresaba aliviada al templo, advirtió unas manchas blancas que brillaban contra una roca cercana. Se aproximó lentamente y casi dejó escapar un grito.

Calaveras, apiladas de forma ordenada.

Una arriba, tres en medio y cinco abajo.

Exactamente nueve calaveras.

Justo lo que había estado buscando toda la tarde. No obstante, el hallazgo hizo que se le acelerara el corazón. Se acercó poco a poco a los grotescos objetos y, temblando, tendió la mano hacia la calavera de la parte superior. Deslizó los dedos en los cinco agujeros de la coronilla. ¡El cráneo se abrió y se tragó su mano! Dio un salto y gritó. Retrocedió varios pasos, antes de recuperar la cordura. Hizo una pausa, luego se rió de sí misma.

«¡Qué *shifu* más extraña! ¿Da tanto miedo como estas calaveras?», se preguntó Piedad, mientras regresaba a la pila de huesos y colocaba el cinturón debajo de la calavera superior.

«Maestra, espero que encontréis el cinturón y liberéis a Wanyan Kang —rezó en silencio—. Espero que lo guieis para que cambie sus costumbres, y pueda convertirse en un hombre honorable, pues nació para serlo.»

Justo entonces notó unos golpecitos en el hombro.

Sufrió tal impresión que el hermoso rostro de Wanyan Kang se esfumó de su cabeza. Piedad saltó por encima de la pila de calaveras y, protegiéndose el pecho con los brazos, se volvió.

Otro golpecito en el hombro. Volvió a girarse. Nadie.

Golpecito. Giro. Nada.

Detrás de ella no había nada, ni siquiera una sombra.

Golpecito.

Ahora Piedad estaba demasiado asustada para moverse. «¿Es un fantasma? ¿Un demonio? ¿Un monstruo?» Un sudor frío le cubrió la piel mientras repasaba rápidamente la lista de los seres sobrenaturales

que acechaban en la noche.

—¡¿Quién eres?! —chilló débilmente.

—Hum... ¡Qué aroma tan dulce! —Alguien le olisqueaba la nuca—. ¡Adivina quién soy!

Se giró en redondo.

Una túnica blanca de erudito. Un abanico de caballero. «¡Es uno de los hombres que condujeron a mi padre a la muerte!»

Piedad echó a correr.

Pero él era mucho más rápido. Piedad descubrió de pronto que estaba lanzándose de cabeza a sus brazos abiertos. Viró a la izquierda. Con un par de zancadas, el hombre la alcanzó. Esperando con los brazos abiertos para recibirla, la miró con lascivia. Ella echó a correr en otra dirección. Pero ahí estaba él de nuevo.

Para Ouyang el Galante todo era un juego. Sólo necesitaba una pequeña fracción de su kung-fu y la chica caería fácilmente en sus garras. Pero ¿por qué renunciar a la diversión?

¡Zas, zas! Piedad asestó su sable de hoja de sauce en dirección a la cabeza de Ouyang el Galante.

—¡Vaya, vaya! Te gusta pelear duro, ¿eh?

Ouyang el Galante se inclinó levemente hacia atrás al tiempo que levantaba la mano derecha para apartarle los brazos. Aprovechó la oportunidad para rodearle la cintura con el suyo.

Piedad se retorció y se resistió a aquel abrazo inapropiado. Sintió un entumecimiento entre el pulgar y el índice, y el sable se le cayó al suelo produciendo un ruido metálico. Durante un momento pensó que había rechazado las manos ofensivas de su atacante, pero regresaron y aferraron su cuerpo con más ímpetu. Notó los dedos de Ouyang sujetándole las muñecas, apretándole el pulso y quitándole las fuerzas.

—Llámame *shifu* y te suelto ahora mismo. —Ouyang el Galante esbozó una sonrisa apasionada y le agarró los brazos con una sola mano para poder acariciarle la cara—. También te enseñaré a liberarte, pero sospecho que, para entonces, querrás que te rodee con mis brazos todo el día.

Paralizada por el temor a que ese hombre pudiese arrebatarle la virginidad, Piedad se desmayó. Cuando recuperó la conciencia, se

sentía sin fuerzas e incapaz de luchar.

Durante un momento pensó que los fuertes brazos que la rodeaban eran los de Wanyan Kang. Abrió los ojos. El rostro de Ouyang el Galante colmó su visión. Intentó gritar y dar patadas, pero el cuerpo no le respondía y los gritos apenas se oían porque estaba amordazada.

Su captor no le hizo ningún caso. Estaba concentrado en algo que tenía delante. ¿Por qué parecía nervioso de pronto?

Pese a que Piedad había perdido el control de su cuerpo, aún podía mover los ojos y volver la cabeza. Estaba recostada en el regazo de Ouyang el Galante, quien se encontraba sentado con las piernas cruzadas en el suelo. Atisbó a cuatro mujeres a los lados, vestidas con atuendos blancos a juego. Con las armas desenvainadas, observaban el mismo punto fijo con inquieta expectación.

Piedad siguió sus miradas.

Las calaveras.

«Están esperando a su *shifu*», pensó al tiempo que miraba en la otra dirección.

Se encontró con una escena de pesadilla. Hasta donde le alcanzaba la vista, el paisaje oscuro había cobrado vida y se agitaba como un mar de olas rojas. Decenas de miles de serpientes avanzaban meneando sus lenguas bífidas. Los tres hombres a los que Piedad ya había visto se hallaban rodeados de las serpientes, expectantes y con las varas alzadas.

Piedad se volvió hacia las calaveras, observando cómo el aro dorado del cinturón de Wanyan Kang brillaba a la luz de la luna. De pronto cayó en la cuenta. «Deben de haber planeado este ataque a la *shifu* de Wanyan Kang. ¿Cómo podría derrotar ella sola a tantos enemigos y tantas serpientes?»

El terror se apoderó de Piedad. Una parte de ella rezó porque la *shifu* de Wanyan Kang no apareciera, pues no querría que nadie importante para su amado se hallara en peligro. Aun así, esa misteriosa mentora era también su única esperanza. ¿Quién si no podría derrotar a su malvado captor y librarla de la horrible suerte que la esperaba?

Para entonces, los hombres y las serpientes llevaban más de una

hora esperando. Ouyang el Galante comprobaba la posición de la luna cada vez con mayor frecuencia.

«Tal vez la *shifu* llegue cuando la luna alcance el punto más alto», pensó Piedad mientras veía que los rayos de luna lamían la copa de los pinos cercanos y teñían de añil la noche sin nubes.

No se oía nada salvo el ulular de los búhos por encima del zumbido constante de los insectos. Ouyang el Galante miró al cielo una vez más y puso a Mu Piedad en los brazos de una de las mujeres que se encontraban junto a él. Él se quedó mirando las colinas que había más allá, balanceando el abanico plegable en la mano derecha.

«La *shifu* de Wanyan Kang debe de estar a punto de llegar, en cualquier momento.»

Un chillido lejano hendió el aire.

Al pie de la colina, como un torbellino, una sombra se convirtió en una mujer con el cabello largo y descuidado.

Ciclón Mei Cadáver de Hierro había conseguido desbloquear la energía atrapada en su punto de presión Fuerza Eterna un mes después de aprender los secretos del *neigong* de Guo Jing. No sólo había recuperado la movilidad de las piernas, su fuerza interna también había crecido de manera considerable. Pero cuando su escondite en la residencia del príncipe de Zhao quedó expuesto, había viajado hacia el sur con el séquito de Wanyan Kang. Sin embargo, no deseaba cruzar el lago Tai con ellos, pues verse confinada a un pequeño camarote la obligaría a abandonar su práctica del kung-fu de medianoche. De modo que rodeó el lago a pie tras acordar reunirse con el joven príncipe en Pingjiang.

Por supuesto, no sabía que Wanyan Kang había caído prisionero de los piratas del lago Tai. Ni que Ouyang el Galante había estado siguiéndola, tramando vengarse por la ofensa que había sufrido, pues ella había matado a cuatro de sus concubinas y le había roto la túnica. Además, estaba decidido a apoderarse del *Manual de los Nueve Yin* y había estado esperando una oportunidad para tenderle una emboscada.

En cuanto Ciclón Mei apareció de detrás de las colinas, aminoró el paso.

«Oigo respirar. A más de una persona. ¿Y qué es ese siseo casi imperceptible?»

Se detuvo.

«¡Esa harpía ciega ha advertido nuestra presencia!», maldijo Ouyang el Galante en silencio, pero aún contaban con el elemento sorpresa a su favor.

Agitando su abanico se levantó, listo para atacar. Justo cuando la energía alcanzaba los dedos de sus pies, la aparición de una segunda figura lo obligó a retroceder.

Cerniéndose como una nube y cabalgando sobre la niebla, el recién llegado llegó como un fantasma; sus pies apenas tocaban el suelo. Se plantó detrás de Ciclón Mei y observó a Ouyang el Galante y a sus mujeres.

Alto y delgado, llevaba una túnica verde y un pañuelo cuadrado sobre el cabello, los adornos de un hombre educado. Aun así, una mirada a su rostro pondría la piel de gallina a cualquiera: frío como el hielo, rígido a más no poder. Apagado e inexpresivo, tenía el aspecto de un muerto viviente, inmóvil salvo por los ojos.

Sin embargo, fue el kung-fu del desconocido lo que de verdad produjo escalofríos a Ouyang el Galante.

«Incluso Ciclón Mei produce un sonido de roce al caminar», pensó el Galante.

Con eso en mente, el Maestro del Monte del Camello Blanco hizo una señal con la mano izquierda. Los pastores de serpientes silbaron y los reptiles avanzaron en tropel, deslizándose alrededor de Mu Piedad y las ocho mujeres de blanco.

Ciclón Mei reunió su *qi* y dio varios saltos hacia atrás. Se había dado cuenta de que aquel sonido inusual procedía de miles de serpientes retorciéndose. Con un giro del cuerpo se desenrolló de la cintura un largo látigo y levantó un círculo de protección plateado.

Piedad vio el miedo en el rostro de la mujer. «¿Era la *shifu*?»

Los pastores de serpientes blandieron sus bastones y las serpientes se dispersaron. En nada, los reptiles habían rodeado a Ciclón Mei. Los que estaban delante se lanzaron al ataque al oír los silbatos, pero el látigo de Mei los obligó a retroceder.

—¡Entrégame el *Manual de los Nueve Yin* y te dejaré marchar, arpía! —gritó Ouyang el Galante.

Había estado planeando el ataque desde que supo que el manual estaba en posesión de Ciclón Mei, en el palacio de Wanyan Hongli. Su tío, Víbora Ouyang, había pasado décadas buscando el codiciado tratado de artes marciales. Si lograba arrebatárselo, eso elevaría su posición, no sólo a los ojos de su tío, sino a los de todo el mundo marcial. Y su viaje a las Llanuras Centrales habría valido la pena.

Al no obtener respuesta, el Maestro del Monte del Camello Blanco dijo:

—No me importa esperar. Vamos. Agita ese látigo. Puedes hacerlo durante horas. Hasta el amanecer, si quieres. Veamos quién se rinde primero.

La luz de la luna bailaba con la espiral plateada, y destellaban mil rayos.

Ciclón Mei mantuvo a raya su lengua y el látigo en el aire. El tiempo no estaba de su parte. Pronto se quedaría sin fuerzas, como había predicho él. ¿Tenía alguna salida? Había serpientes letales por todas partes. Podían morderla si movía el pie tan sólo un centímetro. Y una vez que el veneno hubiese entrado en su torrente sanguíneo, ningún kung-fu podría ayudarla.

Disfrutando de su control de la situación, Ouyang el Galante se sentó de nuevo y se dirigió a Mei con fingida familiaridad.

—Hermana Mei, hace veinte años que tienes el manual. Seguro que ya te lo sabes de memoria, ¿no? ¿Por qué te aferras a un libro viejo y gastado? Préstamelo y podemos ser amigos.

—Primero haz que se retiren tus serpientes.

—Estaré encantado de complacerte en cuanto sostenga el manual en mis manos.

«Antes lo hago pedazos», se dijo Ciclón Mei. El manual era el único recuerdo que le quedaba de su esposo, Huracán Chen. Lo apreciaba más que la vida misma. Había prometido que nunca dejaría que cayera en manos del enemigo.

Mu Piedad quería gritar «¡Salta a los árboles!», pero la mordaza se tragó sus palabras. Al no ver, Ciclón Mei no se daba cuenta de que

podía hallar refugio en los pinos silenciosos que tenía justo al lado.

Mei se llevó la mano al bolsillo de la camisa.

—¡De acuerdo! Reconozco la derrota. Ven a por él.

—Lánzamelo.

—¡Cógelo!

Hizo un movimiento rápido con la mano derecha. Se oyó un susurro en el aire.

Dos mujeres de blanco recibieron un gran golpe y se desplomaron a un lado. Ouyang el Galante se arrojó al suelo y se alejó rodando.

—¡Te arrepentirás, vieja bruja! —gritó enfadado—. ¡Cuando haya acabado contigo, estarás suplicándome que te mate!

Ouyang logró enderezarse de nuevo y se retiró a una distancia prudencial al tiempo que un sudor frío le cubría la espalda.

Ciclón Mei no había esperado fallar el tiro. Pocos eran capaces de detectar sus Agujas Evanescentes, pues eran rápidas como el rayo y silenciosas. Aún menos podían eludirlas. A regañadientes, sintió respeto por el kung-fu de su contrincante.

Ouyang el Galante le observó las manos con atención, ahora que se hallaba fuera de su alcance. Mei continuaba haciendo restallar el látigo, pero al cabo de más de una hora empezaban a flaquearle las fuerzas. Ouyang el Galante azuzó a las serpientes.

Mei percibía los cientos de serpientes a sus pies y podía oír a miles más acercándose. No aguantaría mucho más. «¿Cómo voy a salir de ésta?», se preguntó mientras cerraba el círculo de protección para ahorrar energías.

Advirtiendo que a Mei le faltaba el aliento, Ouyang el Galante supo que su fin estaba cerca e indicó por señas a los pastores de serpientes que mantuvieran la presión. Sin embargo, también temía cercarla demasiado rápido, por si Mei se daba cuenta de que tenía la muerte encima y destruía el manual. Ahora toda su atención estaba puesta en la mano libre de la arpía, preparándose para interceptarla en el instante en que atisbara el manual.

Mei aferró el libro en el bolsillo de la camisa mientras las serpientes se le acercaban cada vez más. La sola idea de ser derrotada por esas criaturas escamosas y sin patas la enfurecía y se sentía frustrada

porque la muerte de su esposo quedaría impune para siempre.

Justo entonces, una música resonó en las colinas, clara como el tañido de la cuerda de una cítara o el sonido del jade. La noche se estremeció con los tonos ligeros y animados de la flauta *xiao*.

La melodía procedía de un hombre ataviado con una túnica verde, que en ese momento se hallaba sentado en lo alto de un pino.

«¿Cuándo se ha subido ahí?» Ouyang el Galante se enorgullecía de sus poderes de observación. Le resultaba inconcebible no haber visto al hombre subirse al árbol en una clara noche de luna. Le alarmó el modo en que el extraño se hallaba sentado en la punta de una rama, balanceándose atrás y adelante con el viento, sin aparente esfuerzo, estable. Aunque pasara años dedicándose a la práctica del kung-fu bajo la orientación de su tío, Ouyang el Galante jamás alcanzaría semejante facilidad. ¿Podría tratarse de un fantasma?

Pese a que el hombre llevaba poco tiempo tocando, Ouyang el Galante comenzó a notar las comisuras de los labios elevándose con la melodía. A medida que cada nota se enlazaba con la siguiente, experimentó una sensación indescriptible que se extendió como un reguero de pólvora en su interior. ¡Cuánto anhelaba alimentar el éxtasis bailando!

Cuando levantó el brazo y movió el pie al compás, advirtió que las mujeres y los pastores de serpientes corrían a toda velocidad hacia el árbol del que emanaba la música. Dando vueltas, delirando, se arrancaban las ropas, se tiraban del pelo y se arañaban las mejillas. Con los rostros llenos de rasguños y ensangrentados esbozaban sonrisas de maníacos. Embriagados por la melodía de la flauta, no parecían sentir dolor.

Una vocecita de lucidez advirtió a Ouyang el Galante que controlara su corazón y su mente. Recurriendo a alguna fuente oculta de fuerza, sacó seis volantes de plata envenenados y los arrojó a la cabeza, el pecho y el abdomen del músico. El hombre los rechazó con el extremo de su *xiao*. La boquilla de la flauta no había abandonado sus labios en ningún momento. La música no se detuvo ni un instante.

La melodía cambió y cobró volumen. Ouyang el Galante no pudo resistirse más a su llamada. Abrió el abanico, disponiéndose a bailar.

Justo entonces, los últimos restos de autocontrol adquiridos durante décadas de adiestramiento en kung-fu le hablaron: «Corta un trozo de tela de tus mangas y tápate los oídos para escapar de la música. O bailarás hasta morir si el flautista sigue tocando.»

Ciclón Mei también luchaba. Se sentó con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada, en un intento de reunir su fuerza interna para resistirse a la tentación de la música. Mu Piedad lo tenía más fácil. Aunque la melodía hacía estragos en su interior, seguía tumbada completamente inmóvil, paralizada por los puntos de acupresión.

Con sumo esfuerzo, Ouyang el Galante logró dominar los brazos, que se sacudían al compás de la música, el tiempo suficiente para arrancarse un trozo de tela de la pechera de la camisa, pero no conseguía acercar las manos a las orejas, como si éstas estuvieran poco dispuestas a acallar el hechizo de la canción. Tres de sus mujeres con un kung-fu inferior ya estaban completamente atrapadas, rodando por el suelo al tiempo que rasgaban y hacían jirones las ropas.

Después de su batalla mental contra la música, Ouyang el Galante estaba empapado en sudor. Tenía las mejillas sonrojadas, el corazón acelerado, la garganta seca y la lengua áspera. Si dejaba que el frenesí interior se desbordara, no sobreviviría hasta la mañana.

Haciendo acopio de toda la fuerza y la voluntad que le quedaban, se mordió la lengua con violencia. El dolor se abrió paso a través del hechizo de la música durante unos instantes, lo cual le proporcionó la oportunidad de huir. Y huyó, hasta que el fantasma de la melodía de la flauta no pudo perseguirlo más. Cuando por fin se detuvo, a varios *li* de distancia, estaba exhausto, como si su cuerpo luchara contra una enfermedad grave.

Su mente sólo abrigaba un pensamiento: «¿Quién era ese hombre?»

6

En la Mansión de la Nube Errante, Guo Jing y Huang Loto iban de excursión al lago Tai durante el día y por la noche hablaban de pintura y literatura con el señor Lu.

—Deberíamos hablarle al señor Lu de Ciclón Mei. —Guo Jing sabía que la llegada de ésta provocaría una masacre en la mansión—. Podemos convencerlo de que deje marchar a Wanyan Kang, así los habitantes de la finca se salvarán.

Loto negó con la cabeza.

—Wanyan Kang tiene algo mezquino. No cambiará si sale en libertad tan fácilmente.

Lo cierto es que a Loto poco le importaba la naturaleza mezquina de Wanyan Kang. Como discípulo de dos seres malvados —Qiu Chuji y Ciclón Mei—, no podía ser bueno. Aun así, era el prometido de Mu Piedad y contaba con él para que ningún entrometido pudiera obligar a Guo Jing a casarse con esa pobre huérfana. Pero para cumplir con ese papel, Wanyan Kang tendría que enmendarse.

—¿Qué hacemos cuando llegue Ciclón Mei? —Guo Jing tenía la mente puesta en asuntos más urgentes.

—¡Podemos probar los movimientos de Cuenta Hasta Siete!

Conociendo el temperamento de Loto, Guo Jing sabía que nada de lo que él le dijera la convencería de que advirtiera al señor Lu de la posible llegada de Ciclón Mei. Así que se prometió que haría cualquier cosa que estuviese en su mano para ayudar a su anfitrión.

Tres días después de que Piedad se colase en el recinto a medianoche, mientras Loto y Guo Jing mantenían su charla matutina con el señor Lu, Laurel entró corriendo en el estudio con una expresión extraña. Un sirviente lo seguía a toda prisa, cargado con una bandeja cubierta con una tela verde.

—Papá, acaban de entregar esto en la mansión —dijo Lu Laurel, al tiempo que descubría el objeto de la bandeja.

Un cráneo. Con cinco agujeros en la coronilla. El emblema de Ciclón Mei.

—¿Quién...? ¿Quién lo ha traído? —La sangre había abandonado el rostro del señor Lu.

—No lo sabemos. Ya hemos enviado a algunos hombres a buscar al mensajero, pero aún no ha habido suerte —respondió Lu Laurel, turbado por la reacción de su padre—. Lo han dejado como un reparto normal. No había nada raro ni en la caja ni en quien la ha traído. Los

criados han pensado que era un regalo, así que le han dado propina al hombre y lo han enviado a la oficina del contable para anotarlo. ¿Sabes lo que significa, papá?

El señor Lu se levantó de su asiento para examinar el cráneo. Sus dedos entraron con suavidad en los agujeros.

—¿Los ha hecho una mano humana? —preguntó asombrada. Lu Laurel no podía imaginar que hubiera alguien con semejante fuerza.

El señor Lu asintió, pero guardó silencio durante largo rato.

—Recoge los objetos de valor de inmediato y acompaña a tu madre a nuestra mansión del norte en Wuxi. Ordena a los capitanes y a sus hombres que se queden en sus campamentos los próximos tres días. Ocurra lo que ocurra en la Mansión de la Nube Errante, no deben intervenir. ¡Date prisa!

—¿Por qué, papá?

El señor Lu hizo caso omiso de la pregunta y se volvió hacia sus invitados con una sonrisa irónica.

—Desafortunadamente, su estancia aquí debe ser interrumpida. Esperaba que pudiéramos pasar más tiempo juntos. Sin embargo, en otra época me creé dos enemigos temibles y pronto estarán aquí para vengarse... Un desastre está a punto de suceder en la Mansión de la Nube Errante. Si sobrevivo, volveremos a vernos, pero las probabilidades son muy escasas... —Su voz se fue apagando y se dirigió al paje—. Ve a por cincuenta *taels* de oro.

Lu Laurel sabía que era mejor no hacer preguntas y se marchó a cumplir las órdenes de su padre, seguido del paje.

Cuando el sirviente regresó con una bandeja de lingotes de oro *sycee*, el señor Lu le dijo a Guo Jing:

—El hermano Guo y la joven son una pareja creada en los cielos. Por favor, aceptad este humilde regalo para el día que os convirtáis en marido y mujer.

Loto se sonrojó, muriéndose por preguntar al señor Lu cuándo la había visto a través de su disfraz y cómo había adivinado que aún no estaban casados. No obstante, sabía que sería descortés interrumpir a su anfitrión en ese momento, así que guardó silencio.

Al no estar versado en la etiqueta del rechazo ritual, Guo Jing dio

las gracias a su anfitrión y aceptó el generoso regalo.

El señor Lu cogió un frasco de porcelana de su escritorio y volcó con cuidado decenas de pastillas rojas en un pedazo de pergamino suave.

—Adquirí algunos conocimientos médicos de mi gentil maestro. Estas pastillas me dieron bastante trabajo. Pueden mejorar vuestra salud y prolongar vuestra vida. Un pequeño detalle para celebrar nuestra amistad.

Tenían una delicada fragancia que Loto conocía bien. Había ayudado a su padre a hacerlas, recogiendo el rocío de la mañana de pétalos de nueve flores distintas y mezclándolo con las hierbas medicinales más raras y preciadas. Recordaba que cada paso del proceso sólo podía realizarse durante una estación en concreto y a una hora específica del día. Era un regalo realmente generoso.

—Cuesta mucho encontrar el Rocío de las Nueve Flores. Es un honor demasiado grande —dijo Loto.

—¿Mi señora las conoce? —El rostro del señor Lu reflejó una sorpresa momentánea.

—Yo era una niña débil y me dieron tres de esas pastillas. Su efecto fue excepcional.

El señor Lu volvió a meter las pastillas en el frasco y lo selló. A continuación, con sumo cuidado, lo envolvió dos veces en papel de estaño. Era evidente que las valoraba mucho.

—A mí no me sirven de mucho. Por favor, aceptad este regalo.

Sin duda el señor Lu no esperaba sobrevivir a su encuentro con Ciclón Mei. Loto aceptó las píldoras con gratitud.

—Habrá una barca lista para llevaros al otro lado del lago de inmediato. No importa lo que encontréis en el camino, no debéis volver.

Guo Jing estaba a punto de ofrecerle su ayuda, pero, tras echar un vistazo a Loto, se tragó sus palabras y asintió.

—¿Puedo hacerle una pregunta impertinente? —dijo ella.

—Por favor.

—Supongo que no estáis convencido de que podréis vencer a vuestros enemigos y, aun así, tampoco tenéis intención de poneros a salvo. No estoy segura de entenderlo.

—Ellos son la fuente de mi desgracia. —El señor Lu suspiró y se señaló las piernas—. Éste es su legado. Pero mi sufrimiento es insignificante comparado con el agravio que causaron a mi mentor. Y ésa es la ofensa que debo vengar. Los desafiaré hasta la muerte. Dudo que los derrote, pero espero que con mi muerte también les sobrevenga la suya. Y ésa es la única manera en que puedo pagar la inmensa bondad que me mostró el *shifu*.

«¿Por qué no deja de referirse a un "ellos"? ¿No sabe que Huracán Chen, Cadáver de Cobre, está muerto? ¿Y cómo se ha visto mezclado con Viento Oscuro Doblemente Infame?» Pese a la curiosidad que sentía, Loto se guardó estas preguntas para sí.

Lu Laurel volvió a entrar en el estudio e informó en voz baja:

—El capitán Zhang, el capitán Gu, el capitán Wang y el capitán Tan se niegan a abandonar la mansión. Han dicho que antes pierden la cabeza por insubordinación que abandonar la Mansión de la Nube Errante en este momento de necesidad.

El señor Lu sonrió por la devoción de los piratas.

—Hijo, pon a salvo a nuestros invitados; rápido.

Guo Jing y Loto se despidieron de su anfitrión y siguieron a Lu Laurel fuera de la mansión. *Ulaan* y el otro caballo ya estaban en el barco.

—¿Subimos a bordo? —susurró Guo Jing.

—Sí, y luego volveremos.

Justo cuando estaban a punto de embarcar, Loto vio a un hombre que avanzaba a grandes zancadas por el muelle, balanceando un gran cubo encima de la cabeza. Lo señaló.

Entrecano y con barba, el hombre llevaba una camisa veraniega tejida con arrurruz y sujetaba un abanico de hoja de palma. El recipiente que llevaba en la cabeza era de hierro forjado y debía de pesar cientos de *jin*. Sin embargo, caminaba rápido, y pasó a toda prisa por delante de ellos sin apenas mirar en su dirección.

Una vez que estuvo a varios pasos de su barco, el hombre se bamboleó con aire despreocupado y se derramó agua en la cabeza. ¡Una bañera de hierro llena de agua! Lu Laurel estaba pasmado. Eso seguro que duplicaba su peso. Debía de ser un maestro marcial. De lo

contrario, ¿cómo podía caminar con un peso tan inmenso, como si no pasase nada?

«¿Podría ser enemigo de mi padre?» Ignorando el peligro, Lu Laurel fue tras el desconocido.

Guo Jing advirtió que Loto lo miraba y siguió a Lu Laurel. Recordó que sus *shifus* le habían hablado del combate con Qiu Chuji en el Jardín de los Ocho Borrachos Inmortales y el incensario lleno de vino que habían ido arrojándose para probar la fuerza de cada uno.

«Ese cubo es más grande que el que describieron mis *shifus*. ¿Es posible que ese hombre sea más hábil que el anciano Primavera Eterna?» Guo Jing estaba impresionado.

El hombre transportó la carga otro *li*, hasta donde un arroyo desembocaba en el lago, cuyas orillas se hallaban salpicadas de tumbas abandonadas. Lu Laurel sabía que no había ningún puente cerca y se preguntó qué dirección tomaría.

Una escena increíble los detuvo a los tres en seco. El hombre fue directo hasta el agua y cruzó el arroyo. Sólo tenía sumergidos los pies. Su cuerpo avanzaba con la misma firmeza que si hubiese caminado por la tierra. Depositó el cubo en la otra orilla y regresó del mismo modo: ¡por encima del agua!

Loto había oído muchas historias de sectas marciales y movimientos de kung-fu, pero ninguna se parecía a lo que estaba presenciando en ese momento. Caminar por encima del agua era una habilidad mítica en el *wulin*. Era imposible. Y, sin embargo, acababa de verlo con sus propios ojos. «Este hombre debe de ser un maestro extraordinario.»

El hombre se dirigió a Lu Laurel.

—Debéis de ser el joven señor Lu, líder de los piratas del lago Tai.

—¿Puedo preguntar el nombre del anciano? —Lu Laurel hizo una reverencia.

El hombre se acarició la barba y rió.

—Y nuestros jóvenes amigos de allí, ¡acercaos!

Lu Laurel se volvió y, para su sorpresa, encontró a Guo Jing y a Huang Loto prosternándose ante el desconocido a unos tres pasos de distancia. Nunca habría imaginado que los invitados de su padre fueran diestros en el kung-fu de ligereza y pudieran moverse tan

rápido y en un silencio casi absoluto.

—Sois demasiado amables. —El anciano rechazó aquellos honores, pero era evidente que le agradaron. Se dirigió al jefe de los piratas una vez más—. ¿Podemos sentarnos a hablar en algún sitio?

—¿Conoce el anciano a mi padre? —preguntó Lu Laurel con cautela.

—Aún no he tenido el placer.

—Mi padre ha recibido un regalo extraño hoy. ¿Sabe algo al respecto?

El joven quería averiguar si ese desconocido tenía algo que ver con los enemigos de su padre.

—¿Qué era?

—Un cráneo con cinco agujeros en la coronilla.

—¡Qué raro! ¿Podrían estar jugando una mala pasada a vuestro estimado padre?

«Si fuese enemigo de mi padre, no tendría por qué mentirme. Con un kung-fu de ese nivel, podría haberse plantado en nuestra puerta directamente —razonó Lu Laurel—. Con un maestro como él de nuestro lado, no tendremos que temer a quienquiera que haya enviado la calavera.»

Se tranquilizó visiblemente y dijo con cordialidad:

—Sería un honor servir el té al anciano en nuestra humilde hacienda.

El desconocido sopesó la invitación y asintió.

—¿Nuestros jóvenes amigos también viven en la mansión?

—Son amigos de mi padre —respondió Lu Laurel con tono deferente. Invitó a su visitante a ir delante.

El hombre no volvió a prestar atención a Guo Jing y a Loto. Cuando llegaron a la Mansión de la Nube Errante, Lu Laurel los acomodó a todos en el salón principal antes de apresurarse a entrar para informar a su padre.

Al cabo de unos momentos, dos sirvientes trasladaron al señor Lu a la estancia en una silla de bambú. Juntó las manos en señal de respeto.

—Es un honor que el anciano se digne a honrarnos con su presencia

en nuestra humilde casa.

—No es necesaria ninguna ceremonia, señor Lu.

El hombre inclinó la cabeza de forma leve como muestra agradecimiento.

—¿Puedo preguntar vuestro nombre?

—Mi nombre de familia es Qiu, y a mí me pusieron Qianren.

—Al maestro se le honra en el *jianghu* como Palma de Hierro que se Desliza por el Agua.

El señor Lu parecía sorprendido. El hombre sonrió.

—Creía que mi nombre había caído en el olvido.

El señor Lu sabía que Qiu Qianren lideraba la Banda de la Palma de Hierro y tenía una gran influencia en Hunan y Sichuan, en el sur y el sudoeste de China. Muchos años antes, aquel maestro del mundo de las artes marciales había colgado su espada y se había convertido en un ermitaño. Los jóvenes del *wulin* actual no habían oído hablar acerca de ese gran hombre.

—¿Puedo preguntar qué importante asunto trae al maestro Qiu a esta parte del país? —El señor Lu tenía muchas preguntas más, pero no quería parecer impertinente, así que añadió—: Si puedo ayudaros, sin duda os complaceré.

—Lo que me trae aquí es demasiado trivial para importunaros con ello. —Qiu Qianren sonrió y se acarició la barba—. Basta con que os diga que aún no he acabado con el mundo de las artes marciales... De hecho, cuando nos separemos, encontraré un lugar tranquilo para practicar. Hablaremos largo y tendido esta noche.

Aunque Qiu Qianren había dejado caer que la conversación había concluido, el señor Lu insistió con una última pregunta.

—¿Se ha cruzado el maestro Qiu con Viento Oscuro Doblemente Infame de camino aquí?

—Oh, ¿esa pareja infernal sigue viva?

Sonriendo con alivio, el señor Lu dijo:

—Hijo, por favor, acompaña al maestro Qiu a mi estudio.

El maestro marcial se despidió con un gesto de la cabeza y siguió a Lu Laurel fuera del salón.

—Me alegro de que hayáis vuelto. El entrenamiento del maestro Qiu

se encuentra muy lejos del alcance de personas como nosotros, meros mortales. Con él entre nosotros, no temo a mis enemigos. Estaréis a salvo si os quedáis en vuestra habitación —les dijo el señor Lu a Guo Jing y a Loto.

Recordaba que Qiu Qianren había sido invitado al torneo del monte Hua para combatir con los Cinco Grandes: el Hereje del Este, el Veneno del Oeste, el Rey del Sur, el Mendigo del Norte y Divinidad Central. Aunque Palma de Hierro que se Desliza por el Agua no participó, debía de ser un maestro marcial del nivel más alto, en caso contrario no hubiera recibido la invitación. La idea de que un hombre así estuviese allí como su invitado era un gran consuelo para el señor Lu.

—Oh, ¡pero nos encantaría ver el combate! —dijo Loto.

—Me preocupa que mis enemigos puedan traer ayuda y esté demasiado ocupado para cuidar de vosotros. No querría que sufrierais ningún daño. —Tras una pausa, el señor Lu continuó, aunque quizá hablara más para tranquilizarse a sí mismo—. Sin embargo, con el maestro Qiu aquí, no tendremos nada que temer. Por favor, no os separéis de mí en ningún momento.

—A mí me encantan los combates de kung-fu. —Loto dio una palmada—. ¡Vuestro intercambio con el pequeño príncipe jin fue emocionante!

—Ese joven fue adiestrado por mis enemigos, que son inmensamente más fuertes. Por eso estaba tan preocupado.

—¿De verdad?

—Señorita Huang, quizá no acabéis de comprender los asuntos marciales. ¿Recordáis el daño que el príncipe causó a mi hijo? Ese mismo kung-fu hizo los agujeros en el cráneo que habéis visto esta mañana.

—Entonces, ¿las artes marciales no son sino como la pintura y la caligrafía, en las que uno puede decir con una sola mirada a qué escuela y estilo pertenece una obra? —Loto se estaba haciendo la inocente, como de costumbre—. ¿Como cuando distinguimos por la caligrafía de Wang Xianzhi que estudió con su padre, Wang Xizhi, a quien enseñó la señora Wei, quien a su vez aprendió de Zhong Yao?

—Ciertamente, mi señora es sumamente perspicaz. Sin embargo, mis enemigos son implacables y brutales. La comparación podría ofender a nuestros grandes calígrafos.

Loto sonrió y tomó a Guo Jing de la mano.

—¿Deberíamos visitar al anciano barbicano y ver qué está haciendo?

—No debemos molestar al maestro.

El señor Lu intentó detenerla con educación.

—¡No haremos ningún ruido!

Riendo, Loto se dirigió al estudio de la mano de Guo Jing. Confinado en su silla, el señor Lu llamó a Loto para que se detuviera.

—El maestro podría enfadarse si lo veis practicar sin haber sido invitados.

Los sirvientes levantaron la silla de su amo con dificultad y se apresuraron en pos de la traviesa pareja. Para cuando el señor Lu alcanzó a Loto y a Guo Jing, ya tenían el rostro pegado a una de las ventanas del estudio y miraban por los agujeros que habían hecho en el papel de la ventana.

Al oír que los criados se acercaban, Loto les hizo una seña para que guardaran silencio y llamó con un gesto al señor Lu.

«Si esta chica no cambia de actitud, Qiu Qianren descubrirá que lo estamos espiando. No puedo sino compadecerla», pensó el señor Lu, e hizo un gesto a sus sirvientes, que lo levantaron de la silla y lo sujetaron mientras caminaba de puntillas hasta la ventana. Loto retrocedió para permitirle echar un vistazo a la extraordinaria escena que tanto les había cautivado a ella y a Guo Jing.

El maestro marcial se hallaba sentado con las piernas cruzadas y los ojos entornados. De su boca brotaban nubes de humo.

En su día el *shifu* del señor Lu le había hablado acerca del kung-fu más avanzado de diferentes ramas y estilos marciales, pero nunca había oído nada referente a esa técnica. No obstante, no debía espiar a su invitado, y tiró a Guo Jing de la manga. El joven lo entendió al instante. Enderezándose, tomó a Loto de la mano y los dos regresaron al salón con su anfitrión.

Loto soltó una risita nerviosa.

—¡El anciano barbicano es muy divertido! ¡Tiene un fuego encendido en la barriga!

—Parece que estaba practicando una técnica de fuerza interna extremadamente potente.

—¿Puede respirar fuego?

Loto encontraba el kung-fu de Qiu Qianren de lo más desconcertante.

—Lo que estaba haciendo el maestro Qiu no es ningún truco de ilusionista.

Las travesuras de Loto dieron una idea al señor Lu. Su hijo transmitiría a los capitanes piratas una nueva orden: abordar a todos los héroes marciales que naveguen por el lago o viajen por carreteras cercanas e invitarlos a la mansión. También ordenó a los empleados domésticos que abrieran la puerta principal de par en par y se prepararan para dar la bienvenida a los invitados.

Esa noche, el salón principal de la Mansión de la Nube Errante estaba tan radiante como el día. Docenas de velas enormes iluminaban la mesa redonda de banquetes situada en medio de la estancia. Lu Laurel condujo personalmente a Qiu Qianren al mejor asiento de la mesa. Guo Jing y Huang Loto fueron guiados hasta sendos sitios de honor secundarios, mientras que el señor Lu y su hijo tomaron asiento en último lugar.

Tras varias rondas de vino y conversación ligera acerca de la zona que rodeaba la mansión, Qiu Qianren carraspeó y dijo:

—Señor Lu, debéis de ser un luchador de artes marciales excepcional para liderar a los piratas del lago Tai. ¿Podría convenceros de que nos mostraseis unos movimientos?

—Llevo mucho tiempo indispuesto y hace mucho que no practico lo poco que había aprendido.

—¿Quién es vuestro *shifu*? Quizá lo conozca.

El señor Lu dejó escapar un suspiro y no habló durante largo rato.

—Yo era joven y, por culpa de mi ignorancia, otro me derribó. Maestro, perdonad mi silencio, no deseo mancillar la reputación de mi mentor.

«Por eso nos esconde sus conocimientos marciales. ¡Mi padre fue

expulsado por su *shifu*! —Lu Laurel lo comprendió—. Fuera lo que fuese lo que ocurrió entonces, debe de ser un recuerdo muy doloroso. Si el perro jin no me hubiese herido, mi padre nunca habría revelado sus conocimientos en artes marciales.»

—Amigo mío, estáis en la flor de la vida y sois nada menos que el líder de un grupo de hombres formidable. Deberíais tomar la existencia en vuestras manos y hacer algo digno de vuestra posición —dijo Qiu Qianren, sin prestar atención a la reticencia y la resignación del señor Lu—. Eso aliviará los agravios que habéis sufrido. Vuestros maestros marciales sin duda deben de lamentar su comportamiento hacia vos.

—Estoy lisiado, maestro. Agradezco vuestro amable consejo. Quizá yo tenga la voluntad, pero mi cuerpo no dará para grandes hazañas.

—Sois demasiado modesto. Veo un camino brillante ante vos.

—Por favor, señaladme el camino, maestro.

Con una sonrisa enigmática, Qiu Qianren se concentró en el banquete. El señor Lu sabía que las indagaciones del maestro marcial debían de estar relacionadas con el asunto que lo había hecho regresar al *jianghu* después de más de una década. Sólo la etiqueta mantenía a raya su curiosidad. Habría sido descortés interrogar sin más a su invitado y superior social.

—Estoy seguro de que el hombre que construyó la reputación de la Mansión de la Nube Errante fue discípulo del maestro marcial más apreciado del *wulin* —dijo Qiu Qianren, rompiendo un largo silencio.

—Mi hijo administra los asuntos de la mansión. Estudió con el abad Bosque Calcinado del templo Entre Nubes, en Lin’an.

—Ah, Bosque Calcinado, de la secta de la Nube Inmortal. El kung-fu de su rama shaolín es pasable. ¿Quizá el joven señor sería tan amable de mostrar algunos movimientos a este anciano?

Lu Laurel se levantó e hizo una reverencia.

—Os pido consejo humildemente, maestro.

Sabía que unas pocas palabras de orientación de ese grande de las artes marciales le traerían toda una vida de beneficios.

El joven se situó en el centro del salón y adoptó la posición de apertura del Puño del Arhat Domador de Tigres, un kung-fu del que

estaba muy orgulloso. Sus puñetazos bramaban con fuerza, sus patadas volaban como sombras. La potencia y la precisión de los movimientos daban testimonio no sólo de su talento, sino también de la destreza de su mentor.

De repente rugió como un tigre y las velas titilaron. La compleja secuencia de puñetazos había levantado una corriente de aire en el salón. Los sirvientes se miraron unos a otros, temblando de miedo.

Saltando, girando, rodando y arremetiendo, merodeó y rugió como un tigre a la caza. Luego sostuvo la palma izquierda en posición vertical por encima de su pecho en el Mudra del Buda Tathagata, con el pulgar curvado y el resto de los dedos rectos y apuntando hacia arriba. El depredador dio un salto. El monje atacó. Los gruñidos del animal se debilitaron a medida que los golpes se aceleraban.

Estampó el puño hacia abajo. *¡Pum!* Una baldosa del suelo se agrietó con el impacto. A continuación apoyó la palma plana en el suelo y empujó, alzándose en toda su estatura con una fuerza poderosa. Con la palma izquierda empujó hacia el cielo y su pie derecho asestó una patada alta, firme, como si fuese una estatua de aquel que alcanzó el nirvana.

Lu Laurel mantuvo la postura algún tiempo antes de volver a atraer su fuerza hacia el núcleo, mientras Guo Jing y Huang Loto estallaban en atronadores vítores. Ahuecó las manos a la altura del pecho e hizo una profunda reverencia a Qiu Qianren. El anciano sonrió, pero no dijo nada.

—Espero que mi hijo no se haya puesto en evidencia. —Fue el señor Lu quien rompió el silencio.

—El joven nos ha mostrado un ejercicio excelente para fortalecer el cuerpo, pero no tiene utilidad en combate.

La aspereza de las palabras de Qiu Qianren tomó a todos por sorpresa. El señor Lu respondió con humildad:

—Os estaríamos sumamente agradecidos, maestro, si nos iluminarais el Camino.

El maestro de artes marciales dejó la mesa y se dirigió al patio sin decir una palabra más.

Guo Jing se rascaba la cabeza, atónito. ¿Cómo iba a ser inútil?

«Puede que Lu Laurel no sea un experto, pero conoce bien su rama de kung-fu.»

Cuando Qiu Qianren regresó, llevaba un adoquín en cada mano. Cerró los dedos en torno a ellos. Con muy poco esfuerzo por su parte, se hicieron añicos. Entonces apretó los puños. Lo que quedaba de los ladrillos se desintegró en polvo.

Era un tipo de kung-fu que nadie había visto antes.

Tras esta increíble demostración, Qiu Qianren se abrió la parte delantera de la camisa de un tirón, se guardó el polvo dentro y salió al patio para tirarlo.

—Hacer pedazos una baldosa con el puño es impresionante —dijo el maestro cuando acabó de limpiar—, pero tus contrincantes no van a quedarse quietos esperando a que ataques. Si tienen una fuerza interna más desarrollada, entonces la fuerza de tu golpe rebotará hacia ti y te causará graves heridas. Así que, para que tu habilidad tenga alguna utilidad, debes ser capaz de aplastar la piedra hasta convertirla en polvo.

Lu Laurel asintió ante la profundidad de aquellas palabras.

—Son muchos los que intentan aprender las artes marciales —continuó Qiu Qianren—, pero sólo unos pocos consiguen dominar el verdadero kung-fu.

—¿Quiénes son esos maestros? —preguntó Huang Loto.

—El Hereje del Este, el Veneno del Oeste, el Rey del Sur, el Mendigo del Norte y Divinidad Central son considerados los maestros más grandes de nuestra época. Wang Chongyang, Divinidad Central, poseía una energía interna superior, mientras que los otros cuatro tienen sus puntos fuertes y débiles únicos. Si uno llegara a comprender sus defectos individuales, no sería tan difícil superarlos.

La única persona en el salón a la que no sorprendió esa afirmación fue a Lu Laurel, pues nunca había oído hablar de los Cinco Grandes. Loto, pese a estar impresionada por la exhibición del anciano, no pensaba dejar pasar aquel desaire a su padre tan fácilmente.

—¡Maestro, deberíais enfrentaros a esos Cinco Grandes para haceros un nombre!

—Divinidad Central ya ha fallecido. Yo tenía que atender unos

asuntos personales cuando celebraron el torneo en el monte Hua —explicó Qiu Qianren—. De ahí que el monje taoísta fuera nombrado Maestro Marcial Más Grande Bajo el Cielo.

»Por aquel entonces, los cinco luchaban por un tratado marcial titulado *Manual de los Nueve Yin*. El que tuviera el kung-fu más fuerte se haría con la custodia del libro. Tras siete días y siete noches, todos, el Hereje del Este, el Veneno del Oeste, el Rey del Sur y el Mendigo del Norte, reconocieron la derrota.

»Al parecer, antes de que Wang Chongyang muriera, entregó el manual a su hermano marcial Zhou Botong. Pero el Hereje del Este, Huang el Boticario, derrotó al tal Zhou Botong y se llevó el manual. No sé lo que ocurrió después.

Loto y Guo Jing intercambiaron una mirada. Era la primera vez que oían la compleja historia del manual. Ya sabían que más tarde Viento Oscuro Doblemente Infame había robado el manual.

—¡Dado que el kung-fu del anciano es el más grande, el manual debería perteneceros a vos! —dijo Loto con una risita provocadora.

—No tengo ningún interés en alzarme en armas por un libro —repuso Qiu Qianren—. Ahora que Wang Chongyang ha muerto, eso nos deja con cuatro maestros que son más o menos iguales. Sé que en los últimos años todos han trabajado duro para ganarse el título supremo. El segundo torneo será todo un acontecimiento.

—¿Cuándo se celebrará?

—El torneo tiene lugar cada veinticinco años, así que el próximo será dentro de un par de años. Parece que volveremos a enfrentarnos los mismos veteranos. No hay nadie nuevo que tome el relevo. Nuestro arte está desapareciendo. Cada generación es menos capaz que la anterior. —Qiu Qianren suspiró y negó con la cabeza.

—¿Podéis llevarnos con vos al próximo torneo, por favor? Me encantan las competiciones de lucha.

—Es mucho más que eso. Los títulos importan poco cuando tienes un pie en la tumba. Pero vivimos en una época de grandes cambios. Estaría faltando a mi deber como hombre de artes marciales y poniendo decenas de miles de vidas en peligro si ocultase mis conocimientos para preservar el tranquilo anonimato del que he

estado disfrutando. —Hizo una pausa y se volvió hacia el señor Lu, señalando a Guo Jing y a Loto—. Nuestros jóvenes amigos aquí presentes no tienen relación con el *jianghu*. Conviene que no sepan nada de esto.

—El señor Lu no ocultaría tales cosas a un buen amigo. —Loto sonrió con dulzura.

El maestro de la Mansión de la Nube Errante maldijo en silencio la agudeza y la lengua de Loto. Porque ésta tenía razón. Sería una afrenta a las normas de la hospitalidad excluir a los invitados.

—Por favor, no habléis de este asunto con nadie.

Había llegado el momento de que Qiu Qianren explicara el motivo de su visita.

—Permitidnos desearos buenas noches.

Guo Jing se levantó y cogió a Loto de la mano. No se sentía cómodo participando en la conversación en contra de los deseos de Qiu.

—Eres amigo del señor Lu, de modo que no te considero un desconocido. —Qiu Qianren apoyó una mano en el hombro de Guo Jing—. Siéntate, por favor.

A Guo Jing le sorprendió la ligereza con la que lo empujó hacia el asiento. Contuvo su fuerza interna y se sentó obedientemente.

El maestro marcial se puso en pie y alzó su vaso antes de hablar.

—¿Sois conscientes de que el Grand Song se enfrentará a sus pruebas más difíciles en menos de medio año?

Lu Laurel hizo un gesto al personal de la casa para que salieran del salón mientras los criados se retiraban fuera del alcance del oído, aunque se quedaron cerca para servir a los comensales.

—Tengo información contrastada de que en poco menos de seis meses toda la fuerza del ejército jin marchará hacia el sur. El Gran Song perderá sin duda los restos de su reino. Ése es su destino —afirmó Qiu Qianren.

—Maestro Qiu, debemos informar a la corte song de inmediato —exclamó Guo Jing.

—¿Qué sabes tú de tales asuntos, joven? —Le lanzó una mirada de desdén—. Informar a la corte song no haría más que recrudecer el sufrimiento de la batalla que se avecina.

Nadie acababa de entender la lógica de aquellas palabras.

—Lo he pensado mucho —continuó Qiu Qianren—. Sólo hay un modo de evitar que nuestra hermosa tierra sea saqueada y arrasada. No nos queda otro remedio si queremos proteger a nuestro pueblo para que viva en paz y prosperidad.

»Ése es el motivo de mi viaje a Jiangnan, al corazón del sur. He oído decir que mis estimados anfitriones han capturado al joven príncipe del gran Imperio jin, así como al comandante Duan, el alcaide. ¿Por qué no los invitamos a que se unan a nosotros?

El señor Lu ordenó que fueran a buscar a sus prisioneros, aunque no pudo evitar preguntarse cómo sabía de ellos Qiu Qianren y qué quería conseguir de un traidor y un príncipe enemigo.

Una vez que llevaron a los prisioneros al salón, el señor Lu ordenó que les retiraran los grilletes y les asignó los asientos menos destacados de la mesa, aunque no pidió que les llevaran copas ni cubiertos.

—Alteza —saludó Qiu Qianren a un Wanyan Kang de aspecto cetrino. Apenas dedicó un vistazo al comandante Duan, un barbudo en la cincuentena que parecía aterrado.

El príncipe jin respondió con un asentimiento, pero estaba preocupado por la presencia de Guo Jing. «¿Qué está haciendo aquí?» No sabía que Guo Jing había visto su pelea con Lu Laurel, y no reconoció a Huang Loto con el disfraz. Mantuvo una expresión neutral, y Guo Jing, a su vez, no hizo ademán de saludarlo.

—Esta mansión alberga riquezas y honores que sobrepasan la imaginación —dijo Qiu Qianren de forma enigmática.

—Me tenéis en demasiada estima, maestro. No soy más que un rufián que lleva una vida sencilla —respondió el señor Lu, con una cortesía cauta. La familiaridad de su invitado con el embajador jin lo estaba incomodando.

—La muerte y la destrucción son inevitables a medida que el ejército jin avanza hacia el sur —continuó Qiu Qianren—. He viajado hasta aquí para reunir a los héroes del sur, para que nos alcemos al unísono y encontremos un modo de impedir los horrores de la guerra.

—Como hombres marciales, estamos entrenados para servir a

nuestro país y para liberar a nuestro pueblo de su grave situación. Mi lealtad a nuestra tierra nunca ha encontrado una vía de expresión, debido a nuestra corte, confundida y corrupta. Pero, ahora, la oportunidad de cumplir con nuestro deber para con el país vale más que la riqueza terrenal o el rango. —El señor Lu hablaba con una vehemencia apenas contenida—. Os imploro, maestro, que señaléis el camino.

Acariciándose la barba, Qiu Qianren sonrió ante las apasionadas palabras del señor Lu, pero un sirviente entró corriendo antes de que pudiera responder.

—El capitán Zhang está fuera con seis héroes extraordinarios que ha encontrado en el lago.

—Invitadlos a pasar.

«¿Ha traído ayuda Viento Oscuro Doblemente Infame?» El rostro del señor Lu se ensombreció al pensarlo.

5

El Señor de la isla de la Flor de Melocotón

1

—¡Primer *shifu*, segundo *shifu*, tercer *shifu*, cuarto *shifu*, quinto *shifu*, séptima *shifu*! —gritó Guo Jing de un tirón, cuando una mujer y cinco hombres fueron conducidos hasta el salón de banquetes.

Armados y con un aspecto extraordinario, los Seis Fenómenos del Sur no habían revelado su identidad cuando los hombres del capitán Zhang hicieron señas a su barco en el lago Tai, pero intercambiaron unas palabras en el dialecto de los ríos y los lagos, y aceptaron la invitación.

El leal pirata siguió la orden de Lu Laurel al pie de la letra y acompañó en persona a los fenómenos hasta la Mansión de la Nube Errante, temiendo en todo momento estar conduciendo a los enemigos del señor Lu al interior de la finca.

La reacción de Guo Jing había tranquilizado de algún modo al señor Lu, pero, antes de que averiguara más de los recién llegados, se oyó una voz atronadora:

—¿Esa chica del demonio está contigo?

—¡Ahora no! —Han Jade tiró de su primo, Han el Jinete, y lo hizo callar.

Había reconocido a la persona que se encontraba sentada junto a Guo Jing nada más entrar: Loto disfrazada de muchacho.

«La Ciclón Mei que recuerdo no tiene el aspecto ni la voz de ésta», observó el señor Lu aliviado. Juntó las manos en un gesto de respeto cuando Guo Jing presentó a sus maestros.

—Hace mucho que admiro la incomparable reputación de los Héroes. Disculpad mi descortesía por permanecer sentado; estoy un

poco impedido de las piernas.

Y acto seguido ordenó a los sirvientes que prepararan una segunda mesa para sus nuevos invitados.

Entretanto Qiu Qianren, que estaba absorto en el banquete, apenas había prestado atención a los Seis Fenómenos; sólo esbozó una leve sonrisa cuando los vio aparecer por la puerta.

—¿Quién es ése? —Una vez más habló Han el Jinete.

—Uno de los mayores maestros marciales de nuestra época. Es sumamente reputado en el *wulin*.

—¿Huang el Boticario, de la isla de la Flor de Melocotón? —dijo Han Jade.

—¿El Vagabundo Divino Nueve Dedos? —aventuró Han el Jinete.

El señor Lu negó con la cabeza.

—Éste es el maestro Qiu, Palma de Hierro que se Desliza por el Agua.

—¿El maestro Qiu Qianren? —Ke Zhen'e, el mayor de los fenómenos, estaba impresionado.

Qiu Qianren estaba visiblemente complacido ante la reacción que provocaba su nombre. Dejó de comer un momento y echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada.

Una vez dispusieron la mesa, los Seis Fenómenos se sentaron conforme a su veteranía. Guo Jing se volvió hacia Loto, quien, sonriendo, negó con la cabeza, así que Guo se fue solo a la otra mesa.

Después de que Guo Jing se instalara junto a sus *shifus*, el señor Lu dijo con una sonrisa:

—Creía que el hermano Guo no sabía artes marciales. Resulta que es discípulo de los maestros más apreciados.

—Espero que me perdone por ocultar mis conocimientos marciales. —Guo Jing se puso en pie de un brinco con gesto reverente—. No estoy naturalmente dotado y apenas he arañado la superficie del kung-fu de mis mentores. —La humilde respuesta no pudo satisfacer más a los fenómenos.

—Se dice que los Seis Héroes han ganado fama en todo el sur. —Por primera vez, Qiu Qianren se dirigió a los recién llegados—. Si los Héroes se nos uniesen, sería enormemente beneficioso para nuestra

empresa.

—Cuando habéis llegado, el maestro Qiu estaba a punto de explicar el asunto que lo ha traído hasta aquí —añadió el señor Lu.

—Aquí todos somos hombres del mundo marcial. Nuestro código de rectitud heroica nos exige que evitemos que nuestros iguales sufran —constató Qiu Qianren con orgullo—. El ejército del gran Imperio jin está listo para dirigirse al sur en cualquier momento. La guerra es inevitable. Cuando los dos ejércitos se enfrenten, ¿cuántas vidas se perderán? ¿Cuántas se arruinarán?

—Todos conocemos el dicho «La fortuna sonríe a los que complacen al cielo; la muerte desciende sobre los que se resisten». He venido para hablar con los maestros marciales del sur, para que juntos podamos convencer a la corte song de que no ignore el conflicto que se avecina y de que comprenda por fin la precaria posición en que se encuentra.

»La presión crece por momentos, por lo que ha quedado claro que la mejor opción sería rendirnos antes de que nos veamos obligados a soportar la humillación y la crisis que seguirían a una derrota en el campo de batalla.

»Cuando cumplamos esa tarea, la gratitud del pueblo justificará nuestros esfuerzos. Huelga decir que también nos serán otorgados la riqueza y el rango.

El Sexto Fenómeno, Quan Dorado, lanzó una mirada de advertencia a sus hermanos —«Dejad que responda primero nuestro anfitrión»— al tiempo que daba un brusco tirón en la manga a los más impetuosos, Han el Jinete y Han Jade.

—Puede que me relacione con piratas y ladrones, pero sé a quién debo lealtad. —El señor Lu escogió las palabras de forma cuidadosa. Se había quedado pasmado al oír a un maestro al que tanto respetaba hacer una propuesta tan traicionera—. Si el ejército jin viene a apoderarse de nuestro reino, lucharé hasta la muerte junto a los maestros marciales del sur. —Hizo una pausa y luego decidió bromear al respecto—. Creo que el maestro está probando nuestra honestidad.

—Querido hermano, ¡no seas tan corto de miras! —exclamó Qiu Qianren—. ¿Qué bien puede obtenerse de ayudar a los song contra los jin? El único destino que aguarda es el de Yue Fei: una muerte

solitaria en el Pabellón de la Tormenta.

—Mis enemigos estarán aquí en cualquier momento. Esperaba pedir ayuda al maestro, pero, dado que nuestros principios son irreconciliables, preferiría que me degollaran y mi sangre se vertiese por el suelo antes que solicitar vuestra ayuda… ¡Por favor! —El señor Lu ahuecó las manos en un gesto mecánico de despedida y le señaló la salida.

Los fenómenos, Guo Jing y Huang Loto estaban impresionados por la audaz respuesta del señor Lu.

Sonriendo, Qiu Qianren cogió el borde de su copa de vino entre el pulgar y el índice, y le dio la vuelta antes de soltarla y golpear el filo con la palma de la mano. Un anillo de porcelana de un centímetro de grosor traqueteó en la mesa con un ruido seco. Colocó el vaso junto a su filo cortado, mostrando el borde limpio.

Romper cerámica no requería ninguna habilidad, pero ¿partirla de forma tan limpia con sólo la palma? ¡Eso demostraba un dominio excepcional del *neigong* interno!

—¡Traidor! ¡Basta de trucos! —explotó el fogoso Han el Jinete antes de que a su anfitrión se le ocurriera una réplica a la amenaza. Se levantó de un salto y se plantó delante de Qiu Qianren.

Los fenómenos nunca dejarían escapar a un traidor sin desafiarlo.

—Nada me complace más que la oportunidad de poner una gran reputación marcial a prueba. Todos juntos, por favor —dijo el maestro marcial.

—En efecto, los Seis Héroes del Sur son un frente unido, contra un hombre o mil —añadió el señor Lu.

El segundo fenómeno, Zhu Cong, comprendió la advertencia: ninguno de ellos vencería a Qiu Qianren en un combate cuerpo a cuerpo.

—Para los seis hermanos marciales sería un honor aprender de un maestro conocido del *wulin* —dijo sacudiendo la mano.

El resto de los fenómenos se pusieron en pie de un brinco.

Qiu Qianren se levantó y llevó su silla al centro del salón, lejos de las mesas.

—Venid, jugaremos sentados.

Se instaló en la silla y apoyó el tobillo en la rodilla contraria. Con el otro pie dio unos golpecitos al suelo.

Los fenómenos inspiraron con fuerza al oír su arrogante respuesta. Sólo el maestro marcial más importante desairaría así a sus rivales.

—Maestro, permitidme luchar en nombre de mis *shifus*.

Guo Jing se plantó delante de sus mentores. Había visto las extrañas habilidades de Qiu Qianren y sabía que ninguno de sus maestros estaría a su altura. Aunque era probable que muriese a manos de aquel maestro, como discípulo era su deber evitar que hicieran daño a sus mentores.

—Educarte no fue moco de pavo. ¿Por qué tirar tu vida así, siendo tan joven, chico? —se carcajeó Qiu Qianren.

—¡Aparta! —le ordenaron los fenómenos al unísono.

Temiendo que fueran a refrenarlo, Guo Jing dobló la rodilla izquierda y trazó un círculo con la palma derecha, sin decir nada.

Dragón Altivo se Arrepiente.

Había estado trabajando mucho en ese movimiento, y su control sobre su poder había aumentado de manera exponencial desde el día que lo aprendiera de Cuenta Hasta Siete Hong. Lanzó la palma, canalizando dos quintas partes de su fuerza interna y reservando el resto.

Qiu Qianren había advertido lo mediocre que era el kung-fu de Han el Jinete cuando saltó de su asiento, así que dio por sentado que la destreza del aprendiz sería insignificante. Poco podía imaginar que un chico que apenas salía de la adolescencia podría producir una fuerza tan poderosa. Bajó los pies y saltó en el aire.

¡Crac! La silla de sándalo rojo se astilló.

—¡Muchacho insolente!

Aquello había creado la primera grieta en la calma de Qiu Qianren.

—Espero que el maestro se digne a instruirme —dijo Guo Jing con tono deferente, consciente de que era de muy mala educación golpear a un superior, sobre todo a un maestro con un kung-fu tan exquisito.

Mientras Guo Jing vacilaba acerca de su movimiento siguiente, Loto gritó:

—No hace falta que seas amable con ese horrible fósil.

Era una treta para distraer al maestro. Nunca le habían insultado a la cara con semejante descaro. Ultrajado, Qiu Qianren se abalanzó sobre Guo Jing, atacando con las palmas con furia. Entonces recordó que estaba luchando con un principiante; debía mantener la calma. En el último momento, convirtió un golpe con la mano derecha en una finta y, con una mueca de desprecio, dejó volar su mano en una Palma Peinacejas. Guo Jing se alejó girando.

El maestro marcial transformó el ataque fallido en un tanteo, retrocediendo en un Arpeo, antes de girar a toda prisa hasta adoptar una postura agachada y hundir la mano en una Caída Demoledora.

—¡Ese movimiento es muy vulgar! —gritó Loto—. Ganso Salvaje Deja la Bandada, de la Palma de Brazos Conectados y Seis Uniones.

Qiu Qianren había pasado décadas perfeccionando ese kung-fu. Desarrollado a partir de la Palma de Brazos Conectados y Cinco Elementos, los movimientos en sí no resultaban sorprendentes, pero el modo en que interactuaban los dos brazos era poco habitual. Mientras una palma asestaba un golpe, la otra giraba, canalizando su fuerza en la mano atacante. Los brazos estaban conectados en un ciclo de energía, impulsándose el uno al otro con cada golpe.

Guo Jing nunca había visto una coordinación tan constante entre los dos costados del cuerpo. Su seguridad flaqueó. Sin saber si bloquear o atacar, se limitó a esquivarlo y evitarlo. No se le ocurría otra cosa que pensar en la explicación de Cuenta Hasta Siete Hong de «arrepentirse» y «retirarse».

«El kung-fu del chico es muy mediocre. No hay astucia, sólo fuerza bruta.» Tras esa observación, Qiu Qianren lanzó tres movimientos sucesivos: Golpe de Palma Desgarrador, Envión Agitador del Yin y Monta el Tigre, Escala la Montaña, cada uno más rápido que el anterior.

Loto se acercó a los contendientes, dispuesta a ayudar.

Guo Jing rotó para esquivar una patada lateral, luego vaciló al advertir la mirada de preocupación de Loto.

Qiu Qianren vio su oportunidad. Golpeó al joven directamente en el pecho, con una Serpiente Blanca Saca la Lengua.

En el salón resonaron gritos ahogados. ¡Nadie podía sobrevivir a un

golpe tan fuerte!

Del rostro de Guo Jing manaba sangre. Lo invadió el miedo, pero no sentía dolor. Flexionó los brazos y los hombros. Nada.

¿Cómo era posible?

Loto se apresuró a sujetar a Guo Jing. Parecía aturdido, tenía los ojos vidriosos.

—Ese asqueroso barbicano debe de haberlo dejado sin sentido —maldijo para sus adentros—. ¿Cómo te encuentras? —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Estoy bien. —Sonrió—. Déjame intentarlo otra vez.

Hinchó el pecho y se acercó a Qiu Qianren dando grandes zancadas.

—Héroe de la Palma de Hierro, por favor, golpéame una vez más.

Furioso, el anciano reunió su fuerza y —*¡pam!*— golpeó a Guo Jing de nuevo, directo al corazón.

—*Shifus*, Loto, ¡el kung-fu de este anciano es vulgar! —Guo Jing se rió—. Sus movimientos parecen poderosos, pero, al golpearme, me ha revelado sus intenciones. —Entonces dio un paso al frente—. ¡Ahora me toca a mí! —Hizo oscilar el brazo izquierdo en horizontal.

Rodeándose el pecho con los brazos, Qiu Qianren pensó que la embestida de Guo Jing se convertiría en un puñetazo. No tenía ni idea de que estaba a punto de enfrentarse al movimiento más intrincado de la Palma Domadora de Dragones: Dragones Luchan en la Naturaleza.

Ya fuera balanceando el brazo izquierdo, ya fuera arremetiendo con la palma derecha, cada movimiento podía ser una finta o un ataque. Era imposible predecir qué mano asestaría el golpe.

En el momento en que Qiu Qianren hizo ademán de bloquear, Guo Jing cargó con la otra palma en el hombro derecho del anciano.

¡Pam!

Como una cometa con la cuerda rota, el maestro marcial salió disparado por la puerta.

2

Fuera del salón, una mujer atrapó a Qiu Qianren cuando éste pasaba a

toda velocidad. Arrastró al maestro marcial por el cuello al interior de la sala y lo depositó en el suelo.

Era Ciclón Mei, Cadáver de Hierro.

Se plantó en el centro de la estancia con el rostro medio oculto por la melena desaliñada vuelto hacia las vigas.

El horror que siguió, sin embargo, eclipsó su dramática aparición.

Una figura alta y desgarbada, ataviada con una túnica verde, entró en la sala. Tenía la tez cerúlea, y los músculos faciales, la nariz y la boca rígidos y tan muertos como la madera o la piedra. Sólo los ojos tenían capacidad de movimiento. Era la cabeza de un cadáver en un cuerpo humano vivo. El mero hecho de mirar aquel rostro producía escalofríos. Todos en el salón de banquetes apartaron la vista al tiempo que se les aceleraba el corazón y un escalofrío les recorría la columna.

Cualquier regocijo que hubiera sentido el señor Lu al presenciar la lección de humildad que Qiu Qianren acababa de recibir de Guo Jing se esfumó al ver a los recién llegados. Ella había cambiado tanto que casi era irreconocible; sin embargo, su identidad seguía siendo inconfundible. El temor y la pena anidaron en su corazón.

—¡*Shifu!* —exclamó, y, para sorpresa de todos, Wanyan Kang se levantó para saludar a Ciclón Mei.

—Ciclón, mi hermana marcial, han pasado más de diez años. Por fin volvemos a encontrarnos. —El señor Lu ahuecó las manos en señal de respeto—. ¿Cómo está nuestro hermano, Huracán?

Guo Jing y sus *shifus* se miraron, asombrados ante aquella revelación. ¿Habían caído en una trampa? Ciclón Mei sola ya era bastante difícil de derrotar, ¿y ahora también tendrían que lidiar con su hermano marcial?

Entretanto, a Huang Loto le agradó comprobar que su intuición era acertada: «¡Sabía que era discípulo de mi padre! Todo en él me recordaba a papá.»

—¿Céfiro Lu? ¿Mi hermano marcial pequeño? —La voz de Ciclón Mei era fría como el hielo.

—Sí, soy yo —respondió el Maestro de la Mansión de la Nube Errante—. Espero que te haya ido bien.

—¿Bien? ¿No ves que estoy ciega? Asesinaron a Huracán hace años. ¿No es lo que siempre quisiste?

—¿Quién mató a nuestro hermano? ¿Su muerte ha sido vengada?

A Céfiro Lu le sorprendió oír que alguien había vencido a Viento Oscuro Doblemente Infame, pero también se sintió aliviado de tener un enemigo menos del que preocuparse. Suspiró, pensando en aquellos días, en otra vida, cuando los tres eran hermanos marciales en la isla de la Flor de Melocotón.

—Sigo buscándolos.

—Antes de que resolvamos nuestras disputas, te ayudaré a encontrar al asesino de nuestro hermano.

Ciclón Mei resopló con desprecio.

—¡Busca tu venganza aquí! —rugió Han el Jinete al tiempo que daba una palmada en la mesa. Habría saltado de su asiento si Quan Dorado no se lo hubiese impedido.

—¡Basta de palabras vanas sobre venganzas insignificantes! —Qiu Qianren por fin se había recuperado del golpe lacerante y demoledor que había sufrido a manos de Guo Jing—. Os pavoneáis llamándoos héroes y grandes hombres, pero no sabéis nada de la muerte de vuestro propio *shifu*. ¡Ahorradme vuestros aspavientos!

Ciclón Mei aferró la muñeca de Qiu Qianren.

—¿Qué habéis dicho?

El dolor le llegó a los huesos. Chilló.

—¡Soltadme!

—¿Qué habéis dicho? —preguntó Mei de nuevo.

—Huang el Boticario, el señor de la isla de la Flor de Melocotón, ¡ha sido asesinado! —Escupió las palabras.

Ciclón Mei aflojó la presión.

—¿Es cierto? —Céfiro Lu se había olvidado de las normas de la hospitalidad.

—¿Por qué iba a mentir? Los Siete Inmortales de la secta Quanzhen, los discípulos de Wang Chongyang, lo fueron a buscar y lo mataron.

Ciclón Mei y Céfiro Lu se arrodillaron, sollozando. Huang Loto se desmayó y cayó estrepitosamente al suelo junto con la silla en la que estaba sentada.

Ningún hombre, sin ayuda, podría infligir un daño mortal al señor de la isla de la Flor de Melocotón, pero, superado en número y rodeado por Ma Yu, Qiu Chuji, Wang Chuyi y sus hermanos marciales…

—¡Loto! ¡Despierta! —Guo Jing la sostenía contra su pecho. Sus pálidas mejillas y su respiración superficial lo asustaron—. Ayúdala, por favor, *shifu*.

Zhu Cong le puso la mano debajo de la nariz.

—No te preocupes; estará perfectamente. Se ha desmayado del dolor —afirmó, y masajeó el punto de presión del Palacio del Trabajo, en el centro de la palma.

Loto empezó a volver en sí.

—¡Quiero ver a mi padre! ¡Papá! ¿Dónde estás?

Pese a la conmoción y la pena, Céfiro Lu ató cabos. «¡Por supuesto! ¡Es la hija del *shifu*! Por eso reconoció el Rocío de las Nueve Flores.»

—¡Hermanita, mataremos a los monjes de Quanzhen! —balbuceó entre lágrimas—. Ciclón, ¿vienes conmigo? ¡Si no, tendré que matarte a ti primero!

—Papá, debemos planear esto como es debido.

Lu Laurel nunca había visto a su padre tan abrumado por la emoción.

—Es… Es culpa tuya, Ciclón Mei. ¡Tú le causaste eso al *shifu*! ¡Me causaste esto a mí! —Llegados a este punto no había quien parara a Céfiro Lu—. Ya era bastante malo que hicieses aquella cosa vergonzosa con Huracán. ¿Por qué tuviste que robar también el *Manual de los Nueve Yin*? ¿Sabías que el *shifu* nos rompió las piernas por ese libro? A los tres. ¡Tus hermanos marciales! ¡Y nos desterró! Deseaba que el *shifu* cambiara de opinión, que volviera a aceptarme, para poder servirle una vez más, para poder devolverle el favor de haberme enseñado. Pero ahora ya no está. Todos mis sueños, mis esperanzas… ¡frustrados!, ¡desvanecidos!, ¡por tu culpa!

—¡Para! ¡Te maldije por tu falta de agallas en el pasado y vuelvo a maldecirte ahora! Eras tú quien no paraba de perseguirnos. Fuiste tú quien nos obligó a ir a Mongolia. ¡Sin ti, Huracán no habría encontrado la muerte allí! ¿Por qué sigues hablando de saldar nuestras

cuentas pendientes? ¡Deberías concentrarte en vengar a nuestro *shifu*! Tenemos que encontrar a esos taoístas malnacidos. Si no puedes caminar, yo misma cargaré contigo. —Sus lágrimas fluían tan rápido como sus palabras.

—¡Papá! ¡Quiero ver a mi padre! —Loto llevaba un rato repitiendo esas palabras.

—Deberíamos interrogarlo como es debido —le susurró Zhu Cong a Loto. Se acercó a Qiu Qianren, pasando la manga por el polvo y la suciedad de la camisa del maestro marcial.

—La ignorancia de nuestro discípulo ha ofendido al maestro. Por favor, perdonadle.

—Mi vista no es tan aguda como antes. No cuenta. Hagámoslo de nuevo.

—Sin duda el kung-fu del maestro es muy superior. No hace falta volver a luchar. —Zhu Cong dio unas palmaditas a Qiu Qianren en el hombro y le estrechó la mano.

El segundo fenómeno regresó a su asiento y cogió su copa de vino con una sonrisa. Pellizcó el borde del vaso con el pulgar y el índice, como había hecho Qiu Qianren. Después de darle una vuelta entera, tocó el filo con la palma de la mano. Un anillo de porcelana, de un centímetro de grosor, cayó a la mesa. Era exactamente el mismo kung-fu.

—El kung-fu del maestro es magnífico. Perdonadme por robar el movimiento. ¡Y gracias! —Zhu Cong sonrió—. Vamos, Guo Jing, yo te enseñaré. Ahora serás capaz de engañar a la gente y darles un buen susto.

Qiu Qianren palideció. «¿Cómo ha descubierto mi secreto? ¡Hace tan sólo un momento lo tenía bien guardado!»

Nadie lograba entender cómo Zhu Cong había conseguido reproducir el truco.

El segundo fenómeno sostuvo en alto un anillo.

—Póntelo. Pellizca el borde. Asegúrate de que el anillo lo toca. Ahora gira. —Guo Jing hizo lo que le indicaba. Otro anillo de cerámica cayó sobre la mesa—. Muchas gracias al maestro Qiu por prestarnos el anillo. Veréis, esto es un diamante: el material más duro

del mundo.

«¡De modo que no ha sido gracias a su extraordinario control de la fuerza interna!» Loto se sumó a las risas antes de sucumbir a las lágrimas una vez más.

—No llores, mi señora —dijo Zhu Cong—. Nuestro maestro Qiu vive para engañar y hacer trucos. Las habilidades marciales de tu querido padre son incomparables. Los Siete Inmortales de la secta Quanzhen tienen principios. ¿Por qué iban a matar a tu padre sin motivo alguno?

—Qiu Chuji y sus hocicos de vaca deben de haber oído lo de su tío marcial, Zhou Botong —soltó Loto.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Nada que te concierna... —Se echó a llorar de nuevo.

En circunstancias normales, Loto no se habría tragado el truco de Qiu Qianren, pero, por primera vez en su vida, llevaba meses sin ver a su padre; además, si los Siete Inmortales habían averiguado lo sucedido entre su padre y Zhou Botong, entonces habrían tenido un motivo para entablar combate.

Para distraer a Loto de sus pensamientos, Zhu Cong sacó dos ladrillos y un fardo de juncos fuertemente atados, además de yesca, un pedernal y un eslabón.

—El maestro Qiu guarda muchas cosas raras en las mangas. ¿Os imagináis su propósito?

Loto cogió un ladrillo y lo apretó con fuerza. Se desintegró a la menor presión. Frotó un fragmento de los restos entre los dedos y se convirtió en polvo. Una sonrisa se extendió por su rostro.

—¡Este ladrillo está hecho de harina! ¡Nos ha enseñado cómo lo aplastaba con su fuerza interna!

El rostro de Qiu Qianren pasaba de un verde enfermizo a un blanco cadavérico. Había esperado que la mentira sobre la muerte de Huang el Boticario le diera una oportunidad de escapar, pero ese erudito asqueroso estaba desvelando todos sus trucos. Se volvió y trató de escabullirse.

Ciclón Mei agarró al maestro marcial y lo arrojó al suelo con un revés.

—Lo que acabas de decir acerca de mi mentor... ¿era mentira?

Qiu Qianren gimió de dolor.

Loto advirtió que un extremo del junco estaba chamuscado.

—Segundo *shifu*, ¿puedes fumar esto y guardártelo en la manga?

Los fenómenos desconfiaban de Huang Loto a causa de su padre, pero, al menos en ese momento, estaban unidos contra Qiu Qianren. En su fuero interno Zhu Cong se alegró de que lo llamara *shifu*, pues siempre se había sentido afín al ingenio rápido e irreverente de la joven. Hizo lo que ella le pedía y, con una expresión seria, inhaló.

Entre risas y palmadas, Loto se volvió hacia Guo Jing y Céfiro Lu.

—¡Eso es lo que hacía ese horrible fósil cuando practicaba su kung-fu interno!

Se acercó a Qiu Qianren y le sonrió con dulzura.

—Permitidme.

Mientras ayudaba al maestro marcial a ponerse en pie, le dio un golpecito en el punto de presión del Camino del Alma, situado por debajo de la quinta vértebra, con su Caricia de Orquídea.

—Entonces, ¿qué le ha pasado a mi padre? —vociferó—. ¡Si me dices que está muerto, te mato! —Hizo una floritura con la mano, y la punta de acero de su Aguja Emei presionó el pecho del anciano.

Todo el mundo contuvo la risa ante sus métodos de interrogatorio. Qiu Qianren sucumbió a un sinfín de picores y dolores.

—Quizá no esté muerto. Es imposible saberlo con seguridad.

—¡Eso ya es otra cosa! —comentó Loto, y, sonriendo de oreja a oreja, le frotó el punto de la Vasija Vacía, en la escápula derecha, para aliviarle el malestar.

—Habéis dicho que los Siete Inmortales de la secta Quanzhen mataron a nuestro mentor. ¿Visteis el combate con vuestros propios ojos? ¿O sólo habéis oído hablar de él? —preguntó Céfiro Lu, con la esperanza de sonsacar más información al maestro marcial que Loto.

—Alguien me habló de él.

—¿Quién?

—Cuenta Hasta Siete Hong —dijo Qiu Qianren después de una pausa.

—¿Cuándo fue eso? —intervino Loto.

—Hace un mes.

—¿Dónde?

—En la cima del monte Tai. Nos batimos en duelo. Perdió y lo mencionó de pasada.

Riendo, Loto lo agarró de la camisa y le tiró de la barba.

—¡Otra mentira! ¡Hace un mes estábamos con Cuenta Hasta Siete! —Se volvió hacia Guo Jing—. Enséñale otro de tus golpes de palma.

—¡Por supuesto!

Guo Jing se acercó saltando.

Qiu Qianren se giró en redondo y se escabulló del joven a toda prisa. Al ver a Ciclón Mei en la puerta, volvió corriendo al salón.

Lu Laurel se adelantó para detener a Qiu Qianren, pero el anciano lo empujó y Laurel retrocedió tambaleándose. El supuesto maestro marcial no carecía por completo de destreza, en caso contrario no habría desafiado a los fenómenos.

—Cuéntame cómo caminas por encima del agua con el cubo de hierro en la cabeza. —Loto le apoyó una mano en el hombro para detenerlo.

—Es mi kung-fu de ligereza único. Es por él por lo que se me conoce como Palma de Hierro que se Desliza por el Agua.

—¿De verdad? ¿Sigues intentando engañarnos?

—A mi edad, mis habilidades marciales ya no son lo que eran, pero nunca he perdido mi *qinggong*.

—En ese caso, muéstranos tu kung-fu Caminar por Encima del Agua. Hay un gran estanque en el patio. Tras las puertas, bajo el osmanto oloroso de la izquierda.

—¿Un estanque? No podría…

Se produjo un destello y algo le rodeó los tobillos con fuerza. El látigo Pitón Blanca. Antes de que se diera cuenta, estaba colgando boca abajo.

—¡Ya has hablado suficiente!

Ciclón Mei arrastró a Qiu Qianren por la puerta del salón de banquetes y, con un giro de la muñeca, lo arrojó al estanque para peces del patio.

Loto salió también y sostuvo las Agujas Emei por encima del borde del estanque de piedra.

—¡Enséñanos cómo te deslizas por el agua! ¡O mis agujas harán que te hundas hasta el fondo!

Qiu Qianren se impulsó con los pies con la esperanza de poder saltar fuera, pero se lanzó directo a las puntas de acero de Loto, que se le clavaron en los hombros, y se cayó al agua provocando una gran salpicadura.

—Coloco troncos en el lecho del río. A doce o quince centímetros de la superficie —confesó el anciano avergonzado, chorreando agua—. El cubo que cargo está hecho con una hoja de hierro muy fina. La abertura está sellada y sólo contiene poco más de cinco centímetros de agua.

Una vez satisfecha su curiosidad, Loto entró con una risita. Qiu Qianren salió de un brinco del estanque y desapareció en la noche, con la cabeza gacha.

3

Ciclón Mei había ido a la Mansión de la Nube Errante decidida a desatar una carnicería, pero, tras las lágrimas y las risas, su sed de venganza se había disipado. Ahora sólo tenía a su *shifu* en el pensamiento. Mientras escuchaba a Loto hablar entre carcajadas de los trucos de Qiu Qianren, Ciclón Mei supo que ya no sería capaz de endurecer su corazón contra su hermano marcial.

—Céfiro Lu, pon en libertad a mi discípulo. En honor a nuestro *shifu*, olvidaré nuestras viejas desavenencias. —Suspiró—. Tú nos empujaste a mi esposo y a mí a ir a Mongolia... Todo ha sido obra del destino.

—Puedes quedártelo.

Céfiro Lu también se había dado cuenta de lo fútil que había sido todo: «Ciclón Mei ha perdido a su marido y la vista. No le queda nada ni nadie en este mundo. Puede que yo esté lisiado, pero tengo a mi esposa y a mi hijo, y tengo una casa y mis negocios. Mi vida es cien veces mejor que la suya. ¿Qué sentido tiene remover el pasado?»

—Partiré hacia la isla de la Flor de Melocotón mañana —dijo Céfiro

Lu tras una pausa—. ¿Te gustaría acompañarme?

—¿De verdad? —Aquellas dos palabras concretaban años de temor y añoranza.

—Sí. Sé que pisar la isla sin invitación es una ofensa grave, pero las mentiras de Qiu Qianren me han hecho añorar aún más a nuestro gentil mentor.

—Iremos a ver a mi padre juntos —añadió Loto—. Le rogaré por vosotros.

Ciclón Mei permaneció clavada en su sitio, abstraída. Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas.

—No, yo no puedo ir. Estoy demasiado avergonzada. Nuestro mentor se apiadó de mí y me concedió una nueva vida. Me crió, me enseñó, y yo, este corazón salvaje, engendrado por lobos, lo traicioné. Soy peor que un animal...

»Pienso en él todos los días. ¡Rezo porque goce de buena salud y me libere con un golpe en la mejilla! —Se abofeteó dos veces.

»*Shifu*, yo... Me he portado mal con vos. —Se golpeó una vez más. Tenía las mejillas de un rojo encendido—. Me quitaré la vida, una vez que haya vengado a mi esposo. ¡Siete Fenómenos del Sur, luchad conmigo si os atrevéis!

Ke Zhen'e dio un paso al frente y golpeó el suelo con su vara de hierro.

—Ciclón Mei, no puedes verme y yo a ti tampoco —dijo, alzando la voz por encima del estruendo del metal contra la piedra—. Tu esposo perdió la vida esa noche, pero también se llevó consigo la de nuestro quinto hermano, Zhang Asheng.

—Por eso ahora sólo hay seis fenómenos —se dijo ella en voz alta.

—Prometimos al anciano Ma Yu que nunca te buscaríamos para vengarnos, pero hoy nos has encontrado tú a nosotros. Es posible que el cielo y la tierra sean infinitos, y aun así, nuestros caminos siempre confluyen. Quizá el Señor del Cielo no desee que coexistamos en este mundo. Por favor, haz tu primer movimiento.

—Después de ti. —Ciclón Mei soltó una risita—. De todos vosotros.

El resto de los fenómenos hacía rato que habían adoptado posiciones detrás de Ke Zhen'e. Blandieron sus armas al unísono.

—Vuestro discípulo hará el primer movimiento contra Ciclón Mei. —Guo Jing dedicó una reverencia a sus mentores.

—¡Escuchadme, por favor! —A Céfiro Lu le hubiera gustado tener la autoridad o el kung-fu necesarios para darle la vuelta a la situación—. Sin duda la hermana Mei y los Seis Héroes arden en discordias del pasado, pero ambas partes ya han sufrido demasiadas pérdidas. ¿Puedo proponer que hoy luchemos sólo para ganar, sin causar heridas? Los Seis Héroes siempre actúan unidos, pero luchar seis contra uno podría parecer injusto. ¿Me atrevería a pedirle a mi hermana que enseñe algunos movimientos a nuestro joven amigo?

—¿Cómo iba a luchar con un joven sin nombre?

—Fui yo quien mató a tu marido —dijo Guo Jing—. Mis *shifus* no tienen nada que ver con su muerte.

Ciclón Mei ya había determinado la posición de Guo Jing a partir de su voz. Gruñó, saltó y trató de clavarle las garras en la coronilla.

Guo Jing se apartó a tiempo.

—Maestra Mei, sólo tenía seis años, era un niño. Herí al maestro Chen por accidente, pero acepto toda la responsabilidad. Sólo necesitáis venir a por mí. No huiré. Matadme, despellejadme vivo, haced conmigo lo que deseéis. Pero debéis prometerme que no volveréis a causar problemas a mis seis *shifus*.

—¿No huirás?

—No.

—¡Muy bien! Los fenómenos y yo hemos perdido a un ser querido. Es mi desdichado destino, y también el suyo. ¿Qué podemos hacer? Todo el odio y la animosidad entre nosotros pertenecen al pasado. Ahora, chico, ven conmigo.

—Hermana Mei —interrumpió Loto, que tenía una idea—, ¡Guo Jing ha demostrado ser valiente, en cambio los héroes del *jianghu* se reirán de ti hasta que les duela la mandíbula!

—¿Qué quieres decir? —gruñó Ciclón Mei.

—Es el único discípulo de los Seis Héroes del Sur. Las habilidades marciales de los héroes han mejorado de manera extraordinaria en los últimos años; podrían arrebatarte la vida con sólo un movimiento de la mano, pero prefieren dejarte ir, para que puedas salvar tu

reputación. Y, aun así, aquí estás, jactándote y amenazando con palabras mayores.

—¡Bah! No quiero su compasión. Fenómenos, ¡veamos si vuestro kung-fu ha mejorado de verdad!

—Ellos no necesitan luchar contigo. ¡Es probable que no puedas vencer ni a su discípulo!

—Si no consigo matar a ese chico en tres movimientos, ¡me estrello la cabeza contra una columna y muero aquí mismo!

Ciclón Mei recordaba el kung-fu de Guo Jing de la residencia del príncipe de Zhao. No tenía ni idea de las impresionantes mejoras que había hecho bajo la orientación del Vagabundo Divino Nueve Dedos.

—¿Tres movimientos? Es demasiado poco. Pongamos diez. Todos seremos testigos.

—Sería un honor para mí recibir quince movimientos de la maestra Mei. —Guo Jing había captado la treta de Loto. Estaba seguro de que su Palma Domadora de Dragones resistiría el ataque de Mei.

—Pediremos al hermano Lu y al caballero que te acompaña que lleven la cuenta —dijo Lu.

—¿A quién? He venido sola. ¡No necesito compañía!

—Entonces, ¿quién es el que está detrás de ti?

Ciclón Mei lanzó un revés, veloz como el rayo. Pero el hombre de verde fue más rápido. La esquivó, silencioso como un fantasma.

Desde que Ciclón Mei había llegado al sur, había tenido la extraña sensación de que la seguían. Había gritado, repartido golpes a diestro y siniestro, pero no había encontrado nada. Incluso había empezado a pensar que su mente le jugaba malas pasadas. Aun así, esa noche, cuando las serpientes de Ouyang el Galante le habían tendido una emboscada, alguien había ahuyentado a sus atacantes con la melodía de una flauta. Mei se había prosternado agradecida y había permanecido de rodillas durante horas, pero no recibió respuesta alguna. Nada. Ni un sonido, ni pasos alejándose. Las palabras de Loto por fin habían confirmado sus sospechas.

—¿Quién eres? —inquirió—. ¿Por qué me sigues?

El hombre hizo caso omiso de sus preguntas, y Ciclón Mei arremetió. El hombre no levantó los pies ni se movió, pero ella no

agarró otra cosa que aire. Todos los presentes se quedaron pasmados ante la destreza del desconocido. Estaba muy lejos de cualquier cosa que hubiesen visto nunca.

—Maestro, siento no haberos dado la bienvenida —dijo Céfiro Lu—. ¿Os gustaría sentaros para tomar algo con nosotros?

El hombre se volvió y salió del salón lentamente.

—¿Erais vos el flautista, maestro? —preguntó Mei—. Ciclón Mei está sumamente agradecida.

—Se ha ido —dijo Loto.

—¿Que se ha ido? Yo… no he oído nada.

—¡Ve tras él!

Ciclón Mei parecía estar lejos, muy lejos. No oyó a Loto. Entonces regresaron el rencor, la sed de venganza.

—¡Allá va el primer movimiento, chico!

Le mostró sus garras. Emitían un brillo verde espectral, listas para atacar.

—Estoy listo… —gritó Guo Jing.

La palma derecha de Mei giró antes de que pudiera acabar la frase. Su mano izquierda salió disparada. Las afiladas garras arañaron el rostro de Guo Jing, que se inclinó para apartarse, giró la palma izquierda y golpeó.

Ciclón Mei la oyó aproximándose, pero no tuvo tiempo de esquivarla.

¡Pam! Le dio en el hombro.

La fuerza del golpe la hizo retroceder tres pasos. Y aun así, en un instante volvía a la ofensiva. Al cabo de unos momentos, tenía a Guo Jing agarrado por la muñeca izquierda y le clavaba las garras en tres puntos vitales: el Paso Interior, el Paso Exterior y la Convergencia en Aumento.

Guo Jing notó un dolor adormecedor irradiándole desde el brazo. Había oído hablar a sus *shifus* de la velocidad explosiva y los movimientos impredecibles de Ciclón Mei. Sabía que no tendría la habilidad para esquivarla o bloquearla, pero no esperaba que arremetiese contra él tan rápido después de encajar un golpe.

Sin embargo, gracias al espíritu de la Palma Domadora de Dragones,

Guo Jing tenía fuerza reservada. En ese momento, la desató. Curvando el índice y el dedo corazón de la mano derecha, golpeó a Mai en el pecho.

Ese movimiento fue la mitad de Rechazar al Dragón Oculto. Se suponía que debía golpear con la otra mano en un Gancho, pero Mei no la soltaba.

¿Un puñetazo? ¿Un golpe de palma? Ciclón Mei giró a la derecha.

Una vez más, recibió un golpe en el mismo hombro.

Aunque Mei evitó lo más duro del golpe, una fuerza enorme la obligó a retroceder. Giró la muñeca y lanzó lejos a Guo Jing.

¡Crac! Ambos se estrellaron contra una columna. Cayó una lluvia de tejas, ladrillos y polvo. Los sirvientes salieron corriendo al patio, gritando de miedo.

Los fenómenos se miraron. ¿Cuándo había aprendido Guo Jing ese kung-fu superior?

Han el Jinete echó un vistazo a Huang Loto. ¡Ella debía de haberle enseñado el movimiento! A regañadientes, tuvo que admitir que las artes marciales de la isla de la Flor de Melocotón eran impresionantes.

Ciclón Mei corrió a un lado y a otro. Unas implacables garras arañaron a Guo Jing desde todas las direcciones, a la velocidad del rayo y nunca dando el mismo golpe dos veces. Una fuerte ráfaga de aire acompañaba a cada movimiento.

Guo Jing, sin embargo, se mantuvo firme; cada contragolpe era violento y poderoso. Sabía que no era lo bastante rápido para responder de manera creativa a cada ataque individual, así que se ciñó al consejo de Cuenta Hasta Siete Hong. Fuera lo que fuese lo que ella le lanzaba, respondió con la Palma Domadora de Dragones.

Comenzando con el Dragón Altivo se Arrepiente, ejecutó los movimientos uno a uno, hasta el quinto y último de su repertorio. Entonces comenzó de nuevo.

La táctica funcionó. Al cabo de cuarenta movimientos, Ciclón Mei no había avanzado ni medio paso.

Una sonrisa triunfal se extendió por el rostro de Loto. Los fenómenos miraron asombrados a su alumno.

Céfiro Lu estaba deslumbrado al ver lo mucho que había mejorado

el kung-fu de Ciclón Mei. Si fuera él quien estuviera luchando con ella, habría acabado muerto en menos de diez movimientos.

«Y qué extraordinario es nuestro hermano Guo —pensó con admiración—. ¡Alcanzar conocimientos marciales tan profundos a su edad! No me había dado cuenta de su talento. Qué suerte que lo haya tratado con la mayor cortesía.»

Céfiro Lu volvió la vista hacia su hermana marcial. A la luz titilante de las velas, el rostro le brillaba con una palidez luminiscente adquirida tras años escondiéndose del sol. También se había dado unos toques de savia de pétalo en las mejillas, como si fuese colorete.

Los recuerdos de la isla de la Flor de Melocotón irrumpieron en su mente. Entonces Céfiro Lu era demasiado joven para albergar pensamientos románticos, pero había adorado a su hermosa y amable hermana mayor. Ella lo cuidaba como si fuese su propio hermano. La belleza de Mai no se había marchitado, pero se hallaba ensombrecida por un aire de rencor. Céfiro Lu sabía que éste no tenía nada que ver con la época que pasara en la isla de la Flor de Melocotón. Pensó en sus piernas lisiadas y en el odio que había sentido hacia Viento Oscuro Doblemente Infame después de que desaparecieran. Rezó porque el combate acabara de forma amistosa.

Wanyan Kang observaba la lucha con envidia y frustración. Hacía sólo un par de meses casi había derrotado a ese joven. Ahora ya no tenía ninguna posibilidad.

—¡Hermana Mei, reconoce que has perdido! ¡Ya habéis intercambiado más de ochenta movimientos!

Ciclón Mei sabía que Loto estaba exagerando. La cuenta real se acercaba a los sesenta, pero ya eran sesenta de más. Había sacrificado mucho para perfeccionar su kung-fu. ¡Y aun así no podía derrotar a un adolescente!

Arañó y atacó, desesperada por asestar el golpe mortal, tan decidida a vengarse y tan sorprendida por el progreso de Guo Jing que se olvidó de que en la lucha una mente frenética puede conducir a la derrota incluso al maestro marcial más curtido. Se había llevado a sí misma a un estado que —agravado por la ceguera— reducía el poder de sus muy superiores habilidades marciales.

Hasta el momento, gracias a su fuerza y su terquedad, Guo Jing había logrado mantener a Ciclón Mei a distancia. Sin embargo, ya había repetido los formidables golpes de palma de Cuenta Hasta Siete Hong en la misma secuencia media docena de veces.

Pronto había alcanzado el centenar de movimientos.

Convencida de haber calado su limitado repertorio, Ciclón Mei cambió de táctica. Se acabó luchar de cerca. Moviéndose atrás y adelante a toda prisa, continuó atacándolo con las palmas para dejarlo sin fuerzas.

Como ella había previsto, lanzar la Palma Domadora de Dragones requería una gran concentración y mucho esfuerzo. La fuerza de los golpes de Guo Jing no tardó en menguar.

Ciclón Mei embistió, subiendo y bajando los brazos a toda velocidad, en una fusión letal de la Garra de los Nueve Esqueletos Yin y la Palma Rompecorazones.

Huang Loto, temiendo por Guo Jing, gritó:

—Hermana Mei, ¿por qué no reconoces que has perdido? ¡Ya van casi doscientos movimientos!

Para entonces, Mei ya era un remolino de palmadas y zarpazos, inmune a las distracciones.

—¡Psss! ¡Aquí! —Loto hizo señas a Guo Jing.

Éste lanzó un Atravesar Grandes Ríos, seguido de un Ganso Salvaje Se Aproxima a Tierra, con los que alejó a Mei. Entonces alzó la vista.

«¿Por qué señala y corre alrededor de la columna?» No lo entendía.

—¡Lucha desde aquí! —gritó Loto.

¡Ah! Entonces lo entendió.

Guo Jing saltó a la columna más cercana. Ciclón Mei arremetió, siguiendo el sonido de sus pies. Él la esquivó. Las garras de Mei se clavaron en la madera.

¡Fiuuu! Recibió un golpe de palma.

No tuvo tiempo de esquivarlo. Mei devolvió el ataque con la mano izquierda. La violencia del golpe la hizo retroceder tambaleándose, liberando las garras del soporte de madera.

Mei saltó de inmediato. Las garras destellaron con la furia del rayo.

Guo Jing todavía estaba recuperando el equilibrio después del

último choque. Tenía la manga hecha jirones y cortes en el brazo, pero no sangraba. Lanzó otro ataque con la palma y se agachó.

Una vez más, la garra izquierda de Mei se hundió en la columna. Chilló frustrada.

—Maestra Mei, mi kung-fu no es rival para el vuestro. ¡Tened piedad, por favor! —Guo Jing bajó la guardia.

Era evidente que Guo Jing no podía perder luchando de esa nueva forma, pero sus palabras daban la oportunidad a Ciclón Mei de atribuirse la victoria y guardar así las apariencias. Céfiro Lu esperaba que aquello señalase el fin del duelo.

—Si esto fuese un simple torneo de artes marciales, habría reconocido la derrota al cabo de tres movimientos. Pero esto es venganza. Puede que haya perdido, pero ¡te mataré de todos modos! —replicó Ciclón Mei.

Arremetió tres veces con la mano derecha, luego tres más con la izquierda. Todas impactaron en el mismo punto de la columna. Con un rugido, atacó con ambas palmas.

¡Crac! El soporte se rompió.

Apenas hubo tiempo para reaccionar. Un fuerte estruendo siguió a Lu Laurel hasta el patio cuando corría con su padre en brazos. La mitad del salón se había derrumbado.

El único que no había conseguido escapar era el comandante Duan, el alcaide. Sin la ventaja del adiestramiento en artes marciales, no podía prever las consecuencias de las acciones de la ciega. Chilló pidiendo ayuda, pues tenía las piernas atrapadas bajo el dintel principal. Wanyan Kang se metió entre los escombros, apartó la viga de madera y tiró del hombre para que se pusiera en pie. Sólo lo hizo porque esperaba que el caos les diera una oportunidad de escapar. Justo cuando se volvía para echar a correr, el príncipe jin sintió que iba entumeciéndose desde la región lumbar. No vio quién lo golpeaba en el punto de acupresión.

Ciclón Mei sólo tenía oídos para Guo Jing. Distinguió sus pasos, a pesar del alboroto, y embistió.

Volvieron a concentrarse en el duelo. Sus tenues siluetas se desdibujaron en una tormenta de sombras. Las manos hendían la

noche sin luna con gritos estridentes. Las patadas levantaron un viento polvoriento. Las articulaciones de Ciclón Mei crujían.

La noche privó a Guo Jing de la vista; la derrota era sin duda inminente. Esquivó y se agachó a ciegas. Captó la sombra oscura del pie izquierdo de Mei, que ejecutaba un barrido. Asestó una patada directa y rápida a la espinilla de ésta.

—¡Es una finta! —gritó Lu Laurel. Así era como lo había vencido Wanyan Kang días antes.

Si la patada de Guo Jing acertaba en el blanco, le fracturaría la pierna. Pero Ciclón Mei ya se había girado. En ese momento él arremetía contra las garras de Mei. Lanzó la mano izquierda a su muñeca con la fuerza interna que mantenía en reserva.

Fue un movimiento rápido, pero de poder limitado.

Mei giró las garras, desviando el empujón con facilidad. Le clavó tres uñas en la mano y le rasgó la carne. Guo Jing lanzó la palma derecha en un último bloqueo defensivo a la desesperada. Ella lo esquivó y, riendo, dio un salto hacia atrás, lejos de su alcance.

Guo Jing se miró el dorso de la mano.

Tenía tres líneas rojas. En cada una se insinuaba algo más oscuro que la sangre. Le ardían y las notaba un poco entumecidas, como si le hubiesen quemado.

Mongolia, el risco. Una larga noche, como ésa. A Guo Jing le llegaban fragmentos. Cráneos, en una pila de nueve. Sus *shifus* hablando. La Garra de los Nueve Esqueletos Yin. Un veneno mortal. Las garras de Ciclón Mei.

«Me ha arañado el brazo antes, pero no he sangrado, y ahora...»

—Loto, me ha envenenado.

Guo Jing embistió asestando dos golpes de palma a un tiempo. Desesperado, pataleó y lanzó manotazos en un solo movimiento. Quería someterla rápido para obligarla a que le diera el antídoto.

Mei sentía que el aire se removía mucho antes de que los golpes alcanzaran el objetivo.

Ke Zhen'e cargó, con la vara de hierro levantada. Sus hermanos marciales y Huang Loto lo siguieron, pisándole los talones, y formaron un círculo alrededor de Ciclón Mei.

—Hermana Mei, ¿por qué sigues luchando? —inquirió Loto—. ¡Has perdido! ¡Dale el antídoto!



No hubo respuesta.

Mei tenía que seguir concentrada en las ráfagas de aire que delataban los ataques de Guo con las palmas. No podía permitirse ningún descuido frente a movimientos tan poderosos.

«Gracias a sus esfuerzos —pensó con satisfacción— el veneno se extenderá más rápido. No me importa si muero hoy aquí: por fin he vengado a mi Huracán.»

Guo Jing había empezado a dar tumbos con una leve sonrisa en los labios. Notaba la cabeza aturdida. Comenzaba a ver borroso. No estaba seguro de por qué luchaba. Una creciente oleada de tranquilidad invadió su cuerpo. El dolor adormecedor le había embotado el brazo izquierdo.

El veneno estaba haciéndole efecto.

—¡Guo Jing, retrocede!

Loto atacó a Ciclón Mei con sus Agujas Emei.

La voz de Loto le despejó la mente un momento. Guo Jing empujó la palma izquierda en un Avance Repentino, el decimoprimer movimiento de la Palma Domadora de Dragones. Lentamente, su palma avanzó hacia Ciclón Mei.

Ella se mantuvo firme y dejó que le impactara en el hombro.

El golpe la derribó.

Han el Jinete, Nan el Leñador y Quan Dorado corrieron a contener a Mei. Ésta flexionó los brazos y lanzó a Han y a Quan lejos. Luego se puso a dar zarpazos a Nan, que se agachó y rodó fuera de su alcance.

Mei acababa de ponerse en pie cuando la palma de Guo Jing trazó un arco y se le clavó en la espalda. Ella cayó de bruces y acabó despatarrada en el suelo.

¿No lo había oído venir? Nadie tenía la energía mental para comprender cómo Guo Jing podía haber mandado a Ciclón Mei volando, no una vez, sino dos.

El mundo se había vuelto borroso y se balanceaba. Guo Jing cayó de rodillas, no muy lejos de su oponente.

Loto se le acercó para ayudarlo a incorporarse. Las garras de Ciclón Mei destellaron una vez más al oír pasos y se puso en pie.

Un dolor increíble le desgarró las yemas de los dedos. ¡La Malla de Erizo! Adoptó una Carpa Saltarina para poner distancia entre ella y Loto.

—¡Eh, cógelo!

Ciclón Mei no reconoció la voz, pero percibió que algo bastante grande se precipitaba hacia ella. «¿Qué clase de arma es ésta?», se preguntó, al tiempo que alzaba el brazo derecho para bloquearla. *¡Crac!* El objeto quedó hecho añicos.

Siguió un ruido aún más extraño. Sintió el cambio en el aire. Algo aún más grande se precipitaba hacia ella. Sacó rápidamente la mano izquierda para apartarlo de un golpe.

Golpease donde golpease, era plano, suave y duro.

Incapaz de encontrar algo a lo que agarrarse, Ciclón Mei lo mandó volando de una patada. Justo entonces notó que algo se retorcía en el interior de su camisa, frío y viscoso.

«¿Qué clase de hechicería es ésta?» Metió la mano y cerró los dedos en torno a...

Ciclón se quedó inmóvil como una estatua, con la mano metida torpemente en el bolsillo de la camisa. Los únicos signos de vida eran las gotas de sudor que se le formaban en el nacimiento del cabello.

«¿Dónde están mis cosas?»

Oyó que descorchaban una botella.

—¿Es esto? —La misma voz que le había gritado hacía un momento.

Estaban olisqueando algo.

—Tómatelo y póntelo en la herida. —Esta vez la voz era más vieja y ronca.

Ciclón Mei lo comprendió. Eran distracciones para que el ladrón pudiera vaciarle el bolsillo.

Zhu Cong sabía que Ciclón Mei llevaba el antídoto encima. Pero ¿qué podía hacer para burlar sus agudos sentidos y sus rápidos reflejos? Advirtió que había varios peces de colores nadando en un charco, pues la pecera había quedado hecha añicos al caerle encima una columna de la sala. Servirían, pensó Zhu Cong, y los recogió. Arrojó la silla hacia Mei y se abalanzó sobre ella con la mesa, ganando el tiempo suficiente para introducirle tres peces por el cuello de la

camisa. Ese golpe final le había permitido poner en práctica su juego de manos y robarle el contenido de los bolsillos. No por nada se le conocía como «el Inteligente» y «Manos Rápidas».

Ciclón Mei se volvió hacia la última persona que había hablado y chocó con una vara metálica.

«¡O sea que es Ke Zhen'e quien ha descubierto mi antídoto!»

Cuando empezaba a comprender lo que acababa de ocurrir, tres armas la golpearon simultáneamente: el látigo Dragón Dorado, de Han el Jinete, la balanza de Quan Dorado y la vara de Han el Leñador.

Conteniéndolos con una sola mano, fue a coger el látigo Pitón Blanca, que llevaba enrollado en la cintura. Una hoja helada le hizo un corte en la muñeca: la espada de Han Jade.

Zhu Cong entregó el antídoto a Huang Loto y le dijo a Guo Jing:

—Esto es tuyo, creo.

Guardó la daga que le había cogido a Ciclón Mei en la camisa de su discípulo y, a continuación, arremetió contra Mei blandiendo su abanico plegable.

Aquél era el combate para el que Ciclón Mei y los fenómenos habían estado entrenando muchísimo, durante toda una década.

—¡Por favor, parad! Por favor… ¡escuchadme!

Pese a lo mucho que admiraba Céfiro Lu las extraordinarias habilidades que se exhibían, quería detener aquello antes de que las cosas se les fueran de las manos aún más. Sin embargo, nadie lo oía.

El estupor que nublaba la mente de Guo Jing comenzó a disiparse. Aún le dolía la herida del brazo, pero el veneno que le recorría las venas había quedado neutralizado.

Una vez más, la sangre de la pitón de Liang Barbagrís había salvado a Guo Jing, aunque el muchacho no se diera cuenta todavía. En esa ocasión, en lugar de repeler a las serpientes, había ralentizado la extensión del veneno de Ciclón Mei. Sin la sangre de la serpiente, ni siquiera el remedio que había robado Zhu Cong habría sido capaz de revivirlo.

En pie de nuevo, Guo Jing se unió a sus *shifus* y esperó el momento propicio. Dejó que su palma flotara hacia delante, lenta, pausadamente. Contuvo su fuerza hasta que su mano casi había

alcanzado a su rival ciega.

El impacto repentino de su Trueno Sacude Más de Cien Kilómetros derribó a Ciclón Mei.

—¡*Shifus*, dejadla vivir, por favor!

Guo Jing se encorvó para detener las armas de Han el Jinete y Quan Dorado.

Ciclón Mei volvió a ponerse en pie de un salto y de nuevo hizo restallar el látigo Pitón Blanca en un círculo protector. Se había visto indefensa ante el silencioso acercamiento de Guo Jing.

—No volveremos a causarte problemas, maestra Mei —dijo éste—. Por favor, ve en paz.

—Devolvedme el manual y olvidaré todos vuestros agravios. —Dejó de dar latigazos—. Las palabras sobre el papel no tienen ninguna utilidad para una mujer ciega, pero me gustaría devolvérselo a su legítimo propietario.

Zhu Cong había presenciado los actos de maldad que Mei había cometido con el kung-fu infernal del manual. ¿Cómo iba a dejar que volviera a poseer el libro? Aun así, lo que decía era cierto. Estaba ciega y era incapaz de leer. Al verla ahí sola, perdida y abatida, se llevó la mano al interior de la camisa.

—¿Es éste?

4

Un remolino verde se materializó detrás de Ciclón Mei cuando ésta le arrebató al manual a Zhu Cong. Nadie sabía cómo se le había acercado el hombre ni entendía cómo la había raptado. De algún modo, consiguió agarrar la parte posterior de la camisa de la maestra y llevársela de allí. Ella no tuvo ocasión de levantar un dedo contra él. En un segundo habían desaparecido en los bosques más allá de la mansión, dejando a su paso un silencio de estupefacción, que sólo rompía el leve borboteo de las olas que lamían la orilla.

El hombre mantuvo los dedos en los puntos de presión más importantes de la espalda de Ciclón Mei para inmovilizarla. Una vez

que se hubieron adentrado en el bosque, la dejó caer.

—Llorabas y te lamentabas por la mentira de ese cobarde —le dijo y le señaló el corazón—. ¿Significa eso que el *shifu* sigue ahí dentro, en alguna parte?

—*¡Shifu!* —gritó Ciclón Mei. Se arrastró hasta él para abrazarle las piernas con fuerza—. ¡Gracias al cielo y a la tierra! ¡Estáis bien!

—¿No te da vergüenza llamarme así?

—Matadme de un golpe. ¡Por favor, *shifu*! —sollozó—. Si pudiera oíros decir que sí, moriría con una sonrisa en los labios. Os he herido y causé daño a la *shimu*. *Shifu*...

Alzó el brazo y le cogió la mano, que balanceó con suavidad, como hacía siempre que tenía que pedirle algo. Él nunca le había negado nada.

Huang el Boticario gruñó medio convencido. Sintió que lo invadía un arrebato de cariño, acompañado de una oleada de recuerdos.

Ciclón Mei se prosternó con júbilo, golpeando la cabeza contra el suelo. Alzó el *Manual de los Nueve Yin* con ambas manos.

—*Shifu*, he llevado este libro encima. Estoy ciega, nunca volveré a ver, pero estoy decidida a devolvéroslo.

Huang el Boticario cogió el manual y se lo guardó en la camisa.

—Este libro ha hecho demasiado daño. Las artes marciales que aprendiste están incluidas en este segundo tomo por una sola razón: para ser descifradas y contrarrestadas con las habilidades que se comentan en el primero. Lo habrías sabido si lo hubieses leído. Huracán y tú tuvisteis que sufrir mucho intentando dominar estas técnicas, pero te das cuenta de que todo fue en vano, ¿verdad? Si la Garra de los Nueve Esqueletos Yin, la Palma Rompecorazones o el látigo Pitón blanca tuviesen algún poder, ¿crees que Huracán habría muerto a manos de un niño?

Ciclón Mei se prosternó con devoción, asintiendo ante cada una de sus palabras.

—En cuanto derrotes a ese chico que ejecuta la Palma Domadora de Dragones del Viejo Mendigo, ve a vivir tranquilamente con Céfiro. No querrás que la gente del *jianghu* te cause problemas por tu ceguera.

Al darse cuenta de que su *shifu* todavía se preocupaba por ella,

Ciclón Mei se dejó llevar por sus emociones.

—*¡Shifu! ¡Shifu!* —exclamó muy alto, tirándole del dobladillo de la túnica.

—Venga, vamos.

Huang el Boticario no quería que se le ablandase más el corazón, por miedo a que se complicase aún más su ya problemática relación. Le ofreció unas palabras más de consejo y la condujo de vuelta.

En la Mansión de la Nube Errante, todos se esforzaban por comprender el último giro de los acontecimientos. ¿Cómo había conseguido el desconocido de verde raptar a Ciclón Mei con tanta facilidad?

Ke Zhen'e acabó por tomar la palabra.

—Nuestras más sinceras disculpas por el daño que ha causado nuestro discípulo en vuestra hermosa mansión.

—Maestro Ke, por favor —respondió Céfiro Lu—. Sería un descuido por mi parte no daros las gracias por haber evitado el desastre con vuestra presencia.

—¿Nos retiramos al salón interior? —propuso Lu Laurel, que a continuación se volvió hacia Guo Jing—. Hermano Guo, ¿aún te duele la herida?

—Está mucho mejor…

Antes de que Guo Jing pudiera decir nada más, el remolino verde apareció con Ciclón Mei.

Ésta cruzó los brazos a la altura del pecho y se dirigió a Guo Jing.

—Muchacho, me has atacado con la Palma Domadora de Dragones que aprendiste de Cuenta Hasta Siete Hong. No he sido capaz de responder porque estoy ciega. No me queda mucho en este mundo y no me importa si gano o pierdo, pero si se sabe que Ciclón Mei no logró derrotar al discípulo adolescente del Viejo Mendigo, habré llevado la vergüenza a la isla de la Flor de Melocotón. Así que lucharemos de nuevo.

—Nunca he sido un rival para vos —replicó Guo Jing—. El único motivo por el que he escapado con vida ha sido que me he aprovechado de vuestra ceguera. He reconocido la derrota hace mucho.

—La Palma Domadora de Dragones tiene dieciocho movimientos. ¿Por qué no los has usado todos?

—Porque soy lento y estúpido... —Vio que Loto le indicaba por señas que no contara la verdad, pero decidió responder con sinceridad —. El maestro Hong sólo me enseñó quince movimientos. También dijo que no soy su discípulo.

—Bueno... Sólo has aprendido quince movimientos y, aun así, me has vencido. ¿Puede ese viejo mendigo ser tan poderoso? No, debemos luchar otra vez.

Ciclón Mei ya no sentía la necesidad de vengarse. Ahora era cuestión de proteger la reputación marcial de Huang el Boticario.

—No puedo ni derrotar a la señorita Huang. ¿Cómo iba a esperar venceros a vos? Siempre he tenido las artes marciales de la isla de la Flor de Melocotón en la más alta estima.

—Hermana Mei, ¿por qué sigues con esto? ¡Todos sabemos que nadie puede derrotar a mi padre! —Loto intentaba aligerar el ambiente.

—¡No! ¡Debemos volver a luchar!

Ciclón Mei decidió dejar que sus acciones hablaran por ella. Atacó con sus garras a Guo Jing, con lo que lo obligó a responder apresuradamente.

—En ese caso, espero aprender de la maestra Mei —dijo Guo Jing con humildad.

—Utiliza tus palmas silenciosas —le exigió Ciclón Mei, girando las muñecas para sacar las garras—. ¡No puedes derrotarme con esos movimientos ruidosos!

Guo Jing dio unos saltos hacia atrás.

—No. No puedo complaceros. Si alguien se aprovechase de la indisposición de mi primer *shifu* con tales trucos, lo odiaría con todo mi ser. ¿Cómo iba a haceros algo que despreciaría en otros? Ahora mismo, vuestro veneno ha ralentizado mis movimientos, de manera que no podíais oír que se avecinaban mis ataques. En una situación de vida o muerte, los golpes silenciosos me han salvado la vida, pero, en un torneo, sería inmoral e injusto. Me temo que no puedo obedecer vuestra orden.

—Te he dicho que los uses porque tengo mis formas de superarlo. ¡No necesito lecciones de moralidad!

En su fuero interno, Mei estaba impresionada por su honestidad.

Guo Jing echó un vistazo al desconocido. «¿Le ha enseñado un contrataque mientras estaban fuera?»

—Sería un honor aprender otros quince movimientos de la maestra Mei —dijo, consciente de que no tenía elección. Esperaba que la Palma Domadora de Dragones bastase para mantenerlo con vida.

Guo Jing retrocedió antes de dirigirse de puntillas hacia Ciclón Mei. Su palma flotó hacia delante. Entonces oyó un levísimo siseo que se acercaba.

Lo siguiente que supo fue que Ciclón Mei había girado la muñeca en un Aferra e Inmoviliza de revés, directo al brazo con el que la atacaba. Apuntó con tal precisión que Guo Jing habría jurado que había recuperado la vista.

El chico retrocedió asombrado y, furtivamente, caminó a un lado, adoptando un Atravesar Grandes Ríos a un ritmo aún más pesado. Apenas había ganado dos centímetros cuando otro siseo hendió el aire.

Ciclón Mei se las había arreglado para calcular dónde estaba exactamente y dejó caer un torrente de golpes. Estuvo a punto de atraparlo con las garras.

«¿Cómo sabe dónde estoy?», pensó el joven al tiempo que se escabullía. Puso especial cuidado con el tercer intento, el más seguro: Dragón Altivo se Arrepiente.

¡Chist!

Las garras de Mei, duras como el acero, le alcanzaron en la muñeca.

A Guo Jing ya no le cabía duda de que aquella nueva clarividencia estaba relacionada con el ruido. Echó un vistazo al desconocido mientras contenía a Ciclón Mei con su cuarto movimiento. El hombre dio un capirotazo en el aire de manera subrepticia y un grano de arena salió volando.

«¡Así es como la advierte! ¿Cómo puede él predecir mis movimientos?» Guo Jing decidió admitir la derrota inmediatamente después del decimoquinto intercambio.

Ciclón Mei ahora podía servirse de la nueva percepción que había

adquirido del inmutable kung-fu del joven para idear formas de responder a su ataque.

El desconocido lanzó tres trocitos de escombros al aire, uno tras otro. De repente, Mei pasó a la ofensiva. Hendió el aire con tres movimientos letales. Guo Jing se dobló bajo el peso de la arremetida y no consiguió lanzar más que dos golpes de palma en respuesta.

El aire silbó con los terrones que pasaron volando. Loto estaba lanzando puñados de escombros al aire, algunos hacia las piedrecitas del desconocido, otros sólo para crear confusión. Pero mientras los proyectiles del hombre volaban en la nube de tierra, los siseos se convirtieron en silbidos agudos. Apartaban los escombros de su camino sin disminuir la velocidad ni desviarse de la trayectoria que había establecido aquel hombre.

Los fenómenos y Céfiro Lu lamentaron el fracaso de la intervención de Loto, pero, al mismo tiempo, estaban pasmados ante el poder del desconocido. Con un simple movimiento del dedo, un grano de tierra podía perforar la carne y el hueso.

Loto se quedó mirando al hombre con expresión de incredulidad. Ciclón Mei ahora dominaba el combate, y a Guo Jing le estaba costando defenderse.

¡Fiuuu! Pasó zumbando otro puñado de escombros. Luego uno más. Chocaron uno con el otro en un estallido de chispas y metralla.

Ciclón Mei se abalanzó sobre Guo Jing con todas sus fuerzas.

Guo Jing se vio superado y arrollado. Por su mente pasó la advertencia de Nan el Leñador: «Si todo lo demás falla, ¡corre!»

5

—¡Papá! —gritó Loto, lanzándose hacia el desconocido de la túnica verde—. ¡Papá! ¿Qué te ha pasado en la cara?

Ciclón Mei se detuvo en pleno movimiento y ladeó la cabeza para escuchar.

«¡Ésta es mi oportunidad!» Guo Jing adelantó la palma lentamente, intentando no hacer ruido ni mover el aire para no alertar a Ciclón

Mei de que se acercaba. En el momento en que su mano entró en contacto con el hombro de ella, liberó toda su fuerza interna, sin reservar nada. Después la golpeó en el otro hombro con la mano izquierda de la misma manera. La fuerza combinada arrojó a Mei al suelo, dando una voltereta. Se quedó allí tirada, incapaz de levantarse.

Al oír las palabras de Loto, Céfiro Lu se levantó, olvidándose de su discapacidad. Pero en cuanto levantó un pie se vino abajo a causa de la antigua lesión.

Sujetando a Loto cerca de él, el hombre se retiró una capa de piel del rostro y reveló unas facciones marcadas y atractivas. Loto le arrebató la máscara y, con una sonrisa, se la puso sobre las mejillas bañadas de lágrimas.

—¿Qué te trae aquí, papá? —Le pasó los brazos por el cuello, brincando alegremente—. ¿Por qué no le has dado una lección a ese fósil espantoso cuando te ha maldecido?

—¿Qué me trae aquí, preguntas? ¡Tú, por supuesto! —respondió Huang el Boticario con un dejo de severidad.

—Entonces, ¿por fin lo has hecho, papá? ¡Qué gran noticia!

Loto aplaudió sin hacer caso del tono de su padre.

—No. He roto mi palabra para venir a buscarte.

Eso empañó un poco el buen humor de Loto. Sabía lo mucho que el robo del *Manual de los Nueve Yin* por parte de Huracán Chen y Ciclón Mei había afectado a su padre, quien había jurado consagrar su ingenio y sus conocimientos a recrear el kung-fu del segundo tomo desaparecido, utilizando tan sólo el contenido del que seguía en su posesión. Con frecuencia decía: «El *Manual de los Nueve Yin* fue escrito por un mortal. Si puede hacerse, ¡Huang el Boticario puede hacerlo! Si no logro recordar las habilidades marciales registradas en el segundo volumen, ¡no pondré un pie fuera de la isla de la Flor de Melocotón!»

Al darse cuenta de que por su culpa Huang había roto una promesa que había mantenido desde el nacimiento de ella, Loto dijo con aire solemne:

—Seré buena, papá. ¡Te haré caso siempre, hasta el día que me muera!

—Ayuda a tu hermana Mei.

Lo cierto era que Huang el Boticario estaba encantado de haber encontrado a Loto sana y salva. Las palabras de su hija disiparon los últimos restos de ira que había sentido cuando Loto se marchó.

Mientras Loto ayudaba a Ciclón Mei a incorporarse, Céfiro Lu dio un paso al frente, apoyándose en su hijo. Juntos, los dos discípulos de la isla de la Flor de Melocotón se postraron a los pies de su maestro, sollozando de júbilo.

Huang el Boticario suspiró.

—Buen Céfiro, levántate. Te culpé demasiado rápido.

—Espero que mi *shifu* goce de buena salud —dijo Céfiro refiriéndose a Huang.

—Aún no he sucumbido a la ira.

—No estarás hablando de mí, ¿verdad, papá? —Loto soltó una risita.

—Has desempeñado tu papel —contestó Huang el Boticario, con un resoplido.

Loto le sacó la lengua, y luego cambió de tema.

—Papá, ¿puedo presentarte a mis amigos? Son los *shifus* de Guo Jing, los renombrados Seis Héroes del Sur.

Huang el Boticario alzó la vista al cielo.

—No he venido hasta aquí para hacer nuevas amistades.

El desaire irritó a los fenómenos, pero sabían que era mejor que de momento se tragaran su orgullo, pues habían sido testigos de la extraordinaria destreza marcial de Huang.

—¿Tienes que hacer las maletas? Nos vamos a casa de inmediato —le dijo Huang el Boticario a Loto, ignorando a todos los demás.

—No tengo equipaje, pero me gustaría devolver una cosa a su propietario. —Loto se sacó el frasco del Rocío de Nueve Flores del interior de la camisa—. Hermano Céfiro, estas pastillas no son fáciles de elaborar. Debería devolvéroslas.

Céfiro Lu declinó el ofrecimiento de Loto con un gesto de la mano.

—Volver a ver a mi *shifu* ha sido una sorpresa muy feliz. Si os quedaseis un tiempo, sería...

Haciendo oídos sordos a la invitación, Huang el Boticario señaló a Lu Laurel.

—¿Es tu hijo?

El joven se prosternó de inmediato.

—¡Gran maestro!

Huang el Boticario gruñó en señal de reconocimiento a la cuarta inclinación. En lugar de ayudar al joven a levantarse, agarró a Lu Laurel del cuello de la camisa con la mano izquierda y le golpeó en el hombro con la palma derecha.

—Es mi único hijo…

No fue un golpe débil. Lu Laurel se tambaleó y cayó hacia atrás. Cuando recuperó el equilibrio, no parecía herido.

—Has hecho bien en no enseñarle tu kung-fu —le dijo Huang el Boticario a Céfiro Lu—. ¿El chico fue entrenado por la secta de la Nube Inmortal?

Céfiro Lu se sintió aliviado de que Huang sólo estuviese probando las habilidades marciales de su hijo.

—Siendo vuestro discípulo, ¿cómo iba a olvidar la regla de mi *shifu*? Ni en sueños se me ocurriría compartir mis conocimientos sin permiso. Su mentor es el maestro Bosque Marchito, abad del templo Entre Nubes, en Lin’an.

—¿Maestro? Ese hombre no merece tal título. Su rama del kung-fu del templo Shaolín es tan débil que ni siquiera son dignos de ser nuestros siervos. Tú eres cien veces superior a él. A partir de mañana, enseñarás a tu hijo tú mismo.

Alborozado, Céfiro Lu le dijo a su hijo:

—¡Rápido, da las gracias al gran maestro por su benevolencia!

Lu Laurel se prosternó en señal de agradecimiento y se golpeó la cabeza contra el suelo cuatro veces más. Huang el Boticario mantuvo la cabeza en alto y no mostró ningún reconocimiento por el honor.

Durante años, Céfiro Lu había observado el adiestramiento en kung-fu de su hijo desde la distancia, frustrado porque su arduo trabajo produjera escasos progresos. Lo único que necesitaba Laurel era un empujoncito en la dirección adecuada, pensaba a menudo.

Aunque había perdido el uso completo de las piernas, Céfiro Lu nunca desatendió el entrenamiento de los brazos. También era docto en teoría marcial, pero se lo había ocultado todo a su familia, por

temor a que su hijo, si lo averiguaba, le pidiera que le enseñara. Céfiro Lu no podía traicionar el vínculo de confianza que le había conferido su mentor.

Y ahora, en apenas un día, no sólo le había dicho que si volvía a la isla de la Flor de Melocotón sería bien recibido, sino que también le había dado permiso para compartir sus conocimientos ocultos con su único hijo. ¡El kung-fu del joven por fin mejoraría! Céfiro Lu quería dar las gracias a su *shifu*, pero tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

Huang el Boticario lanzó una mirada de desdén a la exhibición emocional de Céfiro Lu y dijo:

—Esto es para ti.

Agitó la mano derecha y dos hojas de papel salieron volando hacia Céfiro Lu, una detrás de la otra. Se encontraba a más de tres metros de su discípulo, y aun así las dos hojas revoloteaban en el aire como impulsadas por una brisa. Sólo un maestro consumado podía canalizar su fuerza interna hacia algo tan suave y ligero, y manipularlo como si fuese pesado y sustancial. Lanzar una piedra a cientos de *jin* habría sido mucho más fácil. Todo el mundo lo miró asombrado.

—¿Qué te parece el kung-fu de mi padre? —preguntó Loto con orgullo.

—Es mágico. —Guo Jing estaba boquiabierto—. Debes aprender como es debido cuando llegues a casa.

—Tú también vienes, ¿no?

—Viajaré primero con mis *shifus*, pero iré a verte.

—¡No! ¡Debemos permanecer juntos!

Loto lo cogió de la mano, pero Guo Jing había aceptado con gran pesar que, después de esa noche, tendrían que separarse.

Céfiro Lu atrapó las hojas en el aire y vio que estaban cubiertas de escritura. A la luz de una antorcha, reconoció la letra de Huang el Boticario. Las dos páginas estaban llenas de una fórmula de entrenamiento marcial.

«La caligrafía del *shifu* es mucho más poderosa y atenta en la actualidad», observó mientras ojeaba las páginas.

En la parte superior derecha de la primera página aparecía el título

«Tiro de Hoja en Remolino». Sabía que ésa y la Palma de la Flor de Melocotón en Cascada eran las dos invenciones más preciadas de su maestro, pero ni él ni sus cinco hermanos marciales habían aprendido ese kung-fu.

«Sin las piernas no puedo aprender esto —pensó Céfiro Lu, mirando las páginas con melancolía—. Pero Laurel sí, y yo le ayudaré a dominarlo.» Se guardó las instrucciones cuidadosamente en la camisa y se inclinó en señal de gratitud.

—Es todo muy distinto de lo que recuerdas. Los movimientos pueden ser los mismos, pero esto empieza a partir de una base de *neigong* —explicó Huang el Boticario—. Si meditas y cultivas tu energía según mi fórmula, tu fuerza interna aumentará y, si tus progresos son rápidos, caminarás sin apoyos dentro de cinco o seis años. —El maestro marcial suspiró—. Tus piernas nunca recuperarán toda la fuerza, nunca serán aptas para las artes marciales, pero, si sigues mis instrucciones, volverás a caminar.

Durante años, Huang el Boticario había lamentado aquel castigo fruto de un arrebato, así que se había propuesto crear un modo de ayudar a sus cuatro discípulos, inocentes y desterrados, a recuperar el uso de las piernas. Cuando lo consiguió, le puso a la nueva técnica el nombre de una habilidad marcial existente sin ninguna relación; Huang el Boticario era muy orgulloso y nunca reconocería que se había equivocado.

—Busca a Tempestad y a tus dos hermanos pequeños. Compártelo con ellos —dijo Huang el Boticario, después de una pausa.

—Por desgracia, el hermano Wu falleció hace unos años. No he tenido noticias de mi hermano mayor, Qu, ni del hermano Feng, pero los buscaré —prometió Céfiro Lu, luchando por mantener las emociones a raya. «¡El *shifu* ha estado pensando en nosotros todos estos años!»

Huang el Boticario no se había enterado de la muerte del hermano Wu. Volvió sus ojos de halcón a Ciclón Mei, muy dolido por la pérdida de otro discípulo. Ella no podía ver su mirada, pero los demás se sintieron incómodos.

—Ciclón, has cometido muchas maldades, pero también has

soportado un gran sufrimiento. Aunque hayas perdido la vista, si permaneces en el buen camino, dudo que nadie quiera causar problemas a una discípula del Viejo Hereje Huang.

Mei sabía que aquello era un reconocimiento público de su readmisión en la isla de la Flor de Melocotón. Se le saltaron las lágrimas una vez más al oír aquella inesperada buena noticia.

Sin prestar atención al estallido emocional de Mei, Huang continuó:

—Quédate en la Mansión de la Nube Errante. Céfiro cuidará de ti.

Ciclón Mei y Céfiro Lu dieron las gracias a su *shifu* al unísono.

Lu Laurel dio un paso al frente y cogió a Ciclón Mei del brazo.

—Permitidme que os acompañe a vuestra habitación. Mi madre os servirá unos refrescos.

Con suavidad, la condujo a las dependencias privadas del centro de la mansión.

—¿Puedo invitar a mi *shifu* a entrar para descansar los pies? —preguntó Céfiro Lu.

Ignorando la invitación, Huang el Boticario lanzó miradas de desafío a todos los reunidos, antes de centrarse en Guo Jing.

—¿Eres Guo Jing?

—Sí, maestro Huang.

El joven se prosternó.

—¿Mataste a mi discípulo, Huracán Chen? ¡Debes de ser bastante diestro!

—Era un niño. —Guo Jing estaba alarmado por el tono de Huang—. El maestro Chen me capturó y cedí al pánico. Lo herí por error.

Huang el Boticario resopló al oír la respuesta, luego dijo con gelidez:

—Pese a lo desleal que era Huracán Chen, ése era un asunto con el que debíamos lidiar nosotros. ¡No un desconocido!

—¡Tenía seis años, papá!

Desconcertado por la decisión de su hija de ponerse del lado del chico, Huang continuó:

—El Viejo Mendigo Huang nunca ha aceptado un discípulo, y aun así a ti te enseñó quince movimientos de su kung-fu más célebre. Algo debes de tener. ¿O quizá lo engañaste para que te instruyera? Has

derrotado a mi discípula con los movimientos del Viejo Mendigo. ¡La próxima vez que nos veamos, nos lo recordarás una y otra vez!

—¡Míralo, papá! ¿Tiene pinta de halagador? ¡Fui yo! Yo engatusé a Cuenta Hasta Siete para que le enseñase. No seas tan malo... ¡lo estás asustando!

—Sé que el Mendigo sólo te enseñó para burlarse de mí —dijo, furioso porque Loto escogiese defender a Guo Jing una vez más.

Había esperado encontrar a su querida hija inquieta en el *jianghu*, después de que huyera en un acceso de mal genio. Al fin y al cabo, no había abandonado las comodidades de la isla de la Flor de Melocotón hasta hacía unos meses. Y, sin embargo, ahí estaba, rebosante de confianza y defendiendo a un muchacho contra su propio padre. Una semilla de celos arraigó en él, y fue alimentada por la ira que sentía hacia Guo Jing por haber matado a su discípulo y el leve distanciamiento que apreciaba en la actitud de Loto hacia él.

—Sé que te enseñó para que vencieras a Ciclón Mei, para poder restregarme en la cara el hecho de que yo no tengo discípulos y los que tuve no sirven para nada...

—Papá, ¿quién ha dicho que la isla de la Flor de Melocotón no tiene discípulos? —lo interrumpió Loto—. Guo Jing se ha aprovechado de la indisposición de la hermana Mei. ¡Sólo ha tenido un golpe de suerte! Hace unos meses, cuando estábamos en Yanjing, la hermana Mei logró tenerlo completamente dominado, montada en sus hombros como si Guo Jing fuera un caballo. Ojalá lo hubieses visto. ¡Parecía tan pulverizado! ¡Y el Viejo Mendigo no pudo hacer nada! —A Loto no le importó nada tergiversar la verdad para convencer a su padre—. Dile que se vende los ojos y luche contra la hermana Mei. No, mejor aún, deja que le enseñe yo el poderío de la isla de la Flor de Melocotón.

Dado que el kung-fu de Loto estaba más o menos al mismo nivel que el de Guo Jing, si ofrecían un buen espectáculo luchando juntos unas docenas de movimientos y empataban, quizá lograra apaciguar a su padre.

—Lucharé con el kung-fu más sencillo de mi padre —anunció—. Verás que está muy por encima de los movimientos más cacareados de Cuenta Hasta Siete Hong.

—Siempre me ganas —dijo Guo Jing, al entender su estratagema.

—¡Toma ésta!

Loto hizo oscilar el brazo en un barrido horizontal conocido como Torrente y Tempestad, del repertorio de la Palma de la Flor de Melocotón en Cascada. El aire se escindió con un silbido…

Guo Jing respondió con la Palma Domadora de Dragones, pero ¿cómo iba a imprimir auténtica fuerza en sus movimientos? En nada, se vio superado por la coreografía marcial compleja y cambiante de Loto, y recibió varios impactos dolorosos en el cuerpo.

—¡Has perdido!

Loto hizo todo lo que pudo para no contenerse, de otro modo su padre no se apaciguaría. Sabía que Guo Jing era lo bastante fuerte para aguantarlo.

—¡Basta de juegos!

El rostro de Huang el Boticario se había vuelto del color del hierro fundido. Nadie había advertido cómo había cambiado de posición para participar en el combate. Costaba tanto ver sus movimientos como oír las palabras que pronunciaba. En un instante los había levantado a los dos por el cuello de la camisa. Depositó a Loto con suavidad con una mano y arrojó a Guo Jing a lo lejos con la otra.

Guo Jing se precipitó por el aire, incapaz de reunir su fuerza. No obstante, en el momento en que sus pies volvieron a entrar en contacto con la tierra, recuperó el equilibrio y se irguió con la misma firmeza que si hubiese tenido los pies clavados al suelo.

Si Guo Jing hubiera caído de bruces, y estuviese morado, hinchado y dolorido, quizá Huang el Boticario se hubiese dado por satisfecho. Aunque impresionado a regañadientes por el juego de piernas del joven, no podía dejar pasar tal acto de desafío.

—Dado que no tengo discípulos, pondré a prueba tu kung-fu personalmente.

Huang el Boticario apenas podía contener su furia.

El joven hizo una profunda reverencia.

—Un humilde principiante como yo nunca soñaría con luchar con el maestro.

—¿Luchar conmigo? ¿Un niño como tú? —se burló Huang el

Boticario—. Yo me quedo aquí, completamente inmóvil. Ejecutarás tus Dieciocho Palmas Domadoras de Dragones. Si me inmuto o levanto un dedo en mi defensa, entonces he perdido. ¿Entendido?

—Yo...

—Tú no tienes ni voz ni voto en este asunto.

Guo Jing dio por sentado que Huang el Boticario desviaría su fuerza y lo lanzaría por los aires. «Si es lo único que hace falta para arreglarlo todo, entonces merece la pena caerme unas cuantas veces», se dijo.

—¡Vamos, muévete o iré a por ti! —lo provocó el maestro marcial. Detectaba un ligerísimo entusiasmo en las muestras de renuencia del joven. Después de todo, probar su adiestramiento marcial con un maestro constituía una oportunidad rara y valiosa.

—No me corresponde a mí desafiar las órdenes del maestro.

Guo Jing se agachó para adoptar la postura de apertura, con el codo ligeramente doblado. A continuación trazó un círculo con la palma para reunir su fuerza interna antes de atacar a Huang el Boticario, con Dragón Altivo se Arrepiente, el movimiento con el que más seguro se sentía. Canalizó menos de la mitad de su fuerza, pues tenía miedo de hacer daño al padre de Loto, y aún más de que la fuerza del ataque rebotase contra él.

En el momento en que apoyó la mano en el pecho de Huang, ésta resbaló. El torso del maestro estaba escurridizo, como si se hallara cubierto de aceite.

—¿Por qué te contienes? ¿Crees que no soportaré tu preciosa Palma Domadora de Dragones?

Guo Jing murmuró una disculpa y lanzó el segundo movimiento, Salto desde la Sima. Inspiró hondo y adelantó la mano izquierda al tiempo que bajaba la palma derecha a toda velocidad para golpear a Huang el Boticario en el vientre.

—Eso está mejor.

Guo Jing contuvo su fuerza hasta que tocó la ropa de Huang el Boticario con las puntas de los dedos, justo como le había enseñado Cuenta Hasta Siete Hong.

Sin embargo, en esa décima de segundo entre la liberación de la

energía y la sensación de que ésta alcanzaba su objetivo, el contacto de Guo Jing con su oponente se desvaneció: el maestro marcial había metido tripa.

Y ya era demasiado tarde para recuperar su fuerza.

Oyó el crujido del hueso al dislocarse.

Guo Jing dio un salto hacia atrás. Un dolor espantoso le atravesó la muñeca. No podía levantar la mano.

«Nunca imprimas toda tu fuerza en el ataque.» Recordó la advertencia de Cuenta Hasta Siete Hong demasiado tarde.

Los fenómenos estaban indignados, pero no podían culpar a Huang el Boticario. Había cumplido su palabra. Ni lo había esquivado ni había contraatacado.

—Ahora me toca a mí.

El aire se agitó con las palabras de Huang el Boticario. Voló una palma. A pesar del intenso dolor, Guo retrocedió de un salto y se echó a un lado. Esquivó el golpe, pero se arrojó directo a la patada que siguió, la cual se convirtió en un barrido y luego en un gancho. Guo Jing cayó despatarrado al suelo.

—¡Papá, no! —Loto se abalanzó sobre él.

El golpe de Huang el Boticario se convirtió en una garra que cogió a Loto. En el momento en que la levantó y la apartó, golpeó oblicuamente con la mano izquierda.

Ni un atisbo de piedad. Luchaba a muerte.

Los fenómenos cargaron al mismo tiempo. Quan Dorado era el que estaba más cerca y golpeó la muñeca de Huang el Boticario con la balanza.

Huang el Boticario no advirtió el ataque hasta que hubo dejado a Loto en el suelo. Entonces, por primera vez esa noche, dirigió su atención a los fenómenos. En un instante había arrebatado a Quan la balanza y a Han Jade la espada. Hizo chocar las dos armas, que cayeron al suelo con estruendo convertidas en cuatro pedazos inútiles.

—*Shifu*...

Pero ¿qué podía decir Céfiro Lu para disuadir a su mentor?

—¡Papá, si le haces daño, no volverás a verme nunca!

Loto echó a correr hacia el lago Tai.

Sorprendido por aquellas palabras, Huang el Boticario tardó en reaccionar. Para entonces, lo único que quedaba de Huang Loto era una línea recta que cortaba la superficie del agua.

La siguió hasta la orilla y se quedó mirando la estela que dejaba a su paso. Sabía que era una nadadora excelente, pues había crecido con las mareas del mar Oriental. De niña, a menudo pasaba días enteros en el agua. Y aquello no era más que un lago. Pero es natural que los padres se preocupen.

Zhu Cong aprovechó la tregua para encajar la muñeca de Guo Jing, lo cual avivó la ira de Huang el Boticario aún más.

—Mataos. Los siete. Ahora mismo. Sufriréis mucho más si no lo hacéis.

Ke Zhen'e sostuvo su vara de hierro cruzada en el pecho.

—Un hombre de verdad no teme la muerte. ¿Qué tiene de temible el sufrimiento?

—Los Seis Fenómenos del Sur por fin están en casa. Si afrontamos nuestro destino en el lago Tai, no lo lamentaremos —añadió Zhu Cong.

Ya se encontraban en formación de combate; armados o no, estaban listos.

«¡No puedo permitir que mis *shifus* tiren su vida por la borda por mí!» Guo Jing avanzó con dificultad y se plantó delante de sus maestros.

—Fui yo quien causó la muerte de Huracán Chen. Mis *shifus* no tienen nada que ver. —Dio un paso hacia Huang el Boticario—. Lo pagaré con mi vida.

Entonces se le ocurrió que, si Huang el Boticario lo mataba allí mismo, dado el temperamento impulsivo de sus mentores —sobre todo el primer *shifu*, el tercer *shifu* y el séptimo *shifu*—, se alzarían en armas de inmediato para vengar su muerte. Y todo acabaría de la misma manera: los fenómenos morirían por su culpa.

De modo que Guo Jing se enderezó y dijo:

—Sin embargo, aún debo vengar la muerte de mi padre. ¿Sería tan amable el maestro de concederme treinta días para cumplir con mi deber como hijo? Entonces acudiré, por voluntad propia y sin demora,

a la isla de la Flor de Melocotón para afrontar mi destino.

A esas alturas, Huang el Boticario se había aplacado un poco y estaba más preocupado por Loto. Ya no estaba de humor para pelear con Guo Jing, de modo que accedió con un gesto desdeñoso y desapareció en la noche.

Todos se quedaron clavados donde estaban, aturdidos por lo que había ocurrido en una sola noche. Nadie creía que Huang el Boticario dejaría marchar a Guo Jing tan fácilmente. Una cosa era segura: había urdido planes más sombríos.

Fue Céfiro Lu quien rompió el silencio.

—Por favor, venid a descansar al salón de atrás.

6

Dragón Sacude la Cola

1

—Le prometí a tu *shifu* que te dejaría marchar —le dijo Céfiro Lu a Wanyan Kang cuando Lu Laurel ayudaba al príncipe a levantarse.

En respuesta, el joven sólo pudo lanzarle una mirada iracunda. Por supuesto, Céfiro Lu era consciente de que Wanyan Kang tenía los miembros inmovilizados por sus puntos de acupresión; incluso notaba que lo habían hecho de un modo distinto al que enseñaban en la isla de la Flor de Melocotón. Aunque podía liberar al joven, la persona que había dejado a Wanyan Kang en ese estado quizá lo considerara descortés. Estaba seguro de que lo liberarían cuando llegara el momento oportuno.

Zhu Cong se le acercó y pellizcó a Wanyan Kang en la cintura varias veces, luego le dio unas palmaditas en la espalda. El joven recuperó el control de su cuerpo de inmediato.

Habiendo visto luchar a Wanyan Kang, a Céfiro Lu le había impresionado cómo Zhu Cong había inmovilizado al príncipe jin sin intercambiar un solo golpe. En circunstancias normales, el segundo fenómeno no habría sido capaz de subyugar al joven con tanta facilidad. Pues, en el caos que había seguido al derrumbamiento del tejado, Wanyan Kang estaba ocupado liberando al oficial song que había viajado con él. Eso le había dado a Zhu Cong la oportunidad de acercarse con sigilo y dominarlos a los dos.

—Llévatelo —dijo Zhu Cong mientras masajeaba los puntos vitales del oficial capturado.

El hombre hizo una profunda reverencia cuando pudo volver a moverse, eufórico; lo había liberado de las garras de la muerte.

—Vuestro humilde siervo el magistrado Duan da las gracias al magnánimo héroe por perdonarle la vida. Si mi señor…

—¿Eres… el magistrado Duan?

El nombre resonó en los oídos de Guo Jing.

—Sí, joven héroe.

—Erais oficial del ejército en Lin'an, hace dieciocho años.

—En efecto, joven héroe. —Entonces se volvió hacia Lu Laurel—. De hecho, el abad Bosque Calcinado es mi tío. En cierto modo, ¡estamos emparentados! —Se rió de forma extraña.

Guo Jing miró al magistrado Duan de arriba abajo, observando minuciosamente a aquel hombre desesperado que se congraciaba con ellos mediante cháchara y sonrisas.

—Señor Lu, ¿puedo usar vuestro salón de atrás un momento? —preguntó Guo Jing por fin.

—Por supuesto.

Guo Jing se alejó con el magistrado Duan del brazo. Los fenómenos lo siguieron, dando gracias al cielo por aquel golpe de suerte. Si ese vil traidor no hubiese revelado cómo se llamaba, no se habrían dado cuenta de que era la persona a la que habían perseguido a lo largo decenas de miles de *li* muchos años atrás.

Céfiro Lu, Lu Laurel y Wanyan Kang, perplejos por la reacción de Guo Jing, fueron a la zaga.

Cuando entraron en el salón trasero, Guo Jing se volvió hacia uno de los criados que encendían las velas y le pidió un pincel y algo de papel. Cuando le llevaron los instrumentos de escritura, el joven dijo:

—Segundo *shifu*, por favor, escribe una tabla espiritual para mi padre.

AQUÍ YACE EL ESPÍRITU DEL PATRIOTA GUO FURIA CELESTE. Zhu Cong lo escribió en caracteres grandes y claros, y colocó el papel con gesto reverencial en el centro de la mesa.

El magistrado Duan se estremeció al ver el nombre. Esperaba que el amable joven lo hubiera llevado a comer algo para calmarle los nervios. Deseaba huir desesperadamente, pero la corpulenta figura de Han el Jinete le impedía ver nada antes de que pudiera levantar un dedo del pie siquiera.

Duan notó de inmediato que los pantalones, mojados y calientes, se le pegaban a las piernas. Había visto esa aterradora silueta antes. En una posada en Yanzhou, la había atisbado fugazmente entre la puerta y la jamba. Ese hombre y seis más lo habían seguido cuando se llevó a rastras a la viuda de Guo Furia Celeste al norte.

Duan fue mirando un rostro tras otro, contando en silencio, antes de dejarse caer al suelo hecho un ovillo tembloroso. Si bien había visto a los fenómenos antes, en el banquete, no se le había pasado por la cabeza que estuviera en un aprieto y no había atado cabos.

—¿Qué preferís, una muerte rápida o un poco de dolor primero? —bramó Guo Jing.

El magistrado Duan se dio cuenta de que su única esperanza de sobrevivir estaba en confesar y culpar a otro.

—Aunque este humilde hombre desempeñó un pequeño papel en la desgracia del patriota Guo, sólo seguía órde...

—¿Quién lo ordenó? ¿Quién os envió a matar a mi padre! ¡Hablad!

—¡Wanyan Hongli! El sexto príncipe del gran Imperio jin.

—¡Cómo te atreves! —gritó Wanyan Kang.

El magistrado Duan razonó que podría mitigar su culpa si arrastraba a otro a aquel lodazal, si lograba convencerlos de que él no era más que un peón en el juego de otro. De modo que relató con todo lujo de detalles cómo Wanyan Hongli había conocido a la esposa de Yang Corazón de Hierro, Bao Caridad, se había enamorado de ella y había utilizado su influencia para sobornar a los oficiales song con oro y plata a fin de que enviaran soldados a liquidar a Yang Corazón de Hierro y Guo Furia Celeste. Entonces el príncipe jin había fingido toparse con el ataque y había puesto en escena un heroico rescate de Bao Caridad. También le contó a Guo Jing que había escapado a Zhongdu con la madre del chico como rehén, que el ejército jin los capturó y los obligó a servir como porteadores en su marcha a Mongolia, y que habían sido separados en la batalla. Incluso explicó que había encontrado el camino de vuelta a Lin'an y luego había ido ascendiendo hasta lograr su actual alto cargo en el gobierno. Al concluir el relato se dejó caer de rodillas.

—Héroe Guo, señor Guo, ésta es la verdad. Yo no soy nadie.

Recuerdo a vuestro honorable padre. Un hombre de verdad: recto, bien parecido, qué presencia tan imponente. Yo no quería hacerle daño. Habría sido un honor entablar amistad con él. Pero… pero yo no era más que un soldado, un humilde oficial. Recibí una orden, no dependía de mí. Yo admiraba de verdad a vuestro padre, le habría perdonado la vida si… Desde que era un niño, he aspirado a estar a la altura del título de magistrado, es sólo que…

El hombre alzó la vista desde el suelo. Guo Jing lo fulminó con la mirada, oscura como el hierro y dura como el acero. El oficial se postró ante el memorial de Guo Furia Celeste y se golpeó la cabeza de forma audible y temerosa contra el suelo en señal de sumo respeto y sumisión.

—Gran maestro Guo, me rindo a vuestro espíritu en el cielo. Debéis entender que fue Wanyan Hongli, el sexto príncipe del Imperio jin, vuestra némesis. ¡Sí, esa bestia! No yo, no este don nadie. Vamos, soy tan insignificante como una hormiga. Vuestro espíritu en el cielo debe de regocijarse al ver a vuestro hijo tan íntegro y heroico. Por favor, mi señor, tened piedad. Por favor, pedidle que me perdone esta vida miserable mía…

Duan continuó divagando y postrándose ante el espíritu de Guo Furia Celeste, pero pronto interrumpieron sus súplicas. Wanyan Kang dio un salto y se precipitó sobre el cráneo de su compañero de cautiverio con ambas manos.

Guo Jing se derrumbó junto a la mesa en un mar de lágrimas. Céfiro Lu, Lu Laurel y los Seis Fenómenos presentaron sus respetos a Guo Furia Celeste por turnos.

Wanyan Kang los siguió, arrodillándose y tocando el suelo con la frente. Se levantó y se volvió hacia Guo Jing.

—Hermano Guo, no tenía ni idea de que… de que Wanyan Hongli es nuestro enemigo. Me he comportado del modo menos natural por ignorancia; me merezco diez mil muertes, de verdad.

Pensó en lo mucho que había sufrido su madre y se echó a llorar.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Guo Jing.

—Ahora sé que el nombre Wanyan no significa nada para mí —respondió—. A partir de ahora, mi nombre será Yang. Me llamo Yang

Kang.

—Ésas son las palabras de un hombre que recuerda sus raíces —dijo Guo Jing—. Mañana partiré hacia Yanjing, para matar a Wanyan Hongli. ¿Vendrás conmigo?

Yang Kang no supo qué decir. Después de todo, Wanyan Hongli lo había criado y tratado como si fuese sangre de su sangre. Sin embargo, al advertir que a Guo Jing se le ensombrecía el rostro, dijo de inmediato:

—¡Por supuesto! Seguiré el ejemplo de mi hermano.

—¡Excelente! Tu difunto padre y mi madre me contaron que nuestros padres prometieron que seríamos hermanos de juramento. ¿Qué te parece?

—No hay nada que desee más.

Yang Kang le preguntó a Guo Jing qué día cumplía años para determinar quién sería el hermano mayor. Resultó que él era un mes más joven que Guo Jing.

Se arrodillaron uno junto al otro, se inclinaron ocho veces ante el memorial de Guo Furia Celeste y se convirtieron en hermanos.

2

A la mañana siguiente, cuando se despedían, Céfiro Lu entregó a los fenómenos y a Yang Kang generosos regalos de despedida. Guo Jing, sin embargo, se negó a aceptar nada más de su anfitrión. Entretanto, Ciclón Mei estaba empezando a instalarse en la Mansión de la Nube Errante. Se le habían proporcionado aposentos para ella sola, además de serviciales criados y damas de compañía.

—El hermano Yang y yo nos dirigiremos al norte en busca de Wanyan Hongli —les contó Guo Jing a sus *shifus* mientras se alejaban de la mansión a caballo.

—Os acompañaremos —respondió Ke Zhen'e, y sus hermanos marciales mostraron su conformidad a coro—. No tenemos compromisos hasta la competición con Peng el Tigre en el Festival de la Luna.

—*Shifu*, no sería justo que volvieseis al norte sólo para acompañarme. Hace dos décadas que no pisáis el sur por mi culpa, y vuestra casa se encuentra a apenas unos días a caballo. Wanyan Hongli no sabe nada de kung-fu. Con la ayuda del hermano Yang, estoy seguro de que será fácil matarlo.

Aunque a los fenómenos les hubiera gustado acompañar a Guo Jing en su misión, también sentían la llamada del hogar. Además, ya no temían por la seguridad del muchacho, ahora que había mejorado tanto en su kung-fu. Así pues, uno a uno fueron despidiéndose de su alumno y dándole consejos.

Han Jade fue la última en hablar.

—No tienes que ir a la isla de la Flor de Melocotón si no quieres. —Sabía que Guo Jing nunca rompería su promesa, pero al menos debía intentar evitar que se dirigiera a sabiendas al peligro. La crueldad de Huang el Boticario era legendaria.

—No puedo faltar a mi palabra.

—¿Qué sentido tiene confiar en un hombre tan vil y malvado? Hermano, eres demasiado inflexible —interpuso Yang Kang.

Ke Zhen'e resopló y se volvió hacia su discípulo.

—Los hombres marciales siempre debemos cumplir con nuestra palabra. No hace falta que viajes con tu hermano de juramento. Monta a *Ulaan* y galopa hasta Zhongdu para vengarte. Si tienes éxito, excelente; si fallas esta vez, recuerda que un hombre de principios puede tardar años en ser vengado. Siempre habrá otra oportunidad de clavarle un cuchillo al bellaco de Wanyan Hongli.

»Hoy es el quinto día del sexto mes. Reúnete con nosotros en el Jardín de los Ocho Inmortales Borrachos el primero del séptimo mes y te acompañaremos a la isla de la Flor de Melocotón.

Guo Jing se arrodilló y se inclinó en señal de gratitud.

Yang Kang se había alejado del grupo al oír el comentario mordaz de Ke Zhen'e. Quan Dorado aprovechó entonces para susurrarle una advertencia:

—Nació rodeado de riqueza y privilegios. A mí no me parece un hombre de honor. Ten cuidado.

Guo Jing asintió con solemnidad.

—La hija de Huang el Boticario no se parece en nada a ese viejo, ¿eh? —dijo Zhu Cong con una risita, en un intento de disipar la tensión—. Ya no estamos enojados con ella, ¿verdad, tercer hermano?

—¡Me llamó melón! —Han el Jinete se mesó la barba—. Aunque reconozco que es algo más guapa que yo. —Se rió de su propio chiste.

Guo Jing rió con el resto de los fenómenos, contento porque sus *shifus* hubieran cambiado de opinión respecto a Loto. Sin embargo, le dolía mucho separarse de ellos y temía que la reunión en el Jardín de los Ocho Inmortales Borrachos no fuera a celebrarse nunca.

—¡Que tengas una magnífica cabalgada! Esperaremos tus buenas noticias en Jiaxing.

Con aquellas palabras de despedida de Quan Dorado, los fenómenos montaron y cabalgaron hacia el sur.

3

Guo Jing vio como sus *shifus* desaparecían en el horizonte, luego montó a lomos de *Ulaan* y galopó para alcanzar a Yang Kang.

Los dos jóvenes cabalgaron lentamente hacia el norte.

—Mi caballo es muy rápido —dijo Guo Jing rompiendo el silencio —. Tardaré unos quince días en ir y volver. Pero viajemos juntos unos días al principio.

Yang Kang no respondió; intentaba ocultar la agitación que sentía en su interior. Apenas un mes antes había viajado al sur en calidad de embajador del gran Imperio jin, escoltado por una gran comitiva de guardias y sirvientes. Ahora cabalgaba a solas hacia el norte. Su séquito, su fortuna, su posición... todo se había desvanecido como un sueño de primavera. Aunque le aliviaba que Guo Jing hubiese dejado de presionarlo para que lo acompañara a Zhongdu para el asesinato, se debatía intentando dar respuesta a una pregunta acuciante: ¿debería encontrar el modo de advertir a Wanyan Hongli?

Guo Jing se percató del nerviosismo de Yang Kang, pero el ingenuo muchacho dio por sentado que su hermano de juramento estaba pensando en sus difuntos padres y le dejó llorar su pérdida.

En torno al mediodía, llegaron a Liyang. Cuando buscaron un sitio para descansar, un hombre les hizo señas para que se detuvieran.

—Señores, ¿sois el maestro Guo y el maestro Yang? Tenemos comida y bebida preparada para vosotros; venid conmigo, por favor.

Guo Jing y Yang Kang intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿Cómo sabes nuestros nombres? —preguntó Yang Kang.

—Un caballero nos ha dado vuestra descripción esta mañana y nos ha mandado preparar el almuerzo para vuestra llegada. —El hombre sonrió y cogió las riendas de los caballos—. Permitidme acompañaros a vuestra mesa.

El camarero les llevó primero una jarra de vino amarillo Talla Floral de buena cosecha, luego regresó con cuencos de sabrosos fideos acompañados de una variedad de platos servidos con elegancia, uno de los cuales era el favorito de Guo Jing: pollo estofado con setas. No se esperaban que la comida fuera tan buena.

Cuando pidieron la cuenta, el camarero les dijo que ya estaba pagada.

—La Mansión de la Nube Errante es de lo más generosa —dijo Yang Kang con desdén al tiempo que entregaba al camarero un *tael* de plata de propina.

El hombre se inclinó repetidamente y acompañó a sus clientes hasta la misma puerta, sin creerse su suerte.

De nuevo se pusieron en camino, y Guo Jing recordó la hospitalidad con que les había tratado el señor Lu durante los días que Loto y él habían pasado en la mansión.

—Ese hombre es un farsante. Sin duda compró la casa entre los héroes del *jianghu* con oro —dijo Yang Kang con amargura, pues aún se sentía ofendido por el trato que Céfiro Lu le había dispensado—. Lo que acaba de hacer por nosotros... estoy seguro de que así es como se convirtió en el líder de los piratas del lago Tai.

—Es tu tío marcial, ¿verdad? —Guo Jing estaba sorprendido por la actitud de Yang Kang.

—Ciclón Mei me enseñó algo de artes marciales, pero tampoco diría que es mi *shifu*. —Tras la frívola respuesta, masculló un inciso—. De haberlo sabido, me habría mantenido alejado de un kung-fu tan poco

ortodoxo. Hoy no estaría en una situación tan delicada.

—¿A qué te refieres?

Al darse cuenta de que se había ido de la lengua, Yang Kang se sonrojó y esbozó una sonrisa forzada.

—Ah, siempre sentí que había algo que no acababa de encajar con la Garra de los Nueve Esqueletos Yin y todo eso.

Guo Jing asintió.

—Tienes razón. Tu *shifu*, el anciano Primavera Eterna, es un verdadero maestro de la escuela de artes marciales más ortodoxa. Si se lo cuentas todo y le prometes que trabajarás duro, seguro que te perdona.

Yang Kang hizo caso omiso de las palabras de su hermano de juramento.

Al atardecer, los jóvenes arribaron a Jintan. Una vez más, en la posada local habían informado de su llegada. Lo mismo ocurrió en todas las poblaciones en las que se detuvieron durante los tres días siguientes. El cuarto día, cruzaron el río Yangtsé y alcanzaron Gaoyou. Cuando entraron en la ciudad, les dio la bienvenida un posadero.

—¿Hasta dónde va a despedirnos la Mansión de la Nube Errante? —se mofó Yang Kang.

Pero Guo Jing hacía tiempo que sospechaba que se trataba de otra persona. Todas aquellas comidas incluían uno o dos de sus platos favoritos. ¿Cómo podía conocer tan bien sus gustos Lu Laurel?

Cuando acabaron de comer, Guo Jing dijo:

—Me adelantaré para ver quién está detrás de todo esto.

Pasó las tres localidades siguientes sin detenerse. Cuando llegó a Baoying, no encontró a ningún posadero aguardando su llegada. Encontró la posada más grande, pidió la habitación más cercana a la recepción y esperó.

Al anochecer, oyó un repique de campanas y el relincho de un caballo en el exterior. Luego unos pasos se acercaron a la recepción y oyó una voz que pedía una habitación y que agasajaran a un maestro Guo y a un maestro Yang al día siguiente.

El corazón de Guo Jing se estremeció de alegría al volver a oír la voz de Loto, pero decidió esperar: «A Loto le encanta hacer de las

suyas. ¡Esta noche la sorprenderé!»

Se levantó de la cama sin hacer ruido después de que dieran las dos y fue de puntillas a la habitación de Loto. De camino vislumbró una sombra corriendo a toda velocidad por los tejados.

«¿Adónde va Loto a estas horas de la noche?» Enseguida salió en su persecución, utilizando su kung-fu de ligereza.

Loto no paró hasta que llegó a un arroyo, en el campo. Se sentó bajo un sauce y se sacó varias cosas del bolsillo del interior de la camisa.

—Ahora sentaos y comportaos —murmuró—. Poneos unos delante de los otros. Sí, eso es.

Por encima del murmullo del arroyo se oía el chirrido de los insectos nocturnos. Una luna baja proyectaba sus rayos oblicuamente en el cielo nocturno. Entre las ramas del sauce soplaba una suave brisa que alborotaba las mangas de Loto.

Guo Jing se acercó con sigilo y se ocultó a poca distancia detrás de Loto. En el suelo, ante ella, había dos muñecos de arcilla, un niño y una niña, regordetes y llenos de vida. Recordó que Loto le había hablado de las figuras de barro que tenía cuando era pequeña en la isla de la Flor de Melocotón. Procedían de una ciudad llamada Wuxi, a orillas del lago Tai. Pese a ser juguetes infantiles, estaban hábilmente elaborados y eran muy realistas.

Intrigado, Guo Jing avanzó con sigilo para ver mejor. Colocados entre las figurillas había cuencos y platos diminutos de arcilla, llenos de flores, hierba y hojas.

—Éste es para Guo Jing, y éste es para Loto. Los he hecho sólo para vosotros. ¿Os gusta cómo saben?

—¡Muchísimo! —respondió Guo Jing corriendo hacia ella.

Una sonrisa maravillosa iluminó el rostro de Loto cuando se volvió y se lanzó a los brazos de Guo Jing. Se abrazaron con fuerza y no parecían querer soltarse. Al final se sentaron bajo un sauce, hombro con hombro, y se contaron todo lo que había pasado desde su separación. Aunque sólo habían transcurrido unos días, daba la impresión de que hubiesen pasado meses o, mejor dicho, años.

Guo Jing escuchó con atención, embriagado por la risa, las palabras, la presencia de Loto. Recordó cómo había desafiado a su padre para

proteger a Guo Jing y cómo había saltado al lago Tai para que viera que hablaba en serio. Pero él no se dio cuenta de que ella había vuelto a nado dos horas después para asegurarse de que su amigo se hallaba fuera de peligro y había pasado la noche en el bosque situado junto a la Mansión de la Nube Errante para vigilarlo; ni de que había acechado desde la maleza cercana a la entrada de la casa y observado cómo se dirigía al norte con Yang Kang, y que luego los había adelantado para organizarles las comidas. Se sentía afortunado porque Loto se preocupase tanto por él, pero también un poco incómodo de ser la causa del distanciamiento entre padre e hija. Sabía que Loto lamentaba haber sido tan dura con su padre.



Para entonces, la luna estaba en lo alto y la refrescante brisa nocturna arrullaba a Loto, que sentía un apacible bienestar. Le pesaban los párpados y arrastraba las palabras. No tardó en quedarse dormida en los brazos de Guo Jing, con una respiración suave y ligera, la piel fresca y tersa. Temiendo despertarla, Guo Jing se apoyó con cuidado contra el árbol y también se quedó dormido.

Cuando se despertó, el sol de la mañana asomaba por el horizonte. Las ramas del sauce susurraban con el canto de la oropéndola y el aire olía al dulce aroma de Loto. Se la quedó mirando mientras dormía.

Sus cejas eran perfectas medias lunas, y sus mejillas, rosadas e inmaculadas; sus labios esbozaban una sonrisa. Decidió no interrumpir aquella imagen perfecta de sueño y se concentró en contarle las pestañas.

—He encontrado la habitación de la señorita Cheng. Está detrás de la Casa de Empeños de Tong Ren, en el jardín de atrás. —El que hablaba se encontraba a apenas una docena de pasos a la izquierda de Guo Jing.

—Excelente. Hagámoslo esta noche —respondió su interlocutor en un susurro.

Guo Jing estaba seguro de que aquellos dos hombres no tramaban nada bueno. ¿Quizá fueran los lascivos asaltantes de doncellas de los que le habían hablado sus *shifus*? Debía desbaratar sus planes.

En ese preciso momento, Loto se levantó de un salto y se alejó corriendo de él, al tiempo que gritaba:

—¡Atrápame si puedes!

Guo Jing estaba confundido. «¿Qué está haciendo? ¿Por qué me hace señas desde detrás del árbol?» Al cabo de un momento, lo comprendió. «¡Finge estar jugando en el bosque!» Riendo para sí, corrió hacia ella con pesados y fuertes pasos para disimular su adiestramiento marcial.

Los dos hombres se alarmaron al descubrir que tenían compañía tan temprano, pero se relajaron cuando vieron a una pareja joven jugueteando en el bosque y se escabulleron en silencio.

Una vez estuvieron lejos, Loto dijo:

—¿Qué asunto crees que se traen con la señorita Cheng esta noche?

—No traman nada bueno. Deberíamos ayudarla —contestó Guo Jing.

—¿Crees que son secuaces de Cuenta Hasta Siete? Llevaban la ropa sucia y remendada.

—Lo dudo, aunque Cuenta Hasta Siete dijo que es el jefe de todos los mendigos. ¿Tal vez sean delincuentes vestidos como mendigos?

—No, son mendigos de verdad. No puedes fingir forúnculos como lo que tenían en las piernas, y llevaban los pies descalzos y llenos de callos. —Loto guardó silencio un momento—. Puede que Cuenta Hasta Siete posea un kung-fu increíble, pero sólo hay uno como él. Y hay decenas de miles de mendigos bajo el cielo azul. No todos pueden ser buenos; tiene que haber algunos canallas. Es imposible que los mantenga a todos a raya. Deberíamos castigar a esos dos por él. Estoy segura de que le complacerá, y será la forma perfecta de darle las gracias por haber sido tan amable con nosotros.

Guo Jing asintió, alegrándose de poder corresponder a la generosidad de Cuenta Hasta Siete e impresionado por la vista aguda de Loto. Él no se había fijado en las piernas de los dos mendigos.

4

Guo Jing y Huang Loto regresaron a la posada a desayunar y después dieron un paseo por Baoying, buscando a los prestamistas que habían mencionado los mendigos. Acabaron encontrándolos en el lado oeste de la ciudad.

La Histórica Casa de Empeños de Tong Ren era una estructura enorme, cuyo nombre estaba pintado con orgullo en la blanca fachada, y cada carácter era más alto que un hombre adulto. Al otro lado de la imponente fachada había un jardín, como habían descrito los mendigos. Entre los edificios del recinto había una torre especialmente ornamentada, con las ventanas protegidas con persianas de bambú de un verde jade. Contentos de haber localizado la habitación de la señorita Cheng, los dos jóvenes continuaron

explorando el resto de la ciudad cogidos de la mano.

Esa noche se fueron directos a la cama después de cenar y echaron una cabezada hasta que oyeron la primera guardia. Luego regresaron a la casa de empeños y saltaron el muro del jardín. Desde la torre se divisaba una luz tenue. Escalaron hasta el tejado y tras enganchar los pies en el alero se colgaron boca abajo para echar un vistazo dentro.

La noche era cálida, así que todas las ventanas estaban abiertas. A través de las rendijas de la persiana de bambú distinguieron a siete mujeres dentro de una habitación. Una de ellas estaba leyendo. No aparentaba más de dieciocho o diecinueve años. Debía de ser la señorita Cheng. A su alrededor había seis criadas. Sin embargo, en lugar de servir a su ama con la parafernalia que acompaña a una doncella de alcoba, empuñaban armas y parecían listas para entrar en combate; incluso llevaban sus holgadas prendas recogidas para poderse mover con facilidad. Por su porte, era evidente que esas jóvenes tenían algún tipo de adiestramiento marcial.

Guo Jing y Loto habían pensado que iban a ayudar a una joven con problemas, pero al encontrarla tan custodiada imaginaron que había algo más en juego. Intercambiaron una sonrisa, se balancearon para volver a subir al tejado y esperaron a que empezara el jaleo.

Media hora después, se oyó un leve estallido procedente del otro lado del muro. Loto tiró a Guo Jing de la manga y los dos se agacharon para ocultarse detrás de una esquina elevada del tejado.

Dos formas oscuras escalaron el muro y una de ellas emitió un silbido breve y suave mientras cruzaban el jardín a toda prisa hasta el edificio de la señorita Cheng. Sus siluetas se semejaban mucho a los mendigos de esa mañana.

Una doncella levantó la esquina de la persiana.

—¿Sois los héroes del Clan de los Mendigos? Subid, por favor.

Guo Jing y Loto se miraron. Habían esperado un enfrentamiento. ¿Quién habría pensado que los mendigos resultarían ser amigos de la señorita Cheng?

Cuando los dos hombres entraron en la alcoba, la joven se levantó e hizo un gesto de bienvenida.

—¿Puedo preguntar cómo os llamáis?

—Mi nombre de familia es Li. Éste es mi sobrino marcial, Yu Próspero.

Guo Jing y Loto reconocieron su voz de inmediato: el segundo hombre que había hablado esa mañana, el de la voz ronca.

—Maestro Li, hermano Yu, es un honor para mí conocer a figuras tan veneradas. Los héroes del Clan de los Mendigos son admirados en todo el *wulin* por su sentido de la justicia. Por favor, tomad asiento.

Las palabras de la señorita Cheng constituían la bienvenida habitual en el dialecto de los ríos y los lagos. No obstante, las pronunció con tal timidez y vacilación que se hizo evidente que no estaba familiarizada con esas cortesías marciales y que sus invitados tampoco eran sus compañeros de conversación acostumbrados.

La joven, que se había sonrojado visiblemente, reunió al fin el valor suficiente para alzar la vista por primera vez desde la llegada de los hombres. La simple visión de éstos hizo que agachara la cabeza aún más con recato y timidez.

—¿El anciano es la Serpiente, Señor de las Orillas Orientales, Li Vigor?

—La dama es muy perspicaz. —Li sonrió—. Tuve el placer de encontrarme con vuestra honorable maestra, la Sabia de la Tranquilidad, en una ocasión. Siempre he sentido el mayor respeto y admiración por ella.

«¿La Sabia de la Tranquilidad? ¿Estaría refiriéndose a Sun Bu'er la Leal, una de los Siete Inmortales de la secta Quanzhen? —se preguntó Guo Jing—. De ser así, estoy emparentado marcialmente tanto con la señorita Cheng como con los mendigos.»

—Estoy sumamente agradecida por la ayuda de los héroes —dijo la señorita Cheng—. Obedeceré vuestras instrucciones.

—Sois tan virtuosa, mi señora, que sería una desgracia que esa despreciable calavera posara los ojos en vos aunque fuese un instante. —Al oír esas palabras la doncella volvió a sonrojarse—. ¿Podría pediros que os retiréis a la habitación de vuestra madre con estas apreciadas damas? Sé cómo lidiar exactamente con semejante bellaco.

—Mi técnica marcial es rudimentaria, pero a ese rufián no le tengo miedo. Sería impropio por mi parte dejar que los héroes cargarais con

toda la responsabilidad.

—Nuestro Jefe Hong y el Inmortal Wang eran grandes amigos. Somos una sola familia, vuestros problemas también son nuestros problemas.

En parte, a la señorita Cheng le habría gustado quedarse y participar en la acción, pero la habían educado para obedecer las órdenes de sus mayores. Aceptó con una reverencia.

—Encomendaré el asunto al maestro Li y al hermano Yu. —Tras estas palabras se apresuró a bajar con sus damas de compañía.

Li Vigor levantó la colcha bordada y se tumbó —con los harapos mugrientos, los pies sucios y el cuerpo sin lavar— encima de la ropa de cama de seda y perfumada de la señorita Cheng.

—Ve abajo y monta guardia con nuestros hombres —le ordenó a Próspero Yu—. Que nadie ataque antes de mi señal.

Cuando su compañero había salido de la habitación, Li Vigor apagó la vela de un soplido, bajó la gasa que rodeaba la cama, se cubrió con la colcha y se volvió para ocultar el rostro en la almohada.

Loto se rió en silencio. La señorita Cheng no volvería a usar esa ropa de cama jamás. «Parece que el jefe ha contagiado su picardía a sus seguidores mendigos. ¿A quién están esperando? ¡Nos espera una noche divertida!»

Loto y Guo Jing subieron un poco más por el tejado. Los hombres del Clan de los Mendigos tomaban posiciones por el jardín.

Tictac, tictac, dong, dong, dong. La tercera guardia.

El ruido de una piedra rompió la quietud de la noche. Ocho figuras oscuras saltaron el muro del jardín una tras otra y desaparecieron en el interior de la torre. La chispa de yesca y pedernal parpadeó brevemente en la habitación de la señorita Cheng. Guo Jing y Loto atisbaron a los intrusos —iban vestidos de blanco de los pies a la cabeza—, ¡las discípulas de Ouyang el Galante!

Las mujeres, cuya consigna parecía ser el sigilo, se acercaron a la cama. Dos de ellas adoptaron posiciones defensivas mientras otras cuatro levantaron la gasa que rodeaba el lecho, taparon la cabeza del durmiente con la colcha y envolvieron el cuerpo en las sábanas de seda. A continuación introdujeron su botín en un saco grande

sostenido por las dos últimas cómplices, que lo cerraron con un cordón.

El rapto no duró más que unos instantes. Era evidente que lo habían hecho muchas veces.

Cuando las secuestradoras se dirigieron a la planta baja, Loto impidió a Guo Jing que las interceptara.

—Deja que vayan los mendigos primero.

Desde su posición ventajosa, distinguieron a las ocho mujeres cruzando el jardín a toda prisa; cuatro sujetaban un extremo del saco cada una mientras que las otras las flanqueaban. Un grupo de unos diez mendigos salió tras ellas empuñando varas y bastones de bambú.

Cuando los dos grupos se hubieron alejado un poco, Guo Jing y Loto saltaron de la torre y los siguieron hasta una casa grande situada en las afueras de la ciudad. Las mujeres desaparecieron en el interior y los mendigos se dispersaron, rodeando el edificio.

Loto condujo a Guo Jing de la mano hasta la parte posterior de la casa, donde escalaron el muro que la rodeaba. Se acercaron de puntillas al salón principal, iluminado con velas, y echaron un vistazo por la ventana.

No era una residencia construida para vivir. Las paredes estaban cubiertas de hileras e hileras de tablillas espirituales: placas de madera en horizontal, con inscripciones del título y el rango de ilustres antepasados, cubrían las vigas. Era un templo familiar, construido para honrar a los muertos.

Había una figura solitaria sentada en medio, iluminada por un puñado de velas rojas. Las llamas titilaban cuando agitaba el abanico.

Era Ouyang el Galante, tal como Loto y Guo Jing habían esperado. Se agacharon y permanecieron muy quietos, para que no los descubriera.

Las secuestradoras entraron y hablaron al unísono al tiempo que depositaban su carga:

—Mi señor, la señorita Cheng.

La respuesta de Ouyang el Galante se dirigió a los que aguardaban fuera de la habitación.

—¿Por qué no entráis, amigos? —dijo con una mueca de desdén.

Los mendigos guardaron silencio, a la espera de la señal de su líder.

El Maestro del Monte del Camello Blanco examinó el saco.

—No esperaba que una belleza tan grande llegara con tan poco esfuerzo.

Se fue acercando a medida que hablaba, plegando lentamente el abanico, que quedó convertido en un cepillo de hierro.

A juzgar por sus acciones y su expresión, estaba claro que Ouyang el Galante sabía que el saco no contenía a la señorita Cheng. Estaba preparado para usar la fuerza contra el impostor. Guo Jing y Loto sabían que no era un hombre precisamente compasivo. Loto sostuvo tres agujas de acero entre los dedos, preparándose para ayudar al mendigo en el momento en que Ouyang el Galante arremetiese contra él.

Pero, antes de que nadie hiciese ningún movimiento —*¡fiu, fiu!*—, dos flechas de manga se precipitaron como un rayo hacia la espalda de Ouyang el Galante. Uno de los mendigos de fuera había considerado la situación demasiado peligrosa para esperar a la señal del Li Vigor.

El libertino se llevó la mano izquierda a la espalda como si tal cosa y cogió la primera flecha entre el índice y el dedo corazón. Con un leve giro de muñeca, atrapó la otra flecha entre el anular y el meñique de la misma mano. Instantes después, las flechas partidas por la mitad cayeron al suelo con estruendo.

—¡Sal, tío Li! —gritó Yu Próspero.

El saco que contenía a Li Vigor se rasgó y salieron volando dos dagas relucientes. El mendigo rodó afuera y se puso en pie de un salto, agitando la bolsa a su alrededor para crear un blando escudo.

Li Vigor sabía que era improbable que lograse someter a Ouyang el Galante sólo con la fuerza. Esperaba que el elemento sorpresa jugase a su favor, pero el Maestro del Monte del Camello Blanco no se había dejado engañar por su ardid.

—¡Un truco de transformación excelente! —se burló Ouyang el Galante—. ¡Una joven belleza convertida en un viejo mendigo!

—En los últimos tres días han desaparecido cuatro doncellas en esta ciudad. Ha sido obra vuestra, ¿verdad?

—Los policías de una ciudad tan rica como Baoying no se ven obligados a mendigar, ¿verdad?

—Esta ciudad no es mi territorio, pero un pequeño mendigo me habló de los raptos ayer. Y debo añadir que, entrometido como soy, me picó la curiosidad.

—Bueno, esas chicas no tenían nada especial. Dado que los dos somos hombres marciales, si las queréis, podéis quedároslas. Tengo entendido que los mendigos encontráis deliciosos los cangrejos muertos, así que seguro que sabréis apreciarlas.

A una señal de Ouyang el Galante, varias de sus mujeres salieron con sigilo y regresaron arrastrando a cuatro jóvenes. Las muchachas estaban visiblemente angustiadas, llevaban la ropa desaliñada y tenían los ojos hinchados e inyectados en sangre de tanto llorar.

A Li Vigor se le revolvió la sangre.

—¿Cómo os llamáis? ¿A qué escuela marcial pertenecéis?

—Mi nombre es Ouyang —fue la respuesta despreocupada—. ¿Y? ¿Os gustan?

—¡Preparaos para defenderos, sinvergüenza!

—Encantado de complaceros.

Ouyang el Galante no se acercó y dejó que el mendigo hiciera el primer movimiento.

Li Vigor alzó el brazo derecho. Antes de que pudiera lanzar su ataque, un borrón blanco corrió a su espalda y una ráfaga de aire le cosquilleó la nuca. De haberse agachado una décima de segundo más tarde, Ouyang el Galante lo habría atrapado por sus puntos vitales. Habría perdido antes de que el combate hubiera comenzado siquiera. Avergonzado por haber estado a punto de perder, el mendigo balanceó la palma en un corte de revés sin volverse para encarar a su contrincante.

—Palma Domadora de Dragones —murmuró Loto.

Guo Jing asintió, sin quitarles ojo.

Ouyang el Galante se dio cuenta de que no podía contrarrestar ese golpe de forma directa y se desplazó hacia un lado, fuera de su alcance.

Eso dio la oportunidad a Li Vigor de girarse y acercarse un paso más

para el ataque siguiente. El mendigo alzó las manos sobre su pecho y trazó un círculo en el aire antes de asestar un puñetazo.

—¿Puño de Viaje? —susurró Guo Jing.

Loto asintió. Los movimientos del mendigo eran lentos y pesados; no tenían la ligereza y la fluidez necesarias. La joven pareja no sabía que Li Vigor era un maestro, una figura respetada del Clan de los Mendigos, que mandaba en las rutas oriental y occidental de Huainan, las cuales cubrían una gran extensión de las regiones de Jiangsu y Anhui, ni que se le consideraba un luchador formidable en su categoría, Discípulo de Ocho Zurrones.

Sorprendido por la firme postura y los movimientos intricados del mendigo, Ouyang el Galante comenzó a tomarse la pelea en serio. Se metió el abanico en el cinturón, esquivó la arremetida del mendigo y contraatacó con un puñetazo —como un relámpago— en el hombro derecho de su oponente. Li Vigor bloqueó con un Suplicando Limosna, otro movimiento de Puño de Viaje.

Entonces Ouyang el Galante lanzó un gancho izquierdo. Esperó a que su contrincante levantara los brazos para bloquear y lo rodeó a toda prisa. Se plantó detrás de Li Vigor, con las manos en forma de pico, y pinchó al mendigo en los puntos de acupresión más importantes de la espalda.

Guo Jing y Loto profirieron un grito ahogado. Li Vigor no podía hacer nada para salvarse.

Los mendigos que esperaban fuera habían irrumpido en el salón cuando comenzó el combate. En ese momento se adelantaron, desesperados por ayudar a su maestro.

Li Vigor oyó que el aire se hendía detrás de él y sintió la presión sobre la espalda. Volvió a balancear el brazo de lado en un corte de revés. El mismo movimiento de la Palma Domadora de Dragones que había utilizado antes.

Ese movimiento se había inspirado en el modo en que un tigre se balancea, chasqueando las fauces, cuando se le sujeta por la cola. También tenía sus raíces en el hexagrama de la Pisada del *I'Ching*. Cuando la Palma Domadora de Dragones se condensó y de veintiocho movimientos pasó a tener dieciocho, el golpe se definió más y su

nombre cambió de Atrapar la Cola del Tigre a Dragón Sacude la Cola.

Ouyang el Galante se inclinó hacia atrás a toda velocidad para evitar el aguijón.

«¡Por poco!», pensó Li Vigor al tiempo que se volvía para enfrentarse de nuevo a su oponente.

El mendigo logró resistir unos treinta movimientos más por los pelos. Recurrió a Dragón Sacude la Cola otras cinco o seis veces para salir del peligro.

—Cuenta Hasta Siete sólo le ha enseñado un movimiento —observó Loto en voz baja.

Asintiendo, Guo Jing recordó que él había luchado contra Liang Barbagrís únicamente con Dragón Altivo se Arrepiente. Se sintió aún más honrado por haber aprendido quince movimientos, cuando ese hombre del Clan de los Mendigos sólo conocía uno.

Ouyang el Galante iba avanzando un paso con cada ataque. Quería acorralar al mendigo en un rincón, para quitarle el espacio que necesitaba para lanzar su único golpe poderoso.

Pero Li Vigor no se dejó engañar por aquella táctica. Se hizo a un lado para que el combate volviera al centro del salón. Entonces oyó que Ouyang el Galante se reía con sorna.

¡Pam! Un puño impactó contra su mandíbula.

Cegado por el dolor, Li Vigor tardó un momento en recomponerse. Cuando consiguió alzar los brazos para bloquear, recibió un segundo puñetazo. Encajó cinco o seis golpes en rápida sucesión en la cara y el pecho. Empezó a darle vueltas la cabeza y notó que se le aflojaban las extremidades. Se giró y se desplomó en el suelo.

Varios mendigos corrieron a llevarse a Li Vigor. Ouyang el Galante agarró a los dos que tenía más cerca y los arrojó a un lado. Los hombres chocaron contra la pared con un ruido espeluznante y cayeron hechos una maraña inconsciente. Todos los demás se quedaron paralizados, clavados en su sitio.

—¿De verdad creías que iba a tragarme el truco de un mendigo? —La voz de Ouyang el Galante rezumaba desprecio.

Dio una palmada y dos mujeres hicieron pasar a otra joven al salón.

La chica, hecha un mar de lágrimas, llevaba las manos atadas a la

espalda. Sus mejillas inmaculadas habían perdido el color y estaban níveas como el jade blanco.

Era la señorita Cheng.

Su captura impresionó a los mendigos, que intercambiaron miradas horrorizadas por su estrepitoso fracaso. Ni siquiera Loto y Guo Jing podían explicarse cómo la habían raptado.

A una señal de Ouyang el Galante, sus mujeres se llevaron a la señorita Cheng a rastras.

—Mientras nuestro amigo mendigo jugaba al escondite en la planta de arriba, un servidor ha tenido el placer de conocer a la señorita Cheng abajo y la ha invitado a venir aquí a esperar vuestra llegada.

Desplegó el abanico y comenzó a agitarlo con calma.

—La reputación del Clan de los Mendigos llega a todas partes. Ahora, después de que mi camino se haya cruzado con el del famoso clan, sólo se me ocurre decir que me duele la mandíbula de tanto reír. Vuestras manos tal vez sirvan para robar gallinas y apalear perros, quizá sean útiles para mendigar comida y atrapar serpientes, pero ¿para interferir en mis asuntos? En honor a vuestro Jefe Hong le perdonaré la vida a este viejo mendigo, pero ¡le arrancaré los ojos para que nadie olvide este día! —Tenía la mano levantada como una garra, lista para clavársela en los ojos a Li Vigor.

5

—¡Deteneos!

Antes de que Ouyang el Galante pudiera averiguar quién se había interpuesto entre él y Li Vigor, sintió que una fuerza inmensa cargaba contra su pecho. Se retorció para apartarse de su camino. Pese a que el golpe de palma no llegó a impactar en su cuerpo, las ondas de su energía le hicieron perder el equilibrio, y tuvo que retroceder dos pasos tambaleándose.

«¿Quién tiene una fuerza tan poderosa?» Ouyang el Galante se quedó pasmado al descubrir al joven al que había visto por primera vez en la residencia del príncipe de Zhao. Recordaba que el kung-fu

del chico era mediocre, en el mejor de los casos. ¿Cómo había mejorado tanto en apenas unos meses?

—No sientes remordimientos por el mal que has causado y quieres hacer daño a un buen hombre. ¡Los seguidores del Jefe Hong no se dejarán intimidar por alguien como tú!

—¿Tú también perteneces al Clan de los Mendigos? —Ouyang el Galante lanzó una mirada condescendiente a Guo Jing. «Es posible que el joven haya tenido un golpe de suerte.»

—Yo no merezco contarme entre los valientes hombres del Clan de los Mendigos, pero ¿puedo haceros una sugerencia? Liberad a la señorita Cheng y volved al oeste.

—¿Y si no sigo tu consejo, chico?

—¡Te dará una paliza! —Loto respondió por Guo Jing.

—Mi querida dama, liberaré a la señorita Cheng en este preciso instante si lo deseáis. —A Ouyang el Galante le dio un vuelco el corazón al ver a Loto—. Sólo pediría una cosa a cambio. A ti. Y te lo prometo, no sólo liberaré a la señorita Cheng, liberaré a todas mis mujeres. Nunca buscaré a otra. ¿Qué me dices?

Loto le devolvió la sonrisa.

—Me encantaría viajar al oeste. —Se volvió hacia Guo Jing—. ¿Tú qué dices?

—No, no, no. Sólo tú. No ese bufón entrometido.

—¡Cómo te atreves a insultarlo!

Loto le soltó un revés que le dio en plena cara.

En circunstancias normales, Ouyang el Galante nunca habría bajado la guardia a tal punto, pero ver a Huang Loto acercarse a él sin prisa —su sonrisa, su voz, su encanto, su inocencia— lo deslumbró. Lo último que esperaba era que lo atacase, y menos todavía con uno de los movimientos más intrincados e impredecibles de la Palma de la Flor de Melocotón en Cascada. Aunque la fuerza interna de la chica era limitada, a Ouyang le escocía la mejilla izquierda, tanto de vergüenza como del golpe.

—¡Al diablo! —exclamó, y arremetió contra el pecho de Loto.

Loto se mantuvo firme y le lanzó los dos puños hacia la coronilla.

«Un puñetazo es un precio insignificante por acariciar su pecho», se

dijo Ouyang el Galante. Su reacción de enfado era la tapadera perfecta para toquetearla con lascivia, pero, en el momento en que le rozó la ropa con las manos, un dolor atroz le atravesó las yemas de los dedos. «La Malla de Erizo», recordó con una mueca, alzando los brazos a toda prisa para bloquear a la joven.

Loto se rió entre dientes.

—Es mala idea luchar conmigo. Sólo golpeo yo; ¡tú no puedes tocarme!

Su mofa avivó las llamas del deseo de Ouyang el Galante. Era como un picor que no podía rascarse. Pensó que si mataba al chico, ella no tendría ninguna razón para rechazarlo. Sin apartar los ojos de ella, asestó una patada hacia atrás, rápido y sin piedad, en uno de los movimientos más letales de su tío Víbora Ouyang. Una vez que su pie se estrellara contra el pecho de Guo Jing, las costillas del joven se harían añicos y le perforarían los pulmones.

El ataque fue tan repentino que Guo Jing no tuvo tiempo de esquivarlo, pero nadie, ni siquiera Ouyang el Galante, previó que Guo Jing contraatacaría de frente, arremetiendo con el brazo en horizontal en un corte del revés.

¡Pam!

Guo Jing encajó una patada en la cadera, pero golpeó a Ouyang el Galante en la pierna. La fuerza de cada impacto produjo un dolor atroz que reverberó en los huesos de ambos. No dejaron de mirarse a los ojos mientras giraban para encararse. Entonces embistieron simultáneamente.

Los mendigos no podían creer lo que veían. ¿Cómo podía conocer ese chico el movimiento salvavidas del Anciano Li? ¡Y éste era aún más rápido y poderoso!

De hecho, Guo Jing no había estudiado el movimiento, pero dado que se basaba en la Palma Domadora de Dragones, podía imitar su forma lo bastante bien para protegerse. De haber sabido cómo canalizar toda su fuerza en él, Ouyang el Galante habría sufrido una herida muy grave en el muslo.

Para entonces, los mendigos habían puesto a salvo a Li Vigor, que se maravillaba del aparente dominio del Dragón Sacude la Cola que

mostraba Guo Jing. Observó atentamente cómo el joven atacaba a Ouyang el Galante, y le pareció que cada golpe de palma tenía el mismo origen.

«¿Dónde había aprendido tantos movimientos de la Palma Domadora de Dragones? —se preguntó el anciano del Clan de los Mendigos—. Es el repertorio más codiciado del Jefe Hong. ¡A mí sólo me enseñó uno en recompensa por arriesgar mi vida por el clan! ¿Quién es este joven?»

Ouyang el Galante también estaba impresionado por los progresos de Guo Jing.

En un abrir y cerrar de ojos, Guo Jing había recibido más de cuarenta movimientos de Ouyang el Galante y había respondido con los quince golpes de palma varias veces. Su conocimiento de la Palma Domadora de Dragones le bastaba para evitar resultar herido, pero no para sacar ventaja en la pelea. El kung-fu de Ouyang el Galante no sólo era muy superior, sino que también tenía muchos más años de experiencia en combate y entrenamiento que Guo Jing.

Al cabo de aproximadamente una docena de movimientos más, el Maestro del Monte del Camello Blanco cambió de táctica. Precipitándose atrás y adelante a una velocidad deslumbrante, bombardeó a Guo Jing con fintas y puñetazos desde todas las direcciones.

Guo Jing se vio superado rápidamente. Recibió una patada en la cadera y, durante un momento, perdió pie. Se había vuelto predecible. Empezó con el movimiento número quince y ejecutó todo el repertorio en orden inverso.

La nueva secuencia obligó a Ouyang el Galante a volver a ponerse a la defensiva. Tenía que lograr entender la nueva pauta y de nuevo buscar huecos antes de que pudiera arremeter con un ataque mortal.

Guo Jing había ejecutado la Palma Domadora de Dragones dos veces más, primero al revés y luego en secuencia. Durante un momento, vaciló. ¿Qué debía ir a continuación? ¿Dragón Altivo se Arrepiente? ¿Dragón en el Campo?

Su vacilación dio a Ouyang el Galante la oportunidad que había estado esperando. Se abalanzó y lo agarró del hombro.

Nada de lo que Guo Jing había aprendido podía responder ese golpe. Se detuvo en mitad del movimiento, giró la mano y asestó la palma hacia abajo.

¡Zas! Le propinó a su adversario un golpe en la muñeca.

Ouyang el Galante saltó hacia atrás sorprendido, girando el brazo dolorido para comprobar si tenía alguna lesión. Por suerte, no había fractura.

El Maestro del Monte del Camello Blanco había estado seguro de que el chico tenía un repertorio limitado de golpes de palma. ¿De dónde había salido ese movimiento nuevo?

Guo Jing estaba igual de sorprendido por la eficacia de su improvisación.

«Tengo el hombro, la cadera izquierda y el lado derecho de la cintura expuestos; quizá podría...» Antes de que Guo Jing concluyera ese pensamiento, Ouyang el Galante lanzó otra lluvia de puñetazos y empujones.

Guo Jing nunca había destacado por su agilidad mental. No sería capaz de crear un nuevo movimiento aunque contara con dos semanas de paz y tranquilidad. Se requeriría un milagro para que lo hiciera en el fragor de la batalla, cuando su mente apenas podía reaccionar lo bastante rápido para rechazar los embates de su oponente. Sin embargo, lo intentó.

«¿De dónde han salido esos tres nuevos movimientos?» Ouyang el Galante estaba furioso. Había creído entender el repetitivo kung-fu de Guo Jing y esperaba derrotarlo enseguida. Ahora tenía que aguardar que llegara el momento una vez más mientras dilucidaba esas nuevas pautas. Aún no se había dado cuenta de que los nuevos movimientos de Guo Jing no contenían sustancia alguna. En lugar de eso, bajaría el ritmo y cansaría a Guo Jing mediante una batalla de desgaste.

Entonces advirtió que uno de los movimientos había cambiado.

«¡Ése aún no lo domina!», se congratuló Ouyang el Galante.

Dio un salto y golpeó a Guo Jing con la mano izquierda en el cráneo. Su pie derecho voló hacia la cadera izquierda de Guo Jing.

Guo Jing se quedó paralizado. ¿Qué debía hacer para desviar ese ataque brutal a las partes más débiles y desprotegidas de su cuerpo?

Abandonó su movimiento y se hizo a un lado.

Sin embargo, Ouyang el Galante había imprimido toda su fuerza en la patada. Era imposible que Guo Jing reaccionara lo bastante rápido para esquivar el golpe.

Con un giro de la mano derecha, Loto arrojó ocho agujas de acero al sinvergüenza.

En medio de un movimiento, Ouyang el Galante cogió el abanico plegable que llevaba metido en la parte posterior del cuello de la camisa, lo abrió y cambió el rumbo de las agujas con una ligera floritura.

La intervención de Loto no había afectado en absoluto a la fuerza de la patada. Iba a dejar a Guo Jing en el suelo y a mantenerlo allí, demasiado herido para responder.

Pero, antes de que su pie impactara, Ouyang el Galante notó un toquecito en el tobillo. Y al momento se extendió una leve sensación de entumecimiento, como si lo hubiesen golpeado en un punto vital. Consiguió acertar a Guo Jing en el costado, pero había perdido toda la fuerza en la pierna.

Ouyang el Galante retrocedió, sorprendido.

—¿Quién se atreve a interferir con el Maestro del Monte del Camello Blanco? ¡Da la cara!

Notó que el aire se removía por encima de su cabeza y se agachó. Pero, fuera lo que fuese, avanzaba a gran velocidad... Notó algo en la boca. Lo escupió aterrorizado.

«¿Un hueso de pollo?»

Ouyang el Galante alzó la vista.

De las vigas caía una nube de polvo.

Saltó a un lado.

¡Pop!

Apenas había recuperado el equilibrio cuando algo lo golpeó y aterrizó en su boca. Le chasquearon los dientes, se le irritaron las encías.

Era un hueso de muslo de pollo.

A Ouyang el Galante lo acometió la ira. Nunca habían jugado con él de esa forma. Saltó y arremetió contra la sombra que se escabullía por

las vigas. Mientras seguía en el aire, sintió que una mano se deslizaba por su rostro y luego le ponía algo entre los dedos. Aterrizó y abrió la mano.

Eran los restos medio mascados de dos patas de pollo.

Oyó unas risas por encima de su cabeza.

—Dime, Ouyang, ¿qué piensas ahora de los mendigos? ¿Te ha impresionado nuestro kung-fu robagallinas y apaleaperros?

6

—¡Cuenta Hasta Siete! —exclamaron Huang Loto y Guo Jing, mientras los mendigos se inclinaban y saludaban a su líder al grito de «¡Jefe!».

Encaramado a una viga, balanceando las piernas en el aire, Cuenta Hasta Siete Hong prestó escasa atención a la conmoción que tenía lugar en el suelo; los restos de un pollo que tenía en la mano captaban todo su interés.

«¡Otra vez él no! —gimió Ouyang el Galante para sus adentros al tiempo que un escalofrío le recorría todo el cuerpo—. En este momento podría haberme matado tres veces. Si hubiese utilizado dardos o agujas en lugar de huesos de pollo… Un hombre listo escaparía mientras aún estuviera a tiempo.»

Con falsa deferencia, proclamó a viva voz:

—Tío Hong, ¡qué placer volver a veros! Vuestro sobrino se prosterna ante vos —dijo, aunque permaneció firmemente erguido.

—¿Por qué sigues perdiendo el tiempo en las Llanuras Centrales? —respondió Cuenta Hasta Siete, con la boca llena de pollo—. Al final acabarán matándote por tus maldades. ¿Es lo que quieres?

—Me han dicho que el Maestro Hong es el único maestro marcial realmente invencible de las Llanuras Centrales —dijo Ouyang el Galante—. Sobreviviría si mi maestro dejara de hostigarme. Mi tío Víbora me aconsejó que siempre me mostrara reverencial en vuestra presencia. Me dijo que un maestro como vos no se rebajaría a participar en un altercado con un inferior, pues semejante comportamiento lo convertiría en el hazmerreír de los héroes del

jianghu.

—Sé que estás intentando superarme con tus palabras ingeniosas, para que parezca poco elegante que te golpee —respondió Cuenta Hasta Siete con una risa falsa—, pero hay muchos voluntarios en las Llanuras Centrales que acabarían con tu vida gustosamente. Este viejo mendigo no necesita mover un dedo. Sin embargo, hay una cosa que debo dejar clara. He oído que has despreciado mis puños robagallinas y apaleaperros y mis palmas atrapaserpientes. ¿Me han engañado mis oídos?

—No me he dado cuenta de que este viejo héroe era discípulo vuestro. Eran palabras duras pronunciadas en el fragor de la batalla. Estoy seguro de que el tío Hong y el viejo héroe pasarán por alto cualquier ofensa involuntaria.

—Lo llamas héroe, pero no puede vencerte. —Cuenta Hasta Siete saltó al suelo—. Entonces, ¿estás diciendo que tú eres un héroe aún más grande? ¿No tienes vergüenza?

Ouyang el Galante se mordió la lengua y se tragó su réplica, pues sabía que no tenía ninguna posibilidad frente a ese vejete trotamundos.

—¿Crees que puedes propagar el terror por las Llanuras Centrales con lo que te ha enseñado el Veneno? —Cuenta Hasta Siete resopló—. Lo siento, mientras este viejo mendigo siga por aquí, no hay sitio para ti.

—A mi tío y a vos se os incluye entre los Cinco Grandes. Como inferior que soy, no tengo más elección que obedecer siempre a mis mayores.

—Ah, ¡y ahora insinúas que me sirvo de mi antigüedad para intimidarte!

El silencio de Ouyang el Galante fue una clara respuesta afirmativa.

—Tengo una gran familia de mendigos, grandes, pequeños, medianos, pero ninguno de ellos es discípulo mío. A Li, aquí presente, le enseñé un solo y sencillo movimiento. No le enseñé el Puño de Viaje. Y aún le queda mucho camino por recorrer con lo que sabe. Puedes menospreciar mis movimientos de ladrón de gallinas, pero si enseñara mis conocimientos a una persona, estoy seguro de que sería

tan buena como tú.

—Por supuesto, vuestro discípulo me vencería. Pero todos sabemos lo avanzado que es vuestro kung-fu. Me temo que a cualquier discípulo le costaría adquirir una décima parte siquiera de vuestras habilidades.

—¿Es otro de tus insultos velados?

—Sin duda, Cuenta Hasta Siete —dijo Huang Loto antes que Ouyang el Galante pudiera contestar que no—. Os está maldiciendo. Sé lo que está pensando. Piensa que, aunque sois un gran luchador de artes marciales, sois un maestro terrible. Nunca habéis conseguido transmitir vuestros conocimientos. Os limitáis a compartir un poco aquí, una pizca allá. No hay un solo alumno que haya logrado aprender todo lo que sabéis.

Cuenta Hasta Siete fulminó a Loto con la mirada.

—Muchacha, sé lo que estás intentando hacer, y sé lo que el joven está diciendo.

La mano de Cuenta Hasta Siete salió disparada como un rayo y le arrebató el abanico a Ouyang el Galante. Con un giro de muñeca, lo desplegó y lo observó atentamente: lucía varias peonías y la firma «Xu Xi». No conocía al famoso artista del período song septentrional, pero hasta él veía que estaba pintado de forma magistral.

—¡Es espantoso! —escupió.

La caligrafía del reverso llevaba la firma «Maestro del Monte del Camello Blanco». Se lo señaló a Loto.

—¿Qué te parece?

—Vulgar. —Loto enarcó las cejas con gesto desdeñoso—. Estoy segura de que es obra de algún escribiente de la Casa de Empeños de Tong Ren. No me parece alguien que sepa usar un pincel.

Ouyang el Galante dirigió una mirada furiosa a Loto. Estaba sumamente orgulloso de ser un luchador consumado así como un calígrafo de primera. Sin embargo, una mirada de los ojos esquivos y risueños de la joven bastó para que se disipara todo su enojo.

Cuenta Hasta Siete se limpió los labios con el abanico, emborronando la pintura y la caligrafía con la grasa del pollo, y después aplastó el abanico y lo tiró como si fuese un papel sucio.

Nadie dio demasiada importancia a los actos de Cuenta Hasta Siete, pero Ouyang el Galante tuvo miedo: sabía que la montura del abanico estaba hecha de un acero durísimo.

El Jefe del Clan de los Mendigos habló a continuación.

—Si luchase contigo, nunca reconocerías la derrota, ni en tu último aliento. Pero ahora puedo acoger a un discípulo para que luchéis los dos.

—He tenido el placer de intercambiar unas docenas de movimientos con nuestro hermano aquí presente —dijo Ouyang el Galante señalando a Guo Jing—, y tenía la suerte de ir ganando hasta que ha intervenido el maestro Hong. ¿Estabas a punto de vencer, hermano Guo?

Guo Jing negó con la cabeza.

—No puedo vencerte.

Ouyang el Galante sonrió satisfecho.

Cuenta Hasta Siete echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—¿Eres discípulo mío, Guo Jing?

—No, señor, no puedo atribuirme ese honor —respondió Guo Jing, pues recordaba cómo había reaccionado Cuenta Hasta Siete a sus reverencias en el pinar.

Esta contestación desconcertó al Maestro del Monte del Camello Blanco. «No creo que el viejo sea capaz de mentir sobre algo así. Pero, entonces ¿quién le ha enseñado esos complicados ataques de palma?»

—¿Ves? —Cuenta Hasta Siete fulminó a Ouyang el Galante con la mirada, luego se volvió hacia Guo Jing—. Si me niego a aceptarte como discípulo, la muchacha me perseguirá con todos sus trucos infernales hasta que cambie de opinión. Este viejo mendigo no tiene paciencia para pelear con niñas. Reconoceré la derrota y te aceptaré como mi protegido.

—¿Cómo me lo agradeceréis? —preguntó Loto con una risita burlona—. Os he encontrado un buen discípulo. Ahora tenéis a alguien a quien transmitir vuestros conocimientos. Me merezco algún reconocimiento, ¿no? —Por fin se había salido con la suya.

Guo Jing cayó de rodillas, golpeó el suelo con la cabeza tres veces y gritó:

—*¡Shifu!*

En la Mansión de la Nube Errante les había contado a los Seis Fenómenos del Sur lo de su encuentro con Cuenta Hasta Siete y que había aprendido la Palma Domadora de Dragones. Estaban contentísimos con la buena suerte de Guo Jing y le dieron su bendición en caso de que el legendario maestro lo aceptase como discípulo.

—¡Ven, tonto, empecemos! —Cuenta Hasta Siete comenzó a enseñarle los tres movimientos que quedaban de la Palma Domadora de Dragones, delante de todo el mundo.

«¡El mendigo está tan ansioso por ganar que ha olvidado que estoy justo aquí! Es evidente que está algo mal de la cabeza», se dijo Ouyang el Galante mientras observaba atentamente a Cuenta Hasta Siete Hong.

A Ouyang los movimientos le parecieron más bien aburridos, pero probablemente la complejidad yacía en las explicaciones susurradas al oído de Guo Jing. La teoría subyacente debía ser bastante compleja, pues Guo Jing no paraba de negar con la cabeza, confundido.

Cuenta Hasta Siete Hong repitió las instrucciones una y otra vez. Al final, su paciencia se vio recompensada por unos asentimientos vacilantes de su nuevo discípulo. Quedó claro, sin embargo, que el joven había comprendido poco.

«Debe de ser muy bruto —concluyó Ouyang el Galante—. Aunque no pienso quejarme, ¡me ha dado más tiempo para observar!»

Guo Jing estaba por fin listo para probar los movimientos. Tras ejecutarlos media docena de veces, Cuenta Hasta Siete dijo:

—Bien hecho, muchacho. Has dominado la mitad de su poder. Ahora ha llegado el momento de derrotar a este depravado.

Guo Jing dio dos pasos al frente y, *¡fiuuu!*, su palma obligó a Ouyang el Galante a desplazarse a un lado, pero éste aprovechó su propio impulso echando el puño atrás.

Ouyang el Galante esperaba derrotar a Guo Jing con facilidad. No sólo podía anticipar los movimientos del chico —los anteriores y los nuevos—, sino que también estaba convencido de que Guo Jing apenas había asimilado una décima parte de la complejidad de esas

nuevas técnicas. Sin embargo, Ouyang el Galante no había comprendido que el poder de la Palma Domadora de Dragones se hallaba en la canalización de la fuerza, no en la complejidad de los movimientos. Por eso ni él ni algunos maestros marciales como Liang Barbagrís y Ciclón Mei podían desvelar sus secretos, ni siquiera cuando Guo Jing repetía las mismas secuencias con ellos. Tampoco se dio cuenta de que los tres movimientos que acababa de aprender Guo Jing completaban el conjunto de las Dieciocho Palmas Domadoras de Dragones y de que su conocimiento acrecentaba la fuerza de cualquier otra ofensiva que lanzara Guo Jing.

Ahora Ouyang el Galante lo estaba pasando mal. Había probado cuatro técnicas de pugilismo distintas seguidas. Ninguna lograba resistir las firmes y repetitivas arremetidas de Guo Jing.

Intercambiaron una veintena de movimientos más. Ouyang el Galante se estaba poniendo cada vez más nervioso.

«Mi tío me ha entrenado personalmente desde que era un niño y este chico sólo ha estudiado unos minutos con el Viejo Mendigo. Si no recurro a nuestro kung-fu secreto es posible que me gane. ¡No puedo permitir que el Mendigo parezca más fuerte que mi tío!»

Armado con esa nueva resolución, lanzó un puñetazo directo a Guo Jing.

Éste alzó el brazo para bloquearlo, pero de inmediato acusó un golpe en el cuello. De algún modo, Ouyang el Galante había logrado esquivar su guardia doblando el brazo en un ángulo claramente poco natural. ¿Acababa de hacerle picadillo el hueso del antebrazo?

Guo Jing se agachó sorprendido y se apartó. Luego se giró y atacó con la palma, casi llevado por el pánico.

Ouyang el Galante se apartó a un lado y asestó otro puñetazo.

Guo Jing lo esquivó, evitando el contacto, pero el puño lo seguía con independencia del lado hacia el que él efectuara la finta, como si el brazo de Ouyang el Galante pudiera doblarse como un látigo.

Guo Jing se movió para bloquear un golpe rápido a su derecha. Aun así, de algún modo, el puño se deslizó e impactó contra su hombro izquierdo. No tenía ni idea de cómo hacer frente a aquellos puños serpenteantes y encajó tres golpes fuertes, uno detrás del otro. Estaba

desconcertado.

—Guo Jing, para. Deja que gane este asalto.

Guo Jing se retiró para lamerse las heridas, poniendo varios pasos de distancia entre ellos.

—Admiro profundamente tu excepcional kung-fu —le confesó Guo Jing a Ouyang el Galante—. Es increíble cómo doblas los brazos.

Ouyang el Galante se volvió hacia Loto con una mirada engreída y triunfal.

—Ese Puño Serpiente Flácida debió de inspirarse en las compañeras serpentinas del Veneno —dijo Cuenta Hasta Siete, reflexionando todavía sobre la última fase del ataque de Ouyang el Galante—. Es sin duda excepcional, y reconozco que no se me ocurre ninguna forma de superar tu kung-fu ahora mismo. Es tu día de suerte… Ahora, ¡fuera de mi vista!

Ouyang el Galante se quedó horrorizado por que el Mendigo hubiese reconocido la fuente de su secreto marcial al instante. Recordó la advertencia de su tío: «Utiliza el Puño de la Serpiente Sagrada sólo en caso de vida o muerte.»

Si su tío se enteraba de lo que acababa de ocurrir, le infligiría la peor forma de castigo… La idea le arrebató de un plumazo toda la alegría que sentía por la victoria. A regañadientes, juntó las manos en un gesto de respeto y se volvió para marcharse.

7

—¡Espera! —gritó Huang Loto.

Ouyang el Galante se giró en redondo, con el corazón desbocado. Pero ella no le hizo ningún caso y se dirigió a Cuenta Hasta Siete Hong.

—¿Por qué no contempláis aceptar a dos discípulos hoy? —Se arrodilló—. Las cosas buenas siempre vienen de dos en dos.

Cuenta Hasta Siete negó con la cabeza y se rió.

—He actuado en contra de todos mis principios al aceptarlo a él. Tu padre es uno de los Grandes igual que yo. ¿Por qué iba a dejar él que

me llamaras *shifu*?

—¡Ah, os da miedo mi padre!

Como de costumbre, Loto sabía exactamente cómo salirse con la suya.

—¿Qué? ¡No! Te tomaré como discípula. ¿Qué va a hacerme el Hereje? ¿Comerme vivo?

—¡Pues arreglado! No podéis faltar a vuestra palabra. ¡Mi padre estará encantado! Me ha dicho muchas veces que desde que falleció Wang Chongyang, Doble Sol, sólo quedan dos maestros marciales realmente grandes en el mundo: Vos y él. Él pensaba que el Rey del Sur también era muy bueno. Pero, por el resto… —Echó un vistazo a Ouyang el Galante—. No siente otra cosa que desdén. Ahora, *shifu*, dime cómo atrapáis serpientes los mendigos. ¿Me enseñarás?

El Mendigo no entendía por qué Loto quería aprender eso, pero como la muchacha tenía tantos trucos en la manga, le siguió el juego y la instruyó con fingida seriedad:

—Ahorquilla dos dedos, así. Pellizca a la serpiente a algo menos de veinte centímetros de la cabeza y quedará inmovilizada al instante.

—¿Y si es especialmente grande y fuerte?

—Menea los dedos como cebo, para llamar su atención. Luego golpea con la otra mano.

—Tendré que ser muy ágil.

—Por supuesto. —Cuenta Hasta Siete Hong hizo una pausa—. También deberías extenderte en las manos un ungüento. De ese modo, aunque te muerda, estarás bien.

—*Shifu*, ¿me pondríais el ungüento en las manos? —dijo con un tono serio a la vez que guiñaba el ojo.

Los trucos de serpiente eran cosa de los mendigos más jóvenes del clan y Cuenta Hasta Siete Hong no llevaba el ungüento encima. Así que improvisó. Descorchó un frasco rojo y frotó algo de vino en las manos de Loto.

Loto lo olisqueó e hizo una mueca. Al final, se volvió hacia Ouyang el Galante.

—Soy la última discípula del héroe Hong, jefe de todos los mendigos. Me gustaría enfrentarme a ese Puño Serpiente Flácida tuyo.

El ungüento que llevo en las manos es veneno para los de tu calaña. ¡No digas que no te lo he advertido!

—Sería un placer para mí morir en tus manos —respondió él, esbozando una sonrisa lasciva. Sabía que sólo tenía que extender el brazo y vencería. Sin embargo, se prometió evitar las manos de la joven.

—Tus otros movimientos son demasiado corrientes, apenas merecen mi tiempo. Sólo me interesa tu Puño Serpiente Flácida. Si utilizas cualquier otra cosa, pierdes.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Loto sonrió con dulzura.

—Tal vez seas un villano, pero siempre te muestras bastante cortés conmigo. ¡Allá va el primer movimiento!

Un puño salió disparado hacia Ouyang el Galante —*¡fiuuu!*—, el Puño de Viaje de Cuenta Hasta Siete Hong.

Ouyang el Galante se inclinó a un lado y se apartó de su trayectoria. Loto lo siguió de inmediato con una patada horizontal izquierda y un gancho derecho cuerpo a cuerpo. Era invención de su padre, la Palma de la Flor de Melocotón en Cascada. No le importaba quién le había enseñado el movimiento con el que atacaba, mientras la ayudase a derrotarlo.

La velocidad y la complejidad de la ofensiva obligaron a Ouyang el Galante a tomarse en serio aquel desafío. Su brazo salió disparado hacia delante a una velocidad explosiva, luego se dobló de pronto, con el puño apuntando a su hombro. Entonces lo recordó: ¡la Malla de Erizo! Lo retiró con sumo esfuerzo en el último momento para evitar acabar con el puño ensangrentado.

Loto vio su oportunidad y alzó las palmas para golpearle las orejas.

Ouyang el Galante se recogió las mangas con un giro de muñecas para apartar las manos de ella. Sólo podía apuntar a su cabeza. Tenía el cuerpo protegido por la malla y él se había prometido que no la agarraría de las manos a causa del «ungüento».

«Pero ¿cómo podría ser tan descortés como para golpearla en las mejillas o tirarle del pelo?», se preguntó al tiempo que se agachaba y la esquivaba.

Mientras daba un salto para alejarse de otro de los golpes de palma de Loto, se le ocurrió una idea. Se rasgó las mangas y aprovechó la breve tregua que le había proporcionado su retirada para enrollarse la tela en torno a las manos. Luego volvió las palmas hacia abajo, curvó los dedos y cogió a Loto por las muñecas con la técnica de agarre.

—¡Eso no es el Puño Serpiente Flácida! ¡Has perdido!

Loto dio unos golpecitos en el suelo con una mano para impulsarse.

—Ah, me disculpo por mi falta.

—Tu Puño Serpiente Flácida es tan corriente como el resto de tu kung-fu. No puede subyugar a un discípulo de Cuenta Hasta Siete Hong. Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad? ¿Recuerdas la última vez que luchamos? Fue en el palacio del príncipe jin. Tenías a Liang Barbagrís, Hector Sha, Peng el Tigre, el lama Sabiduría Suprema y aquel hombre con cuernos en la cabeza, Hou el Intimidante, para ayudarte. Seis hombres hechos y derechos contra una sola chica. Reconocí la derrota porque ninguno de vosotros merecía mi energía. Dado que hemos ganado una vez cada uno, ¿disputamos otro asalto para decidir el ganador?

Li Vigor y los demás mendigos admiraban la complejidad del kung-fu de Loto, pero estaba claro que Ouyang el Galante era un luchador de artes marciales superior. No creían que Loto hubiera derrotado a maestros como Peng el Tigre y Hector Sha. De ser así, probablemente había usado artimañas, igual que había acorralado a Ouyang el Galante hacía un momento.

Pero ¿por qué iba a querer Loto luchar otra vez? Sencillamente no lo entendían. También encontraban incomprensible la indiferencia de su jefe. Cuenta Hasta Siete Hong estaba mordisqueando lo que quedaba del pollo con una sonrisa, chupando y succionando los huesos con apetito. No hizo ningún ademán de intervenir.

—Sería un placer para mí entretener a la dama, si desea luchar. Gane quien gane seré igual de feliz.

—Cuando peleamos en la residencia del príncipe de Zhao, nos rodeaban tus amigos —continuó Loto, haciendo caso omiso de la respuesta de Ouyang el Galante—. Si hubiese ganado yo, sin duda habrían acudido en tu ayuda, de ahí que no mostrara mi verdadero

kung-fu. Pero hoy tú cuentas con tus amigas —señaló a las mujeres vestidas de blanco—, y yo con los míos. Tú tienes un número mayor de apoyos, pero pasaré por alto esa ventaja. ¿Por qué no dibujas otro círculo en el suelo? Seguiremos las mismas reglas: quienquiera que sea expulsado primero pierde. Ahora que soy discípula del famoso Cuenta Hasta Siete, te concederé otra ventaja: no hace falta que te ates las manos.

Como de costumbre, Loto estaba retorciendo la lógica e invirtiendo los hechos, pero hablaba con tanta gracia y raciocinio que Ouyang el Galante no sabía qué responder. No pudo indignarse lo suficiente para llevarle la contraria. Así pues, obedientemente, extendió el pie derecho a un metro del cuerpo y, utilizando la pierna izquierda como eje, trazó un círculo perfecto, de unos dos centímetros de profundidad y cerca de dos metros de diámetro, en las baldosas del suelo. Costaba no dejarse impresionar por el kung-fu del libertino.

Loto entró en el círculo y preguntó:

—¿Vamos a hacer esto a la manera civil o a la manera marcial?

—¿Te importaría explicarte?

—Si lo hacemos a la manera civil, nos turnamos. El primero lanza tres movimientos y su oponente no tiene permitido contraatacar. Con la manera marcial, haces lo que quieres, cuando quieres. Puedes usar tu Puño Serpiente Muerta, tu Puño Rata Viva, cualquier cosa que te apetezca. Quien se vea empujado fuera del círculo primero pierde.

—Por supuesto, lo haremos a la manera civil.

—Buena elección. No serías capaz de seguir el ritmo si lo hiciéramos a la manera marcial. Al menos ahora tienes alguna esperanza. Bueno, ¿seré magnánima hoy y te concederé una ventaja más? ¿Quién hace el primer movimiento? ¿Tú o yo?

—Por supuesto, debería ser mi señora.

—Eres astuto. —Loto sonrió con coquetería—. Siempre escoges lo que más te conviene. —Lanzó la palma hacia Ouyang el Galante antes de que pudiera retirar su caballerosa oferta.

Ouyang el Galante advirtió un destello en el aire, y una nube reluciente, más amplia que el círculo, se precipitó hacia él. ¡Debe de haber lanzado alguna arma secreta!

Podría haberla apartado fácilmente con el abanico o las mangas. Pero el abanico lo había destruido Cuenta Hasta Siete Hong y él se había rasgado las mangas en un intento de ganar el último combate. También podía esquivarla con comodidad arrojándose a un lado, pero entonces aterrizaría fuera del círculo, y perdería.

Sólo tenía una opción. Dio un golpecito en el suelo y saltó a un par de metros. Un aluvión de agujas pasó a toda velocidad por debajo de sus pies.

Cuando el impulso hacia arriba cesó y empezaba a descender, Loto gritó:

—¡Segundo movimiento!

En esta ocasión, agitó ambas manos, liberando más de cien agujas; era la técnica de Cielo Lleno de Pétalos que había inventado Cuenta Hasta Siete para responder a las serpientes de Ouyang el Galante. Las arrojó por todas partes y con toda la fuerza posible. Mirara donde mirara el libertino, las agujas destellaban en el aire.

El kung-fu de Ouyang el Galante no podía ayudarlo a desafiar a la gravedad.

«¡Eso es! ¡Menuda salvaje!» Maldiciendo la crueldad de Loto para sus adentros, cobró ánimo para enfrentarse a su destino.

De repente sintió que le apretaba el cuello de la camisa y que su cuerpo subía a toda velocidad en lugar de caer. Notó la ráfaga de aire cuando el enjambre de agujas le pasó zumbando por debajo. Oyó el tintineo metálico de los proyectiles al caer en las baldosas del suelo. Se había salvado, pero, antes de que pudiera regocijarse, se dio cuenta de que volaba por la habitación.

Una vez más, su entrenamiento marcial le había fallado. La fuerza que lo empujaba era tan poderosa que no podía servirse de su impulso para girar y ponerse recto. Aterrizó con pesadez sobre el hombro izquierdo. Estaba claro que sólo Cuenta Hasta Siete Hong habría tenido la fuerza interna para un movimiento así.

Evitando mirar a nadie, Ouyang el Galante volvió a saltar sobre los pies y salió hecho una furia del templo ancestral, con las mejillas ardiendo de ira y vergüenza. Sus mujeres corrieron tras él aterrorizadas.

Huang Loto se acercó a la señorita Cheng y le cortó las ataduras que le rodeaban las muñecas. La joven cogió a Loto de la mano y le dio las gracias en un susurro, pero permaneció tímidamente en un rincón, con la cabeza gacha.

Loto se volvió hacia Cuenta Hasta Siete Hong.

—*Shifu*, ¿por qué lo habéis ayudado?

—El muchacho merece morir por las cosas detestables que ha hecho, pero su tío y yo nos conocemos desde hace mucho. El Veneno se ofendería si te permitiese herir a su sobrino. —Cuenta Hasta Siete apoyó la mano en el hombro de Loto—. Pero tú has dejado en buen lugar a tu *shifu* hoy y eso debería verse recompensado. ¿Qué te gustaría? Dime.

—¡Vuestro bastón de bambú no, eso seguro! —Loto le sacó la lengua.

—No podría dártelo, aunque me lo pidieras. Hay algunos movimientos que me gustaría enseñarte, pero últimamente estoy bastante perezoso.

—¡Os prepararé unos cuantos platos ricos para poneros en marcha!

Cuenta Hasta Siete alzó las cejas emocionado, luego suspiró.

—Ay, el tiempo no está de nuestra parte. —Hizo un gesto hacia Li Vigor y los mendigos—. Tengo muchos asuntos del clan que atender.

Para entonces, los mendigos se habían reunido alrededor de Guo Jing y Loto para darles las gracias por su ayuda y felicitarlos por convertirse en los discípulos de Cuenta Hasta Siete Hong. Todos envidiaban la buena suerte de la joven pareja. La negativa del jefe a entrenar a discípulos era bien conocida en el Clan de los Mendigos; ni siquiera a sus pordioseros favoritos del clan les enseñaba más que un movimiento o dos, y sólo cuando se encontraba de un humor excelente. ¿Cómo lo habían conseguido esos dos?

—Nos gustaría organizar un banquete en el templo para celebrar esta feliz ocasión —propuso Li Vigor.

—¡Me temo que encontrarán nuestras costumbres de vagabundos demasiado asquerosas y se les quitarán las ganas de comer! —bromeó Cuenta Hasta Siete.

—Sería un placer celebrar un banquete con vosotros. —Guo Jing

aceptó la invitación de buena gana—. Me encantaría conocer mejor al hermano Li. Sois un verdadero héroe.

A Li Vigor lo conmovieron la modestia y la amabilidad de Guo Jing. «Gracias a este joven no he perdido los ojos.» Estaba sumamente agradecido.

—¡Eh, no intentes convencer a mi discípulo de que se convierta en mendigo! —Cuenta Hasta Siete agitó un dedo en dirección a Li Vigor, luego se volvió hacia Loto—. ¿Por qué has dicho que eres mi última discípula? ¿Estás diciendo que no puedo coger a otro?

—*Shifu*, debéis ignorar mis desvaríos si deseáis compartir vuestros conocimientos con otros. —Loto sonrió—. Aunque, como reza el dicho: «Cuando algo es raro, es precioso»; si somos demasiados, no seremos especiales.

—¿Te crees tan especial? —Cuenta Hasta Siete soltó un resoplido—. Acompañad a la señorita Cheng, que llegue sana y salva a casa. Los mendigos robaremos unas cuantas gallinas para mañana.

Una vez que los mendigos se pusieron en camino, Loto condujo a la señorita Cheng fuera del templo, con Guo Jing tras ellas.

—Tu tío marcial, el anciano Ma, enseñó a Guo Jing. Al anciano Qiu y al anciano Wang también les gusta mucho. —Loto intentó que la joven se sintiera más cómoda—. Sois de la misma familia marcial.

La señorita Cheng lanzó una mirada furtiva a Guo Jing y enrojeció de inmediato, pero consiguió murmurar un «hermano Guo» a modo de saludo. Fue abriéndose poco a poco con Loto a medida que caminaban. Aunque seguía hablando en susurros vacilantes, le contó a Loto que su nombre era Esmeralda y le explicó cómo había llegado a recibir adiestramiento marcial de la Sabia de la Tranquilidad, Sun Bu'er. Sin embargo, obligada como estaba por los usos y costumbres tradicionales que llevaba aparejados una educación protegida y privilegiada, sus palabras se dirigían únicamente a Loto y mantenía la mirada fija en los pies. No se atrevía a decirle nada a Guo Jing. Cada vez que levantaba la vista y lo veía, se sonrojaba. La actitud de Cheng Esmeralda era en todos los sentidos lo contrario del desparpajo y la seguridad de Loto.

7

El *Manual de los Nueve Yin*

1

Era más de medianoche. Tras una noche de aventuras, Guo Jing y Huang Loto se disponían a ir a la posada cuando les llamó la atención el golpeteo de unos cascos.

¿Quién galopaba hacia el norte a esas horas? Otra vez se hizo el silencio. ¿Por qué se había detenido el jinete? Apretaron el paso y se sorprendieron al encontrar a Yang Kang de pie junto al camino, con las riendas en la mano, hablando con Ouyang el Galante. Tenía un aire sospechoso.

Estaban demasiado lejos para oír bien la conversación de los dos hombres, pero temían acercarse y que los descubrieran.

De los susurros de Ouyang el Galante, Loto sólo distinguió las palabras «Yue Fei» —el general patriota song— y «Lin'an», la capital del Imperio song. Entretanto, Yang Kang no paraba de murmurar «mi padre». Poco después, Ouyang el Galante rodeó el puño de una mano con la palma de la otra, en un gesto de despedida, y se encaminó hacia al este con su séquito de mujeres.

A partir de lo poco que había oído, Loto no podía reconstruir la conversación, pero le bastó para minar la escasa fe que tenía en Yang Kang. Lo observó con atención. Parecía aturdido. El joven se quedó con la mirada perdida durante un buen rato antes de suspirar y subirse al caballo.

—¡Hermano! —lo llamó Guo Jing.

Visiblemente sorprendido, Yang Kang desmontó de un salto.

—Creí que a estas alturas ya estarías camino de Zhongdu, hermano.

—Lo siento, me he retrasado. Me encontré con Loto aquí y

acabamos de luchar contra Ouyang el Galante.

Yang Kang esperaba que la noche ocultara su rubor. «¿Han oído lo que he hablado con el Galante?» Escrutó el rostro de Guo Jing pero, para su alivio, no encontró en él ningún indicio que lo sugiriera.

«Guo Jing no se mostraría tan amigable si supiera de qué hemos hablado y es demasiado simple para esconder lo que piensa», pensó Yang Kang.

—Hermano —dijo con su tono más dulce—, ¿buscamos un lugar para pasar la noche o proseguimos?

Una vez que cruzaran el río Chu y luego el río Huai, al norte de Baoying, estarían en territorio jin, el único hogar que había conocido.

Yang Kang se volvió entonces hacia Loto con una sonrisa.

—¿Vienes con nosotros, señorita Huang?

—No, yo no voy con vosotros. Tú vienes con nosotros —lo corrigió Loto.

—¿Cuál es la diferencia? —Guo Jing se rió—. ¿Por qué no nos detenemos en el templo ancestral esta noche y partimos mañana después del banquete?

—Finge que no hemos visto nada —le susurró Loto a Guo Jing—. No le preguntes por Ouyang el Galante.

Los tres se dirigieron en silencio al templo ancestral. Cuando llegaron, encendieron las velas que había dejado Ouyang el Galante y prepararon un sitio para dormir. Estaban en pleno verano, así que los chicos desmontaron las puertas del salón principal e improvisaron camas con ellas en el claustro. Loto, entretanto, se quedó en el salón principal y recogió del suelo las agujas que había lanzado durante el combate.

En cuanto se acostaron se quedaron dormidos, pero el traqueteo de cascos no tardó en invadir sus sueños. El sonido se oía cada vez más fuerte y más cerca.

Al final, Loto ya no pudo aguantar más y corrió al patio.

—Tres jinetes perseguidos por… ¿una docena, tal vez? —aventuró.

—Dieciséis. —Guo Jing, que había pasado su infancia en Mongolia montando a caballo, podía determinar el tamaño de una recua con sólo oírla—. Los tres primeros son caballos mongoles. ¿Qué están

haciendo tan lejos de casa?

Loto arrastró a Guo Jing de la mano, impaciente por ver qué estaba ocurriendo.

Justo cuando franqueaban la entrada principal del templo, *¡fiuuu!*, una flecha pasó zumbando a unos centímetros de sus cabezas.

Los tres caballos mongoles cargaban directamente contra el templo.

Otra flecha impactó en el muslo del último caballo.

El corcel se dobló, relinchando de dolor. El jinete bajó de un salto con un movimiento suave, con la agilidad de un luchador marcial, pero sus pies golpearon el suelo con un ruido sordo.

«No tienen entrenamiento en kung-fu de ligereza.» Tanto a Loto como a Guo Jing se les pasó la misma idea por la cabeza.

—¡Adelante! ¡Seguid! Yo los retendré —gritó el hombre en mongol.

Sus compañeros detuvieron a los caballos y uno dijo:

—Te ayudo. ¡Cuarto príncipe, deberíais irte!

—¡No me iré sin vosotros!

Guo Jing no podía creer lo que oía. ¡Tolui, Jebe y Boroqul! «¿Qué están haciendo aquí?» Pero no había tiempo para darse a conocer. Los hombres que perseguían a los mongoles se habían dispuesto en una formación semicircular y se estaban acercando.

Los mongoles arrojaron una serie de flechas rápidamente. Aquellos astiles hendieron el aire con una fuerza excepcional, de manera que obligaron a sus perseguidores a frenar el avance y disparar desde lejos.

—¡Ahí arriba! —dijo uno de los mongoles, que señaló la atalaya ceremonial que había nada más salir del templo.

La escalaron con facilidad y se prepararon para defenderse desde el podio de la cima. Esa posición ventajosa inclinó un poco la balanza a su favor.

Los soldados que los perseguían desmontaron y rodearon la atalaya, pero se mantuvieron fuera del alcance de las flechas mongolas. Una vez estuvieron en posición, alguien gritó una orden. Cuatro hombres se adelantaron y alzaron los escudos. Avanzaron arrastrándose a cubierto, pegados al suelo y, en cuanto llegaron a la posición acordada, comenzaron a arremeter contra la atalaya con los sables.

—Te has equivocado. —Loto se volvió hacia Guo Jing—. Son sólo

quince.

—Al último le han disparado.

Un caballo se acercó a la entrada del templo al trote, arrastrando a un soldado por un lado. Tenía el pie izquierdo atascado en el estribo y le sobresalía una flecha del pecho.

Guo Jing gateó hasta el cuerpo. Le sacó la flecha y palpó el astil. Como había esperado, encontró un anillo de hierro grabado con la imagen de una cabeza de leopardo. Era la flecha rígida preferida de Jebe, dos *jin* más pesada de lo normal.

—¿Hermano Tolui, general Jebe y general Boroqul? Soy yo, Guo Jing —les dijo en mongol.

—¿Qué te trae por aquí? —respondieron los hombres al unísono, sorprendidos por encontrarlo allí.

—¿Quiénes son?

—¡Soldados jin! —respondió Tolui.

Guo Jing cogió el cadáver y lo arrojó al pie de la atalaya mientras avanzaba a grandes zancadas. Dos de los soldados perdieron el conocimiento al instante, y los dos que quedaban se escabulleron para volver con sus camaradas.

Guo Jing notó un movimiento en el aire y alzó la vista. Dos manchas blancas revoloteaban en el cielo nocturno. ¡Los cóndores blancos que había criado con Khojin en Mongolia!

Al ver a su amo en la oscuridad, las dos aves bajaron en picado hacia Guo Jing y graznaron emocionadas.

Huang Loto recordó que Guo Jing le había hablado de aquellos cóndores cuando se conocieron. Había intentado defenderlos de los ataques y adoptó a los polluelos que quedaron huérfanos. «Éstos deben de ser los huérfanos.» Loto esperaba conseguir su propio par de cóndores algún día. Ahora que tenía una oportunidad de conocer a esas criaturas legendarias, había perdido todo interés en la contienda.

—¿Puedo jugar con ellos?

Estiró el brazo para dar una palmadita al pájaro que tenía más cerca. Éste respondió con un picotazo. Si Loto hubiese reaccionado una décima de segundo más tarde, habría acabado con una fea herida en la mano.

—Oh, ¡bicho malo!

Riendo, los observó con la cabeza ladeada. Decidió que le gustaban mucho aquellos magníficos depredadores.

—¡Loto, cuidado!

Oyó dos flechas que volaban directas hacia ella, pero hizo caso de la advertencia de Guo Jing. Ningún arma penetraría su Malla de Erizo. Las flechas se limitaron a rebotar en su pecho. En ese preciso momento, tenía una tarea más importante entre manos. El soldado muerto debía de llevar algo de comida en los bolsillos. Por fin encontró lo que estaba buscando y lanzó tres pedazos de carne seca a los cóndores.

—Loto, quédate con los cóndores. Yo me encargo de los soldados jin.

Guo Jing salió disparado y atrapó con las manos una flecha que iba directa a él. Entonces golpeó con la palma el hombro del soldado que tenía al lado.

¡Crac! El hueso se rompió.

—¿Quién eres, perro?

La pregunta, en chino, retumbó en medio de la noche.

«Conozco esa voz...» Sin embargo, antes de que Guo Jing pudiera identificar a quién pertenecía, sintió el contacto helado de una hoja.

Un hacha... no, dos, que se precipitaron hacia su pecho y su abdomen. Sabía que unos golpes tan violentos no podían provenir de un soldado raso.

Se agachó para eludirlos y echó el brazo atrás en un Dragón Sacude la Cola. Notó cómo se fracturaba una escápula en varios fragmentos bajo su palma al tiempo que un aullido de dolor le perforaba los tímpanos.

Entonces lo recordó: Qian Qingjian, el Hacha Segador, uno de los Cuatro Demonios del Río Amarillo.

El contraataque de Guo Jing mandó a Qian Qingjian varios metros por el aire. El hombre se estrelló contra el suelo y allí se quedó, incapaz de levantarse. Aunque Guo Jing era consciente de sus progresos desde el invierno anterior, cuando había luchado contra los Demonios en Mongolia, se quedó pasmado ante su propia destreza. Sin

embargo, no tuvo tiempo de darle vueltas a esa idea, pues volvió a notar un tacto metálico y helado hendiendo el aire. Acto seguido apareció un sable a su izquierda y una lanza cargó contra su costado derecho.

Guo Jing giró la palma hacia abajo, curvó los dedos en forma de gancho, sujetó la punta de la lanza a unos centímetros de sus costillas y tiró.

Wu Qingli, el Despachador, perdió el equilibrio y cayó de bruces.

Guo Jing se inclinó entonces hacia atrás, fuera del alcance del sable. Cuando Wu Qingli trató de recuperar el equilibrio, su cabeza se interpuso en la trayectoria de la Cuchilla Fantasmal de su hermano marcial Shen Qingang, que caía.

Guo Jing asestó una patada a la muñeca de la mano con que Shen Qingang blandía la espada. Un destello de luz trazó un arco en el aire: el sable de Shen. Entonces empujó a Wu Qingli por la espalda. *¡Pam!* Los dos demonios chocaron uno contra el otro y se desplomaron inconscientes.

Con un par de movimientos, Guo Jing había dominado a tres de los demonios. El cuarto, Ma Qingxiong, Látigo Raptor de Almas, había perdido la vida no hacía mucho, en el lago Tai, derrotado por Lu Laurel y sus piratas.

Ahora ya no quedaban sino soldados jin rasos. Ignorando que sus mejores guerreros ya estaban fuera de combate, continuaban asaeteando a los mongoles.

—¿Seguís luchando? —gritó Guo Jing al tiempo que arremetía contra ellos. Sus puños y pies volaban mientras arrojaba a un lado y a otro a los soldados que se encontraba en su camino.

Al rato, los soldados se habían desperdigado.

Shen Qingang y Wu Qingli estaban volviendo en sí. A los dos demonios les daba igual quién los hubiera derrotado. Iba a estallarles la cabeza de dolor y lo único que querían era alejarse de allí lo antes posible. Corrieron en direcciones opuestas, mientras que Qian Qingjian huyó en una tercera, gimoteando y masajeándose el hombro.

Jebe y Boroqul, ambos tiradores excepcionales, dispararon a tres de los soldados que se batían en retirada. Tolui observó con la boca

abierta cómo Guo Jing disolvía al resto de la fuerza que los perseguía, admirado por las habilidades marciales de su hermano de juramento.

—*Anda*, hermano, ¿dónde has estado? —le preguntó mientras descendía de la atalaya.

Los dos jóvenes se miraron exultantes y se estrecharon las manos con fuerza. El inesperado encuentro los había dejado sin palabras.

—Si no fuese por ti, nunca habríamos vuelto a probar la dulce agua del río Onon —le dijo Jebe a Guo Jing tras bajar.

—Ésta es Loto.

Guo Jin cogió a Loto de la mano y se la presentó a los mongoles.

—¿Me cederíais los cóndores, príncipe? —preguntó Loto con dulzura.

Tolui no comprendía el chino, pero había quedado prendado por la sonoridad de la voz de Loto.

—¿Qué te trae por aquí, *anda*? ¿Por qué han venido los cóndores?

—Me ha enviado mi padre para que proponga al emperador song una acción militar conjunta contra los jin. Nosotros golpeamos desde el norte y ellos atacan desde el sur. Mi hermana me pidió que me llevara a los cóndores, por si nos encontrábamos. ¡Y tenía razón! ¡Aquí estás!

Guo Jing se quedó sin habla al oír la mención de Khojin. Apenas había vuelvo a pensar en su compromiso con la princesa mongola desde que había conocido y se había enamorado de Loto. No se sentía bien respecto al arreglo, pero no sabía qué hacer, sobre todo porque nunca había deseado el honor que le había concedido el Gran Kan. Sencillamente había apartado todo aquel asunto de su pensamiento.

Ahora que Tolui se lo había recordado, no supo qué decir. Entonces recordó que había prometido que iría a la isla de la Flor de Melocotón: «Estoy seguro de que pagaré con mi vida la muerte de huracán Chen. Nada de esto importará entonces.»

Se volvió hacia Loto.

—Los cóndores son míos. Ahora son tuyos.

Feliz de salirse con la suya, Loto volvió a concentrarse en las aves, a las que arrojó más carne seca.

Tolui siguió contando a Guo Jing los motivos de su viaje al sur. En

los últimos meses, Gengis Kan había tenido un gran éxito en su campaña contra los yurchen, pero el Imperio jin era vasto, y sus reservas de soldados, infinitas. Los jin habían conseguido conservar varias plazas fuertes que impedían el avance de los mongoles, pese a que habían perdido la mayoría de las batallas. De ahí que su padre, el Gran Kan, lo hubiera enviado al Imperio song a pedir ayuda para salir de ese punto muerto. Pero el ejército jin les tendió una emboscada antes de que pudieran cruzar hasta territorio song. Sólo ellos tres, del enorme séquito de guardias y vasallos, escaparon de la masacre.

Las cosas empezaban a aclararse, pensó Guo Jing. Por eso Yang Kang —cuando se hallaba preso en la Mansión de la Nube Errante— le había pedido a Mu Piedad que fuera a Lin'an a ver al canciller song. Los jin habían recibido información de la misión de Tolui y habían enviado a Yang Kang para impedir la alianza.

—Los yurchen estaban decididos a librarse de mí para evitar nuestra alianza con los song —continuó Tolui—. Dirigía el ataque su sexto príncipe en persona.

—¿Wanyan Hongli? —preguntó Guo Jing.

—Sí, llevaba un casco de oro. Lo vi claramente. Le disparé tres flechas, pero sus guardias las bloquearon con los escudos.

Guo Jing se volvió hacia Loto.

—¡Wanyan Hongli está aquí!

—¡Vayamos a buscarlo! —sugirió Loto, que se volvió, esperando encontrar a Yang Kang cerca, pero no se le veía por ninguna parte.

—Miraré en el lado este; tú busca al oeste.

Guo Jing echó a correr con su *qinggong* de ligereza. A varios *li* del templo, alcanzó a un par de soldados jin que huían de la refriega. Confirmaron que el sexto príncipe, Wanyan Hongli, lideraba la misión, pero insistieron en que no tenían ni idea de su paradero.

—Hemos desertado —comenzó uno de ellos—. Nuestras cabezas rodarán por esto. La única opción que nos queda es escondernos en el campo y fingir que somos chinos han corrientes.

El cielo comenzaba a clarear. Wanyan Hongli aún debía de andar cerca, pero Guo Jing no encontraba ni rastro del asesino de su padre. Echó a correr, azuzado por la frustración. Entonces vio una sombra

que atravesaba el bosque y apretó el paso. Era Loto. Al ver su expresión supo que ella tampoco había tenido suerte. Emprendieron el camino de vuelta al templo, desanimados.

—Wanyan Hongli ha dejado que la fuerza principal nos persiguiera con sus caballos más rápidos —explicó Tolui cuando Guo Jing y Loto regresaron al templo—. Debe de haber vuelto a por refuerzos. *Anda*, tengo más órdenes de padre; no debo demorarme. Perdóname por marcharme con estas prisas. Khojin me pidió que te dijera que vuelvas pronto.

Guo Jing abrazó a sus amigos, consciente de que seguramente no volvería a verlos nunca más. Luego se quedó mirando como el polvo amarillo que levantaban los caballos envolvía sus siluetas. Se quedó en el camino hasta que dejó de oír los cascos.

—Esperemos a que regrese Wanyan Hongli —dijo Loto—. Si vuelve con muchos soldados, podemos mantenernos fuera de su vista hasta que anochezca. Entonces lo mataremos.

—Esconderé los caballos en el bosque.

Guo Jing captó algo que brillaba en la hierba mientras guiaba sus monturas por el patio trasero del templo. Se trataba de un caso de oro, coronado por tres piedras preciosas espectaculares, cada una del tamaño de un longan. Lo cogió y se lo enseñó a Loto.

—¿El casco de Wanyan Hongli? —preguntó ella.

—¡Tiene que serlo! —Guo Jing bajó la voz—. Seguramente está dentro del templo.

Loto dio un golpecito con el pie en el muro del templo, ejecutó una voltereta en el aire y aterrizó sin hacer ruido en el tejado.

—Yo miro desde aquí arriba. Tú busca por abajo.

Justo cuando Guo Jing estaba a punto de correr al interior del templo, oyó que Loto le decía:

—¿Qué te ha parecido mi *qinggong*?

Guo Jing se detuvo, sin saber muy bien por qué lo preguntaba.

—¡Maravilloso! ¿Por qué?

—¿Y por qué no lo has dicho?

—Ah, pero ¡si no paro de decirme lo maravillosa que eres!

Riendo para sus adentros, Loto se despidió con la mano y corrió por

los tejados hacia el jardín de atrás.

2

Mientras los mongoles se defendían en la cima de la atalaya, Yang Kang había visto a Wanyan Hongli entre los soldados, dirigiendo el ataque. Aunque ahora sabía que no guardaba ningún parentesco de sangre con el sexto príncipe, éste siempre lo había tratado y criado como hijo y heredero suyo. Ese hombre era el único padre que había conocido Yang Kang, y su suerte siempre había estado ligada a la de él.

«Si Guo Jing lo ve, Wanyan Hongli puede darse por muerto», se dijo Yang Kang. Si no hacía nada, dejaría que Guo Jing le arrebatara la vida de poder y riqueza que le habían preparado para heredar.

No, no estaba listo para renunciar a todo eso.

Justo entonces, un soldado arrojado por Guo Jing chocó con Wanyan Hongli. El sexto príncipe de los jin no pudo girar el caballo lo bastante rápido y se cayó de la montura. Yang Kang se acercó corriendo y lo recogió del suelo.

—Señor, no hagáis ningún ruido —susurró y, ocultándose en la oscuridad, cargó con Wanyan Hongli hasta el patio trasero del templo.

Ni Guo Jing ni Loto advirtieron lo que había hecho Yang Kang.

Éste abrió la puerta de una cámara lateral y dejó al príncipe en el suelo. El clamor de la batalla estaba remitiendo. Oyó pasos que se perdieron a lo lejos, seguidos de una conversación en una lengua que no entendía, aunque reconoció una de las voces como la de Guo Jing.

—¿Kang? —Wanyan Kang se preguntó si no estaría soñando—. ¿Cómo es que estás aquí?

—De pura casualidad —respondió Yang Kang en voz baja, y suspiró —. Ese Guo Jing lo ha estropeado todo.

Guo Jing volvía a hablar en chino. Distinguían las palabras a duras penas. Le estaba diciendo a Loto que se dirigiese al este para buscar a Wanyan Hongli.

Wanyan Hongli había visto a Guo Jing despachar a tres Demonios

del Río Amarillo sólo con las manos. «Si el chico vuelve esas manos hacia mí —pensó con un escalofrío—, no tendré nada que hacer.»

—No creo que busquen aquí, señor. Esperaremos a que se alejen y luego saldremos.

—Por supuesto… Pero ¿por qué me llamas «señor», Kang? Siempre me has llamado papá.

No hubo respuesta.

Yang Kang estaba pensando en su madre y se le hizo un nudo en el estómago.

—Tu madre… —Wanyan Hongli cogió a su hijo de la mano. La tenía helada, pero pegajosa de sudor.

Yang Kang se apartó.

—Mantente alejado de Zhongdu los próximos seis meses. Guo Jing está decidido a vengar la muerte de su padre. Su kung-fu es fuerte y conoce a muchos maestros marciales. No podrás defenderte.

El recuerdo de la aldea del Buey dieciocho años antes asaltó a Wanyan Hongli, junto con una profunda aflicción, pero enseguida se impusieron los remordimientos. No se fiaba de lo que pudiera decir.

—Entendido. Me mantendré alejado de la capital —murmuró al fin —. ¿Qué tal fue en Lin'an? ¿Qué te dijo el canciller Shi?

—No conseguí llegar.

Wanyan Hongli supuso que la frialdad que mostraba su hijo se debía a que había descubierto su verdadero origen, pero, de ser así, ¿por qué acababa de ayudarlo? Llevaban dieciocho años unidos; eran un padre y un hijo que se adoraban. Ahora, sentados en la oscuridad de esa pequeña cámara, muy cerca el uno del otro, percibía el resentimiento en el aire.

Desde que se refugiaran allí, se había librado una batalla en el interior de Yang Kang. Se daba cuenta de que era su oportunidad de vengar a sus padres. Podía matar sin problemas al hombre responsable de la muerte de sus padres de nacimiento con un golpe de palma, pero lo atormentaban las dudas.

«¿Soy capaz de tomar la decisión de matarlo ahora mismo? Puede que Yang Corazón de Hierro fuera mi padre de nacimiento, pero ¿qué hizo por mí? Mamá siempre fue amable con padre; si lo mato ahora,

seguro que esa muerte no le complacerá al espíritu de mi madre en el inframundo. ¿Voy a renunciar a todos los placeres de los que he disfrutado desde que nací? ¿Estoy preparado para perder mis privilegios como príncipe y vagar como un ladrón y un bandido con Guo Jing?

—Kang, hijo mío, siempre serás mi auténtico heredero. Pase lo que pase.

Al oír esas palabras, a Yang Kang se le desgarró el corazón.

—En diez años, nuestro Gran Imperio jin acabará con los song. El reino y su infinita riqueza estarán a mi alcance, y un día serán tuyos.

«¡Tiene intención de usurpar el trono!» Esa nueva percepción libró a Yang Kang de su dilema. Ahora podía evaluar su situación desde una perspectiva distinta.

«El ejército jin destruirá a los song con facilidad. Los mongoles son una molestia, pero esos salvajes a caballo nunca pasan de ser más que una horda de saqueadores. Ni siquiera nuestro emperador puede competir con el ingenio y las habilidades de mi padre. Así que cuando logre sus objetivos, yo compartiré su grandeza.»

Yang Kang lo tomó de la mano.

—Tu hijo se quedará a tu lado, papá. Siempre.

«Ya no tiene la mano fría», advirtió Wanyan Hongli con júbilo.

—Fundaremos una gran dinastía y traerás la gloria a nuestro nombre.

Se oyó un crujido y Yang Kang no llegó a responder. Los dos hombres se volvieron de golpe, con el corazón en un puño.

Por la celosía de la ventana entraban tenues rayos de luz, anunciando el amanecer. ¡Habían estado apoyados en una pila de media docena de ataúdes! «Esta cámara debe de ser donde almacenaban los ataúdes sin utilizar y colocaban a los fallecidos antes del funeral.» El sonido parecía haber venido del interior de una de las cajas.

—¿Qué ha sido eso?

Wanyan Hongli estaba asustado.

—¿Una rata?

Se oyeron más sonidos alarmantes.

Pasos, voces. Se acercaban.

Guo Jing y Huang Loto.

«Se nos ha caído el casco fuera», advirtió Yang Kang con horror.

—Los distraeré —susurró.

Abrió la puerta con el menor ruido posible y saltó al tejado.

—¡Ahí!

Loto corrió tras una sombra fugaz, pero ésta dobló una esquina y desapareció.

—¡Debe de estar detrás de ese arbusto! —Cuando Loto se acercó, la vegetación susurró y se abrió.

—¡Hermano! ¿Has visto a Wanyan Hongli? —preguntó Guo Jing.

—¿Por qué iba a estar aquí? —preguntó Yang Kang, fingiendo sorpresa.

—Lideraba a los soldados. Éste es su casco.

—Ah, ¿de verdad?

Loto lo notaba algo raro. Recordó la conversación que había mantenido con Ouyang el Galante a escondidas.

—¿Adónde has ido? —le preguntó con tono acusador—. Te hemos buscado por todas partes.

—Me ha sentado mal algo que he comido antes. —Señaló el arbusto.

Loto no le creyó, pero no le apetecía enfrentarse a las pruebas en caso de que dijera la verdad.

—¡Busquemos a Wanyan Hongli! —instó Guo Jing.

—Qué gran noticia que haya venido hasta nosotros para enfrentarse a su destino —dijo Yang Kang, intentando mantener el rostro inexpresivo. Esperaba haber dado a su padre tiempo suficiente para escapar.

—¿Por qué no buscáis tú y la señorita Huang en el lado este? Yo rastrearé el lado oeste.

Guo Jing ya estaba cruzando la entrada este, la Puerta de la Integridad Filial, antes de que Yang Kang hubiese acabado la frase, pero el ardid no funcionó con Loto.

—Hermano Yang, iré contigo.

—Bueno, debemos darnos prisa. ¡No podemos dejar que se nos escape! —Yang Kang rezó para que Loto no sospechara de sus

muestras de entusiasmo.

Tiempo atrás, el clan Liu había sido una familia rica e importante de Baoying. Sin embargo, como la población se encontraba cerca de la frontera jin, la región había sufrido numerosas incursiones de tropas. Quemaban edificios y pisoteaban los campos. Las escaramuzas provocaron la decadencia de la familia Liu, y su templo ancestral se había deteriorado.

Loto observó a Yang Kang mientras buscaba a su padre. Aunque seguía insistiendo en que había que darse prisa, avanzaba con deliberada indolencia por las habitaciones. Las puertas que abría también se hallaban cerradas desde hacía mucho por el polvo y las telarañas.

Loto advirtió un embrollo de pisadas estampadas en el polvo de la habitación situada más al oeste. Al acercarse, vio una huella reciente de una mano impresa en la suciedad de la puerta.

Sus sospechas se vieron confirmadas.

—¡Está escondido aquí! —gritó Loto al tiempo que tiraba la puerta de una patada.

Yang Kang acudió corriendo, seguido por Guo Jing. Adelantándose a Loto, Yang Kang alzó la voz.

—Wanyan Hongli, ¿dónde estás? ¡Sal, bribón!

—Hermano Yang, hace mucho que nos ha oído acercarnos. No hace falta ser su mensajero.

—¡Esto no es ninguna broma! —gruñó, pero la vergüenza de que lo descubrieran lo hizo enrojecer.

—Por favor, no te ofendas, hermano. A Loto le encanta tomar el pelo a la gente. —Guo Jin sonrió. No había puesto en duda ni por un momento la lealtad de Yang Kang—. Mirad, alguien ha estado sentado aquí no hace mucho. Él ha estado aquí.

—¿A qué esperamos?

Los ataúdes estaban poniendo nerviosa a Loto.

Cuando se volvía para marcharse, se oyó un crujido amortiguado.

«¡No es posible!»

Hizo una pausa y echó una ojeada a los ataúdes. Uno de ellos parecía balancearse. Con un gritito, se aferró al brazo de Guo Jin.

—Ese… ese villano debe de estar dentro. —El miedo aún no le había nublado el sentido común.

—¡Por allí! —Yang Kang señaló en otra dirección y se alejó.

Sin embargo, antes de que lograra poner un pie fuera, Loto lo agarró de la muñeca y le bloqueó el pulso.

—¡Basta de juegos!

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Yang Kang, que notó que se le entumecía el brazo.

Guo Jing se acercó al ataúd —«¡Tiene que estar aquí!»— y tiró de la tapa.

—Cuidado, hermano. ¡Podría ser un muerto viviente! —gritó Yang Kang.

—¡Para! —Loto lo agarró con más fuerza y tiró de él. Sólo le faltaba que Yang Kang avivara sus miedos—. Haz fuerza contra la tapa. —Le temblaba la voz—. No dejes que… salga esa cosa.

—Los muertos vivientes no existen —repuso Guo Jing, y se sentó en el ataúd—. Ya no puede salir.

Loto no parecía convencida.

—Golpearé el ataúd con la Palma que Hiende el Cielo. Oiremos si es el grito de un hombre o el lamento de un fantasma.

Soltó a Yang Kang y dio un par de pasos. Canalizó la fuerza hasta su mano y se preparó para golpear el ataúd.

Pero, por supuesto, Yang Kang no tenía ni idea de que Loto no dominaba la técnica y no podía dañar el ataúd ni su contenido. Sólo pretendía asestar una palmada sonora en el tablón de madera para asustar a lo que fuera que hubiera dentro.

—¡Para! ¡¿Y si atraviesas la madera y te muerde la mano?! —gritó él.

Aaah… yeee…

Era el lamento de una mujer.

—¡Un fantasma! —chilló Loto, y corrió afuera.

A Guo Jing no le daba miedo lo sobrenatural.

—Hermano Yang, echemos un vistazo.

Yang Kang estaba listo para defender a su padre, aunque sabía que no tenía ninguna posibilidad, pero era imposible que Wanyan Hongli

hubiese emitido ese sonido. Su alivio era palpable, así que se dispuso a ayudar a Guo Jing.

La tapa se levantó sin problemas. No estaba sujeta con clavos.

Guo Jing reunió su fuerza y alzó el brazo al tiempo que se asomaba al interior, sólo por si acaso. El ataúd no contenía a ninguna criatura muerta. Únicamente a una hermosa joven que le devolvió la mirada, con los ojos como platos. ¡Mu Piedad!

Yang Kang no se creía su buena suerte cuando introdujo la mano en el ataúd para sacar a Piedad.

—¡Loto, mira a quién hemos encontrado! —Loto se volvió, pero mantuvo los ojos cerrados con fuerza—. ¡Es la hermana Mu!

Loto entreabrió el ojo derecho y vio que Yang Kang rodeaba con el brazo a una mujer que se parecía mucho a Mu Piedad. Se acercó con cautela.

«¿Por qué se la ve tan rígida?», se preguntó antes de descubrir que su amiga tenía las extremidades inmovilizadas a través de los puntos de acupresión. Dos regueros de lágrimas le resbalaban por las mejillas.

Con unos golpecitos, Loto la liberó.

—Hermana, ¿quién te ha metido ahí?



Mu Piedad llevaba algún tiempo inmóvil. Pese a que la habían liberado, tenía el cuerpo entumecido y muy dolorido. Se concentró en regular la respiración, mientras Loto le masajeaba las articulaciones. Al cabo del tiempo que se tarda en apurar una tetera, por fin habló.

—Me capturó un villano.

—¿Ouyang el Galante? —preguntó Loto en voz baja. Había advertido que le habían bloqueado el movimiento mediante el punto de la Primavera a Borbotones, en el empeine. Esa técnica no se usaba con frecuencia en el *wulin* de las Llanuras Centrales.

Piedad asintió, reviviendo la noche de su rapto. Se estremeció al recordar cómo Ouyang el Galante le había inmovilizado los puntos de acupresión junto a los cráneos apilados por la *shifu* de Yang Kang. Ouyang el Galante había tendido una emboscada a la ciega con sus serpientes, pero de pronto había aparecido de la nada un desconocido ataviado con una túnica verde y había tocado una melodía seductora a la flauta *xiao*, que había enloquecido a las mujeres y a los pastores de serpientes del libertino. Sin embargo, Ouyang el Galante había conseguido escapar corriendo para salvar la vida. Al día siguiente, cuando llegaron los secuaces de Ouyang el Galante, la encontraron todavía en el suelo, inmovilizada por los puntos de presión, y volvieron a llevarla con su maestro.

Después de eso, todo fue a peor. Ouyang el Galante se le insinuó en repetidas ocasiones, pero ella insistió en que prefería morir a comprometer su castidad. Por suerte, el Maestro del Monte del Camello Blanco pensó que forzarla sería indigno de él. Creía que su aspecto, su encanto y sus conocimientos de artes marciales bastaban para derretir el corazón más frío. Su vanidad protegió la virtud de Piedad.

Cuando Ouyang el Galante y su séquito llegaron a Baoying, se instalaron en el templo ancestral del clan Liu y pusieron a Piedad a buen recaudo en un ataúd. Sus discípulas fueron a buscar a las bellezas de la ciudad, pero el rapto de la señorita Cheng atrajo al Clan de los Mendigos en bloque, junto con Guo Jing y Huang Loto. Una vez más, Ouyang el Galante tuvo que huir para no perder la vida, y todos

se olvidaron de Piedad. Al libertino no le importaba mucho dejar atrás uno o dos de sus trofeos. Después de todo, había capturado a muchas mujeres en su vida y sabía que siempre habría más.

Si Guo Jing no hubiera registrado el templo en busca de Wanyan Hongli, Piedad habría muerto de hambre en aquel ataúd vacío, olvidada por el mundo.

Emocionado por ese encuentro inesperado con su amor, el rostro de Yang Kang era la viva imagen de la ternura.

—Querida, descansa un poco. Pondré agua a hervir para ti.

—¿Alguna vez has hervido agua? —Loto sonreía—. Ya lo hago yo. Guo Jing, ven conmigo —sugirió. Quería que los enamorados disfrutaran de un poco de privacidad.

Sin embargo, ella no sonreía y tenía una expresión adusta; era evidente que no sentía la misma emoción de Yang Kang. Una vez que estuvieron a solas, habló en voz baja.

—Felicidades, Yang Kang. —Escupió su apellido con gélido desprecio—. He oído que serás infinitamente rico algún día.

«¡Ha oído la conversación con padre!» Yang Kang se quedó helado y notó que le ardía el rostro. No sabía qué decir.

Al ver su incomodidad, el corazón de Piedad se ablandó. «Si descubren que ha ayudado a Wanyan Hongli a escapar, podrían...» Decidió guardarle el secreto y desahogar su enojo de otra manera.

—Pero ¿por qué has empezado de pronto a llamarlo «señor» en lugar de «papá»?

Yang Kang se quedó mirando el suelo sumido en un silencio incómodo.

Aunque Loto estaba demasiado lejos para distinguir lo que Piedad le decía a Yang Kang, advertía que el tono entre ellos era frío. Supuso que se trataba de una pelea de enamorados, que su amiga estaba enfadada con Yang Kang por no haber acudido antes en su rescate.

—Vamos. —Tiró de la manga a Guo Jing—. Estoy segura de que enseguida lo arreglan.

Guo Jing sonrió y la siguió en silencio.

No obstante, cuando llegaron al patio, Loto propuso:

—Espiémoslos.

—No seas tonta, no pienso hacer eso.

—¡Muy bien! ¡Pues yo no pienso contarte lo que averigüe!

Saltó al tejado y regresó de puntillas hacia la cámara situada más al oeste.

—Has llamado «padre» a ese villano. Quizá no puedas dejar atrás el pasado, aún no has acabado de adaptarte a la nueva realidad. Pero abrigar pensamientos traicioneros, hablar de llevar la ruina a la tierra en la que naciste, eso… eso…

Loto advertía que Piedad estaba muy enfadada, tan furiosa que no pudo acabar la frase.

—Cariño, yo…

—¿A quién llamas «cariño»? ¡No me toques!

¡Pam!

«¡Debe de haberlo abofeteado! Tengo que hacer algo.» Loto saltó desde el tejado y entró por la ventana.

—¡Vaya, vaya! Sea lo que sea, seguro que no hace falta recurrir a la violencia, ¿no? Podemos hablar de ello tranquilamente, ¿verdad? —sugirió Loto.

Piedad se sonrojó, y Yang Kang se quedó blanco como la cera.

Antes de que Loto pudiera pronunciar una palabra más, Yang Kang dijo en voz alta:

—Bueno, está claro que has conocido a otro hombre y te quieres librar de mí. ¡Por eso me estás tratando así!

—¿Qué…? ¿A qué te refieres?

—Has estado con Ouyang el Galante. Todos sabemos que es diez veces más hombre que yo en todos los sentidos, su kung-fu, su aprendizaje… No tengo ni punto de comparación con él. Después de eso, ¿cómo ibas a seguir entregándome tu corazón?

Ahora era Piedad quien se había puesto pálida. Las manos y los pies se le habían quedado helados. Estuvo a punto de desmayarse.

—Hermano Yang, no digas mentiras —intervino Loto—. ¿Por qué razón iba a inmovilizar el villano los puntos de acupresión de la hermana Mu y mantenerla encerrada en el ataúd, si a ella le gustaba él?

—Me da igual si de verdad le gusta o sólo finge que así es. Lleva

días con ese hombre. Ya no es pura. ¿Qué me queda a mí? —La vergüenza de Yang Kang por el hecho de que revelasen su verdadera lealtad se había convertido en una rabia ciega hacia Piedad.

—¿Yo... yo... ya no soy pura? ¿Qué quieres decir?

—Has pasado días en su poder. ¡Debe de haberte abrazado y quién sabe qué más! ¿Puedes negarlo?

Piedad ya había sufrido bastante. Una oleada de pura ira invadió su corazón. Dejó escapar un gemido desgarrador. Escupió una gran cantidad de sangre y se desplomó.

Yang Kang lamentó sus duras palabras. No quería más que susurrar palabras dulces y consolar a Piedad. Pero, cuando tendió la mano para tocarla, recordó la conversación que Piedad había oído —conocía su secreto— y el recelo que él evidentemente despertaba en Loto. Si Piedad contaba lo que sabía, no sólo haría peligrar su propia vida, sino que también desbarataría la huida de su padre, poniendo en riesgo sus grandiosos planes.

Con el corazón en vilo, Yang Kang salió corriendo de la habitación y cruzó el patio, saltó el muro y desapareció.

3

Loto sostuvo a Piedad cuando se desmayó y trató de reanimarla frotándole el pecho por encima del corazón. Poco a poco, Piedad recuperó la conciencia. Se recompuso y miró alrededor, como si no hubiera pasado nada. Ahora tenía los ojos secos.

—Hermana, ¿me prestas la daga que te di?

—Guo Jing, ¿puedes venir? —Guo Jing se acercó—. Dale la daga del hermano Yang a la hermana Mu.

Guo Jing sacó la daga que Zhu Cong había recuperado de Ciclón Mei en la Mansión de la Nube Errante. El nombre Yang Kang estaba grabado en la empuñadura.

—Tengo la daga de Guo Jing aquí. —Loto se llevó la mano a la pequeña espada que llevaba en el interior de la camisa—. Y la hoja del hermano Yang ahora es tuya.

Loto se sentía más segura acerca de su futuro, además del de Piedad, ahora que cada una sostenía las armas que Guo Furia Celeste y Yang Corazón de Hierro habían intercambiado cuando pactaron unir a sus hijos aún no nacidos en hermandad o matrimonio.

—Hermana, vuestra unión está predestinada. No te preocupes por la pelea de hoy. No dejes que te afecte. ¡Mi padre y yo discutimos sin parar! ¿Por qué no te vienes con nosotros a la capital jin? Vamos a buscar a Wanyan Hongli, y estoy seguro de que Yang Kang también vendrá.

—¿Dónde está el hermano Yang? —preguntó Guo Jing.

Loto le sacó la lengua.

—Ha molestado a la hermana Mu, que le ha dado una bofetada. Luego se ha ido corriendo. Hermana, sabes que te quiere mucho. ¿Por qué si no iba a quedarse quieto y dejar que lo golpeases? Como luchador de artes marciales, es más fuerte, todos lo sabemos por el Duelo…

Loto se disponía a bromear sobre cómo se habían conocido en el Duelo por una Doncella y estaban acostumbrados al contacto físico, pero se contuvo nada más ver a Piedad.

—No voy a ir a Zhongdu y no hay razón para que vayáis vosotros tampoco. No encontraréis al villano allí como mínimo en los próximos seis meses. Sabe que vais tras él y tiene miedo. Hermano Guo, hermana… vosotros dos sois perfectos el uno para el otro, y la suerte os sonríe…

La acometieron los sollozos. Hundió la cara en las manos y corrió afuera. Dio un golpecito con el pie y saltó hasta el tejado.

Loto bajó la vista a la sangre que había escupido Piedad y echó a correr tras su amiga. La atisbó a lo lejos, debajo de un gran sauce. Se produjo un destello de luz, ¡el sol espejeaba sobre el metal!

—¡No!

Pero estaba demasiado lejos para hacer nada. Mu Piedad alzó la daga que le había entregado Loto por encima de su cabeza y se echó el cabello atrás. Luego bajó la daga.

—¡Hermana!

Sin prestar atención a Loto, Piedad dejó que el cabello cayera al

suelo y se alejó sin mirar atrás.

Mientras Loto observaba los mechones de seda negra que danzaban en el aire, una sensación extraña creció en su interior.

Sus ojos siguieron los cabellos de Piedad mientras revoloteaban por encima de los campos y arroyos, se depositaban en caminos, coronaban la copa de los árboles, caían en medio del polvo y la tierra, y se alejaban flotando por el agua.

Como niña malcriada que había crecido sin compañeros, Loto nunca había sentido la necesidad de esconder sus emociones. Siempre se había reído cuando estaba contenta y había llorado cuando estaba triste. Pero aquella escena hizo que una especie de dolor, ansiedad, pérdida —algo que no había sentido nunca—, brotara en su corazón. Por primera vez saboreó la amargura de la vida. Meditando sobre ese nuevo sentimiento, regresó al templo.

Le contó a Guo Jing lo que había visto, y el joven tampoco comprendió la reacción de Piedad.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa la hermana Mu? Tiene muy mal carácter.

Por supuesto, ninguno de ellos conocía el verdadero motivo de la pelea.

Turbada por los actos de Piedad, los pensamientos de Loto se volvieron hacia las palabras de despedida de Yang Kang, y las preguntas se arremolinaron en su mente.

«¿Puede perder una mujer su castidad porque un hombre la abrace? ¿Es por eso por lo que su amado, que tiempo atrás la quería y respetaba, la mira ahora por encima del hombro? ¿Es por eso por lo que no quiere tener nada más que ver con ella?»

Loto se paseó por el jardín de atrás del templo y se sentó contra una columna, acosada por estos pensamientos. No alcanzaba a entender la lógica de la respuesta de Yang Kang, pero pronto se quedó dormida, aceptando que así eran las cosas.

Esa noche, Vigor Li regresó al templo para preparar el banquete. Como sabía que Loto se mostraría quisquillosa con la limpieza, se aseguró de que los vasos, platos y todo lo demás estuviesen lo bastante presentables para sus invitados.

La señorita Cheng llegó con varios platos que había preparado personalmente, mientras sus criadas portaban cuatro vasijas grandes de vino. Hizo un brindis para dar las gracias a sus rescatadores, pero no se quedó para la comida. Guo Jing y Loto bebieron y hablaron alegremente con sus anfitriones, pero Cuenta Hasta Siete Hong no se presentó. Los mendigos conocían el carácter de su jefe y no le dieron importancia a ese desaire, y siguieron como si tal cosa con el festín y las conversaciones con la joven pareja.

Tras el banquete, Guo Jing y Loto hablaron de lo que debían hacer a continuación. Wanyan Hongli se hallaba escondido y no tendrían tiempo suficiente para encontrarlo antes de la reunión en la isla de la Flor de Melocotón. Guo Jing propuso que fueran a Jiaxing para encontrarse con sus *shifus* y elaborar un plan antes de cruzar el mar con ellos.

—En realidad, quizá sería mejor si tus *shifus* no vinieran —dijo Loto—. No creo que arreglen nada con su presencia. No te importará prosternarte ante mi padre para pedir perdón, ¿verdad? Te lo compensaré. Da igual la cantidad de reverencias que tengas que hacer, te devolveré el doble.

—Tienes razón. Y no hace falta que te inclines ante mí. Haría cualquier cosa por ti.

Se encontraban en la primera mitad del sexto mes lunar. La gente del sur del Yangtsé solía decir: «El sexto día del sexto mes, los huevos de pato se cuecen al sol.»

Un firmamento de fuego achicharraba la tierra. La joven pareja viajaba por la mañana temprano y después del atardecer para evitar aquel calor abrasador.

Al poco tiempo llegaron a Jiaxing. Guo Jing le dejó una carta para sus *shifus* al encargado del jardín de los Ocho Inmortales Borrachos.

En ella les explicaba que se había encontrado con Loto de camino a Yanjing y que en ese momento se dirigían juntos a la isla de la Flor de Melocotón.

«Como viajo con la hija de Huang el Boticario —escribió—, podéis estar tranquilos, no sufriré ningún daño. Por favor, no os molestéis en viajar a la isla de la Flor de Melocotón por mí.»

Pese a que en la carta se mostraba confiado, sabía que, frente a un hombre tan impredecible como Huang el Boticario, sus perspectivas eran sombrías. No compartió sus preocupaciones con Loto, pues no deseaba inquietarla. Se limitó a consolarse con la idea de que evitaba a sus *shifus* un viaje peligroso. Sabía que si se lo hubiera dicho en persona, todos habrían insistido en acompañarlo.

La joven pareja partió hacia el este desde Jiaxing y alcanzó la costa cerca de Zhoushan. Loto alquiló una barca que llevaba a la isla de Xiazhi, pues sabía que sus habitantes temían la isla de la Flor de Melocotón tanto como a los escorpiones y las serpientes venenosas. No había dinero en el mundo que tentase a ningún barquero para que se aventurase siquiera a cuarenta *li* de su costa.

Una vez que salieron de la bahía, mientras navegaban en aguas abiertas, Loto ordenó al timonel que virara hacia el norte, con lo que reveló su verdadero destino. Antes de que el asustado hombre pudiera negarse, Loto clavó su daga en la cubierta con un giro despreocupado de la mano y luego la sacó y la volvió hacia el timonel. Con el frío de la hoja contra el pecho y el brillante metal deslumbrándolo, el marinero maldijo su suerte y obedeció sumisamente.

Enseguida se aproximaron a la isla de la Flor de Melocotón, y una fragancia abrumadora invadió a Guo Jing. La isla era exuberante y colorida como una muestra de seda bordada: matas de verde, toques de rojo, puntos amarillos y franjas blancas.

—Es hermosa, ¿verdad? —preguntó Loto.

—No había visto tantas flores en la vida. ¡Ni tan hermosas!

—Ya es verano, las flores no son nada comparado con las del melocotón en primavera. Aunque nuestro *shifu* nunca diría que el kung-fu de mi padre es el más grande que existe, estoy segura de que reconocería que mi padre no tiene rival en lo que se refiere a la

horticultura. Pero a nuestro *shifu* sólo le importan la comida y la bebida; es probable que no sepa nada acerca de lo que vuelve excepcional a una flor o un árbol. ¡Qué hombre tan vulgar!

—No puedes hablar de nuestro *shifu* de forma tan irrespetuosa.

Loto le sacó la lengua e hizo una mueca. Luego le explicó a Guo Jing la historia del nombre de la isla. Hacía mucho tiempo, el maestro Ge Hong practicaba el taoísmo en la isla y, cuando partió hacia el siguiente reino, salpicó la orilla de tinta, dejando marcas profundas con la forma de flores de melocotón en las rocas. Cuando su padre se mudó allí, plantó melocotoneros para hacer honor a ese nombre.

El barquero, que hacía mucho que oía que el señor de la isla de la Flor de Melocotón disfrutaba destripando a sus víctimas, se acercó a la orilla sin echar el ancla. Loto saltó a tierra seguida de Guo Jing y su caballo de Fergana, *Ulaan*.

En cuanto los pasajeros hubieron desembarcado, el hombre giró el timón, deseoso de poner cuanto antes la mayor distancia posible entre la isla y él. Entonces un objeto aterrizó en la cubierta con un ruido sordo.

—Tenemos que volver al continente. ¡Se te recompensará de manera generosa!

Una moneda de plata, de un valor de diez *taels*, brilló desde la proa. El hombre prometió a la generosa dama que regresaría, mientras se alejaba todo lo rápido que podía.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Estoy en casa! —gritó Loto alegremente, emocionada por volver a estar en la isla.

Llamó a Guo Jing y zigzagueó a través de la selva de flores. Guo Jing la perdió de vista en un abrir y cerrar de ojos. Se echó a correr por el camino, llamándola por su nombre, pero no tardó en perderse.

Había huellas hacia el este, al oeste, al norte y al sur. «¿Qué dirección ha tomado Loto?»

Escogió un camino y pronto advirtió que los alrededores le sonaban. Había avanzado en círculo y volvía a estar donde había empezado. Recordó que Loto le había contado que el plano de la isla de la Flor de Melocotón era mucho más complejo que la laberíntica Mansión de la Nube Errante. Si seguía corriendo a ciegas, no haría sino enredarse

aún más en aquel dédalo y probablemente se alejaría cada vez más de Loto. Así pues, se sentó debajo de un melocotonero y esperó.

Transcurrió una hora, luego dos, pero seguía sin haber ni rastro de Loto. Sólo el silencio le hacía compañía. No había ni un alma.

Empezó a inquietarse. Trepó a lo alto de un árbol cercano para ver mejor. Al sur estaba el mar, al oeste no había nada más que rocas, y al este y al norte, infinitos campos de flores de vivos colores. Después de mirarlas un rato notó que la cabeza le daba vueltas.

No vio muros encalados, ni baldosas negras, ni humo de chimenea, ni oyó ladridos de perro. No se oía ningún sonido en absoluto. Era insólito.

El silencio estaba empezando a ponerlo nervioso. Saltó de rama en rama, adentrándose cada vez más en el bosque. «¿Y si me he alejado tanto del camino que ni Loto puede encontrarme?» Decidió volver sobre sus pasos, pero cuanto más lo intentaba, más desconocido le parecía el terreno que lo rodeaba.

La luz comenzaba a menguar, así que se sentó una vez más, con la esperanza de que Loto lo localizase antes de que anocheciese. Por suerte, el suelo estaba cubierto de un suave manto de hierba. Resultaba bastante cómodo para sentarse, aunque pronto empezaron a sonarle las tripas y su mente vagó hacia todas las delicias que Loto había cocinado para Cuenta Hasta Siete. El hambre se estaba volviendo insoportable.

«¿Y si el padre de Loto la ha encerrado? —Los pensamientos de Guo Jing fueron ensombreciéndose a medida que oscurecía—. ¡Voy a morirme de hambre!»

Todavía no había vengado la muerte de su padre. Ni había recompensado a sus *shifus* por su amabilidad para con él. ¿Y su pobre madre? Estaba sola en el desierto mongol. ¿Quién iba a cuidar de ella, si él moría?

A pesar de estas preocupaciones, no tardó en quedarse dormido.

Soñó que volvía a Zhongdu. Loto también estaba allí. Compartían comida en el lago. Ella tarareaba una canción. Sonó una flauta *xiao*. Guo Jing abrió los ojos de golpe.

La luna estaba en lo alto. Las fragancias de la isla eran más intensas

por la noche. La brisa transportaba la melodía de una flauta lejana. Ya no estaba soñando.

Había recuperado las energías y decidió dirigirse hacia la fuente de la música. En ocasiones el camino desaparecía, pero seguía oyendo el *xiao* más adelante. Recordó haber recorrido caminos serpenteantes que se interrumpían de pronto en la Mansión de la Nube Errante, y decidió ignorar el paisaje y el trazado. Siguió la melodía de la flauta decidido, subiéndose a las copas de los árboles para continuar avanzando cuando llegaba a un punto sin salida.

Pronto la música se hizo más nítida. Corrió hacia ella y giró en un recodo del camino. Una vista se abrió de repente. Un lago de flores blancas titiló a la luz de la luna. Entonces descubrió una construcción que asomaba entre la vegetación.

La música cobraba volumen y luego disminuía. Unas veces sonaba por delante de Guo Jing, otras le susurraba a la espalda. Escuchó. ¡Procedía del este! Sin embargo, cuando reemprendía la marcha, de repente parecía que venía del sur. ¿Era posible que hubiese una decena de músicos haciéndose señas y jugando con él? Comenzó a marearse de correr en círculos y decidió ignorar la música por el momento e investigar el montículo.

«Aquí yace la señora Feng, señora de la isla de la Flor de Melocotón.» Los caracteres estaban grabados en una losa encima de la tumba.

«La madre de Loto —pensó Guo Jing—. Debió de ser muy duro para Loto perder a su madre tan pequeña...»

Se puso de rodillas y se inclinó reverencialmente cuatro veces, tocando el suelo con la cabeza. Fue un gesto sincero de respeto nacido de su amor por Loto.

La música se detuvo. Pero se reanudó en cuanto Guo Jing se puso en pie de nuevo. Una vez más, estaba delante de él.

«Tanto si es buena como si es mala, la seguiré.»

La flauta condujo a Guo Jing de vuelta al bosque. Cambió de tonalidad. Ahora la melodía le sonreía, murmurándole al oído en voz baja, suave, seductora. Le palpitaba el corazón y la cabeza le daba vueltas.

«¿Por qué suena tan bien esta melodía?», se preguntó.

El tempo se había acelerado, instándolo a bailar. De algún modo, la música hacía que la sangre corriera por sus venas, se le sonrojara el rostro y le ardieran las orejas. Se sentó y comenzó a regular la respiración con la fórmula *neigong* que le había enseñado Ma Yu, pero estaba deseando saltar, agitar las manos y sacudir los pies al ritmo de la melodía. Al final consiguió ordenar sus pensamientos, uniendo su mente y su espíritu. Todas las preocupaciones y deseos abandonaron su ser, dejando un vacío resplandeciente en su interior.

La música había perdido su atractivo de repente. Había quedado reducida a olas que rompían o ramas que susurraban; su cuerpo se había avivado y relajado al mismo tiempo. Ya ni siquiera tenía hambre. Sabía que se hallaba en un estado en el que nada externo podía turbar su mente, y abrió los ojos despacio.

Un par de esferas verdes y brillantes lo miraban desde la oscuridad, a unos pasos de distancia.

Guo Jing se levantó de un salto y retrocedió.

«¿Qué clase de bestia es ésa?», se preguntó, asustado.

Los ojos se desvanecieron.

«¡Ni siquiera una criatura tan rápida como un leopardo o un mapache podía desaparecer a semejante velocidad!»

Entonces oyó jadeos. Parecían humanos.

«¡Qué tonto soy, el hombre sólo ha cerrado los ojos! ¡Por eso ya no se ven! ¡No ha ido a ninguna parte!» Guo Jing se rió para sus adentros de su estupidez, pero se mantuvo alerta, pues no sabía si el desconocido era un amigo o un enemigo.

El tono de la flauta se estremeció, arrullándolo, seduciéndolo como el suspiro de una mujer. Ora era un gemido, ora susurraba con dulzura, ora lo atraía con suavidad. La melodía se había vuelto más cautivadora, pero apenas afectaba a Guo Jing; aún no conocía la música que hacían un hombre y una mujer entre las sábanas. Sin embargo, el desconocido se resistía desesperadamente a las tentaciones de la flauta, jadeando cada vez más fuerte y rápido.

Preocupado por las dolorosas boqueadas del hombre, Guo Jing avanzó a gatas. Era una noche clara, pero el exuberante dosel de

vegetación tapaba la luna.

A tan sólo unos pasos, Guo Jing fue por fin capaz de distinguir el contorno de los rasgos del desconocido. El pelo enmarañado le caía hasta el suelo. Las cejas, anormalmente largas, y la barba le ocultaban la mayor parte de la cara. Sentado con las piernas cruzadas, el hombre tenía la mano izquierda por encima de su pecho y la derecha a su espalda.

Guo Jing reconoció la postura. La había aprendido de Ma Yu, Sol Escarlata, en lo alto del risco en Mongolia. Aquella posición mantenía contenidos el corazón y el espíritu, de manera que ninguna imagen ni sonido podía perturbar la paz interior, ni las olas que rompían, ni la montaña que se desmoronaba, ni el trueno estruendoso o el rayo cegador.

«Este hombre conoce el kung-fu interno taoísta ortodoxo. ¿Por qué no es capaz de resistirse a la melodía de la flauta?» Guo Jing no se explicaba la razón de su propia inmunidad.

La música se aceleró con renovada urgencia, y el desconocido se estremeció y se puso a dar saltos. Brincó repetidas veces, alzándose a más de treinta centímetros del suelo. Luego consiguió mantenerse abajo de nuevo con un gran esfuerzo mental.

Al ver al desconocido entre la calma y la agitación, Guo Jing empezó a preocuparse. El estado interno del hombre resultaba cada vez más precario, al tiempo que los momentos de paz eran cada vez menos duraderos. La flauta efectuó dos coloraturas y el desconocido suspiró.

—Déjalo… —Con los músculos tensos, estaba listo para ponerse en pie de un salto.

No había tiempo para pensar. Guo Jing ejerció una presión firme en el hombro derecho del hombre, empujándolo hacia abajo, luego le golpeó el punto de acupresión Gran Martillo, en la nuca, con la otra mano.

Dos años antes, cuando Guo Jing había empezado a entrenar con Ma Yu, el taoísta le masajeaba con suavidad ese punto de presión, canalizando calor a través de su palma, cuando la mente de Guo Jing divagaba y su espíritu se inquietaba. Evitaba que el *qi* del joven se

fuera por el mal camino y causara daños a su mente y su cuerpo.

Guo Jing intentó hacer lo mismo. Su kung-fu interno no era lo bastante refinado para ayudar al desconocido a resistirse a la música, pero había logrado descubrir el punto exacto que permitiría al barbudo sofocar el ruido. La agitación había cesado. El desconocido impulsó su energía en torno a su cuerpo en calma, con los ojos cerrados. Su respiración fue haciéndose regular.

Satisfecho con el resultado de su intervención, Guo Jing oyó entonces que murmuraban a su espalda: «¡Cabronzuelo!» La melodía se había interrumpido de golpe.

Se volvió. Parecía la voz de Huang el Boticario, pero, por supuesto, sólo vislumbró una sombra.

Que ayudara al hombre debía de haber enfurecido al padre de Loto aún más. «¿Y si es malvado? Me he metido en un lío de verdad.»

Y, al pensarlo, se le cayó el alma a los pies.

5

Dado que no tenía adónde ir ni nada que hacer, Guo Jing se sentó delante del barbudo y comenzó a trabajar en su propia energía interna. Cerró los ojos y dirigió la vista a su interior. Enseguida todas las preocupaciones se disiparon de su mente y entró en un estado en el que ni él ni el mundo existían. Cuando volvió a abrir los ojos, el rocío de la mañana le cubría la ropa y las estrellas se desvanecían con las primeras luces.

Más tarde el sol brillaba a través del manto de flores y hojas, proyectando en el rostro del desconocido sombras con forma de flor. Guo Jing por fin pudo verlo bien.

Sin duda hacía mucho que el hombre no se peinaba el cabello o la barba. Los llevaba largos y desgreñados, y erizados, como un salvaje. Curiosamente, el pelo era de un negro azabache, sin una sola cana.

—¿Cuál de los Siete Discípulos de Quanzhen es tu *shifu*? —preguntó el desconocido, que sonreía y tenía los ojos brillantes.

Sorprendido, Guo Jing se levantó de golpe. Pero el hombre parecía

bastante amable, de modo que se inclinó.

—Vuestro discípulo Guo Jing presenta sus respetos al anciano. Los Siete Héroes del sur son mis maestros.

—¿Los Siete Héroes del Sur? ¿Ke Zhen'e y su banda? ¿Cómo han podido enseñarte el *neigong* de Quanzhen?

—El anciano Ma Yu, Sol Escarlata, me instruyó en las técnicas de kung-fu interno durante dos años, pero no he sido iniciado en la secta Quanzhen de manera oficial.

El hombre soltó una carcajada e hizo una mueca, el tipo de expresión que esbozaría un niño tras gastar una broma.

—¡Ja, ja! ¿Qué te trae por la isla de la Flor de Melocotón?

—He venido por orden del señor de la isla de la Flor de Melocotón.

—¿Por qué? —preguntó, y se le ensombreció el semblante.

—Ofendí al señor Huang y ahora estoy aquí para enfrentarme a la muerte.

—No me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No me atrevería.

—¡Bien! —El barbudo asintió—. No hace falta que mueras, de verdad. Siéntate.

Guo Jing obedeció y se encaramó a una roca. Por primera vez vio que el hombre estaba sentado en una cueva en una ladera.

—¿Quién más te ha enseñado?

—El Vagabundo Divino Nueve Dedos...

—¿Cuenta Hasta Siete Hong?

El hombre esbozó una leve sonrisa.

—Sí, el maestro me enseñó la Palma Domadora de Dragones.

—¡Vaya! ¿La conoces? ¡Esa técnica es increíble! —Su expresión transmitía envidia y entusiasmo—. ¡Enséñamela! Me postraré ante ti y te llamaré *shifu*. —Luego negó con la cabeza, vigorosamente—. ¡No! ¡No funcionará! Ese viejo mendigo y yo tenemos la misma edad. Me pregunto si yo soy mayor o es él... No puedo ser su nieto marcial. ¡No estaría bien!

Se volvió de nuevo hacia Guo Jing.

—¿Te ha enseñado el Mendigo *neigong*?

—No, señor.

—Aunque hubiera empezado a entrenar en el vientre de su madre —masculló el hombre para sí—, sólo llevaría haciéndolo dieciocho o diecinueve años. ¿Por qué puede resistirse a la melodía de la flauta, cuando yo no puedo?

Volvió a escudriñar a Guo Jing de los pies a la cabeza antes de levantar la mano derecha.

—Empuja contra la palma de mi mano. Enséñame tu kung-fu.

Obedientemente, Guo Jing apoyó su palma contra la del hombre.

—Deja que tu *qi* penetre en el Campo del Elixir, luego canaliza tu energía.

Guo Jing hizo lo que le indicaba.

—¡Bien! ¡Ahora cuidado!

El hombre retrocedió ligeramente, luego empujó. Proyectó una fuerza inmensa hacia delante.

Guo Jing se tambaleó. Levantó la mano izquierda de forma instintiva para golpear el brazo del hombre, esperando romper el contacto de la palma. El hombre, no obstante, giró la mano y detuvo el manotazo, colocando cuatro dedos en el dorso de la muñeca de Guo Jing. Éste perdió el equilibrio de inmediato.

Retrocedió siete u ocho pasos torpemente, hasta que se golpeó la espalda con un árbol. Por suerte, había seguido el adiestramiento de Cuenta Hasta Siete Hong y se guardó parte de la fuerza. Con la energía reservada, fue capaz de enderezarse de nuevo.

—No está mal, pero tampoco es nada especial. ¿Cómo ha resistido a la «Oda a la Marea»? —se preguntó. Volvía a hablar solo en voz alta.

Guo Jing inspiró hondo para calmar la sangre y la energía que le corrían por el torso.

«La destreza marcial de este hombre está al nivel de Cuenta Hasta Siete y Huang el Boticario. ¿Podría ser…?»

La idea de que ese hombre fuese el Veneno del Oeste produjo un desagradable escalofrío a Guo Jing. Levantó la mano hacia la luz para buscar señales de envenenamiento —no había inflamación ni manchas negras— y suspiró aliviado.

El desconocido de barba larga sonrió.

—¿Sabes quién soy?

—Tengo entendido que hay cinco maestros marciales supremos en el mundo. El Inmortal Wang, líder de la secta Quanzhen, ya ha fallecido. He tenido el honor de conocer a Cuenta Hasta Siete Hong, el Vagabundo Divino Nueve Dedos, además de al señor de la isla de la Flor de Melocotón. ¿El anciano podría ser el Maestro Ouyang o Su Majestad el Rey del Sur?

—¿Crees que estoy a la altura del Hereje del Este y el Mendigo del Norte?

—Vuestro alumno es un principiante y ha visto muy poco del mundo marcial. Aun así, de los maestros marciales a los que he tenido el honor de conocer, aparte de Cuenta Hasta Siete y el señor Huang, no se me ocurre ninguno que hubiera podido igualar al maestro hace un momento.

El hombre estaba sumamente complacido. Su rostro descuidado irradiaba una alegría infantil.

—No, no, no soy el viejo Víbora y no soy rey. Prueba otra vez.

—También conocí a un hombre llamado Qiu Qianren. Nos hizo creer que estaba al mismo nivel que Cuenta Hasta Siete, pero sus atribuciones no tenían base alguna, y su kung-fu era del montón. Me temo que soy muy burro y no puedo ni adivinar el gran nombre del maestro.

—Te daré una pista. —Se rió—. Me apellido Zhou.

—¡Zhou Botong! —soltó Guo Jing. Hizo una profunda reverencia, avergonzado—. Vuestro alumno os ruega perdón.

—¡Correcto! Ése soy yo, Zhou Botong. —El hombre seguía riendo—. Zhou Botong es mi nombre, y me has llamado por mi nombre. ¿Qué hay que perdonar? Wang Chongyang, Doble Sol, era mi hermano marcial mayor, y Ma Yu, Qiu Chuji y el resto son mis sobrinos marciales. Pero tú no estás en la secta Quanzhen, así que no hace falta que utilices toda esa palabrería de ancianos y maestros y lo que sea; llámame por mi nombre sin más.

¿Estaba sugiriendo que prescindiesen de todas las jerarquías sociales y códigos de conducta de la época? Atónito, Guo Jing tardó un tiempo en murmurar un «No me atrevería» en respuesta.

Entretanto, una idea aún más disparatada se había fraguado en el

cerebro de Zhou Botong. Llevaba muchos años solo y muerto de aburrimiento en la isla de la Flor de Melocotón. La repentina aparición del joven significaba que, por fin, tenía a alguien con quien hablar, ¡alguien que lo entretuviera!

—Pequeño, ¿qué te parece si nos convertimos en hermanos de juramento?

Guo Jing se quedó boquiabierto ante la propuesta. ¡No hablaba en serio, seguro! Pero el hombre parecía muy sincero, nada en su comportamiento sugería que se tratase de una broma.

Tras un silencio, Guo Jing respondió con voz débil, anonadado:

—Vuestro alumno está por debajo del Anciano Ma y el Anciano Qiu. Debería dirigirme a vos como Gran Maestro.

Zhu Botong rechazó esas palabras con ambas manos.

—¿Por qué tenemos que atribuir tanta importancia a las generaciones? Mi hermano marcial me enseñó todo mi kung-fu, y no soy mucho más viejo que Ma Yu y Qiu Chuji. De cualquier modo, no me tratan como a un anciano, porque no actúo como tal. Sé que es muy poco probable que seas mi hijo, y me temo que yo no soy hijo tuyo, así que...

Al oír unos pasos se interrumpió. Un sirviente de edad avanzada se acercó con el almuerzo.

—¡Comida! —anunció Zhou Botong, visiblemente emocionado.

El criado depositó la comida —cuatro platos, dos jarras de vino y un cubo de madera lleno de arroz— encima de una roca ante Zhou Botong y se quedó allí plantado sumisamente, a la espera.

—¿Dónde está la señorita Huang? ¿Por qué no ha venido a verme? —preguntó Guo Jing.

El criado negó con la cabeza, se señaló los oídos y luego la boca.

—Huang el Boticario le perforó los tímpanos —explicó Zhou Botong —. Dile que abra la boca.

Guo Jing hizo señas al hombre, y éste abrió la boca. ¡Le faltaba la mitad de la lengua!

—Todos los sirvientes están igual. Ahora que has llegado hasta aquí, a la isla de la Flor de Melocotón, si sobrevives, ¡es probable que acabes como él!

¿Cómo podía ser tan despiadado el padre de Loto? Guo Jing estaba pasmado.

—El Hereje me tortura todas las noches con esa melodía, pero me niego a reconocer la derrota. Y, aun así, de no ser por ti, anoche habría podido conmigo. —Zhu Botong continuó divagando sin detenerse para coger aire—. ¡Diez años de resolución se habrían esfumado en un suspiro! Ven, ven, hermano pequeño, tenemos comida y bebida, aquí. Encomendémonos al cielo y convirtámonos en hermanos. A partir de este momento, compartiremos nuestras bendiciones y soportaremos las tribulaciones del otro.

»Recuerdo que Wang Chongyang también encontró todo tipo de excusas para rechazar mi invitación por aquel entonces... ¿Qué? ¿De verdad no quieres? Mi hermano no quería jurar hermandad porque su kung-fu era mucho más fuerte. ¿Eres más fuerte que yo? ¡No lo creo!

—Mi destreza es demasiado insignificante para ser vuestro hermano de juramento.

—Si sólo las personas con el mismo nivel de kung-fu pueden jurar hermandad, ¿estás diciendo que debería hermanarme con el Hereje o el Veneno? Son gente cruel, muy cruel, ¡no pienso hacerlo! ¿Estás diciendo que debería hermanarme con ese tipo sordomudo? —preguntó mientras sacudía la mano izquierda y mandaba al sirviente volando con una voltereta.

Luego comenzó a mesarse la barba y el cabello, y a pisotear el suelo con fuerza. Como si fuese un crío con una pataleta.

Guo Jing intentó explicarse.

—Vuestro alumno es dos generaciones menor que el maestro. Si hago lo que el anciano me indica, se reirán de mí en el mundo marcial. Y cuando me encuentre con el anciano Ma, el anciano Qiu y el anciano Wang de nuevo, ¿no será muy incómodo para mí?

—¡Sólo tú tienes tantos reparos! Sé que no quieres ser mi hermano porque crees que soy demasiado viejo. Mi barba es larga, pero, en realidad, no tengo tantos años... —Zhou Botong gimió tapándose la cara con las manos—. ¡Me quitaré la barba, así pareceré más joven! —exclamó, y se arrancó un puñado de vello facial.

—Vuestro alumno hará lo que ordene el anciano.

—¡No! —gritó Zhou Botong entre lágrimas—. ¡Sigues llamándome «anciano»! ¡Sólo dices que sí porque te he obligado a hacerlo! Si te preguntan, me culparás a mí. No, no, no. Sé que no me quieres como tu hermano de juramento.

Zhou Botong cogió un plato de comida y lo tiró al suelo. Siguió con la pataleta, aún más fuerte, negándose a comer. El sirviente recogió los restos con pánico evidente, incapaz de explicarse el cambio de humor del hombre mayor.

Divertido por lo absurdo de la situación, Guo Jing se dio cuenta de que debía seguirle el juego.

—Ha sido una descortesía por mi parte rechazar este honor del hermano —dijo con toda la gravedad de que fue capaz—. ¿Hacemos nuestro juramento de hermandad aquí y ahora?

—El Hereje y yo tenemos un pacto. No puedo salir de esta cueva hasta que lo haya derrotado. ¡Salvo cuando recibo una llamada de la naturaleza, por supuesto! —Zhou Botong rió alegremente, pero la barba aún le brillaba a causa de las lágrimas—. Me prosternaré dentro y tú lo haces ahí fuera.

Guo Jing se puso de rodillas, preguntándose si aquel excéntrico acabaría pasando el resto de su vida en la cueva, pero, aunque llevaba poco tiempo hablando con Zhou Botong, ya había aprendido que algunas preguntas nunca debían formularse.

Zhou Botong se arrodilló a su vez.

—Yo, Zhou Botong, el Granuja Cano, prometo ser un hermano para Guo Jing a partir de este mismo día, compartir todas mis bendiciones y soportar todas sus tribulaciones. Si incumplo mi palabra, que pierda todas mis habilidades marciales y que sea incapaz de derrotar a un perrito o un gatito.

Guo Jing no pudo evitar reírse entre dientes por el extraño título y los estrafalarios votos del hombre.

—¿De qué te ríes? ¡Te toca!

Guo Jing prometió solemnemente que sería un hermano para Zhou Botong, el Granuja Cano. Si faltaba a su palabra, no sería capaz de luchar contra un ratoncillo o una tortuguita. Vertieron vino en el suelo y Guo Jing se prosternó ante su hermano mayor.

—¡Levanta! —Zhou se rió y se sirvió una copa de vino—. El Viejo Hereje es tan tacaño... Su vino sabe a agua. Una bonita muchacha vino una vez, y me trajo una cosecha deliciosa. Una lástima que no haya vuelto desde entonces.

Guo Jing recordó que Loto le había hablado de aquel encuentro y sus consecuencias, de cómo la reprimenda de su padre la había llevado a escapar de la isla en un arranque de ira. «Parece que el hermano no sabe nada de eso», se dijo, y pensar en Loto lo consumió mientras engullía cinco cuencos de arroz. Al fin y al cabo, llevaba un día entero sin comer.

6

Después de que el criado recogiera las sobras y desapareciera en el bosque, Zhou Botong preguntó:

—¿En qué has ofendido al Hereje?

Guo Jing comenzó a contarle que, siendo un niño, se había topado con Huracán Chen y había matado por accidente a aquel temido hombre del *wulin* en Mongolia, y que años después había conocido a Huang el Boticario en la Mansión de la Nube Errante. También le describió el combate con Ciclón Mei, y la determinación que había tomado Huang el Boticario de amedrentar a sus *shifus*, los Seis Fenómenos del Sur. Luego refirió que había aceptado acudir a la isla de la Flor de Melocotón para afrontar la muerte.

Zhou Botong se había quedado absorto. Nada le gustaba más que una buena historia. Escuchó con los ojos entornados y la cabeza inclinada a un lado. Cuando le parecía que Guo Jing se ahorraba algún detalle, indagaba hasta que veía satisfecha su curiosidad.

Después de que Guo Jing describiera cómo había llegado a la isla, Zhou Botong preguntó:

—Y, luego, ¿qué ocurrió?

—Luego vine aquí.

—Así que la muchacha bonita era la hija del Hereje —dijo Zhou Botong, tras una pausa—. ¿Por qué desapareció después de que

llegarais a la isla? Debe de haber una razón. El Viejo Hereje debe de haberla encerrado.

—Tu discípulo piensa lo mismo... —Guo Jing frunció el ceño, muerto de preocupación.

—¿Cómo has dicho? —vociferó Zhou Botong.

—Hermano, ha sido un desliz. Perdóname, por favor.

—No vuelvas a cometer ese error. ¡Es imperdonable! Si estuviésemos en una obra de teatro, resultaría terriblemente confuso, ¡como llamarme «esposa» cuando en realidad soy tu madre o tu hija!

Al final, Zhou Botong quedó satisfecho con las disculpas de Guo Jing.

—Ahora, ¿adivinas por qué estoy aquí? —Zhou Botong inició su relato antes de que Guo Jing pudiera contestar—: Bueno, es una larga historia. ¿Has oído hablar del torneo marcial que se celebró en la cumbre del monte Hua? Entre los cinco grandes: el hereje del Este, el Veneno del Oeste, el Rey del Sur, el Mendigo del Norte y Divinidad Central.

—He oído algo —confirmó Guo Jing.

—Se celebró en lo más crudo del invierno, los últimos días del año, y había nieve por todas partes. De hecho, había tanta nieve que todos los caminos que subían y bajaban de la montaña eran inaccesibles. Los cinco hombres lucharon y debatieron durante siete días y siete noches en medio de la ventisca. Al final, todos coincidieron en que mi hermano marcial, Wang Chongyang, era el Maestro Marcial Más Grande Bajo el Cielo. ¿Sabes por qué se organizó el torneo?

—No, no lo sé.

—Se disputaban un manual de artes marciales...

—¿El *Manual de los Nueve Yin*? —Guo Jing estaba pensando en voz alta.

—¡Eso es! Hermano pequeño, puede que seas joven, pero has oído muchas cosas acerca del mundo marcial. ¿Conoces la historia del manual?

—En absoluto...

Zhou Botong se tiró de un mechón de pelo junto a la oreja, parecía muy satisfecho consigo mismo.

—Bueno, acabas de contarme una historia bastante emocionante...

—¡No era una historia! ¡Es todo cierto!

—Mientras sean entretenidos, ¿qué diferencia hay entre los acontecimientos reales y las buenas historias? La mayoría de la gente se pasa la vida comiendo, durmiendo y defecando, sin hacer nada más. Si me contases cada cosita que hacen, cada pluma de gallina o piel de ajo de sus vidas aburridas y sin sentido, cada hortaliza o trozo de tofu, cada pis y cada caca, me matarías de aburrimiento.

Guo Jing asintió, a esas alturas ya sabía que su hermano siempre tendría la última palabra, en cualquier asunto que tratasen.

—Tienes razón, hermano. Por favor, cuéntame la historia del *Manual de los Nueve Yin*.

—Tiempo atrás, hace unos cien años, en nuestro Gran Song reinaba Huizong. Era un taoísta devoto, y recopiló todos los tratados taoístas que existían para ordenar que los grabaran en planchas de madera e imprimirlos después como *El canon taoísta de las diez mil longevidades*, constituido por un total de cinco mil cuatrocientos ochenta y un libros. El emperador designó a un hombre llamado Huang Shang para tallar...

—Él también se llama Huang —dijo Guo Jing en voz baja.

—¡Bah! ¿Qué quieres decir? ¡Ese hombre no tiene nada que ver con Huang el Boticario! ¡No te confundas! En el mundo hay un montón de cosas que se llaman Huang. El perro amarillo se llama Huang. ¡Y también la vaca amarilla!

Guo Jing sabía que el carácter «Huang» significaba «amarillo», pero dudaba de que perros y vacas tuvieran apellido. No obstante, era muy consciente de las consecuencias de discutir con su hermano, el Granuja Cano.

—Entonces, este Huang Shang, que no tenía nada que ver con el Viejo Hereje Huang —continuó Zhou Botong—, era increíblemente inteligente.

Guo Jing estuvo a punto de soltarle: «¿Él también era increíblemente inteligente?» Pero, por suerte, consiguió mantener la boca cerrada.

—Le aterraba cometer errores, porque, si tallaba un solo carácter

mal y el emperador lo descubría, su cabeza no seguiría unida a su cuello. De modo que revisaba cada libro cuidadosamente. Al cabo de unos años se convirtió en un experto en ideas taoístas y hechicería, y, a partir de ahí, absorbió teorías marciales profundas como si fueran parte de su ser. No tenía *shifu*. Lo aprendió todo solo, cultivando habilidades excepcionales tanto interna como externamente. Un verdadero maestro marcial. Sé que no soy ni mucho menos tan listo como Huang Shang, y estoy seguro de que tú tampoco.

—Por supuesto... a mí me llevaría más de una vida leer tantos libros. Habría muchísimas palabras que no entendería. No adquiriría ninguna percepción marcial.

—Hay personas excepcionalmente inteligentes en ese mundo. Pero, hazme caso, toparse con una de ellas no trae nada bueno, no, en realidad, sólo lo peor —afirmó Zhou Botong, y soltó un suspiro de tristeza.

«Loto es excepcionalmente inteligente —se dijo Guo Jing—, pero conocerla es lo mejor que me ha pasado nunca.»

—Más tarde, Huang Shang ya era maestro marcial, pero seguía trabajando como funcionario del gobierno. Un año apareció una religión muy extraña en su jurisdicción. Algunas personas lo llamaban Maniqueísmo, otros la Religión de la Luz. Al parecer, la trajeron los persas al oeste. No veneran ni al Gran Anciano Supremo ni al Gran Sabio, ni al Primer Maestro Confucio ni al Buda Tathagata. Su deidad era un antiguo demonio extranjero. Y no comen carne, ¡sólo vegetales!

»Te he dicho que el emperador Huizong era taoísta devoto, ¿verdad? Cuando se enteró de la existencia de esos maniqueos, promulgó un edicto imperial según el cual Huang Shang encabezaría un ejército y se desharía de aquellos apóstatas e infieles.

»¿Quién habría pensado que había tantos maestros marciales entre los oyentes y los elegidos de la Religión de la Luz? ¿O que lucharían sin temor a la muerte? Eran muy superiores al ejército imperial, que no servía para nada. Al cabo de algunas batallas, aplastaron a los soldados capitaneados por Huang Shang, pero éste se negó a rendirse. Retó a sus enemigos a un combate singular y mató a un puñado de legados y representantes de los maniqueos.

»Algunos eran discípulos de escuelas marciales importantes. De repente, sus tíos y tías marciales, sus hermanos, hermanas, padrinos y madrinas, lo que se te ocurra, salieron de debajo de las piedras, trayendo amigos de otras ramas de kung-fu para exigir venganza. Todos ellos lo maldecían por violar el código moral del *wulin*.

»Huang Shang intentó explicarse. “Soy funcionario del gobierno. No formo parte de vuestro mundo marcial; ¿cómo iba a conocer vuestras reglas?” Pero esos tíos y tías, con sus numerosas bocas, gritaron: “¿Cómo has podido aprender kung-fu sin formar parte del *wulin*?” “¿Tu maestro te enseñó a luchar pero no el código que nos rige?” A lo que Huang Shang replicó: “No tengo *shifu*.” Por supuesto, juraron por sus vidas que mentía y siguieron a la greña. ¿Qué crees que ocurrió a continuación?

—¿Combatieron?

—¡En efecto! Comenzaron a intercambiar golpes, pero los movimientos de Huang Shang eran muy extraños. No se parecían a nada que nadie hubiera visto nunca. En un visto y no visto, mató a unas cuantas tías y tíos más. Pero, si bien el kung-fu de Huang Shang era excepcional, un hombre no puede imponerse a una multitud. Al final resultó herido y huyó para salvar la vida. Estaban tan enfadados que buscaron a su familia y se ensañaron con ellos, mataron a sus padres, a su esposa y a sus hijos. A todos y cada uno de ellos.

Guo Jing suspiró apenado por la pérdida innecesaria de vidas. Una voz en su interior le dijo: «La muerte pende sobre las artes marciales. Si Huang Shang no hubiese adquirido conocimientos marciales, la tragedia no habría sobrevenido a su familia.»

—Huang Shang huyó a un lugar salvaje y desolado, lejos, muy lejos, y permaneció escondido. Había memorizado todos los movimientos marciales que sus enemigos habían utilizado contra él y dedicaba cada momento del día que pasaba despierto a concebir contraataques para matarlos a todos y vengar a su familia.

»Después de quién sabe cuánto tiempo, por fin los había asimilado todos. Estaba muy feliz, porque, incluso si lo atacaban todos de golpe, ¡podría despacharlos él solo! Dejó su escondrijo para buscar venganza, pero todos y cada uno de sus adversarios habían desaparecido. ¿Sabes

por qué?

—¿Habían oído hablar de su nuevo kung-fu? ¿Se escondían por miedo?

—No, no. Cuando me contó la historia, mi hermano marcial también me lo preguntó por ver si adivinaba. Pero no lo conseguí, aunque lo intenté siete u ocho veces. Ahora te toca a ti. Prueba otra vez.

—No lo conseguiré, aunque lo intente setenta u ochenta veces —dijo Guo Jing avergonzado.

—¡No seas derrotista, chico! ¡No puedes darte por vencido tan pronto! —Zhou Botong se rió por lo bajo—. Bueno, te ahorraré el suplicio. Estaban todos muertos.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Los mataron los discípulos de Huang Shang? ¿Sus amigos, quizá?

—¡No! ¡No te acercas ni a mil *li*! —Zhou Botong negó con la cabeza como un loco—. Nunca tuvo discípulos. ¿Recuerdas que era funcionario público? Sus amigos eran todos eruditos. Ya sabes, recitaban poesía y escribían prosa. ¡No matarían a una mosca!

—¿Hubo una plaga? —Guo Jing se rascó la cabeza—. ¿Una enfermedad que eliminó a todos sus enemigos?

—No, no, no, sigues estando muy equivocado. Sus enemigos estaban por todo el país, desde Shandong, al nordeste, hasta Huguang en el sur, en Hebei, en las dos Zhes. ¿Cómo iban a morir a causa de la misma plaga? Espera, en realidad existe una plaga de la que todos caeremos víctimas con el tiempo. Puedes huir a los confines de la tierra y aun así no escaparás de ella. ¿Puedes decirme qué es?

Guo Jing empezó a enumerar todas las enfermedades que conocía: fiebre tifoidea, viruela, sarampión, malaria... Zhou Botong no paraba de negar con la cabeza.

—¡Fiebre aftosa! —Guo Jing se llevó la mano a la boca en un ataque de risa tonta, luego se dio una palmada en la frente—. Qué tonto soy. Sólo afecta al ganado, ¡no a nosotros!

—¡Cada vez te alejas más de la respuesta! —Zhou Botong se rió de las conjeturas que Guo Jing lanzaba al azar y se sintió muy orgulloso por conocer la respuesta—. Huang Shang viajó a todos los rincones del

país y por fin encontró a una de sus enemigas. La primera vez que habían luchado era una muchacha de unos dieciséis años. Para entonces, era una abuela de casi sesenta…

—¿Cómo? ¿Se había disfrazado? ¿Fingía que era una anciana para que Huang Shang no la reconociera?

—No, era vieja de verdad. Huang Shang tenía montones de enemigos. Cada uno era un maestro marcial. Su kung-fu procedía de distintas escuelas y ramas. ¡Imagínate la complejidad, la variedad! ¿Cuánto tiempo y esfuerzo crees que llevaría descifrar cada uno de sus movimientos más letales? Se pasaba día y noche solo, perdido en las montañas, pensando en kung-fu. Hasta soñaba con kung-fu y, entretanto, ¡habían pasado unos cuarenta años largos!

—¿Cuarenta años?

—Sí, si dedicas tu corazón y tu alma a las artes marciales, cuarenta años se esfumarán muy rápido, sin duda. Yo llevo aquí quince años y no me parecen más de un día.

»La chica con la que había luchado Huang Shang se había convertido en una anciana arrugada, débil y enferma. Yacía en la cama, le costaba respirar. Estaría muerta al cabo de unos días, sin que él alzara un solo dedo. Todo el odio y los agravios que había estado acumulando durante esas décadas se desvanecieron en un instante. En cambio, cuidó de ella, le dio su medicina y arroz congee a cucharadas.

»Hermano, todo el mundo muere un día: ésa es la plaga de la que ninguno de nosotros puede escaparse. Cuando te llega la muerte, no hay nada que hacer.

Guo Jing asintió con aire solemne.

—Mi hermano marcial y sus discípulos hablaban de cultivar la naturaleza y nutrir la vida, día tras día, pero ¿de verdad pueden volverse inmortales? Yo no creo en ese asunto de la inmortalidad. Por eso me negué a convertirme en un horrible monje.

»Los enemigos de Huang Shang rondaban la cuarentena, la cincuentena y la sesentena la primera vez que lucharon —continuó Zhou Botong, tras una pausa—. En realidad, no le habría hecho falta malgastar sus energías en concebir contraataques. Podría haberse limitado a competir con ellos para ver quién vivía más tiempo. Logró

seguir en este mundo cuarenta años más, ¡así que el Señor del Cielo se encargó de sus enemigos por él!

Guo Jing comenzó a cuestionarse si era correcto buscar a Wanyan Hongli para vengar la muerte de su padre, pero Zhou Botong no le dejó un momento de paz para pensar.

—El kung-fu es una fuente de diversión infinita. ¿Qué más hay en la vida que merezca la pena? Incluso las cosas divertidas se vuelven insípidas y aburridas al cabo de un tiempo. Sólo las artes marciales cobran interés cuanto más tiempo pasas con ellas. ¿No estás de acuerdo?

Guo Jing gruñó para evadir una respuesta. Él nunca había considerado divertido aprender kung-fu. Había sufrido mucho, adquiriendo conocimientos marciales en la última década, obligándose a seguir adelante, agachar la cabeza y apretar los dientes. Lo impulsaba su testarudez. No había nada de divertido en ello.

—Eh, ¿por qué no me preguntas qué ocurrió a continuación? —Zhou Botong advirtió que su público se había puesto meditabundo.

—Ah, sí… ¿Entonces qué?

—Debes pedírmelo, ¡si no, para mí no tiene gracia!

—Sí, hermano, ¡cuéntame qué pasó a continuación!

—«Bueno», se dijo Huang Shang, «yo también estoy demasiado viejo, no me quedan muchos años». Todos los increíbles hallazgos marciales que había hecho a lo largo de esos cuarenta años morirían con él. Sabía que él también sucumbiría a esa plaga inevitable al cabo de unos años. No podía dejar que sus esfuerzos no sirvieran para nada, ¿verdad? Así pues, escribió todo lo que sabía en dos tomos. ¿Sabes cómo tituló el libro?

—¿Cómo?

—¡Adivina!

Al cabo de un silencio prolongado, Guo Jing preguntó:

—¿Es el *Manual de los Nueve Yin*?

—¿No es ésa la pregunta más estúpida que has oído nunca? ¿Acaso hemos hablado de otra cosa hoy?

Guo Jing sonrió.

—No quiero equivocarme.

—Huang Shang explicaba todo lo que acabo de contarte en el prefacio del manual, así es como se enteró mi hermano marcial y me lo contó a mí. Huang Shang ocultó muy bien el libro. Durante décadas, nadie supo de él. Pero un día salió a la luz. Por supuesto, todos los luchadores marciales habidos y por haber querían echarle una ojeada. Harían cualquier cosa por ponerle las manos encima. Se desató el caos.

»Mi hermano Marcial me contó que al menos un centenar de maestros del *wulin* habían muerto intentando hacerse con el manual a lo largo de los años. Y cuando lo conseguían, no importaba lo bien que se escondieran; una vez que habían comenzado a aprender el kung-fu del manual, apenas tardaban un año o dos en ser descubiertos. Entonces los perseguían hordas de hombres marciales dispuestos a arrebatarles el texto. Esta situación duró muchos años, de modo que cualquiera que se hiciera con el manual nunca vivía lo suficiente para aprender demasiado. Tanta sangre derramada, y todo por un solo libro.

Guo Jing estaba horrorizado por la muerte y la destrucción que había causado el manual.

—Si Huracán Chen no se hubiese llevado el manual podría haber llevado una vida tranquila y feliz con Ciclón Mei en algún pueblo —dijo el chico—. Incluso es posible que Huang el Boticario no los hubiera encontrado nunca. Si Ciclón Mei no se hubiese apropiado de él, no estaría ciega y sola. El manual no ha provocado más que dolor al mundo.

—¿Qué? No, no, no, ¡te equivocas! El *Manual de los Nueve Yin* contiene el kung-fu más maravilloso y místico. Un solo vistazo es capaz de atrapar a un hombre marcial de por vida. Puede causar la muerte, pero ¿y qué? ¡Todos morimos algún día! ¿No acabamos de coincidir en eso?

—Hermano, quizá estés un poco obsesionado con las artes marciales.

—Pues claro. Nada enriquece y fascina tanto como aprender kung-

fu. La mayoría de la gente es estúpida. Veneran libros porque son el medio para convertirse en funcionarios del gobierno, o adoran el oro y el jade o a las mujeres bonitas, ésos son los más estúpidos. Ninguna de esas cosas puede darte una mínima parte del placer que obtienes practicando artes marciales.

—Yo he aprendido un poco, pero nunca he experimentado ningún placer practicando kung-fu.

—¿Qué? ¿Por qué aprendes, entonces?

—Mi *shifu* dice que debería...

—¡Eres tonto de remate! —Zhou Botong negó con la cabeza con un gesto exagerado de desaprobación—. Saltarme las comidas no tiene importancia; sacrificios puedo hacer muchos, ¡pero jamás dejaría de aprender kung-fu!

Guo Jing fingió estar de acuerdo. Sospechaba que la obsesión de su hermano por las artes marciales lo había trastornado un poco.

—He visto a Viento Oscuro Doblemente Infame practicando el kung-fu del *Manual de los Nueve Yin*. Los movimientos eran verdaderamente retorcidos y malignos. Nunca deberían haberlos puesto por escrito.

—¡No puede ser! El manual procede de una honorable tradición ortodoxa. Viento Oscuro Doblemente Infame debió de entenderlo mal.

Nada de lo que Zhou Botong dijera iba a persuadir a Guo Jing. Después de todo, él había sido víctima de las garras infernales de Ciclón Mei y la había visto arrebatar vidas sin una pizca de remordimiento.

—¡Ah, ya sé a qué te refieres! Es cierto que Huang Shang escribió algunos movimientos peligrosos que habían utilizado sus enemigos. Tienes que dominar los movimientos malos de verdad para poder superarlos. Así pues, estableció los métodos de entrenamiento para ambos, los ataques y los contraataques, pero el propósito del manual era refrenar el kung-fu malévolo, no difundirlo. Estoy seguro de que los malvados apóstatas del Hereje aprendieron las habilidades crueles, en lugar de los modos de vencerlas.

Zhou Botong no sabía que Huracán Chen sólo había conseguido robar el segundo tomo del manual y que, sin la base de fuerza interna explicada en el primero, era imposible aprender los contraataques. Ése

era el motivo de que Viento Oscuro Doblemente Infame sólo hubiera adquirido técnicas relativamente básicas, como la Garra de los Nueve Esqueletos Yin, la Palma Rompecorazones y el Látigo Pitón Blanca, y que hubiese renunciado a aprender los modos de superarlas.

El Granuja Cano dedicó un momento a regodearse en su propia gloria por haber descubierto la retorcida verdad detrás del kung-fu de Viento Oscuro Doblemente Infame, luego se volvió de nuevo hacia Guo Jing.

—¿Por dónde íbamos?

—Me estabas contando cómo luchaban los héroes del *wulin* para conseguir el manual.

—Ah, sí... Bueno, cada vez se vio envuelta más gente. Al final se involucraron mi hermano marcial, Wang Chongyang, Huang el Boticario, señor de la isla de la Flor de Melocotón, y el Jefe Hong, del Clan de los Mendigos. Los tres, con otros dos, como sabes, decidieron celebrar un torneo en la cima del monte Hua; quien resultase ser el más grande de los cinco se convertiría en el custodio del manual.

—Entonces, ¿fue así como acabó el manual en posesión del inmortal Wang?

—¡En efecto! —Zhou Botong fue emocionándose a medida que se acercaba a su parte favorita del relato—. Te he dicho que mi hermano me enseñó todo el kung-fu que sé, ¿verdad? Él y yo éramos grandes amigos antes de que se hiciera monje. Solía decirme que yo estaba demasiado obsesionado con las artes marciales y no dominaba el estilo taoísta: alcanzar la paz a través de la inacción y todo eso. Y no paraba de decirme que bajo ningún concepto me hiciera monje, pese a que pertenezco a la secta Quanzhen. ¡Yo no podía estar más de acuerdo! ¿Quién en su sano juicio quiere ser monje?

»¿Sabes?, de mis siete sobrinos marciales, Qiu Chuji es el mejor guerrero, pero era el que menos le gustaba a mi hermano. Él pensaba que Qiu ponía demasiado énfasis en su kung-fu y desatendía su cultivo del taoísmo.

»A mi hermano le encantaba decir que el aprendizaje marcial es cuestión de práctica, trabajo duro y progreso; sin embargo, la búsqueda del tao, el camino, no está relacionada con la fama o la

fortuna, sino con buscar un camino para regresar al yo natural. De manera que el kung-fu y la práctica taoísta son en realidad antagonistas. Ma Yu heredó el lado filosófico de mi hermano, pero su kung-fu no puede compararse con el de Qiu Chuji o Wang Chuyi.

—¿Cómo mantenía el inmortal Wang el equilibrio entre los dos opuestos, ser un taoísta y a la vez un maestro marcial?

—Tenía un gran don natural. Podía entender teorías e ideas marciales a la primera, mientras que yo tengo que trabajar arduamente para comprenderlas… ¿Por dónde íbamos? ¿Por qué me distraes haciéndome todas estas preguntas irrelevantes?

—Me estabas contando cómo se hizo el inmortal Wang con el *Manual de los Nueve Yin*.

Guo Jing se rió por lo bajo, divertido por los cambios de humor infantiles de Zhou Botong.

—¡Eso es! Bueno, pues mi hermano regresó con el manual. Lo guardó en un cofre de madera y lo colocó debajo de su cojín de oración, el lugar en el que siempre se sentaba cuando meditaba. No lo consultó. No tenía ningún interés en las instrucciones que contenía. Era todo muy extraño, y yo no paraba de preguntarle por qué, pero él se limitaba a sonreír sin decir nada. Yo no me rendí y acabó por decirme que lo averiguara solo. Veamos, ¿por qué crees que lo puso allí?

—¿Le preocupaba que lo robaran? ¿O que se lo arrebataran por la fuerza?

—¡No, no! ¡Estás muy equivocado! —Zhou Botong no paraba de negar con la cabeza—. ¿Quién sería tan estúpido? ¡Robarle al líder de la secta Quanzhen sería suicida!

Guo Jing reflexionó un buen rato.

—En realidad, quizá hubiera que esconderlo. No, de hecho, sería mejor quemarlo.

Zhou Botong miró a Guo Jing con dureza.

—¡Mi hermano dijo exactamente lo mismo! ¿Cómo es que esta vez lo has entendido? ¡No has entendido nada en todo el día! Mi hermano me dijo que había pensado en destruir el manual varias veces, pero que nunca era capaz de tomar la determinación.

—Bueno, el inmortal Wang ya era el Maestro Marcial Más Grande Bajo el Cielo —murmuró Guo Jing, que se había sonrojado. No estaba acostumbrado a los halagos—. Sería el más grande tanto si aprendía el kung-fu del manual como si no. No creo que fuese al monte Hua para demostrar su habilidad marcial. Estaba allí por el manual, pero no por su contenido. Sólo lo quería por el bien de los héroes del *wulin*. Para que no pudiera causar más muertes sin sentido.

Zhou Botong miró al cielo y no dijo nada durante largo rato.

«¿Le han ofendido mis palabras?», se preguntó Guo Jing. El silencio de su hermano de juramento lo estaba poniendo nervioso.

Por fin, Zhou Botong suspiró y bajó la vista al suelo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—No sé cómo explicarlo. —Guo Jing se rascó la cabeza—. Se han perdido tantas vidas por culpa del manual… No importa lo valioso que sea su contenido, debería destruirse…

—Lo que has dicho tiene mucho sentido; mi hermano marcial decía lo mismo, pero por algún motivo no consigo verlo de ese modo. Aunque tengo un don natural y un gran interés en el aprendizaje marcial, estoy demasiado obsesionado con ello y no siento ninguna necesidad real de ayudar a la gente o de hacer del mundo un lugar mejor. Él decía que por eso, por mucho que trabaje en mis habilidades marciales, éstas nunca superarán cierto nivel. Por supuesto, yo no lo creía. Pensaba que se equivocaba.

»Dímelo sin tapujos: ¿qué tiene que ver aprender a luchar, a empuñar armas, a asestar puñetazos y propinar patadas con la grandeza del corazón? ¿Qué tiene que ver con la personalidad y la magnanimidad? Sin embargo, en los quince años que llevo en esta isla, he empezado a comprender…

»Es una lástima que mi hermano marcial falleciera; le habrías gustado mucho, hermanito. Eres amable, honesto y compasivo. Él habría sido capaz de transmitirte todos sus conocimientos. Todos.

A Zhou Botong le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

—¡Cómo me gustaría que siguiera vivo! Pero ni él, con toda su fuerza marcial, logró escapar de la plaga de la muerte.

Se cubrió el rostro con las manos y rompió a sollozar.

Guo Jing no acababa de entender qué quería decir Zhou Botong, pero su dolor era contagioso.

De pronto, el Granuja Cano dejó de llorar y alzó la vista.

—¡Eh, todavía no hemos acabado la historia! Puedo llorar después. ¿Por dónde íbamos? ¿Por qué no has interrumpido mis lloros?

A Guo Jing le sorprendía la rapidez con la que podía cambiar el humor de su hermano. Respondió con una sonrisa:

—Estabas contándome que el inmortal Wang escondió el manual debajo de una baldosa y se sentó encima, en su cojín de oración.

—Ah, sí, ¡hemos llegado hasta ahí! —Zhou Botong se dio una palmada en el muslo—. Por supuesto, le pregunté a mi hermano si podía echar un vistazo. Me lanzó una mirada severa y me echó una bronca. Nunca me había tratado así, y supe que no debía volver a pedírselo. De cualquier modo, el *wulin* pudo disfrutar de un poco de paz y tranquilidad después del monte Hua, pero las cosas comenzaron a alterarse de nuevo durante los últimos días de mi hermano.

Ahora Zhou Botong hablaba más fuerte y rápido, excitado por emociones intensas que anticipaban el dramático desenlace.

—Él sabía que el fin estaba cerca, la plaga de la que ninguno de nosotros puede escapar estaba llamando a su puerta. Así que, después de manifestar sus últimas disposiciones en relación con la secta, me ordenó que le llevara el *Manual de los Nueve Yin*. Cuando llegué, ya había un fuego ardiendo. Yo sabía lo que estaba pensando mi hermano. Le entregué los dos tomos y él los sostuvo durante mucho rato. Lo oí murmurar para sí: «¿Voy a ser yo quien destruya la obra de toda una vida de nuestro anciano?» Luego suspiró y declaró: «El agua puede transportar un barco, pero también puede hacerlo zozobrar. Que el mundo decida cómo utilizará el *Manual de los Nueve Yin*. Ahora bien, los discípulos de la secta Quanzhen tienen prohibido aprender el kung-fu que contiene para que no se nos acuse de quedarnos el manual por motivos egoístas.» Cuando terminó de hablar, cerró los ojos y nos dejó. Su cuerpo quedó en el templo descansando y colocamos el manual sobre el altar en calidad de ofrenda. Y, esa misma noche, antes incluso de que sonara la tercera guardia, empezaron los problemas.

»Estaba velando a mi hermano con sus siete discípulos cuando nos atacó un grupo de maestros marciales. Mis sobrinos marciales desplazaron el combate al otro lado del templo para evitar que el cuerpo de mi hermano sufriera ningún daño. Yo me quedé para protegerlo. Una vez que se hubieron ido, oí una voz que decía "Entrégame el *Manual de los Nueve Yin* o arrasaré este lugar".

»Me asomé afuera y se me encogió el corazón. Había un hombre plantado en la punta misma de una rama, balanceándose y cabeceando al viento. "Un kung-fu de ligereza realmente sorprendente", me dije. "Si me enseñara, me encantaría llamarlo *shifu*... No, no, no puedo, ha venido para llevarse el *Manual de los Nueve Yin*; no merece tal apelativo."

»Evidentemente, sabía que yo no era rival para él, pero tenía que intentar proteger el manual. Salí del templo y salté al árbol. Allí, en equilibrio sobre sus ramas, intercambiamos treinta o cuarenta movimientos. A medida que luchábamos, fui asustándome cada vez más. Teníamos aproximadamente la misma edad, pero mi kung-fu era un poquito menos logrado que el suyo. Todos los movimientos que él ejecutaba eran brutales y despiadados. Yo no podía bloquearlos, pero debía hacerlo, por mi hermano. Entonces me golpeó en el hombro y me caí del árbol.

—Con lo fuerte que es tu kung-fu, ¿y no pudiste derrotarlo? ¿Quién es ese hombre?

—¡Adivina!

Cuando al fin respondió Guo Jing, por una vez, fue con la mayor seguridad.

—Veneno del Oeste.

—¡Sí! ¿Cómo lo has sabido?

—Sólo hay cinco personas cuyo kung-fu es más fuerte que el tuyo, y todas participaron en el torneo del monte Hua. Mi *shifu* Cuenta Hasta Siete es recto y justo. Él no haría una cosa así. El Rey del Sur es un jefe de Estado. Imagino que sus actos deben ser acordes con su estatus. El señor Huang tiene un aire digno y un porte elegante. Dudo que se rebajara tanto como para aprovecharse de la desgracia ajena.

—Este bribón es más perspicaz de lo que parece. —Las palabras

reverberaron entre los árboles.

Guo Jing corrió hacia el lugar de donde creía que provenía la voz, pero no encontró más que árboles que se mecían con el viento y pétalos flotando en el aire.

—Vuelve, hermano. El Hereje se ha ido lejos, muy lejos.

—El Viejo Hereje Huang conoce las reglas de las Puertas Misteriosas y los Cinco Elementos de arriba abajo —le explicó cuando Guo Jing regresó a la cueva—. Plantó estos árboles de acuerdo con las Ocho Formaciones Tácticas concebidas por el estratega militar Zhuge Liang. Una vez se encuentra entre esos árboles, lo único que tiene que hacer es correr a la izquierda o dar varios saltos a la derecha y nadie lo encontrará.

»El Hereje está excepcionalmente dotado, ya sabes. No sólo es uno de los grandes de la lucha marcial, sino que también es un maestro de las cuatro artes eruditas: la cítara, el ajedrez, la caligrafía y la pintura. Y es un experto en medicina, adivinación, astrología, fisionomía, agricultura, riego, economía y estrategia militar. Es una pena que tenga que atormentar al Granuja Cano y, aún más, que yo no pueda derrotarlo. Pero tienes razón. El Hereje puede ser excéntrico e impredecible, pero no es ningún villano.

Guo Jing se quedó boquiabierto pensando en los vastos conocimientos de Huang el Boticario y luego recordó el relato de Zhou Botong.

—¿Qué ocurrió después de que te cayeras del árbol?

—¡Ja! ¡Por fin se te ocurre pedirme que continúe con la historia! —Zhou Botong se dio una palmada en el muslo alegremente—. Aquel golpe de palma de Víbora Ouyang me dejó sin aire. El dolor era insoportable. Durante un momento pensé que me había dejado paralizado. Pero, cuando lo vi entrar con ímpetu en el templo, me obligué a correr tras él a pesar de estar herido. Él ya se encontraba ante el altar con la mano extendida por encima del ataúd de mi hermano para coger el manual. Fue muy frustrante. Yo ya estaba lesionado y, de todos modos, no podía derrotarlo. Mis sobrinos marciales seguían luchando con el resto de los atacantes. De repente, *¡pam!*, del ataúd salieron volando astillas de madera. La tapa se

desintegró…

—¿Víbora Ouyang aplastó…?

—¡No! ¡Fue mi hermano!

Guo Jing se quedó mirando a Zhou Botong con los ojos como platos y la boca muy abierta, sin dar crédito a sus oídos.

8

Manos Enfrentadas

1

—No, no, no, no, no se levantó de entre los muertos, no era su fantasma; en realidad… no estaba muerto.

—¿Había fingido su muerte?

—Sí. Verás, llegó a oídos de mi hermano marcial que el Veneno del Oeste acechaba por los alrededores del templo. Sabía que estaba esperando a que muriera para poder hacerse con el *Manual de los Nueve Yin*. Mi hermano utilizó una técnica *neigong* para disimular la respiración y nos ocultó su plan, por si nuestra pena no era auténtica. El Veneno es astuto. Es probable que hubiese descubierto el ardid y luego hubiese encontrado otro modo de tendernos una emboscada.

»Víbora Ouyang vio morir a mi hermano marcial con sus propios ojos. Puedes imaginarte su horror cuando el muerto se levantó de repente del ataúd… vivito y coleando. El Veneno se quedó paralizado de la impresión. Mi hermano le asestó un golpe entre las cejas con un Yang Ascendente mezclado con el poder del *neigong* del Cosmos.

»El Veneno siempre había recelado de mi hermano. Y estaba tan aturdido por la resurrección que no logró reaccionar lo bastante rápido para defenderse. Mi hermano consiguió anular con facilidad su kung-fu Sapo Explosivo. Víbora Ouyang había trabajado muchos años en esa serie final de movimientos. Pero ahora no pudo sino echar a correr con el rabo entre las piernas.

»Cuando el Veneno se fue, mi hermano marcial se sentó con las piernas cruzadas en el altar, riendo. El Yang Ascendente te agota la fuerza interna, así que lo dejé a solas para que canalizara el *qi* en torno a su cuerpo y corrí a buscar a mis sobrinos marciales. Se

alegraron muchísimo de oír que su *shifu* estaba vivo, pero al volver nos encontramos con una escena terrible.

»Mi hermano se había desplomado de lado. Tenía una expresión extraña en el rostro. Corrí hasta él. Al tocarlo lo noté helado. Ahora sí que nos había dejado definitivamente. De momento había derrotado a Víbora Ouyang, pero todos sabíamos que el Veneno volvería cuando hubiera recuperado las fuerzas. Los demás no estábamos a su nivel, de modo que cogí el manual y me dirigí al sur.

»Tenía pensado esconderlo en una cueva de la montaña Yandang. ¿Quién iba a imaginar que me toparía con el Hereje por el camino? El Hereje tiene un gran concepto de sí mismo y nunca intentaría hacerse con el manual por la fuerza, como ese sinvergüenza de Víbora Ouyang. Pero lo acompañaba su esposa, y a partir de ahí todo fue mal.

«¡Debía de ser la madre de Loto!» Guo Jing se preguntó qué participación habría tenido ella en la historia del *Manual de los Nueve Yin*.

—El Hereje parecía muy satisfecho consigo mismo. Me dijo que acababa de casarse. La mujer era hermosa, pero nunca he entendido por qué alguien querría casarse. Ya sabes, tener a una mujer en casa todo el tiempo. ¿Por qué? Quiero decir que ¡incluso alguien tan listo como Huang el Boticario había caído en la trampa! Por supuesto, me burlé de él. El Hereje estaba de muy buen humor y no se ofendió en absoluto. Incluso me invitó a las celebraciones.

»Fue muy amable por su parte, pero, como recordarás, yo iba de camino a la montaña Yandang. Sabía que no debía demorarme, así que me excusé. Y acabé contándoles cómo había muerto mi hermano después de golpear a Víbora Ouyang.

»Cuando concluí mi historia, la joven dama me suplicó que le enseñara el manual. Fue muy insistente. No paraba de decir que ella no sabía nada de artes marciales. Sólo quería comprender cómo un libro podía haber causado la muerte de tantos maestros marciales.

»Por supuesto, le dije que ni hablar, pero el Hereje nunca le negaba nada a su querida esposa. Así que afirmó: “Doy fe de que lo que dice es cierto: no tiene ningún conocimiento marcial, sólo le encanta cualquier cosa que se salga de lo corriente. No pasará nada si le echa

un vistazo. Si yo, Huang el Boticario, le doy una sola ojeada, me arrancaré los dos ojos y te los entregaré.”

»Yo no paraba de negar con la cabeza. Sabía que un maestro como el Viejo Hereje Huang mantendría su palabra, pero el manual era demasiado importante. Se estaba impacientando. “Sé que estás en una posición difícil. Si haces esto por mi esposa, prometo recompensar la amabilidad de la secta Quanzhen. Pero, si continúas diciendo que no, bueno… a ti no te haré nada, después de todo, nos conocemos, pero no tengo ninguna relación con tus discípulos de Quanzhen.”

»Entendí lo que quería decir. No iba a combatir conmigo por el manual, porque eso sería descortés, pero, si yo no accedía, se desquitaría con mis sobrinos marciales. Si yo lo contrariaba, les haría la vida imposible a los demás.

—El Anciano Ma y el Anciano Qiu jamás podrían derrotar a Huang el Boticario —dijo Guo Jing.

—Así pues, le dije: «Hereje, si tienes un problema con el Granuja Cano, resuélvelo con el Granuja Cano. ¿Por qué involucrar a mis sobrinos marciales? Seguramente eso sería como meterse con vuestros discípulos, ¿no?»

»Su esposa soltó una risita al oír mi apodo. “Hermano Zhou”, dijo, “sólo estamos bromeando contigo, ¡no te enfades! No necesito ver tu preciado manual”. Entonces se volvió hacia su esposo. “Parece que el tal Víbora Ouyang se ha llevado el manual. No creo que el hermano Zhou lo lleve encima. No insistas. Sólo le harás quedar mal. Al fin y al cabo, no puede enseñarme lo que no tiene.” El Hereje se rió y me dijo: “Granuja Cano, os ayudaré a encontrar al Veneno. No podréis vencerlo solo.”

—¡Estaban intentando sacarte de quicio! —exclamó Guo Jing, que comprendió entonces de dónde había sacado Loto su temperamento.

—Sabía lo que estaban intentando hacer, por supuesto, pero no podía dejarlo pasar sin más, así que contesté: «El manual está aquí conmigo y no me importa dejar que la señora eche un vistazo, pero no permitiré que digáis que el Granuja Cano no puede mantener el manual a salvo. Antes tendremos que resolver eso luchando.»

»Huang el Boticario estaba de muy buen humor. “Luchar crea

resentimiento. Pongamos a prueba nuestra valía con juegos de niños.” Su esposa aplaudió y vitoreó antes siquiera de que yo pudiera responder. “¡Es una gran idea! ¿Qué tal las canicas?” Ese juego era mi especialidad, así que accedí de inmediato. Entonces añadió: “Hermano Zhou, si pierdes, tendrás que dejarme ver el manual. Si ganas, ¿qué te gustaría?”

»Huang el Boticario habló antes de que yo pudiera contestar a su esposa: “La secta Quanzhen tiene sus tesoros, igual que la isla de la Flor de Melocotón.” Sacó de su bolsa una camisa negra cubierta de pequeños pinchos. ¿Te imaginas qué era?

—La Malla de Erizo —respondió Guo Jing al instante.

—¡Correcto! Entonces, ¿tú también la conoces? El Viejo Hereje Huang sostuvo la camisa de acero en alto y me dijo: “Tú no necesitas esto para protegerte, pero un día, cuando encuentres a tu señora granuja y tengáis un pequeño granuja, podría serte de gran utilidad. Nadie se metería con ellos. Si ganas, este objeto preciadísimo de la isla de la Flor de Melocotón es tuyo”. Y yo le dije: “Nada me convencerá de que me case y sin duda no quiero tener un pequeño granuja. Pero me encantaría llevar tu Malla de Erizo encima de la ropa, para que todo el mundo sepa que el señor de la isla de la Flor de Melocotón perdió ante el Granuja Cano...” La señora Huang me interrumpió y dijo: “¡Basta de hablar! ¡Enséñanos tus habilidades!”

»De modo que establecimos las reglas. Nueve canicas cada uno, dieciocho agujeros; el primero que las metiera, ganaba.

Guo Jing sonrió. Había jugado al mismo juego de pequeño, con su *anda* Tolui, en la estepa mongola.

—Nunca voy a ninguna parte sin mis canicas de la suerte. No tardamos en encontrar un lugar para celebrar la competición. Eso me dio la oportunidad de observar a la señora Huang también. Comprobé que no había recibido un solo día de adiestramiento marcial, por su porte y por el modo en que se movía.

»Bueno, hice los agujeros en el suelo y dejé que Huang el Boticario eligiera sus canicas. Las cogió sin mirar. Debió de pensar que ganaría seguro, debido a su destreza con armas secretas y con el kung-fu del Capirotazo Divino, pero los agujeros que hice eran un poco especiales.

Si no combinas de un modo particular la fuerza y el giro, la canica saldrá justo después de entrar. Tienes que retirar tu fuerza justo antes de que la canica salga disparada, para disminuir la potencia del rebote.

Guo Jing estaba impresionado. Los niños mongoles que él había conocido no estaban al tanto de esas técnicas, desde luego, y notaba el tono orgulloso de Zhou Botong mientras revivía el juego.

—El Hereje tiró tres canicas, pero todas rebotaron y salieron del agujero. Cuando comprendió el truco, yo había marcado cinco tantos. Aunque él aprendía rápido. Empezó a golpear mis canicas para desplazarlas a puntos difíciles mientras lanzaba las suyas hacia los agujeros. Consiguió tres puntos. Pero yo ya le llevaba mucha ventaja, así que era imposible que me ganara. Competimos durante un buen rato y al final me apunté otro tanto. Le sacaba tanta ventaja que, aunque los dioses hubieran descendido en ese preciso momento, no habrían podido darle un giro al juego. ¡Huang el Boticario había perdido! Yo estaba exultante. Entonces empezó a jugar sucio...

—¿Te bloqueó los puntos de presión? —preguntó Guo Jing.

—¡Claro que no! ¡Es un hombre desagradable, pero no un bruto! Sabía que no podía ganar, así que empezó a arrojar las canicas con más fuerza. Lanzó las tres canicas que le quedaban hacia las mías. A mí sólo me quedaban otras tres. De algún modo, ¡consiguió hacer añicos las mías, pero a las suyas ni un rasguño!

—¿Qué? Entonces ¡no te quedó ninguna canica!

—Exacto. Y no tuve más remedio que presenciar cómo metía las suyas en los agujeros, una detrás de otra...

—Pero ¡eso es hacer trampa!

—Yo también protesté, pero el Hereje dijo: «Mi querido Granuja Cano, hemos acordado que quien metiera las nueve canicas primero ganaba, ¿no? Eso no puedes negarlo, ¿verdad? No vayamos a enfadarnos ahora por tus canicas pulverizadas. Después de todo, podría habértelas quitado por la fuerza.»

»Jugó sucio, pero la culpa era mía por haber aceptado las reglas. Tenía que reconocer la derrota. Así que le dije a la señora Huang: "Os prestaré el manual, mi señora, pero debéis devolvérmelo hoy. Antes

del anochecer.”



»Había aprendido la lección. Si no concretaba una hora, ella podría haberme dicho fácilmente: “No hemos dicho cuánto tiempo me lo prestaríais.” Ya sabes, diez años, cien años... ¡sigue siendo un préstamo!

—Hermano, ¡fuisteis muy inteligente al pensar en eso! Yo habría vuelto a caer en la trampa.

Zhou Botong negó con la cabeza.

—Hay muy poca gente en el mundo tan inteligente y aguda como el Hereje. No tengo ni idea de dónde conoció a esa mujer. Era igual de inteligente, tal vez más. Aunque ¡sigo sin entender cómo un hombre tan listo cayó en la estúpida trampa del matrimonio!

»Bueno, el caso es que la señora Huang me sonrió y me dijo: “¡Hermano Zhou, quizá se os conozca como el Granuja Cano, pero tenéis una mente muy aguda! No os preocupéis, me sentaré aquí mismo y os lo devolveré en cuanto termine. Os prometo que será antes del anochecer. Podéis sentaros conmigo.”

»Así que me saqué el manual del interior de la camisa y le tendí los dos tomos. Ella se sentó en una roca a la sombra de un árbol y comenzó a hojearlo. Huang el Boticario me vio preocupado. “Granuja Cano”, me dijo, “¿cuántas personas bajo el cielo podrían esperar derrotarnos?”. “¿A ti?”, respondí. “Quizá ninguna. Pero al menos cuatro o cinco pueden vencerme a mí, y vos sois una de ellas.”

»Se rió, y luego dijo: “Eres muy amable. Los cuatro (Veneno, el Rey, el Mendigo y yo mismo) tenemos cada uno un punto fuerte, pero estamos más o menos igualados. Has dicho que tu hermano marcial hizo que Víbora Ouyang volviera pitando al oeste. Palma de Hierro que se Desliza por el Agua no estaba en el torneo y, por maravilloso que pueda ser su kung-fu, dudo que sea mejor que el nuestro. Granuja Cano, me atrevo a decir que sois el siguiente entre los grandes. Si estuviésemos en el mismo bando, seríamos invencibles. Así que ¿por qué estáis tan nervioso? ¿Quién iba a robar vuestro preciado manual con nosotros custodiándolo?”

»Yo asentí y me relajé un poco. La señora Huang leyó detenidamente cada página, articulando las palabras en silencio. Era

absurdo. Estaba leyendo el tratado marcial más avanzado e intricado de la historia sin tener ni pajolera idea de kung-fu. Era posible que reconociese todos los caracteres, pero no sería capaz de comprender el significado de media frase.

»Lo leyó lentamente, de principio a fin. Tardó más de dos horas. Yo empezaba a impacientarme. No te imaginas la emoción que sentí cuando llegó a la última página. "Por fin", pensé, "ya ha acabado". Entonces empezó desde el principio otra vez. Pero en esa ocasión fue mucho más rápido; sólo le llevó el tiempo que se tarda en apurar una tetera entera.

»Me devolvió el manual con una sonrisa y dijo: "El Veneno del Oeste os engañó. ¡Esto no es el *Manual de los Nueve Yin*!" No podía creerme lo que oía, así que le pregunté: "¿Cómo puede ser? Estuvo todo el tiempo en posesión de mi hermano. ¡Las cubiertas son las mismas!" Ella respondió con absoluta certeza: "Víbora Ouyang lo cambió por un vulgar libro sobre adivinación y el arte de decir la buenaventura."

—¿Víbora Ouyang lo cambió por otro libro, justo antes de que el Inmortal Wang se levantara del ataúd? —Una vez más Guo Jing no daba crédito a sus oídos.

—Eso es lo que ella daba a entender, pero yo sabía que el Hereje tenía un montón de trucos y pensé que su esposa también. Ella debió de advertir mi incredulidad. "¿Habéis leído el *Manual de los Nueve Yin*?", me preguntó, y sólo pude decirle la verdad. "Nadie ha puesto los ojos en su contenido desde que mi difunto hermano se hizo con él. Luchó por el derecho a custodiar el manual, para impedir que siguiera causando más estragos en el *wulin*. No lo quería para utilizarlo en beneficio propio. Prohibió a los discípulos de Quanzhen que aprendieran el kung-fu que contenía."

»Entonces ella respondió: "La benevolencia del Inmortal Wang es de lo más admirable, pero también es la razón por la que os engañaron. Mirad, hermano Zhou, vedlo vos mismo." Me enseñó el manual. Yo seguí apartando la mirada. Tenía las últimas palabras de mi hermano frescas en la mente.

»Al ver mi reacción, prosiguió: "Es un libro popular de adivinación

del sur, no vale ni medio *candareen*. Incluso si se trata del *Manual de los Nueve Yin*, seguro que no hace ningún daño leer el texto, siempre y cuando no pongas las palabras en práctica, ¿no? Tu hermano marcial dijo que no podías aprender de este libro, no que no pudieras echarle un vistazo, ¿verdad?”

»Era muy persuasiva. Pasé la primera página. Allí, ante mis ojos, aparecieron descripciones de las habilidades marciales más avanzadas. Sin duda no era un manual sobre adivinación y el arte de decir la buenaventura.

»La señora Huang me miró mientras yo leía unas páginas. Luego dijo: “Yo leí este libro a los cinco años. Me lo sé de memoria. Nueve de cada diez niños del sur conocen el texto entero. Te lo recitaré, si no me crees.” Comenzó desde el principio. Las palabras fluían de sus labios como el agua. Lo cotejé con el manual que tenía en las manos. Cada palabra que pronunciaba era la misma que aparecía escrita. Fue como si me sumergieran en una gruta de hielo.

»Me recitó las primeras páginas, palabra por palabra, y luego dijo: “Es probable que recuerde lo que dice en cualquier página que elijáis. Sólo dadme la primera línea.” Hice lo que me pedía y, como había asegurado, se lo sabía de arriba abajo. Podía repetir cualquier página, sin un instante de vacilación.

»El Viejo Hereje Huang no paraba de reírse. Mi corazón ardía de ira. Arranqué la cubierta y la hice pedazos. Justo cuando me disponía a romper las páginas, advertí una expresión extraña en el rostro del Hereje. Me di cuenta de que algo no iba del todo bien y me detuve.

»Entonces habló el Hereje: “No hace falta que tengas un berrinche, Granuja Cano. La Malla de Erizo es tuya.” Entonces yo no sabía lo estúpido que había sido. Creí que quizá se sentía mal porque su esposa había descubierto que habían cambiado el manual y quería ofrecerme un consuelo. No había estado tan afligido en mi vida, aun así sabía que no podía aceptar el objeto más preciado de la isla de la Flor de Melocotón a cambio de nada.

»Así que le di las gracias y regresé a mi ciudad natal. Decidí cerrar mi puerta y concentrarme en mi kung-fu. Creí a la señora Huang. Pensaba de verdad que Víbora Ouyang había cambiado el manual,

pero seguía sin creer que pudiera derrotarlo. Quizá, si me aislaba del mundo durante cinco años para trabajar en algún kung-fu realmente poderoso, podría ir al oeste a buscarlo. Para entonces sería capaz de dar al Veneno tal paliza que no volvería a caminar. Y no tendría más alternativa que devolverme el manual. Mi hermano lo dejó a mi cuidado. Era mi deber custodiarlo.

—¡Cómo pudiste dejar que el Veneno se saliera con la suya! Podrías haber llevado al Anciano Ma y al Anciano Qiu contigo. Eso te habría dado ventaja, ¿no? —sugirió Guo Jing.

Zhou Botong miró a Guo Jing y suspiró.

—Si no hubiese estado tan obsesionado con ganar… entonces me habría dado cuenta mucho antes de me habían engañado. Si hubiese hablado con Ma Yu, él probablemente habría advertido las señales que yo había pasado por alto.

2

—Al cabo de un año o dos, empezaron a correr rumores de que Viento Oscuro Doblemente Infame se había apoderado del *Manual de los Nueve Yin* —continuó Zhou Botong—. La gente decía que los discípulos de la isla de la Flor de Melocotón habían aprendido el kung-fu que contenían sus páginas y se comportaban de un modo salvaje. Al principio no me lo creía, pero la historia siguió circulando por todo el *wulin*.

»Transcurrió otro año. Qiu Chuji vino a mi casa. Me dijo que había estado investigando y que había averiguado que el segundo tomo del *Manual de los Nueve Yin* estaba en manos de Viento Oscuro Doblemente Infame. Me puse furioso. “¡Huang el Boticario es un amigo horrible!”, murmuré. Qiu Chuji me oyó y me preguntó: “¿Qué quieres decir, tío marcial?” Así que le dije: “¡Fue a buscar a Víbora Ouyang para quitarle el manual y no me lo contó! Ahora tiene el libro. ¡Aunque no vaya a devolvérmelo, al menos debería tener la cortesía de contármelo!”

—Tal vez pretendía devolvéroslo, pero sus desaprensivos discípulos

se lo robaron antes de que tuviera ocasión —dijo Guo Jing—. Al parecer se enfadó muchísimo. Les rompió las piernas a sus otros cuatro discípulos y los desterró. Y ellos no tenían nada que ver con el manual.

Zhou Botong negó con la cabeza con aire triste.

—Eres un alma simple, honesta, como yo. De haber estado en mi lugar, tampoco te habrías dado cuenta de que te habían engañado. Qiu Chuji se quedó unos días conmigo y trabajamos en algunos movimientos juntos. Dos meses después regresó para decirme que, efectivamente, Huracán Chen y Ciclón Mei habían robado el manual y estaban practicando algunas técnicas atroces: la Garra de los Nueve Esqueletos Yin y la Palma Rompecorazones. Pese al riesgo que corría los había escuchado a escondidas y les había oído decir que Huang el Boticario me había robado el manual. ¡O sea que no se lo había quitado a Víbora Ouyang!

—¿Cambió la señora Huang el manual?

—Como te he dicho, no tenía adiestramiento en artes marciales. Aun así, me aseguré de no quitarle ojo, ni un segundo. Ella no lo cambió… lo devoró de principio a fin. ¡Memorizó todo el libro!

—¿Cómo es eso posible?

—¿Cuántas veces tienes que leer algo antes de poder recordarlo?

—Si es un texto sencillo, tal vez treinta o cuarenta veces. Los largos y difíciles, quizá setenta u ochenta, incluso cien. Algunos textos no puedo aprendérmelos, por mucho que me esfuerce.

—Exacto, pero, bueno, tú no eres especialmente listo.

—Sé que soy lento… tanto con el kung-fu como con la lectura.

—Olvídate de la lectura, por ahora; ciñámonos a algo que conocemos. Bueno, cuando tu *shifu* te enseña un movimiento marcial, ¿debe mostrártelo decenas de veces antes de que lo entiendas?

—Sí… —Guo Jing respondió avergonzado—. A veces me quedo con lo esencial, pero no recuerdo los detalles. A veces los detalles están ahí, pero no sé cómo unirlos.

—Pero sabes que hay gente que puede aprender una serie entera de movimientos de kung-fu con verla una vez, ¿no?

—¡Claro que sí! Loto, la hija del señor Huang, puede hacerlo.

Cuenta Hasta Siete nunca tuvo que repetir un movimiento más de dos veces cuando le enseñaba.

—Si es tan lista, espero que no sea como su madre —dijo Zhou Botong con un suspiro—. La pobre mujer contrajo la plaga de la muerte tan joven… Ese día leyó el manual dos veces y memorizó todas y cada una de las palabras. Las escribió para su esposo en el momento en que me marché.

Tras una larga pausa, Guo Jing dijo:

—Entonces, la señora Huang no entendió el texto, pero fue capaz de memorizar de la primera línea a la última. Cuesta creer que alguien pueda ser tan inteligente.

—Ya conoces la expresión «A través de los ojos, entra en la mente», ¿no? Es probable que tu novia también pueda hacerlo. Sentí tanto miedo y vergüenza cuando oí lo que Qiu Chuji me contaba… Convoqué a los siete sobrinos marciales de inmediato y decidimos que debíamos devolver el manual.

»Qiu Chuji me dijo: "Tío marcial, no hace falta que os ocupéis del asunto personalmente. Sois el superior de los siete, no querríamos que los maestros del *jianghu* dijesen que os metéis con los jóvenes. Por muy fuertes que puedan ser Viento Oscuro Doblemente Infame, dudo de que estén al mismo nivel que los discípulos de la secta Quanzhen.

»Así que envié a Qiu Chuji y a Wang Chuyi a seguirles la pista. El resto se quedaron en reserva, con los oídos bien abiertos, para asegurarnos de que los discípulos de Huang no se nos escaparan de las manos.

—No habrían sido capaces de derrotar a los Siete Inmortales de la secta Quanzhen. —Guo Jing recordó aquella noche en la colina de Mongolia, cuando los Seis Fenómenos fingieron ser los hermanos marciales de Ma Yu.

—Aun así, cuando Chuji y Chuyi llegaron a Henan, Viento Oscuro Doblemente Infame se habían marchado. Habían arrebatado muchas vidas inocentes practicando su kung-fu infernal, y los héroes de las Llanuras Centrales se habían unido para detenerlos. Superados en número, tuvieron que retirarse, pero nadie sabía dónde estaban. Mataron a algunos hombres más del *wulin* mientras escapaban.

—¿Qué hiciste después de perder a Viento Oscuro Doblemente Infame? —preguntó Guo Jing.

—Fui a enfrentarme cara a cara con el Viejo Hereje Huang. No esperé a que Qiu Chuji y sus hermanos volvieran. Me vine solo a buscar respuestas a la isla de la Flor de Melocotón. El Hereje me dijo, con su retorcida lógica: «Hermano Tontón, Huang el Boticario nunca rompió su palabra. Dije que no leería a vuestro manual, y no lo hice. El *Manual de los Nueve Yin* que yo leí lo puso por escrito mi esposa. No era el tuyo.»

»Yo estaba furioso y exigí verla. Torciendo el gesto, me dijo: "Murió." No me lo esperaba, y las escasas palabras de pésame que le dirigí le irritaron aún más. "Hermano Tontón, dejémonos de fingir. Si no hubieses ido por ahí alardeando de tu maldito manual, mi esposa nunca me habría dejado atrás." Yo le pregunté: "¿Qué quieres decir?" Él se limitó a lanzarme una mirada de rabia. Entonces le asomó una lágrima en la comisura del ojo y rompió a llorar.

»Al final me lo contó todo. La señora Huang sabía que su esposo estaba interesado en el *Manual de los Nueve Yin* y lo memorizó para él. Pero, aunque el Hereje tenía entonces el manual, su orgullo le impedía practicar nada de aquel kung-fu. Dijo que, como mi hermano marcial nunca había querido aprender de él, si Huang el Boticario decidía estudiar su contenido, entonces sería inferior a Wang Chongyang, Doble Sol. Sólo quería hallar sentido a un pasaje concreto del final, que aparecía en el tomo robado por Huracán Chen y Ciclón Mei.

»La señora Huang intentó recrear el texto para consolar a su esposo, pero hacía meses que lo había aprendido a toda prisa sin comprender una sola palabra. Huelga decir que desde entonces había leído muchos libros y poemas. ¿Cómo podía recordarlo todavía, palabra por palabra? Aunque estaba embarazada de ocho meses por aquel entonces, se pasó varios días y noches despierta, devanándose los sesos con lo que recordaba del manual. Consiguió poner por escrito siete u ocho mil palabras, pero gran parte del segundo tomo se le escapaba y apenas recordaba nada del galimatías del final.

»Acabó tan exhausta física y mentalmente que dio a luz antes de tiempo. Estaba agotada en todos los sentidos. No hubo nada que

Huang el Boticario pudiera hacer para reanimarla, ni siquiera con sus vastos conocimientos médicos.

»El Hereje siempre ha dirigido su rabia contra los demás, echándoles la culpa de todo lo que le pasa. Puedes imaginarte cómo enloqueció de pena. Iba de un lado para otro mientras las lágrimas se le deslizaban por el rostro. Con su acento de Zhejiang, no paraba de llamarme “Tontón” en lugar de “Botong”. Lo dejé pasar. No era momento de discutir sobre pronunciación.

»Al final le dije: “Eres un hombre marcial. ¿No te molesta convertirte en un hazmerreír en el mundo marcial por el valor que concedes a tu relación con tu esposa?” Me respondió orgulloso: “Mi esposa daba mil vueltas a todo el mundo.” Yo siempre he encontrado ridículo eso de “un solo hombre, una sola mujer”, así que dije: “Podéis concentraros en vuestras habilidades marciales, ahora que está muerta. Yo en vuestro lugar me alegraría. Habría estado deseándolo. Ya sabéis, es bueno, es genial que haya muerto. Cuanto antes, mejor. ¡Felicidades! ¡Muchas felicidades!”

—¿Cómo pudiste decirle eso?

Zhou Botong miró al cielo exasperado.

—¿Por qué no puedo decir lo que pienso? Bueno, el caso es que, una vez que hube pronunciado aquellas palabras, el Hereje fue presa de la cólera y me atacó con la palma. Así fue como empezó nuestra pelea.

—¿Perdiste?

—¿Crees que estaría aquí si hubiese ganado? —Zhou Botong se rió —. Me rompió las dos piernas. Era su forma de obligarme a darle mi ejemplar del segundo tomo del manual. Dijo que quería quemarlo como una ofrenda para su esposa. De manera que escondí el manual en esta cueva y me aposté en la entrada. Le dije que, si intentaba quitármelo por la fuerza, lo destruiría. Y él me dijo “Encontraré el modo de conseguir que te hagas a un lado.” Y yo le dije: “Eso ya lo veremos.”

»Eso fue hace quince años. Te he dicho que es un engreído. No caerá tan bajo como para matarme de hambre o envenenarme. Ha probado mil artimañas para alejarme. Ah, pero se niega a aprovechar la oportunidad cuando dejo la cueva para responder a la llamada de la

naturaleza. A veces tardo dos horas. Sé lo tentador que le resulta, pero hasta ahora ha logrado resistirse.

Zhou Botong soltó una risita y Guo Jing lo imitó, aunque por dentro estaba atónito de que un maestro marcial pudiera llevar una disputa a un nivel tan bajo.

3

—Durante quince años, el Hereje lo probó todo y fracasó. —Zhou Botong tardó largo rato en dejar de reírse y recuperar la calma—. Pero, si no fuese por ti, el manual estaría en sus manos ahora mismo. Ha tocado la «Oda a la marea cambiante» muchas veces, pero nunca me ha preocupado tanto. ¿Quién iba a pensar que añadiría todos esos nuevos floreos? Anoche casi me pilla con la guardia baja. Querido hermano, gracias.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Guo Jing, que seguía desconcertado por cómo un libro podía causar tantos estragos y arruinar tantas vidas.

—Veremos quién vive más. —Zhou Botong volvió a reírse a carcajadas—. ¿Recuerdas a Huang Shang? Al sobrevivir a todos sus enemigos, ganó.

Guo Jing no estaba convencido de que esperar vivir más que Huang el Boticario fuera la mejor salida. Entonces recordó que él también estaba atrapado en esa isla, en esa cueva, sin saber nada de Loto.

—¿Por qué no han intentado rescatarte el Anciano Ma y los demás?

—Probablemente no sepan que estoy aquí. Y aunque lo sepan, todos los árboles, rocas y colinas de la isla están encantados; no serán capaces de llegar a ninguna parte a menos que el Hereje los deje entrar. Y, además, no pienso irme hasta que uno de los dos gane el combate.

Guo Jing había disfrutado mucho de la compañía de ese nuevo hermano de juramento. A pesar de su edad, su franqueza infantil era encantadora. Guo Jing volvió a acordarse de Loto. Ojalá supiera dónde encontrarla.

Ahora el sol era abrasador. El criado mudo regresó con la comida de mediodía.

Cuando acabaron de comer, Zhou Botong dijo:

—Puede que lleve aquí atrapado quince años, y quizá pase otros tantos, pero no habré perdido el tiempo. Sé que mi kung-fu ha mejorado mucho. En esta cueva no hay distracciones. En cualquier otra parte al menos habría tardado veinticinco años en obtener los mismos resultados. Mi mayor problema es no tener un compañero de lucha. Tengo que hacer que mis manos luchen entre sí.

—¿Cómo funciona?

—Pongamos que mi mano derecha es el Hereje, y la izquierda, el Granuja Cano —dijo, levantando las manos para mostrarlo—. Ahora, la derecha lanza un golpe de palma, así. La izquierda lo desvía y devuelve el favor con un puñetazo. Y ahora lucho.

Los golpes se hicieron más rápidos e intensos, con la izquierda atacando mientras la derecha se defendía.

Guo Jing lo observó con una sonrisa: una más de las excentricidades de Zhou Botong. Sin embargo, no tardó en quedarse absorto. Estaba siendo testigo de una rama única y compleja de kung-fu.

Como todo estudiante de artes marciales sabía, al propinar un puñetazo, golpear con la palma, blandir una espada o arremeter con una lanza, los diferentes movimientos de las manos trabajaban juntos con el mismo objetivo: atacar o defender. No obstante, las manos de Zhou Botong estaban atacando los puntos vitales de la otra —la muñeca, el dorso, la palma— y respondiendo a la ofensiva de ésta con contraataques. ¡Cada mano utilizaba un kung-fu distinto!

—Ahora mismo no has ejecutado el movimiento completo con la mano derecha. ¿Por qué? —preguntó Guo Jing de repente.

Zhou Botong se detuvo y evaluó a su hermano jurado con una sonrisa de satisfacción.

—Tienes ojo de lince. Estás en lo cierto. Ven, lucha conmigo. Yo te enseño.

Guo Jing apoyó su mano en la palma extendida de su hermano.

—Ahora cuidado. Te empujaré a la izquierda.

De la mano de Zhou Botong fluyó la energía. Guo Jing respondió

con un movimiento de la Palma Domadora de Dragones. Las dos fuerzas internas chocaron, arrojando a Guo Jing una docena de pasos atrás. Tenía el brazo débil y entumecido.

—Acabo de desplegar toda mi fuerza contigo. Ahora voy a liberar sólo una parte.

Sus palmas chocaron una vez más. En el momento en que Guo Jing percibió la fuerza de Zhou Botong, ésta se desvaneció. La energía no paraba de aparecer y desaparecer, desestabilizándolo.

¡Zas! Guo Jing cayó de bruces al suelo. Enseguida volvió a ponerse en pie, pero la caída parecía haberlo dejado aturdido.

—¿Lo ves? —preguntó Zhou Botong.

Guo Jing negó con la cabeza.

—Bueno, a mí me ha llevado diez años en esta cueva lograr entenderlo. Mi hermano marcial siempre me decía que «lo inmaterial vence a lo material, y la ausencia triunfa sobre el exceso». Yo creía que era parte de su monótono discurso acerca de la filosofía taoísta y no lo escuchaba.

»Pero hace cinco años tuve un momento de revelación mientras mis manos luchaban la una contra la otra. No sé cómo explicarlo, pero ahora lo siento y lo comprendo. Aun así, sin un compañero de lucha, seguía sin acabar de creérmelo. Ahora que estás tú aquí, es sencillamente perfecto. Te dolerá un poco, pero sabrás a qué me refiero cuando te haya hecho salir volando unas cuantas veces más.

Guo Jing no parecía muy convencido y Zhou Botong cambió de táctica.

—Mi buen hermano, llevo quince años aquí. Lo único que he querido siempre es a alguien con quien intercambiar unos movimientos. Cuando apareció la hija del Hereje, hace unos meses, iba a proponerle entrenar conmigo, pero su kung-fu de palma no era lo bastante potente. Y nunca volvió. Prometo que no te haré caer demasiado fuerte, querido hermano.

Zhou Botong tenía las manos listas para golpear antes incluso de acabar de hablar. Al ver lo entusiasmado que estaba, Guo Jing se ablandó.

—Puedo aguantar unas cuantas caídas.

Tras intercambiar varios movimientos, toda la tensión desapareció de pronto de la palma de Zhou Botong. Guo Jing no logró recuperar su fuerza lo bastante rápido y se inclinó de nuevo hacia delante.

Balanceó el brazo izquierdo, con la esperanza de cambiar el impulso de la caída y recobrar el equilibrio. Pero no podía hacer nada para superar la fuerza que lo obligaba a hacer una voltereta. Se derrumbó sobre el hombro izquierdo.

—Mi buen hermano, no permitiré que caigas sin motivo. Deja que te explique cómo lo he hecho.

Zhou Botong parecía un poco arrepentido. Guo Jing se levantó como pudo y se acercó cojeando.

—¿Conoces estos versos del *Clásico de caminos y virtudes*, de Laozi? «Cuando se moldea una vasija con arcilla, de su vacío depende su utilidad. Cuando se abren vanos en un muro, en su vacío una habitación encuentra su espacio.»

Guo Jing parpadeó y sacudió la cabeza, muy confundido. Zhou Botong cogió un cuenco.

—Si esto fuera un pedazo de arcilla compacta, ¿podría contener arroz?

Guo Jing negó con la cabeza de nuevo, sorprendido por el hecho de no haber advertido nunca una verdad tan sencilla y evidente.

—Piensa en cómo construirías una casa. Si no hay puertas ni ventanas, si se amontonan sin más la madera y los ladrillos, ¿se crea una habitación? ¿Qué utilidad tiene?

Guo Jing negó con la cabeza una vez más, con un nuevo atisbo de comprensión.

—El vacío y la flexibilidad son dos conceptos fundamentales del kung-fu más avanzado de la secta Quanzhen. «Cuando la integridad parece incompleta, no fallará; cuando la abundancia parece escasa, no se agotará.»

Zhou Botong explicó la relación que había entre estos versos del *Clásico de caminos y virtudes* y las artes marciales. Guo Jing escuchó con todo su ser, intentando captar el significado.

—El kung-fu de tu *shifu* Cuenta Hasta Siete Hong representa lo mejor de las artes marciales externas. Aunque conozco algunas

habilidades de la secta Quanzhen, no creo que pudiera derrotarlo. Pero es probable que haya alcanzado su cénit. No se puede ir mucho más lejos con ese tipo de conocimiento.

»Sin embargo, con el *neigong* de Quanzhen, el aprendizaje no tiene fin. Yo apenas he echado un vistazo desde la puerta. Mi hermano marcial no se ganó el título de Maestro Marcial Más Grande Bajo el Cielo por nada. Si hoy siguiera con vida, podría vencer al Hereje, al Veneno y los demás en medio día. No tendría que volver a luchar con ellos de nuevo durante siete días y siete noches.

—Ojalá pudiese haber visto la magia marcial del Inmortal Wang. Sé que la Palma Domadora de Dragones es la clase de fuerza más firme. ¿Significa eso que el kung-fu de mi hermano es el más flexible?

—¡Sí, lo has entendido! Lo flexible puede superar a lo firme. Sin embargo, no sería capaz de lanzarte por los aires si fueses tan bueno como Cuenta Hasta Siete. Ahora mira atentamente.

Zhou Botong describió el movimiento que acababa de ejecutar y explicó con gran detalle cómo controlaba su energía, pues sabía que Guo Jing tardaría en entenderlo.

Con su sólida base en el *neigong* de Quanzhen, Guo Jing comenzó a asimilar lo esencial repitiéndolo varias docenas de veces.

—¿Te sigue doliendo? Si no, ¿puedo volver a arrojarte? —Zhou Botong era presa de la impaciencia.

—Mi cuerpo está bien, pero aún no he perfeccionado el movimiento.

Guo Jing repitió el movimiento una y otra vez en su mente, intentando grabárselo en la memoria. Pasó un buen rato. Zhou Botong se estaba poniendo muy nervioso.

—¿Y ahora? ¿Todavía no lo has aprendido? ¡Vamos! ¿Ya estás listo?

Por culpa de la interrupción Guo Jing tardó aún más en memorizar la técnica, pero, tras el rato que se tarda en apurar una comida, Guo Jing finalmente estuvo listo para volver a enfrentarse a Zhou Botong.

Por fin comprendió cómo le había dislocado la muñeca Huang el Boticario con sólo meter tripa. Era el mismo tipo de fuerza vacía que lo lanzó por los aires en ese preciso momento.

Zhou Botong habría renunciado gustosamente al sueño para entrenar todo el día y toda la noche, pero Guo Jing necesitaba unas horas de descanso para funcionar adecuadamente. A lo largo de los días siguientes, practicaron todas las horas que pasaban despiertos.

A esas alturas, el pobre Guo Jing se había pegado unos setecientos u ochocientos batacazos. Con todo el cuerpo maltrecho y magullado, por fin comprendió el concepto que subyacía a la técnica de Zhou Botong.

Guo Jing aguantó las caídas con la misma determinación inflexible que le había permitido aprender su kung-fu. Apretando los dientes para soportar el dolor, acababa de aprender todo el repertorio del Puño Luminoso Vacío: setenta y dos movimientos que había inventado Zhou Botong en la cueva.

Enseguida fue capaz de manipular su fuerza del mismo modo vacío y flexible. Zhou Botong ya no podía desequilibrarlo y lanzarlo por los aires.

Un par de días más tarde, todo cobró sentido para Guo Jing.

—Cuando el maestro Hong me enseñó la Palma Domadora de Dragones, no dejaba de recalcar que debería reservar más energía de la que proyecto. Así que no se trataba sólo de ferocidad y firmeza.

—¡En efecto! Esa combinación de fuerza y flexibilidad es lo que hace tan potente el kung-fu de Cuenta Hasta Siete. Probablemente yo no podría derrotarlo, ni siquiera utilizando el Puño Luminoso Vacío.

Ahora el tiempo transcurría mucho más rápido. Los días pasaban volando. Guo Jing estaba cada vez más inquieto por Loto, pero no sabía cómo encontrarla o ponerse en contacto con ella. Estuvo a punto de preguntarle al criado mudo que les llevaba las comidas en varias ocasiones, aunque, cada vez, Zhou Botong se lo desaconsejó.

Un día, después del almuerzo, Zhou Botong dijo:

—Ahora dominas el Puño Luminoso Vacío. Ya no puedo derribarte. Juguemos a un juego nuevo.

—¡Por supuesto! ¿Qué tienes en mente?

—¡Una pelea a cuatro bandas!

—¿Cuatro bandas?

—Eso es. Cuatro. Mi mano izquierda es una persona; la derecha, otra. Tú también tienes dos manos. Así que son cuatro en total. Ninguna mano puede ayudar a la otra. Una refriega de cuatro manos. ¡Será muy divertido!

—Suena muy bien, pero yo no puedo luchar con las manos por separado.

—Luego te enseño. ¡Probemos primero con una trifulca a tres bandas! —exclamó, y lanzó dos movimientos de kung-fu distintos, cada uno con una mano.

Guo Jing estaba atónito. ¿Cómo retenía toda la potencia de los movimientos cuando sólo los ejecutaba con un lado del cuerpo?

Pronto, se vio muy presionado por dos contrincantes fuertes. Entonces una de las manos de Zhou Botong cambió de sitio y acudió en su rescate. Luchando ahora dos contra uno, Guo Jing se encontró en la posición dominante. Pero aquello no duró mucho; la mano que ayudaba se retiró y las dos manos de Zhou Botong atacaron como un frente unido una vez más. Las alianzas se hacían y deshacían, siempre cambiantes. Ninguna de las partes podía imponerse a la otra.

Luchar era agotador. Hicieron una pausa para recuperar el aliento y Guo Jing pensó en Loto una vez más.

«¡Esto le encantaría! Podríamos hacer la guerra a seis manos.»

En el momento en que las pulsaciones de Guo Jing descendieron al ritmo de reposo, Zhou Botong se puso a enseñarle formas de dominar esa técnica, que denominó Manos Enfrentadas.

Algunos sabios habían dicho: «Hacer dos cosas al mismo tiempo es no hacer ninguna»; y también habían advertido: «Si las manos trazaran a la vez un cuadrado y un círculo cada una, ninguno parecería angular o redondo.»

Aun así, la clave de ese kung-fu era hacer dos cosas al mismo tiempo y hacerlas bien. De modo que la primera tarea que le dio a Guo Jing fue dibujar, simultáneamente, un cuadrado con una mano y un círculo con la otra.

Al principio, Guo Jing sólo podía dibujar dos círculos o dos cuadrados, o formas que no eran ni angulares ni curvadas. Al final, se dio cuenta de que la acción no era distinta a comer: cuenco en la

mano izquierda, palillos en la derecha. Las manos se movían de formas diferentes y ejecutaban tareas independientes; aun así, juntas, llevaban comida a la boca. Con esa idea en la cabeza, fue capaz de dibujar las formas como se requería.

Contento de que Guo Jing hubiese captado la teoría subyacente a la técnica tan rápido, Zhou Botong dijo:

—¿Sabes?, habrías tardado mucho más si no conocieses el kung-fu interno de la secta Quanzhen. Sin tu adiestramiento en *neigong*, no serías capaz de dividir la concentración así. Ahora lanza unos movimientos de los Puños de la Montaña del Sur con la mano izquierda y de la Espada de la Doncella Yue con la derecha.

Aquellas técnicas marciales, que Guo Jing había aprendido de Nan el Leñador y de Han Jade, estaban tan arraigadas en él que podía ejecutar cualquiera de los dos kung-fu, por sí solo, sin pensar. En ese momento, sin embargo, tuvo que esforzarse en controlar los brazos para crear algo parecido a los movimientos que tan bien conocía desde la infancia.

Desesperado por transmitir su técnica, Zhou Botong bombardeó al joven con todos los trucos y consejos que se le ocurrían.

Tras varios días de entrenamiento intensivo, Guo Jing prácticamente podía realizar distintos movimientos con cada mano.

—¡Ven! Tu mano derecha y mi mano izquierda serán un equipo, y estas dos… —Zhou Botong agarró la mano izquierda de Guo Jing con su derecha— son sus enemigas.

A continuación rugió:

—¡Que comience la batalla!

¿Cómo podría no gustarle un juego así a un joven? Siguiendo las instrucciones de Zhou Botong, se lanzó, instando a su mano derecha a que luchase contra la izquierda. Guo Jing nunca había visto, ni oído ni imaginado, un combate tan salvaje. Apenas podía creerse que estuviera ocurriendo y que él formara parte de él.

Zhou Botong gritó indicaciones para avivar el ataque y fortalecer la defensa. Para el Granuja Cano, aquello era un juego, un poco de diversión con que aliviar la soledad. No tenía ni idea de que estaba enseñando a Guo Jing un peculiar y poderoso kung-fu que no tenía

precedentes.

Un día, a Guo Jing se le ocurrió una idea. «¡Podemos entrenar las piernas de la misma manera y entablar una batalla a ocho bandas!» No obstante, no compartió aquella ocurrencia con su caprichoso hermano. Le daba miedo pensar en las consecuencias de semejante propuesta.

Los días pasaron volando, gracias a ese nuevo entretenimiento. Una mañana, lucharon como ocho individuos, sin alianzas ni rivales preestablecidos. Zhou Botong estaba más optimista de lo habitual y reía por lo bajo mientras lanzaba sus ataques.

Al poco tiempo, Guo Jing se vio incapaz de mantenerse en pie. Su mano derecha cedió bajo la embestida. Naturalmente, la izquierda acudió en su ayuda.

Pero Zhou Botong mantuvo el aluvión de movimientos. Guo Jing se vio incapaz de dividir los movimientos entre las manos, así que el Granuja Cano cruzó un brazo a su espalda para que la lucha siguiese siendo justa.

Con las dos manos trabajando al unísono, Guo Jing logró contener la ofensiva de Zhou Botong con una sola.

Zhou Botong rió triunfal.

—¡Has perdido! ¡Estás usando las manos con el mismo kung-fu!

Guo Jing dio un salto atrás. Le había sobrevenido un pensamiento repentino. Al final habló.

—Luchas con dos formas distintas de kung-fu, una para cada mano. Es como dos personas que se lanzan movimientos de manera individual, ¿no? Si fueses a utilizar Manos Enfrentadas en una batalla real, tu oponente tendría que defenderse de dos atacantes, tus dos manos, al mismo tiempo. ¿No es ésta una habilidad muy útil en el combate? No puedes duplicar tu fuerza, pero ¡tienes una gran ventaja de todos modos!

Para Zhou Botong, las Manos Enfrentadas eran sólo un juego, un entretenimiento para no morirse de aburrimiento mientras pasaba las horas atrapado en esa cueva. Nunca había pensado en sus implicaciones marciales.

Reflexionó sobre las palabras de Guo Jing un momento y luego salió corriendo de la cueva. Caminó y caminó, gritando y riéndose a

carcajadas.

—¿Hermano? —Guo Jing estaba preocupado—. ¿Hermano?

Zhou Botong hizo caso omiso a Guo Jing y siguió riendo.

De pronto se detuvo.

—Me marcho, hermano, pero no para responder a la llamada de la naturaleza. ¡Me marcho! Me he convertido en el Maestro Marcial Más Grande Bajo el Cielo. Huang el Boticario ya no me da miedo. ¿Por qué no viene ahora mismo? ¡Lo lanzaré por los aires, como pétalos al viento!

—¿Estás seguro de que puedes derrotarlo?

—Quizá mi kung-fu aún sea algo inferior, pero soy capaz de dividirme en dos. Será un combate de dos contra uno. ¡Nadie bajo el cielo volverá a derrotarme! No importa lo elaboradas que sean las técnicas de Huang el Boticario, Cuenta Hasta Siete Hong y Víbora Ouyang. ¿Pueden derrotar a dos Granujas Canos?

Contento por su hermano de juramento, Guo Jing coincidió en que dos Zhou Botong serían multitud.

—Hermano pequeño, tu comprensión del principio en que se basa Manos Enfrentadas es buena. Sabes cómo dividir el ataque de manera simultánea. Sigue practicando. Dale tiempo a la técnica para que madure en tu interior. En unos años, tu kung-fu también se duplicará, seguro. Es una pena que no pueda aumentar la fuerza interna ni siquiera un *candareen*. Tendremos que dividir nuestra energía entre las manos, pero nadie tiene por qué saberlo. Los golpearemos rápido y fuerte, con movimientos distintos en cada mano. Los marearemos hasta tal punto que no detectarán el fallo.

5

Zhou Botong se había pasado quince años temiendo el día en que tendría que luchar otra vez con Huang el Boticario; en ese momento, sin embargo, deseó que su adversario apareciera al instante. De haber sabido cómo orientarse por el trazado laberíntico de la isla, habría ido a buscarlo él mismo.

Lleno de impaciencia, el Granuja Cano escudriñó el horizonte durante todo el día, aunque la primera persona a la que vio fue el criado que se acercaba con la cena.

Agarró al hombre por los hombros y le gritó:

—¡Tráeme a Huang el Boticario aquí ahora mismo! ¡Quiero enseñarle mi kung-fu!

Petrificado, el sirviente se limitó a negar con la cabeza.

—¡Al diablo! ¡Se me olvida que no me oyes! —Dejó que el hombre se marchara y centró su atención en la comida—. ¡Démonos un festín esta noche!

En el momento en que Zhou Botong levantó la tapa, Guo Jing advirtió que los platos eran más fragantes de lo habitual. Había un cuenco grande de su plato favorito, pollo asado con setas. Cogió una cuchara y probó el caldo. El delicado toque de sal resaltaba la dulzura del pollo. Le palpitó el corazón al reconocerlo. Loto lo había preparado para él.

El criado dispuso los platos. Guo Jing no veía nada que se saliese de lo normal, hasta que posó la mirada en la docena de bollitos *mantou* al vapor en la cesta de la comida. Uno de ellos tenía la superficie rayada con el contorno casi imperceptible de una calabaza. Lo cogió y encontró una cápsula de cera escondida dentro. Se la metió en el bolsillo de la camisa antes de que Zhou Botong o el sirviente advirtieran algo raro.

Comieron con mucho apetito debido a los ejercicios del día, pero la comida era lo último en lo que pensaban. Guo Jing engulló la cena lo más rápido que pudo, para leer el mensaje de Loto en cuanto el sirviente recogiese los platos y se marchase.

Zhou Botong seguía haciéndose a la idea de que, involuntariamente, había inventado una forma de kung-fu invencible. Con aire distraído, cogió un *mantou* con la mano derecha mientras probaba unos cuantos movimientos de pugilismo con la izquierda. Él también quería acabarse la comida rápido, para volver al entrenamiento. Empezó a tomar sopa con la cuchara y a meterse el bollo en la boca, y luego se detuvo y se rió al darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—¡Una boca no puede comer de dos manos a la vez!

En opinión de Guo Jing, Zhou Botong estaba tardando mucho en acabar de comer. Pero, por fin, su hermano de juramento había acabado con los bollos y había engullido toda la sopa. El sirviente recogió los platos y se marchó. Guo Jing sacó la nota y rompió la cápsula de cera.

«Mi querido Guo Jing —rebosó alegría al ver la letra elegante de Loto—, mi padre y yo hemos hecho las paces. Le suplicaré que te libere. No te preocupes. No puedo ir a verte, pero pienso en ti todos los días. Loto.»

—Me aseguraré de que el Hereje deje que te vayas —dijo Zhou Botong tras leer el mensaje—. No tendrá elección. Y no le suplicaremos. Le obligaremos. Si se niega, lo encerraremos en esta cueva cinco... no, diez años... En realidad, no, no lo encerraremos. ¡No queremos que se le ocurra alguna técnica marcial fantástica como Manos Enfrentadas! —exclamó, y se alejó para practicar.

Mientras oscurecía, Guo Jing se sentó con las piernas cruzadas y los ojos cerrados para trabajar en su energía interna. Sin embargo, Loto seguía colándose en su mente, turbando su silencio y su paz interior. Tardó mucho más de lo habitual en expulsar todos sus pensamientos y preocupaciones. Al final fue capaz de canalizar el *qi* alrededor de su cuerpo. Entonces se le ocurrió una idea: «Mi fuerza interna debe trabajar de manera separada, como dos fuerzas diferentes, o los distintos movimientos de cada mano no contendrán sustancia alguna.»

Se presionó un lado de la nariz con el dedo e intentó respirar con una sola fosa nasal a un tiempo. Perseveró durante una hora. Satisfecho con el leve progreso que había logrado, fue volviendo al presente poco a poco. Fuera parecía que soplaba un fuerte viento. Abrió los ojos y vio una melena y una barba que revoloteaban en el aire nocturno.

Zhou Botong estaba practicando los setenta y dos movimientos del Puño Luminoso Vacío con la mano izquierda y un kung-fu de la secta Quanzhen con la derecha. Aunque los movimientos eran lentos, hendían el aire con un silbido que atestiguaba la gran fuerza que contenían.

Guo Jing lo observó admirado. Podía sentir el flujo instantáneo de

energía interna que recorría a Zhou Botong, pasando del brazo izquierdo al derecho y viceversa. Las acciones que llevaba a cabo con cada mano contenían toda su fuerza.

Al ver practicar al Granuja Cano, se dio cuenta de que cabía la posibilidad de que su idea de dividir la fuerza interna en derecha e izquierda no funcionase, pues el cuerpo contenía un solo conjunto de meridianos. Pero podía intentar dominar la técnica de transferencia de energía de Zhou Botong entre los dos lados del cuerpo. Si era capaz de impulsar su energía rápidamente, a voluntad, de izquierda a derecha y vuelta otra vez, lo cual no debería resultar difícil, podría alcanzar un efecto no muy distinto del de modificar la disposición de tropas en el fragor de la batalla.

—*¡Arg!*

Un grito hizo añicos la concentración de Guo Jing. Entonces oyó un fuerte golpe y vio un objeto largo y flexible chocando contra el tronco de un árbol. Cuando volvió a mirar a Zhou Botong, éste se bamboleaba.

—Hermano, ¿estás bien? —Guo Jing corrió a ayudarlo.

—Me ha mordido una serpiente venenosa. En el pie.

Zhou Botong se apoyó en los hombros de Guo Jing y volvió cojeando a la cueva. Se arrancó una tira de tela de la camisa y se la ató en torno al muslo para frenar el veneno que le ascendía por las venas.

Guo Jing se sacó la yesca y el pedernal de la camisa y los frotó para tener luz. Al ver a Zhou Botong le dio un vuelco el corazón. El brillo juvenil y rubicundo de su rostro había desaparecido. A causa de la mordedura, tenía la pantorrilla tan hinchada que era casi el doble de su tamaño normal.

—Nunca había visto serpientes venenosas en esta isla. ¿De dónde ha salido esa víbora? Esa bestia no me habría mordido si no hubiese tenido la concentración dividida para trabajar en dos…

La voz atronadora del Granuja Cano estaba empezando a temblar. Guo Jing supuso que su hermano de juramento seguía consciente sólo porque su avanzado kung-fu interno había ralentizado el avance del veneno. Tenía que impedir que se extendiese. Sólo se le ocurría una

forma de conseguirlo.

Se inclinó y succionó la herida.

—¡No! No lo hagas… o morirás.

Zhou Botong quería impedírselo, pero apenas sentía el cuerpo y no tardó en desmayarse.

En ese momento Guo Jing sólo pensaba en salvarle la vida a su hermano de juramento. Al cabo de casi media hora, había conseguido sacar la mayor parte del veneno y escupirlo en el suelo.

Una hora más tarde, Zhou Botong recuperó el conocimiento y pronunció con voz ronca lo que creía que eran sus últimas palabras:

—No viviré para ver el día de mañana. Me alegro mucho de tener un bondadoso hermano pequeño como tú.

Guo Jing notaba las lágrimas resbalándole por las mejillas. Hacía apenas unos días que conocía a ese hermano, pero sentía que llevaban décadas siendo los mejores amigos. No podía creer que el Granuja Cano estuviera a punto de morir.

—El *Manual de los Nueve Yin* se encuentra enterrado en un cofre de piedra, justo aquí, donde estoy acostado. Debería ser tuyo, pero no sobrevivirás a la noche por haber succionado mi veneno. Bueno, viajaremos al inframundo juntos. Al menos nunca más nos molestarán. Podemos seguir con nuestras peleas de cuatro hombres. ¡No, nuestras peleas de cuatro fantasmas! —Se carcajeó, y su dolor se convirtió en una euforia enloquecida—. ¡Apuesto a que los fantasmas de ahí abajo nunca han visto nada parecido!

A Guo Jing le desconcertaba que hablase de su muerte. Él se encontraba perfectamente. Encendió otra cerilla. Un velo de oscuridad cubría el rostro de Zhou Botong, extinguiendo su brillo infantil.

Al advertir la luz, Zhou Botong sonrió a Guo Jing, luego cogió aire con fuerza, sorprendido.

—¿Cómo es posible que a ti no te afecte el veneno? ¿Qué panacea mágica has tomado?

De pronto Guo Jing recordó a Liang Barbagrís.

—Quizá sea la sangre de pitón blanca que bebí una vez. Quizá me volviera inmune al veneno de serpiente.

Zhou Botong lo pensó un poco, pero no tardó en desmayarse de

nuevo. Guo Jing le masajeó y le apretó los puntos de acupresión, aunque no obtuvo ninguna respuesta de su hermano de juramento. Le palpó alrededor de la herida, que le ardía como el fuego, y la pierna se le había hinchado aún más.

Entonces oyó que su hermano murmuraba:

Por cuarta vez, el telar está listo,
para tejer un par de tórtolos que puedan echar a volar…

—Hermano, ¿qué has dicho?

Una lástima el pelo que encanece antes de tiempo, una lástima…

El Granuja Cano estaba delirando por culpa del veneno.

Guo Jing salió corriendo de la cueva, trepó al árbol más alto y gritó a la noche:

—¡Loto! ¡Loto! ¡Señor Huang! ¡Ayuda, por favor! ¡Ayuda!

Pero su voz no llegó a nadie. La isla de la Flor de Melocotón abarcaba varias docenas de *li*, y los aposentos de Huang el Boticario quedaban muy lejos de allí.

Al no oír respuesta alguna, Guo Jing corrió de vuelta a la cueva con una idea desesperada.

«A mí no me afecta. Quizá mi sangre repela el veneno.»

Tanteando en la oscuridad, encontró en el suelo el cuenco de beber de celadón que utilizaba Zhou Botong. Con la daga de oro que le había regalado Gengis Kan, se hizo un corte en el brazo izquierdo y lo sostuvo encima del cuenco. La herida no tardó en coagularse y se hizo otro corte.

Cuando el cuenco estuvo lleno, Guo Jing movió a Zhou Botong y apoyó la cabeza de su hermano de juramento en las rodillas. Le abrió la boca y le vertió la sangre dentro.

Debilitado por la pérdida de tanta sangre, Guo Jing se desplomó contra la pared de la cueva y no tardó en quedarse dormido. Lo despertó un ligero dolor en el brazo, sin saber cuánto tiempo llevaba dormido.

Alguien le estaba vendando la herida.

—Tú... ¡estás vivo! —Guo Jing parpadeó.

—¡Sí! ¡Ahora estoy bien! Has dado tu vida para salvar la mía. Los Fantasmas de la Impermanencia se han enojado muchísimo. Creo que no volverán a por mi alma en una buena temporada —dijo Zhou Botong, mientras alardeaba de su pierna hinchada, que ya no estaba ennegrecida por el veneno.

6

«Este hermano mío es un alma desinteresada. Succionó el veneno de mi herida sabiendo que podría matarlo. Por alguna razón, ¡él no murió, y yo, tampoco! ¿Cómo puedo devolverle el don de la vida? Ya no tengo más kung-fu que enseñarle.»

Este enigma tuvo a Zhou Botong preocupado todo el día, hasta que se fue a dormir.

Cuando Wang Chongyang, Doble Sol, había cogido el *Manual de los Nueve Yin*, no lo hizo para sacar provecho, sino para frenar la influencia destructiva del libro en el *wulin*. Así, declaró que ningún discípulo de la secta Quanzhen practicaría nunca el kung-fu que contenía. Por supuesto, Zhou Botong siguió rigurosamente la orden de su hermano marcial, pero tampoco pudo olvidar las palabras de la señora Huang: «Tu hermano marcial dijo que no podías aprender de este libro, no que no pudieras echarle un vistazo, ¿verdad?»

En los quince años de cautividad en la cueva de la isla de la Flor de Melocotón, Zhou Botong no había tenido otros libros ni nada que hacer. Hojear el manual era una forma de pasar el tiempo, así que, tras leerlo incontables veces, a esas alturas se lo sabía de cabo a rabo.

El primer volumen exponía teorías taoístas clave sobre cómo cultivar la fuerza interna, así como principios de kung-fu de puño y espada. El segundo volumen contenía todo tipo de técnicas marciales extrañas y maravillosas, desde métodos para practicarlas hasta modos de derrotarlas. Supo que la señora Huang le había mentido cuando lo describió como un libro sobre adivinación y el arte de decir la

buenaventura.

Obsesionado con las artes marciales, Zhou Botong se moría de ganas de aprender el kung-fu del manual. No ambicionaba ser aclamado como el mejor luchador de artes marciales del mundo o utilizar las habilidades para vengar los agravios que había sufrido. Sólo lo motivaban la pasión y la curiosidad por todo lo que estuviera relacionado con el mundo marcial. Quería sentir con su cuerpo lo poderoso que era el kung-fu del manual.

Sabía que los movimientos que contenía debían de ser mágicos. Después de todo, Huang Shang había leído todo el *Canon taoísta de diez mil longevidades* —un total de cinco mil cuatrocientos ochenta y un volúmenes— y había pasado cuarenta años concibiendo modos de superar todo el kung-fu con el que se había topado. Él también había oído que Viento Oscuro Doblemente Infame aterrorizaba al *jianghu* con sólo dos series de artes marciales procedentes del segundo volumen. ¡Qué no haría él si aprendiese lo registrado en todas sus páginas!

Aunque había leído y pensado en el manual todos los días de la última década y media, nunca había intentado reproducir los movimientos que describía, por respeto a su hermano marcial.

Aun así, estaba deseando ver el manual en acción.

Al despertar a la mañana siguiente, se le ocurrió una idea brillante: «Oficialmente, Guo Jing no es un discípulo de la secta Quanzhen: ¡puedo enseñarle el *Manual de los Nueve Yin*! Una vez que lo haya aprendido todo, puede mostrármelo él a mí, un movimiento tras otro. ¡Él habrá adquirido el kung-fu más poderoso conocido en el mundo marcial, y yo por fin podré satisfacer mi curiosidad sin desobedecer el último deseo de mi hermano marcial!»

Congratulándose por la idea que había tenido, soltó una risita.

—¡Sí! ¡Es el plan perfecto!

—¿Qué plan?

Zhou Botong sonrió y se disponía a revelarle su magnífica idea cuando recordó que Guo Jing consideraba maléfico el manual, debido a Viento Oscuro Doblemente Infame.

«¡Puedo enseñarle sin decírselo! —Le sobrevino otro momento de

inspiración—. Odia el manual porque sólo ha visto los modestos movimientos que Viento Oscuro Doblemente Infame aprendieron del segundo tomo. No sabe que el cultivo del *qi* se describe en el primer tomo. No sabe que el manual trata de una práctica marcial honorable y correcta. Sólo se lo diré cuando lo haya aprendido todo. Entonces pueden cogerle todos los berrinches que quiera, pero ¡no conseguirá que su cuerpo olvide los movimientos que ha adquirido!»

A Zhou Botong le importaba poco si la gente lo amaba o lo detestaba, lo insultaba o lo elogiaba. Nada le hacía más feliz que gastar una broma a alguien… y aprender kung-fu. Adoptó una expresión seria y puso su plan en marcha.

—Hermano, he inventado muchas otras técnicas de kung-fu durante estos años atrapado en esta cueva. ¿Qué te parece, quieres que comparta un poco más contigo? De todos modos, no tenemos mucho más que hacer.

—Eres muy amable por ofrecerte, pero Loto ha dicho que está pensando en un modo de liberarnos.

—Bueno, ¿nos ha liberado ya?

—Eh… no.

—¿No puedes aprender unos cuantos movimientos más mientras esperas?

—¡Por supuesto!

«¡No seas impaciente! ¡Has caído directo en mi trampa!» Por dentro, Zhou Botong lloraba de la risa. Para tranquilizarse se dijo una y otra vez que su víctima se beneficiaría enormemente y nadie resultaría herido en el proceso.

Poniendo su expresión más solemne, el Granuja Cano comenzó con el primer tomo del *Manual de los Nueve Yin*, seleccionando varias teorías taoístas para compartirlas con Guo Jing. Naturalmente, el joven se esforzó en comprenderlas, pero Zhou Botong encontró en su interior un pozo de paciencia que no sabía que poseía, y lo explicó todo al detalle de un modo dolorosamente lento.

Cuando hubo cubierto lo básico, Zhou Botong pasó al segundo tomo, que detallaba métodos de entrenamiento y contraataques para una variedad de movimientos de kung-fu. Antes de cada lección,

echaba un vistazo al manual y refrescaba la memoria, pero se aseguraba de hacerlo a escondidas para no despertar las sospechas de Guo Jing.

Hasta entonces nunca se habían enseñado las artes marciales de ese modo, ni volverían a enseñarse después. El instructor no conocía los movimientos; se limitaba a explicarlos verbalmente, y ni en una sola ocasión levantó una mano para hacer una demostración.

Una vez que Guo Jing hubo dominado varios movimientos del manual, Zhou Botong entrenó con él utilizando el kung-fu de Quanzhen. Resultó embriagador experimentar su poder. El Granuja Cano advirtió que las técnicas registradas en el manual a menudo eran superiores a sus propias técnicas de Quanzhen.

Ni siquiera cuando ya llevaba varios días aprendiendo el kung-fu del *Manual de los Nueve Yin*, Guo Jing sospechó ni por un momento de la fuente del conocimiento marcial. Zhou Botong había empezado a reír mientras dormía, encantado de cómo estaba yendo todo.

Las comidas siempre incluían uno de los platos favoritos de Guo Jing, preparado con cariño por Loto. Aunque todavía no había ido a verlo, el gesto era tranquilizador. Podía dedicarse a aprender kung-fu en cuerpo y alma.

Las cosas se pusieron interesantes cuando Zhou Botong hizo que Guo Jing probara el Agarre Demoledor. Le dijo al joven que concentrara su espíritu, canalizara su *qi* y agujereara la pared de roca con los dedos.

Tras varios intentos, Guo Jing se volvió hacia Zhou Botong.

—Hermano, ¿esto procede del *Manual de los Nueve Yin*? Vi hacer algo similar a Ciclón Mei. Se lo hizo a alguien vivo, hundiéndole los dedos en el cráneo... ¡fue brutal!

—¿Cómo puedes comparar el movimiento infernal de Ciclón Mei con mi invención ortodoxa? A menudo hay formas similares en el kung-fu, pero sus raíces difieren. ¡Eso es lo que realmente importa!

Zhou Botong tomó nota mentalmente de que debía evitar ese movimiento. Al mismo tiempo, se compadeció de Ciclón Mei, por su malinterpretación y su ignorancia de las virtudes del manual.

«¡Qué mujer más tonta! —pensó—. Sí, es verdad que el texto dice:

“La fuerza fluye a través de los dedos, nada puede interponerse en su camino; machácale el cráneo al enemigo, como si desmenuzaras tierra putrefacta.” ¡Es más una metáfora que una instrucción literal! ¡No está diciendo que hay que hundir los dedos en el cráneo del enemigo!»

El primer tomo del *Manual de los Nueve Yin* explicaba con claridad que se fundaba en los conceptos taoístas de la armonía, el desinterés y la unión con la naturaleza, y que el kung-fu que contenía se suponía que debía expulsar el mal y alimentar la vida.

Sus páginas registraban algunos movimientos brutales porque, para aprender los contraataques, era importante conocer a fondo sus oscuros entresijos. Por supuesto, como Ciclón Mei nunca había tenido acceso al primer tomo, no se dio cuenta de que se había pasado la vida aprendiendo algo retorcido y equivocado.

—Probemos algunos ejercicios de kung-fu interno —dijo Zhou Botong para que Guo Jing se olvidara de Ciclón Mei, al menos por el momento.

Citó las primeras líneas del manual e hizo que el joven las repitiera hasta que se las hubo aprendido de memoria. Una vez que Guo Jing dominara el primer tomo, tendría una base que le permitiría progresar en el kung-fu del segundo tomo de una manera natural. No volvería a asociar nada con Ciclón Mei.

Guo Jing apenas comprendía el significado del pasaje que acababa de memorizar, pues todas las frases eran muy complejas y todos los caracteres se hallaban imbuidos de una resonancia excesiva. En su confusión, le contó a Zhou Botong que Cuenta Hasta Siete le había dicho que se aprendiera de memoria las teorías subyacentes a la Palma Domadora de Dragones y que de momento no se preocupase por su significado o sus aplicaciones, pues eran demasiado complejos para que los entendiera.

Ese método venía como anillo al dedo a los propósitos de Zhou Botong. Así que, durante los siguientes días, leyó el manual a Guo Jing, línea a línea. El joven repetía las palabras una y otra vez, varias decenas de veces, hasta que se le quedaban grabadas en la mente. Pronto pudo recitar una buena parte del tratado marcial, aunque apenas entendía una fracción de éste.

Así las cosas, llegaron al fragmento final del manual, una sección de más de mil caracteres incomprensibles que parecían conformar un conjuro. Zhou Botong lo había leído cientos de veces, pero no le encontraba ni pies ni cabeza. Aun así, le diría a Guo Jing que memorizase aquel galimatías. Quizá cuando lo lograra él habría resuelto cómo explicar el pasaje al joven.

Armándose de paciencia, Zhou Botong fue suministrándole un fragmento tras otro del texto. Si le daba algunos caracteres de más, el joven olvidaba lo que ya había aprendido. Guo Jing se lo tragó entero, sin comentarios, pero incluso su mente dócil comenzó a preguntarse por su significado.

—El propósito del cielo aún no puede ser revelado —respondió Zhou Botong crípticamente—. De momento sólo tienes que aprenderlo.

Memorizar ese conjunto de caracteres sin sentido era cien veces más difícil que comprender cualquiera de los movimientos o teorías marciales que conocía. Pero Guo Jing siempre se enfrentaba a los retos con determinación, sin miedo. Todo lo que había aprendido, lo había aprendido trabajando arduamente, sin cuestionar su sentido o su finalidad. Era el único modo que conocía. Aunque no había ancla semántica a la que agarrarse, leyó el pasaje en voz alta —*mahaparas gatekras hahoramanpayas*— mil veces, hasta que los sonidos se convirtieron en una parte inseparable de él.

Cuando Guo Jing hubo aprendido todo el manual de memoria, Zhou Botong lo guió en el cultivo de la fuerza interna, según los métodos descritos en el primer tomo. Tal como había previsto el Granuja Cano, nada volvió a recordarle a su alumno el *Manual de los Nueve Yin* de Ciclón Mei.

Para Guo Jing, ese nuevo adiestramiento estaba en la misma línea que el que recibiera de Ma Yu, salvo que era más complejo y difícil de comprender. De algún modo, tenía sentido, pues al fin y al cabo Zhou Botong era el tío marcial de Ma Yu, por lo que era normal que sus conocimientos marciales fueran más avanzados. Recordó también las preguntas que Ciclón Mei había hecho sobre los secretos del *neigong* taoísta mientras la cargaba a la espalda y luchaban juntos en la

residencia del príncipe de Zhao. Como Mei no sabía nada de taoísmo, Guo Jing no podía asociar lo que Zhou Botong le hacía recitar con el *Manual de los Nueve Yin* que él había visto en acción.

Aun así, Guo Jing advirtió que a su hermano de juramento le brillaban los ojos durante las lecciones, pero no le dio importancia achacándolo a su temperamento travieso. No tenía ni idea de que estaba siendo víctima de una broma rebuscada.

Cuando Guo Jing hubo concluido el entrenamiento de la mañana, abrió el almuerzo y encontró un bollo *mantou* con la leve marca de una calabaza. Lo cogió y se encaminó al bosque.

«Guo Jing, el Veneno del Oeste le ha pedido mi mano a mi padre, en nombre de su sobrino. Mi padre ha dado su con...» La nota se cortaba. La habían metido a toda prisa en la bolita de cera.

Guo Jing tenía claro que la palabra incompleta era «consentimiento». Le mostró el mensaje a Zhou Botong cuando se fue el criado, pero a su hermano no pareció importarle en absoluto.

—No es asunto nuestro que el Hereje haya decidido casarla, ni con quién.

—¡Pero ella sólo quiere estar conmigo! Debe de estar desolada.

—Si te conviertes en esclavo de una mujer, quedas excluido de un mundo entero de hallazgos marciales maravillosos. —Por una vez, Zhou Botong vació antes de pronunciar sus palabras siguientes—. Yo... Siempre me he arrepentido. Mi buen hermano, confía en mí, es mejor que te mantengas alejado.

Guo Jing estaba exasperado. Su hermano de juramento no iba a ofrecerle ninguna ayuda. Éste siguió hablando sin parar.

—Si me hubiera mantenido virgen, habría aprendido un kung-fu realmente increíble de mi hermano marcial. El Hereje no habría sido capaz de retenerme en esta maldita isla.

»Mira cómo estás, sólo de pensar en esa chica te has distraído. No vas a conseguir nada con la práctica de hoy. Si de verdad acabas casándote con la hija del Hereje... —Suspiró con aire teatral—. Fue una lástima. ¡Qué pena! Por aquel entonces, yo sólo... No tiene sentido hablar de ello. Tú hazme caso, si una mujer te pone las garras encima, no llegarás lejos con tu kung-fu. Y, por si eso no fuera bastante malo,

también acabarás traicionando a tus amigos…

»Y ofendiendo a mi hermano. No iban a matarme. Ellos querían entregármela. Por supuesto, yo no podía aceptarla. Pero, tras rechazarla, no podía quitármela de la cabeza… Me pregunto si sigue…

»Confía en mí. No mires a una mujer a la cara. Y jamás toques su cuerpo. Nunca les enseñes nada acerca de los puntos de acupresión. Nunca dejes que toquen los tuyos. Es una trampa…

»Nunca jamás tomes a una mujer por esposa. Nunca, nunca, nunca…

Guo Jing estaba harto de los desvaríos de Zhou Botong.

—Lo de casarnos o no es otro asunto. ¡Primero tienes que ayudarme a rescatarla!

—El Veneno del Oeste es un mal bicho. Sospecho que su sobrino está cortado por el mismo patrón. La hija del Hereje es bonita, pero apuesto a que es como su padre. El sobrino del Veneno lo pasará mal si se casa con ella. Y nunca será capaz de practicar ningún kung-fu que requiera un cuerpo puro. Eso matará dos pájaros de un tiro. ¡Acabará con lo peor de ambos mundos! —dijo Zhou Botong entusiasmado.

Gimiendo de frustración, Guo Jing se adentró con paso airado en el bosque.

«La encontraré —se prometió a sí mismo—. No me importa si muero en el intento, la encontraré.»

Desde los árboles les llegó el eco de un chillido. Dos puntos blancos bajaron en picado desde el cielo. ¡Los cóndores! Guo Jing les hizo señas con los brazos.

Cuando se posaron, advirtió que una de las aves llevaba una caña de bambú atada al talón.

La desató rápidamente y encontró otra nota de Loto, escrita con prisas.

El Veneno del Oeste no tardaría en llegar con su sobrino, y su padre la vigilaba de cerca, prohibiéndole cocinar para Guo Jing o abandonar sus aposentos. Si no encontraba una forma de salir de aquel aprieto, se quitaría la vida para mantenerse fiel a su amor.

«Por favor, no vengas a buscarme —suplicaba al final—, toda la isla de la Flor de Melocotón está sembrada de trampas y peligros.»

Guo Jing se quedó mirando la nota; luego, con la daga dorada,

grabó «Vivir juntos, morir juntos» en la caña de bambú, que ató a la pata del cóndor. Las magníficas criaturas desplegaron las alas, alzaron el vuelo y trazaron varios círculos en el aire antes de poner rumbo al norte.

Guo Jing se sentó a practicar su energía interna. Ahora que había transmitido a Loto su decisión de vivir y morir por su amor, la inquietud y la frustración que había sentido antes menguaron. Al cabo de un rato fue a buscar a Zhou Botong para que le impartiera la lección del día. Se pasó los días siguientes consolidando las palabras que había memorizado y escuchando las explicaciones de Zhou Botong. Su hermano insistía en que aún no había llegado el momento de poner en práctica dichas palabras, para no despertar las sospechas de Guo Jing.

El joven aceptaba las instrucciones con docilidad. Para cualquier otro estudiante de artes marciales habría sido imposible aprender el método de entrenamiento sin ponerlo en práctica, pero Guo Jing siempre había sido un alma honesta. Incluso cuando estaba aprendiendo de los Seis Fenómenos del Sur, había seguido lo que le decían al pie de la letra, sin cuestionar jamás las decisiones de sus maestros. Ahora le mostraba la misma obediencia a Zhou Botong, recitando el texto que le enseñaba, una y otra vez, cientos de veces, incluido ese pasaje disparatado, con su *mahaparas*, *gatekras* y *hahoramanpayas*. Enseguida, Guo Jing consiguió repetirlo sin cometer un solo error. Zhou Botong tuvo que admitir que él no habría sido capaz de aprenderlo. Le impresionaba la perseverancia del chico.

Cayó la noche. El cielo estaba excepcionalmente despejado. El mar brillaba con intensidad a la luz de la luna. Guo Jing acababa de practicar con Zhou Botong y estaban descansando en el suelo, charlando acerca de nada en particular.

No se había dado cuenta de lo mucho que había mejorado su kung-fu en los últimos días, pero Zhou Botong no le quitaba ojo. El Granuja Cano estaba seguro de que no sería capaz de vencer a su hermano pequeño una vez que éste hubiera asimilado todo el kung-fu del manual. Incluso Huang el Boticario y Cuenta Hasta Siete Hong probablemente tendrían problemas para derrotarlo.

De repente se oyó un susurro procedente de la maleza, y los arbustos se movieron. Zhou Botong se levantó de un salto.

—¡Serpientes! —gritó.

El sonido fue creciendo; ahora les llegaban oleadas de siseos. Zhou Botong corrió atemorizado al interior de la cueva, completamente desquiciado. La visión de tantas serpientes lo había dejado lívido.

—Quédate dentro, echaré un vistazo —dijo Guo Jing, y comenzó a bloquear la boca de la cueva con grandes rocas.

—¡Ten cuidado! ¡Vuelve rápido! —Zhou Botong se había calmado un poco, pero le temblaba la voz—. En realidad, ¿qué tienes que ver? ¿Cómo puede haber tantas serpientes? No he visto ni una en quince años. El Hereje puede imaginarse que es omnipotente, pero, en verdad, ni siquiera puede evitar que esas criaturas horribles infesten su pequeña isla. ¿Qué será lo próximo que veamos? ¿Tortugas, víboras y escorpiones reptando por todas partes? Se avecina algo terrible.

9

Las tres pruebas

1

Guo Jing siguió el sonido varias decenas de pasos y vio avanzar a una masa de serpientes verdes. Eran miles. Las escamas destellaban a la luz de la luna.

Entre ellas caminaban diez hombres vestidos de blanco de los pies a la cabeza y armados de varas con las que arreaban a las serpientes y recobraban a las descarriadas.

«¿Significa esto que ha llegado el Veneno del Oeste? ¿Qué piensan hacer con las serpientes?» La imagen lo sorprendía y asqueaba a un tiempo.

La columna de serpientes se abrió paso hacia el norte a través del bosque, guiada por los sirvientes mudos de Huang el Boticario. Por suerte, los árboles proporcionaban una buena cobertura y los hombres de blanco no parecían tener adiestramiento marcial. Guo Jing fue capaz de avanzar con sigilo sin que lo detectasen.

Al cabo de varios *li*, dieron la vuelta a una colina y llegaron a un gran claro cubierto de hierba. Alguien emitió un silbido, y las serpientes se detuvieron y se enroscaron, con la cabeza triangular levantada en dirección al bosque de bambú y hacia el norte.

Guo Jing no podía arriesgarse a ser descubierto, así que permaneció en el bosque, lo bordeó por el este y luego se dirigió al norte a toda prisa. Se detuvo en la linde de la espesura y aguzó el oído —reinaba el silencio—, y acto seguido atravesó la densa vegetación de puntillas.

Pronto atisbó un pabellón construido con el mismo tipo de bambú que crecía en derredor. Encima de uno de los arcos había una placa horizontal con tres caracteres que brillaban a la luz de la luna:

«Pabellón de la Prueba de la Espada.» Debajo del letrero, un pareado colgaba de las columnas, enmarcando la entrada.

Levísimas flores de melocotón caen en cascada cuando la espada vuela,
la marea del verde mar sube mientras la flauta de jade suena.

Dentro del pabellón había una mesa flanqueada de sillas a juego, también de bambú. Tenían una pátina brillante, adquirida a lo largo de años de uso, que resplandecía cálidamente a la luz de la luna. Pinos centenarios se alzaban a ambos lados del pabellón. Las ramas, retorcidas y llenas de nudos, alcanzaban varios *zhang* de altura.

Frente a aquella serena imagen pastoril, miles de serpientes balanceaban la cabeza y meneaban la lengua. Las habían dispuesto en dos columnas dejando un pasillo en medio, por el que avanzaba un grupo de mujeres, también vestidas de un blanco impoluto, portando faroles de seda roja. A unos pasos de ellas caminaban dos hombres. El primero, con un abanico plegable en la mano, llevaba una túnica de seda blanca bordada con hilo de oro.

Guo Jing lo reconoció de inmediato.

¡Ouyang el Galante!

Cuando el Maestro del Monte del Camello Blanco se acercó al bosquecillo de bambúes, anunció:

—El maestro Ouyang del Oeste saluda al señor de la isla de la Flor de Melocotón.

«Así que han organizado todo este despliegue para el Veneno del Oeste», se dijo Guo Jing, fijándose en el último hombre de la procesión.

Él también iba vestido de blanco. Pese a que la luna perfilaba su figura alta y ancha de espaldas, un velo de oscuridad le cubría el rostro. Cada dos pasos golpeaba el suelo con la vara.

Cuando los invitados tomaron posición entre su séquito, dos figuras surgieron de los bambúes.

Guo Jing reprimió un grito a duras penas.

Loto caminaba de la mano de su padre hacia los invitados.

Víbora Ouyang dio un paso al frente, juntó las manos y se inclinó, en un gesto de respeto que Huang el Boticario enseguida devolvió.

Ouyang el Galante, entretanto, se había arrodillado y tocó el suelo con la cabeza cuatro veces mientras decía:

—Ouyang el Galante se prosterna ante padre y le desea una paz dorada.

—No hace falta tanta ceremonia. —Huang el Boticario tendió la mano para ayudar a Ouyang el Galante a ponerse en pie.

Al oír ese intercambio de palabras, a Guo Jing se le revolvió el estómago.

Huang el Boticario colocó la mano derecha en el brazo izquierdo de Ouyang el Galante. Ambos sabían que aquel gesto aparentemente cordial era una forma de poner a prueba el kung-fu del joven.

Ouyang el Galante estaba preparado, y contuvo su *qi* para estabilizar el cuerpo. Esperaba que pudiera sostenerse en pie sin problemas, pero su cuerpo se sacudió involuntariamente en el instante en que Huang el Boticario lo levantó.

—¡Ah! —Un grito se le escapó de los labios al precipitarse al suelo de cabeza, dando patadas en el aire.

En un abrir y cerrar de ojos, Víbora Ouyang colocó su vara en horizontal, de manera que rozó la espalda de su sobrino e hizo palanca para que se enderezara. El joven aterrizó de pie.

—Vaya, vaya, hermano Boticario, ¿estás intentando que tu yerno dé una voltereta en su primer encuentro? —Víbora Ouyang se carcajeó.

Aquellas palabras ásperas tenían un dejo metálico que hirió los oídos de Guo Jing.

—Me gustaría medir su destreza. He oído que se unió a un grupo de maestros marciales en contra de mi discípula ciega y también que utilizó las serpientes contra mi hija.

Víbora Ouyang dejó escapar otra carcajada.

—Eso fueron cosas de niños, querido hermano; no te lo tomes a pecho, por favor. —Hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Crees que este hijo mío merece a tu preciosa hija? —Y, sin esperar respuesta, añadió—: Hermano Boticario, tengo que reconocerte el mérito de haber criado a semejante preciosidad.

El Veneno volvió la vista hacia Huang Loto y la evaluó con la cabeza inclinada. Luego se sacó una caja de brocado de la túnica. Levantó la tapa y dejó ver una esfera de un amarillo apagado, del tamaño de un huevo de paloma, sobre un lecho de seda.

—Este amuleto está hecho de cuerno de rinoceronte y dragón terrestre. —Mostró el sencillo objeto a Loto—. Si lo llevas encima, no habrá veneno que pueda hacerte daño. Está hecho de las bestias más raras del oeste, templado a fuego junto con preciadas hierbas medicinales. Es el único ejemplar del mundo. Con esto, no debéis temer a las serpientes y los insectos cuando vengáis a vivir con nosotros. —Le tendió la caja a Loto—. Vuestro padre sin duda despreciará este regalo de pueblerinos. No puede compararse con los tesoros que él ha visto y adquirido en sus viajes, pero este amuleto tiene su utilidad.

Para un hombre cuya especialidad eran todas las criaturas venenosas, ese regalo de compromiso tenía intención de acallar cualquier sospecha que Huang el Boticario pudiera albergar acerca del motivo del casamiento.

Cuando Víbora Ouyang ofreció el regalo, salió también de las sombras. Guo Jing pudo por fin ver la cara del hombre del que tanto había oído hablar.

Tenía la nariz orgullosa y flanqueada por unos ojos hundidos. Su mirada era tan incisiva como el rayo y el filo de un cuchillo. El cabello le enmarcaba la cara, y su barba era de un amarillo parduzco muy distinto de los tonos más oscuros habituales entre las gentes de las Llanuras Centrales.

Guo Jing advirtió el parecido entre tío y sobrino. El rostro de Ouyang el Galante era un eco refinado de las facciones toscas pero, aun así, atractivas del hombre mayor.

Durante el discurso de Víbora Ouyang, Guo Jing no paraba de decirse a sí mismo: «Loto no me fallará. Nunca aceptará tu regalo…»

Pero, cruelmente, la joven incumplió sus expectativas al extender la mano con un jovial «¡Gracias!» y ofreció al Veneno su sonrisa más seductora.

Ouyang el Galante posó la mirada en la piel blanca como la nieve

de Loto y en aquella belleza propia de una flor, y quedó deslumbrado. Parecía estar flotando de felicidad.

«Ahora que estamos prometidos, la actitud de Loto ha cambiado por completo», observó complacido.

Entonces Ouyang el Galante captó un brillo dorado en el aire.

—¡Oh, no! —masculló, y se dobló hacia delante en un Puente de Hierro; su efímero júbilo había sido acribillado brutalmente.

—Pero ¿qué haces? —vociferó Huang el Boticario. Sacudió la manga izquierda, apartando las agujas de acero bañado en oro que había lanzado Loto. Con la otra mano la golpeó en el hombro.

—¡Sí, mátame, papá! —La joven rompió a llorar—. Prefiero morir a casarme con este depravado.

Víbora Ouyang le puso el amuleto en la mano a Loto y detuvo el golpe de Huang el Boticario con una sonrisa.

—Vuestra encantadora hija sólo estaba poniendo a prueba las habilidades marciales de mi sobrino. —Su risa falsa resonó de nuevo.

Por supuesto, Huang el Boticario no tenía ninguna intención de hacer daño a su hija. Víbora Ouyang dejó que el brazo le pasara por delante sin reunir ninguna fuerza interna.

Ouyang el Galante sentía un dolor sordo y palpitante a la izquierda del pecho cuando se enderezó.

«Se me habrán clavado algunas agujas —pensó—. Tengo que actuar como si no hubiese pasado nada, aunque no quiere casarse conmigo.»

Se concentró en ocultar el dolor y suprimir la vergüenza que le teñía el semblante.

—Hermano Boticario, me honra que sigáis teniéndome en tan alta estima años después de que nos separáramos en el monte Hua. —Víbora Ouyang seguía sonriendo amargamente—. No sabes cuánto me complació que aceptarais la petición de mi sobrino. Si vuestro hermano, aquí presente, puede serviros de algo, sabéis que no nos negaremos.

—Nadie se atrevería a causar problemas al Veneno. —Huang el Boticario respondió con la misma cortesía exagerada—. Venid, enseñadnos las excepcionales habilidades marciales que habéis adquirido en las Regiones Occidentales estos últimos años.

Intrigada, Loto dejó de llorar y se inclinó hacia su padre. Le fascinaba la vara retorcida que portaba Víbora Ouyang.

Negra como la noche más oscura, el arma, forjada en hierro, tenía un grosor poco habitual. Un hombre sonriente coronaba el bastón, enseñando los dientes afilados. Los colmillos blancos destellaban a la luz de la luna.

—Mis conocimientos marciales siempre han estado por debajo de los tuyos, y llevo años sin entrenar. Ahora serán muy inferiores —dijo Víbora Ouyang—. No obstante, dado que somos familia, me encantaría tener la oportunidad de quedarme unos días, para entrenar y aprender de ti.

La falsa modestia irritaba a Huang el Boticario. No creía que el Veneno del Oeste hubiese cambiado en lo fundamental en el transcurso de esos años. Era bien sabido que sus palabras eran dardos camuflados. Un hombre tan orgulloso nunca reconocería que era menos capaz que otro.

Huang el Boticario se había sentido halagado al recibir al emisario de Víbora Ouyang para pedir la mano de Loto en nombre de su sobrino. Le complació que uno de sus escasos pares marciales le hubiese escrito un mensaje tan humilde. Dio por sentado que su futuro yerno sería una figura formidable entre luchadores de artes marciales más jóvenes, dado que lo había entrenado el mismo Víbora Ouyang.

También conocía bien a su hija. Estaba acostumbrada a salirse con la suya. Si superaba a su esposo en destreza marcial, se mostraría dominante y difícil.

Aunque sabía que el panegírico que el emisario había hecho sobre los conocimientos literarios del joven había que tomárselo con pinzas, Huang el Boticario estaba seguro de que cualquier hombre sería más listo y menos odioso que el chico que le gustaba a su hija.

Pensar en Guo Jing sacaba de quicio al Hereje. Siempre había imaginado que su yerno sería una mente brillante como él mismo o como su hija.

¿Cómo iban a endilgarle a Huang el Boticario, el hombre más instruido del *jianghu*, a un ignorante como Guo Jing? No sería él quien provocara las burlas y el escarnio del mundo marcial con semejante

hijo.

Además, el muchacho había matado a Huracán Chen.

Sí, robar el *Manual de los Nueve Yin* era imperdonable, pero un hombre marcial no debería morir a manos de un niño sin formación. Toda la ira que sentía hacia su discípulo muerto se redobló y redirigió a Guo Jing.

Huang el Boticario se consideraba por encima de las convenciones, pero era un hombre orgulloso al que todavía le pesaban el linaje y la reputación. Creía que un hombre de la talla marcial, social e intelectual de Ouyang el Galante sería un buen partido para su hija y apropiado para su estatus.

Por primera vez, había ignorado lo que Loto quería y había dado su consentimiento al emisario de Víbora Ouyang en el acto, pero estar en presencia de Víbora Ouyang despertó una vez más las sospechas de Huang el Boticario. Recordó la astucia del Veneno. No creía que aquel maestro marcial hubiese abandonado su kung-fu de Sapo Explosivo por completo, después de que lo hiriera Wang Chongyang, Doble Sol.

—Nuestros invitados de honor han hecho un largo viaje hasta aquí. Me gustaría tocar una canción para daros la bienvenida —dijo Huang el Boticario al tiempo que se sacaba la flauta *xiao* de la manga.

Víbora Ouyang esbozó una sonrisa —«¿Quieres poner a prueba mi kung-fu?»— e hizo un gesto casi imperceptible con la mano izquierda.

Las mujeres de blanco se adelantaron lentamente y se prosternaron ante Huang el Boticario. Todas eran de tez clara e inusualmente altas. Algunas eran rubias de ojos verdes, otras tenían el cabello castaño y los ojos grises. Eran muy distintas a las mujeres de las Llanuras Centrales, pero nadie podía negar que todas eran bellezas voluptuosas.

—Te he traído treinta y dos vírgenes, querido amigo. Envié a mis hombres a buscarlas por todo el oeste e invité a profesores de renombre para que las instruyeran en las artes del canto y la danza. Ahora pueden presentar una actuación pasable. Por favor, acepta este humilde regalo de un viejo amigo. Aunque, por supuesto, las mujeres de las Regiones Occidentales no pueden compararse con las bellezas del sur —dijo Víbora Ouyang.

—Debo decir que nunca he disfrutado de tales diversiones. Desde

que falleció mi esposa, las mujeres hermosas de este mundo significan poco para mí. No puedo aceptar un regalo tan generoso del hermano Víbora.

—Tampoco te hará ningún daño quedártelas, ¿no? Para matar el tiempo y para entretener los ojos y los oídos.

Víbora Ouyang dio tres palmadas. Ocho mujeres sacaron sus instrumentos musicales y comenzaron a tocar. Su música sonaba extraña a oídos sureños.

Las veinticuatro que quedaban empezaron a bailar. Las bailarinas de la primera fila se inclinaron, mientras las de atrás se erguían. Unas giraron a la izquierda, otras a la derecha, cada cuerpo sumamente flexible, cada uno sincronizado a la perfección con el siguiente. Estirando los brazos, un movimiento ondulado se extendía desde las yemas de los dedos de la mano izquierda a los de la derecha. El efecto imitaba el movimiento de una serpiente.

La danza recordó a Loto el Puño de la Serpiente Sagrada de Ouyang el Galante. Echó un vistazo y lo encontró mirándola. Era sin duda el hombre más repugnante que conocía. La ira que sentía hacia su padre la invadió una vez más.

¡Cómo se atrevía a interceptar sus agujas! Se preguntó qué podía hacer para desbaratar aquel matrimonio concertado. Le vino a la mente la antigua estrategia «Retirar la leña para enfriar un caldero que hierve».

Sería un recurso drástico... Pero, si podía deshacerse de él para siempre, entonces, ¡aunque su padre la obligara, Ouyang no andaría cerca para cumplir con su palabra!

Ya se sentía menos desesperada. Una sonrisa sustituyó al ceño en su rostro. Ouyang el Galante advirtió el cambio y pensó que Loto se estaba inclinando a su favor. Durante un momento, se olvidó del dolor del pecho.

El baile se había vuelto más apresurado y seductor. Las manos planeaban de manera sensual sobre los pechos y las caderas. Las mujeres se balanceaban y se meneaban como si estuvieran desnudándose y realizando actos íntimos.

Huang el Boticario las observaba con una media sonrisa y se llevó la

flauta a los labios. Con las primeras notas las bailarinas se estremecieron y perdieron la sincronización. Unos acordes después las mujeres ya seguían la melodía de la flauta del Boticario.

Las músicas también habían abandonado su melodía y se pusieron a tocar al son de Huang el Boticario. Los pastores de las serpientes también estaban afectados, corrían y saltaban entre su rebaño. Incluso Ouyang el Galante sintió que le daba un vuelco el corazón.

Disgustado con la interrupción, Víbora Ouyang aplaudió ruidosamente, y al hacerlo la mujer que tenía más cerca despertó del hechizo de la música y le tendió una cítara *zheng* de hierro. Él la rasgueó varias veces, y los tañidos agudos se impusieron a los susurros etéreos de la flauta. Sonaba como un duelo de espadas de dos guerreros a caballo.

—Venga, toquemos juntos —dijo Huang el Boticario.

En el momento en que se apartó la flauta *xiao* de los labios, la convulsiva danza se ralentizó.

—Tapaos los oídos. El señor Huang y yo vamos a interpretar un dueto —anunció Víbora Ouyang.

El galán Ouyang había venido preparado, y se había metido algodón en los oídos. Su séquito arrancó tiras de tela de la túnica para hacerse tapones. Se vendaron la cabeza con varias capas de tela para impedir que el mínimo sonido se abriera paso a través de sus oídos.

—Es un verdadero honor que mi padre toque para vosotros. ¡Cómo os atrevéis a insultarlo así! —le gruñó Loto a Ouyang el Galante.

—No está siendo descortés —le dijo Huang el Boticario a su hija—. Ha oído mi canción una vez; está mostrando que se conoce a sí mismo. Y me temo que tú tampoco eres capaz de apreciar la excepcional cítara del tío Ouyang. —Se sacó un pañuelo de seda de la camisa, lo rasgó en dos y le cubrió los oídos a Loto.

Guo Jing, picado por la curiosidad, se acercó de puntillas, ansioso por escuchar la melodía de Víbora Ouyang.

—Vuestras serpientes no pueden protegerse —dijo Huang el Boticario al tiempo que hacía una seña a un sirviente.

El hombre hizo un gesto de la mano al primer pastor de serpientes para indicarle que lo siguieran. Víbora Ouyang asintió y los pastores

silbaron y se llevaron a las serpientes detrás del criado, aliviados por alejarse de allí.

—Espero que mi querido hermano Boticario se muestre comprensivo si mi actuación no da la talla.

Víbora Ouyang se sentó con las piernas cruzadas en una roca. Se puso la cítara en equilibrio encima de las rodillas y cerró los ojos para reunir su *qi*. A continuación rasgó las primeras notas con la mano derecha.

El *zheng* era conocido por su tañido melancólico, y esa variedad de las Regiones Occidentales era especialmente lúgubre. Guo Jing no tenía ningún oído para la música, y aun así advirtió que, cada vez que se rasgaba una cuerda, le palpitaba el corazón. Su corazón fue acelerándose de forma incómoda al ritmo cada vez más rápido de la interpretación de Víbora Ouyang, como si estuviese a punto de salírsele del pecho.

Se dio cuenta de que podía morir si el tempo seguía incrementándose, de modo que se sentó para reunir su espíritu y acallar sus pensamientos al estilo Quanzhen. A medida que canalizaba su energía interna en torno a su cuerpo, su corazón fue ralentizándose y pronto descubrió que la música ya no lo atrapaba.

La interpretación de Víbora Ouyang se había acelerado hasta el punto en que era imposible distinguir entre notas individuales. Un muro de sonido oprimía a Guo Jing, como si diez mil caballos galoparan hacia él o estuvieran tocando cientos de tambores de batalla.

De vez en cuando, un canturreo suave se elevaba por encima de la cítara, y cada vez era más seguro y persistente. Al oírlo Guo Jing se sonrojó y notó que le hormigueaba el pecho, lo que lo urgió a controlar sus sentidos.

A pesar de lo alto que sonaba el *zheng*, no conseguía apagar el murmullo del *xiao*. Cada maestro se aferró a su propia melodía. Juntos producían una disonancia estridente.

La cítara de hierro sonaba como la llamada de monos y simios en alguna cordillera lejana, el ulular de los búhos en un bosque oscuro. La flauta de jade eran canciones al sol de primavera, susurros en la

alcoba de una doncella. El dolor intenso frente a la dulce sensualidad.

Cuando una melodía subía de tono, la otra descendía. Cuando una alcanzaba un crescendo, la otra quedaba prácticamente en silencio. Ninguna de las dos conseguía dominar a la otra.

Con el pañuelo de seda en los oídos, Huang Loto contempló divertida el silencioso espectáculo. Entonces vio que su padre avanzaba hasta las coordenadas de los Ocho Trigramas. Sólo lo hacía cuando trabajaba en un kung-fu interno avanzado. Loto comprendió entonces que la música era un duelo intenso y Víbora Ouyang era un oponente formidable.

Volvió la vista hacia el Veneno. También parecía estar dándolo todo con la música. De su coronilla se elevaban volutas de vapor, como si fuera una olla hirviendo. Las mangas le ondeaban al viento mientras apretaba y tiraba de las cuerdas de la cítara con ambas manos.

Guo Jing también percibía la competición entre los dos maestros, pero no era capaz de discernir la relación entre la música y las artes marciales, ni lo que hacía tan seductoras aquellas melodías. Concentrándose en protegerse el corazón y el espíritu, pronto notó que recuperaba el control absoluto de sí mismo. Desvió la atención al tono y el color de los instrumentos musicales. Al cabo de un rato, decidió que uno encarnaba las cualidades del yin, y el otro, las del yang, mientras fluían y refluían entre el ataque y la defensa. Como si los dos maestros marciales estuvieran luchando…

«¡Es un torneo de kung-fu interno!»

Al darse cuenta de eso, el tira y afloja del *zheng* y el *xiao* dejó de preocupar a Guo Jing. La música no podía apoderarse de sus sentidos ni de sus emociones. Cerró los ojos y dejó que los detalles más sutiles del duelo llegaran a sus oídos.

Sintió que en su interior se creaba una especie de alegre indiferencia. Empezó a distinguir las idas y vueltas de cada nota con claridad. De algún modo, estaba aplicando la esencia del Puño Luminoso Vacío mientras escuchaba, poniendo en práctica su mantra, «En el vacío, brilla la luminosidad».

No podía competir con los dos maestros, porque le sacaban una ventaja de décadas de entrenamiento en fuerza interna, pero lo que

había aprendido de Zhou Botong le bastaba para mantenerlo al margen del clamor y ayudarlo a comprender aquel combate desde una posición de claridad mental agudizada. Estaba experimentando el dicho «Mirar desde el margen» con los oídos.

No obstante, seguía sin entender por qué Zhou Botong, con su kung-fu muy superior, se veía tan afectado por la melodía de la flauta. No sabía que su hermano de juramento se había pasado la mayor parte de su vida adulta obsesionado con un lío amoroso. Era ese mismo demonio el que alimentaba la música. No era el nivel de su kung-fu, sino la pureza de un corazón sin la carga de deseos y remordimientos lo que ayudaba a Guo Jing a resistir a la música.

Al principio había creído que el tañido estruendoso del *zheng* impediría escuchar el silbido etéreo del *xiao*. La flauta subía y bajaba a toda velocidad por los registros, buscando encontrar su sitio. Poco a poco comenzó a escoger huecos entre cada punteo de las cuerdas. Su sonido comenzó a abrirse paso y volverse más brillante, proyectando una gracia heroica, mientras la cítara parecía decaer y apagarse. Sin embargo, cuando la flauta alcanzó el semitono ascendente *qingyu* —*¡clanc!*—, la cítara reclamó su poder con un estruendo metálico.

«La firmeza no puede resistir, la flexibilidad no puede defender.»

Guo Jing recordó el verso acróstico que explicaba el Puño Luminoso Vacío. Las palabras ya no le parecían tan crípticas.

Mientras escuchaba el duelo musical de los mayores maestros marciales de la época, advirtió que sus tácticas estaban a la altura de la teoría que sustentaba el kung-fu inventado por Zhou Botong. A Guo Jing le encantó descubrir aquello. Después de todo, apenas comprendía una décima parte de todos los dichos marciales que había memorizado, y verbalizar conceptos abstractos tampoco era el punto fuerte del Granuja Cano.

Guo Jing sintió además que el nuevo texto que acababa de aprender guardaba alguna relación con ese torneo musical. Sin embargo, su hermano de juramento aún no le había explicado aquellas complicadas teorías. Y, cuando Guo Jing las repasó, la presión de la música comenzó a pesarle mucho. Cerró la mente a esos pensamientos. Si dejaba que su concentración vacilara incluso unas

décimas de segundo, caería en la trampa de la música.

Guo Jing sintió que Huang el Boticario estaba a punto de ganar en varias ocasiones. Sólo necesitaba unos floreos de coloratura más. También advirtió las oportunidades que Víbora Ouyang no era capaz de aprovechar. Aquellos errores lo confundían. ¿Quizá los maestros se contuvieran por educación?

A esas alturas, llevaban más de una hora tocando. Guo Jing había llegado a entender las tácticas y distinguió un patrón curioso. Cada vez que la elección de los maestros difería de los conceptos subyacentes al Puño Luminoso Vacío, perdían la oportunidad de asestar el golpe vencedor.

¿Era posible que la invención de Zhou Botong fuera superior al kung-fu de esos dos maestros?

Guo Jing descartó la idea tachándola de improbable. Su hermano de juramento no seguiría atrapado en aquella cueva si pudiera derrotar a Huang el Boticario.

En ese momento, la flauta comenzó a ascender cada vez más en el registro, lo que devolvió la atención de Guo Jing a la competición.

«¡Si toca sólo un poco más alto, Víbora Ouyang perderá!» Estaba deseando que la flauta subiera aún más, pero parecía atascada en aquella nota en particular.

«¿Por qué no sube un poco más?» Guo Jing se rió de su propia estupidez cuando la respuesta le cruzó la mente. «Ha alcanzado el límite de la flauta. ¡No puede subir más! Si yo fuese capaz de imprimir la fuerza de diez mil *jin* en un puñetazo, podría destrozar cualquier cosa con mi puño. Pero ¿puedo reunir tanta fuerza? ¡Claro que no! El cuarto *shifu* me decía que la gente hacía que cargar con paquetes pesados con una vara al hombro pareciese fácil. Sin embargo, si yo intentaba hacer lo mismo, mi espalda se quebraría en un instante. Muchas cosas son fáciles de decir, pero difíciles de conseguir. ¡Y eso resulta especialmente acertado en lo que se refiere a kung-fu avanzado!»

El duelo musical se había intensificado aún más. El Veneno y el Hereje estaban luchando de forma implacable en aquel combate cuerpo a cuerpo metafórico. Seguro que habría un ganador pronto.

En ese punto decisivo, les llegó un silbido desde el mar.

La onda reverberó en los dos maestros, y la música vaciló unos instantes. El silbador debía de ir a bordo de una barca que se acercaba a la isla.

Víbora Ouyang tañó el *zheng* dos veces, con lo que produjo un fortísimo trémolo capaz de rasgar una tela. El recién llegado aceptó el reto saltando sin esfuerzo a una nota muy alta.

Huang el Boticario se le unió. Su flauta se debatía entre luchar contra el silbido o competir con la cítara. El torneo se había convertido ahora en una melé feroz, muy parecida a los juegos de Manos Enfrentadas que organizaba Zhou Botong.

Había llegado otro grande de las artes marciales.

Ahora el silbido les llegó desde el bosque. Descendiendo y elevándose, rugía con el poderío de tigres y leones, relinchaba y rebuznaba como un caballo o un burro. Era como el viento que soplaba a través de un bosque o una llovizna que acariciara los pétalos de las flores. Tenía infinidad de tonos.

La flauta respondió con una voz clara y suave. La cítara traqueteó y chirrió con amenaza melancólica. Cada maestro se mantuvo firme. Nadie conseguía imponerse.

—¡Guau!

Toda la música se detuvo.

Guo Jing cayó en la cuenta de que había vitoreado en voz alta. Justo entonces un remolino verde se materializó ante él.

—Ven conmigo, muchacho.

—Señor Huang —masculló Guo Jing, y siguió a su anfitrión a rastras, avergonzado.

Loto rompió a llorar de alegría al ver aparecer a Guo Jing de pronto. No se daba cuenta de que el chico había interrumpido la música.

Se sacó los tapones improvisados de los oídos y corrió hacia él. Le tomó las manos y lo estrechó entre sus brazos.

—Estás aquí, por fin… —Su voz tenía un deje de tristeza que empañó la alegría del reencuentro.

Al ver a Guo Jing, Ouyang el Galante se enfureció y ardió de celos, y la reacción de Loto avivó las llamas. Se lanzó adelante, con el puño levantado para golpear. Estaba seguro de que pondría el ojo morado a aquel muchacho odioso, quizá incluso le rompiera la nariz. Eso le haría sentir mucho mejor. Era superior como luchador de artes marciales, y contaba con el elemento sorpresa de su parte. Poco sabía él que el kung-fu del chico distaba mucho ya de aquel con el que lo había derrotado en el templo ancestral del clan Liu, apenas unas semanas antes.

Pese a que Guo Jing tenía toda su atención puesta en Loto, captó un atisbo del puñetazo con el rabillo del ojo.

Se volvió ligeramente y evitó el golpe con facilidad. Respondió con dos movimientos de la Palma Domadora de Dragones simultáneamente: Ganso Salvaje se Acerca a Tierra con la mano izquierda y Dragón Altivo se Arrepiente con la derecha.

Uno solo de los poderosos golpes de palma de Cuenta Hasta Siete Hong ya era difícil de soportar. Y Ouyang el Galante se encontró con dos al mismo tiempo, gracias a la extraña técnica de Manos Enfrentadas de Zhou Botong.

Tanto Huang el Boticario como Víbora Ouyang estaban orgullosos de la vastedad de sus conocimientos marciales, pero ninguno de los dos había visto ataques tan rápidos lanzados así. Incluso a los grandes maestros marciales los cogió desprevenidos aquel inusual kung-fu.

Ouyang el Galante notó que Guo Jing le presionaba el costado derecho con la palma izquierda.

«Palma Domadora de Dragones, no puedo bloquearla de frente», se dijo.

De modo que viró a la izquierda. Aunque ese mismo acto de supervivencia arrojó su cuerpo hacia el poderoso movimiento de la derecha de Guo Jing.

¡Crac! Se oyó un crujido espeluznante. Le había roto una costilla.

Ouyang el Galante saltó atrás, luego hasta el tejado del pabellón de bambú, aprovechando el impulso del golpe. No le importaba que se

viera como una retirada.

Si continuaba luchando, sufriría daños irreparables en el corazón y los pulmones. En ese momento, salvar la vida era más importante que guardar las apariencias.

Dio unos pasos a trompicones antes de recuperar el equilibrio. Luego saltó al suelo y se tambaleó hacia su tío, humillado y encorvado por el dolor.

Loto vitoreó y aplaudió, pero Guo Jing no bajó la guardia. Sin apartar la vista de Ouyang el Galante, reculó un par de pasos para poner más distancia entre ellos, en caso de un contraataque.

Guo Jing pensó que su éxito había sido pura suerte. «Ouyang el Galante debe de haber bajado la guardia.» No se daba cuenta de lo mucho que había mejorado su kung-fu desde que había conocido a Zhou Botong.

—Un discípulo formidable, Mendigo Hong. ¡Mis felicitaciones sinceras! —Víbora Ouyang proyectó la voz al tiempo que fulminaba a Guo Jing con una mirada de soslayo.

—*¡Shifu!* —exclamó Loto, y se adentró corriendo en el bosquecillo de bambúes. ¡El cielo por fin le enviaba a alguien que la librara de aquella unión terrible!

El Mendigo del Norte no tardó en salir. Llevaba a Loto de la mano izquierda, mientras que en la derecha empuñaba un bastón de bambú de un verde jade. A la espalda portaba su fiel calabaza roja.

Huang el Boticario le dio la bienvenida a Cuenta Hasta Siete Hong e intercambió con él las cortesías habituales, desesperado sin embargo por hacerle una pregunta a su hija:

—¿Cómo acabas de llamar a Cuenta Hasta Siete?

—Cuenta Hasta Siete me ha aceptado como discípula —le explicó Loto—. Recuerdo que a menudo hablabas con afecto de su destreza marcial y su carácter íntegro. Cuando tuve la oportunidad de llamar *shifu* a un hombre al que habías alabado, la tomé. Sé que debería haberte pedido permiso, papá, pero sabía que te alegrarías por mí. No te importa, ¿verdad?

—Estoy sumamente agradecido al hermano Siete por haber considerado digna a mi hija. Es malcriada y desobediente; espero que

me ayudes a disciplinarla. —Huang el Boticario estaba realmente complacido e hizo una profunda reverencia.

Honrado por la generosa respuesta, el Mendigo dijo:

—Le llevaría más de una vida entera asimilar los conocimientos del hermano Boticario. Debo confesar que la acepté por razones puramente egoístas, para que pudiera agasajarme siempre con su magia culinaria. No hace falta que me des las gracias.

Los dos grandes maestros marciales estallaron en efusivas carcajadas.

—Papá, si Cuenta Hasta Siete no me hubiese salvado de ese bellaco... —Loto apuntó con el dedo a Ouyang el Galante—, no habrías vuelto a ver a tu Loto en la vida.

—¡Tonterías! ¿Por qué iba a querer hacerte daño?

—Haré que te lo cuente él. —Loto se volvió hacia Ouyang el Galante—. Jura que dirás la verdad o si no... las extrañas serpientes de tu tío te darán muerte.

Al oír esas palabras Ouyang palideció. Como maestro de criaturas venenosas, el comentario a la ligera de Loto había acertado en su mayor temor.

Dos de las mencionadas serpientes se albergaban en ese preciso momento en el bastón de Víbora Ouyang. La punta de su arma podía abrirse para revelar dos pequeñas cavidades. Dentro habitaban sendas serpientes pequeñas.

Víbora Ouyang había pasado más de una década criando a aquellas víboras, cruzando numerosas variedades de las especies más mortíferas. Las utilizaba contra sus rivales en combate, además de para castigar a cualquiera que se atreviese a enfadarlo. El veneno comenzaba como un picor intenso por el cuerpo y provocaba la muerte rápidamente.

Pese a que Víbora Ouyang había desarrollado un antídoto, el veneno era tan fuerte y actuaba tan deprisa que la víctima seguiría padeciendo un gran sufrimiento y no podría volver a practicar las artes marciales.

—Ni en sueños mentiría a mi suegro —dijo Ouyang el Galante con los dientes apretados.

—¡Te cortaré las orejas si vuelves a llamarlo así! Nos conocimos en el palacio del príncipe de Zhao en la capital jin, ¿no fue así?

Ouyang el Galante asintió. Tenía la frente perlada de sudor. Había conseguido contener el dolor de las heridas con kung-fu interno, pero, en el momento en que abrió la boca, su atención se dividió y un ataque de dolor salvaje estuvo a punto de tumbarlo. Sabía que, si pronunciaba una palabra más, su sufrimiento sería evidente para todos. No podría vivir con semejante bochorno.

—Esa noche te aliaste con Hector Sha, Peng el Tigre, Liang Barbagrís y el lama Sabiduría Suprema para atacarme, ¿no es así?

—No... Yo no... —comenzó a defenderse, pero el dolor ahogó las palabras en su garganta.

—No hace falta que hables. Limítate a asentir o negar con la cabeza. Volveré a preguntártelo: Hector Sha, Peng el Tigre, Liang Barbagrís y el lama Sabiduría Suprema estaban metiéndose conmigo, ¿no?

Ouyang el Galante asintió.

—Intentaron capturarme, pero fallaron. Y tú estabas de su parte, ¿verdad?

No podía negarlo. Débilmente, movió la cabeza arriba y abajo.

—Yo estaba sola en el salón de banquetes de la residencia del príncipe de Zhao. No había nadie que me ayudase. Mi padre no sabía dónde estaba, así que no podría haberme ayudado aunque hubiese querido. ¿No es cierto?

Ouyang el Galante sabía que ella estaba tratando de poner a su padre en contra de él, pero no podía negar lo que había ocurrido en realidad, de modo que asintió de nuevo.

Loto buscó la mano de su padre.

—¿Ves, papá? No me tratarías así si mamá siguiese con nosotros...

A Huang el Boticario se le encogió el corazón al pensar en su difunta esposa y rodeó a Loto con el brazo con gesto protector.

—Señorita Huang, esos veteranos luchadores de artes marciales no lograron deteneros porque heredasteis el extraordinario kung-fu de vuestro padre. ¿No es así?

Loto asintió con una sonrisa. Huang el Boticario sonrió ante el elogio de Víbora Ouyang.

El Veneno continuó:

—Hermano Boticario, fue entonces cuando mi sobrino vio el gran talento de tu hija y empezó a admirarla con fervor. Fue bajo el hechizo de tal pasión que envió un mensaje con la paloma más rápida al monte del Camello Blanco, rogándome que recorriera mil millas para pedir la mano de tu hija en su nombre. Nadie más podría hacerme emprender tan largo viaje.

—Os lo agradezco muchísimo.

Huang el Boticario se sentía ciertamente halagado por la presencia de Víbora Ouyang.

—Hermano Siete, me pregunto por qué os ha parecido tan difícil de aceptar nuestra admiración por la isla de la Flor de Melocotón como para confrontar físicamente a un luchador con menor experiencia. Mi sobrino habría perecido bajo vuestra técnica Cielo Lleno de Pétalos de no haber sido bendecido con semejante resistencia.

Cuenta Hasta Siete se rió de lo absurdo de la acusación de Víbora Ouyang, descorchó la calabaza y dio un largo trago de vino. Tanto si el Veneno estaba tergiversando los hechos como si Ouyang el Galante le había mentido, no merecía una respuesta.

Pero Guo Jing no pensaba dejar pasar semejante disparate infundado sin protestar.

—¡Cuenta Hasta Siete salvó a tu sobrino!

—¿Quién te ha dado permiso para hablar, chico? —espetó Huang el Boticario.

—Cuéntales a todos cómo… secuestró a la señorita Cheng. —Guo Jing se volvió hacia Loto en busca de ayuda.

Loto sabía que su padre siempre había hecho caso omiso de los códigos morales para mantenerse fiel a su naturaleza. Probablemente se pondría de lado de Ouyang el Galante, sólo para mostrar su desdén hacia Guo Jing. Lo más probable era que considerase a ese hombre horrible romántico en lugar de lascivo.

Advirtió la mueca de desprecio en los labios de su padre y decidió cambiar de tema por completo.

Se volvió hacia Ouyang el Galante una vez más.

—¡No he acabado! Cuando luchamos en la residencia del príncipe

de Zhao, afirmaste que podías derrotarme sin utilizar las manos ni ningún movimiento de kung-fu, ¿cierto?

Ouyang el Galante asintió.

—Cuando volvimos a batirnos en duelo en Baoying, dijiste que podrías derrotarme con una sola técnica de tu tío. No importaba si yo contraatacaba con el kung-fu de mi padre o con el de Cuenta Hasta Siete. ¿Cierto?

«¡Esa regla la pusiste tú, no yo!», quiso replicar Ouyang el Galante.

Pero Loto no le dio oportunidad.

—Trazaste un círculo en el suelo con el pie y dijiste que si te empujaba fuera de él con el kung-fu de mi padre entonces ganaría. ¿Cierto?

Ouyang el Galante asintió.

—Ves, papá, os desprecia a ti y a Cuenta Hasta Siete. Lo dice él mismo, la combinación de vuestro kung-fu sigue siendo inferior a la de su tío. Cree que los dos juntos no sois capaces de derrotar al Veneno.

—¿Qué sabrás tú, niña? —Huang el Boticario estaba empezando a encontrar irritante a Ouyang el Galante—. Es bien sabido en todo el mundo marcial que el Hereje, el Veneno, el Rey y el Mendigo son iguales en aprendizaje marcial.

Se alejó de Ouyang el Galante y cambió de tema.

—Hermano Siete, ¿puedo preguntar a qué debo el placer de tu visita?

3

—Hay algo que me gustaría pedirte —respondió Cuenta Hasta Siete.

—Hace años que somos amigos. Si mi querido hermano Siete tiene una petición, ¿cómo podría negarme?

Huang el Boticario estaba encantado de que otro de los grandes maestros marciales recurriese a él en busca de ayuda. Sabía que el Mendigo nunca pedía nada a personas ajenas a su gremio, que siempre se encargaba de todo en persona o con la ayuda del Clan de los

Mendigos.

—No corras tanto. Me temo que es un asunto bastante delicado.

—Dudo que hubieras venido hasta aquí si se tratase de una nimiedad.

—¡Me conoces bien! —Cuenta Hasta Siete dio una palmada y se rió —. Entonces, ¿accederás?

—¡Te doy mi palabra! Lo aceptaré aunque tenga pasar a través del fuego o por encima del agua.

Huang el Boticario estaba encantado de dar su consentimiento, seguro de que un hombre tan honorable y justo como Cuenta Hasta Siete Hong no lo pondría en un compromiso pidiendo nada inapropiado.

Víbora Ouyang alzó su vara.

—Hermano Boticario, no hace falta que te precipites tanto. Quizá deberíamos pedirle al hermano Siete que explique primero el asunto.

—Viejo Veneno, no tiene nada que ver contigo. —Cuenta Hasta Siete rió por lo bajo—. Sólo prepárate para brindar por los novios.

—¿Una boda?

—Sí, en efecto. —Cuenta Hasta Siete hizo un gesto hacia Guo Jing y Loto—. Prometí a mis discípulos que pediría el consentimiento del hermano Boticario para su compromiso y acaba de acceder al mismo.

Guo Jing y Loto se miraron con alegría y sorpresa, al tiempo que el estupor y la consternación nublaban los rostros de los Ouyang.

—Hermano Siete, me temo que estás equivocado. El hermano Boticario ha concedido la mano de su hija a mi sobrino. Estamos aquí hoy para celebrar el ritual de compromiso y entregar regalos.

—¿Es eso cierto, hermano Boticario? —preguntó Cuenta Hasta Siete Hong.

—Sí, el hermano Víbora dice la verdad. Espero que el hermano Siete no esté gastando una broma a mi costa —respondió Huang el Boticario.

—¿Quién tiene tiempo para bromas? —A Cuenta Hasta Siete se le ensombreció el rostro—. Entonces tu hija está prometida con dos hombres, los dos con tu consentimiento. Yo soy el casamentero de la familia Guo. ¿Dónde está el vuestro?

Víbora Ouyang no supo qué decir. Al final respondió:

—¿Para qué necesitamos un casamentero cuando el hermano Boticario y yo hemos acordado el matrimonio?

—Pero aún hay una persona que no ha dado su consentimiento —dijo Cuenta Hasta Siete.

—¿Quién?

—¡Tu humilde mendigo! —Cuenta Hasta Siete se rió.

Víbora Ouyang comprendió que Cuenta Hasta Siete acababa de lanzarle un desafío. Mantuvo el rostro inexpresivo y no respondió nada.

—El carácter de tu sobrino deja mucho que desear. ¿Cómo iba a ser lo bastante bueno para esta flor? —continuó Cuenta Hasta Siete—. Vosotros dos podéis obligarlos a casarse, pero no podéis hacer que se gusten. Estarán blandiendo espadas y arrojándose lanzas día sí, día no. ¿Qué sentido tendría una unión así?

Por supuesto, Huang el Boticario quería que Loto estuviese felizmente casada. Se volvió hacia su querida hija y la pilló mirando con ternura a Guo Jing. Le sobrevino una oleada de repugnancia que disipó las dudas que habían despertado las palabras de Cuenta Hasta Siete Hong.

«Este chico es más que odioso.»

Huang el Boticario se enorgullecía de su agudeza mental y su dominio de todas las actividades relacionadas con la literatura y las artes marciales. Literatura, estrategia militar, música, ajedrez, caligrafía, pintura... era un experto en todos esos campos. Todos sus colegas eran personas cultas y refinadas, a la altura de su intelecto. Loto era excepcionalmente inteligente, igual que su madre. No, no permitiría que un ramito de flores fuera plantado en un montón de estiércol de vaca; no pensaba entregar a su única hija a ese zopenco, ese cretino, ese imbécil. ¡No, no, no!

Miró al otro joven. Guapo, apuesto, elegante, cultivado. En todos los aspectos, cien veces mejor.

Había tomado una decisión. Su resolución era más firme que nunca.

«Loto se casará con Ouyang el Galante, pero no voy a escupir a la cara de Cuenta Hasta Siete y rechazarlo directamente.»

A Huang el Boticario se le ocurrió una idea.

—Hermano Víbora, ¿por qué no atiendes a tu sobrino primero? Discutiremos esto largo y tendido después —dijo.

Víbora Ouyang no podía dejar de pensar en la herida de Ouyang el Galante. Sin una palabra más, hizo un gesto al joven y los dos se adentraron en el bosque de bambú.

Huang el Boticario y Cuenta Hasta Siete Hong se quedaron cerca del pabellón e intercambiaron más cortesías, guardándose muy bien de aludir al asunto que se traían entre manos.

Cuando los Ouyang regresaron, la costilla de Ouyang el Galante había sido recolocada, y las agujas, retiradas de su pecho.

Huang el Boticario anunció entonces:

—Me honra muchísimo que tanto el hermano Siete como el hermano Víbora me tengan en tan alta estima, al punto de venir hasta aquí para pedir la mano de mi rebelde y testaruda hija. Ya estaba prometida a Ouyang el Galante, pero sería una grosería rechazar la petición del hermano Siete. Tengo una idea que quizá nos ayude a encontrar una solución feliz.

—Escúpelo; este mendigo no tiene paciencia para tus floridas palabras.

Huang el Boticario sonrió.

—Mi hija no tiene ni belleza ni habilidad, pero siempre he esperado que sentara la cabeza con un buen hombre. Ahora, el maestro Ouyang es sobrino del hermano Víbora y el maestro Guo es discípulo del hermano Siete, de modo que los dos se han beneficiado de una educación impecable. Me resulta imposible escoger a uno por encima del otro. No tengo más alternativa que organizar tres pruebas para medir a nuestros jóvenes maestros. El joven con mayores conocimientos y talento ganará la mano de mi hija. Prometo que no mostraré ninguna preferencia e invito a mis dos amigos a ayudarme a elegir al ganador de cada prueba.

—¡Excelente! —Víbora Ouyang aplaudió—. Sin embargo, si se trata de pruebas marciales, tendríamos que esperar a que mi sobrino se recuperase.

La herida de Ouyang el Galante era la excusa perfecta para evitar

cualquier combate: el Veneno sabía que su sobrino no tendría ni una oportunidad contra Guo Jing.

—En efecto, sin duda no nos gustaría sembrar la discordia proponiendo un combate físico. —Huang el Boticario compartía las preocupaciones del Veneno.

«Está claro que ya has elegido a tu yerno, viejo Hereje —se quejó Cuenta Hasta Siete para sus adentros—. ¡Somos todos hombres del *wulin*, pero no quieres celebrar pruebas marciales! ¿Por qué no casas a tu preciosa hija con el Mejor Erudito? Si examinas los conocimientos del tonto de mi discípulo en poesía y literatura, seguro que pierde, tanto en esta vida como en la próxima. Dices que no tienes preferencias, pero sé bien lo que estás pensando. Lo que quieres es que Guo Jing fracase. Bien, bien, tendré que retar al Veneno en combate yo mismo.»

—Todos los presentes somos hombres de artes marciales. ¿Estás diciendo que deberíamos competir en comer y cagar en lugar de en kung-fu? ¿Lo único en lo que estamos todos entrenados? —Cuenta Hasta Siete se rió. Fulminó a Víbora Ouyang con la mirada—. Puede que tu sobrino esté herido, pero tú no. Lucharemos por ellos.

Cuenta Hasta Siete lanzó la palma hacia el hombro de Víbora Ouyang. Éste bajó el hombro, giró el brazo hacia atrás y retrocedió varios pasos.

—¡Contraataca!

Cuenta Hasta Siete depositó su bastón en una mesita de bambú y lanzó siete movimientos a una velocidad increíble.

Víbora Ouyang fintó a izquierda y derecha, esquivándolos con facilidad. Luego, en el breve lapso que le llevó plantar su vara entre las baldosas del suelo del pabellón, había lanzado siete golpes con la mano izquierda.

Huang el Boticario no hizo ademán de contener a sus invitados; en lugar de eso, aplaudió el espectáculo. Quería ver cuánto habían mejorado aquellos dos maestros desde la última vez que sus caminos se habían cruzado, en la cima del monte Hua, más de dos décadas antes. Cada uno había estado puliendo sus habilidades para el encuentro siguiente, llevando sus conocimientos, ya formidables, a

cotas aún más altas.

Cuenta Hasta Siete Hong y Víbora Ouyang ejecutaban movimientos de fuego rápido, pero se retiraban justo antes de alcanzar el objetivo. Primero tenían que valorar cómo había cambiado el kung-fu del otro.

Puños y palmas se precipitaban y danzaban entre hojas de bambú; todos los movimientos eran intrincados y complejos.

Guo Jing estaba fascinado por el carácter innovador e inesperado de cada llave. No habría imaginado un kung-fu así ni en sus sueños más descabellados. Pronto empezó a encontrar similitudes entre la acción y el texto que le había enseñado Zhou Botong. Trató de compararlos. Pese a que los veloces ataques apenas dejaban una sombra en la mente de Guo Jing, aquello era más ilustrativo que el combate musical de kung-fu interno de antes.

A los pocos minutos, habían intercambiado más de trescientos movimientos. Los dos maestros estaban impresionados con el progreso que había experimentado el otro.

Huang el Boticario, en cambio, estaba algo desanimado. Había imaginado que, tras la muerte de Wang Chongyang, Doble Sol, se convertiría en el luchador marcial más grande del mundo. Al ver cómo habían progresado el Mendigo y el Veneno en los años transcurridos, tuvo que reconocer a regañadientes que los tres seguían al mismo nivel.

Ouyang el Galante y Huang Loto animaban para que el combate fuese como deseaban, demasiado comprometidos con el resultado para reconocer el virtuosismo que se exhibía. Entonces Loto advirtió que Guo Jing pataleaba y agitaba los brazos, con un brillo extraño en los ojos. Lo llamó, en voz baja, pero Guo Jing estaba demasiado absorto en la pelea y no oyó nada. Preocupada, lo observó y sonrió al ver su intento de emular los movimientos de Cuenta Hasta Siete Hong y Víbora Ouyang.

Loto se volvió hacia su padre. Como Guo Jing, él también estaba fascinado por el duelo. Tenía una expresión extraña en el rostro y parecía completamente desconectado de lo que lo rodeaba. Miró de soslayo a Ouyang el Galante, que estaba intentando hacerle ojitos, agitando el abanico lánguidamente con la ilusión de que daba una

imagen muy elegante.

Para entonces, el ritmo de la pelea se había ralentizado. Se lanzaban movimientos de manera intermitente, con cada golpe precedido de una pausa prolongada. Una vez que el rival había evitado un ataque, los dos se sentaban a descansar y recomponerse antes de volver a levantarse y luchar de nuevo. El ritmo del duelo se vio reducido al de una sesión de entrenamiento en la que un discípulo lidia con kung-fu nuevo. Sin embargo, por la concentración de sus rostros, esa fase lenta de la pelea era más arrolladora e intensa que el intercambio enérgico que la había precedido.

Embelesado, Guo Jing vitoreaba cada vez que hacían un movimiento genial.

—¡Deja de armar tanto jaleo! —le espetó Ouyang el Galante—. ¿Cómo va a apreciar un zoquete como tú artes marciales tan complejas?

—¡Habla por ti! —replicó Loto—. Sólo porque tú no sepas lo que está pasando no significa que él no lo entienda.

—Es evidente que está intentando parecer listo. Está demasiado verde para reconocer la complejidad del kung-fu de mi tío.

—¿Y tú qué sabes lo que puede o no puede reconocer él?

Las pullas continuaron, pero ni Huang el Boticario ni Guo Jing oyeron una sola palabra.

Tanto Cuenta Hasta Siete Hong como Víbora Ouyang se habían puesto en cuclillas. Uno se sacudía entre las cejas con el dedo corazón de la mano izquierda. El otro se sostenía la cabeza entre las manos, cubriéndose los oídos y cerrando los ojos con fuerza. Los dos estaban muy concentrados.

De repente se oyó un alarido. Se pusieron en pie de un salto al mismo tiempo. Lanzaron un puñetazo o una patada. Luego volvieron a acuclillarse, se sacudieron entre las cejas o se sostuvieron la cabeza entre las manos.

Los dos maestros tenían un conocimiento tan exhaustivo del kung-fu del otro que podían desviar incluso el movimiento más letal con facilidad. No habría ganador hasta que uno de ellos lograse inventarse un movimiento nuevo e inesperado en el acto.

En las dos décadas que habían transcurrido desde el Torneo del Monte Hua, Cuenta Hasta Siete Hong y Víbora Ouyang no habían estado en contacto. La distancia entre las Llanuras Centrales y las Regiones Occidentales habían propiciado que no tuvieran noticias del otro. No podían saber cómo había evolucionado el kung-fu del oponente.

Ahora, a pesar de los progresos que había hecho cada uno, seguían siendo iguales, cada uno con sus puntos fuertes y sus defectos. Ninguno era capaz de imponerse.

La luna había palidecido y el sol rojizo comenzó a asomar por el este. Los dos maestros estaban agotados física y mentalmente. Habían inventado innumerables movimientos y variaciones en las últimas horas y, sin embargo, continuaban estancados.

Guo Jing se debatía entre la fascinación y la confusión. Algunos de los movimientos le recordaban a la nueva teoría de Zhou Botong. Así que trataba de imitarlos, pero antes de que los dominara, otro movimiento nuevo e innovador borraba de su mente lo poco que había conseguido memorizar.

Huang Loto no entendía nada del combate, pero era evidente que Guo Jing estaba entusiasmado con todos los movimientos. «¿Había recibido instrucción divina en las semanas que habían pasado separados?», se preguntó. «¿Quizá me ha echado tanto de menos que se le ha ido la cabeza? Sé que es así como me siento yo ahora mismo. No debería haber corrido tanto cuando llegamos a la isla. Estaba tan desesperada por ver a papá... Cuando me volví para buscarlo, había desaparecido. Estoy segura de que ha estado tan preocupado como yo.»

Loto extendió el brazo para coger la mano de Guo Jing justo cuanto éste copiaba uno de los golpes de palma de Víbora Ouyang. Se giró de golpe y atacó con la palma. Su movimiento parecía bastante inofensivo, pero en el momento en que se tocaron, Loto sintió que la atravesaba una gran fuerza, tan intensa que la hizo salir por los aires.

«¡Oh, no!» Guo Jing advirtió su presencia demasiado tarde y saltó para atraparla.

Pero Loto logró girar la cintura mientras estaba en el aire y aterrizó

con suavidad en el techo del pabellón.

Guo Jing saltó con un golpecito del pie y se agarró a una esquina del alero. Luego subió con una voltereta.

Sentados hombro con hombro, los dos jóvenes contemplaron juntos la pelea.

El ambiente había vuelto a cambiar. Aunque Víbora Ouyang seguía en cuclillas, ahora tenía los brazos doblados y levantados a la altura de los hombros, como una rana gigantesca a punto de saltar. Bramó y gruñó de manera irregular, como un toro.

—¿Qué crees que está haciendo? —preguntó Loto, y sonrió.

—No tengo ni idea. —Entonces recordó la descripción de Zhou Botong de la muerte de Wang Chongyang—. Debe de ser su kung-fu más poderoso, el Sapo Explosivo.

—¡Sí que parece un sapo sarnoso!

La extraña técnica de Víbora Ouyang se basaba en el estallido repentino de energía del sapo al emerger de la hibernación. A lo largo de los años, la había practicado de distintas maneras para almacenar fuerza en su cuerpo que podía desatar en una oleada al atacar. También se inspiraba en el mito del sapo de la luna y cultivaba el kung-fu por la noche, de cara a las manchas oscuras de la luna, donde se creía que habitaba el espíritu lunar.

Ouyang el Galante volvió a morirse de celos ante la familiaridad con la que Guo Jing charlaba con Huang Loto. Estaba desesperado por luchar con el chico, pero aún le dolía el pecho. También sabía que ya no podría derrotar a Guo Jing, ni siquiera una vez recuperado por completo.

Justo entonces, oyó las palabras «sapo sarnoso».

«¡Cómo se atreven a llamarme eso!»

En un acceso de ira, cogió tres volantes de plata y se dirigió de puntillas a la parte posterior del pabellón. Tensando la mandíbula, movió la muñeca y arrojó las armas secretas a la espalda de Guo Jing.

Cuenta Hasta Siete Hong estaba girando entonces alrededor de Víbora Ouyang, arremetiendo contra la figura encorvada desde distintas direcciones con la Palma Domadora de Dragones. Los dos grandes marciales estaban compitiendo con su kung-fu más célebre,

haciendo uso de su potente fuerza interna, adquirida en el transcurso de décadas de práctica. Se lo estaban jugando todo —incluidas sus vidas— para ganar.

Al ver las complejas variaciones que improvisaba su *shifu* de las acciones sencillas de las Dieciocho Palmas Domadoras de Dragones, Guo Jing se dio cuenta de que él apenas había arañado la superficie del repertorio. Estaba embriagado por aquella magnífica exhibición, ajeno al peligro que volaba hacia su espalda.

El combate había alcanzado un momento decisivo, pero Loto no tenía conocimientos marciales para interpretar la situación. Mientras pasaba el rato parloteando, advirtió de pronto que Ouyang el Galante había desaparecido. Entonces oyó un leve siseo detrás.

Miró a Guo Jing y se arrojó de costado sobre su espalda.

¡Pop, pop, pop! Los tres dardos rebotaron en la Malla de Erizo. Él estaba tan concentrado en la pelea que no se dio cuenta de lo que había ocurrido.

Algo dolorida en los puntos en que había recibido los impactos, Loto se llevó la mano a la espalda y recogió los dardos.

—¿Cómo sabías que quería rascarme la espalda? Aquí tienes. —Sonrió a Ouyang el Galante y le tendió las armas.

Su acción avivó aún más los celos de éste. Pensó que iba a tirarle los dardos, pero Loto mantuvo la mano tendida mientras esperaba a que los cogiese él mismo. De modo que dio un leve golpecito en el suelo con la punta del pie izquierdo, saltó y se posó con elegancia en una esquina elevada del techo.

Con la túnica blanca aleteando al viento, hasta Loto tuvo que admitir que en ese momento estaba bastante apuesto.

—¡Vaya, un *qinggong* fantástico! —Loto celebró su ascenso y se acercó un poco. Sostuvo los dardos en la mano.

Ouyang el Galante le miró la piel de la muñeca, blanca como la nieve virgen, y quedó embelesado. Estiró la mano con regocijo, agradecido por la oportunidad de acariciar su piel, pero una nube dorada barrió sus ilusiones.

Tras haber sufrido esas agujas en dos ocasiones, dio una voltereta y aterrizó en el suelo, donde se sacudió las mangas para deshacerse de

ellas.

Entre risas, Loto arrojó los dardos a la cabeza de Víbora Ouyang.

—¡No! —Guo Jing agarró a Loto de la cintura y saltaron juntos.

—¡Hermano Víbora! —exclamó Huang el Boticario.

Una oleada de energía sobrevino a Guo Jing justo cuando tocaba el suelo con los pies. Dejó a Loto y de inmediato lanzó un Dragón en el Campo con cada mano. Devolvió el ataque con toda su fuerza, sin guardarse nada en la reserva.

¡Pam!

Una turbulencia de *qi* le atravesó el pecho, arrojándolo a media docena de pasos. Nunca se había sentido tan mal, pero empujó los pies hacia abajo en un esfuerzo por mantenerse firme.

Lo que importaba era proteger a Loto de esa fuerza destructiva.

Inspiró hondo y extendió las palmas de las manos, una enfrente de la otra, listo para la arremetida siguiente.

Tanto Cuenta Hasta Siete Hong como Huang el Boticario se situaron entonces entre él y Víbora Ouyang, que seguía en cuclillas.

El Veneno se enderezó y dijo:

—Ha sido culpa mía, culpa mía. No he sido capaz de recular lo bastante rápido. No he hecho daño a la joven dama, ¿verdad?

Loto estaba asustada, pero no iba a dejarle tener la última palabra.

—No puedes hacerme daño con mi padre aquí.

Huang el Boticario la cogió de la mano y habló con auténtica preocupación.

—Inspira hondo. ¿Cómo te encuentras?

Loto inhaló lentamente, luego exhaló rápido. No notaba nada fuera de lo corriente. Sonrió y negó con la cabeza.

—Tus tíos estaban comparando sus conocimientos marciales. No era el momento para que interviniera una niña. El Sapo Explosivo del tío Ouyang no se parece a ningún otro kung-fu. Si no se hubiese apiadado de ti, habrías perdido la vida. —La voz de Huang el Boticario reflejaba un alivio evidente.

El verdadero poder del Sapo Explosivo procedía de la inercia. Víbora Ouyang se limitaba a reunir fuerza y esperaba a que su oponente atacara. La fuerza de ese golpe, cuando llegaba, rebotaba

hacia el atacante, mezclada con el estallido de energía almacenada en el cuerpo del Veneno.

Aunque Wang Chongyang, Doble Sol, le había hecho retroceder en su búsqueda de ese kung-fu golpeando a Víbora Ouyang con un Yang en Ascenso, el Veneno había trabajado mucho en los pasados años para recuperar el terreno perdido.

Justo entonces, Víbora Ouyang había reunido todo su poder contra Cuenta Hasta Siete Hong. Estaba tan tenso como un arco completamente estirado cuando Loto arrojó los dardos.

Cuando oyó el grito de Huang el Boticario, ya había liberado su energía. Aunque intentó refrenarla, poco podía hacer una vez que su poder había estallado.

«¡Qué lástima que esta bonita chica muera por mi mano!»

Cuando el pensamiento había pasado por la mente de Víbora Ouyang, le volvió una ráfaga de energía, y había aprovechado para retirar toda la fuerza que pudo, sorprendido al descubrir que era Guo Jing. No podía más que estar impresionado por que el Mendigo hubiese entrenado a un discípulo tan poderoso.

Huang el Boticario había dado por sentado que Víbora Ouyang había retenido su fuerza como cortesía hacia él. El Guo Jing al que había conocido en la Mansión de la Nube Errante no habría soportado el Sapo Explosivo.

Se mofó de la estupidez del joven. ¿De verdad era lo bastante tonto para alzar la mano contra el mejor kung-fu de Víbora Ouyang? No tenía ni idea de que Guo Jing le había salvado la vida a su hija. Aun así, no podía negar que Guo Jing acababa de arriesgar su vida para proteger a Loto.

«Le haré un regalo a la altura de su devoción por Loto», decidió Huang el Boticario.

Pese a que aún no toleraba que Guo Jing fuera su pretendiente, le recordó a la época en la que él había sentido ese mismo tipo de devoción inquebrantable por una mujer. Ahora el muchacho le pareció un poco menos repulsivo.

—¡Aún no hemos terminado, Viejo Veneno! —dijo Cuenta Hasta Siete, y se adelantó para otro asalto.

Huang el Boticario levantó el brazo izquierdo para contener a Víbora Ouyang.

—Hermano Siete, hermano Víbora, sois los dos invitados de la isla de la Flor de Melocotón. ¿Por qué no nos sentamos y compartimos unas copas del vino que elaboro yo mismo? Ya habéis intercambiado más de un millar de movimientos y seguimos sin tener ganador. Pronto será el segundo Torneo del Monte Hua. Yo estaré allí, al igual que Duan, el Rey del Sur. Podemos acabar el combate allí. ¿Qué me decís?

—Si continuamos hoy, no me cabe duda de que tendré que darme por vencido. —Víbora Ouyang sonrió con suficiencia.

Cuenta Hasta Siete sofocó una risa.

—Dado que nuestro querido Veneno aquí presente es bien conocido por decir lo contrario de lo que piensa, entiendo que te refieres a que no te cabe duda de que ganarás. Bueno, ya veremos.

—Estoy encantado de aprender más del hermano Siete.

—Excelente.

Cuenta Hasta Siete agitó la manga, ansioso por empezar.

—Ah, entonces ésta es la verdadera razón por la que nuestros dos maestros nos honran con su presencia hoy en la isla de la Flor de Melocotón —dijo Huang el Boticario con una sonrisa.

—El hermano Boticario tiene razón. —Cuenta Hasta Siete estalló en carcajadas—. Estamos aquí por la mano de la doncella, no para luchar.

4

—Como os decía antes, me gustaría establecer tres pruebas para que nuestros dos jóvenes maestros puedan mostrarnos sus conocimientos —dijo Huang el Boticario, retomando el asunto del compromiso matrimonial de Loto—. Aceptaré al maestro que pase las pruebas como mi yerno, pero no dejaré que el otro joven se vaya con las manos vacías.

—¿Eh? ¿Tienes otra hija? —preguntó Cuenta Hasta Siete.

—Me temo que no, y dudo que pueda encontrar una nueva esposa para fabricar otra lo bastante rápido. Sin embargo, a lo largo de los años he adquirido algunos conocimientos: las tres religiones, las nueve escuelas de pensamiento, además de la medicina, la adivinación y la astrología. Si nuestro joven maestro está dispuesto, puede escoger un tema y compartiré alegremente todo lo que sé con él. No habrá venido a la isla de la Flor de Melocotón en vano.

Cuenta Hasta Siete sopesó las palabras de Huang el Boticario. «Es evidente que el Hereje ha tomado una decisión; se le ocurra la tarea que se le ocurra, seguro que sitúa a Guo Jing en desventaja. Pero si este simplón aprende kung-fu del Hereje, los beneficios serán de por vida...»

Al advertir la deliberación de Cuenta Hasta Siete Hong, Víbora Ouyang accedió de inmediato.

—Es una propuesta en verdad excelente. Aunque el hermano Boticario ya había aceptado la proposición matrimonial de mi sobrino, pondremos a prueba a los dos jóvenes, por respeto al hermano Siete.

Entonces se volvió hacia Ouyang el Galante.

—Si el maestro Guo, aquí presente, demuestra estar más versado, no debes culpar a nadie por tus limitaciones. Brindaremos por su felicidad. Si intentas algo, no sólo los dos maestros aquí presentes no lo tolerarán, sino que yo tampoco lo dejaré pasar.

Cuenta Hasta Siete Hong soltó una carcajada levantando los ojos al cielo.

—Esas palabras son para nuestros cuatro oídos, ¿verdad?

—¿Quién puede predecir el resultado? Aunque una cosa es cierta: la gente de nuestra talla siempre aceptamos la derrota con elegancia. ¿Verdad? —Víbora Ouyang sonrió—. Hermano Boticario, por favor, expón la primera prueba.

Aunque Huang el Boticario estaba decidido a casar a Loto con Ouyang el Galante, consideraba que su estatus de grande marcial no le permitía ser visto como un hombre parcial. Tampoco quería ofender a Cuenta Hasta Siete Hong.

Mientras Huang el Boticario reflexionaba acerca de las pruebas que podía establecer para garantizar que ganase su pretendiente favorito,

Cuenta Hasta Siete dijo:

—Todos nosotros nos regimos por los puños, hermano Boticario. Tus pruebas deben versar sobre artes marciales. Si los examinas en poesía, canciones, cánticos, talismanes o alguna otra porquería así, admitiremos nuestra ignorancia antes de empezar, nos sacudiremos el polvo de las posaderas y nos marcharemos. No hemos venido aquí a hacer el ridículo.

—Por supuesto, el primer ejercicio pondrá a prueba sus habilidades marciales —respondió Huang el Boticario.

—Eso no servirá —protestó Víbora Ouyang—. Mi sobrino está herido.

—Soy consciente de eso y no tengo intención de sembrar la discordia dejando que los dos jóvenes maestros combatan en la isla de la Flor de Melocotón.

—¿No van a luchar entre ellos? —preguntó Víbora Ouyang.

—En efecto.

—¿Vas a ponerlos a prueba tú mismo? —añadió el Veneno.

—No, mi imparcialidad sería imposible de demostrar si jugase un papel activo —dijo Huang el Boticario—. Acabamos de ver que tu kung-fu y el del hermano Siete no sólo están en la cúspide de la excelencia marcial, sino también al mismo nivel. Propongo que tú juzgues la destreza del maestro Guo y que el hermano Siete evalúe la del maestro Ouyang.

Cuenta Hasta Siete Hong estaba impresionado por la agilidad de pensamiento de Huang el Boticario. «A mí no se me habría ocurrido una solución ni tan inteligente ni tan justa.»

—No es mala idea. —Hizo señas a Ouyang el Galante para que se acercara—. Vamos, empecemos.

—Aún no hemos establecido las reglas —dijo Huang el Boticario—. Para empezar, el maestro Ouyang está herido; no puede reunir su fuerza interna. Así que sólo vamos a juzgar movimientos, no el nivel de kung-fu interno. En segundo lugar, la prueba tendrá lugar en estos dos pinos: quien caiga primero, pierde. En tercer lugar, si uno de vosotros golpea demasiado fuerte y hiere a su joven oponente, su bando debe darse por vencido.

—¿Pierdo si le hago daño? —preguntó Cuenta Hasta Siete Hong.

—Eso es. ¿Crees que alguno de los dos podría luchar con uno de nuestros grandes y salir ileso? Por ejemplo, hermano Siete, si llegas a arañar al maestro Ouyang, entonces tu bando pierde. Lo mismo para el hermano Víbora. Uno de los jóvenes maestros será mi yerno. ¿Cómo voy a dejar que resulte herido?

—Ésa es una regla inaudita en el mundo marcial. —Cuenta Hasta Siete Hong se rascó la cabeza con una carcajada—. Nuestro Hereje hace honor a su reputación de excéntrico. Pero si se juega limpio, yo la acataré.

Huang el Boticario invitó a los cuatro hombres a adoptar posiciones. Cuenta Hasta Siete Hong y Ouyang el Galante se subieron al árbol de la derecha, mientras que Víbora Ouyang y Guo Jing ocuparon el de la izquierda. Cuenta Hasta Siete se reía atolondrado; los otros tres hombres tenían un aire grave y solemne.

Huang Loto estaba desesperada por ayudar a Guo Jing, pero ¿qué iba a hacer ella frente a un maestro como Víbora Ouyang? Además, pese a estar herido, Ouyang el Galante seguía siendo superior como luchador y su kung-fu de ligereza *qinggong* era excepcional.

—Las pruebas comenzarán a la de tres —oyó que anunciaba su padre—. Maestro Ouyang, Maestro Guo, quien toque el suelo primero pierde. ¿Listos? ¡Una, dos y tres!

Sombras borrosas empezaron a danzar arriba y abajo por los árboles. En apenas unos instantes, Guo Jing había intercambiado más de una docena de movimientos con Víbora Ouyang.

A Loto le costaba creer lo que veían sus ojos. ¿Cuándo había mejorado tanto su kung-fu? «¡No está sudando sangre para nada!»

Su padre estaba igual de sorprendido.

Cada vez más airado, Víbora Ouyang contenía la fuerza de sus golpes, esperando derribar a Guo Jing rápidamente. Aun así, el miedo a herir al joven mantenía su agresividad a raya de algún modo.

Dio un salto y cargó contra Guo Jing con una serie de patadas, rápidas e implacables, como las ruedas de un carruaje a toda velocidad. Guo Jing se defendió con un Dragón se Eleva en el Cielo, saltando cada vez más alto a medida que propinaba golpes oblicuos a

las piernas de Víbora Ouyang con las palmas de las manos.

A Loto le palpitaba el corazón. No soportaba mirarlo, así que se centró en el otro lado.

Ouyang el Galante revoloteaba por las ramas, moviéndose arriba y abajo a toda velocidad, esquivando los ataques de Cuenta Hasta Siete con su kung-fu de ligereza.

Enfadado porque Ouyang el Galante eludía el enfrentamiento, Cuenta Hasta Siete Hong echó un vistazo para ver cómo andaba Guo Jing.

«El tonto de mi chico está resistiéndose al Veneno golpe a golpe, mientras este cobarde se escabulle para matar el tiempo —pensó Cuenta Hasta Siete enfadado—. Si te crees que puedes derrotar al Mendigo con tus truquitos, vas bien...»

Dio un gran salto en el aire y luego, con los dedos extendidos como garras, se abalanzó apuntando hacia la coronilla de Ouyang el Galante.

«Eso no es un movimiento de entrenamiento. ¡Está luchando a muerte!»

Temiendo por su vida, Ouyang el Galante hurtó el cuerpo al golpe hacia la derecha.

Aquel descenso aterrador resultó ser una finta, y Ouyang el Galante reaccionó justo como había previsto Cuenta Hasta Siete Hong.

Con un giro de cintura, el Mendigo cambió el rumbo y se posó en la punta de la rama al lado de Ouyang el Galante.

—No me importa perder. ¡Veamos si un fantasma encuentra esposa! —profirió, y entonces alzó las manos y asestó el golpe de gracia.

Ouyang el Galante ya estaba petrificado por el acto físicamente imposible de cambiar de dirección en el aire. Ahora, el Mendigo había dejado claras sus intenciones con sus palabras y movimientos.

El Maestro del Monte del Camello Blanco se quedó sin fuerzas para luchar. Sólo quería huir. Retrocedió, olvidando que estaba en la rama de un árbol, y se precipitó en el vacío.

«¡He perdido!»

Mientras pensaba eso, notó otro peso que caía.

Guo Jing había conseguido resistir las arremetidas de Víbora

Ouyang bastante tiempo. Entonces una voz gritó en la mente del Veneno: «¡No eres uno de los grandes si necesitas cincuenta movimientos para derribar a un muchacho de un árbol!»

Rápido como el rayo, Víbora Ouyang se abalanzó sobre Guo Jing y lo agarró por el cuello de la camisa.

—¡Abajo!

Agachándose, Guo Jing lanzó un revés para bloquear el golpe. Una gran fuerza lo atravesó.

—Tú...

Antes de que pudiera acusar al Veneno, la energía fue sustituida por una sonrisa de suficiencia.

—¿Sí?

Guo Jing había canalizado todo lo que tenía en su defensa. Pensaba que Víbora Ouyang iba a utilizar el kung-fu del Sapo Explosivo y hacer papilla sus órganos internos.

Ahora no oponía resistencia a nada y aún no dominaba la habilidad de retirar el flujo de fuerza interna a voluntad.

Por suerte, el Puño Luminoso Vacío le había permitido comprender mejor el concepto de «arrepentirse», de reservar la fuerza. Evitó por los pelos repetir su destino contra Huang el Boticario en la Mansión de la Nube Errante. Esta vez se le habría dislocado el hombro, en lugar de la muñeca. Aun así, perdió el equilibrio. Se inclinó hacia delante y cayó de cabeza.

Los dos hombres cayeron en picado uno junto al otro. Uno estaba a punto de aterrizar de pie; el otro parecía seguro que se estrellaría de cabeza.

Ouyang el Galante se felicitó por su suerte, extendió los brazos y empujó hacia abajo los pies de Guo Jing en el aire, tanto para que su rival descendiera más rápido como para frenar su propia caída.

—¡Aaay!

Loto tenía claro que Guo Jing había perdido.

No obstante, de algún modo, con unas décimas de segundo de diferencia, Guo Jing salió disparado hacia arriba antes de que Loto oyera ningún golpe sordo.

Ouyang el Galante yacía despatarrado en el suelo, mientras que Guo

Jing se mecía tranquilamente en una rama.

«¿Cómo lo ha hecho? Guo Jing estaba a unos centímetros de estrellarse de bruces contra el suelo.» Loto dejó escapar un ay muy distinto.

Cuenta Hasta Siete Hong saltó del árbol carcajeándose.

Con una mirada fría como el acero, Víbora Ouyang se volvió hacia Cuenta Hasta Siete Hong y dijo, con un tono áspero y gélido:

—El kung-fu cruzado de tu discípulo no es moco de pavo. ¡Está incluso versado en trucos de lucha libre mongola!

—¡A mí no me mires! —Cuenta Hasta Siete apenas podía hablar de la risa—. Yo no conozco esa habilidad marcial. No se lo he enseñado yo.

Cuando Ouyang el Galante había intentado frenar su caída empujando los pies de Guo Jing, había dejado sus propias piernas colgando ante la cara de Guo Jing. Éste le había rodeado las pantorrillas con los brazos de manera instintiva, tirando fuerte para auparse.

Se trataba de una técnica de lanzamiento clásica en la lucha libre mongola que Guo Jing había aprendido mucho antes de conocer a los Seis Fenómenos del Sur, cuando daba tumbos por la estepa mongola con su hermano de juramento, Tolui. Y, en la adolescencia, había perfeccionado sus habilidades junto a los maestros de lucha y generales de Gengis Kan, Jebe y Boroqul. Esos movimientos le salían de forma tan natural como caminar y comer.

Y, por eso, ni Guo Jing entendía cómo había ganado.

5

Al darse cuenta del resultado, Huang el Boticario negó con la cabeza de un modo imperceptible, convencido de que sólo un giro cruel del destino había permitido que el zoquete de Guo Jing saliera victorioso.

—El maestro Guo gana la primera prueba. Hermano Víbora, no te preocupes. Gracias a su sólido adiestramiento, tu sobrino podrá alcanzarlo en la segunda y la tercera.

—Estamos deseando acometer la siguiente tarea —dijo Ouyang el Galante.

—Ahora pasaremos a la cultura…

—Papá, está claro que eres parcial —lo interrumpió Loto—. Has prometido que serían artes marciales. ¿A qué viene tratar temas culturales? ¿Qué sentido tiene hacer pasar a Guo Jing por esto? —preguntó con un mohín hosco.

—¿Qué sabrás tú? Cuando las artes marciales alcanzan un nivel excepcional, ¿crees que seguimos asestando puñetazos y peleando como plebeyos? ¿Crees que nos rebajaríamos a escenificar espectáculos degradantes, como un Duelo por una Doncella?

Loto y Guo Jing intercambiaron una mirada, recordando el día de nieve en que Mu Piedad y Yang Kang se habían conocido en ese tipo de combate.

—Para la segunda prueba me gustaría invitar a nuestros jóvenes maestros a criticar una melodía que tocaré.

Ouyang el Galante miró a Guo Jing con satisfacción. «Está claro que este palurdo no entiende de las armonías creadas por la seda y el bambú. Este asalto es mío, seguro.»

Víbora Ouyang, sin embargo, sospechaba que sería una prueba de kung-fu interno, y conocía la profundidad de la fuerza interna de Guo Jing por el combate de apenas unos momentos antes. Si se trataba de control interno, su sobrino no sería capaz de actuar mejor que Guo Jing. La música podría incluso agravarle la herida del pecho…

Así pues, dijo:

—Me temo que nuestros jóvenes aquí presentes no tienen adiestramiento suficiente para apreciar tu música. ¿Puedo preguntar…?

—No hay de qué preocuparse, hermano Víbora. La melodía es muy corriente; no voy a poner a prueba su fuerza interna. —Se volvió hacia Guo Jing y Ouyang el Galante—. Por favor, coged una vara de bambú y marcad el ritmo de la música que toco. El que lo haga mejor gana la prueba.

Guo Jing dio un paso al frente y se inclinó profundamente.

—Señor Huang, soy un absoluto ignorante en temas de música y

ritmo. Permítame que reconozca la derrota ya.

Cuenta Hasta Siete Hong intervino antes de que Huang el Boticario pudiera responder.

—¡Eh, no te precipites! Si vas a perder de todos modos, ¿qué hay de malo en intentarlo? ¿Tienes miedo de que se rían de ti?

A Guo Jing ni se le habría pasado por la cabeza mostrarse en desacuerdo con su *shifu*, de modo que imitó a Ouyang el Galante y arrancó una rama de bambú.

—Hermano Víbora y hermano Siete, perdonad mi oxidada interpretación.

Huang el Boticario se llevó el *xiao* de jade a los labios. Un sonido suave y elegante flotó en el aire.

Se trataba de una melodía normal y corriente, y podría haberla tocado un flautista cualquiera sin ningún adiestramiento en kung-fu interno.

Ouyang el Galante siguió el compás de inmediato, marcando perfectamente el ritmo.

La vara de Guo Jing se cernía en el aire sin más. Miró al cielo, a nada en particular.

Huang el Boticario continuó tocando. De haber estado tomando té, ya se habrían bebido una tetera entera. Aun así, Guo Jing todavía no sabía qué hacer.

Los Ouyang estaban cada vez más seguros de que ganarían ese asalto, y probablemente el siguiente también, si era sobre cultura, como había prometido Huang el Boticario.

Loto empezó a golpetearse la muñeca nerviosamente, con la esperanza de que Guo Jing se diera cuenta y siguiera su ejemplo. Pero él continuó con la mirada perdida en el cielo, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor.

Por fin levantó el brazo.

¡Toc! Golpeó justo entre dos pulsos.

Ouyang el Galante soltó una risita audible —«¡Su primer intento y falla!»—, pero eso no desalentó a Guo Jing.

¡Toc! Una vez más, la rama de bambú marcó la pausa en lugar del pulso.

¡Toc, toc, toc, toc!

Cuatro intentos más. Todos en ese extraño intervalo. Todos mal.

«¡Es muy injusto que papá le haga hacer esto a Guo Jing! No sabe nada de música», refunfuñó Loto para sí.

Si no podía ayudar a Guo Jing a ganar, ¿quizá pudiera hacer algo para interrumpir la prueba? «Entonces papá tendría que aceptar un empate.»

Mientras barajaba distintas ideas, advirtió una mirada de sorpresa en el rostro de su padre y le pareció que la melodía de la flauta vacilaba, de forma casi imperceptible.

Guo Jing continuó golpeando la vara de bambú. Cada vez lo hacía a destiempo. Primero se adelantaba al ritmo, luego se quedaba atrás. A veces golpeaba demasiado rápido, otras demasiado despacio.

En su ignorancia musical, y recordando la riña musical que habían protagonizado la flauta, la cítara y el silbido unas horas antes, había decidido que debía desestabilizar y perturbar el *xiao*.

Con la táctica que había deducido de la lucha sónica anterior, Guo Jing fue captando el pulso de la canción poco a poco mientras golpeaba la rama contra una caña de bambú seca.

¡Toc, toc, toc!

Una disonancia hueca y chirriante.

El ruido era tan persistente y discordante que logró quebrar la concentración de Huang el Boticario. Varias veces, Guo Jing estuvo a punto de conseguir que la melodía se desviase para seguir el estrépito que estaba provocando. Cuenta Hasta Siete Hong y Víbora Ouyang lo miraban sorprendidos.

Impresionado, Huang el Boticario aceptó el reto. Redujo el tempo y la melodía se volvió sensual y seductora.

Para entonces, Ouyang el Galante ya no era capaz de seguir el compás. Descontrolado, sacudía su vara de bambú mientras bailaba al son de la flauta. Víbora Ouyang suspiró y cogiendo a su sobrino de la muñeca le tapó los oídos con un pañuelo. Esperó a que el pulso del joven disminuyera antes de soltarlo.

Loto había crecido escuchando a su padre tocar la «Oda a la marea cambiante». El Boticario también le había explicado sus complejidades

y variaciones. Esta comprensión le permitía estar en el mismo plano que él, de modo que la música no tenía ningún efecto sobre ella, pero conocía su poder y estaba preocupada por Guo Jing.

La canción comenzaba como un mar en calma absoluta, que no era perturbado ni por la ola más suave. Luego la marea se acercaba, el agua se movía más rápido, agitándose y creando espuma. El espejo antes reluciente se convertía en blanco rocío y crestas nevadas.

Los peces saltaban, las gaviotas descendían en picado, el viento rugía. Duendes del agua y monstruos marinos avanzaban con sigilo a medida que subía la marea. Los icebergs flotaban a la deriva. El mar bullía, entre burbujas y vapor.

Tritones y sirenas retozaban en la resaca, mezclándose, abrazándose; su amor era más excitante y sensual de lo que nunca podría serlo en tierra.

Cuando la marea bajaba, una corriente oscura acechaba sin ser vista bajo la superficie en calma, tirando con cada flujo y reflujo, atrapando a sus oyentes despreocupados.

Guo Jing se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Reunió su kung-fu interno Quanzhen para resistir a la música. También le ayudaba mantener el brazo en movimiento, aporreando la rama de bambú a su modo arrítmico, para trastocar el canto de la flauta.

Cuando Huang el Boticario, Víbora Ouyang y Cuenta Hasta Siete Hong competían, eran capaces de atacar y defenderse al mismo tiempo. Podían mantener la mente y el corazón en paz y concentrados mientras seguían buscando grietas y fisuras en la calma del rival.

Huelga decir que Guo Jing era un principiante. No era lo bastante diestro para aquietar su espíritu y tener los sentidos abiertos para buscar fallos en el ataque musical del Hereje. Se limitó a mantener la guardia alta y a fortalecer su defensa, mientras causaba suficiente caos para contener a Huang el Boticario.

esas alturas, el Hereje había cambiado el tono de la melodía de la flauta en varias ocasiones. Aun así, no podía someter a Guo Jing. Una vez más, cambió de táctica, tocando con tanta suavidad que la canción apenas resultaba audible.

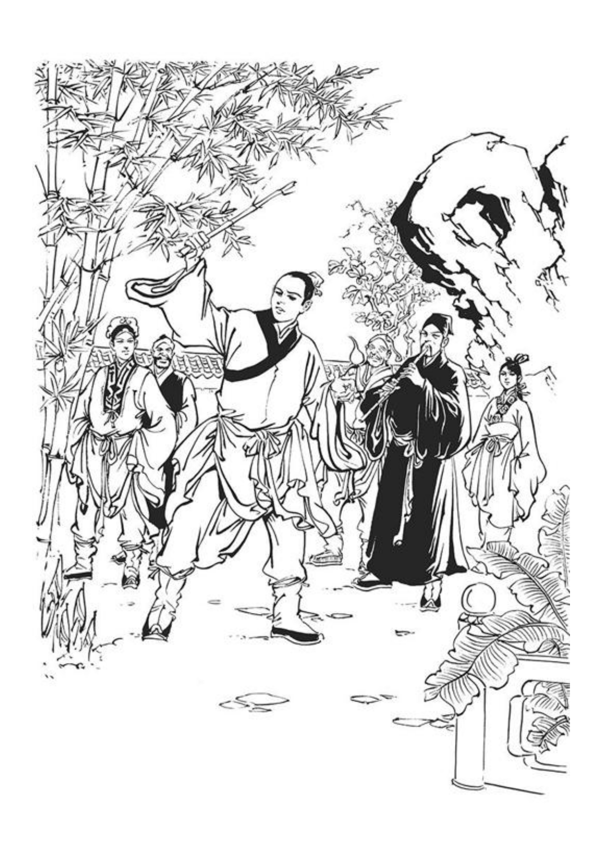
Guo Jing se esforzó por oír las notas. Pronto la rama empezó a caer

al ritmo de la música. La canción era aún más atrayente cuando se tocaba con suavidad.

Temiendo caer presa de la trampa de la música, Guo Jing dividió su concentración en dos mediante la técnica de Manos Enfrentadas. Con la mano izquierda, se quitó el zapato y lo golpeó contra la caña de bambú.

¡Toc, toc, toc!

A esas alturas, la mayoría de los maestros marciales ya estarían atrapados sin remedio. «Con este chico, las apariencias engañan», pensó Huang el Boticario, al tiempo que empezaba a caminar en la formación de los Ocho Trigramas.



Gracias al ruido que hacía con el zapato, Guo Jing logró recuperar el control de la mano derecha. En ese momento sonaba como si dos maestros hubiesen unido fuerzas contra Huang el Boticario, ya que cada mano marcaba su propio ritmo.

¡Tac, tac, tac!

¡Toc, toc, toc!

¡Tac, tac, tac!

¡Toc, toc, toc!

El estrépito que estaba produciendo Guo Jing pulverizaba de forma desagradable el compás de la música del *xiao*.

Tanto Cuenta Hasta Siete Hong como Víbora Ouyang habían incrementado secretamente su *neigong* para mantener la concentración. Sería bochornoso si mostraban cualquier señal de intentar resistirse a la música, y su reputación se vería manchada de manera irreparable si se notaba que estaban afectados por ella.

La flauta pasaba a toda velocidad de un extremo al otro de su registro, la melodía era cada vez más impredecible. Guo Jing siguió adelante tenazmente.

De algún modo, sentía la música como una ráfaga de aire frío que sumía su cuerpo en una ventisca. No pudo evitar temblar y estremecerse.

El tono ágil y sensual de *xiao* se había tensado hasta convertirse en un sonido áspero y estridente. Guo Jing empezó a sentirse como si sus huesos se hubiesen convertido en hielo. De inmediato dividió su concentración algo más, y trajo a la mente el ardiente sol del verano, una fragua abrasadora en el calor estival, ascuas rojas en las manos, hundidas en un horno ardiente. Pronto el frío cedió un poco.

Ahora la mitad izquierda de Guo Jing temblaba por el sonido invernal, y su costado derecho sudaba profusamente bajo el calor que había atraído con la mente.

Huang el Boticario lo observó sorprendido y dejó que la música tomara un nuevo giro, un verano glorioso que disipaba el crudo invierno. Guo Jing se vio seducido una vez más por la melodía de la flauta y forzado a seguir el compás.

«Es probable que resista mi música un poco más, pero al final se pondrá enfermo.» Con ese pensamiento, Huang el Boticario sostuvo una nota y dejó que se desvaneciera en el bosque de bambú.

Guo Jing exhaló aliviado. Se puso en pie, le flaquearon las piernas, que casi cedieron bajo su propio peso. Una vez que hubo regulado la respiración, se acercó al Huang el Boticario y le hizo una reverencia.

—Señor Huang, estoy sumamente agradecido por vuestra paciencia.

Guo Jing sabía que el Boticario había interrumpido la música por su bien.

—¡Vuelve a ponerte el zapato!

Loto soltó una risita.

—¡Ah! Sí. —Sólo entonces se dio cuenta de que seguía aferrándolo con la mano izquierda.

Mientras Guo Jing forcejeaba con el zapato, Huang el Boticario estaba empezando a cuestionarse su decisión. «¿Es posible que el chico esté haciéndose el tonto? A su edad no puede haber alcanzado tal nivel de kung-fu sin una capacidad intelectual extraordinaria. Quizá no sería tan mala idea dejar que Loto se case con él, ¿no?»

—¿Por qué sigues llamándome señor Huang? —dijo, con una sonrisa.

Era su forma de decir que Guo Jing había ganado dos de las tres pruebas y podía llamarlo suegro.

Guo Jing tartamudeó:

—Yo... Yo...

Sin estar seguro de cómo responder, miró a Loto en busca de ayuda. Rebosante de alegría, Loto levantó el pulgar y lo dobló varias veces. Guo Jing se arrodilló y se prosternó cuatro veces.

Huang el Boticario rió por lo bajo.

—¿Por qué haces eso?

—Loto me ha dicho que lo haga.

«¡Sí que es un zoquete, sí!» Huang el Boticario suspiró e hizo un gesto a Ouyang el Galante para que se retirara el pañuelo de seda de los oídos.

—Desde el punto de vista del kung-fu interno, el maestro Guo es más fuerte, pero estábamos poniendo a prueba el conocimiento

musical, y el del maestro Ouyang es muy superior… En esta prueba declaro empate. La última determinará quién gana la mano de mi hija.

—Sí, pasemos a la última prueba —dijo Víbora Ouyang. Sabía que su sobrino había perdido dos veces, pero Huang el Boticario iba a darle una última oportunidad.

«Es tu hija, puedes casarla con ese sinvergüenza si quieres; no es cosa de nadie más —pensó Cuenta Hasta Siete Hong, furioso por el trato injusto—. No puedo luchar solo contra vosotros dos, pero no pienso dejarlo estar. Pediré ayuda al Rey Duan.»

6

—Mi esposa y yo sólo tuvimos a esta hija, pues falleció trágicamente en el parto. Es un honor para mí que tanto el hermano Víbora como el hermano Siete vengan a pedir su mano. Si mi esposa siguiese con nosotros, no me cabe duda de que estaría encantada.

Huang Loto se frotó los ojos ante la mención de su madre.

A continuación, Huang el Boticario se sacó de la camisa un tomo encuadernado a mano con la cubierta destrozada.

—Este libro lo escribió mi esposa. Se dejó el alma en él. Estuvo perdido mucho tiempo, pero hace poco encontró el camino de vuelta hasta mí. Es el objeto más valioso que poseo. Ahora les pido a nuestros jóvenes maestros que lo lean una vez, juntos. Concederé la mano de mi hija al que recuerde más y recite el texto con menos errores.

Hizo una pausa y miró a Cuenta Hasta Siete Hong.

—Es cierto que el maestro Guo lleva una ronda de ventaja, pero este volumen ha jugado un papel importante en mi vida. Mi esposa murió por él. Espero que desde el cielo su alma haya elegido a su yerno y ayude a su favorito a ganar.

—¡Basta de tonterías, Hereje! Sabes perfectamente que mi discípulo, aquí presente, no es el más inteligente y no sabe nada de libros ni poesía. Y aun así quieres que memorice un libro, ¡incluso pones a tu difunta esposa como excusa! ¿No tienes vergüenza? —Cuenta Hasta

Siete Hong agitó la manga y se marchó echando humo.

—Hermano Siete, si has venido aquí a hacer gala de tu mal genio, me temo que necesitas unos años más de aprendizaje —dijo Huang el Boticario con desdén.

Cuenta Hasta Siete se volvió, con las cejas alzadas.

—¿Qué quieres decir? ¿Me estás amenazando con hacerme prisionero?

—No sabes nada de las artes de las Puertas Misteriosas y los Cinco Elementos. Nunca encontrarás la salida sin mi permiso.

—Arrasaré tu asquerosa isla.

—¡Tú inténtalo!

«¡No puedo dejar que el *shifu* resulte herido o quede atrapado aquí por mi culpa!» Guo Jing dio un paso al frente con audacia.

—Señor Huang, *shifu*, participaré en esta última prueba. No soy inteligente y lo más probable es que pierda. Pues que así sea.

Guo Jing pensó que, una vez que hubiera ayudado a Cuenta Hasta Siete Hong a escapar, podría volver al mar. Loto y él confiarían su destino a las olas y nadarían hasta que se quedasen sin fuerzas.

—¡Muy bien! Si no te importa que te humillen, ¡adelante!

Cuenta Hasta Siete estaba discutiendo con el Hereje a propósito, para crear una oportunidad para que los tres huyeran hacia la orilla. Ya lidiarían con las consecuencias una vez que hubieran zarpado. Pero sus cálculos no habían contemplado lo tercamente honrado que era su discípulo. No había nada que hacer.

—Siéntate bien. Y basta de trucos —le dijo Huang el Boticario a Loto.

Ésta, aún enfurruñada, hizo caso omiso. Por el modo en que él había aludido a su madre, sabía que esa última prueba sería decisiva. Era evidente que su padre ignoraría las dos victorias de Guo Jing. Aunque decidiera tener en cuenta las tres pruebas, cuando la siguiente hubiera concluido, Guo Jing y Ouyang el Galante habrían ganado una cada uno. Entonces sin duda se inventaría otra, y otra, hasta que ese hombre detestable venciera. Ojalá encontrase el modo de escapar de la isla con Guo Jing…

Para entonces, Huang el Boticario había hecho que Ouyang el

Galante y Guo Jing se sentaran uno junto al otro en una roca. Él tomó asiento enfrente de ellos y sostuvo el libro.

Estaba gastado y desencuadernado por los años de uso. El papel, otrora blanco, había amarilleado, y las esquinas y bordes estaban doblados y arrugados. Las palabras se hallaban oscurecidas por huellas de manos, y había puntos emborronados por el agua. ¿Eran lágrimas o té? Y las manchas de un negro violáceo... ¿eran sangre?

Al ver la cubierta, a Ouyang el Galante le dio un vuelco el corazón de pura emoción. «¡El *Manual de los Nueve Yin*! Está claro que mi suegro vela por mí; ¿por qué si no me ofrecería un vistazo a su libro más codiciado?»

«¿Quién puede leer estos garabatos del tamaño de un renacuajo? —Guo Jing se quedó mirando la caligrafía del título, en letra curvilínea—. Sé que quiere que pierda. Reconoceré la derrota de todos modos.»

Huang el Boticario pasó la primera página. El papel mostraba señales de haber sido reparado hacía poco. La escritura, en una letra regular mucho más legible, era fina y elegante. Era la caligrafía de una mujer.

A Guo Jing le martilleó el corazón al leer las primeras líneas:

> Los cielos apartan del exceso y complementan en la ausencia, así es como lo inmaterial vence a lo material, y la ausencia triunfa sobre el exceso.

«¡Es una de las frases del hermano Zhou!» Recorrió el resto de la página con la mirada. Cada frase era exactamente igual que las palabras que había aprendido de memoria hacía poco.

Al cabo de un momento, Huang el Boticario volvió la página. Guo Jing se encontró de nuevo con palabras que Zhou Botong le había ordenado memorizar:

> El débil vence al fuerte, lo flexible conquista lo firme. Todo el mundo bajo el cielo lo sabe, aunque nadie pueda ponerlo en práctica.

Continuó leyendo.

> El más flexible bajo el cielo puede acabar con el más duro.

Había varios caracteres que no conocía en aquella página, pero los que sí reconocía se correspondían exactamente con las palabras de su hermano de juramento.

«¿El hermano Zhou me ha enseñado este libro?» Ni se le había pasado por la cabeza que la teoría marcial del Granuja Cano pudiese ser obra de otra persona. «¿Cómo es posible que el señor Huang tenga un ejemplar? ¿Cómo escogería la señora Huang a su yerno a través de él?» Se quedó con la mirada perdida en las palabras conocidas, perplejo por aquellas preguntas sin respuesta.

Huang el Boticario dio por sentado que a Guo Jing le daba vueltas la cabeza debido a las enrevesadas frases del libro. Como si no se diera cuenta del aturdimiento y la falta de atención de Guo Jing, el señor de la isla de la Flor de Melocotón volvió las hojas a su propio ritmo, de manera lenta y regular.

Al principio, Ouyang el Galante se había sentido bastante satisfecho de lo que era capaz de recordar, pero pronto se vio completamente perdido. El texto estaba impregnado de jerga taoísta y teoría del *neigong*, y él no sabía nada acerca de la religión, su filosofía o sus conceptos marciales. Reconocía todos los caracteres de la página, pero, en conjunto, no les veía el sentido. No pudo ni memorizar media frase.

> La fuerza fluye a través de los dedos, nada puede interponerse en su camino; machácale el cráneo al enemigo, como si desmenuzaras tierra putrefacta.

Hizo una pausa en esa línea, desesperado. «¿Qué demonios significa eso? ¡El *Manual de los Nueve Yin* es incomprensible!»

Echó una ojeada a Guo Jing, que estaba boquiabierto. «Con todo, recordaré más que este imbécil. ¡Esta prueba la gano yo, seguro!»

Confiado, se volvió hacia su futura esposa con aire triunfal.

Loto le sacó la lengua e hizo una mueca.

—¿Te acuerdas de Piedad, mi amiga, a la que raptaste? La dejaste en un ataúd en aquel templo ancestral. ¿Sabías que se ahogó? Anoche soñé con ella, tenía el pelo enmarañado y el rostro sangriento. Viene a por ti.

—¡Se me olvidó dejarla salir! —murmuró Ouyang el Galante. «Qué lástima, era una joven preciosa.» Entonces, la sonrisa de Loto le hizo sospechar—. ¿Cómo lo sabes? La liberasteis, ¿verdad?

—¡Concéntrate! —le gruñó Víbora Ouyang. Era evidente que Loto intentaba distraer a su sobrino.

—Sí, tío.

Ouyang el Galante volvió a centrarse en el texto.

Guo Jing había dejado de leer. Cada frase que había visto hasta entonces se correspondía, palabra por palabra, con la teoría de Zhou Botong, que se sabía de memoria. En lugar de eso, se quedó mirando a los árboles, intentando en vano entender cómo podía ser.

Incapaz de descifrar la escritura de la página del título, Guo Jing no tenía ni idea de que estaba leyendo el segundo tomo del *Manual de los Nueve Yin*, la copia que le había devuelto Ciclón Mei a Huang el Boticario en la Mansión de la Nube Errante.

El señor de la isla de la Flor de Melocotón lo había escogido porque, sin la base de la energía interna que se explicaba en el primer volumen, era imposible comprender las artes marciales descritas. No le importó que Cuenta Hasta Siete Hong entendiera algún fragmento, pero no deseaba compartir nada que permitiera a Víbora Ouyang mejorar su kung-fu.

Además, el segundo tomo concluía con un pasaje largo e incomprensible. Tras encontrarse con Zhou Botong, su esposa había transcrito aquella parte en cuanto regresaron a su habitación. Recordaba lo segura que estaba de recordar perfectamente el texto principal del manual, pero había revisado aquel conjuro sin sentido una y otra vez, dudando de su memoria cada vez que lo miraba. Era improbable que Ouyang el Galante recordara mucho después de leer el manual de un tirón una sola vez, y lo poco que podría retener sin duda se desviaría en aspectos importantes de lo que su esposa había

dejado por escrito. Así que, aunque tuviera la décima parte de la memoria de ella, independientemente de lo que repitiese Víbora en el futuro, era casi imposible que tío y sobrino ampliaran sus conocimientos marciales.

Huang el Boticario siguió pasando las páginas a un ritmo constante. Muchas estaban estropeadas por borrones y huellas de dedos, lo que a veces impedía ver bien las palabras.

Cuando llegaban a las últimas páginas, Ouyang el Galante dijo, tras echar un vistazo a la primera línea:

—Tío Huang, ¿qué es esto de *mahaparas gatekras*? No le encuentro ningún sentido a esta página, es imposible que me aprenda esto.

—Haz lo que puedas. Es difícil por un motivo, para que tu talento pueda brillar.

Al oír aquellas palabras, Guo Jing miró la página. Era aquel pasaje sin sentido que le había quitado el sueño y el apetito durante al menos tres días cuando intentó aprenderlo. Y luego había persistido diez días más, y finalmente aquellos mil caracteres aproximadamente pasaron a formar parte de él.

Llegaron a la última página del libro. Un párrafo final de caracteres sin sentido, citas de poemas escritos por otra mano. Huang el Boticario conocía bien esas palabras y la letra. Tiempo atrás había copiado esos poemas muchas veces y era él quien había dado forma a la caligrafía de la joven que los había dejado registrados.

Guardé nuestro encuentro en mi corazón entonces,
y aún más ahora.

Luego había escrito:

Al despertar después de beber, mi dulce amiga se ha ido.
Mil veces, ya sea el viento o el agua, la corriente se te lleva.

Y seguía:

Los hombres han envejecido, las cosas han cambiado.

No deseo beber entre las flores mientras las lágrimas me manchan la ropa.
Ahora quiero dormir con la puerta cerrada.
Dejar que las flores del ciruelo vuelen como la nieve.

Luego, justo al final de la página, en caracteres torcidos y deformes: «*Shifu*, por favor, matadme. Os he agraviado. Quiero morir en vuestras manos, *shifu*. *¡Shifu!*»

Huang el Boticario había advertido las manchas de sangre y lágrimas que tenía el *Manual de los Nueve Yin* cuando Ciclón Mei se lo devolvió.

Una oleada de pena se llevó consigo toda la amargura que había sentido por la traición de su discípula. Su escritura le trajo recuerdos de cómo le cogía la mano y la balanceaba ligeramente, a derecha e izquierda, diciendo: «*¡Shifu, shifu!*»

Con un suspiro, recordó cuando copiaba aquellos versos de Ouyang Xiu y Zhu Xizhen. Su discípulo de mayor edad, Tempestad Qu, los había compartido con Ciclón Mei tras encontrarlos en su estudio.

Ciclón Mei habría guardado esas palabras en su corazón todos aquellos años. Las pinceladas eran rectas y poderosas. Por aquel entonces, no debía de estar ciega.

Huang el Boticario recordó que había dejado de hablar con ella después de casarse. Al poco tiempo, Tempestad Qu había descubierto su romance ilícito con Huracán Chen. Sus dos discípulos mayores habían entablado un combate enconado por su hermana marcial.

La ira y el dolor que había experimentado seguían frescos en su memoria. Había echado a Tempestad de la isla y condenado al ostracismo a Huracán y a Ciclón, negándose a enseñarles. Ahora se daba cuenta de que en parte los había empujado a robar el *Manual de los Nueve Yin*. La compasión, teñida de culpa, anidó en su corazón.

Huang el Boticario volvió la vista al presente —Ouyang el Galante aún se debatía con el pasaje del *mahaparas*— y cerró el libro. No quería que leyeran las palabras de Ciclón Mei.

—Acabemos aquí. Ese extraño pasaje es demasiado difícil. —Observó a los perplejos jóvenes—. ¿Quién quiere empezar?

—A mí me gustaría intentarlo —respondió Ouyang el Galante de inmediato, pues sabía que tendría más oportunidades mientras tuviera la mente fresca.

Huang el Boticario asintió y se volvió hacia Guo Jing.

—Adéntrate en el bosque de bambú, hasta donde no puedas oírnos.

Obedientemente, Guo Jing se alejó unos cien pasos de Ouyang el Galante. Loto lo siguió en silencio, pensando que aquella quizá fuera su oportunidad de escapar. Entonces oyó la voz de su padre.

—Loto, siéntate aquí conmigo, para que veas que soy imparcial.

—No eres imparcial, y lo sabes.

—¿Dónde están tus modales? —replicó él de buen humor—. Ven, siéntate conmigo.

—No quiero.

Loto sabía que, mientras su padre no le quitara ojo, serían incapaces de llegar muy lejos. Caminó despacio hacia Ouyang el Galante y le preguntó, con una sonrisa:

—Maestro Ouyang, ¿por qué te gusto tanto?

Perplejo, el joven, normalmente elocuente, rompió a reír tontamente y apenas logró tartamudear:

—Mi señora, tú... tú...

—No debes volver apresurarte en volver a las Regiones Occidentales. Quédate unos días en la isla de la Flor de Melocotón. ¿Hace mucho frío allí?

—El oeste es enorme. Por supuesto, en muchas zonas hace frío, pero otras son cálidas y soleadas. Igual que aquí, en el sur.

—¡No te creo! Te encanta engañar a la gente.

Antes de que Ouyang el Galante pudiera explicarse, intervino Víbora Ouyang.

—Deja la cháchara para después, niña —ordenó con aspereza.

La breve interrupción de Loto había hecho que Ouyang el Galante olvidara una parte considerable del texto que había embutido en su cabeza. Ordenó sus pensamientos y comenzó lentamente.

—«Los cielos apartan del exceso y complementan en la ausencia, así es como lo inmaterial vence a lo material, y la ausencia triunfa sobre el exceso.»

La memoria de Ouyang el Galante era impresionante. Recitó las líneas iniciales exactamente como estaban escritas, pero, una vez que llegó al contenido principal —complejas teorías taoístas sobre energía interna, para canalizar el *qi* y equilibrar el yin y el yang—, sólo recordaba alrededor de una décima parte de lo que había leído.

Cada vez que le fallaba la memoria, Loto proclamaba en voz alta:

—¡No, te has equivocado!

Sus exclamaciones se volvieron tan frecuentes que Ouyang el Galante apenas podía pronunciar palabra. Se rindió al llegar al pasaje sin sentido final, incapaz de recordar un solo carácter.

—Muy bien. Has recordado mucho. —Huang el Boticario sonrió, luego su voz retumbó en el bosque de bambú—. Maestro Guo, te toca.

Por la sonrisa de Ouyang el Galante, Guo Jing supuso que estaba satisfecho con su actuación.

«Debe de ser muy inteligente para recordar tanto. Yo sólo recitaré el texto que me enseñó el hermano Zhou —se dijo mientras regresaba—. Seguro que está mal, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?»

—Ya podemos admitir la derrota —dijo Cuenta Hasta Siete—. ¿Para qué quieres hacer el ridículo, mi chico tonto?

Al mismo tiempo, Loto dio un golpecito con el pie y saltó al techo del pabellón. Con un rápido movimiento de muñeca, sacó una daga, que se presionó con fuerza contra el pecho.

—Papá, si me obligas a irme al oeste con ese libertino, entonces moriré hoy aquí.

—Baja eso… podemos hablarlo —dijo Huang el Boticario, que la creía capaz de cumplir su amenaza.

Víbora Ouyang tocó el suelo con el bastón y —*¡fiuuu!*— un dardo con una forma poco común salió volando de su puño.

Antes de que Loto pudiera distinguir lo que volaba hacia ella, la daga se le había caído de la mano.

Huang el Boticario saltó al techo y dijo, con suavidad:

—Si no quieres casarte, no me importa en absoluto. —Le rodeó los hombros con el brazo—. Ya sabes que nada me gustaría más que disfrutar de tu compañía en la isla de la Flor de Melocotón siempre.

—¡Tú no me quieres! ¡No me quieres! —gritó ella dando fuertes

pisotones.

Cuenta Hasta Siete Hong temblaba de risa. Huang el Boticario —el grande marcial que dominaba los lagos y los mares, el monstruo asesino que mataba sin remordimientos— estaba maniatado y amordazado por la pataleta de su hija.

Víbora Ouyang observó con interés los esfuerzos inútiles de Huang el Boticario por apaciguar a Loto. «Una vez que consigamos su mano y despachemos al Mendigo y a ese muchacho, ya nos ocuparemos de su mal carácter. No vamos a hacer un mundo de las lágrimas de una niña.»

Decidido a tomar el asunto en sus propias manos, dijo:

—Nuestro joven maestro Guo posee un kung-fu magnífico y una energía interna excepcional. Es un ejemplo para la generación más joven. Estoy seguro de que su memoria es extraordinaria. ¿Lo invitamos a demostrarlo?

—Claro, maestro Ouyang —respondió Huang el Boticario. Entonces se volvió hacia Loto—. Te das cuenta de que tu mal humor está turbando la concentración del maestro Guo, ¿verdad?

Loto se calmó de inmediato.

—Joven maestro Guo, comienza, por favor. Estamos impacientes por oírte.

Víbora Ouyang se moría de ganas de verlo abochornado.

«Supongo que no tengo elección —pensó Guo Jing ruborizado—. Me limitaré a recitar lo que me ha enseñado el hermano Zhou.»

Así pues, comenzó. Las palabras salieron a borbotones, sin pausa ni vacilación.

—«Los cielos apartan del exceso y complementan en la ausencia...»

Al fin y al cabo, había repetido aquellas mismas palabras en voz alta varios cientos de veces siguiendo las instrucciones de Zhou Botong.

Al cabo de unas líneas, todos estaban atónitos. La misma idea pasó por la mente de Huang el Boticario y de los Ouyang: ¡los había engañado! ¡El chico no era lo que parecía!

Loto y Cuenta Hasta Siete sabían que Guo Jing no podía haber memorizado el texto unos minutos antes, pero estaban demasiado contentos para preguntarse cómo había conseguido aprender el

Manual de los Nueve Yin de memoria.

Guo Jing había llegado a la cuarta página del manual de un tirón. Huang el Boticario cotejó con su ejemplar y se quedó pasmado al descubrir que había comprendido cada palabra. Incluso las líneas emborronadas por sangre, agua y sudor, deterioradas por la arena y estropeadas por Huracán Chen y Ciclón Mei mientras entrenaban duramente.

Más notable aún era que las palabras que brotaban de labios de Guo Jing estuvieran conectadas, fueran lógicas y completas. El joven incluso llenaba los caracteres que faltaban de las citas del *Clásico de caminos y virtudes*, de Laozi, y del *Clásico de la florescencia del sur*, de Zhuangzi, que su esposa no había dejado por escrito del todo.

Huang el Boticario notó que le daba un vuelco el corazón y un sudor frío le empapaba la túnica.

«¿Estás hablando conmigo a través de este joven, querida? ¿Recordaste todas las palabras del manual una vez que alcanzaste el siguiente mundo y, de algún modo, se las has transmitido a él?»

La voz de Guo Jing resonaba en sus oídos, articulando cada palabra del manual con claridad. Incluso el disparate incoherente de la última parte fluía como el agua.

—Sé que estás compartiendo el manual conmigo a través de este chico, Astra. ¿Me dejarás verte? Toco la flauta para ti todas las noches. ¿La oyes? —Huang el Boticario hablaba en voz baja al cielo. Estaba convencido de que su esposa había hecho su elección.

Todos mantenían ahora la vista fija en el señor de la isla de la Flor de Melocotón, perplejos por el cambio que se había producido en su semblante. Advertían que murmuraba, con los ojos vidriosos a causa de las lágrimas, pero no se daban cuenta de que estaba hablando con su difunta esposa.

La expresión ausente en el rostro de Huang el Boticario se vio sustituida finalmente por una mirada gélida y feroz.

—Estudiaste el *Manual de los Nueve Yin* cuando estaba en posesión de Ciclón Mei, ¿verdad? —le gritó a la cara de Guo Jing.

—Ella me capturó… Iba a estrangularme para vengar a su esposo, pero me necesitaba. No podía caminar, así que me hizo cargar con

ella. Actué como sus piernas para que pudiera luchar esa noche en la residencia del príncipe jin. No me enseñó el manual y jamás lo he visto —repuso Guo Jing, alarmado por el rencor que reflejaban los ojos de Huang el Boticario.

Por la expresión de pánico del joven, Huang el Boticario tuvo claro que Guo Jing decía la verdad. También sabía que la versión de Guo Jing era más completa que el ejemplar que él sostenía, sobre todo en lo que se refería al extraño pasaje final. Su esposa debía de haber recuperado el recuerdo del manual, ahora que moraba en el reino de los espíritus.

En circunstancias normales, Huang el Boticario, instruido y racional, no se habría creído algo tan disparatado como que los difuntos compartieran conocimientos con los vivos, pero el Hereje estaba tan enamorado de su mujer y había quedado tan destrozado por su prematura muerte que se convenció a sí mismo de que ella había hablado y había escogido a su futuro yerno.

Dividido entre la alegría y la pena, declaró:

—Hermano Siete y hermano Víbora, mi difunta esposa ha escogido y no pienso discutir su decisión. Hijo, te doy la mano de mi hija. Por favor, cuida de ella. He malcriado a Loto y espero que consientas sus caprichos.

—¡Eh, yo no soy una malcriada! —replicó Loto con una risita, eufórica por haberse salido al fin con la suya.

En esta ocasión, sin que nadie se lo pidiera, Guo Jing se puso de rodillas y se prosternó.

—¡Gracias, padre!

10

Mar adentro

1

—¡Espera! —Ouyang el Galante dio un paso al frente.

—¿Y ahora qué quieres? ¿Crees que has perdido de manera injusta?

Aunque exasperado por aquella interrupción, Cuenta Hasta Siete Hong seguía sonriendo de oreja a oreja ante el talento de Guo Jing para los libros. Nunca habría predicho el resultado de la tercera prueba. Aunque el tonto de su discípulo venciera al sobrino del Veneno en diez pruebas más, no se sorprendería tanto como en ese momento.

—El hermano Guo ha recordado más de lo que recogía el libro —explicó Ouyang el Galante—. Debe de haber puesto los ojos en el *Manual de los Nueve Yin* original. Perdonad mi impertinencia, pero me gustaría registrarlo.

—¿No recuerdas lo que ha dicho tu tío sobre perder? —replicó Cuenta Hasta Siete—. El señor Huang ha escogido a su yerno. ¿Por qué creas problemas?

Víbora Ouyang alzó la mirada, exasperado.

—¡A los Ouyang no se les toma el pelo!

Para el Veneno, el *Manual de los Nueve Yin* era mucho más importante que cualquier matrimonio. Si su sobrino sospechaba que Guo Jing tenía el manual original, entonces debía llegar al fondo del asunto.

De nuevo en pie, Guo Jing se desabrochó el cinturón que le sujetaba la camisa y se la abrió.

—Maestro Ouyang, regístrame si quieres.

Sacó todo que llevaba encima y lo depositó sobre una roca. Un

puñado de monedas de plata, un pañuelo, yesca y pedernal, y algunos objetos personales más.

Resoplando con desdén, Víbora Ouyang se acercó a Guo Jing. Su intención era golpearlo en el abdomen con su kung-fu Sapo Explosivo y dejarle una herida que permaneciese latente durante tres años y que acabase causándole la muerte.

Pero, antes de que pusiera las manos en el joven, oyó que Huang el Boticario tosía, y vio que la mano izquierda del Hereje se cernía sobre la nuca de Ouyang el Galante. Si Víbora Ouyang seguía adelante con su ataque, Huang el Boticario podía responder aplastando la columna a su sobrino.

Cuenta Hasta Siete Hong logró contener una risita a duras penas ante la reacción de Huang el Boticario. «Ahora que el tonto de mi discípulo es su yerno, el Hereje se esfuerza en protegerlo. Bueno, supongo que no puedo llamarlo tonto, con una memoria así.»

Tras una búsqueda exhaustiva, Víbora Ouyang no encontró nada en Guo Jing aparte de ropa. Sin embargo, no se creyó ni por un momento las sandeces supersticiosas de Huang el Boticario sobre que su esposa muerta había escogido a su yerno. La explicación de su sobrino tenía mucho más sentido.

Intimidando al joven con la mirada, Víbora Ouyang apretó su vara una vez más. Unos anillos de oro tintinearon en el pomo y se abrió una tapa metálica que reveló dos pequeños agujeros, de los cuales salieron reptando sendas serpientes que se enroscaron en torno a la vara.

Loto y Guo Jing dieron un paso atrás.

—Guo Jing —la voz de Víbora Ouyang había adoptado un tono más agudo—, ¿dónde has aprendido el contenido del *Manual de los Nueve Yin*?

—Jamás he visto el *Manual de los Nueve Yin*. El hermano Zhou Botong me dijo...

—¿Llamas «hermano» a Zhou Botong? ¿Lo conoces? —interrumpió Cuenta Hasta Siete.

—Es mi hermano de juramento.

Cuenta Hasta Siete estalló en carcajadas.

—¡Eso es absurdo! Es unas décadas mayor que tú.

Víbora Ouyang continuó interrogándolo.

—Viento Oscuro Doblemente Infame robó el segundo tomo del *Manual de los Nueve Yin*, y tú mataste a Huracán Chen. Le quitaste el manual a él, ¿verdad?

—Le ruego me disculpe, señor… Sólo tenía seis años por aquel entonces y no había aprendido a leer. No sabía nada del manual y no le quité nada.

—Aseguras que nunca has visto el manual, pero acabas de recitar el texto completo. ¡Explícate! —La voz de Víbora Ouyang tenía un dejo de impaciencia.

—No he recitado el *Manual de los Nueve Yin*. Era un texto que he aprendido del hermano Zhou. Una teoría marcial que inventó él. Me dijo que a ningún discípulo de la secta Quanzhen se le permite aprender el kung-fu del manual. Su hermano marcial Wang Chongyang, Doble Sol, lo decretó antes de fallecer.

Huang el Boticario suspiró. «¡Qué tonto he sido de no pensar en Zhou Botong! Después de todo, custodia el manual y lleva años atrapado en esa pequeña cueva. ¿Qué otra cosa iba a hacer aparte de leer el manual, una y otra vez? Debería haber imaginado que no era un poder del más allá el que se lo había enseñado al chico. ¿Quizá esta coincidencia sea una señal de que Loto y este chico están destinados a casarse?»

—¿Dónde está Zhou Botong?

La pregunta de Víbora Ouyang devolvió a Huang el Boticario al presente.

—Hermano Víbora, hermano Siete, no nos hemos visto en muchos años. Propongo que bebamos y comamos juntos durante los próximos tres días.

—*Shifu*, cocinaré para vos —añadió Loto—. Nuestros lotos son excepcionales. Os prepararé pollo al vapor con pétalos de loto, además de sopa de abrojo de agua y hoja de loto, os encantarán.

—Mira qué contenta estás, ahora que te has salido con la tuya —respondió Cuenta Hasta Siete, con un brillo burlón en la mirada.

Era cierto. Ahora que su deseo se había hecho realidad, la

embargaba un sentimiento de calidez hacia el mundo. Incluso Ouyang el Galante le resultaba algo menos repulsivo.

—*Shifu* —dijo con una sonrisa radiante—, tío Ouyang y hermano Ouyang, seguidnos, por favor.

Víbora Ouyang juntó las manos e hizo una reverencia.

—Hermano Boticario, te agradezco tu hospitalidad, pero es hora de que nos marchemos.

Lo que había convencido a Víbora Ouyang para viajar miles de *li* hasta la isla de la Flor de Melocotón fue el *Manual de los Nueve Yin*. En su carta sobre Loto, Ouyang el Galante le contaba que el manual se hallaba en manos de una mujer ciega que había sido discípula de Huang el Boticario. Así que Víbora razonó que, si sus familias se unían, tendría la oportunidad de apoderarse del manual. Pero ahora que la petición de mano se había frustrado, así como sus esperanzas de conseguir el manual, no tenía sentido que se quedaran allí más tiempo.

—Hermano Víbora, has venido desde muy lejos; permíteme que ejerza de anfitrión unos días.

—Tío, siento no haber conseguido la mano de la dama, pero el tío Huang ha dicho que me enseñaría algo de kung-fu —añadió Ouyang el Galante.

Víbora Ouyang suspiró.

Debería haber sabido que el muchacho no se rendiría tan fácilmente. Sin duda estaba buscando una excusa para pasar más tiempo con la chica con el fin de seducirla.

Huang el Boticario sentía un poco de pena por Ouyang el Galante y dijo:

—Joven maestro Ouyang, el kung-fu de tu tío no tiene parangón. Pocos de nosotros podemos soñar siquiera con alcanzar su nivel. No te hace falta recurrir a extraños en busca de orientación marcial. Sin embargo, yo he conseguido adquirir un puñado de nociones caprichosas. Si no te parecen demasiado humildes, escoge un tema. Te enseñaré todo lo que sé.

Ouyang el Galante consideró la oferta. «Debería pedir lo que más tiempo lleve aprender, para poder pasar más tiempo con Loto...»

Hizo una profunda reverencia y dijo:

—Hace mucho que admiro la percepción del tío Huang de los Cinco Elementos y las Puertas Misteriosas. Sería un gran honor para mí que estuviese dispuesto a compartir sus conocimientos.

Ahora fue Huang el Boticario el que hizo una pausa. Ouyang el Galante codiciaba los secretos de su mayor logro intelectual. Huang el Boticario no sólo era un experto en la bibliografía de esa materia, sino que también había desarrollado sus propias interpretaciones y hecho sus propios descubrimientos. No había compartido más que miaja de su conocimiento con su hija, ¿cómo iba a transmitírselo a un desconocido? Sin embargo, se había comprometido y no podía faltar a su palabra. Por fin habló:

—Las Puertas Misteriosas son un tema muy vasto. ¿Qué área te interesa?

—Me impresiona la complejidad del trazado de la isla de la Flor de Melocotón. Espero que el tío me dé permiso para quedarme aquí unos meses a estudiar y experimentar la inmensa sabiduría tras su planificación —dijo Ouyang el Galante, emocionado ante la idea de pasar tanto tiempo con Loto.

Huang el Boticario echó un vistazo a Víbora Ouyang. «¿Esto es cosa del Veneno? ¿Cuál es el plan?»

Víbora Ouyang advirtió la mirada de preocupación y se volvió hacia su sobrino.

—Pides demasiado. La topografía de la isla de la Flor de Melocotón es el trabajo de toda una vida y la clave de sus defensas. ¿Cómo va a compartir tales secretos?

—Nadie puede causarme ningún daño, ni aunque esta isla fuese una roca pelada —dijo con desdén Huang el Boticario.

—Por supuesto, me he ido de la lengua. Pido disculpas —dijo Víbora Ouyang, aunque sus palabras reflejaban escasa convicción.

Cuenta Hasta Siete Hong rió por lo bajo.

—Viejo Veneno, no creo que tu provocación haya tenido el efecto deseado.

Huang el Boticario se guardó la flauta *xiao* en la parte posterior de la camisa.

—Por favor, seguidme a mi estudio —dijo lacónicamente.

Alarmado, Ouyang el Galante miró a su tío sin saber qué hacer. Al ver que asentía levemente, siguió a su anfitrión.

El grupo deambuló por el bosquecillo de bambú durante un rato, hasta que de repente llegaron a un claro en la vegetación con un estanque de loto. Grandes flores blancas se erguían altas y orgullosas sobre las hojas verdes y ondulantes. Flotando en la superficie del agua, inundaban el aire con una leve fragancia.

Cruzaron el estanque siguiendo a Huang el Boticario por una estrecha calzada de piedra y llegaron a una bonita cabaña rústica. Estaba construida con troncos de pino sin descortezar y parras, y su imagen pareció refrescar el aire del verano. En cuanto entraron en el estudio, aparecieron sirvientes mudos con té verde jade, helado al tacto y sumamente refrescante.

Cuenta Hasta Siete Hong admiró los alrededores y dijo con una sonrisa:

—Todos conocemos el dicho: «Después de tres años como mendigo, ya no anhelas el rango.» Si viviese aquí en tu mundo mágico durante más de tres años, hermano Boticario, ¡apuesto a que ya no ansiaría mi vida de mendigo!

—Hermano Siete, nada me gustaría más que tenerte en la isla. ¡Podemos beber y hablar!

—Sería un verdadero placer. —A Cuenta Hasta Siete Hong le había conmovido aquella sincera invitación—. Por desgracia, yo he nacido para el trabajo duro, aunque me gustaría vivir en semejante paz y tranquilidad, como tú, hermano Boticario.

—Estoy seguro de que los dos crearíais algunas técnicas marciales extraordinarias, si lograrais pasar un mes o dos juntos sin pelearos —añadió Víbora Ouyang.

—¿Tienes celos? —rió Cuenta Hasta Siete.

—No, en absoluto. No hay nada más maravilloso que servir y procurar gloria a las artes marciales —dijo Víbora Ouyang.

—Vaya, vaya, ¿volvemos a decir lo contrario de lo que pensamos? —respondió Cuenta Hasta Siete.

Víbora Ouyang sonrió. Se mantendría en buenos términos con el

Mendigo y el Hereje hasta estar seguro de que tenía la capacidad para derrotarlos con un solo movimiento.

Huang el Boticario presionó la mano contra el borde de su escritorio y, en la pared oeste, se levantó un paisaje de agua tinta y reveló un armario oculto, del cual retiró un rollo con gesto reverente. Lo acarició con suavidad antes de volverse hacia Ouyang el Galante.

—Este rollo contiene los planos de la isla de la Flor de Melocotón. Todos y cada uno de los edificios, caminos, trampas, accesos y puertas están señalados aquí, con notas sobre su relación con los Cinco Elementos, el yin y el yang, y los Ocho Trigramas. Llévatelo y aprende de él.

Ouyang el Galante se inclinó e hizo ademán de aceptar el mapa con ambas manos mientras se sentía invadido por la decepción. Sus esperanzas de quedarse en la isla de la Flor de Melocotón —de quedarse cerca de Loto— se habían desvanecido.

—¡Espera! —exclamó Huang el Boticario.

Ouyang el Galante retiró las manos de golpe.

—Debes permanecer en Lin'an mientras este mapa se encuentre en tu posesión. Dentro de tres meses, enviaré a alguien a recogerlo. Sólo puedes aprenderte el contenido de memoria. No debes copiar ninguna parte del mapa ni dejar que nadie más lo vea.

«Sólo me interesa tu insignificante conocimiento para poder estar cerca de tu hija —gruñó Ouyang el Galante para sí—. ¿Y ahora quieres que guarde este rollo durante tres meses y garantice su seguridad? ¡Menuda porquería de acuerdo!»

Mientras Ouyang el Galante se preguntaba cómo podía negarse, se le ocurrió que lo más probable era que Huang el Boticario enviase a su hija a recoger el mapa.

«Vaya, ¡eso sí sería una oportunidad de acercarme a ella!» Con entusiasmo, tendió la mano de nuevo y dio las gracias a Huang el Boticario por su generosidad.

Huang Loto mostró el amuleto de cuerno de rinoceronte y dragón terrestre.

—Tío Ouyang, creo que no debería quedarme este tesoro.

Víbora Ouyang vaciló un momento —«Es ruin recuperar un regalo,

pero no puedo dejar que el Hereje guarde un antídoto para mis venenos»—, luego lo cogió. Acto seguido alzó las manos para despedirse.

Huang el Boticario no le suplicó que se quedase, como era costumbre en la época. Se limitó a acompañar a los Ouyang fuera del estudio.

Cuenta Hasta Siete Hong los siguió hasta la puerta.

—Hermano Víbora, ¿recuerdas que acordamos reunirnos de nuevo en la cumbre del Monte Hua al cabo de veinticinco años? Esa fecha se acerca. Cuídate. Esta vez lucharemos hasta el final.

—No creo que haga falta que compitamos. —Víbora Ouyang esbozó una débil sonrisa—. El título de Maestro Marcial Más Grande Bajo el Cielo ya está dado.

—¿Ha inventado mi hermano Víbora alguna técnica invencible?

—Sé que mis habilidades son ínfimas. No podría esperar ganar semejante título. —La sonrisa extraña seguía pintada en el rostro de Víbora Ouyang—. Estoy hablando del maestro que enseñó al maestro Guo.

—Bueno, este Mendigo sí sueña con ganar el título, no lo negaré, pero, con las habilidades de nuestro hermano el Boticario, que no dejan de mejorar, y tu enérgica vejez, y estoy seguro de que el Rey Duan no ha estado ocioso durante estos años en su palacio, dudo que yo tenga alguna posibilidad.

—De todos los maestros que han enseñado a nuestro maestro Guo, me temo que el hermano Siete no sea el más dotado.

—¿Qué…?

—¿Te refieres a Zhou Botong, el Granuja Cano? —intervino Huang el Boticario.

—¡En efecto! Está claro que el Granuja conoce el *Manual de los Nueve Yin* de arriba abajo. Me temo que ninguno de nosotros, ni el Hereje ni el Veneno ni el Rey ni el Mendigo, estará nunca a su altura.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Huang el Boticario—. El manual son sólo palabras sobre papel. Las artes marciales viven en el cuerpo.

2

Víbora Ouyang había advertido que cuando interrogaba a Guo Jing sobre el paradero de Zhou Botong, Huang el Boticario había cambiado de tema rápidamente. El Hereje debía de estar ocultando algo relacionado con ese miembro díscolo de la secta Quanzhen. Así que, ahora, Víbora se propuso averiguar lo que pasaba.

Gracias a los enrevesados comentarios de Cuenta Hasta Siete en el momento de la despedida, había conseguido reconducir la conversación hacia el Granuja Cano. Y, como era de prever, el orgulloso Boticario había mordido el anzuelo.

—El kung-fu de la secta Quanzhen es excepcional, y todos lo hemos experimentado de primera mano —dijo Víbora Ouyang, aprovechando la oportunidad para presionar un poco más a Huang el Boticario—. Ahora el Granuja Cano puede combinar lo que ya sabe con el kung-fu registrado en el *Manual de los Nueve Yin*. Me atrevería a decir que, aunque Wang Chongyang volviera a la vida, no sería capaz de derrotar a su hermano marcial pequeño. ¿Y nosotros? Menos aún.

Soltó las últimas palabras como si tal cosa, luego hizo una pausa para que los otros pudieran asimilarlas.

—Bueno, quizá haya llegado el momento de que la secta Quanzhen prospere.

Otra pausa, luego un suspiro.

—Los tres hemos trabajado duro toda la vida. Y, aun así, al final perdemos al no haber previsto este giro de los acontecimientos.

Huang el Boticario contestó de inmediato:

—Aunque el kung-fu del Granuja Cano fuese mejor que el mío, no podría superar a nuestro hermano Víbora y a nuestro hermano Siete. De eso estoy seguro.

—Eres demasiado modesto, hermano Boticario. Siempre hemos sido iguales. Hablas como si no te cupiese ninguna duda de que Zhou Botong no puede derrotarte. Eso, me temo…

Víbora Ouyang negó con la cabeza y dejó esas palabras en el aire.

—Lo averiguarás en el torneo del Monte Hua —dijo Huang el Boticario.

—Ahora que lo pienso, han pasado años desde la última vez que oí hablar del Granuja. Quizá las noticias de sus travesuras no han llegado al rincón remoto que llamo hogar. ¿Por casualidad sabéis dónde está ahora? —Víbora Ouyang hizo una pausa y luego añadió—: Y, hermano Huang, sabes que siempre he sentido la mayor admiración por su kung-fu, pero, si te soy sincero, cuando dices que no está a tu altura, debo admitir que no me convences del todo. No creo que debamos dar nada por sentado.

Aunque Huang el Boticario sabía que Víbora Ouyang estaba provocándolo para que revelara el paradero de Zhou Botong, era demasiado orgulloso para no responder a ese desaire.

—El Granuja Cano está en la isla de la Flor de Melocotón. Hace quince años que es mi prisionero.

Cuenta Hasta Siete Hong arqueó las cejas sorprendido, pero Víbora Ouyang se echó a reír.

—Nos estás tomando el pelo, hermano Huang.

Huang el Boticario les hizo un gesto a todos para que lo siguieran y salió disparado hasta el bosquecillo de bambú como si volara, tan ligeros y rápidos eran sus pasos. Cuenta Hasta Siete Hong corrió con un *qinggong* igual de extraordinario, cargando con Guo Jing en el brazo izquierdo y con Loto en el derecho. Víbora Ouyang, que llevaba a su sobrino del brazo, cerraba la marcha.

Aunque la cueva de Zhou Botong se encontraba a un buen trecho del estudio y el camino estaba lleno de giros y recodos, sólo tardaron un momento en llegar.

—¿Hum? —Huang el Boticario masculló para sí, sorprendido de encontrar la entrada de la cueva vacía.

Dando un leve golpecito en el suelo, se elevó y avanzó flotando en el aire, como si no pesase nada. Con algunos saltos similares más, se plantó en la entrada de la cueva. Se posó con el pie izquierdo y el suelo cedió. Dio una patada con la derecha en el aire que transformó su movimiento descendente en un impulso hacia delante, hacia el interior de la cueva.

Aterrizó con el pie izquierdo una vez más. En otro agujero.

Su cuerpo ya no contaba con ningún impulso para contrarrestar la

gravedad. Así pues, con un revés fluido, se sacó la flauta de jade de la parte posterior del cuello de la camisa. La sostuvo en horizontal y tocó el muro de la cueva ligeramente con la punta.

Y salió disparado. Tan rápido como una flecha.

En apenas un instante, Huang el Boticario había entrado y salido de la cueva.

Cuenta Hasta Siete Hong y Víbora Ouyang aplaudieron sus reflejos elegantes, rápidos como el rayo, pero en ese preciso momento —*¡plop!* — el maestro marcial se desplomó. Había otro agujero, esta vez fuera de la cueva.

Huang el Boticario pisó algo ligeramente húmedo y blando. Pero el suelo por fin era sólido. Dio un golpecito con la punta de los dedos de los pies y saltó una vez más en el aire.

Para entonces, todos se habían reunido delante de la cueva. Aterrizó junto a su hija y un hedor espantoso le atacó las fosas nasales.

Bajó la vista. Tenía los zapatos cubiertos de heces.

¿Cómo un maestro marcial tan rápido y ágil como Huang el Boticario podía haber sido víctima de semejante broma?

Huang el Boticario partió una rama de un árbol cercano y pinchó el suelo. Sólo habían excavado en los tres puntos que había pisado él. Tenía que reconocer el mérito de Zhou Botong por predecir sus movimientos con tanta precisión. El Granuja Cano sólo había evacuado el vientre en la última trampa.

Huang el Boticario volvió a entrar en la cueva. Estaba vacía salvo por algunas jarras y cuencos de arcilla. Entonces advirtió un mensaje escrito tenuemente en el muro.

Riéndose para sus adentros de la mala suerte de Huang el Boticario, Víbora Ouyang se apresuró a entrar en la cueva para ver qué estudiaba con tanta atención. Para el Veneno, el contenido de esa cueva, incluso algo tan intrascendente como una aguja o un hilo, determinaría si por fin podría poner sus manos en el *Manual de los Nueve Yin*. El tiempo apremiaba y no podía dormirse en los laureles.

En el muro de la cueva estaban grabadas unas palabras diminutas:

Viejo Hereje Huang, me rompiste las dos piernas y me has

> tenido prisionero durante quince años. Debería haberte pagado con la misma moneda; eso me habría hecho sentir mejor. Pero lo he pensado y he decidido pasarlo por alto. En lugar de eso, te ofrezco un fragante recordatorio del Granuja Cano. Por favor, por favor…

El resto del texto quedaba oculto por una hoja.

Huang el Boticario tiró de ella y advirtió su error de inmediato. Estaba unida a un hilo. Lo oyó… y saltó a la izquierda.

Al ver que Huang el Boticario se apartaba, Víbora Ouyang saltó a la derecha.

¡Pim! ¡Pam! Varias jarras de arcilla cayeron desde lo alto y salpicaron de orina a los dos hombres.

Cuenta Hasta Siete Hong soltó una carcajada.

—¡Menudo aroma!

Huang el Boticario profirió un sonoro juramento ante aquella humillación, pero Víbora Ouyang sólo esbozó una sonrisa burlona. Loto regresó corriendo a casa en busca de ropa limpia y volvió con una túnica de más para Víbora Ouyang.

En cuanto se puso la ropa limpia, Huang el Boticario examinó la cueva de arriba abajo y de derecha a izquierda. No hubo más emboscadas. Donde había estado pegada la hoja, había dos líneas escritas en una letra diminuta:

> No retirar jamás esta hoja o de lo alto caerá un pis apestoso. Por favor, haced caso a esta advertencia. Ignorarla correrá de vuestra cuenta y riesgo.

Pese al enfado, Huang el Boticario no podía negar la gracia del ardid. Entonces cayó en la cuenta.

¡Los orines seguían calientes!

Salió a toda prisa de la cueva.

—El Granuja no puede estar muy lejos. Lo encontraremos.

«El combate será intenso cuando lo encontremos», pensó Guo Jing.

Pero, antes de pudiese objetar nada, Cuenta Hasta Siete lo agarró y

tiró de él en pos de Huang el Boticario, que avanzaba veloz hacia el este de la isla, con Víbora Ouyang pisándole los talones.

No tardaron en ver a Zhou Botong, que paseaba tranquilamente.

Huang el Boticario se adelantó al resto. En un instante se plantó justo detrás de Zhou Botong y dirigió la palma hacia su cuello.

Zhou Botong lo esquivó con aire despreocupado, luego se giró de golpe para encarar a Huang el Boticario.

—¡Qué bien hueles!

Huang el Boticario se quedó estupefacto. El golpe, rápido y letal, contenía toda la potencia de su fuerza interna, acumulada a lo largo de una vida de práctica marcial. También se hallaba alimentado por la humillación que había sufrido delante de dos de los grandes marciales más apreciados. El Canalla Cano al que él conocía no lo habría esquivado con tanta facilidad. Hizo una pausa para medir a su oponente.

Sin motivo aparente, el Canalla Cano tenía las manos atadas sobre el pecho. Parecía muy satisfecho consigo mismo y dedicó una gran sonrisa a Huang el Boticario.

Guo Jing corrió para saludarlo.

—Hermano, el señor Huang es mi suegro. Ahora todos somos familia.

Esperaba que la noticia redujera la tensión.

—¿Suegro? ¿Por qué no me escuchaste? Te dije que el Hereje era astuto. Y de lo más excéntrico. ¿Crees que será fácil vivir con su hija? Vas a sufrir hasta el día que mueras.

»Mi querido hermano, ya te lo dije. Puedes hacer lo que quieras en este mundo, siempre que no tomes esposa. Ya te lo advertí.

»Aún no habéis celebrado la ceremonia de matrimonio, ¿verdad? Bueno, ¿a qué estás esperando? ¡Sálvate mientras puedas! ¡Corre! ¡Escóndete! ¡Y vete lejos, muy lejos! En algún lugar tan remoto que ella no te encuentre nunca, aunque te busque toda la vida... —Zhou Botong continuó divagando sin darse cuenta de que Loto se le había acercado de puntillas por la espalda.

—Hermano Zhou, adivina a quién tienes detrás —le dijo ella.

Zhou Botong se volvió. No había nadie. Entonces captó fugazmente

algo que se precipitaba en su dirección. Una vez más, se inclinó hacia un lado.

¡Plaf! La ropa sucia cayó al suelo. Un hedor nauseabundo invadió el aire.

—Hereje, me rompiste las piernas y me has tenido aquí quince años. A cambio, yo te he hecho pisar caca y te he vertido algo de pis en la cabeza. Eso es todo. He sido justo contigo, ¿no? —Zhou Botong se meció adelante y atrás, sacudiéndose de la risa.

Huang el Boticario reflexionó sobre las palabras del Canalla Cano. Era cierto que las trampas de la cueva eran insignificantes si se comparaban con el sufrimiento que él le había infligido a Zhou Botong. Juntó las manos en señal de respeto.

—Gracias, hermano Botong, por tu generosidad. He sido injusto contigo todos estos años y te pido disculpas. ¿Puedo preguntarte por qué llevas las manos atadas?

—El ermitaño tiene sus razones. Los misterios del cielo no deben revelarse.

Abatido, Zhou Botong negó con la cabeza.

3

A lo largo de los años, Zhou Botong había sentido a menudo la tentación de abandonar la cueva y retar a Huang el Boticario. Cada vez, sin embargo, tras considerarlo cuidadosamente, se había detenido.

Su kung-fu no era lo bastante fuerte para derrotar a su carcelero. Probablemente moriría en combate, o quedaría inmovilizado por sus puntos de presión, con lo que dejaría desprotegida la cueva y también el *Manual de los Nueve Yin*. No podía dejar que el manual cayera en manos de ese hombre.

Pese a que llevaba quince años cautivo en la isla de la Flor de Melocotón, la desaparición de Zhou Botong no había causado alarma entre sus sobrinos marciales, los Siete Inmortales de la secta Quanzhen. Acostumbrados al temperamento de su tío marcial, dieron

por sentado que estaría disfrutando en algún lugar remoto y aislado. Sabían que, si no quería que lo encontrasen, nadie —ni mortal ni inmortal— sería capaz de localizarlo. Ni se les ocurrió que lo habían capturado. La idea de organizar una búsqueda no se les pasó por la cabeza en ningún momento.

Zhou Botong no había reconocido el potencial marcial de las Manos Enfrentadas, un juego que había ideado para mitigar el aburrimiento del cautiverio, hasta que se lo había enseñado Guo Jing. Ahora ya no tenía por qué temer a Huang el Boticario. Después de todo, ¿quién iba a lidiar con dos Zhou Botong al mismo tiempo? Por fin podría hacer que el Hereje pagara por el sufrimiento que le había infligido desde que llegara a la isla de la Flor de Melocotón. El único problema era que aún debía elaborar un plan.

La noche anterior, cuando Guo Jing se había marchado para investigar el desfile de las serpientes, volvió a quedarse a solas en la cueva. Como de costumbre, la flauta de Huang el Boticario causó estragos en su mente, desenterrando sus enredos pasados. En esta ocasión, el tira y afloja de la cítara y los silbidos lo alteraron aún más. Entonces un pensamiento se abrió paso en su desquiciada mente.

«¿Por qué a Guo Jing no le afecta la flauta? ¡Su kung-fu es muy inferior al mío!»

Zhou Botong se había hecho esa misma pregunta la noche que conoció a Guo Jing. A esas alturas, tras pasar varias semanas con él, conocía la respuesta.

«Es ingenuo y transparente como un niño. Aún no ha aprendido todas las emociones extrañas, maravillosas y conflictivas que encadenan a hombres y mujeres.

»La fuerza crece cuando el deseo es débil. Así pues, ¿por qué sigo obsesionado con la venganza? ¡Es ridículo ser tan mezquino, a mi edad!»

El Granuja Cano no era un monje taoísta, pero había pasado la mayor parte de su vida con los miembros de la secta Quanzhen, que le habían contagiado su veneración por la paz y la tranquilidad inalteradas por los deseos y las preocupaciones.

Zhou Botong había aceptado por fin su carga interior, se había

levantado y había salido de la cueva riendo.

El cielo era un azul de intenso, salpicado de nubes blancas, y le pareció tan claro y liviano como su corazón. Los tormentos a los que lo había sometido Huang el Boticario ahora le parecían tan triviales como una bandada de gallinas buscando lombrices.

Sencillamente le daban igual.

«Aun así, debería dejar un pequeño recuerdo para el Hereje. Es probable que no vuelva a poner un pie en esta isla.» Pensando en eso, Zhou Botong se metió el *Manual de los Nueve Yin* en la camisa y se dispuso a preparar las trampas alegremente.

Cuando estaba a varios pasos de la cueva, cayó en la cuenta. «¡Este lugar es un laberinto! ¿Cómo voy a dar con una salida? Tampoco puedo dejar al hermano Guo aquí tirado; seguro que le hacen daño. Me lo llevaré conmigo. ¡Que intente detenernos el Hereje! ¡Un Hereje no puede derrotar a dos Granujas Canos!»

Riendo para sí, agitó los brazos y giró las muñecas con alegría.

¡Crac! Un arbolito se partió en dos.

«¿Cuándo ha mejorado tanto mi fuerza? —se preguntó, sorprendido—. Esto no tiene nada que ver con las Manos Enfrentadas.»

Apoyó la mano en el tocón que había quedado e intentó determinar lo que acababa de ocurrir.

Extendió los dos brazos.

¡Crac, crac, crac, crac!

Media docena de árboles, caídos en un instante.

«¡Es el kung-fu del *Manual de los Nueve Yin*! ¿Cuándo...? ¿Cuándo he aprendido esto?» Un sudor frío le cubrió el cuerpo, empapándolo de pies a cabeza.

Echó a correr, gritando:

—¡Fantasmas! ¡Fantasmas!

Si bien Zhou Botong había leído el *Manual de los Nueve Yin* muchas veces a lo largo de los años, había seguido fielmente la última orden de su hermano marcial y nunca había puesto en práctica las artes marciales que contenía.

Sin embargo, con el fin de enseñar a Guo Jing, había leído el texto de principio a fin y se lo había explicado, una y otra vez. Sin ningún

esfuerzo consciente por su parte, los contenidos se habían abierto paso en la mente de Zhou Botong y habían impregnado su ser mientras dormía.

Después de todo, el Granuja Cano aprendía rápido y era intuitivo, tenía una comprensión profunda de las artes marciales, y el kung-fu del manual provenía de la tradición taoísta, igual que el suyo.

Ahora, todos sus movimientos contaban con la información de las teorías expuestas en el *Manual de los Nueve Yin*. Las enseñanzas del libro habían arraigado con firmeza en su interior.

—¡Qué horror! —dijo chillando al darse cuenta de lo que había ocurrido—. ¡Le he gastado una broma a Guo Jing y me ha salido el tiro por la culata!

Zhou Botong se palmeó la cabeza, una y otra vez, abrumado y arrepentido. Entonces se le ocurrió otra idea. Arrancó varias tiras de corteza de árbol y fabricó una cuerda basta. Ayudándose con los dientes, se ató las manos.

—Si no puedo sacarme el kung-fu del manual de la cabeza, entonces no podré volver a luchar nunca. Ni siquiera contra el Hereje. No desobedeceré a mi hermano marcial —se prometió a sí mismo, y suspiró con aire dramático—. Granuja, oh, Granuja, esto te lo has buscado tú solito. ¡Tu broma se ha vuelto contra ti! ¡El blanco de la broma eres tú!

Huelga decir que la respuesta de Zhou Botong no aclaró a Huang el Boticario en absoluto por qué aquél llevaba las manos atadas. Dio por sentado que era otro de los jueguecitos del Granuja Cano.

—Granuja Cano, ya conoces al hermano Ouyang, y éste es...

—Éste debe de ser Cuenta Hasta Siete Hong —dijo Zhou Botong. Ya había dado varias vueltas al grupo, olisqueando exageradamente—. Es un buen hombre. Como suele decirse: «La red celestial de la justicia atrapa a todos los que se apartan del buen camino.» Mi pis sólo ha empapado al Hereje y al Veneno. Me heriste con tu golpe de palma una vez, Víbora Ouyang, y acabo de devolverte el favor. Ahora estamos en paz.

Frunciendo el labio con desdén, Víbora Ouyang susurró al oído de Huang el Boticario:

—¡Mira lo rápido que se mueve! Es evidente que su kung-fu, tanto interno como externo, es superior al nuestro. Mejor no lo alteremos.

«No has visto mi kung-fu en veinte años. ¿Cómo sabes que no es tan bueno como el suyo?», pensó Huang el Boticario, antes de volverse hacia Zhou Botong.

—Repetiré lo que ya te he dicho muchas veces. Entrégame el *Manual de los Nueve Yin* y eres libre de abandonar la isla.

Incluso ahora que Ciclón Mei había devuelto la copia de su esposa, Huang el Boticario quería que Zhou Botong le entregase el original, para poder quemarlo como una ofrenda y que su esposa lo leyera en el inframundo.

—Ya estoy harto de esta isla. Ha llegado la hora de marcharme —dijo Zhou Botong.

—Entonces dame el manual —ordenó Huang el Boticario, y estiró el brazo.

—Ya te lo he dado.

—Tonterías. ¿Cuándo me lo has dado?

Zhou Botong rió para sus adentros.

—Guo Jing es tu yerno, ¿no? Así pues, lo que le pertenece a él te pertenece a ti. Le he enseñado el *Manual de los Nueve Yin* entero. De cabo a rabo. Así que, ¿no te lo he dado ya en cierto modo?

—¿Es…? ¿De verdad es eso lo que me has enseñado? ¿El *Manual de los Nueve Yin*?

—¿Crees que puedo inventarme algo tan complejo? —Zhou Botong se tronchaba de risa.

Al saber la verdad, Guo Jing sufrió un gran impacto, se quedó boquiabierto y con los ojos como platos.

El Granuja Cano estaba loco de alegría. Esa expresión compensaba todas las horas, días y semanas que había invertido en aquella broma. Todo el esfuerzo. Incluso el aprieto en que estaba metido en ese preciso momento.

—No me dijiste que era el *Manual de los Nueve Yin*.

Nada le gustaba más a Zhou Botong que jugar con la naturaleza

honesta de su hermano de juramento.

—¿Cómo? ¿No recuerdas que te lo dije? Dado que no eres miembro de la secta Quanzhen, al aprenderlo no desafíate la última orden de mi hermano marcial.

Huang el Boticario fulminó a Guo Jing con la mirada antes de volverse hacia Zhou Botong.

—Me gustaría quemar el *Manual de los Nueve Yin* como ofrenda a mi difunta esposa.

—Hermano, ¿podrías hacer los honores?

Guo Jing se acercó hasta su hermano de juramento, le metió la mano en la camisa y sacó dos tomos sujetos con un hilo, de un centímetro de grosor.

Con las manos atadas todavía por las muñecas, Zhou Botong apoyó las palmas en los libros y dijo:

—Aquí están los dos tomos del *Manual de los Nueve Yin*. Cógelos... si puedes.

—¿Qué quieres decir?

Zhou Botong ladeó la cabeza y meditó su respuesta.

—Si puedes alcanzarlos y montarlos —dijo con una risita.

—¿Eh?

El Granuja Cano levantó las manos por encima de la cabeza y las empujó hacia el cielo. Miles de pedacitos de papel revolotearon por encima de él como una multitud de mariposas, danzando en la brisa marina, vagando hacia el este y volando al oeste, imposibles de atrapar.

«Una proeza excepcional de kung-fu interno. Yo no podría trocear una pila de papel tan gruesa en apenas un instante», se dijo Huang el Boticario, impresionado al ver la espectacular destreza de Zhou Botong. Tardó un momento en recuperarse. El recuerdo de su esposa muerta echó más leña al fuego de su indignación por la rebeldía del Granuja Cano.

—¿Cómo te atreves a burlarte de mí? ¡Hoy no saldrás de esta isla, Granuja Cano! —exclamó Huang el Boticario con toda su furia, y arremetió con la palma hacia la cara de Zhou Botong.

Zhou Botong esquivó el golpe con las manos todavía atadas. Giró

sobre los talones hacia la izquierda y la derecha cuando las palmas de Huang el Boticario hendían el aire ruidosamente en derredor, y apenas lo rozaron.

La Palma de la Flor de Melocotón en Cascada era la creación marcial distintiva de Huang el Boticario, pero, al cabo de veinte movimientos, aún no había obligado a contraatacar al Granuja Cano.

El Hereje estaba a punto de canalizar más fuerza en el ataque cuando se dio cuenta horrorizado de lo que estaba haciendo. «¿Cómo puedo luchar con un hombre que tiene las manos atadas?», pensó, y dio un gran salto hacia atrás.

—Desátate las manos. Enséñame el poder del *Manual de los Nueve Yin*. Si no lo haces, temo que podría volver a hacerte daño.

Zhou Botong negó con la cabeza; su rostro era una máscara de sufrimiento.

—Tengo las manos atadas por un motivo, y no romperé estas ataduras, pase lo que pase.

—Entonces ¡las romperé por ti! —gritó Huang el Boticario, cogiéndolo por las muñecas.

—¡Arg! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Zhou Botong se arrojó al suelo y comenzó a rodar de un lado al otro.

—¡Padre! —Guo Jing se abalanzó hacia ellos, pero notó que una mano lo agarraba del brazo y tiraba de él hacia atrás.

—No seas tonto —masculló Cuenta Hasta Siete Hong—. Limítate a mirar.

Zhou Botong se retorcía en el suelo con suma agilidad. Huang el Boticario no logró asestarle ninguno de sus golpes y patadas.

Guo Jing, fascinado por aquella exhibición, reconoció la técnica de Salto de Serpiente sobre Zorro del *Manual de los Nueve Yin* y vitoreó a Zhou Botong cuando éste ejecutó una finta especialmente diestra.

Eso no hizo sino enfurecer a Huang el Boticario aún más. Sus golpes de palma eran como cuchillas afiladas, que hicieron trizas las mangas de Zhou Botong y el dobladillo de su túnica. Incluso le recortó las puntas del pelo y la barba con la potencia de su fuerza interna.

Zhou Botong sabía que no iba a poder esquivar a Huang el Boticario

mucho más rato. Si recibía algún golpe, sería su fin, o como mínimo quedaría gravemente lesionado.

El Hereje lanzó una nueva ráfaga de acometidas; con la palma izquierda golpeó de lado; con la derecha atacó en diagonal. Cada golpe contenía tres giros taimados y mortales.

Atrapado entre dos manos que atacaban, Zhou Botong se dio cuenta de que había llegado el momento de actuar. Reunió fuerza en los hombros y —*¡pam!*— las cuerdas se rompieron. Alzó el brazo izquierdo para bloquear, y al mismo tiempo giró el derecho para rascarse la espalda.

—¡Ah, este picor me estaba matando!

Huang el Boticario estaba atónito. ¿Cómo podía alguien pensar en rascarse en medio de un combate tan intenso? Dejó pasar otros tres ataques feroces, cada uno de los cuales contenía toda la fuerza de una vida entera de adiestramiento marcial.

Zhou Botong suspiró.

—No puedo dominarte con una sola mano, pero no hay otra forma. Nunca desobedeceré a mi hermano marcial.

Canalizó toda su energía en el brazo derecho y dejó colgando el izquierdo junto al cuerpo. Era plenamente consciente de que su kung-fu no estaba a la altura del de Huang el Boticario. En el momento en que conectaron, una gran fuerza lo empujó hacia atrás. Se tambaleó y tropezó mientras intentaba no perder pie.

Con las palmas levantadas, Huang el Boticario saltó. Zhou Botong seguía tambaleándose a causa de su último ataque.

—¡Lucha con ambas manos! ¡No puedes bloquear con un solo brazo!

—¡No! ¡Usaré sólo uno!

—Como desees.

Golpeó a Zhou Botong en el brazo con ambas manos y dejó que su fuerza interna se proyectara hacia delante.

Se oyó un ruido sordo.

Zhou Botong cayó de espaldas, con los ojos cerrados. De la boca empezó a manarle sangre, seguida de un gorgoteo ahogado. Tenía el rostro blanco como el papel.

Huang el Boticario dio un paso atrás. Nadie entendía por qué Zhou

Botong se había negado a contraatacar con ambas manos. Aunque no pudiera ganar, no habría perdido en un puñado de movimientos.

Zhou Botong abrió los ojos, se levantó poco a poco y dijo:

—El Granuja Cano ha caído en su propia trampa. Sin darme cuenta, aprendí el kung-fu del *Manual de los Nueve Yin*, en contra del último deseo de mi hermano. Si hubiese utilizado las dos manos, no habrías sido capaz de subyugarme.

Arrepentido, Huang el Boticario guardó silencio. Zhou Botong no se había atado las manos y luchado con desventaja sólo para fastidiarlo. Se dio cuenta de que había encerrado a ese hombre durante quince años sin ninguna razón y acababa de herirlo una vez más en un ataque irracional de ira. Se llevó la mano al interior de la camisa y sacó un estuche de jade. Levantó la tapa, contó seis píldoras y se las tendió a Zhou Botong.

—Estas pastillas Rocío de Nueve Flores están hechas de hierbas raras y preciosas. Tómate una cada siete días. Reducirán el dolor y ayudarán en el proceso de curación. Hermano Botong, siento mucho haberte herido de nuevo. Yo, Huang el Boticario, me disculpo humildemente. El daño que has sufrido hoy sanará rápidamente gracias a tu profundo *neigong*. Yo mismo te acompañaré fuera de la isla.

Zhou Botong asintió agradecido, se tomó una de las pastillas y canalizó su *qi* para sanar su cuerpo. Al cabo de un momento, escupió un montón de sangre.

—Hereje, no me sorprende que te llamen Boticario. Esta pastilla tuya es muy efectiva. Hum... ¿Qué significa mi nombre, Botong?

«¡Suena a «tontón!», pensó Loto riéndose por lo bajinis, pero, al ver la expresión grave de su padre, supo que no debía hacer una broma así.

Zhou Botong sopesó la pregunta un momento, luego negó con la cabeza.

—Hereje, me voy ya. ¿Me obligarás a quedarme?

—Eres libre de ir y venir como te plazca, hermano Botong. Si deseas volver a visitar la isla, serás bienvenido, como mi mejor amigo e invitado de honor. Ordenaré que dispongan un barco.

4

Guo Jing cargó con Zhou Botong a la espalda y siguió a Huang el Boticario hasta la costa, donde había media docena de barcos atracados en la bahía.

—Hermano Boticario, no hace falta preparar otro barco; el hermano Zhou puede navegar con nosotros —dijo Víbora Ouyang.

—Qué amable de tu parte —respondió Huang el Boticario al tiempo que hacía un gesto a un sirviente.

El hombre desapareció en uno de los barcos más grandes y regresó con una bandeja de lingotes de oro.

—Hermano Botong, por favor, acepta este regalo para financiar tus travesuras. Tu kung-fu es sin duda alguna más fuerte que el mío y siento una gran admiración por él. Si decides participar en el torneo del Monte Hua, entonces me retiraré. El Hereje reconoce que eres el Maestro Marcial Más Grande Bajo el Cielo.

Zhou Botong pestañeó y puso cara de tonto, claramente encantado. Pero, en cuanto echó un vistazo al barco de Víbora Ouyang, frunció el ceño y negó con la cabeza con gesto de desaprobación.

Izada en la popa de la imponente embarcación, había una gran bandera blanca bordada con una serpiente de dos cabezas, de cuyas bocas abiertas surgían sendas lenguas bífidas.

Víbora Ouyang emitió un sonido estridente con una flauta de madera y la vegetación pareció cobrar vida. Encabezados por dos criados, los pastores de serpientes del Monte del Camello Blanco guiaron a su rebaño hacia la bahía. Reptaron por las planchas en filas ordenadas y desaparecieron bajo cubierta.

—¡Odio las serpientes! ¡No pienso poner un pie en el barco del Veneno! —exclamó Zhou Botong.

—Por supuesto. Puedes utilizar el mío.

Huang el Boticario sonrió e hizo un gesto hacia un barco más pequeño que había cerca. Zhou Botong negó con la cabeza.

—¡Quiero ese grande!

El rostro de Huang el Boticario se ensombreció.

—Me temo que no puedo dejar que uses ese —dijo en un tono raro

—. Lo están reparando.

El barco era impresionante: líneas depuradas y ornamentadas, recién pintado, brillante como el oro y el jade. No parecía estar averiado, más bien daba la impresión de que nunca se había utilizado.

—¡Quiero el barco nuevo! ¿Por qué eres tan mezquino, Hereje?

—La mala fortuna navega con esa embarcación. Sus pasajeros sucumben a la enfermedad o se topan con el desastre. Por eso está atracado aquí y no se usa nunca. No soy mezquino.

A una orden de Huang el Boticario, cuatro sirvientes corrieron hacia el barco, cada uno portando una antorcha encendida.

Zhou Botong se dejó caer al suelo, mesándose la barba y gritando. Todos estaban confundidos y no sabían qué hacer, todos menos Guo Jing. Él estaba acostumbrado a las pataletas de su hermano de juramento y sonreía para sus adentros.

—¡Quiero el barco nuevo! ¡Quiero el barco nuevo! —insistió el Granuja Cano, berreando como un recién nacido.

Huang Loto corrió para detener a los sirvientes y regresó al cabo de unos momentos.

—Hermano Boticario, yo acompañaré al Granuja Cano en ese barco malhadado —dijo Cuenta Hasta Siete Hong—. Este viejo mendigo está acostumbrado a la mala suerte. Si nos atacan, contraatacaremos. Veamos si mi nube oscura es más negra que la maldición de tu barco.

—Hermano Siete, quédate unos días más en la isla. Tampoco hace falta que te vayas tan pronto, ¿no?

—Los mendigos, grandes y pequeños, van a reunirse pronto en la ciudad de Yueyang, en Hunan, para oír a este anciano designar a su sucesor. Si me reúno con mi destino sin nombrar al siguiente en la línea de sucesión, los mendigos de este mundo se quedarán sin líder. Cuando esté resuelto el asunto, sería un placer visitaros.

—Eres un hombre generoso, hermano Siete, dedicando tu vida al servicio de los demás, siempre galopando de un lugar a otro.

—Los mendigos no vamos a caballo. ¡Son mis pies los que galopan! Espera, ¿estás insultándome solapadamente? Si galopo, ¡entonces debo de ser un caballo! —bromeó, de buen humor.

Loto soltó una risita.

—*Shifu*, eso lo has dicho tú, no mi padre.

—Uno nunca está tan unido al padre marcial como al de verdad. Más me vale buscarme a una mendiga y convencerla de que nos dé una hija mendiga.

Loto aplaudió y celebró la ocurrencia.

—Me encantaría tener una hermanita marcial. ¡Me pasaría el día achuchándola!

Entretanto, Ouyang el Galante no apartaba la vista de Loto. La luz del sol le acariciaba el rostro, resplandeciente como una flor en primavera, hermoso como un cielo al amanecer. Ella miraba a Guo Jing con tanta ternura, tanto sentimiento, con un afecto tan evidente… «Un día mataré a ese desgraciado», se prometió en un ataque de celos.

Cuenta Hasta Siete Hong tendió la mano a Zhou Botong para ayudarlo a incorporarse.

—Viajaré contigo en el barco nuevo. Sabemos que el Hereje tiene un montón de tretas, pero no dejaremos que nos la juegue.

Zhou Botong no cabía en sí de contento.

—Viejo Mendigo, eres muy amable —le dijo—. Deberíamos ser hermanos.

—Hermano, ¿no sería raro jurar hermandad con mi *shifu*? —preguntó Guo Jing, antes de que Cuenta Hasta Siete Hong pudiera responder.

—¿Qué más da? —rió Zhou Botong—. Tu suegro va a dejarme navegar en el barco nuevo. Estoy contento y quiero que seamos hermanos.

Loto soltó una risita.

—¿Y qué pasa conmigo?

—No me creo nada que me diga una muchacha. Una sola mirada a una mujer hermosa trae mala suerte, garantizado —afirmó.

Zhou Botong la fulminó con la mirada, luego cogió del brazo a Cuenta Hasta Siete. Juntos se encaminaron hacia el barco.

Huang el Boticario extendió los brazos para cerrarles el paso.

—No os estoy engañando. Ningún viaje en ese barco acabará bien. No hace ninguna falta que os expongáis a tal peligro. Pero perdonadme… Preferiría no seguir hablando del asunto.

—Ya lo has dejado muy claro. Alabaré tu amistad aunque muera del mareo.

A pesar del tono jovial, Cuenta Hasta Siete sabía que la advertencia de Huang el Boticario era sincera, pero también sabía que nada haría cambiar de opinión al Granuja Cano y no podía dejar que un hombre herido navegase solo hacia el peligro.

—Quizá me preocupe demasiado. Tu extraordinario kung-fu debería mantenerte a salvo. —Huang el Boticario les dio la espalda y fulminó a Guo Jing con la mirada—. Ve con ellos, muchacho. Dime, ¿te reveló Zhou Botong que estabas aprendiendo el *Manual de los Nueve Yin*?

—Nunca me lo dijo. —Guo Jing negó con la cabeza—. Vi a Ciclón Mei practicar la Garra de los Nueve Esqueletos Yin. Era algo inhumano. Me habría negado a aprenderlo, si hubiese sabido que era…

—¡Ah, sí que lo sabías! —Zhou Botong interrumpió a Guo Jing. No había mejor momento para gastar una broma que cuando todos se ponían serios—. ¡Yo sólo te he enseñado el primer tomo! Me dijiste que habías engañado a Ciclón Mei para que te prestara su copia del manual. Hiciste una de las tuyas y te lo aprendiste de memoria. Recuerdo que dijiste que el kung-fu de Viento Oscuro Doblemente Infame era demasiado brutal y no tenías interés en él. Pero te dije que Ciclón Mei lo había entendido todo mal porque Huang el Boticario no comprendía el texto. Le enseñó el método equivocado. Y luego te dije que yo podía enseñarte a interpretar correctamente el manual.

—Tú… Nunca dijiste nada de eso… —Guo Jing se estremeció inseguro.

Zhou Botong pestañeó, la viva imagen de una sinceridad serena.

—Sí que lo dije. ¡Y a ti te encantó oírlo!

A Huang el Boticario le costaba creer que Guo Jing pudiese haber aprendido el *Manual de los Nueve Yin* de memoria sin saber lo que era. Seguro que Zhou Botong, con su honestidad infantil, le habría soltado la verdad. No se imaginaba que un maestro marcial fuese a bromear con algo tan serio. Guo Jing era un mentiroso, y un tramposo que engañaba a la gente haciéndose el tonto.

Encima, el que Zhou Botong sugiriera que Huang el Boticario había

llevado por el mal camino a Huracán Chen y Ciclón Mei supuso un golpe mortal a su orgullo. Ellos habían malinterpretado el manual, pero no siguiendo sus instrucciones. El Boticario ya había experimentado suficientes trastorno y desilusión para un solo día. Su esposa no había escogido a su yerno desde el más allá. Había concedido el título marcial que ambicionaba al que había sido su prisionero durante quince años. El hombre al que su hija había entregado su corazón había resultado ser un canalla traidor. Ya no pudo contener la oleada de furia.

—Padre... —dijo Guo Jing temeroso.

—¡Yo no soy tu suegro, muchacho taimado! ¡Si vuelves a pisar la isla de la Flor de Melocotón, no tendré piedad contigo!

Huang el Boticario golpeó a un criado por la espalda con el dorso de la mano.

—¡Éste será tu destino!

Un gemido grave escapó de la boca sin lengua del sirviente mientras su cuerpo se precipitaba al mar. El golpe le había destrozado los cinco órganos internos y desapareció entre las olas. El resto de los criados se arrodillaron al unísono, temiendo por sus vidas.

Todos los sirvientes de Huang el Boticario habían sido delincuentes y vagabundos. El Hereje había investigado todos sus crímenes antes de llevarlos a la isla, donde les perforó los tímpanos y les cortó la lengua.

«Yo, Huang el Boticario, conocido como el Hereje del Este en todo el *jianghu*, no soy un caballero recto —había dicho en una ocasión—. Naturalmente, no me interesa gozar de la compañía de caballeros rectos. En cuanto a mis sirvientes, cuanto más viles y malvados, más de mi agrado son.»

Teniendo en cuenta los delitos que había cometido, la muerte del criado no era digna de compasión, pero el modo sin sentido en que lo había despachado despertó el mismo pensamiento en todos: «¡No es de extrañar que se le conozca como el Hereje!» Ese sirviente había pagado los platos rotos de su enfado sin ninguna razón.

Guo Jing, que no entendía cómo podía haber causado semejante ofensa, se puso de rodillas.

Huang el Boticario estaba tan furioso que sabía que corría el riesgo

de matar a Guo Jing allí mismo, pero un acto así sería indigno de un maestro marcial de su talla. Juntó las manos en un gesto de respeto, se volvió hacia Zhou Botong, Cuenta Hasta Siete Hong y Víbora Ouyang y, apretando los dientes, dijo:

—Por favor.

—Guo... —Antes de que Loto pudiera decir algo más, su padre la agarró de la mano y se la llevó a rastras.

Zhou Botong se esforzaba por contener la risa, incluso cuando Huang el Boticario desapareció en el bosque, y las convulsiones de las carcajadas empeoraban sus heridas.

—El Hereje es tan crédulo... Ha vuelto a caer. ¡Se ha creído todo lo que le he dicho! ¡Me lo he inventado todo! ¡Qué divertido! —exclamó dando rienda suelta a la risa.

—Entonces, ¿Guo Jing no sabía nada? —Cuenta Hasta Siete Hong no se esperaba aquella revelación.

—Por supuesto que no sabía nada. Guo Jing cree con todo su ser que el *Manual de los Nueve Yin* es terriblemente malvado. ¿Crees que habría aprendido una sola palabra de haberlo sabido? Pero, ahora que lo has memorizado, hermano, no hay forma de que te lo saques de la cabeza, ¿verdad?

Zhou Botong se deshizo en carcajadas una vez más y el dolor le atenazó el pecho.

—Granuja Cano, no podemos permitirnos una broma así. Iré a buscar al hermano Boticario para aclarar las cosas.

Cuenta Hasta Siete Hong se adentró en el bosque corriendo, pero estaba lleno de caminos y senderos que se cruzaban y era imposible adivinar cuál había tomado Huang el Boticario. Los sirvientes se habían dispersado en cuanto su amo se había ido de la costa, de modo que, incapaz de encontrar a nadie que lo guiara, Cuenta Hasta Siete Hong se rindió y regresó junto a los demás. Entonces se acordó.

—Sobrino Ouyang, ¿podrías prestarme el mapa de la isla de la Flor de Melocotón?

—Por favor, no te ofendas, tío Hong, pero sin el permiso del tío Huang no tengo libertad para enseñar el mapa a nadie.

Cuenta Hasta Siete Hong suspiró ante su propia estupidez. «Pues

claro que no va a ayudarme, ¡quiere que el Hereje odie al tonto de mi discípulo!»

Entre los árboles aparecieron destellos de luz cuando las treinta y dos bailarinas y músicas con las que habían obsequiado a Huang el Boticario salieron del bosque. La mujer que lideraba la marcha hizo una reverencia a Víbora Ouyang.

—El maestro Huang nos ha pedido que regresemos con mi señor.

Sin apenas mirarlas, Víbora Ouyang les hizo un gesto para que subieran al barco y se volvió hacia Zhou Botong.

—Zarparé detrás de vosotros. Si hay algún problema, os ayudaré con sumo gusto.

—¡Ahórrate tu hipocresía! Quiero averiguar qué extraños artilugios ha escondido el Hereje en ese barco. No nos enfrentaremos a ningún peligro si navegas detrás de nosotros. ¿Qué tiene eso de divertido? ¡Si me aguas la fiesta, te echaré otra jarra de pis en la cabeza!

—Muy bien —dijo Ouyang el Galante. Rodeó el puño con la otra mano en un gesto de despedida y subió a bordo de su barco con su sobrino.

5

Guo Jing seguía mirando el punto por el que Loto había desaparecido al internarse en el bosque.

—Hermano, sube a bordo. ¡Veamos qué nos hace este barco inanimado a nosotros tres, que estamos vivos y coleando!

Zhou Botong cogió el brazo de Cuenta Hasta Siete Hong con la mano derecha y el de Guo Jing con la izquierda, y tiró de ellos por la plancha de embarque a toda velocidad.

La tripulación, compuesta por media docena de hombres, esperaba a bordo en silencio.

El Granuja Cano echó un vistazo a los sirvientes mudos y dijo con regocijo:

—Si algún día el Hereje de verdad hace honor a su infame nombre y le corta la lengua a su querida hija, entonces diré que se ha ganado el

título.

Guo Jing se estremeció. Zhou Botong rió para sus adentros por la reacción de su hermano de juramento.

—¿Te he asustado?

Hizo un gesto a la tripulación para que se pusieran en marcha.

Levaron anclas y desplegaron las velas sin una palabra. El viento sur guió el barco con suavidad mar adentro.

—Averigüemos qué tiene de raro este barco —dijo Cuenta Hasta Siete Hong.

Los tres lo examinaron cuidadosamente de proa a popa y de la cubierta a la bodega. No había nada que pareciera inusual o fuera de lugar. De hecho, los palos resplandecían, recién pintados. La cocina estaba bien surtida de agua, arroz, vino, carne y hortalizas.

—¡El Hereje mentía! —El Granuja Cano se sintió engañado—. ¡Ha dicho que tenía algo malo, pero parece en perfecto estado! ¡Qué aguafiestas!

Cuenta Hasta Siete Hong, sin embargo, aún albergaba sus dudas. Saltó al mástil y lo sacudió varias veces, antes de desviar la atención hacia las velas, a las que dio un buen tirón. Todo parecía en orden y funcionar perfectamente.

El Mendigo quedó mirando cómo las gaviotas descendían en picado y planeaban por encima de la extensión azul, en la que cielo y mar se fundían. Las tres velas se tensaron al viento y tomaron rumbo al norte. Las mangas ondeaban con la brisa marina, y le invadió una alegría despreocupada. Entonces advirtió que Víbora Ouyang los seguía, manteniendo una distancia de unos dos *li*.

Saltó a cubierta e hizo un gesto a la tripulación para que navegaran en dirección noroeste. Al cabo de unos momentos, la embarcación del Veneno también cambió de rumbo.

«¿Por qué nos sigue?» Cuenta Hasta Siete Hong estaba seguro de que Víbora Ouyang no los acompañaba porque le preocupase su seguridad. «Si un día el Veneno amaneciese con corazón, a partir de entonces el sol saldría por el oeste.»

El Mendigo se calló el descubrimiento para evitar otra pataleta del Granuja Cano. Indicó al timonel que virara al este. Todas las velas se

giraron de golpe y, como ya no cogían el viento de pleno, el barco comenzó a aminorar. Una vez más, Víbora Ouyang también cambió de rumbo, obstinado en seguirlos.

«Quizá intenten abordarnos», pensó Cuenta Hasta Siete Hong, y se volvió hacia la cabina. Allí encontró a Guo Jing, desconsolado y aturdido.

—Te enseñaré un truco —le dijo Cuenta Hasta Siete Hong para animarlo—. Así es como peleamos los mendigos por la comida. Si no te dan nada, los hostigas en la puerta de su casa durante tres días y tres noches.

Zhou Botong soltó una risita.

—¿Y si te echan a los perros rabiosos?

—Si son muy ricos y aun así no conocen la bondad, cuélate por la noche y róbales sus tesoros. Tal acción no hace daño a nadie.

—¿Entiendes lo que está diciendo tu *shifu*? —Zhou Botong se volvió hacia Guo Jing—. Te está aconsejando que molestes a tu suegro hasta que consigas lo que quieres. Si aun así no te entrega a su hija y amenaza con darte una paliza, vuelve por la noche y ráptala. Lo mejor es que estarás robando un tesoro viviente. Sólo tienes que decir: «¡Ven, preciosa!», ¡y te seguirá! ¡Fácil!

Guo Jing no pudo evitar sonreír. Al ver a Zhou Botong paseándose arriba y abajo por la cabina, le recordó a alguien.

—Hermano, ¿adónde irás ahora?

—No lo sé. Vagaré por ahí… donde me apetezca. He pasado demasiado tiempo en esa islita, me estaba muriendo de aburrimiento.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Si vas a pedirme que vuelva para ayudarte a robar a tu mujer, ¡ya te digo que no!

Zhou Botong sacudió los brazos frenéticamente para apartar la idea.

—No, eso no… —Guo Jing se puso muy rojo—. Esperaba que el hermano visitara la Mansión de la Nube Errante, cerca de Yixing, a orillas del lago Tai.

—¿Para qué?

—El señor de la casa, Céfiro Lu, es un gran hombre y un verdadero héroe. Era discípulo de la isla de la Flor de Melocotón. Por culpa de

Viento Oscuro Doblemente Infame, mi suegro le rompió las piernas y está lisiado desde entonces. Dado que has encontrado un modo de recuperarte por completo, hermano, esperaba que pudieses compartirlo con él.

—Ah, sí, es sencillo. Y, si el Hereje vuelve a romperme las piernas, sabré cómo curarlas de nuevo. ¡Rómpemelas, si no me crees!

Zhou Botong se sentó, estiró las piernas y provocó a Guo Jing con una mirada insolente. Guo Jing sonrió.

—Me fío de tus habilidades.

La puerta de la cabina se abrió de golpe y el timonel entró tambaleándose, con el rostro ceniciento. Sacudió los brazos y pateó el suelo llevado por el pánico, pero no podía pronunciar ninguna palabra para explicar su temor. Se levantaron de un salto y corrieron detrás del hombre. ¿El peligro que había augurado Huang el Boticario se había materializado?

6

Huang Loto se pasó todo el camino a casa llorando, furiosa porque su padre se la hubiese llevado a rastras antes de que pudiera despedirse de Guo Jing. Corrió a su habitación y cerró de un portazo.

Una vez que su ira hubo cedido un poco, Huang el Boticario comenzó a preguntarse si había fallado a su hija al condenar a Guo Jing a muerte. Quería decirle algo que la reconfortara, pero, cuando Loto se metió en su habitación, hizo caso omiso de sus llamadas a la puerta. Ésta seguía cerrada a la hora de cenar. Ordenó a un criado que le llevara la cena, pero el pobre hombre salió volando por la puerta, junto con la comida que le había llevado.

«Papá siempre cumple con su palabra: si Guo Jing vuelve a la isla de la Flor de Melocotón, lo matará. Pero, si voy a buscarlo yo, papá se quedará solo. No habrá nadie que le haga compañía.»

Por una vez, Loto no supo qué hacer. Unos meses antes, después de que su padre le hubiera dirigido unas palabras duras, se había escapado sin pensárselo dos veces. Sin embargo, al reencontrarse con

él en la Mansión de la Nube Errante, lo primero que había advertido eran sus sienes plateadas. En el breve lapso que había pasado fuera, su padre parecía haber envejecido diez años. Esa confirmación la había apesadumbrado. Juró que nunca volvería a causarle preocupación, pero en ese momento...

Hundió el rostro en la cama y sollozó.

«Si mamá estuviese viva, sabría qué hacer, no me dejaría sufrir así.»

Al pensar en su madre, salió de la cama y se dirigió al salón principal.

Una vez fuera, Loto fue recibida por un cielo reluciente, lleno de estrellas. El aroma de las flores inundaba el aire estival.

«Guo Jing ya debe de estar a decenas de *li* de la isla.» ¿Volverían a verse alguna vez? Se secó las lágrimas con la manga y se adentró en la pequeña arboleda en flor.

Siguió un camino alfombrado de pétalos y hojas, y no tardó en llegar a la tumba de su madre. En esa parte de la isla, los árboles siempre eran exuberantes y había flores raras todo el año. Su padre había escogido personalmente cada una de las plantas que rodeaban la tumba de su madre entre la flora más única y hermosa que existía. La fragancia y la belleza rivalizaban a la luz de la luna.

Loto apoyó la mano en la lápida, y ejerció presión a izquierda y derecha varias veces, luego dio un empujón. La losa se desplazó y dejó un túnel a la vista. Loto se adentró en el pasadizo y siguió descendiendo bajo tierra. Tras el tercer recodo, accionó otro mecanismo para abrir una segunda puerta de piedra. Una vez dentro de la cripta, sacó yesca y pedernal para encender las lámparas de cristal de colores que había encima del altar.

En su interior se arremolinaron las emociones al ver el retrato de su madre.

«Mamá, cuando muera, ¿por fin podré conocerte? ¿Es éste tu aspecto? Tan dulce y hermoso. ¿Dónde estás ahora? ¿Estás ahí arriba, en el cielo? ¿O aquí abajo, en el inframundo? ¿Quizá estés aquí, en esta cámara, conmigo? Mamá, tal vez debería quedarme en esta habitación para siempre, para no separarme nunca de ti.»

Huang el Boticario no sólo había pintado el retrato de su esposa y lo

había colgado en la cripta, también había llenado aquel espacio de objetos preciosos: antigüedades, joyas y rollos de pinturas y caligrafía. Como gran entendido, había reunido una colección impresionante cuando vagaba por los lagos y los mares, utilizando su destreza marcial para apropiarse de tesoros palaciegos y para desvalijar a familias acaudaladas y bandidos celebérrimos. Cuando falleció su esposa, lo había enterrado todo con su cuerpo para que le hiciera compañía.

Loto desvió la mirada del retrato de su madre a las joyas expuestas a su alrededor. Iluminados por las lámparas, los jades, perlas y ámbares destellaron.

«Estos tesoros no tienen sentimientos, pero permanecen inmutables durante cientos de años, miles.» La pena de Loto se veía reflejada en aquel brillo. «Me convertiré en polvo y tierra, y ese día estas cosas bonitas seguirán aquí, tan perfectas como ahora. ¿Es porque hemos cobrado conciencia de que nuestras vidas son efímeras? ¿A mamá sólo se le permitió vivir hasta los veinte por ser tan inteligente?»

Mientras contemplaba el retrato, perdió la noción del tiempo. Al final apagó las lámparas y descorrió las cortinas de lana para ver el sarcófago de jade de su madre. Al notar su frescura, se apoyó contra él y se tendió en el suelo. La tristeza invadió su corazón, pero halló consuelo en el hecho de estar ahí, como si se acurrucase junto a su madre.

El vaivén entre la alegría y la pena extremas en un solo día la había dejado exhausta y pronto se sumió en un sueño profundo.



Había vuelto a Zhongdu, la capital jin, y estaba en la residencia del príncipe de Zhao, luchando sola contra un grupo de hombres marciales. Al rato estaba en la carretera de la frontera norte, donde se encontraba con Guo Jing. Justo cuando empezaban a hablar, le parecía atisbar a su madre. Quería verle el rostro, pero estaba borroso. Intentó verla mejor, pero de pronto su madre ascendió hacia el cielo. Loto corrió y corrió, atada a la tierra, mientras su madre ascendía cada vez más. Entonces oyó la voz de su padre, que llamaba a su madre. Los gritos eran cada vez más claros.

Su padre la llamaba desde el otro lado de las cortinas. Loto ya no estaba soñando. Estaba ahí, en la cripta.

Su padre solía bajarla allí a menudo para que viera a su madre. La llevaba en brazos e informaba a su esposa con todo lujo de detalles de las cosas que los dos habían hecho ese día. En los últimos años, esas visitas se habían ido espaciando cada vez más.

Oír la voz de su padre en ese preciso momento no sorprendió a Loto, pero seguía enfadada con él y prefirió no desvelar su presencia. Decidió permanecer escondida detrás de las cortinas hasta que él se hubiese marchado.

—Te hice una promesa. Te prometí que encontraría el *Manual de los Nueve Yin* y lo quemaría como una ofrenda a ti, para que tu espíritu pueda aprender allí arriba todo el contenido de nuevo. Te esforzaste tanto por recordarlo... Te he fallado durante quince años. Hoy por fin puedo cumplir mi palabra.

«¿Papá ha conseguido hoy el *Manual de los Nueve Yin*?» Loto estaba confundida.

—No tengo intención de matar a tu yerno. Han insistido en llevarse ese barco.

«¿Se refiere a Guo Jing? ¿Por qué vuelve a hablar del barco?» Loto estaba preocupada, pero su padre no dijo nada más sobre el asunto. En lugar de eso, prorrumpió en un repetitivo soliloquio sobre la soledad que había soportado desde el fallecimiento de su esposa. Nunca lo había oído sincerarse así, y se dio cuenta de cuánto dolor le infligiría si volvía a escaparse.

«Guo Jing y yo tenemos años por delante —se dijo—. Un día volveremos a estar juntos. No hemos cumplido ni los veinte.»

—El kung-fu del Granuja Cano ahora es superior al mío; no seré capaz de enviarte su alma. Ha destruido el manual, la copia que te prestó a ti, hace tantos años. Pensé que me había hecho romper la promesa que te hice. ¿Quién sabe qué poderes superiores lo han inducido a insistir en zarpar en el barco que había construido para nuestra reunión?

«Papá siempre me ha prohibido jugar en ese barco… pero ¿cómo puede llevarle un barco a encontrarse con mamá?»

Loto sabía que, cuando su madre murió, su padre había planeado quitarse la vida, como acto final de devoción. A un hombre con sus habilidades marciales, le llevaría mucho tiempo matarse por ahorcamiento o envenenamiento. Además, su cuerpo sin vida quedaría expuesto a los abusos de sus criados. Así que decidió recurrir al mar. Viajó al continente para capturar a los carpinteros de barcos más diestros. Les hizo construir un barco muy particular: el casco de madera se sostenía mediante cuerdas y pegamento, en lugar de clavos de hierro. En la bahía parecía el barco más suntuoso, pero, en mar abierto, con las olas rompiendo contra él, se desmoronaría y hundiría rápidamente.

El plan de Huang el Boticario era salir a navegar con los restos de su esposa. Tocaría «Oda a la marea cambiante» mientras el barco se desintegraba, y juntos encontrarían su último lugar de descanso bajo las olas. Una muerte así estaría a la altura de su estatus como grande marcial y constituiría un fin apropiado para su vida. Sin embargo, cada vez que se decidía a zarpar, descubría que no soportaba llevarse consigo a su hija, una niña, ni dejarla atrás. Al final construyó un sepulcro para enterrar el cuerpo de su esposa de manera temporal. Al mismo tiempo, continuó cuidando y repintando el barco todos los años, para mantenerlo en el mejor estado posible. Desplegaría velas en cuanto su hija hubiese crecido y hubiese encontrado un hogar adecuado, cuando ninguna preocupación terrenal pudiera retenerlo.

Como Loto no conocía la historia del barco, no tenía ni idea del peligro en el que se encontraba Guo Jing, hasta que oyó que su padre

decía:

—Ciclón devolvió el manual que se había llevado, pero sé que tú no fuiste capaz de escribir ese extraño pasaje final con exactitud. Incluso con tu extraordinaria memoria, ¿cómo iba a ser posible que recordaras algo que no entendías?

»Ahora, a bordo del barco que construí para nosotros, viajan el Granuja Cano, que conoce el manual de arriba abajo, y el muchacho, Guo Jing, que puede recitar el texto sin un solo error. Cuando el mar se los lleve, habré cumplido la promesa que te hice.

»He enviado como ofrendas dos ejemplares del *Manual de los Nueve Yin*. Son dos copias vivas, no como las anteriores, hechas de papel muerto. Tu espíritu debe de tener la memoria de las criaturas celestiales. Tus capacidades mentales ahora deben superar con creces las de tu yo mortal, hace tantos años. Puedes cotejar el manual de sus mentes con el de tu memoria, para poder descansar en paz al fin. Aunque quizá sea un poco injusto que el Viejo Mendigo Hong pierda la vida sin motivo.

»En un solo día, mataré a tres luchadores marciales supremos para mantener la promesa que te hice. Cuando volvamos a vernos, podrás afirmar con orgullo "Mi esposo cumple su palabra: ¡lleva a cabo todos los votos que hace a su querida esposa!".

Una risa amarga reverberó en la cámara de piedra.

—Guo Jing no mentía. No podría haber cogido el manual de Ciclón, como afirmaba el Granuja Cano. El pasaje sin sentido que salió de labios de Guo Jing estaba estructurado y era más largo que nuestra versión, incompleta y confusa. Ciclón también escribió unos versos, antes de perder la vista. Conociendo el intelecto de ese muchacho, seguro que los habría considerado parte del manual y los habría recitado en voz alta. Pero no lo hizo. El Granuja Cano me ha tomado el pelo. Sin duda también mentía cuando ha dicho que Guo Jing sabía que estaba aprendiendo el *Manual de los Nueve Yin*. No cuadra con su historia con Ciclón y Huracán.

»Loto está muy encariñada con este muchacho simple y honrado. Se le partirá el corazón cuando descubra que ha muerto en el mar. Pero ¿quién en este mundo no tiene el corazón roto? La alegría es efímera,

la tristeza es abundante y a todos se nos rompe el alma tarde o temprano. ¡No tenía ninguna intención de matar a Guo Jing! ¡Loto, Loto, no te he traicionado!

Las últimas palabras se las dijo directamente a Loto, como si hubiera advertido su presencia en la cripta.

«¡El barco debe de estar pertrechado con artilugios horribles y mortales!», pensó Loto. Aquella idea le puso los pelos de punta y le heló el corazón. Teniendo en cuenta la precisión y el rigor de su padre, su diseño no fallaría. Guo Jing, su *shifu* y Zhou Botong quizá ya estuvieran muertos.

Quiso salir de allí a toda prisa y suplicar a su padre que los salvara, pero el miedo y la conmoción le inmovilizaron las piernas y ni siquiera pudo ponerse de pie. Intentó gritar, pero su voz no la obedeció. Tendida sobre el ataúd de su madre, sólo pudo oír los pasos de su padre alejándose y los ecos de su risa melancólica, resonando como una canción y un sollozo.

Loto intentó reunir fuerzas para levantarse. «Debo encontrar a Guo Jing. ¡Si no puedo rescatarlo, entonces moriré con él!» Conociendo el temperamento de su padre y el amor obsesivo de éste por su madre, no tenía sentido pedirle ayuda, sobre todo después de lo que había dicho sobre ofrecer el manual a su espíritu.

Cuando al fin logró ponerse en pie, salió de la cripta y voló hasta la orilla del mar, y subió de un salto al primer barco que encontró. Sacudió a la tripulación para despertarla y les ordenó que zarparan de inmediato. Cuando salían de la bahía, oyó el sonido de unos cascos atronadores y la melodía de la flauta de su padre flotando en la brisa.

Loto volvió la vista hacia la orilla y vio a *Ulaan* galopando de un lado al otro por la costa, con el pelo brillante a la luz de la luna.

«*Ulaan* debe de sentirse tan triste, tan confinado en esta isla…», se dijo. Podía ser un corcel excepcional, pero su fuerza sería de poca utilidad si subía a bordo con ella.

«¿Por dónde empiezo a buscar a Guo Jing en este mar infinito?»

Personajes

PERSONAJES PRINCIPALES

Guo Jing, hijo de Guo Furia Celeste y Li Lirio. Se cría con su madre en Mongolia, bajo la protección de Gengis Kan. Se encuentra en su primer viaje a las Llanuras Centrales, la tierra natal de sus padres.

Huang Loto, ingeniosa y traviesa, hábil luchadora marcial, aprende sumamente rápido. Entabla amistad con Guo Jing al comienzo del periplo de éste, y ahora viajan juntos y comparten numerosas aventuras.

EL IMPERIO JIN

Wanyan Hongli, sexto príncipe, también conocido como **príncipe de Zhao**, ha hecho de la conquista de los song una misión personal, con el fin de asegurar su reputación y su legado entre su propio pueblo. Estratega astuto, utiliza las envidias y rivalidades existentes en la corte song y en el *wulin* en beneficio propio.

Wanyan Kang, hijo del sexto príncipe, es arrogante y presuntuoso, pero posee una destreza marcial notable. Se bate con Guo Jing tras rechazar el premio cuando gana el Duelo por una Doncella.

Consorte del sexto príncipe, madre de Wanyan Kang.

SEGUIDORES DEL SEXTO PRÍNCIPE DEL IMPERIO JIN

Ouyang el Galante, Maestro del Monte del Camello Blanco, de la cordillera Kunlun, sobrino de uno de los Cinco Grandes, Víbora Ouyang, Veneno del Oeste.

Hector Sha, Rey Dragón, domina el río Amarillo con sus aprendices, cuatro inútiles cuya falta de destreza lo enfurece, a pesar de que es

muy probable que su mal genio les haya impedido aprender nada más que unos movimientos bastante básicos.

Los Cuatro Demonios del Río Amarillo:

Shen Qingang, el Fuerte, cuya arma es un sable llamado Cuchilla Fantasmal.

Wu Qingli, el Audaz, lucha con una lanza llamada Despachador.

Ma Qingxiong, el Valiente, es conocido por su látigo Raptor de Almas.

Qian Qingjian, el Robusto, va armado con un par de hachas conocidas como las Grandes Segadoras.

Hou el Intimidante, Dragón de Tres Cuernos, así llamado por los tres quistes que tiene en la frente.

Liang Barbagrís, también conocido como **anciano Liang**, **Inmortal Ginseng** y, de forma más desdeñosa, **viejo Ginseng**. Procede de la montaña de la Nieve Eterna (montaña Chanbai), en el noreste, cerca de la frontera actual con Corea, donde lleva muchos años practicando kung-fu como un eremita, además de mezclando pócimas especiales con el objetivo de alargar la vida y ganar fuerza.

Lobsang Choden Rinpoche, lama Sabiduría Suprema, de Kokonor, la actual Qinghai. Es conocido por su kung-fu Hoja de Cinco Dedos.

Peng el Tigre, el Forajido, el Carnicero de las Mil Manos, se encuentra al mando de gran parte de la región montañosa que rodea la capital jin, Zhongdu, que más tarde se convertirá en Pekín.

SÚBDITOS DEL IMPERIO SONG

Yang Corazón de Hierro, descendiente de Yang Triunfo, el otrora rebelde convertido en patriota al servicio del general Yue Fei. Practica la Lanza de la Zhang, una técnica que se transmite de padres a hijos.

Está casado con **Bao Caridad**, hija de un sabio de la aldea de la Ciruela Roja.

Yang Kang, hijo de Yang Corazón de Hierro y Bao Caridad, hermanado mediante juramento con Guo Jing cuando ambos se

encuentran todavía en el vientre de sus madres.

Mu Piedad, ahijada de Yang Corazón de Hierro, participa en torneos marciales que organiza su padrino para encontrarle un marido apropiado y es derrotada por Wanyan Kang.

Magistrado Duan, oficial del ejército song que, en realidad, trabaja para los jin.

LOS MONGOLES

Tolui, cuarto hijo del Gran Kan Temujin, hermanado mediante juramento con Guo Jing.

Khojin, una de las numerosas hijas de Gengis Kan, cuyos nombres en gran parte se han perdido en la historia, prometida en matrimonio por su padre a Guo Jing.

Jebe, cuyo nombre significa «flecha» y «arquero divino» en mongol, es un general bajo el mando de Gengis Kan conocido por su gran destreza con el arco y las flechas. Ha enseñado a Guo Jing tiro con arco y lucha libre.

Boroqul, uno de los cuatro grandes generales de Gengis Kan.

LOS SIETE FENÓMENOS DEL SUR

Algunos personajes también se dirigen respetuosamente a ellos como Siete Héroes del Sur. Se refieren a sí mismos como una familia marcial, a pesar de que no guardan lazos de sangre. Tras la muerte de uno de ellos, en ocasiones se les llama Seis Fenómenos del Sur.

Ke Zhen'e, Represor del Mal, también conocido como **Murciélago Volador**. Fenómeno de más edad, al que a menudo se hace referencia como Hermano Mayor. Quedó ciego en un combate y su arma preferida son las castañas del demonio, unos proyectiles de hierro fabricados con la forma de un tipo de castaña de agua originaria de China.

Zhu Cong Manos Rápidas, el Inteligente, se lo conoce por su agilidad mental y por su agilidad aún mayor con los juegos de manos. Una túnica sucia de erudito y un abanico roto de papel encerado, que en realidad está hecho de hierro, ocultan su

verdadera capacidad para las artes marciales. Es especialmente docto en digitopuntura, técnica que utiliza para incapacitar a sus adversarios en combate.

Han el Jinete, Protector de los Corceles, luchador de apenas un metro de estatura pero formidable a lomos de un caballo.

Nan el Leñador, el Compasivo, se lo conoce por su naturaleza amable, cuando no tímida. Lucha con una vara de puntas de hierro.

Zhang Asheng, también conocido como el **Buda Riente**, hombre fornido que viste como un carnicero y cuya arma de preferencia es la balanza. Está secretamente enamorado de Han Jade.

Quan Dorado, el Próspero, Maestro Oculto del Mercado, es experto en las reglas del mercado y siempre anda buscando un buen trato. Lucha con una balanza.

Han Jade, Doncella de la Espada Yue, única mujer del grupo, así como su miembro más joven. Está entrenada en el uso de la espada Yue, una técnica propia de la región cercana a Jiaxing y desarrollada cuando el reino de Yue estaba en guerra con el de Wu, en el siglo v a. C.

LOS CINCO GRANDES

Considerados los cinco mejores luchadores de artes marciales tras un torneo celebrado en el monte Hua. En este segundo título de la serie se menciona a cuatro:

Huang el Boticario, Hereje del Este, un radical solitario que practica artes marciales poco ortodoxas en la isla de la Flor de Melocotón junto con su esposa y seis discípulos. Desprecia las tradiciones y la moralidad que éstas conllevan, y cree únicamente en el amor y el honor verdaderos. Su excentricidad y sus opiniones heréticas le dan una imagen que despierta sospechas, algo que él mismo se encarga de cultivar.

Wang Chongyang, Doble Sol, también conocido como **Divinidad Central**, es el fundador de la secta Quanzhen en las montañas Zhongnan, cuyo objetivo consiste en instruir a taoístas en las artes marciales para que puedan defender a los song frente a la invasión yurchen. Personaje histórico real, vivió de 1113 a 1170d. C.

Cuenta Hasta Siete Hong, Mendigo del Norte, también conocido como el **Vagabundo Divino Nueve Dedos**, es el jefe del Clan de los Mendigos y se encuentra al mando de todos los mendigos, tanto del Imperio song como del jin. Se le respeta por su sentido de la rectitud, pero pocos conocen su paradero, pues le gusta vagar solo por el *jianghu*.

Víbora Ouyang, el Veneno del Oeste, tío del Ouyang el Galante, es un experto en la doma de serpientes venenosas y el uso de veneno. Se inspira en las criaturas letales que utiliza en la práctica marcial y rara vez pisa las Llanuras Centrales.

ISLA DE LA FLOR DE MELOCOTÓN

Viento Oscuro Doblemente Infame eran aprendices de Huang el Boticario y huyeron de la isla de la Flor de Melocotón después de robar el *Manual de los Nueve Yin*. El esposo, **Huracán Chen**, conocido como «Cadáver de Cobre», y la esposa, **Ciclón Mei**, conocida como «Cadáver de Hierro», son maestros de la Garra de los Nueve Esqueletos Yin. Mataron a Ke Bixie, el Talismán, hermano de Ke Zhen'e.

Tienen cuatro hermanos marciales: uno mayor, **Tempestad Qu**, y tres más jóvenes, **Céfiro Lu**, **Vendaval Wu** y **Calma Feng**.

LA SECTA TAOÍSTA QUANZHEN

Rama real del taoísmo cuyo nombre significa «Camino para alcanzar la perfección».

Los Siete Inmortales, discípulos de Wang Chongyang

Sólo cuatro aparecen en este segundo título de la serie:

Ma Yu, Sol Escarlata, el inmortal de mayor edad, enseña kung-fu interno, basado en técnicas de respiración.

Qiu Chuji, Primavera Eterna, entabla amistad con Yang Corazón de Hierro y Guo Furia Celeste al inicio de la serie y jura proteger a sus hijos, aún no nacidos. Con este fin, idea un torneo de artes marciales con los Siete Fenómenos del Sur. Se convierte en maestro

de Yang Kang.

Wang Chuyi, Sol de Jade, Inmortal del Pie de Hierro, entabla amistad con Guo Jing tras oír hablar del torneo que Qiu Chuji organiza con los Siete Fenómenos del Sur.

Zhou Botong, Granuja Cano, hermano de juramento y discípulo de Wang Chongyang, tío marcial de los Siete Inmortales y miembro laico de la secta Quanzhen. Al comienzo de este volumen, llevan quince años sin verlo en el *wulin*.

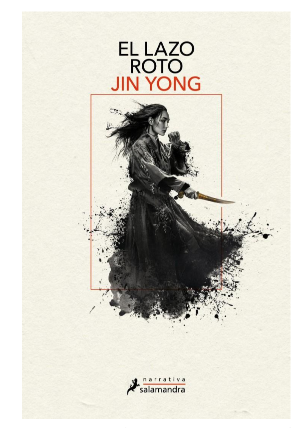
MANSIÓN DE LA NUBE ERRANTE

A orillas del lago Tai se encuentra la Mansión de la Nube Errante, una gran propiedad con un trazado fuera de lo corriente. Su amo es **Céfiro Lu**, un hombre culto que ha perdido el uso de las piernas; su hijo, **Lu Laurel**, se encarga de la gestión cotidiana del hogar familiar.

BANDA DE LA PALMA DE HIERRO

La Banda de la Palma de Hierro ejerce una gran influencia en Hunan y Sichuan, en el sur y el sudoeste de China, y su líder es **Qiu Qianren, Palma de Hierro Que Se Desliza por el Agua**.

Una saga legendaria comparada a *El Señor de los Anillos*. Más de 300 millones de ejemplares vendidos.



China, siglo XIII. Guo Jing se enfrenta a un destino a la vez grande y terrible. En Zhongdu, se entera de la verdad sobre la muerte de su padre y descubre que está prometido contra su voluntad con dos mujeres, pero ninguna de ellas es su amada Huang Loto. Dividido entre seguir a su corazón y cumplir con su deber filial, viaja por el país de sus padres con Loto, viéndose arrastrado a la lucha por el texto marcial supremo, el *Manual de los Nueve Yin*. Mientras tanto, Yang Kang, el joven príncipe al que Guo Jing está destinado a enfrentarse, revela por fin su verdadero origen. ¿Seguirá disfrutando la vida de riqueza y privilegio que le ofrece el invasor de su patria o renunciará a todo lo que ha conocido para vengar a sus padres?

La crítica ha dicho:

«La obra de Jin Yong, en el mundo de habla china, tiene más o menos la misma difusión cultural que *Harry Potter* y *Star Wars* juntos».
Nick Frisch, *The New Yorker*

«Hace mucho que Jin Yong (Louis Cha) es una leyenda en China. [...] Un regalo único para los fans de la literatura fantástica».

Paul French

«Un libro cargada de grandeza épica.»
Jamie Buxton, *The Daily Mail*

«Los mundos fantásticos de Jin Yong rivalizan con los de J. R. R. Tolkien en creatividad, amplitud y profundidad».
Quartzy

«La obra de Jin Yong ha pasado en Oriente de generación en generación, de modo que nutre lectores de todas las edades. Para los adultos son cuentos, mientras que para los niños son mitología. Cualquiera que añore la inocencia tras alcanzar la madurez debe leer sus novelas».
Ian White, *Starbust*

«El ritmo y los acontecimientos son tan rápidos y fluidos como las intrincadas y detalladas escenas de lucha».
Historical Novel Review

«El escritor más importante de fantasía kung-fu del mundo».
Vanessa Thrope, *The Observer*

«Un Señor de los anillos chino».
The Irish Times

«Una epopeya emocionante, llena de traición, lealtad y amor»
Antonia Senior, *The Times*

«Esta saga repleta de acción e ideas revela tanto de la China moderna como de la antigua».
The Economist

«Un héroe que te mantendrá atrapado hasta el final».
Miriam McDonald, *SFX*

Jin Yong (1924-2018) es el seudónimo de Louis Cha, un escritor conocido como el Tolkien de Oriente y un verdadero fenómeno en el mundo de habla china. Sus narraciones de artes marciales se han convertido en clásicos modernos.



Título original: *Shediao Yingxiong Zhuan 2*
Primera edición: junio de 2024

La edición original china fue publicada por Ming Ho Publications Corporation Limited (Hong Kong). La edición española se publica por acuerdo con Ming Ho Publications Corporation Limited & Penguin Random House Grupo Editorial S.A.U.

Diseño de la cubierta: Composición fotográfica de Ervin Serrano a partir de las imágenes de © LightField Studios/Shutterstock.com; hair © iStock/hexvivo; dagger © iStock/photomanx21; texture © iStock/rusm; ink © Igor Vitkovskiy/ Shutterstock.com; splatter © iStock/stellalevi; spine dragon © Christopher Brewer/ Shutterstock.com

ISBN: 978-84-19456-55-7

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Índice